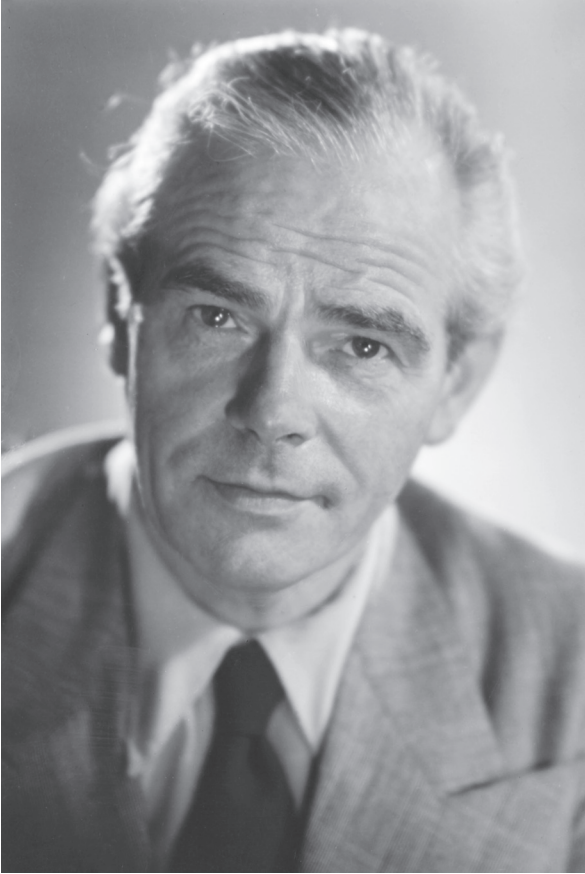


Preguntas y respuestas

Parte 2



Jozef Rulof



Jozef Rulof
1898-1952

Jozef Rulof

Preguntas y respuestas

Parte 2



El Siglo de Cristo

Contacto y derechos de autor

El Siglo de Cristo

Braspenningstraat 88, 1827 JW Alkmaar, Países Bajos

Tel: 00 31 (0)728443852

E-mail: info@rulof.org

Página web: rulof.es

La ilustración en la portada de este libro es un dibujo de Rie Reinderhoff basado en las indicaciones para el diseño de cubierta que Rulof recibió de forma visionaria durante una de las noches informativas.

© 1937-2023, Stichting Geestelijk-Wetenschappelijk Genootschap “De Eeuw van Christus”, Países Bajos, todos los derechos reservados.

‘Preguntas y respuestas’, parte 2, 2023

ISBN 978-94-93165-57-1

Contenido

Contacto y derechos de autor	4
Palabras del editor	7
Lista de títulos	8
Comentario sobre los libros de Jozef Rulof	9
Lista de artículos	11
Jozef Rulof	15

1951

Noches informativas	21
Noche del jueves 11 de octubre de 1951	23
Noche del jueves 15 de noviembre de 1951	64
Noche del jueves 13 de diciembre de 1951	108
Noche del jueves 27 de diciembre de 1951	150
Noche del jueves 3 de enero de 1952	187
Noche del jueves 10 de enero de 1952	229
Noche del jueves 17 de enero de 1952	268
Noche del jueves 31 de enero de 1952	308
Noche del jueves 14 de febrero de 1952	344
Noche del jueves 6 de marzo de 1952	388

Palabras del editor

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro pertenece a la serie de veintisiete libros que entre 1933 y 1952 llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof. Estos libros son editados por la Fundación Círculo Científico Espiritual “El Siglo de Cristo”, que Jozef Rulof fundó con este fin en 1946. Como dirección de esta fundación garantizamos el texto original de los libros que ponemos ahora a tu disposición. En ese texto, los añadidos realizados por el editor se ponen entre corchetes (redondos), para distinguirlos del texto original.

También hemos publicado un comentario sobre los libros, que contiene 140 artículos. Consideramos la edición de los veintisiete libros y este comentario como un conjunto inseparable. En el caso de algunos pasajes de los libros, remitimos a los artículos en cuestión del comentario. Así, por ejemplo, (véase el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ en rulof.es) remite al artículo básico ‘Explicación a nivel del alma’, tal como se puede leer en la página web rulof.es.

Un saludo afectuoso,
La dirección de la Fundación El Siglo de Cristo
2023

Lista de títulos

Relación de los libros que llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof, en el orden en que se publicaron, ...

- Una mirada en el más allá (1933-1936)
- Aquellos que volvieron de la muerte (1937)
- El ciclo del alma (1938)
- Las enfermedades mentales contempladas desde el otro lado (1939-1945)
- El origen del universo (1939)
- Entre la vida y la muerte (1940)
- Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado (1941)
- Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe (1942)
- Dones espirituales (1943)
- Las máscaras y los seres humanos (1948)
- Jeus de madre Crisje Parte 1 (1950)
- Jeus de madre Crisje Parte 2 (1951)
- Jeus de madre Crisje Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 1 (1949-1951)
- Preguntas y respuestas Parte 2 (1951-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 4 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 5 (1949-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 6 (1951)
- Conferencias Parte 1 (1949-1950)
- Conferencias Parte 2 (1950-1951)
- Conferencias Parte 3 (1951-1952)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 1 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 2 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 3 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 4 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 5 (1944-1950)

Comentario sobre los libros de Jozef Rulof

El prólogo a este comentario es:

Estimado lector, estimada lectora:

En este ‘Comentario sobre los libros de Jozef Rulof’ describimos en cuanto editores el núcleo de su óptica. Contestamos de esta manera a dos tipos de preguntas que se nos hicieron en años pasados sobre el contenido de estos libros.

En primer lugar están las preguntas sobre temas específicos, como por ejemplo la incineración y la eutanasia. Muchas veces, la información sobre semejantes asuntos está dispersa en los 27 libros, con en total más de 11.000 páginas. Por eso hemos juntado temáticamente pasajes relevantes de todos los libros, y los hemos resumido en un artículo cada uno.

La información dispersa se debe a la construcción de conocimientos en la serie de libros. En el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ distinguimos dos niveles en esta construcción de conocimientos: el pensamiento social por una parte, y las explicaciones a nivel del alma por otra. Para su primera explicación de muchos fenómenos, el autor se limitó a palabras y términos que pertenecían al pensamiento social de la primera mitad del siglo pasado. Por eso sintonizó con la visión de mundo de sus lectores de entonces.

Libro tras libro, el autor fue construyendo, paralelamente, el nivel del alma, con el alma como entidad central. Para explicar la vida a nivel del alma, introdujo palabras y conceptos nuevos. Con eso llegaron nuevas explicaciones que completaban la información sobre algunos temas de la ronda anterior.

La mayoría de las veces, sin embargo, las explicaciones a nivel del alma no completaba las primeras descripciones, sino que las reemplazaba. Así, por ejemplo, se puede hablar en terminología social sobre una “vida después de la muerte”, pero en el nivel del alma, la palabra “muerte” ha perdido todo significado. Según el autor, el alma no muere, sino que se desprende del cuerpo terrenal y entonces hace la transición a la siguiente fase en su evolución eterna.

La falta de familiaridad con la diferencia entre estos dos niveles de explicación conlleva un segundo tipo de preguntas sobre palabras y opiniones en los libros, sobre los que el pensamiento social actual ha cambiado en comparación con la primera mitad del siglo pasado. En este comentario, desarrollamos esos asuntos desde el nivel del alma. Así va quedando claro que palabras como por ejemplo “razas” o “psicopatía” ya no tienen relevancia en el nivel del alma. Estas palabras y las correspondientes opiniones se usaron

únicamente en esta serie de libros para acercarse al pensamiento social en el período en que surgieron estos libros, entre 1933 y 1952. Los pasajes con estas palabras pertenecen al espíritu de tiempo contemporáneo de los lectores y de ninguna manera representan la verdadera visión del escritor ni del editor.

No siempre queda claro a la hora de una lectura actual de los libros, porque el autor no suele mencionar de manera explícita en qué nivel de explicación se ha tratado el tema en un pasaje determinado. Por eso, como editores, en ciertos pasajes añadimos una referencia a un artículo relevante de este comentario. Ese artículo aclara entonces el asunto tratado en ese pasaje desde el nivel del alma, para iluminar la verdadera visión del autor acerca de ese tema. Por razones culturales históricas y espirituales científicas, en los 27 libros no hacemos cambios en las formulaciones originales del autor. Con motivo de la legibilidad, solo hemos adaptado la antigua ortografía del neerlandés. En la versión online de los libros en nuestra web rulof.nl, se pueden visualizar los cambios lingüísticos por oración.

Consideramos la edición de los 27 libros y este comentario como un conjunto inseparable. Por eso a partir de ahora remitimos en la tapa de cada libro y en las ‘Palabras del editor’ al comentario. Puede leer los 140 artículos de este comentario en nuestra web como páginas web por separado.

También los pasajes relevantes de todos los libros de Jozef Rulof en que hemos basado los artículos son una parte íntegra de este comentario. Estos pasajes se han reunido en forma de libro con los artículos en cuestión y están disponibles como las cuatro partes de ‘El libro de consulta sobre Jozef Rulof’, en la forma de libros de bolsillo y electrónicos. En nuestra web, en la parte de abajo de la mayoría de los artículos se ha incluido un enlace a otra página web con los textos fuente de ese artículo.

Con la edición de los 27 libros y este comentario aspiramos aportar algo a una comprensión fundada del verdadero mensaje del autor. Ya lo expresó Cristo al decir: “Ámense los unos a los otros”. Al nivel del alma, Jozef Rulof explica que se trata del amor universal que no se ocupa de la apariencia o de la personalidad de nuestro prójimo, sino que se centra en su núcleo más profundo, que Jozef llama “el alma” o “la vida”.

Un saludo afectuoso,

En nombre de la dirección de la Fundación El Siglo de Cristo,

Ludo Vrebos

11 de junio de 2020

Lista de artículos

El comentario consta de los siguientes 140 artículos:

Parte 1 Nuestro más allá

1. Nuestro más allá
2. Experiencia cercana a la muerte
3. Desdoblamiento corporal
4. Esferas en el más allá
5. Esferas de luz
6. Primera esfera de luz
7. Segunda esfera de luz
8. Tercera esfera de luz
9. Tierra Estival - cuarta esfera de luz
10. Quinta esfera de luz
11. Sexta esfera de luz
12. Séptima esfera de luz
13. Regiones mentales
14. Cielo
15. El otro lado
16. Esferas de los niños
17. La pradera
18. Morir como transición
19. Muerte
20. Espíritu y cuerpo espiritual
21. Incinerar o enterrar
22. Embalsamar
23. Donación de órganos y trasplantes
24. Aura
25. Cordón fluido
26. Eutanasia y suicidio
27. Muerte aparente
28. Espíritus en la tierra
29. Esferas tenebrosas
30. Tierra crepuscular
31. País de odio y pasión y violencia
32. Valle de dolor
33. Infierno

34. Dante y Doré
35. Ángeles
36. Lantos
37. Maestros
38. Alcar
39. Zelanus
40. Libros sobre el más allá

Parte 2 Nuestras reencarnaciones

41. Nuestras reencarnaciones
42. Recuerdos de vidas anteriores
43. Mundo de lo inconsciente
44. Predisposición y talento
45. Niños prodigio
46. Fobias y miedos
47. Sentimiento
48. Alma
49. Grados de los sentimientos
50. Material o espiritual
51. Subconsciente
52. Conciencia diurna
53. Del sentimiento al pensamiento
54. Plexo solar
55. Cerebro
56. Estrés e insomnio
57. Aprender a pensar
58. Pensamientos de otros
59. Qué sabemos con seguridad
60. Ciencia
61. Psicología
62. Científico espiritual
63. Verdad universal
64. Conexión de los sentimientos
65. Seres queridos de vidas anteriores
66. Parecido físico con nuestros padres
67. Carácter
68. Personalidad
69. Personalidades parciales
70. Voluntad
71. Autoconocimiento

72. Sócrates
73. Renacer para una tarea
74. Venry, sumo sacerdote renacido
75. Alonso pregunta por qué
76. Arrepentimiento y remordimiento
77. Enmendar
78. Renacido como Anthony van Dyck
79. Templo del alma
80. Libros sobre la reencarnación

Parte 3 Nuestra alma cósmica

81. Nuestra alma cósmica
82. Explicación a nivel del alma
83. No existen las razas
84. Grados de vida materiales
85. Ser humano o alma
86. Anti racismo y discriminación
87. Cosmología
88. Omnia Alma y Omnifuentes
89. Nuestras fuerzas básicas
90. División cósmica
91. Luna
92. Sol
93. Grados de vida cósmicos
94. Nuestras primeras vidas como células
95. Evolución en el agua
96. Evolución en la tierra
97. La equivocación de Darwin
98. Nuestra conciencia en Marte
99. Tierra
100. Bien y mal
101. Armonía
102. Karma
103. Causa y efecto
104. Libre albedrío
105. Justicia
106. Origen del mundo astral
107. Creador de luz
108. Cuarto grado de vida cósmico
109. Omnigrado

110. Animación de nuestro viaje cósmico

Parte 4 La Universidad de Cristo

111. La Universidad de Cristo

112. Moisés y los profetas

113. Autores de la Biblia

114. Dios

115. El primer sacerdote mago

116. El Antiguo Egipto

117. Pirámide de Giza

118. Jesucristo

119. Judas

120. Pilato

121. Caifás

122. Getsemaní y Gólgota

123. Apóstoles

124. Cuentos eclesiásticos

125. Evolución de la humanidad

126. Hitler

127. Pueblo judío

128. NSB y el nacionalsocialismo

129. Genocidio

130. Grados de amor

131. Almas gemelas

132. Maternidad y paternidad

133. Homosexualidad

134. Psicopatía

135. Demencia

136. La mediumnidad de Jozef Rulof

137. El Siglo de Cristo

138. Futuro luminoso

138. Instrumento de sanación definitivo

140. Aparato de voz directa

Jozef Rulof

Jozef Rulof (1898-1952) recibió un conocimiento universal sobre el más allá, la reencarnación, nuestra alma cósmica y Cristo.

Conocimiento procedentes del más allá

Cuando Jozef Rulof nació en 1898 en la localidad rural de 's-Heerenberg, en Holanda, su líder espiritual Alcar ya tenía grandes planes para él. En 1641, Alcar había hecho la transición al más allá, después de su última vida en la tierra como Anthony van Dyck. Desde entonces había ido construyendo un vasto conocimiento sobre la vida del ser humano en la tierra y en el más allá. Para llevar ese conocimiento a la tierra, quería desarrollar a Jozef hasta convertirlo en un médium escritor.

Después de que en 1922 Jozef se estableciera en La Haya como taxista, Alcar lo desarrolló primero hasta ser un médium sanador y pintor, para ir construyendo el trance necesario para recibir libros. Jozef recibió cientos de pinturas, y con su venta pudo controlar él mismo la edición de los libros.

Cuando Alcar comenzó en 1933 con la transmisión de su primer libro, 'Una mirada en el más allá', dejó que Jozef eligiera la profundidad del trance mediúmnico. Podría meter a Jozef en un sueño muy profundo y adoptar su cuerpo para escribir libros al margen de la conciencia del médium. Entonces Alcar podría usar a partir de la primera oración su propia selección de vocabulario para explicar al lector de ese tiempo cómo había llegado a conocer la realidad a nivel del alma, todo centrado en la vida eterna del alma humana.

Otra posibilidad era aplicar un trance más ligero, en el que el médium podía percibir lo que se escribía durante el proceso de escritura. Eso le permitiría a Jozef ir creciendo espiritualmente a la par que el conocimiento transmitido. Pero eso implicaría que la construcción del conocimiento en la serie de libros se sintonizara con el desarrollo espiritual del médium. Y así Alcar no podría ofrecer las explicaciones a nivel del alma antes de que también el médium hubiera llegado a ese punto.

Jozef optó por el trance más ligero. Eso hizo que Alcar estuviera un poco limitado en cuanto a las palabras que pudiera usar en los primeros libros. Hizo que lo experimentara Jozef al escribir la palabra "Jozef" mientras este estaba en trance. En ese mismo instante Jozef despertó del trance, porque sentía que lo llamaban. Para evitarlo, Alcar escogió el nombre "André" para describir las experiencias de Jozef en los libros. Alcar también cambió o eludió otros nombres y circunstancias en 'Una mirada en el más allá', para

que Jozef pudiera permanecer en trance. En este primer libro, el lector sí descubre, por ejemplo, que André estaba casado, pero no que esto hubiera ocurrido en 1923, ni que su mujer se llamara Anna.

Primero Alcar hizo vivir en carne propia a su médium todo lo que se describía en los libros, para mantener la armonía con los sentimientos de Jozef. Para eso Alcar lo hizo desdoblarse de su cuerpo, para que Jozef pudiera percibir por su cuenta los mundos espirituales del más allá. Los libros describen sus viajes conjuntos a través de las esferas tenebrosas y de luz. Jozef vio que después de su transición en la tierra el ser humano termina en la esfera que se corresponda a sus sentimientos.

En estado desdoblado también fue testigo de muchas transiciones en la tierra. Describiéndolas, se deja constancia en los libros de qué ocurre exactamente con el alma humana a la hora de la incineración, el entierro, el embalsamamiento, al eutanasia, el suicidio y el trasplante de órgano.

Jozef llega a conocer sus vidas pasadas

Alcar escogió el nombre “André” porque Jozef había usado ese nombre durante alguna vida pasada en Francia. Entonces André había sido un erudito, y la dedicación para examinar todo escrupulosamente podía ayudar a profundizar paso a paso el nivel de explicación de los libros.

De esta manera, en 1938 Jozef pudo recibir el libro ‘El ciclo del alma’ del maestro Zelanus, un discípulo de Alcar. En él, Zelanus describió sus vidas pasadas. Mostró así cómo todas sus experiencias en sus vidas pasadas habían ido construyendo finalmente sus sentimientos, y cómo gracias a ellas pudo percibir cada vez más cosas.

En 1940, Jozef se había desarrollado suficientemente para vivir el libro ‘Entre la vida y la muerte’. Así llegó a conocer a Dectar: su propia vida anterior como sacerdote del templo en el Antiguo Egipto. En los templos, Dectar había elevado mucho sus fuerzas espirituales, por lo que pudo vivir experiencias intensas en estado desdoblado, sin descuidar paralelamente su vida terrenal. Ahora hacían falta esas fuerzas para alcanzar el grado supremo de la mediumnidad: la conciencia cósmica.

Nuestra alma cósmica

En 1944, Jozef Rulof se había desarrollado como “André-Dectar” a tal punto que pudo vivir, junto con Alcar y Zelanus, viajes espirituales a través del cosmos. El conocimiento más elevado del más allá se trajo a la tierra en la serie de libros ‘La cosmología de Jozef Rulof’ por medio de las descripciones de esos viajes.

Fue cuando los maestros Alcar y Zelanus pudieron por fin describir la realidad como habían llegado a conocerla ellos mismos en tanto que verdad. Solo entonces pudieron usar palabras y conceptos que describen la esencia de nuestra alma, descubriendo así la esencia del ser humano.

En la cosmología, los maestros aclaran a nivel del alma de dónde provenimos y cómo comenzó nuestra evolución cósmica al escindirse nuestra alma de la Omnia Alma. Fue cuando André-Dectar llegó a conocer sus vidas pasadas en otros planetas, y el gigantesco camino de desarrollo que ha recorrido su alma para evolucionar desde una célula etérea en el primer planeta en el espacio hasta la vida en la tierra.

Además, visitó con los maestros los grados de vida cósmicos más elevados que nos esperan después de nuestras vidas terrenales. La cosmología describe hacia dónde vamos, y de qué manera son necesarias en este sentido nuestras vidas en la tierra. Arroja una luz cósmica sobre el sentido de nuestra vida y la esencia del ser humano como alma.

La Universidad de Cristo

Los maestros podían viajar por todos los grados cósmicos y transmitir este conocimiento definitivo, porque a ellos les ayudaba su orden de docentes. A esta orden se le llama “La Universidad de Cristo”, por ser Él el mentor de esta universidad.

Durante su vida en la tierra, Cristo no pudo transmitir este conocimiento, porque entonces la humanidad no estaba todavía lista para ello. A Cristo ya lo asesinaron por lo poco que pudo decir. Pero sabía que su orden traería este conocimiento a la tierra desde el momento en que pudiera nacer un médium al que ya no se le ejecutaría por hacerlo.

Ese médium fue Jozef Rulof, y los libros que recibió anunciaron el comienzo de una nueva era: “El Siglo de Cristo”. Cristo mismo había tenido que limitarse a la esencia de su mensaje: el amor desinteresado. En el Siglo de Cristo, Sus discípulos podían explicar punto por punto, por medio de Jozef Rulof, cómo al dar amor universal nos elevamos a nosotros mismos en cuanto a nuestros sentimientos, alcanzando así esferas de luz más elevadas y grados de vida cósmicos.

Jozef fundó en 1946 la Fundación El Siglo de Cristo por encargo de sus maestros, para administrar los libros y las pinturas. En ese mismo año, viajó a Estados Unidos para dar a conocer allí los conocimientos que había recibido, en colaboración con sus hermanos emigrados. Al igual que en Holanda, ofreció conferencias en trance y demostraciones de pintura.

De vuelta en Holanda se encargó también durante años de noches informativas —además de ofrecer cientos de conferencias en trance—, para

contestar las preguntas de los lectores de los libros. En 1950, el maestro Zelanus pudo escribir, sin interrumpir el trance, la biografía de Jozef con el título de 'Jeus de madre Crisje', bajo el nombre de "Jozef" y el nombre de su juventud, "Jeus".

Los maestros sabían que la humanidad no aceptaría todavía la Universidad de Cristo, a pesar de todos los conocimientos transmitidos y los esfuerzos de Jozef. La ciencia solo aceptará una prueba de la vida después de la muerte si esta se establece sin un médium humano, para que se pueda excluir la influencia de la personalidad del médium.

Esta prueba se ofrecerá por medio de lo que los maestros llaman el "aparato de voz directa". Predicen que este instrumento técnico traerá una comunicación directa entre el ser humano en la tierra y los maestros de la luz. En ese momento, Jozef y los demás maestros podrán hablar al mundo desde el más allá, y podrán dar a la humanidad la felicidad de la certeza de que en cuanto almas cósmicas vivimos eternamente.

Jozef hizo la transición al más allá en 1952. El maestro Zelanus ya había mencionado al final de su libro 'Dones espirituales' que Jozef y los maestros ya no se dirigirían a los médiums humanos después de la transición de Jozef, porque el conocimiento definitivo desde el más allá ya se puede encontrar en los libros que se le concedió recibir a Jozef durante su vida terrenal.

1951

Noches informativas

celebradas en el edificio

Ken U Zelven (Conócete a ti mismo)

De Ruijterstraat 41, en La Haya

del 11 de octubre de 1951 al 6 de mayo de 1952

por Jozef Rulof

Noche del jueves 11 de octubre de 1951

—Buenas noches, señoras y señores:

(Desde la sala):

—Buenas noches.

—Buenas noches. Tengo aquí una carta. ¿De quién es? ¿Quién la puso aquí hace un rato? ¿Quién la acaba de dejar aquí? Tengo una carta que escribí como respuesta en la que dije: “En casa no puedo hacer consultas, ya recibo...”.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, fui yo.

—Y bien, señora, ¿qué pretende con su pregunta? Escribe aquí... ¿Me permite que lo trate aquí? No es muy agradable, ¿verdad?

(Señora en la sala):

—No exactamente. Por eso.

—Sí, pero no son problemas, señora, que yo trate en casa, porque entonces la gente vendrá a verme sin parar y ya no podré hacer nada más. Todavía viene gente diciendo: “¿No es posible una excepción...?”.

“No, no es posible, yo sano...”.

“Sí, pero basta con que lo diga, señor, entonces... Solo necesito que me diga lo que tengo que hacer”.

Miren, esa es la misma consulta. Es cuando han sufrido un revés por los otros magnetizadores que los deja tiosos, de tan equivocados que estaban, y vuelven a acudir a mí diciendo: “Bueno, pero ¿es que no lo sabe usted?”. Y yo digo: “No, señora, con todos esos magnetizadores en La Haya y en el mundo no tengo nada que ver. La asociación no tiene magnetizadores”. Y es que sí quieren que se lo dé... la gente quiere consejos; no solo para sanar, sino también para otras cosas, y eso no es tan fácil. Por ejemplo, aquí escribo: Puedo recibir... su carta, pero en casa no recibo a nadie para consultas. En cambio, el jueves por la noche puede hacer la pregunta en la sala Conócete a ti mismo”.

Y eso, claro, es imposible, ¿verdad? Y es que no voy a entrar en eso, señora, porque esto se refiere a cuestiones sociales que yo no trato. Yo solo hablo sobre los libros y problemas espirituales.

¿Le fastidia eso mucho? ¿Le da pena?

(Señora en la sala):

—Pues, sí, desde luego.

—Quiero darle una oportunidad en el descanso. Venga a verme un momento. ¿Es la primera vez que viene aquí? Entonces es muy difícil, sí. Hablaré

con usted en el descanso.

Aquí tengo: “El ser humano que se hacía embalsamar en los tiempos de los egipcios, o sea, que se quedaba durante miles de años en la tierra como momia, ¿tiene que esperar esta personalidad su primera reencarnación hasta que su haya disuelto su etéreo cadáver? ¿Sí que tendrá lugar esta reencarnación? Yo era de la opinión de que tendría que esperar. Mi amigo daba a entender que no era necesario. ¿Podría analizarnos esa pregunta, para saber quién tiene razón?”.

—¿De quién es eso?

(Señor en la sala):

—Aquí.

—¿Dijo su amigo que ese espíritu, esa personalidad, no tendría que esperar?

(El hombre en la sala dice algo).

¿Cómo dice?

(El señor en la sala):

—Eso decía él: que no tendría que esperar y que la reencarnación se produciría de inmediato.

—¿Y quién es ese amigo suyo? ¿Viene aquí también?

(El señor en la sala):

—Sí, pero ahora no está.

—Pues lo ha intuido muy bien, porque esa reencarnación sí que tiene lugar.

Aquí hemos hablado muchas veces del embalsamamiento. Pero ¿qué ocurre cuando se hacen embalsamar en Egipto, en Francia, en el Reino Unido, y a donde sea que uno vaya en el mundo, o sea, centenares de vidas? ¿Qué ocurre finalmente cuando yace su cuerpo aquí, allá y allá y allá? ¿Qué ocurre, pues, con su personalidad si finalmente se hacen embalsamar en todas partes? ¿Eso también lo saben ustedes? ¿Quién de ustedes lo sabe?

(Señor en la sala):

—... eso solía saberlo.

—Ya lo ha oído, señor Brand. Si se dejan embalsamar aquí y allá, por la vida, por el cuerpo, entonces les faltará algo de aura. Allí yace algo, aunque sea una momia, pero allí yace vida. Es vida inconsciente, y con medicinas legales —ya conocen el embalsamamiento, yo tampoco sé muy bien todo lo que hace falta para eso, pero bueno— se mantiene algo intacto, y eso no lo tendrán para nada en el otro lado, eso es lo que le faltará a sus personalidades espirituales en cuanto a aura. Porque parten ustedes de que la personalidad es sentimiento con conocimiento, pero la vida en el otro lado son los sentimientos astrales. ¿Entienden a dónde quiero llegar? Así que cada vez les faltará algo de su propia vida, empezarán a fragmentar su vida. Y al final, si se dejan embalsamar en todas partes, sería un estado psicopático. Aún no son

psicopáticos de forma enfermiza, pero físicamente son débiles, inconscientes, porque la vida... quizá solo tengan el treinta y cinco o cuarenta por ciento de la fuerza, de la vida, que en el fondo llegarán a recibir y poseer en una nueva vida. ¿Ha quedado claro? ¿Sabían que se llega hasta ese punto con el embalsamamiento? Hasta allí llega.

Hay..., por ejemplo, en Ámsterdam hubo una señora que hizo una pregunta al maestro Zelanus sobre este libro que he tirado aquí al suelo, de aquel Spalding (B.T. Spalding: 'Maestros del Lejano Oriente'. El título original en inglés es: 'Life and Teaching of the Masters of the Far East', editado por DeVorss en Co. Publishers, California), y pregunta al maestro Zelanus, refiriéndose a este libro: "¿Es cierto eso? ¿Es posible? ¿Y qué sentido tiene?". En ese libro hay yoguis de Oriente que han llegado al punto de que conservan su cuerpo, o sea, el cuerpo no se muere. Entonces son capaces de... regresan en mil años y vuelven a descender en ese cuerpo y vuelven a vivir.

Qué divertido, ¿no? ¿Es posible?

(Señor en la sala):

—No, es imposible.

—Estupendo, señor Berends. El maestro Zelanus dice: "No, esas leyes ocultas no existen". Y entonces fue a Cristo, que Cristo tenía que nacer por María y tuvo que aceptar el ser niño. Porque la ley oculta que describe ese Spalding ni siquiera existe; no pueden ustedes calarla, entonces hay que ser desde luego muy profundo si uno quiere conocer esas leyes. Y el maestro Zelanus dijo: "Pero ¿qué harían con esa vieja chatarra? ¿Por qué no aceptar una nueva vida? Nueva sangre, joven, nuevos ojos". No, esos yoguis de allí conservan un cadáver apergaminados de esos en el que quieren volver a nacer, en ese cadáver viejo, viejo, ¿verdad?, ese ser que parece una momia, y eso les divierte, es arte, arte oculto.

Señor, semejantes majaderías no las he leído en ninguna otra parte. Eso consta en ese mismo libro que tiré, bueno, boté, al suelo. Oh, ¿no puedo decir "boté"? Entonces vuelvo a estar en 's-Heerenberg; no, eso no. Tengo que cuidarme siempre de no llegar a parar allí, tengo que estar aquí. Pero esa misma pregunta, ese mismo estado de aquel libro, encaja con el embalsamamiento. Si Dios nos da un nuevo nacimiento por ser atraídos por nuestros padres, nos hacemos nuevos, recibimos una nueva vocecita, nuevos ojitos, somos completamente nuevos, un nuevo cuerpito, más fresco que una lechuguita, tremendamente hermoso, con ricitos rubios o negros... No, por allí va un yogui indio... porque allí todos son maestros, claro que sí, señores, señoras, son elevados... ese libro trata de los grandes maestros de Oriente, y estos se meten en... prefieren un viejo cadáver que un nuevo cuerpito bien nuevo. Hay que ver lo lúcidos que somos. Y cuando uno ataca dicen: "Ese señor Rulof lo sabe todo".

Pero ahora a ver lo que dicen ustedes, y después ese señor, y ahora la ley oculta, y ahora Nuestro Señor. Cristo eligió el camino más inmaculado y puro, nació en el niño, por José y María. ¿Ven? Y lo que tiene que hacer Cristo, ¿eso está a la venta para un yogui? Cristo tomó el único camino posible, natural, divino, de regreso, por medio de la paternidad y maternidad. Y aquellos yoguis construyen sobre eso cadáveres, cadáveres. Egipto, la India colonial, señoras y señores, pueden aprender ahora de nosotros. Que vengan esos, esos, esos... ¿Qué andaba diciendo yo, señora?

¿Lo ve, señor? ¿Está satisfecho?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Casi no le había dicho nada a usted, pero ya estábamos. De pronto lo vi a usted allí. Ambos éramos... No, no los dos, estábamos en Egipto, pero no los dos, los dos no. Estábamos paseando allí y entonces me topé con su cara y dije... ¿Qué dije? Sí. Miren, a veces un ser humano puede extraviarse. Le importa mucho, señor De Wit?

(Risas).

¿Saben, señoras y señores, por qué la otra vez tuve que ladrar de pronto? Dirán ustedes: pero ¿que es eso? Oí: “Pero usted entiendo algo de esto?”.

(A alguien en la sala):

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Sí, eso dijo usted, su perro estaba allí.

—No, el señor De Wit daba cabezazos de sueño. Pensé: lo que le arrulla son mis palabras, mejor ladrar un poco.

(Risas).

Y se despertó de golpe. Ya no durmió más. Se había asustado. ¿No es así, señor De Wit? Y ese animal... Estaba yo en casa, le digo a mi mujer: “¿Pero tú te has enterado de qué trataba eso?”

“No”, contesta, “el perro era...”.

Y yo: “No, el señor De Wit estaba durmiendo”.

(Risas).

Pero no lo conté hasta esta noche, ¿entiende? ¿Le importó?

(Señor De Wit):

—No.

—Esto tampoco le importó, ¿no? Bien, entonces voy a empezar, así al menos hago algo. Así reacciono ante las cosas. Fanny dice: “¿Lo despertaré?”. Digo: “Hazlo”, y entonces ladré yo. Ya ves, otra hermosa inspiración. ¿No les parece? Reacciono, reacciono ante cualquier cosa. Quién sabe lo que nos espera aquí alguna noche. Ya verán.

Seguimos. “¿Podría contestarme las siguientes preguntas? ¿Es posible que

una mujer que es madre para la sociedad...?”. Una mujer, ¿es madre para la sociedad?

(Una señora en la sala):

—No es madre.

—Vaya, que no es madre. Ah, es que ponía “no”, no lo había visto..., “¿... que es madre madre para la sociedad pueda vivir la maternidad para el espacio en la profesión que ejerce?”.

Quiere decir usted el ser humano en la sociedad que no es madre, o sea, ¿es una mujer que no ha tenido hijos? Pero, ¿eso da igual! ¿Se lo aseguro! ¿Es posible que ese madre, esa mujer...? Así que no podemos hablar en este momento de una madre. Pero sí es posible hablar de maternidad, porque el alma, el espíritu —se lo conté hace poco— que vive en el cuerpo maternal ya es maternidad; y debido a que nosotros, los sentimientos, la personalidad descendemos en la maternidad nos elevamos un peldaño más en la evolución, o sea, la evolución natural tiene prioridad, irrevocablemente. Luego estaremos ante el karma y la causa y el efecto, ante nuevos nacimientos —¿no es así?—, por la causa y el efecto, la maternidad, la paternidad; hemos echado al traste la maternidad, hemos destruido la paternidad, hemos matado y quemado, entonces aparecen las leyes del karma.

Eso está claro, ¿verdad? De eso hemos hablado en otra ocasión.

(Jozef sigue leyendo).

“Cito por ejemplo una profesora que desde su más temprana infancia tenía muy claro: cuando sea grande voy a ser maestra de escuela. Su juego con los demás niños siempre era jugar a la escuela”. Sí, también hay gente así, que, digamos, lleva en la sangre la profesión que ejerce. Yo también tenía algo así. Nada de jugar a ser maestro..., bueno, sí, también. Antes yo siempre estaba dando órdenes, ya ven. Unos, a su vez, tienen esto, otros, en cambio, aquello. “Y que alcanzan infaliblemente su meta”.

Cierto. Vamos a responder eso ahora un poco.

Miren, ahora pueden... la maternidad y paternidad... la maternidad para la naturaleza y el cosmos, eso es natural, eso está fuera de aquí. Ahora quiere decir, ahora quiere preguntar, ahora quiere preguntar: ¿es posible vivir la maternidad por medio del trabajo, de mi tarea? Y sobre todo si se relacionan con niños.

Señora, señorita, es la evolución más elevada que se le puede ofrecer al ser humano. Aún lo recuerdo: en la escuela teníamos una maestra, y, bueno, era divertido, pero ella no lo era. Al comienzo yo le caía bien, sí, y dice: “Es tonto, Crisje, y por otra parte me hace preguntas hasta decir basta”. Pero ella tenía algo que yo no veía en Crisje, y entonces no quería saber nada de ella. Y había otra, era un encanto; ahora decimos “un encanto”, pero era un cielo de señora. Y hacíamos lo que fuera por ella. Su sola presencia ante la clase nos

hacía disfrutar. Y todo lo que decía: bonito, cariñoso. Y pensaba: ‘Bueno, esos niños de todas formas no lo comprenden’.

Pero nosotros cuatro, cinco, Anneke Hosman y Theet Bouwman junto a mis amiguitos de ‘Jeus I’ —eso no viene allí—, pero entonces íbamos a jugar en el brezal y yo era, uno de nosotros, la profe. Bueno: “¿Cuánto es cuatro más cuatro?”. Sí... sí. “No, eso no se dice así, eres demasiado duro, porque la profe no es para nada tan dura como tú”. Miren, eso ya estaba allí. “Y aquello no lo tienes que hacer así, porque la profe nunca pega”. “No, no sabes hacerlo!”. Entonces lo tenía que hacer otro, y así hasta que fuéramos la profe. Eso no nos soltaba. Con que pudiéramos decir “buenos días” a la profe y mostrarle las palomas, porque las veía a cada rato: “Mire, profe, ya tengo otras, otra vez hemos tenido palomitas”. Y eso para nosotros era la felicidad, porque era un ser hermoso, una criatura bella.

Y si eso lo aporta a sus hijos, señorita Bruning, la llevarán en palmitas, esas criaturas, cuando usted tenga luego ochenta años y ellos hayan crecido. Eso es lo más bonito, pero eso también es ser madre en la sociedad. Yo también, yo también me he hecho en cierta medida maestro de escuela. Dicen que soy un cura; cura no soy, ni quiero serlo.

(Risas).

Me llaman capellán.

Pero ser profe es: despertar los sentimientos del niño, de la personalidad. Y eso toma tiempo... si quiere empezar con eso y quiere tocar los núcleos, entonces lo hace usted sobre un núcleo; tardará medio año en hacer que el niño sepa quién es usted, para que salga una sola cosa de la personalidad de usted, para que digan: “Bueno, eso no lo quiere, pero aquello sí”. Para eso le hace falta tiempo al niño, y a usted también, eso toma medio año. Y entonces habrá colocado un pequeño fundamento para usted, uno pequeñito.

Vamos, pónganme a mí delante de su clase y les señalaré de inmediato los errores que cometen. Quiero ser igual de bueno que el resto, ¿entienden? Y hablar, mirar, descender en la criatura, lo más bonito que hay. Lo deseaba con toda mi alma cuando era niño en el cole. Yo... con todos nos peleábamos. Era una maravilla cómo contaba ese profe las cosas. Hubo un maestro en concreto que lo entendió y era un amigo de Hendrik el Largo. “Hendrik, ese, ese es uno, ese te mira y también mira para atrás. Ese solo quiere saber lo que tienes para contarle”, dice, “y después se larga”.

Y siempre me largaba. Le miraba a los ojos por la mañana, pensaba: ‘bueno, esta mañana no me necesita’. Y entonces me largaba, en pensamientos me había largado. Todo lo que hacía era un desastre y no estaba. Dormía... de vez en cuando estaba en (la región de) Montferland, estaba en la copa de un árbol, comiéndome... eh... zanahorias donde la tía Trui.

(Risas).

Y de pronto sonaba el timbre y había terminado, tenía que irme a casa. No había aprendido nada, nunca en la vida aprendí.

Pero trataba en alguna parte sobre la vida, sobre esto... sobre un renacuajo y sobre una rana... ¿Saben lo que son batracios? ¿Renacuajos? Trataba de conejos y cerdos y caballos y vacas... mis queridas... y gallinas. Santo cielo, ¿ya has visto alguna vez un erizo por la noche, como hacia las once? ¿Sabes lo que puede hacer un erizo a las once de la noche? Yo tampoco lo sé.

(Risas).

Pero entonces nos basábamos en esa sensación y nos adentrábamos en esa vida y disfrutábamos todos.

Me considero... Y si son capaces de eso, y las hermanas y los profes y las maestras, aquí tenemos más que son capaces de eso... Miren, yo siempre... de niño siempre estaba haciendo cosas, no como ahora, y aun así, hago..., quiero una oportunidad —así me lo enseñó el maestro Alcar— para caerle bien al ser humano, para hacerme querido. Pero eso no lo hago con la voluntad. Simplemente soy naturaleza, primero asimilo esa naturaleza... una conciencia plena, así quiero ser y así seré, y entonces ya no me hará falta pensar.

Así, cuando empezó el maestro Zelanus, y tuve que empezar conmigo mismo, entonces todas esas cosas, esas cosas salvajes, y esto y lo otro, hubo que erradicarlas. Y ahora he recibido, fijado, un solo carácter para la sociedad. En ese estado no puedo ser de otra manera que así. Y en eso he introducido un equilibrio del cien por cien, al que hay que añadir: la cortesía. “Sí, señora. Sí, señor. Desde luego, señora”, ven, “Ah, por supuesto, señor, claro. No, señor, eso no es cierto, no, eso no es así. ¿Cómo dice usted? No, señor, es así. Naturalmente, sí, sí. Adiós señor, adiós señora”, y entonces seguimos. La cortesía es inclinarse, es aceptar, la comprensión del ser humano, aunque no sea cosa mía y decir algo al respecto: “Sí, señor, así es, qué lástima”.

Pero entonces me pongo a actuar desde mis sentimientos, mi conciencia. Así que no respondo a la gente, sino que acepto su situación para estar abierto en ese momento para el ser humano. Resulta que ahora la gente quiere meterme en su situación, en la que no quiero meterme. Luego, entonces actuaré.

Pero si estuviera delante de una clase, es la sociedad —y eso es difícil, pero el trabajo más hermoso que existe— y emito, irradio, una y otra vez, cada mañana: ustedes son los que tienen niños. Entonces, se lo garantizo, en una semana, en siete días, cambiarían los niños respecto a ustedes. Y dirán en casa: “Mamá, no sé qué...”. Nosotros decíamos: “No sé lo que ha pasado con esa vieja, pero es..., es..., es..., es... muy diferente”.

La profe había vivido alguna cosa, por ejemplo: había muerto un familiar querido, y nosotros veíamos a través de eso, veíamos a través de eso, había alguien más. Qué amable está la profe hoy, verdad, esta semana. Pero eso no es de verdad, esa está encima del “ataúd”. Pienso: en la familia de esta

ha muerto alguien, anda de capa caída, anda de capa caída, no está amable; y entonces ella nos dio un poco de tristeza, pero no picamos. Dos semanas después se había olvidado de su cadáver y de su ser querido, y otra vez “bla-bla-bla”, volvía a la carga.

(Risas).

Lo ves, ella nos contagió de tristeza y resulta que no era amor, no era realidad. Como niños la calábamos. No hay nada más agudo que un niño.

Miren, si construyen ustedes en la sociedad el ser madre, el ser madre para cada persona, y sobre todo delante de la clase, entonces estarán asimilando una felicidad espiritual universal, y una posesión, amor, todo, estarán asimilándolo. Y si pueden intentar hacer eso también con los adultos, hacerlo de verdad — es cuando estamos ante el ser humano consciente adulto—, entonces será, naturalmente, aún más difícil, pero irá por sí solo porque ya lo habremos intentado con los niños. ¿No es así? ¿O es que estoy contándoles un cuento, maestras, maestros? Pues écheme de clase, no lo duden. ¿Contentos?

Ya ahora tenemos aquí: “¿De dónde viene esa certeza y la tenaz perseverancia en un párvulo? Bueno, eso es carácter. Escribe usted aquí: “Sabía que estábamos jugando a ser maestros...”. Eso ya es la conciencia central, también es conciencia nacional; eso no tiene que ver con un país, ¿no? Pero ya es sentimiento social para participar en la construcción. Y ahora usted: “Quiero hacerme maestra”. Los hombres son hombres: “Voy a ser maestro”. Eso se ve mucho. Los niños saben de antemano lo que harán más tarde. Y eso ya está construido, eso también es reencarnación, eso ya se construyó en vidas anteriores. Porque ustedes no pueden nacer con esta conciencia. Recibirla sin más: eso es imposible. Así que sin duda que eso ya lo han construido en vidas anteriores, para empezar a formar parte de la sociedad.

Hay mujeres y hombres —sobre todo mujeres— que van a clase, que estudian para hacerse médicos, los padres se han gastado mucho dinero, se casan, tienen un bebé, otro, otro más, ya nunca fueron médicos, adiós dinero. Entonces ha habido un sentimiento momentáneo de conseguir estudios, una carrera, un título; adiós profesión de médico, otros continuarán. Miren, ahora les entra a ustedes la sensación: una madre, unos seres humanos tienen plena conciencia en ese estado, otros no. Así, sin más: me gustaría ser esto, quiero esto; y entonces, naturalmente, habla automáticamente el sentimiento, pero sí que lo han traído con ustedes de vidas anteriores. Porque cuando empezamos por aquí lo hacemos después de un borrón y cuenta nueva para esta vida; pero lo que hay es todo reencarnación. Somos una perfecta hoja en blanco para esta vida. Esta luz la tenemos que procesar. Solo después de siete días entra la luz a los ojos; y entonces empezamos a mirar y desaparece de inmediato el pasado. Si ese niño pudiera ser adulto y pudiera hablar, la reencarnación estaría completamente abierta y podrían ver ustedes dentro de

todas esas otras vidas.

Ahora dicen ustedes todavía: “¿De dónde viene ese saber con seguridad?”. Esa ya es la respuesta, eso para usted es la reencarnación, la vida anterior, pero con el párvulo es exactamente igual que con ustedes.

Han leído Jeus: “¿Qué vas a hacer de adulto, Jeus?”.

“Voy a escribir libros”. Vaya, vaya, hasta yo tuvo que reírme. Y de pronto supe que no tenía que hacerlo.

“Pero bueno”, dice Anneke, “para eso hace falta dinero, ¿no?”.

“Con o sin dinero, voy a escribir libros”. Porque ellos tenían vacas y nosotros nada, ¿verdad? Digo: “Sí, cuando íbamos a jugar encima de las nubes”, digo: “Tú..., tú solo entiendes de...”, dije otra cosa muy distinta, no se crean, está en el libro. En el libro dice..., no, sí que está, de verdad que está allí, digo: “No saben (sabéis) más que de vacas y caballos y gallinas y perros medio muertos. Ese perro ni siquiera tiene qué comer... Pero yo escribo libros, y escribo, y escribí los libros”. De dónde han salido no lo sé, pero ahí están.

(Alguien dice algo).

¿Y usted qué piensa?

(Risas).

Señora, ¿alguna cosa más?

(Señora en la sala):

—No, ya me imaginaba que tenía que ver con la reencarnación.

—Háganse madres al cien por cien para sus hijos y entonces vivirán —de hecho, eso ya lo saben— que ni siquiera sabrán dónde dejar tanto amor, porque hay algunas, madre mía, a esas no hay quien las pare.

Esta noche no hace falte que ladre, ¿verdad que no, señor De Wit?

(Risas).

Vamos a empezar aquí con el señor Reitsma. “De vez en cuando nos encontramos durante nuestras lecturas con personalidades que hasta cierto punto son visionarias; el pasado o el futuro pasa por delante de sus ojos interiores como imágenes o fognazos. Por ejemplo, la revista ‘Vizier’ publicó en su último número un pequeño artículo de H.J.G., de Enschede, que figura en *Visión Mundial Bellamy 1953* (Edward Bellamy, escritor norteamericano, 1850 - 1898). Siempre es capaz de acordarse de una vida anterior. Cista a Jozef Rulof y Pierre van Delsen como almas de su órbita. También Paul Brunton forma sin duda parte de esta escuela de videntes actual”.

(Algo se cae dando un golpe en el suelo, y Jozef dice:) Ese no es mi bastón.

“En ‘El Egipto secreto’ (un libro de Paul Brunton) lo vemos sentado a los pies de la Esfinge. Él también ve en imágenes visionarias el origen...”.

Y Paul Brunton ni siquiera conoce el significado oculto de la Esfinge, seño-

ras y señores, señor Reitsma. Brunton todavía no conoce la Esfinge, no, ni siquiera la pirámide. No es profundo, solo ofrece historias, estaba buscando. Es un chico grande, un ser humano grade, porque ha hecho algo por las masas. Sus libros alcanzan... Con sus libros ha alcanzado a más gente que yo. Es demasiado lejos, pero Paul Brunton no conoce ni la Esfinge ni la Pirámide, aunque durmiera en su cima. Pasó una noche dentro de ella, pero todavía no la conoce, para eso hace falta el otro lado. Pero Paul Brunton es fenomenal.

“Él también ve en imágenes visionarias el origen y el significado completo de la Esfinge y de la Pirámide de Giza. ¿Igual que Frederik?”

Para nada. De ninguna manera. Ahora se sabe... Y el libro ‘Las máscaras y los seres humanos’ tampoco trata muy a fondo la Pirámide, porque hacen falta al menos, digamos, tres libros de fácilmente 1500 páginas si es que uno quiere analizar la Pirámide, con la Esfinge. La Esfinge... oh, ser humano, vamos, ponte delante de ella.

Una noche estuve, desdoblado corporalmente y todo, estuve ante la Esfinge, y entonces hablé en inglés; todavía lo domino un poco, pero por aquel entonces lo hablaba de maravilla, era una vida anterior. Y la miré —así— y digo en inglés: “Tú, con esa cara de animal, déjame..., dame un poco de conocimiento por un poco de...”. Me asusté de mí mismo, y pienso: ‘Qué bien suena eso’. “No vivas del silencio”. Digo: “Deja de vivir en ese silencio y dame un poco de felicidad, conocimiento, ciencia, ciencia espiritual”. Y entonces me puse a gritar. Y me puse a susurrar, señor Reitsma, entonces me oyó. Digo: “Please, please”. No entendía ella el holandés. Y entonces me puse a hablar en holandés, digo: “Por favor”. Pienso: ‘Qué extraño suena eso aquí en Oriente: “por favor”’.

Y entonces, en la profundidad de esa vida, atrás en la cola, ¿verdad?, en el cuerpo de león, de la médula dorsal, y desde esos pulmones, oí de repente: “Hhhuhh”.

Digo: “¿Me oyes? Estás suspirando”. La luna estaba alta, el maestro Alcar estaba allá, el maestro Zelanus allí, querían ver un poco cómo me hacía uno con la Esfinge; y llegué a esa unión. Y de pronto... Y entonces me puse..., dentro del mundo astral volví a dormir, pero eso lo había aprendido —entonces ibas otra vez así, me dejaba llevar, y entonces seguía consciente— al construir... pintando, curando; el trance es algo que se construye, eso ustedes lo saben. Entonces lo atravesábamos y nos manteníamos dormidos conscientemente. Soy consciente en el grado más profundo del sueño, porque mi vida es imposible de desconectar.

Y entonces la oí hablar. Y dice ella: “Vete..., vete a mi marido, a mi esposo”. Es su esposo, la pirámide. “Háblale, quizá, tal vez se haga oír un poco”, dice ella. “Vuelve, entonces, el camino existe”. Ella me llegó al corazón y... “Escucha”, dice, “escucha”, y entonces me dio un beso: así. Pienso: madre mía, ese

beso, eso es tocar la vida, el beso del espacio es el ser uno con la vida, me dejó noqueado. Y entonces me desperté y estuve gritando a pleno pulmón, porque me estaba consumiendo el fuego.

Si usted recibe sabiduría, sabiduría profunda, señor Reitsma, ¿piensa que no lo noquearía? A mí también me noqueó. Pero si entra en eso uno se va de la Esfinge a la Pirámide, y al final este es el hombre y la Esfinge es la madre para el espacio. Y esa madre comienza desde la vida animal hacia la de los reyes.

¿Eso lo tenía Paul Brunton, señor Reitsma?

Mire, pueden escribirse dos grandes libros al respecto. He vivido la Esfinge y la Pirámide. Paul Brunton yacía en la cámara real y no hacía más que ruido, esa misma noche también podía haber estado loco.

¿Por qué? Si entro a esa pirámide, quiero llevarlos a todos ustedes allí, no les pasará nada, por muy inconscientes que sean. Porque la mística no es... no puede golpearlos si conocen la ley de la mística, que es: la muerte no existe. Y todo lo que está mal: no tengo nada que ver con eso; soy bueno, soy verdadero, soy puro, soy honesto. Y entonces esos yoguis de la India y esos marajás dicen: “No entre, señor, porque lo matarán”. Y te matan. ¿Desde dónde? ¿Cómo? Miedo, sí, ser inconsciente; su miedo aún es inconsciente. A cuánta más profundidad lleguen, todo... Dios no ha creado los miedos ni los temblores; es lo desconocido para el ser humano lo que detiene el corazón.

Hubo alguien... —ya lo conté en otra ocasión—, dice: “Juro por la salud de mi mujer e hijos: Cristo puede golpearme”. Pero el hombre mentía y de golpe terminó noqueado, y frito. Fue el miedo en su interior lo que le heló el corazón, lo agitó, estaba muerto. Mintió. Y entonces pensó como un rayo: ‘Imagínate que Nuestro Señor al final sí que me vea alguna vez, que estoy mintiendo’. Y mintió, ya había caído, ya había recibido el golpe. Y entonces dijeron: “Dios lo ha castigado”. No, señor, señora, no, señora iglesia, ese hombre no ha sido castigado, se castigó a sí mismo, se pasó de la raya. Tomó... tal como consta en ‘Las máscaras y los seres humanos’, señor Reitsma, ese teólogo que quería ir a Jehová, siempre más allá por este camino, más y más alto, pero no se acordó de traer una escalerita. Y ahora está dando tumbos, dice Frederik, entre el cielo y la tierra, ya no regresa, ahora está en Rosenburg (un psiquiátrico en La Haya). Decía: “Jehová, Jehová”. El teólogo: se convirtió en un loco religioso. Cuando el ser humano se adentra muy, muy, muy profundamente en la religión, al final uno está al cien por cien, ya no es nada.

Cuando buscamos a Dios de verdad... Aquí cada paso nos sirve de asidero, aquí nunca se volverán locos, siempre que no vayan demasiado lejos. Pero si se ponen a buscar a Dios, a buscar a Dios, a buscar a Dios, como teólogo, como seres humanos normales... ¿Cuántos locos religiosos no hay en los psiquiátricos? Todos fueron demasiado lejos; y querían conocer a Dios; no

se conocen a sí mismos, tienen sus sentimientos, pero sin saber lo profundos que son estos, lo que son capaces de procesar, agarran a Jehová por las solapas, o a Isaías, cómo se llaman todos esos, y se pierden, ya no pisan el suelo, es decir: el saber consciente, al asidero para uno mismo: no debo pasarme, hago esto, pienso, pienso...

Me encontraba en casa, estaba escribiendo y ya estaba tan metido en el trance que el maestro Alcar dijo —imagínese lo lejos que vamos, les ofrezco otra imagen—, dice: “Hay que abrir”.

Digo: “¿Abrir?”. Estábamos trabajando en ‘Una mirada en el más allá’. “¿Abrir? Todo está abierto. Todo está abierto”. Me encontraba escribiendo en casa, el maestro Alcar dentro de mí; pero estábamos en un templo en el otro lado. Todo está abierto, puedo volar, puedo irme a la primera esfera, a la segunda, veo la gente, veo los árboles, veo los pájaros. Y en eso que se me posa un pajarito de aquellos en la mano. Digo: “Abrir, ¿qué, qué, qué?”.

“No estamos en las esferas, estamos en la calle Esdoornstraat 21, en La Haya, en Holanda, en la tierra”. Él tenía que regresar... yo tenía que regresar. “¡Abre, hay que abrir!”.

Digo: “¿Abrir?”.

“Sí, Anna no está, se fue, se olvidó la llave, están llamando”.

“Ahhh, abrir”. Yo que saco la llave del bolsillo y dando golpes a la puerta por dentro para que se abra. No hay que tirar, hay que... Y por fin la abro, digo: “¿Quién es usted?”. ¿Cómo va a terminar esto? Entonces ella piensa: ‘Ay, Dios mío, ese sí que está chalado’. Y yo digo: “Ay, no, era mi mujer, ahora me doy cuenta, ahora sí”.

En ese estado estoy completamente loco, señor Reitsma, ya no sé dónde vivo; para la tierra, pero no para el otro lado. Porque estábamos en un espacio abierto y escribíamos ‘Una mirada en el más allá’, esa calle Esdoornstraat quedó completamente eclipsada. ¿Ven? Eso es disolverse; les doy la prueba de que es posible, pero eso no lo tenía Paul Brunton.

Yo estaba trabajando en ‘Dones espirituales’. Y entonces justamente en la guerra... Me llegó una carta de esas a casa, íbamos a... No, todavía no estábamos en ello. Recibí una breve nota de los alemanes: que tenía que irme a Alemania. La siguiente mañana digo... digo a mis adeptos, digo: “Toma, ayer por la mañana dije... dijo el maestro Zelanus: ‘Vamos a empezar con ‘Dones espirituales’. Y ahora tengo que irme a Berlín”.

“Pero no vas a ir”.

Digo: “Iré. Allí quizá pueda alcanzar más gente que aquí. Que me arrojen al infierno, voy a Alemania encantado. Porque en todas partes tengo mi boca, hablo en todas partes; aunque me caigan las bombas encima del cogote, hablaré”.

“Pero entonces iré yo antes que tú”.

Digo: “No, señor, para mí nada de historias de pasión, eso lo hago yo”. Pero bueno.

“Pero”, dijeron, “ayer por la mañana dijiste: ‘Vamos a empezar con ‘Dones espirituales’”.

Digo: “Sí. Y ahora ya me gustaría saber —yo también— quién tiene razón, el maestro Zelanus y el maestro Alcar —tonterías, o ¿qué es?—, digo, o bien Hitler tiene razón, me voy a Alemania”.

Salgo a la calle y digo al maestro Alcar: “Maestro Alcar, está usted seguro, ¿verdad?”. Digo: “Aquí tiene una cartita de Hitler, si usted es más fuerte...”. Pienso: los ángeles son capaces de tantísimas cosas, pero yo sí que tengo que empezar mañana a hacer las maletas. Me voy a Alemania. Y mira por dónde, no voy a hacer nada, me voy. A ver quién es capaz de retenerme de eso. ¿Qué quieren?

Pues, pienso: ‘Ahora sí que han picado, han picado’. Digo: “¿Con cientos de miles de ángeles? Vivimos en tiempos de guerra, soy un instrumento, ¿tengo que escribir? ¿Es de verdad? A ver si alguien me demuestra en estos momentos...”. Qué mal, ¿verdad? Mal. Después de tantos millones de pruebas. Pero pienso: ‘Bueno, esas las dejamos otro ratito más, ¿no?’. Claro, después me dieron una tremenda paliza. Pero bueno, lo hice.

Me voy a casa, agarro la máquina, la coloco. Y mi mujer dice: “Pero, tienes que hacer las maletas, ¿no?”.

“Hacer las maletas? ¿Qué?”. Digo: “El maestro Zelanus se ha puesto a escribir un poco”.

Digo al maestro Zelanus, lo tengo a mi lado, digo: “¿No sabes nada tú?”.

“Yo no”, dice, “no es asunto mío, tú lo has mandado a un nivel más elevado, ¿no?”.

Digo: “¿Así que vas a escribir?”.

“Desde luego, vamos a escribir”.

Digo: “Pero ¿no sabes nada de nada?”.

“Tú espérate, ya pasó, ya pasó por el cable..., el telegrama se fue para arriba”. Dice: “Ya vi a dónde fue a parar, tienen que pasar muchas cosas, pero voy a escribir”, dice. Y nosotros escribiendo.

Bueno, llaman a las tres y media, entra un médico. Digo: “Señor, ¿es usted un pato enviado o un ángel? ¿Quién es usted?”. Digo: “¿Cuándo le entró esta mañana la sensación de venir a verme?”.

Y dice: “A las diez y media”.

Digo: “Fue cuando envié el mensaje a Nuestro Señor”. Digo: “Así y así y así”.

Dice: “Pero tú no te vas”. Dice: “A partir de ahora estás enfermo. Has tenido una hemorragia estomacal”. Una notita, mi mujer fue al médico, y yo, enfermo, con una hemorragia estomacal. Me dieron huevos, leche gratis;

pero estaba sano como una manzana. Y nosotros escribiendo, en pijama, escribiendo, no me fui a Alemania.

Enviaron al médico; me echaron un médico encima.

El maestro Alcar dice: “¿Has visto cómo te tomé el pelo?”.

Digo: “Sí, desde luego, ha ganado”. Digo: “Hay que reconocerlo, inclino la cabeza”. Y así estuve..., dos semanas estuve allí, porque es cuando tenía que revisarme el médico.

Estoy trabajando, un lunes. Hay alguien. Mi mujer no está. Digo: “Santo cielo, santo cielo”, hay un coche delante de la puerta. Digo: “Y llega alguien en bici...”. No, no era un coche. Digo: “Llega un médico, lo veo, allí lo tienes”. Yo miraba a través de las casas. Digo: “Abre, rápido”. Yo como una flecha a la cama, claro. Si todo eso fuera al menos yo mismo, ¿se creen que el otro lado me estaba ayudando? Si tengo que escribir libros... A veces dicen: “Ese lo está garabateando todo él solito”. Tengo cien millones de pruebas de que jamás soy yo. Es que nunca soy yo.

Me voy volando a la cama, digo: “Que espere un poco”. Adiós máquina, se abre la puerta y lo primero que hace ese hombre es venir corriendo a la habitación: “¿Dónde está el enfermo?”. Yo estoy en la cama, como quien dice con la cabeza hecha un desastre. Señor Reitsma, en ese mismo instante estaba yo epiléptico. Estaba en el trance corporal más profundo de todos lo que hay, me estaba... Los ojos se me pusieron amarillos de golpe, estaban inyectados en sangre, sin respirar, y el hombre mirando. “Hmmm, hmmm, hmmm”. “Dígame algo”, dice. “Hmmm, hmmm, hmmm (se esfuerza por susurrar), no puedo hablar”. Ya no tenía voz, nada. Y mientras tanto pensaba yo: ‘Qué real es todo esto’.

(Risas)

Sí, yo veía mis ojos cadavéricos. Y él se largó de la casa. Pienso: ‘Mira cómo te has equivocado, hombre’. Que se va a un conocido suyo, que me conocía. Dice: “Pues...”.

En menos de una hora ya llegaba leche, llegaba mantequilla, llegaban flores. “¡Jozef está enfermo!”. “Sí”, dice ese hombre, “y tiene mala pinta. Ese hombre tiene un cáncer sangrante”. Porque lo había oído. “¿Has tenido una hemorragia estomacal?”, pregunta.

Digo: “Sí, hace cinco días, una muy grande”.

“Vaya”, dice, “pues, eso es malo, desde luego, pero no te alteres, eh”.

La ciudad entera de La Haya se enteró: Jozef Rulof tiene cáncer. “Y ahora el que va a necesitar un médico es él, mira por dónde”. Eran los espiritualistas.

No había ni salido por la puerta, se cierra y yo a la máquina. El maestro Zelanus dice: “Vamos a empezar”. Adiós sueño epiléptico y trance, adiós, adiós lo amarillo en los ojos, adiós sangre.

Entonces me senté primero, digo: “Ojalá tuviera un cigarrillo”, no tene-

mos, “porque primero tengo que recuperarme”. Digo: “Qué listos son. Qué listo esto, maestro Zelanus”.

Dice: “Sí, y eso que no es más que el maestro Alcar. Pero también estaban el doctor Brands y el maestro Cesarino. Dice: “Pero te produjeron una muerte aparente inducida”.

Me indujeron la muerte aparente consciente, tan profundamente que el hombre juraba... Después de la guerra lo volví a ver; dice: “Señor, usted tenía un cáncer sangrante al cien por cien, porque los ojos, y todo, estaban muriéndose”.

Digo: “Señor, desapareció en un segundo. ¿No le parece gracioso?”.

Entonces dice: “Pues si a mí se atrevieran a decirme que usted no es alguien especial... ni que lo del trance... o lo que sea eso...”. Dice: “Eso lo he vivido”.

Digo: “A los dos minutos estaba sentado en mi escritorio y seguimos”.

Me mandaron no salir en seis semanas, ¿verdad?, seis semanas en cama. Ese hombre ya no vino, me daban leche rica, me alimentaban. Y yo pensando: ‘Bueno, podrían haber añadido una cajetilla de cigarrillos’. Pero no tenían. Comida y bebida, sí. Digo: “Doctor, ¿tú también quieres algo?”. Bueno, pues entonces a la gente desde luego se les daba algo. Porque a mí me daban ración doble de comida; ni siquiera la quería, no me hacía ni falta.

Hemos terminado con esos dos libros... Entonces escribimos en seis semanas ‘Dones espirituales’. Pero el maestro Zelanus dijo: “No nos quedamos aquí, nos vamos a Francia, a mi castillo”. Ya sabes, el de ‘El ciclo del alma’. “Y nos vamos a la habitación en la torre”. Y entonces... mi mujer vivió cien millones de milagros conmigo. Al despertar por las mañanas nos sentábamos allí, me mira a los ojos y puedo hablar con ella, sin problema, pero yo estoy en Francia, estábamos en Francia. Digo: “Qué gusto, acabamos de montar a caballo. ¿No ves aquellos cisnes de allí? Esa preciosa naturaleza, esos magníficos cipreses. Oh, es una delicia”. Se vino conmigo a Francia. Vivimos durante seis semanas en Francia, en el castillo de Lantos Dumonché. Señor, medio año después seguía paseándome por Francia, La Haya había desaparecido. Ya no sentía el suelo en La Haya.

Miren, son, pues, leyes ocultas espirituales, conscientes: escribir, experimentar cosas, visiones. Y así les puedo contar cien mil más. Si no es capaz de creer nunca, si vuelve a decir: “Demasiado hermoso para ser cierto”, señor, me pondré a contar aquí noche tras noche los prodigios, los milagros que los maestros han vivido conmigo.

Hitler no me agarró. Con una precisión de segundos el doctor De Ruyter oyó aquí en La Haya: “Vete a ver a Jozef Rulof, vete a verlo, vete a ver a Jozef, vete a verlo”. “Sí, voy a ir a Jozef”, entonces lo aceptó. Ese hombre era necesario, era el único, no lo había visto más de una sola vez. Había estado una vez en mi casa por un enfermo, un año antes. Así que yo no tenía nada que

ver con ese hombre. Pero estaba predispuesto, estaba abierto: “Vete a Rulof, vete a Rulof, vete a Rulof, vete a Rulof”. Y cuando dijo: “Voy”, se acabó. Digo: “Exactamente a las once menos veintiocho minutos envié mi mensaje a Nuestro Señor, a los maestros, dos minutos después de las diez y media, un minuto después el maestro Alcar estaba junto a él y dice: “Vete a Rulof, vete a Jozef, vete a Jozef, vete a Jozef, vete a Jozef”. Deposité esa impresión en él. A las tres y media vino a verme con la nota: que ya no tenía que presentarme. Tampoco tengo que irme a Alemania. Pero habría ido, desde luego que sí.

Pero en esas horas tenía que venir un médico, de donde vino, de allí vino. Digo: “Lo que haga usted me da igual, pero mañana tengo que irme a primera hora”. No voy a ir a la clandestinidad. ¿Pensaba usted que iba a echar al traste mi tiempo como clandestino? Voy a lanzarme a la lucha. En Alemania también hay hijos de Nuestro Señor. Señor Reitsma, no era posible, estábamos escribiendo los libros, vivíamos en Francia, en el castillo de Lantos Dumonché. Mejor léalo, Lantos Dumonché, ‘El ciclo del alma’. Meses después tuve que volver, ya no podía volver ese haya de La Haya, vivía en Francia, así se auténtico era. Y es que era así.

Eso no lo conoció ningún Paul Brunton, ningún Ramakrishna, ninguno de los yoguis, eso no lo conoció el Antiguo Egipto. Señor Reitsma, señoras y señores, eso solo es posible ahora, eso lo construyeron los maestros. No se crean: de esa guerra les puedo contar centenares de miles de milagros, que hemos... Jamás había llevado una vida tan imponente, justo cuando se pusieron a crujir los cuerpos. Cuando yo era un esqueleto y me tuve que sentar siete veces en la escalera para llegar arriba viví lo más hermoso e imponente.

Si dicen ustedes: “Estoy cansado”, me reiré en plena cara suya. Y si dicen: “Vaya, qué mal lo estoy pasando”, peor. Yo lo viví, lo vi. Habíamos llegado del Omnigrado. Había que dejar constancia de esos últimos libros de la Cosmología, quedaban cuatro, cinco, ya no podía más, ya no era capaz de dar un paso. Tenía la espalda molida, pesaba... estaba en los huesos. Si me hubieran visto por la calle, mi pecho estaba en la calle Laan van Meerdervoort y la espalda aún en la calle De Ruijterstraat. Ya saben. ¿Ven? De vez en cuando me lavo y pienso: bueno, pues ni tan mal. Parecía una matraca, señor, cuando lo alcanzaba por la calle. La Parca se estaba riendo, no andaba cerca. Me arrastraba por la escalera, ya no podía más. Digo: “Ahora ya no puedo más. Ya ni llego hasta arriba”. No tengo ni idea de cómo llegué arriba, pero pienso: eso no es posible, no es posible. “Sí”, dice el maestro Zelanus, “estoy... hemos hecho lo posible, queríamos batir un récord”, y entonces escribimos seis libros en tres meses y medio, en cuatro meses y medio. En esos cuatro, cinco meses más largos viví esos libros, y la cosmología.

Justo entonces, señor, señora, cuando hayan recurrido a todo lo que tengan ustedes mismos, entonces es cuando reaccionará Nuestro Señor, eso lo

he vivido en centenares de miles de posibilidades, señor. Me fui arrastrando hasta arriba —y por suerte mi mujer no lo oyó—, me fui arrastrando hasta la habitación y me desplomé en la habitación. De la puerta a la silla y ya me estaba derrumbando. Entonces me fui arrastrando hasta la silla, me subí trepando a ella, allí estaba la máquina, pienso: ahora otras treinta páginas de la quinta parte y entonces estará acabado, ya no puedo más. No es posible eso, es que no es posible eso. Es imposible. Es imposible, ¿no es posible!

¿Han llorado alguna vez espiritualmente cuando ya no son capaces de hacerlo, cuando ya no tienen fuerzas...? No para suplicar por más fuerzas, señor, sino por poner en marcha el cuerpo. “Pero, Dios mío, tengo que trabajar, Nuestro Señor, tengo que trabajar, hay que acabar esos libros, tienen que estar acabados antes de que termine la guerra, por Dios, dame la fuerza. Yo no estuve en el Omnigrado, y ¿de qué es capaz el Omnigrado? ¿No es capaz de nada? Yo estuve en el Omnigrado, allí vi a Cristo.

Digo: “¿Son tonterías?”. Sí, no era capaz..., con el dedo ya no podía bajar la letra, ya no tenía fuerza en la mano para hacer que bajara una de esas letritas. Estaba acabado, acabado, completamente vacío. Mientras miro, así, me dice el maestro Zelanus: “Ves eso?”.

Digo: “Sí, Dios mío, Dios mío...”.

Miramos a través de las esferas, del cuarto grado cósmico, del quinto, del sexto, del séptimo, llega una voz y una luz y esta dice: “¿Me llamabas, André?”.

Digo: “Nuestro Señor...”.

“Pues, sí”, dice Él, “tenemos que trabajar, hay que acabarlo”. Y esa luz me agarra y me levanta, me atraviesa, igual que la fuerza; y en el mismo momento estaba metida una nueva hoja y esa misma tarde mecanografiamos treinta páginas. Al instante a escribir la sexta parte y la escribimos en dos semanas, y la dejamos lista. Fuerza que aún conservo y en la que todavía sigo viviendo. Miren, procedía directamente del Omnigrado. Mis huesos, esos huesitos míos, ja, exclamaban gritos de júbilo, ya ni siquiera crujían. Savia viva procedente del espacio, luz, vida, Nuestro Señor, sí, Nuestro Señor.

Y ¿ustedes quieren sucumbir en su vida terrenal? ¿Quieren alcanzar eso rezando un poco? Paul Brunton, Ramakrishna: ¿eran capaces de eso? Ramakrishna dice: “Madre Agua, Madre Agua” y se metió en el agua. Ya también tenía agarrada a la Madre. Y si Vivekananda no lo hubiera agarrado por las solapas, se habría ahogado.

Me choqué con un árbol y la Madre Agua me habla todos los días y dice: “Ven, André, ven, entre mis brazos hallarás descanso y estarás seguro”.

Digo: “Claro, para ahogarme como un pato”. Digo: “Tú lo que pasa es que eres un bicho de mucho cuidado”.

“Oye”, dice, “qué duro eres”.

Digo: “Si tú...”.

Así estamos en la mística, señor Reitsma, no puedo hacerle vivir mi cosmología porque entonces habrá perdido de inmediato sus asideros en el mundo. ¿Qué profundo soy ahora?

Digo: “Madre Agua, no eres más que un bicho de mucho cuidado porque lo haces conmigo. Y si no tuviera mi concentración me echaría a tus brazos y me ahogaría como un pato”, dicho vulgarmente, ¿verdad? Digo: “¿Qué hace usted con los inconscientes?”

“Sí, pero esos no me oyen, André. Haré que desciendas en mí”, dice, “y te reenviaré a la tarea, que vivirás y que has de aceptar”.

Digo: “¿Qué habrías hecho entonces?”.

“Te habría dado un baño y te habría enviado de regreso”, dice.

Digo: “Genial, en pleno invierno”. Era el Canal de Suez (un canal en La Haya que se conocía popularmente así), el muelle de Suez, el canal de Suez.

Entonces me dice: “¿Quieren probar un poco de mí?”.

Digo: “¿Probarte un poco?”. Digo: “En esa agua apestosa no hay peces, ¿no?”.

¿No vivieron aquella noche en que me encontraba allí, observando: el sol me tenía que... Sigo con esto porque quiero ofrecerles una prueba; una que aquellos muchachos no tienen, pero nosotros, sí. Que el sol dijo: “Bien, André, esta noche los maestros me han concedido el honor de liberarte de tu organismo, porque —lo sabemos— si regresas y me dices a mí, al sol, cómo estaré emitiendo mis rayos allá en el Omnigrado, entonces te liberaré”.

Digo: “Lo haré”. Y entonces me planté en el Canal de Suez, en un periquete, hala, junto al puente, ¿verdad? Eran las siete y media, mirando, tan a gusto, un hermoso atardecer, y el sol ya estaba hablando. Pero qué tipo tan raro, ¿no les parece? Viene un señor, se me pone al lado y dice: “Aquí no hay peces. Ni uno, no hay peces”.

Digo: “No, señor”. Digo: “Peces... peces”.

“No”, dice, “¿cómo va a haber peces en esta agua apestosa?”.

Digo: “Bueno”, digo, “señor, ¿y a nosotros qué más nos dan los peces si lo alimenta la vida?”

Entonces dice: “Ya me lo imaginaba. Señor, ¿a usted también le molestan esos delirios”, dice, “ahora en la guerra?”.

Digo: “Señor, los tengo día y noche. Voy planeando por encima de las aguas y beso la luna, el sol y las estrellas”.

Dice: “Yo todavía no he conseguido llegar hasta allí, señor. Pero pienso: ‘Señor, tenga cuidado, señor, porque el hambre conduce al psiquiátrico’”.

Digo: “Y la verdad de la vida habla de una forma que alimenta, que infunde alma, espiritualmente hacia fuera”.

Entonces dice: “Señor, pero entonces ha estado andando detrás de un

cadáver”. Opto por no decir nada. “¿También ve a toda esa gente que se derumba por la calle?”, pregunta. Dice: “Pero usted está mal”.

Digo: “Sí, mal, muy mal”.

Dice: “Pero aquí no hay peces”. Dice: “Váyase a casa”.

Digo: “Sí, señor”. Y yo de vuelta al sol. Pienso: ‘Pues sí que me había alejado mucho de él’.

Así me encontraba sentado en un banco, había ido a parar aquí, a la rosaleda, y no sabía por qué. Aún había algunas florecillas, y yo que las estoy mirando un poco, resulta que se habían puesto a hablar conmigo. Hermosas rosas, unas chirivitas y una margarita. Entonces las oí hablar entre ellas: “Sí, André, oh, qué gloria, el ser humano que está abierto a nuestra vida. ¿Puedo hablarte de mi vida? ¿Qué te parece mi hermana? ¿Qué te parece mi hermano?”. Y eso fue siguiendo, y más. Digo: “Vaya, pues, qué hermoso es eso, ¿no? Pero también siguen (seguís) a la gresca”.

A mi lado están sentados una viejita y un señor, tampoco me di cuenta. Entonces dice: “Sí, señor, y un pan de remolacha tampoco le van a sentar bien”.

(Risas).

Digo: “No señor, no lo aguanto”.

“Señor, pero es... ya está usted hablando para sus adentros, se refiere usted a las flores”.

Digo: “Sí, señor”, digo, “las criaturas de Dios hablan a mi vida”, y yo estaba como senil, estaba como un niño, señor.

Entonces dice ese señor: “Estuvimos observándolo un poco más, pero no es agradable estar sentados a su lado, porque a cada rato uno piensa estar loco también”.

(Risas).

Entonces dice: “Que le vaya bien, señor, pero tenga cuidado, porque el hambre lo volverá loco”.

Y así me fui encontrando a cada rato con gente, pienso: ‘Yo, ¿loco?’. Vaya, vaya, vaya, y yo que me encontraba allí, pienso: ‘Ahora me voy un momento a Jeus’: fuera flores, fuera mundo, fuera sol, fuera luna. Y entonces, dejé atrás a ese señor dando zancadas, pienso: “A esos los adelanto, a esos viejitos”. Digo: “Adiós, señor, adiós, señora”. Digo: “Hace frío, ¿no? Pues sí que hace frío, está fresco el tiempo”. Digo: “Bueno, mejor ya me voy para casa. Ya llevo deambulando bastante, un poco de naturaleza. Señor, es lo único que queda. Dice usted: ‘Está loco, está psicopático’, pero es lo único en lo que se puede descender en la vida, ¿no?”.

“Sí, señor, si lo dice así, de verdad que pensaba que estaba loco”.

Iba a poner eso un momento en su sitio, iba a mostrar un poco a ese hom-

bre que yo sí era consciente. Más tarde me lo encontré, me lo encontré por la calle después de la guerra. Y me dice: “Señor, esto, usted debe de tener una floristería, ¿verdad? Por hablar de esa forma con las flores.”

Digo: “No, señor. Sí”, digo, “la floristería está aquí y allí y allá y allá”, ya estaba yo empezando otra vez.

Y entonces se dio la vuelta y dijo: “Hola, señor, realmente, el placer es mío”. Y entonces pensó él: ‘Este sí que está loco’.

(Risas).

Pero ¿quieren llegar a tener conciencia espiritual, unión, señorita, con los niños? Si se acercan a una flor, a la naturaleza, amándola, de forma armoniosa, al final, alguna vez —tenemos un montón de defectos—, cuando todas esas puertas se hayan abierto, una mañana, de pronto, la vida empezará a hablar, y eso lo he vivido durante la guerra.

Ya era capaz de hacerlo en 1934, pero, ay, en esos mismos años de guerra fuimos atravesando toda la mística que posee la tierra y el espacio, señor Reitsma. Y ¿ha visto usted aquí alguna vez cómo me...? Es que puedo ir lejos, tanto que ya le será completamente incomprendible. Yo, porque vi esos mundos. Pero ¿soy lúcido o no, señor? Tengo mi sensación alegre, mis risas —no esa pesadumbre—, esa alegría de vivir, tengo a Jeus conmigo para todo con aquel “Sí, señor. Sí, señora. Por supuesto, señora”. Ya no les miro a los ojos para que me den una propina, eso ya no lo hago tampoco (Véase ‘Jeus de madre Crisje’, parte 1). Eso lo he dejado. Miren, así reciben el sentimiento, así adquieren espacio, así adquieren espacio. Y entonces deberían comparar los libros con aquellos que la gente ha escrito en la tierra sobre esa materia.

¿Y? Señor Reitsma, gente, hombres: nosotros tenemos lo absolutamente más elevado de todo aquello que la humanidad llegará a recibir jamás. De verdad que represento la Universidad de Cristo, porque los maestros que sean capaces de eso... Yo digo: “Bueno, si son ustedes tan fuertes...”. “Nosotros sabemos hacerlo todo”, dice el maestro Alcar, “pero no tenemos cinco centavos para usted”. Eso también es honesto, ¿no? “Nosotros tenemos el poder del Mesías en nuestras manos y podemos hacer lo que sea. Le ofreceremos una sabiduría que el mundo no posee, usted es universal, macrocósmicamente profundo, André-Dectar”, me dijo, “pero no podemos ayudarlo con cinco centavos. Pero sí podemos obrar milagros”.

Por cierto: esta noche he traído una de mis bandejas, bandejas de porcelana, he traído un milagro de esos, y la colocaré aquí, está empapada, solo me la dieron ayer. Miren este milagro, vamos. No la toquen, señoras y señores, está empapada. Es una madre —así ya no lo tendré que decir luego—, es una madre que está buscando las perlas espaciales, espirituales, divinas, como sabiduría, y estas se han incrustado aquí como perlas, en el centro está la perla

espiritual macrocósmica, rodeada de las pequeñitas. Es increíble cuando se observan, menuda belleza, una revelación artística. Y eso no lo tenía ningún Ramakrishna, señor Reitsma, ningún Paul Brunton, todavía no ha habido ningún instrumento para el mundo, para los maestros en la tierra, que poseyera todos los dones. ¿Lo sabía? Yo los tengo todos. Todos los físicos, todos los psíquicos. El maestro Alcar dice: “Por medio de todos esos veinte mil dones que podemos realizar lo que haremos es construir tres, y son: escribir, pintar —era curar, de hecho— y hablar”. ¿No le parece una maravilla? Nunca me dejaron psicometrar, no querían que fragmentara los dones. Podía haberles matado a golpes a base de pruebas.

Ya es la hora.

Señor Reitsma, ¿está satisfecho?

A ver, a ver lo que pone aquí debajo.

Segunda pregunta: “En este caso, ¿son los propios pensamientos los que les hacen una mala pasada? ¿Es esta la causa? El trance psíquico de Jozef Rulof seguramente que no lo conocerá”.

No, ninguno lo conoce. Hay centenares de miles de médiums, médiums de trance; pero no hay ni uno —acéptenlo, no tienen más que controlarlo—, no hay ni uno que esté en trance, o podrán saber ustedes todo, todo. El más mínimo error que por palabras, sabiduría... Si usted tiene el trance psíquico, señor, entonces tiene contacto con el cosmos. Acéptenlo ya, en Holanda no hay ni uno que sea —se lo digo yo— médium de trance al cien por cien. Solo tienen que controlarlo. En caso de que sí los hubiera me pueden meter una bala en la cabeza si quieren, entonces echaré en falta mi... —no quiero gritar—, pero entonces pueden quedarse con la luz de mis ojos, y todo lo que yo tenga, con que se encuentran con un solo médium de trance en Holanda. En ninguna otra parte de Europa lo hay, es terrible. Y ahora lean ‘Dones espirituales’, adelante. Lo controlé en Estados Unidos. El maestro Zelanus y los maestros son verdaderos y no escriben majaderías.

Señoras y señores, ahora es el descanso y les mostraré ese milagro. No lo toquen, no lo toquen, es la madre que busca perlas espirituales, los de Cristo, los de Dios y el espacio, y eso se ha trasvasado al arte.

Gracias.

DESCANSO

—Señoras y señores, vamos a seguir. ¿Han admirado ese cacharro?

(Gente en la sala):

—Sí.

—¿Tiene algún valor?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Tengo a Nuestro Señor sobre las aguas, la ascensión de Cristo, Cristo en la cruz, en Getsemaní, hablando con Sus apóstoles, doce delante de Él, cincuenta simbologías diferentes. Wolff también pintó, pero el maestro Alcar igualmente. Es una revelación de colores cuando lo vean ante ustedes. No sé cómo se habrá manejado la pintura allí, es imposible. Pero, en fin, las tenemos.

Voy a empezar con: “Leo lo siguiente en ‘Los pueblos de la tierra’. El Mesías recibió su organismo material por medio de la unión entre José y María. Según mi discreta opinión, José y María fueron instrumentos sin voluntad de los maestros, porque entablaron una unión determinada por los maestros, dado que fue un acontecimiento cósmico. O sea, no hubo cuestión de voluntad propia por parte de José y María. Las circunstancias habían sido creadas y los sentimientos se depositaron en ellos, por lo que pudo y tuvo que tener lugar la unión”.

¿De quién es esto?

(Señor en la sala):

—Mío.

—Señor, “según mi discreta opinión, José y María fueron instrumentos sin voluntad”: ¿no tiene usted voluntad cuando atrae a una criatura? ¿No tienen voluntad el padre y la madre cuando llegan a la unión para una criatura?

(Señor en la sala):

—Depende de en qué nivel estén.

—¿No tiene voluntad un ser humano que crea un niño, que lo atrae, que lo da a luz? El padre y la madre, ¿no tienen voluntad?

(Señor en la sala):

—Sí, en ese momento sí.

—¿Un ser humano...? Imposible, señor. Quiero hablar de esa falta de voluntad de usted. Es imposible, señor. Todo ser humano que vive la unión como hombre y mujer y que atrae un niño, un alma, para que quede fecundada la madre, está al cien por cien consciente para la paternidad y maternidad. ¿Y no lo serían José y María? La conciencia al cien por cien es aquí la ley de la naturaleza alumbramiento, maternidad, hablando por medio del ser humano y para él. ¿Ha quedado eso claro o no?

(Gente en la sala):

—Sí.

—De modo que no puede hablar usted de falta de voluntad. Solo que voy a... Solo extraigo aquello de la falta de voluntad, porque usted insiste en eso. Imposible.

(Señor en la sala):

—¿... qué va a ser entonces allí si no le falta voluntad?

—Sí, pero aquí dice “sin voluntad”, eso es imposible. Mire, ¿aquí no había cuestión de una voluntad propia de José y María? No tenían ni idea. Cuando María y José vivieron esa unidad no sabían que María daría a luz al Mesías. Eso no lo sabe ninguna madre, ni una. Sí las ha habido en la mística, en Oriente, y allí, que dicen: “Tengo un niño consciente”.

—Mi madre decía: “Planeo y vuelo y llegaré a parar a los cielos. No sé lo que tengo ahora, eso lo tuve con Bernard, y con Johan igual”. Bernard se movía mucho, siempre inquieto; trabajar, trabajar, trabajar; pues Bernard volaba. Hay fenómenos en cada madre que esta adquiere por la personalidad de la criatura. Pero hablar de falta de voluntad... ¿O sea que aquí no se daba una voluntad propia? Señor, la voluntad, cien por cien. Sí, pero naturalmente puedo añadir algo más.

(Señor en la sala):

—Sí, en este caso, ¿verdad?, hay mujeres, por ejemplo, que quieren tener hijos y no los tienen; tienen más del cien por cien de sentimiento para ello, y ni siquiera así los tienen.

—Mire...

(Señor en la sala):

—... así que aquí ¿sí ha anulado esa voluntad?

—Señor, el ser humano es tan fanático en su voluntad cuando eso sucede, en primer lugar cien por cien voluntad por la pasión. Hay gente que vive esa unión, no quieren niños, así que tienen... siguen estando al cien por cien en la pasión, en la pasión. No quieren niños, pero quieren vivir esa unión. El cien por cien quiere, sin duda. Aquí no hay falta de voluntad, señor... Si alguna vez hay un ser humano que es consciente en este estado, es para el contacto con el ser humano, ser hombre, ser mujer, amor, amor, amor. ¿Quieren que un perro y un gato...? En toda la naturaleza es imposible hablar de falta de voluntad, porque cada insecto sabe lo que hace en el momento en que empieza el apareamiento.

(Señor en la sala):

—Lo incomprendible es...

—¿Cómo dice?

(Otro señor en la sala):

—Pero ¿la gente que está borracha...?

—Entonces lo saben sin duda alguna. Señor, justamente bajo esa psicosis alcohólica, o esa narcosis, como si dijéramos, incluso entonces el ser humano es consciente en lo que quiere. Aquí no hay cuestión de falta de voluntad. Cuando va... Sí usted quiere ir más allá... Primero esto del ser humano. Es decir, en otras palabras, ahora voy a verlo y a seguirlo de forma espiritual, cósmica, divina, y entonces podrá decir: a María y José ¿se les obligó? ¿No?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Ahora no hay cuestión de falta de voluntad, sino que podría hablar usted de dominio.

(Señor en la sala):

—Sí, eso es cuestión de darle un nombre.

—No, no es ponerle un nombre, señor. El dominio es inspiración consciente, y la falta de voluntad es: bueno, ¿fui yo o fue otra persona?

(El señor en la sala habla un poco a la vez que Jozef, pero este sigue):

Bueno, ¿lo ve? Eso no es darle un nombre a la cosa, ahora cada palabra habla respecto al espacio y cambia el asunto por completo. Sí. Lo único que quiero decirle es: esto está del todo al margen, esa falta de voluntad, hay que echarla por la borde, vean.

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí.

(Señora en la sala):

—La Biblia dice... ¿No fue elegida?

—Sí, eso dice la Biblia. Pero ¿quién ha contado eso? Sí, mire, ¿quién escribió eso? ¿Que María fue elegida?

(Señora en la sala):

—No es posible que haya sido clarividente?

—María era en esos momentos, cuando estaba entre el cuarto y quinto mes, tan clarividente como cualquier otra madre que posee la sensibilidad, pero ella no sabía nada más. En el instante en que se produjo esa unión José y María eran personas corrientes y molientes y no lo sabían. Llegaron exactamente, por el tiempo cósmico... No tengo problema en decirle cómo. Conozco el caso entero, el plan completo, el objetivo en su totalidad. Cuando Cristo quiso nacer —ahora vamos a la inspiración, señor— entonces envió Sus pensamientos para el nacimiento y vio a dos personas. Entonces ya se le inspiró a José para darse.

(Señor en la sala):

—Justo, o sea no era voluntad propia, recibió inspiración. Lo dice usted mismo, ¿no?

—No, señor, esas no son mis palabras. ¡No, señor! Si le inspira el cosmos, el espacio, para dar a luz a un niño... Señor, déjeme que le diga esto: en la tierra aún no ha habido ni un solo hombre que haya dado a luz a un niño mediante su pensamiento. En la tierra no vive ni un solo hombre que diga a la madre: “Quiero que sea niño. Te daré un hijo”. O bien es la madre la que vive el contacto y que dice: “Marido, me gustaría tener un hijo”, o bien es el hombre. Pero esos sentimientos que les entran, que les entran a ustedes, realmente... no cuando va a la pasión, vivir un rato lo corporal, entonces esa

ley del otro lado no tiene contacto, no tiene concentración ni infunde alma. Pero ahora están el padre y la madre abiertos para un hijo, ¿qué se pensaba ahora, señor, que va a ocurrir?

(Señor en la sala):

—Justo, o sea, el niño atrae al padre y a la madre. En realidad es mutuamente.

—El niño no puede atraer nada, el niño...

(Señor en la sala):

—Pero es lo que hizo Cristo, ¿no?

—El niño es...

(Señor en la sala):

—Cristo atrajo a Su padre y madre, ¿no?

—Sí, pero, señor, yo digo: no hay ningún hombre ni ninguna mujer que pueda atraer a un niño, de lo contrario eso también estaría en manos del ser humano, pero eso no está a la venta. El alma que tiene que nacer inspira, no el padre, aquella nos atraviesa —inconscientemente, señor, no impone nada—, nos atraviesa, sin embargo, y usted es... en ese instante usted se mete como hombre en la creación, en la evolución, en el renacimiento.

(Señor en la sala):

—Sí, eso, bueno...

—Y de eso no le pertenece nada ni a usted ni a mí. Es la ley cósmica del nacimiento, por la que servimos, no es más. Así que José y María no eran seres indefensos, tenían que ver el espacio... el nacimiento, el nacimiento como espacio, algo que afecta a millones de personas.

Esa alma que vino del Omnigrado, Cristo, Él dijo a los maestros de allí: “Ahora voy hasta el nacimiento, ya no pueden pensar en mí”. En el Omnigrado supieron entonces... eso yo lo he visto, bueno, igual hasta se ríen ustedes de mí, pero yo vi en el Omnigrado con el maestro Alcar y con el maestro Zelanus todo el nacimiento de Cristo, cómo se disolvía, y también el de millones de personas aquí, porque tuve que vivir el renacimiento, para mí mismo, de lo contrario me habrían faltado fuerzas. Todo lo que vives... te sientes fuerte, ¿verdad? Así que a mí jamás me podrán esto y lo otro y lo otro y esto; siempre tengo la palabra, porque en el otro lado he vivido todas las leyes para el nacimiento, para morir y la locura, las enfermedades mentales y todo.

Así que Cristo dijo: “Yo, pues, soy nacimiento”. Y entonces no pudieron... no pudieron encontrarlo, verlo, ya se estaba desvaneciendo. Y en la tierra se produjo el contacto con Su grado, al que había pertenecido antes. Es esa tribu de la que procedieron José y María. Y esa tribu, esa familia, que estaban listos para tal y cual tarea, y para tal y cual fuente, y también para tal y cual historia; todo eso significaba algo para seguir y fortalecer esa Biblia, la Biblia a pesar de todo..., pero más bien los fundamentos para la humanidad, para

la fe, para la construcción de la Casa de Israel. Porque de lo contrario Cristo tendría que haber empezado una nueva casa, una nueva secta, un nuevo fundamento, y entonces no habría sido Él quien lo hubiera tenido que hacer, sino que habría tenido que volver a nacer otro ser humano que dijera: “Hay un Dios”. Entonces empezó. ¿Ven?

Pero José y María eran exactamente como ustedes y yo y todos. No estamos desprovistos de voluntad, porque sé, sé sorprendentemente bien, cuando me entra el sentimiento y al ser humano de dar a luz a un niño, para la madre: sé que es lo más poderoso de todo para Dios y el cosmos. Y entonces saben sorprendentemente bien qué sentimientos albergan. Un perro y un gato, señor, son conscientes al cien por cien, hace no mucho hablé de ello, saltan por la ventana. Pero dentro de nosotros también hay rugidos y truenos para dar a luz. Y eso no es... no es necesariamente pasión, señor, sino que cien millones de personas dan a luz en una inmaculada unión con el espacio. Y eso son los truenos para el nacimiento, hay relámpagos, estallamos de felicidad. ¿No es así? Y de ese poderoso sentimiento, tan poderoso, señor, nada nos pertenece. Solo cuando habla la personalidad. Y ahora, señor, vamos a las posesiones humanas y entonces se convierten en pasión. Desamparo, falta de voluntad en un grado de la maternidad. Debería preguntarme sobre eso, señor, entonces le haré llorar, como hombre le haré llorar, así de profundo es, tan profundo, tan increíble, increíble que uno dice: “Dios mío, Dios mío, la gente, ¿qué sabe de eso?”.

Allí toca usted algo.

(Señor en la sala):

—Sí...

—Allí toca usted algo. Me parece una cuestión muy interesante, debería sometérsela al maestro Zelanus, entonces ya vería qué conferencia se le ofrecería; porque lucha, no como un diablo, por Cristo y por José y María.

Hubo una vez alguien que lo dijo de la siguiente manera. Dice: “José y María eran inmaculados, no sabían...”. Dice: “Menudo lelo que era ese José entonces”. Sí; eso vuelve a ser algo social, ¿entiende? La iglesia católica dice: “José: ni siquiera fue José”. ¿Entienden qué historias se han ido añadiendo a este problema? Señor, eso ya ha provocado guerras, la inmaculada concepción de María. Esa iglesia católica solo lo agrava, dice: “El Espíritu Santo de Dios descendió en ella”. Eso fue por sí solo. Es imposible, es imposible en el espacio. José y María eran uno físicamente y eso es lo más elevado de todo y lo más sagrado que ha creado Dios. Eso a la iglesia católica le parece impúdico y obsceno. Y Cristo dijo: “Tal como lo hiciste estuvo bien hecho. Y yo he de inclinarme”, y se hizo niño.

Sí. Así que aquí no hubo cuestión de voluntad propia. Señor, cuando se da a luz a un niño nuestra voluntad ya no tiene nada que decir. El alma en

el mundo del subconsciente, el ser humano que atraemos como niño, como sentimiento, como vida, esa vida determina la vida en la tierra, no yo.

(Señor en la sala):

—Sí, sí.

—¿Y quiere decir usted, pues, que no tengo voluntad?

(Silencio)

Bueno, ¿me falta voluntad?

(Señor en la sala):

—Bueno, cuando miro un poco a mi alrededor en el mundo, vaya, que yo no tengo hijos... cuando miro un poco a mi alrededor no puedo imaginarme que cuando nacen los niños, verdad, que eso haya ocurrido de modo consciente.

No, señor, yo era conscientemente uno y tuve una criatura.

(Señor en la sala):

—No por esa criatura.

—Sí, señor, se trata de una criatura. Hay cien millones de personas en esa unión, en ese paraíso, y miran, viven algo, y no lo saben.

“Caramba”, dice, “ahora nos han pillado. No contaba yo con eso”. Pero otros sí contarán por ello. Ahora vamos a comenzar. Dice: “Bueno, pastillitas, todo fuera”. Un aborto, adiós criatura. Otro más, y otro y otro.

Conozco a alguien, por ejemplo, que tenía ocho hijos y ese hombre no quería más que quitárselos de encima, y entonces dijo la madre: “Pero ahora se ha acabado”. Leyó uno de mis libros. ¿Y sabe usted lo que le dije entonces a ese señor? Tuve que tratar a un enfermo y recibí un diagnóstico. Vamos a ver: les voy a ofrecer un poderoso diagnóstico esta noche. Entonces dijo el maestro Alcar: “Solo una criatura quitará los dolores de barriga, porque la matriz ha sido asesinada”. Y una operación tras otra... de un especialista a otro por esos dolores de barriga... Los ovarios estaban enfermos, la matriz enferma.

Y entonces llegué yo, tuve que fijar el diagnóstico. Entonces el maestro Alcar dijo: “Ha habido aquí mucha chapuza, pero solo una criatura podrá salvar y curar el fuero interior”. Y entonces dijo ese hombre: “Eso no lo hago”.

Señor, entonces entré volando una mañana y dije: “Señor, ¿ve ese puñal?”. Digo: “Se te clava en el corazón si no le das un bebé a esa mujer. Le destrozaré, es que lo haré”.

Tres semanas después, cuatro, cinco, estaba el niño. Entonces dijo: “Pero, ¿lo habrías hecho?”.

Digo: “Claro que no, bobo”. Digo: “Pero ella ahora sí que tiene un niño”.

Y entonces dijo esa madre: “Y ahora el señor tiene que contar algo más”. El niño llegó, señor. Entonces dijo ella: “Porque ahora puedo enmendarme”.

Así es como he luchado con la gente por un niño, y llegó. Y entonces hay que..., hay que ver a la madre con remordimiento. Pero el diagnóstico

infalible, señor. Cuando nació el niño los dolores desaparecieron. El médico dice: “¿Qué le pasó a usted?”. El nacimiento, señor, la evolución inmaculada, puro, de los tejidos sucedieron, y ya no hizo falta ningún especialista, el diagnóstico había sido infalible. Tres operaciones para nada. Cuatro, cinco mil florines, adiós, señor. Solo la criatura, ese es el diagnóstico inmaculado. Eso pasó.

Esa gente no lo quería; el niño vino. Demuestra... —y centenares de miles de personas no lo quieren, el niño viene—, demuestra que el ser humano nunca llega a controlar el nacimiento para el alma, señor, de lo contrario seríamos destructores de la madre naturaleza y de la creación de Dios. Cuántos niños...

(Señor en la sala):

—Es lo mismo, por eso digo “sin voluntad”.

—No, señor, la voluntad, la voluntad, la falta de voluntad... La voluntad de ese espacio —escuche ahora bien, ya voy a seguir—, la voluntad de esa alma se convierte en el amor en mí para vivir el ser uno con mi mujer. Llego a tener la voluntad, el ser uno, el paraíso, porque el alma dijo: “Atraeme y te daré el amor”. Porque mientras tanto, sin saber, voy a... Pero ahora tenemos que saberlo los seres humanos. Y si enseguida usted... ¿Está casado? Pues, hágalo rápido y pídaselo a su mujer.

(Risas).

Si resultara que se topa con una princesa en el espíritu muy cariñosa, muy cariñosa, señor, y si usted conoce estos libros y se preparan los dos para este poderosa instante, señor, entonces el nacimiento, la fuerza y la inspiración se disolverán, se disolverán en usted y entonces aparece el feliz sentimiento de aplastarlos hasta la muerte. Y luego me dice que no tiene usted voluntad.

(Risas).

Querido señor mío, si en usted despierta ese sentimiento... pues, pues, bueno, claro, ahora se pensaba usted que lo contaría todo.

(Risas).

Pero el ser humano, el ser humano, de eso sabe... Lo que ocurre con la atracción de un niño, el nacimiento de un niño... “Este es mi hijo”, dice él y ella dice lo otro. “Sí”, dice, “pero se me parece, así que tú no tienes nada que ver”, tampoco lo saben. Señor, conocen la psicología..., la psicología todavía no sabe nada del nacimiento en sí; es tremendamente profundo y hermoso. La gente tiene muchas veces miedo de hacer preguntas sobre ello, para hay algo de verdad en eso.

Sí, señor, y eso ocurrió tan inmaculada y puramente, de forma cósmicamente natural con José y María, que cuando José se le acercó, ¿ven?, y

empezó a vivir el silencio de la vida de ella, esa María, esa buena madre y él empezaron a prepararse para arrancar una manzana del paraíso del espacio, entonces oyeron detrás de ellos un “clic” y se cerró la puerta con llave. Y él descendió en la vida de ella y no dijo nada, nada, nada... Es algo sobre lo que tenemos que pensar, señor.

Cuando el alma quiere nacer, señoras y señores, niños, seres humanos, y creen que podrán atraer otro niño, entonces ya están viviendo, entonces a veces ya están en contacto siete años antes con el alma que tiene que nacer. Siete años ya, siete meses, siete semanas, siete horas. Pero ya está claro, con fundamentos, que despierta la ley del karma, señor. Y eso es lo que soy yo. Tengo que ver con esa criatura, o ella, uno de los dos. Hemos de enmendar cosas, o algo recibiremos de esa criatura. Pero la ley del karma, señor, ahora voy aún más lejos, domina actualmente todo.

(Señor en la sala):

—Exacto, también la voluntad propia.

(Risas).

—Si se pone pesado, lo deajo. Si sigue machacando eso, lo deajo. Mire, porque lo introduzco a usted en lo más hermoso que hay.

(Señor en la sala):

—Sí.

(El hombre dice algo más):

—También la voluntad propia. No, lo que dije antes ya esté terminado y lo tiene que aceptar usted: sí o no. Eso ya está acabado.

(Señor en la sala):

—Sí, pero no pueden anular el karma.

—Ahora voy a referirme a los estados accesorios, las cosas circunstanciales, que hemos construido. Pero la ley del nacimiento ya se la he explicado y entonces me vendrá usted otra vez con la voluntad propia. Eso es pegar el empapelado en la pared, ¡nada más! ¡Y volvemos a arrancarlo! ¿Lo comprende?

(Señor en la sala):

—Sí, lo uno es inseparable de lo otro.

—No, señor, son mundos todos, la ley de la naturaleza, el nacimiento, eso es el macrocosmos, es Dios, ¿lo entiende? ¿Está eso en nuestras manos? No. Eso se lo expliqué.

Ahora vamos con la atracción, estaba yo tratando lo de atraer esa alma; con o sin karma. Le he explicado el sentimiento del nacimiento. El nacimiento se convierte en mí en el sentimiento y el amor, el ser uno del ser humano. Así que se me eleva, al cien por cien, en ese nacimiento. ¿Ha quedado claro eso? Así que usted quiere decir: “Sin voluntad, falta de ella”. Yo me hago

nacimiento en el porcentaje que la naturaleza me puede dar, o sea, cien. Así que soy voluntad, nacimiento, inspiración, amor, en ese instante lo soy todo porque soy el instrumento para que se produzca esa posibilidad.

¿Esa voluntad ya no existe ahora?

(Señor en la sala):

—No.

—¿Ya no existe esa voluntad? Mire, la voluntad ya no está. Usted lo tiene todo. No, quiero decir, esa voluntad se ha quedado al margen, no tenemos por qué hablar con ella; usted se disuelve aquí en el nacimiento de otra persona.

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Lo ve? Así que es usted nacimiento, no tiene que ver usted nada con la voluntad, se convierte usted en sentimiento, en amor. ¿No es poderoso? Aun así, es profundo.

Y ahora les ofrezco: las circunstancias; estaba hablando del karma, iba a... Tengo que ver con esa criatura, esta criatura me atraviesa y se me parece. ¿No les parece gracioso? Esa criatura, esa alma me atraviesa y es igual que el padre. Esa niña, ese chico, se parece a la madre, la madre tiene ahora contacto con esta criatura, esa alma atravesó a la madre, a mí no, el alma no me ha tocado. Si esa vida me toca solo un poco, viene inmediatamente la materialización del sentimiento. El sentimiento de la criatura se materializa por mi sentimiento, pero mi mirada y mi vida ya están en ella. Es la forma, el rostro del hombre o la mujer. ¿Les parece asombroso? Es puro y natural. Así que la ley del karma, también tenemos la causa y el efecto, se va... también se disuelve en ese nacimiento, todo se disuelve en ese nacimiento y con eso tenemos que ver y no tenemos que ver. Pero solo cuando empiece ahora esta criatura veremos si recibimos, o bien que tenemos que enmendar. ¿No es algo poderoso?

“Las circunstancias se habían creado y los sentimientos se habían depositado en José y María, por lo que pudo y tuvo que tener lugar la unión”. Eso usted lo sabe. Dios no hacía ni hace distinciones; también el Mesías nació de modo normal. Todo eso es bueno. “Esto contradice ‘Las máscaras y los seres humanos’, donde Frederik dice: ‘La madre que no quiere tener hijos es un parásito’”.

¿Es eso contrario a la ley? Señor, ahora llegamos desde esa cosa divina a la desintegración humana. La madre —ya se lo expliqué—, deformación, deformación, deformación... ocurre a diario. Hay una madre que no quiere un hijo. Una monja, un cura, son parásitos de la humanidad, porque tienen que regresar a la tierra, tienen que volver a seguir su evolución pero es que no quieren evolución; son parásitos. ¿Y contradice eso la realidad? Sí, señor,

se han echado a patadas de los nacimientos divinos, armoniosos, de los nacimientos. Han fragmentado su vida y tienen que volver.

(Señor en la sala):

—Eso lo veo en vidas anteriores, experimentan ahora lo que han provocado en vidas anteriores.

—No, con eso no tenemos que ver ahora, con eso no tenemos que ver ahora.

(Señor en la sala):

—¿No se trata de eso...?

—No, eso se aparta demasiado. Se está pasando usted... (El señor en la sala habla a la vez). Aquí tenemos que ver con la personalidad que aún no es madre. Así que ahora la cuestión es: ¿es usted madre o no es madre? Si no lo es, es lo más duro. Continúa de todas formas, el plan, ¿cierto o no? Entonces se convierte en pasión. Así que ahora ya hemos violado, mancillado, deformado la armonía divina para el nacimiento, no queremos niños. No queremos... ¿No quieres una unión en una homosexualidad? Pero ¿qué es lo que quieres? Ahora eso también se añade, se añaden miles de rasgos de carácter humanos que fragmentan y oscurecen el nacimiento. ¿No está claro? Y eso es psicología inmaculada, humana.

(Jozef sigue leyendo): “Esto contradice ‘Las máscaras y los seres humanos’, donde Frederik dice: ‘La madre que no quiere tener hijos es un parásito’; son las demás madres las que se tienen que hacer cargo de la tarea de la madre renuente, y a veces dan a luz hasta veinte niños”.

Es lo que pasa entonces. Hay madres que tienen veinte, doce, catorce hijos; y otra dice: “Mira, menuda conejera”. La gente no sabe lo que dice. Y ya entenderán: si un niño tiene que nacer, es imposible detenerlo.

(Señor en la sala):

—Exacto, quiero decir justamente: si un niño tiene que nacer, los padres jamás lo podrán detener.

—No, pero sí que lo pueden eliminar.

(Señor en la sala):

—No es cierto...

—Es posible destruirlo, ¿no?

(Señor en la sala):

—... se encarga. Eso desde un punto de vista del karma es inconcebible, ¿no?

—Se puede destruir el fruto, ¿no? Hay posibilidades para destruir ese fruto, ¿no? O sea, eso es desintegración humana. ¿Es así?

(Señor en la sala):

—Sí.

Sí, eso es. Y ahora, ¿qué? Y ahora, ¿qué?

(Señor en la sala):

—Pero esa alma tiene que nacer, así que ese sentimiento se deposita, igual que con María y José, se deposita en ese padre y esa madre.

—Escuche lo que le voy a contar, y llegaremos a la cosmología.

Ahora yo soy el hombre —me tomo a mí mismo— y mi mujer, y digo: “Esa criatura no la queremos”. Señor, ¿pensaba usted que eso estaba en sus propias manos? ¿Que yo asesine esa criatura? A las madres y la gente que han tenido eso les dará un poco de paz. El maestro Alcar dice: “Nunca hablamos de esto o si no se pone peor aún”. Es incontestable que se encuentran ustedes ante un asesinato. Pero si tengo que atraer un alma, señor, y tengo la conciencia de “que cuando haya llegado el momento ya me la quitaré de encima”, señor, entonces no llegaré a tener un alma que tenga que hacerse madre y que viva sesenta años en la tierra, sino que tendré al psicópata en mí y lo mandaré de vuelta; ese seguro que ya se volverá. Solo podrá atraer usted —ahora voy aún más lejos, y todo eso son libros—, solo podrá atraer, señor, lo que viva en usted en cuanto a amor, y en cuanto a conciencia.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Pero si usted tiene... Si usted no tiene karma, entonces es posible.

(Señor en la sala):

—No lo creo.

—Su karma dice: “Yo primero, tengo que ver con usted, ya voy”. Pero ahora tengo que vivir cincuenta años, porque eso está en mi aura, en mi espacio vital para este nacimiento, mi plasma, es sentimiento, es plasma, eso me sirve para vivir cincuenta, sesenta años aquí. Y entonces eso lo puede asesinar un ser humano cuando llegue yo allí? ¿Es así? Está claro, ¿no? Pero ahora precisamente tuerzo a la izquierda, porque es allí donde nazco; aquel no tendrá la oportunidad de asesinarme, señor, porque yo lo que soy es nacimiento. Y eso el ser humano ni siquiera es capaz de destruirlo. El ser humano destruye un fruto, pero lo que destruyen es desintegración espiritual. Así que la desintegración atrae desintegración.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Hasta el punto, señor, de que el ser humano que diga “He asesinado a una criatura”... de ello podría decir yo, y los maestros también: “Ya le gustaría”. Porque eso ya estaba determinado.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Eso lo sabía esa alma. Antes de que esta naciera, ella sabía: mamá pasa por allí una aguja y yo regresaré a donde he de ir. Tampoco eso siquiera está en nuestras manos, porque entonces no estaría usted aquí ni yo ni nadie,

porque entonces el ser humano tendría la vida de Dios en sus manos y podría decir: “A ti te voy a mandar de vuelta, mira qué bien”, y arroja esa vida al rostro de Dios. Pero ni siquiera tenemos la oportunidad de hacer eso, porque todos recibiremos desintegración, psicópatas, medio conscientes, personas que tienen que volver a nacer y que aun así habían desgarrado aquel fruto.

Señor, conozco estados, conozco estados para el suicidio, donde el ser humano se suicidó él mismo, pero no era suicidio. Y también conozco estados, los seguí y viví todos con el maestro... Vino a verme una madre y me dice: “Sí, claro, se me hace terrible, pero he destruido un fruto de tres meses y ahora me duele el vientre, ¿puede hacer usted algo?”. En el mismo instante empiezo a tener mi visión. Mi maestro lo primero que hizo fue ponerse con el tratamiento y dice: “Ya le gustaría haber podido destruido un alma y un fruto, pero ni siquiera puede hacerlo, ese fruto se desprendería de la materia del embrión”. ¿Entiende? Y entonces a ella le entró ese sentimiento y participó la madre en un treinta y cinco por ciento para eliminar ese fruto, pero el setenta y cinco por ciento era para el alma; ni siquiera era ella. Hasta allí va.

¿Todavía puede usted analizar semejantes cosas y contemporizar con ellas? Sí, señor, porque han surgido asesinatos por seres humanos que no eran asesinos. Hubo una criatura, una criatura, una chica, se metió al agua y dijo: “Me vuelvo”. “Por qué?”, dice el padre, es un espiritualista, uno bueno, y también tenía un buen contacto. Entonces se fueron a Holanda y detrás de la casa ella se metió en un canal y se ahogó. Y cuatro semanas después volvió: “Padre, era mi hora”. ¿Entiende? Y yo conocía esa gente, habíamos atinado, estaba bien.

Ya comprenderá usted, señor, ¿qué universidad no está metida en esto? Eso no lo sabe ningún erudito en la tierra, señor, ningún yogui, ningún egipcio, esto solo está en manos del maestro Alcar y los maestros. Esto que les digo esta noche es una revelación para la humanidad. Eso no hay ser humano en la tierra que se lo pueda explicar de lo profundo que es; somos capaces de hacerlo humanamente, con desintegración, inconscientemente —o sea, desintegración—, espiritualmente, espiritualmente, espacialmente. Y ahora les puedo ofrecer la palabra divina en este instante, porque estoy en contacto, ¿entiende? Y entonces solo dirá usted: “Sí, así es”. Y eso lo sentirá debajo de su corazón, el que no puede ser de otra manera: así, así es.

(Señor en la sala):

—Sí, es que le doy la razón ahora mismo.

—Gracias. Pero desde luego que me gustan ese tipo de preguntas porque contienen mucho. Ahora tenemos aquí: “Cada alma nace en el momento fijado por los maestros”. No, señor, los maestros no tienen nada que ver con eso, ni siquiera está en manos de Dios: todo eso es una posesión del alma.

(Señor en la sala):

—Bueno, pues, yo lo siento de otra manera.

—Pero ¿entiende usted el alcance que tiene esto? Ya no lo tiene Dios, porque usted es de hecho el dios que quiere nacer.

—Si María o José no hubieran querido, ¿tendría que haber sido otra pareja de padres cualquiera la que hubiera asumido la tarea?

—Si esa gente no hubiera sido consciente, señor, entonces Cristo habría estado donde los conscientes, pero María y José eran conscientemente alumbramiento y creación, nada más.

¿Está claro ahora? ¿Está claro? Parece que no le entra. No sabe. Pues, sí, es una lástima para mí, porque entonces eso no me sirve de nada.

Se lo volveré a leer: “Si María o José no hubieran querido...”. Ahora lo he explicado tantísimo, espiritualmente, macrocósmicamente; no hay cuestión de voluntad. Ahora lo he aclarado por medio de diversas posibilidades y sigue usted encogiéndose de hombros; pues es una lástima, porque así no avanzaremos.

“Sí María”, lo pone usted con mayúsculas, “o José no hubieran querido, ¿tendría que haber sido otra pareja de padres cualquiera la que hubiera asumido la tarea?”.

Claro, entonces no se daría..., no se da ninguna María ni ningún José. Eran padres conscientemente, y crearon y dieron a luz, era posible, no tenían ochenta años, tenían esta edad y la otra, eran capaces de dar a luz y de crear, así que aquí ya no hay cuestión de voluntad, llegó Cristo, llegó el nacimiento de Cristo; y ahora me viene usted con estas. ¿Sigue sin enterarse?

(Señor en la sala):

—Ahora ya sí.

—Entonces por qué no dice “sí”, y puedo seguir. Me lo pone difícil.

(Jozef sigue leyendo): “Yo creo que es inconcebible que todo esté organizado de manera cósmica para evitar el caos”.

En el nacimiento para el ser humano, señor, nunca se había producido un caos. Y entonces debería mirar un poco —ahora vamos de nuevo a otro problema—, debería mirar un poco por toda la tierra cuánto..., lo profundo que es el caos que el ser humano ha creado por la paternidad y maternidad. Y en estas no hay..., no se les ha privado ni siquiera de un solo puntito de luz erróneo, ni uno solo, ni de un grado, ni de un numerito, ni de una mínima parte del cien por cien que pudiera ser violado por el ser humano. El nacimiento para el macrocosmos, en manos del ser humano, sigue siendo de una pureza divina; se lo acabo de explicar. ¿No les parece tremendo eso? De lo contrario la vida —dije— estaría a la venta. Y entonces podrían hacer y deshacer, y yo lo que quisiera; pero el nacimiento continúa. Si ustedes, y yo, no queremos, señor; hay una madre y un padre, dan ahora a luz a veinte niños por mí, y por ustedes, y por otros. ¿No es una gloria? ¿Está claro ahora?

(Señor en la sala):

—Sí, pero no puedo imaginar lo que dice usted, eso sí que les da otro karma, otras circunstancias. Bueno, es como si dijéramos: en La Haya hay alguien que no quiere tener un hijo, y resulta que este nace en París.

—Señor, vuelvo a tener la palabra, ya la tengo preparada. Yo me niego, y usted y la mujer, la madre, nos negamos. ¿No? Ahora hay... entonces digo: ¿hay ahora otra persona que se recupera por mi karma... (quizá se quiera decir: hay ahora otra persona que mejora mi karma)?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Señor, esa alma, esa alma que va hacia allá, está conectada con un espíritu de grupo, que son los millones de personas con las que tenemos que ver, son las madres de un solo grado. Soy atraído por esa madre, tengo que nacer —y se niegan— porque tengo que ver con ella. Si yo tuviera que ver con usted en un cincuenta por ciento y usted me rechaza, entonces viene ese cuarenta y nueve por ciento de la que viene después, y yo tengo que ver con esas personas en un cuarenta y nueve por ciento. Es decir: el karma más elevado, el karma más profundo vivido con el ser humano atrae, antes que nada. Así que usted está trabajando aquí, y piensa usted y siente, es usted ser humano, tengo que vivir con usted el karma más intenso de todos, o sea soy atraído por el grado más elevado en cuanto a karma. ¿Y se niega usted? Entonces aparece el cuarenta y nueve por ciento y allí es donde voy; pero nacer, eso sí que haré. Hasta el uno por ciento y entonces tendré como poco mil padres y madres que pueda vivir, que me atraerán, y recibiré mi nacimiento, entonces solo por el cinco por ciento, uno por ciento, ese cincuenta por ciento ya vendrá más tarde. Cuando llegue usted a ese punto también ya aparecerá usted. ¿No le parece divertido?

(Señor en la sala):

—Pero ¿por qué no se pone en ese cincuenta y uno por ciento el sentimiento que sí naceré, pues?

—¿Por qué no se pone entonces el cincuenta y uno por ciento de sentimiento en usted para sí hacerlo?

(Señor en la sala):

—No, dice que si usted ha sido atraído por mí en un cincuenta y uno por ciento y por otra persona en un cuarenta y nueve por ciento, y yo no quiero, que entonces pasará de largo el karma, que tomará el karma del cuarenta y nueve por ciento. Eso no lo entiendo.

—¿No lo entiende? Es decir, señor, si usted se niega a atraerme —¿no es así?— entonces también habré vivido con esas personas de allí, en Jerusalén, en Francia, y estas me atraerán. Esa gente existe ahora. Y a usted me lo encuentro por el camino, pero llego, y usted llega a estar delante de mí para enmendarlo. ¿Entiende? Pero ese nacimiento no se deja detener, continuará.

Y así... Y eso solo lo podrá encontrar donde las madres que tienen diez y doce y quince hijos, porque ellas son irradiadas por la desintegración de los otros seres humanos, estos pueden dedicarse ahora a repararlo. Tenemos que escribir un libro sobre esto porque de todas formas no se va a aclarar usted, se está aferrando a algo.

¿Lo han comprendido todo, gente?

(La gente en la sala asiente).

Pero poco a poco entonces... Pero, bueno, quiero hacer todo lo que pueda.

Aquí también hay: “En mi opinión es inconcebible que todo esté organizado de forma cósmica para evitar el caos; a una mujer no se le concede el deseo y a la otra no le queda más opción que querer”.

No, la otra mujer está preparada para recibirme. Preparada, y yo tengo que ver con esa vida, de lo contrario no podría atraerme. Pero también hay instantes en el macrocosmos que nadie me puede atraer, allí, naturalmente, también llegaremos a estar. Nadie más que mi Crisje, la madre Crisje, pudo atraerme en ese mundo. Ya me encontraba en la primera esfera, venía yo de un mundo, yo ya estaba allí, ahora soy una reencarnación pertinentemente consciente. Y a Crisje la conocía: del Antiguo Egipto, de allá, de allá, en Jerusalén, allí y allá y allá, de allí conozco a esa alma. Soy uno con ella de forma tan profunda e intensa, casi es imposible más, ya no es posible sentir más profundamente y ser uno con una madre y un hijo. ¿Qué es eso? ¿Lo ve? Esas vidas las conozco. Para ya nadie en la tierra podría haberme atraído, porque estoy listo con el karma. Ya solo puede recibir cuentas aquí, señor.

Si ahora... le puedo contar cosas que he vivido, de una belleza tan impresionante... Es una locura, porque el ser humano no conoce su pasado. En el pasado, o hace años, alguien me dijo: “Aquí, aquí es donde se tiene eso”. Dije: “Eso no me lo das, porque todavía se me debe mucho”. Por eso, eso, pues, es una factura. Ya les sorprendería. ¿No les gusta? Señor, todavía recibo facturas de la gente, a diario, piensan que esto y lo otro, pienso: ‘Vaya, allí hay otro de esos de allá’. No del norte de Brabante, no. Pero entonces tenemos que ver unos con otros, esos lo hacen así. Y entonces creen que hacen el bien, señor. Nunca hemos de pensar que hacemos el bien, estamos ante un ser humano y decimos: “No, no sé de qué se trata, pero los he ayudado”. Señor, eso sí que es cierto. Mire un poco en eso.

(Jozef sigue leyendo): “Tampoco el karma de la masa resuelve este problema, porque el karma individual, atraer un alma y dar a luz a la criatura, está entremezclado, disuelto en el karma del grupo”.

Señor, eso, pues, es lo que hemos tratado. Lo ha entendido bien. “Ambos tipos de karmas los tenemos que vivir, es algo que no podemos deshacer ni modificar”. Tampoco. “Sí podemos, y es algo que de hecho siempre hacemos,

generar nuevo karma, pero tendremos que procesar el karma ya causado. Ahora estamos haciendo las cosas añicos, de nuevo”.

Todas esas cosas las ha entendido usted de maravilla. Y si lo retiene un momento y piensa más a fondo —¿lo hará?— entonces, como comprenderá, entonces llega a tener en sus propias manos un problema cósmico, y eso es una posesión grande y poderosa, porque si lo retiene bien, señor, entonces le llegará un libro de setecientas páginas, y eso lo está viviendo usted mismo. ¿No le parece divertido? Pero lo ha entendido bien, muy bien.

Tengo que... solo quiero... Mire, esa falta de voluntad, eso, pues, no existe, eso tampoco lo tira ahora, ¿no? ¿Que no? ¿Lo tira? No, esos ojitos aún no me dicen gran cosa. Que si tira por la borda eso de la falta de voluntad, ¿está resuelto?

(Señor en la sala):

—Sin duda.

—Gracias.

(Señor en la sala):

—Sí, yo..., yo..., sí...

(Risas).

—“Pero sí podemos generar de hecho nuevo karma”. Eso lo sabemos. “Todo lo que el hombre siembre, eso también segará”. Señor, allí lo tiene. “De eso se desprende que el ser humano no tiene voluntad en ese momento y que experimenta el karma de forma pasiva”. Eso, ¿de qué estábamos hablando en realidad? Eso es... pero eso a su vez va a la personalidad, al propio ser humano. “No es fatalismo, dado que está en manos del propio ser humano mejorar su futuro karma, el nuevo karma, respecto al ya causado”. Muy bien también. “La madre que no quiere a dar a luz y que tampoco los tiene, pues, puso la semilla del no querer en vidas anteriores”.

Señor, eso está muy bien, ¿ve? La madre, por ejemplo, que en cambio no es madre, eso no tiene por qué ser desintegración de la vida anterior; puede que esté lista. De alguna manera todavía es para aquí. Pero hay masas, millones de madres aquí que no tienen hijos, llegan a tener abortos, al cuerpo del niño se le saca del cuerpo hecho trizas; eso es karma, porque de lo contrario no existiría, ¿no? Vive en desintegración, destrucción. ¿Cómo puede destruir la creación algo si evolucionamos de forma armoniosa, si estamos listos para recibirla?

—O sea, es un trastorno cósmico.

—No, señor, eso está dentro del ser humano. Si lo trata más en detalle, señor, le podré decir por qué y cómo se destruyen esos tejidos, señor, y por qué esa criatura se queda torcida, señor, y por qué esa criatura yace allí de aquella manera, y así, y así, y por qué, por qué, por qué. Todo eso lo pode-

mos explicar, los maestros son capaces de eso. ¿Por qué no se lo pregunta a un médico? Ahora llegamos a los médicos, aquí el ginecólogo puede recibir clases, señor, no se entera, por qué, por qué, por qué. Ahora se pone a buscar en los tejidos; y resulta que lo ha hecho el espíritu. Pueden ahora surgir trastornos materiales por un paso, un querer equivocado, un yacer equivocado, pero la profundidad en el ser humano ha provocado el trastorno y le ha dado esa posibilidad. ¿No le gusta? ¡Es infalible!

Les he contado en el pasado de una madre. Tuve que ver con ella. “Pues”, dice su hermano, “está de doce meses y sigue sin tener el niño”. Y entonces el médico esperó dos meses más. Entonces dijo: “¿Estás loco o lo estoy yo?”. Digo: “Ese médico tuvo que ser lelo, porque después de nueve meses... son cinco meses más... son más de catorce... Cinco meses más, ¿y todavía no se había enterado? ¿Un retraso de cinco meses? Yo me habría puesto a gritar. Con un retraso de tres semanas yo ya estaría poniendo el grito en el cielo”. Entonces me dijo: “Esto no lo voy a tolerar”. Pues, sí, qué milagro. Por sugestión, todo estaba. Todavía estaba... estaba aún más oronda que una madre habitual. Pensaban que iba a tener trillizos, y no había nada, solo aire. El aire espiritual, señor, es algo terrible. El aire espiritual es fuerte. La voluntad del ser humano... Bueno, ahora ya me dirá usted: el ser humano no tiene voluntad. Pero la voluntad del ser humano es dar a luz y crear, señor, es más fuerte que cualquier otra cosa. Atravesamos el acero con una seguridad infalible.

“La madre que no quiere, pues, dar a luz”, eso ya lo hemos tratado. “La madre recibe ahora, tiene que dar a luz”, que es de lo que se trata para mí, “aquello a lo que ha dado vida en vidas anteriores, lo que ha causado”. Hasta ese punto hemos llegado ahora. “Le doy las gracias de antemano”.

¿Tenía alguna cosa más?

(Señor en la sala):

—Ahora no.

—¿Qué dice usted? ¿Nada más?

(Señor en la sala):

—¿Puede decir algo un momento?

—Señor, ¿es un problema poderoso? Esto merece la pena.

(Una señora en la sala intenta decir algo).

Si los miles... La Universidad de Cristo —enseguida estoy con usted— tiene centenares de miles de libros. Y sobre todas esas cosas, señor, tengo que escribir libros, mi vida es demasiado corta, y sobre todas esas cosas, sobre miles de problemas, cuestiones humanas, divinas, espaciales. Esos libros los escribiremos cuando estemos en el otro lado y esté listo el instrumento directo, el aparato, la voz directa. Entonces estará lista mi tarea y la del maestro Zelanus allí y seguiremos. Porque no hay ni una persona en la tierra que tenga libros como yo, como yo. Mi tarea en el otro lado es que más tarde

la humanidad, las clases académicas, las universidades... y entonces podrán poner esas cintas (las grabaciones de audio de estas noches). Y eso ya no será dentro de mucho tiempo, las guardaremos como tesoros y diremos: escuchen primero esas noches que ofrecimos en Conócete a ti mismo. Y ahora a sentarse, a sentarse y a escuchar, ¡mi palabra es ley! Y ahora también sobre esto. Ya podrán decir —siempre hay gente así—: “¿Seguro que es así?”. Pero tengo en mis manos la ley divina como palabra y la oigo y la veo. Y si les digo: “Así es, señor”, nunca más podrá cuestionarse, porque estoy seguro al mil por ciento. Soy verdadero en estas cosas.

Porque ¿sabe usted lo que pasó conmigo? Digo: “Eso se lo cuentas a tu abuela, primero quiero verlo”, y entonces me lo mostraron.

¿Tienen algo más por allí?

(Un señor en la sala):

—Aceptar está mal, ¿no?

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Aceptar está mal, ¿no es así?

—Lo que tiene que hace usted es saber.

(Señor en la sala):

—Usted está seguro al mil por cien, ¿verdad? No puede aceptarlo...

—Lo que tengo que hacer es saber.

(Señor en la sala):

—Sí, para usted mismo, pero cuando se está como oyente aquí.

—Aceptar está mal.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Puedo decirle, alégrese de que pueda decirle: esta palabra es la verdad. No hay condena. No hay muerte. Lo que hacemos, en cambio, es elevarnos más y más.

Ya sé que luego se irá a casa: “¿De verdad que será así?”. Adiós velada. Es lo más desagradable que hay, señor. Es lo peor que hay. Estas noches me dan náuseas, ¿no lo sabe? ¿Por qué? Bueno, hay alguna que otra persona sentada allí a la que consigo elevar, y dice... Porque ustedes no conocen mi felicidad; mi sabiduría es mi felicidad, mi vida, mi fuerza, lo que me infunde alma. Y entonces siguen diciendo ustedes: “¿Seguro que será...?”. No van a calarlo jamás, es que no. Yo por mí encantado de volver a hacer lo que hacía antes —cosechar patatas— en lugar de esto. Ustedes podrán asumir mi tarea enseguida, si así lo desean, es que conozco sus sentimientos, los conozco. Están contentos, agradecidos, pero no logro sacar de ustedes lo que quisiera.

La aceptación, señor, es algo que tiene que poder vivir. Yo lo he vivido

todo. Esa alegría de la sabiduría la pueden... Aquí les he contado milagros, prodigios; y ¿dónde se han quedado esos milagros, esos prodigios? Ay, señor, quizá estén tirados por las calles de la ciudad, pero eso es cosa de ustedes. A mí me importa un comino su alegría. ¿Les parece que soy duro? Señor, todo esto lo hago por mí mismo. Me divierte, y de todas formas pagan ustedes sus entradas.

(Risas).

Y, señor, eso me permite comprarme mañana unos bocadillos, de lo contrario no me llegaría. O sea, dicho de otra manera: no tengo que escatimar palabras, porque solo así me llega para comer. Bueno, señor, o me pongo a vender flores: “¡Flores, bonitas flores!”. Ya vería qué fácilmente y en qué poco tiempo me las quito de encima. A las señoras las miro a los ojos y les digo: “Vamos, madre, tengo cuatro, cinco hijos y...”, yo también tengo que comer, ¿no?, “bonitos colores, miren, qué colorcitos”.

Eso sí tiene guasa, pero bueno, de lo que hablamos es: usted dice “aceptar”. No, señor, eso todavía no es saber. Si usted pudiera vivir mi palabra, los libros, en los infiernos y los cielos, yo ya no le haría falta. Sé lo difícil que es, pero también sé cómo lo he recibido aquí. He dado todo a cambio. Les cuento una pequeña historia de la guerra, les puedo contar sin problema cien mil cosas por las que me dejé la piel, aunque fuera chófer. Exprimo las cosas que hago a fondo, lo que hago es pensar. Y cuando llegaron los maestros dije: “Claro, lelo, eso mejor se lo cuentas a tu abuela”. Dice él: “Te lo demostraré”. Al comienzo siempre hablábamos así de vulgarmente. Entonces dice el maestro Alcar: “Así estaremos más cerca, Jeus. Porque a ese André lo voy a construir de nuevo, aún no me conoce. Y tengo que darle fuerza e infundirle alma”.

¿Lo entienden?

Señor, ya es la hora.

¿Hay una señora por allí con algo más?

(Señora en la sala):

—“Sí, según lo que piensa el señor, el hombre y la mujer que tienen contacto carecen de voluntad, y la mujer que se niega sí tiene una voluntad, pero eso es imposible, ¿no?”

—¿Es cierto eso, señor?

(Señor en la sala):

—No he entendido muy bien a la señora.

—La señora dice...

(La señora en la sala):

—El hombre y la mujer que tienen contacto carecen de voluntad y la mujer que se niega resulta que de pronto sí la tiene. Es imposible, ¿no?

—No, claro, eso es imposible. Tiene razón la señora, en efecto. Dice ust-

ed...

(Señora en la sala):

—Eso está claro.

—Muy claro, en efecto.

(La gente en la sala se pone a hablar. Alguien dice):

—¿Podría explicarlo usted un momento, porque ese señor no lo oye bien, está algo sordo.

(Jozef comienza):

—Ella dice: “Las personas que no lo quieren...

(La mujer completa sus palabras):

—... las que tienen contacto, no tienen voluntad, según el señor...

(Jozef continúa):

—... que tienen contacto como padre y madre no tienen voluntad, y la mujer que no quiere hijos, ¿tiene voluntad porque no quiere el bebé?

(Señor en la sala):

—Así es.

—Mire, vamos a las voluntades, señor, que son humanas, animales y pre-animales, y que carecen de significado para Dios, es parte de la desintegración. Eso está claro, ¿no?

Señoras y señores, ¿he podido aportarles aunque sea algo esta noche?

(Gente en la sala):

—Mucho.

—¿Cómo dicen?

(Gente en la sala):

—Mucho.

—Pues entonces hasta el domingo por la mañana en (la sala) Diligentia.

Gracias por su atención benevolente.

(Aplausos)

Noche del jueves 15 de noviembre de 1951

—Buenas noches, señoras y señores, oyentes míos. Voy a comenzar con una primera pregunta. Una madre que dice: “Yo misma, la madre de la niña que ha tenido una visión, me fui dos días después de su entierro a dormir a su habitación, donde falleció. Quería dar ejemplo a mis otros hijos, que tenían miedo de dormir allí. Me angustié mucho y viví cosas que no puedo repetir aquí. Y se me hizo un llamamiento de que debía morir. Y entonces dije bien alto: ‘No me lleven, todavía no puedo para mis hijos’. Cuando recuperé la conciencia olí un delicioso aroma floral, durante bastante tiempo.

Pero ¿he cometido un error al irme a dormir tan pronto a esa habitación? ¿Entristecí con eso a mi criatura?”.

¿De quién es esto?

(Una señora en la sala):

—Mío.

—¿Dónde está usted? Señora, quizá no se lo crea, pero cuando tengo que vivir a una persona fallecida en mi familia con la que haya tenido relación, si hace falta me echo a su lado en el ataúd, durante un tiempo. Es entonces justamente cuando comienza el estudio, como si dijéramos. Eso no lo presenciamos todos los días, pero me gustaría demostrárselo. Si estamos ante la muerte, porque eso es... Porque La Parca no es ningún ogro; hay que hablar con ella.

Un paciente mío de hace tiempo, el maestro Zelanus y yo mismo hemos escrito y hablado alguna vez sobre él... Estuve alguna veza en contacto con alguien de quien sabía que ese hombre tenía que morir, que moriría en año y medio. El paciente estaba en manos de un médico. Y entonces dice: “Tú mejor vete, porque el médico se ha ido. Si quieres, pues, ayuda”. Yo digo: “No hay nada que hacer”. “¿Cómo lo sabes?”. Digo: “Lo estoy viendo”. Digo: “Ese hombre como mucho vivirá año y medio”. Digo: “Pero me voy”.

Tenía que ir allí. Ese chico también es que vivía... Estuve sentado junto a su lecho, hablando, aún estaba consciente, leía mis libros, un muchacho de veintiocho años, padre de una criatura, una maravilla, un matrimonio muy hermoso. Estuve sentado a su lado con los libros, hablaba con él, le di ‘Vida y muerte’, ‘Vida y muerte’ aún no había salido, le di ‘Aquellos que volvieron de la muerte’, le contaba las leyes. Lo disfrutaba y yo sabía: voy a conseguir sacarlo unos días a la calle y después se irá sumergiendo y entonces ya no tardará. Y así ocurrió más adelante.

Así que asistí al drama entero. Era en los tiempos en que aquí dije una vez: “Quise morir por un hombre”. Era este ser humano. Quería entregarme.

Entonces entablé una lucha con Cristo. Dije: “Dijiste: ‘Quien quiera dar su vida recibirá la Mía’”, y reaccioné a eso. Y se convirtió en una lucha de vida o muerte. Hasta el punto de que dejé de lado a mis maestros. Digo: “Ahora quiero lo más Elevado. Porque ya tengo ganas de saber si eso son cuentos de antes: ¿eso dijo Cristo? Si tengo contacto contigo también puedo recibir a ese maestro allí arriba, y este me aconsejará, porque se trata de un ser humano y se trata del cosmos entero, de Dios y Cristo y de todo”. Y eso llegó.

Pero cuando el chico estuvo en el ataúd... Se había..., en año y medio se había consumido. Lo vimos en la calle y empezó a hundirse, más, más, y así se fue. Entonces... el hermano y la madre eran incapaces de mirarlo. Y entonces tomé un poco de la mano a ese hermano. Digo: “Anda, ven conmigo y mira a tu hermano Gerard, vamos”. Y entonces miramos directamente a su carita. Digo: “Anda, mira. Si ahora supieras lo que ha ocurrido y lo que significa todo eso... Tú aún no lees libros, no tienes tiempo, dices, pero mira ese cuerpo, anda, ahora tienes que saber de una vez por todas que vive allí. Ese chico está siendo cuidado, era un buen hombre”. Digo: “Eso no es nada”. Digo: “Mira, lo acariciaremos, vamos, hazlo”.

“Eh, él..., eh, hmm”, allí estaba. Un hombre de treinta y seis años.

Digo: “Hay que ver el pobre diablo que eres”. Digo: “Vamos, acarícialo, dale un beso”.

“No se hace con un cadáver”.

Digo: “Ya no hace falta. Es una forma de hablar”.

Me ocupé un poco de él durante quince minutos, entonces puso su mano sobre la de él. “Fría”.

Digo: “Muy fría, ¿verdad?”, digo, “pero eso no significa nada. Cuando lo sientas a él llegará el calor”. Y de pronto le entró calor a esa mano, en esa mano muerta.

Entonces dijo: “Eso está vivo”.

Y yo: “No, es él. Es él, ahora”. Digo: “Desde ese mundo, desde su personalidad te está dando ahora fuerza para que al cadáver se le vuelva a infundir alma”.

“Dios”, dice, “qué hermoso es esto”.

Entonces vino la madre. Estaba sollozando. Y luego llegaron algunos familiares más. Y entonces llevé a toda esa gente a esa pequeña vestimenta depuesta, y así perdieron el miedo. Y ¿qué es lo que hizo ese joven entonces? Se fue a sentar en esa misma habitación una noche, dos horas, tres horas. Dice: “Ahora ya no tendré miedo a un cadáver, nunca más”.

Digo: “No, ahora lo conoces”. Digo: “Fácil, no tiene misterio alguno. Ninguno”.

Y así es como lo ha vivido usted. No hizo usted nada malo. Pero lo que le faltaban eran fuerzas para vivirlo.

Cuando uno desciende en una cripta... Puede usted empotrarme en la cripta que quiera, señora, y juego unas partidas junto al cadáver, sin problema. Me pongo un té. Si le gustaría divertirse un poco, pues lléveme a la tumba. Ya le dije aquí antes: “Cuando me vaya, luego, a todos se les ofrecerá un buen vaso de vino y entonces no cantarán otra cosa que: ‘Viva, viva, seguimos viviendo’”. Eso ocurre. La muerte no existe. No hay una conciencia cadavérica.

Pero usted no estaba en contra de eso, así que se echó en esa camita, que es la muerte y todo lo de la criatura, la pérdida, la tumba... y se ve ante un universo, y sí que le entraron unos buenos temblores. ¿Entiende? Y en verdad que le podría haber dado una fiebre con escalofríos. ¿Cree que no? ¿Cuanta gente no se ha asustado de un cadáver, de un muerto? Pero usted no estaba preparada para esto. Porque de lo contrario puede echarse a dormir tranquilamente junto a un muerto, porque ya no nos hacen nada. Ahora para el ser humano solo habla la ignorancia. ¿No es así? Por la ignorancia —no conocemos las leyes— sigue siendo todavía La Parca. Allí yace la muerte que no es muerte.

Si ahora se fuera usted a mirar un momento detrás del ataúd —se viene usted un instante a donde se fue el espíritu y el alma, la personalidad—, entonces es posible que ya en ese instante vuelva esa persona, si hay luz, sentimiento, saber, sabiduría. Y entonces volverá a tener contacto con la persona que partió.

Y ha habido quienes han regresado más de una vez, aún yacían en el ataúd y ya andaban por aquí. Lo he visto. Estaban hablando. Vivían todo, su propio entierro. Mi padre, Hendrik el Largo, andaba detrás de su propio ataúd. ¿Lo leyó en mi libro? Y lo acompañé, dando esos pasos grandes de papá, y entonces pensó Gerrit, que pensó que yo estaba de broma, dice: “¿Es necesario que copies a papá?”. Pero él estaba, estaba, estaba allí. ¿Entiende usted? Cuando me encontraba delante de su ataúd... ¿Ya leyó usted ‘Jeus’, la primera parte? Debería hacerlo, señora.

Me encontraba ante su ataúd y sus ojos recuperan la vida en ese mismo momento, El Largo estaba dentro. Pues, sí, ¿cómo? Porque el maestro Alcar quería ofrecer pruebas a este mundo, por medio de mí, por medio de El Largo, a ustedes. Ahora tienen ustedes ese libro. Ya solamente por ese acontecimiento deberíamos haber podido convencer esa masa inconsciente. Y entonces dije a El Largo: “¿Ya tienes manchas amarillas en la cara?”. Digo: “Sal de allí. Sal de allí”. Pero no salió, pero estaba fuera, estaba al lado.

¿Entiende? Esto no está mal, es muy sencillo. Espero que no tenga que volver a vivirlo con sus hijos. Pero entonces lo hará usted de otra manera.

(Señora en la sala):

—Sí, quería dar un ejemplo a mis otros hijos, porque tenían mucho miedo de dormir en esa habitación.

—Claro.

(Señora en la sala):

—Entonces di el ejemplo.

—Sí, muy bien, muy bien.

(Señora en la sala):

—No tenía miedo, no tenía miedo para nada, pero todo eso lo viví en mi sueño.

—Desde luego, sí, allí está: no tenía usted miedo, no tenía usted miedo, pero no experimentaba las cosas plenamente, al cien por cien conscientemente, sino no habría sido presa de ellas.

Puede usted meterme donde quiera. Paul Brunton —una noche hemos hablado de esto— se metió en la pirámide. Se hizo encerrar. Y Paul Brunton era una personalidad fuerte, y sabía mucho, pero no todo. Entonces se le avisó en ese viaje de forma astral, o sea espiritual, por medio de... en algún sitio llegó donde un señor viejo, pero ya estaba siendo atraído, dice: “Hombre, hombre, hombre, sal de esa cosa”.

¿Por qué? Toda esa habitación en la torre, o esa cámara real en la pirámide de Giza no le hará a usted nada si tiene usted esa conciencia. ¿No ha leído y oído de aquellos años en que los investigadores allí de pronto se quedaban muertos? Por esos círculos mágicos que los sacerdotes trazaron alrededor de esos cuerpos. Son círculos mágicos, pero eso es: no toques mi cadáver.

Si tengo la conciencia, un círculo mágico de esos... los quitamos a la primera. ¿Me entiende? Un faraón de esos no me hace nada, siempre que uno sepa. No tengo miedo a un faraón ni a un sacerdote ni aunque tenga cien mil años, y entonces se llama un maestro, un iniciado, no les tengo miedo a esos caballeros. ¿Por qué no? Porque conozco la ley. No hay miedo en el espacio y Dios tampoco ha creado miedos. Una y otra vez es: porque el ser humano no se conoce a sí mismo ni la ley en la que vive. Entonces viene el miedo.

No habría dementes si fueran ustedes capaces de explicarles la imagen. No se van a volver ustedes locos por esto, por estos libros. El mundo, la sociedad dice: “Todo eso son cosas diabólicas, con eso te vuelves loco”. No, señora, pero el ser humano a veces se pasa de la raya. Sigán pisando el suelo. Igual que yo. Si necesitan algo relajante en estas cosas, mejor vayan entonces a una feria de atracciones. En ‘Las máscaras y los seres humanos’ —esta tarde aún me topé con esto—, allí le dice Frederik a Karel y a otro: vamos, ladra como un perro de verdad y siente esa felicidad. Y Karel se rió de él. Dice: “Ya estamos con este otra vez”. Pero, vamos, ladra, a ver, déjate llevar de verdad por el juego. Los seres humanos, ¿somos capaces de eso? ¿Lo ve? Se está poniendo demasiado serio esto. El ser humano se pierde a sí mismo y no está preparado para millones de problemas... que para ‘Las máscaras y los seres humanos’ son máscaras de verdad.

Eso lo hizo usted bien y quiso dar a su criatura una imagen, pero no estaba segura al cien por cien, de lo contrario lo habría vivido usted como si nada. Al contrario, podría haber vivido usted algo hermoso, porque tenía contacto espiritual y podría haber recibido todo de nuevo.

(Señora en la sala):

—¿No puede haber sido que me diera cuenta de las cosas que tuvo que vivir mi hija, porque no estuvimos presentes... (inaudible)?”.

—Sí, es posible que las viviera usted. ¿Ocurrió en esa camita? ¿Fue allí...?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Pues, entonces tiene usted..., entonces puede usted... —justamente por ser madre, porque ama la cría— adquiere telepatía materna, la unidad natural con la vida y entonces puede usted vivirla.

¿Cree que soy sensitivo? Una vez me fui al extranjero con un grupo de personas, todavía trabajaba en el garaje, y tuvimos que ir a Bruselas; está en la primera parte de ‘Una mirada en el más allá’. ¿Lo ha leído? Tuve que dormir en un hotel. Me dieron una habitación. Pero santo cielo, santo cielo, la de cosas que se me vinieron encima en esa habitación de hotel. Durante cinco días simplemente me estuvieron apaleando hasta matarme, ya no podía decir nada, tenía que enfrentarme a eso y todo lo que llevaba en los bolsillos se lo di a esos pobres que andaban con muletas y...

Esa gente ... fuimos a ver amigos suyos, era un catedrático, y entonces se pusieron a comer delante de las ventanas. Digo: “Allí no voy a comer, no puedo hacer eso”. Porque allí es donde estaban los pobres. Pero aun así querían. Digo: “De acuerdo, señor, de acuerdo”. Y ese señor que piensa: ‘Vaya tipo tan raro’. Pero de pronto agarro ese trozo de pollo y el plato, y las patatas y todo, salgo a la calle y se lo di a esa gente. Y entonces yo también había comido. Y esa ciudad ya me daba igual. Y, claro, pensaron: ‘Ese está loco’.

Pero ¿cómo voy a sentarme a comer pollo delante de esa ventana —encima también había vino— frente a la pobreza del mundo? Dios santo de mi vida, eso me asfixiaba, no podía. Y no lo comprendían. No hacía más que arrastrarme detrás de esa gente.

“¿Pero ¿qué es lo que te pasa?”.

Digo: “Ya te lo contaré después”.

Apenas habíamos salido de esa ciudad cuando ya exclamaba yo de voz en cuello: “Vuelvo a poder respirar, gracias a Dios”.

“¿Tú lo comprendes?”, dice aquel hombre, “¿Qué clase de chico es ese?”.

Digo: “Señor, esto es verdadero y lo de usted es falso”. Digo: “Yo no digo que usted sea falso”.

Pero cuando nos vemos ante la vida, señora, ¿pensaba usted que podemos atiborrarnos con alguien a nuestro lado a quien dejamos que se muera de

hambre? ¿Es posible eso? Es imposible, ¿no? Pues me moví ante eso, no, me conmoví ante eso, en esa habitación, huí de ella. En esos tiempos aún me arrodillaba para rezar. Estuve rezando toda esa noche, porque en esa habitación habría no menos de cincuenta hombres y mujeres. Pienso: Dios mío, Dios mío. Sí, imágenes, hay psicometría...

¿No pensaba usted...? En estos momentos no pueden hacerme dormir en ninguna parte, porque prefiero, con mucho, echarme en la naturaleza. Si quieren invitarme a su casa para que pueda descansar, mejor no me den una cama en la que han dormido veinticinco personas, porque hago mío todo ese estado de aquella gente. ¿Qué no adoptará usted entonces de una cría así, si es suya? Yo no estoy más que al margen de eso, pero se me viene encima. Me he hecho muy sensitivo. Se lo he explicado aquí y eso ya lo oye ahora.

Si luego en Diligentia, de lo que se trata... Eso será de una seriedad sagrada y es verdadera locura, pero uno tiene que mantener los pies en el suelo si quiere superarlo. Yo lo he conseguido. Cómo, eso ya lo oirán luego. También usted lo podrá vivir.

Y así adopto todo lo del ser humano y de la vida, pero lo proceso, porque ahora conozco las leyes, todo, la muerte, todo lo del ser humano, alma, espíritu, personalidad. Lo he visto. Estuve en los infiernos, en los cielos. He vivido leyes cósmicas. Es imposible fantasear más. Nunca fui un fantasma, señora, porque era algo que siempre he tenido desde niño. Todo lo que les cuento lo he vivido. Se ha hecho sabiduría cósmica. Pero la sensibilidad del ser humano los conecta con aquello que aman y con lo que tendrán que ver. ¿No está claro eso? Así que podía haber vivido mucho más en esa habitación. Muchísimo más. Y así puedo seguir.

¿Lo comprende? ¿Algo más? Gracias.

(Señor en la sala):

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Esa señora acaba de decir que cuando regresó al yo de la conciencia diurna olió un aroma floral.

—¿Cómo dice? Sí.

(Señor en la sala):

—¿No es así? En ese momento, digo yo que casi seguro sería una con la cría, ¿no?

—Ya era contacto, sí. Ese olor a flores que olió usted... ¿no había flores en la habitación?

(La mujer):

—No. Alguna vez sí las hubo, claro.

Aún quedaba, aún quedaba.

Ahora les ofreceré una imagen, señor Berends, hasta dónde va eso. Cuando terminaba un libro —yo lo había vivido y los maestros lo habían escrito— no le decía nada a mi mujer. Pero una hora después, cuando estaba listo — con cada libro, aunque no estuviera acabado— llegaban las flores, llegaban a través de las paredes. Estaban colocadas por todas partes. Entonces se ponía a husmear a mi alrededor. Digo: “No, no me he embadurnado con perfume”.

“Oye, qué maravilla de olor aquí”.

Digo: “Mira, hija, esto es, pues, un perfume espiritual”. Del que habla Frederik en ‘Las máscaras y los seres humanos’.

Señor, y después de todos los libros... Aparecía mi hermana, mi hermana aparecía con flores, aparecía Hendrik el Largo con flores y otros igual. Pienso: ‘Mira, mira, mira, qué bien saben que he terminado un libro’. Y así con cada libro. La gente que subía por la escalera ya lo olía: “Qué olor tan fresco hay aquí, parece que uno llega al cielo”. Y yo que pienso: ‘Sí, allí estás, allí estás, porque allí hay flores, flores astrales’.

Y ahora usted. Señora, hay mucha gente que vive eso. Los padres hablan de los niños, los niños hablan de los padres, y dicen: “Hay que ver el aire tan delicioso que nos llega de repente”. Señora, créame, están con flores a su lado. Y esa es la verdad. Ese perfume del otro lado, la vida astral, es muy penetrante. Pero aparece la explicación en ‘Las máscaras y los seres humanos’ o en ‘Dones espirituales’: ¿cómo huele usted eso? ¿Eh? Y ese olorcito no les llega por la nariz, por el órgano, sino que lo sienten, y sintiéndolo es como se hace la conexión a través del sentimiento, del contacto, ajusta sus órganos a ese estado y eso es lo que están oliendo. ¿No te divierte?

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Tenía usted algo más?

(Señor en la sala):

—Sí, se me ocurre que podría relacionar otra cosa con esto que en el fondo es lo mismo. Teníamos un hijo adulto de unos treinta años; de repente tuvo que acudir al hospital para ser operado. Fui con él. Llegué al hospital. Pero el médico no sabía lo que pasaba. Al final lo volvieron a tranquilizar de tal forma que... Sí, ese médico, ese médico menudo sale de esa habitación, que llaman la cristalera, y es que entonces dijo que tenía que ser operado; pero no sabía lo que era. Me encontraba en ese mismo momento en el pasillo y apareció entonces un crío, bueno, nuestro —hace treinta años habíamos perdido a un niño a los diez días de nacer—, ese niño apareció detrás de esa puerta de cristal y dijo...

—¿Eso es lo que vio? ¿Eso?

(Señor en la sala):

—Eso es lo que vi. Ese niño dijo: “Pa, vete a casa, todo irá bien”. Ya no

esperé más al médico, para nada, y me fui.

—Qué bueno.

(Señor en la sala):

—Llego a casa. Me dice mi mujer: “¿No hueles nada?”. Digo: “No, todavía no”. Y me dice: “Pues, esas flores”, no las había por ninguna parte, “cómo huelen”. Y yo que pienso: “Vaya, qué extraño”. Pero en el fondo es el mismo fenómeno que el de esa señora con la niña que había hecho la transición y que el de este niño nuestro que había cumplido diez días cuando se fue”.

Digo:

—Señor, eso pasa muchas veces...

(Señor en la sala):

—Vi esas flores espirituales como una sensibilidad de la propia vida.

—Sí, por la sensibilidad de usted... Hay gente que no es susceptible ante ninguna cosa. ¿No es así? Pero hasta un animal lo huele. Y resulta que una vez lo viví con gente, nada, era una pareja terrible, y cuando tuvieron una pérdida esa madre, la mujer, llegó a decir, por un aire, un perfume...” Hay algo allí”, dice, “Dios mío, Dios mío, hay algo allí”. Así es como cambió esa gente, solo porque la persona que había hecho la transición, a la que habían perdido —y fue culpa de ellos— volvió, simplemente les dio algo a oler. Y en ese estado animal de esa gente empezó a haber un cambio debido a que a la madre eso le llegó a tocar. ¿No les parece curioso?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Esas cosas pasan de vez en cuando, pero el ser humano no siempre las comprende. ¿Hay más preguntas?

(Señor en la sala):

—No, gracias.

—Gracias.

Aquí tengo: “¿Es necesario que el ser humano experimente y viva él mismo todo para asimilarlo? Si esto es así entonces se desprende de ello que todos nosotros también hemos asistido a suicidios o que aún los tenemos que vivir”. ¿Es así? —¿De quién es eso?

(Señor en la sala):

—Mío.

—Señor, todos hemos sido suicidas. Y de verdad pensaba... Tiene que aceptar, naturalmente, que hemos estado centenares de miles de veces aquí en la tierra. Y eso no puede ser de otra manera, porque procedemos de la jungla hacia la matriz blanca, no de un arreglo bidimensional de números...

(Risas).

... sino según la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en *rolof.es*) y eso dura —se lo he explicado y lo puede leer en ‘El origen del univer-

so—, eso dura millones de años y para ello necesitamos un millar de vidas. ¿De verdad que pensaba que no hemos sucumbido en esos miles de vidas? ¿O supone usted que llegaremos a poseer los cielos, el reino de los dioses por una sola vida cortita? Claro que no lo supone. Y es que es imposible e inconcebible porque así no es. Por tanto, claro que alguna vez nos hemos quebrado a nosotros mismos y a otros en ese largo camino, a través de todas esas vidas. ¿No creen? Así que éramos suicidas, señor, y unos terribles aficionados al canibalismo. En otra ocasión nos hemos reído mucho... ahora hemos constatado entre todos... Alguien dijo: “¿Y qué es lo más rico de un ser humano?”

Y dice: “Este trocito”, esto, la palma de la mano.

Dice el hombre: “¿Y eso cómo lo sabes?”. Uno que había estado en Oriente.

Dice: “Señor, sigo comiendo personas, tan solo me hace falta poder agarrarlas”.

Dice: “Bueno, ya me encargará de llevar siempre un revólver encima”.

Era de Nueva Guinea, por allí, que tantos apetitos nos despierta, ya saben, ¿verdad? Eso que Sukarno (el primer presidente de Indonesia después de declararse independiente de Holanda en 1945) tanto anhelaba tener, ese trozo.

(Voces desde la sala):

—Nueva Guinea.

—¿Cómo era que se llama?

(Voces desde la sala):

—Nueva Guinea.

—Ah, sí, algo así. Y allí siguen viviendo... Así que estamos muy contentos con un trozo de tierra, pero lo que vive allí suele dedicarse en general al canibalismo. Entre esas personas hay quienes hablan holandés y que tienen conciencia, porque hubo algunos de esos caníbales que salieron por la radio. Claro, esos ya no se comen a los humanos. Entre ellos que se suponía eran doctores ingenieros tal y cual, de un negro azabache. Miren, allí ya hay gente que... Y entonces dice el propio chico: “Sí, adéntrese más en Guinea”, dice, “y cuando te das cuentas te han metido en una olla, el domingo por la mañana, y te aseguro que de allí ya no sales vivo”. Y estuvimos hablando de la sopa humana. No de sopa de gallina, señor, sino de sopa de humanos.

Mire, ¿se cree usted que eso no lo hacíamos nosotros allí cuando vivíamos en esa jungla? ¿O supone que esa gente tiene que seguir allí mientras nosotros aquí vamos adquiriendo conciencia, luz, vida, una estufa calentita, buenos alimentos? Nosotros hemos recibido conciencia y ¿Dios abandona a esa gente allí, sin más? ¿Es posible? ¿De verdad?

Bien. Así que ustedes también arrastran centenares de miles de suicidios, yo también. ¿Que si seguimos haciendo eso ahora? ¿Ahora? Creo que ya no. ¿Usted?

Señor, cuando alguna vez vea a un suicida, será mejor que no diga que ese hombre es tonto, sino que tiene que preguntarse —y así es como lo voy a considerar allí—: “Yo mismo, ¿me he quitado eso de encima?”. Si un ser humano golpea a otro ser humano, señor, ¿qué hace usted entonces? Cuando un ser humano es una carga para otro, cuenta chismes, habladurías y lo desintegra, ¿qué vamos a hacer entonces? ¿Estoy libre de eso yo? Allí yo no me meto. Mire, es cuando la vida empieza a valer la pena, porque uno empieza a verla de otra forma. Pero ¿nos persiguen nuestras propias sombras? No, señor, arrastramos toneladas enteras, incluso ahora, y eso es lo que se llaman las leyes del karma. ¿No lo cree? Esto es esto, aquello es lo otro, y esto es así y esto es aquello, tenemos desgracias, no avanzamos; queremos pero no podemos. ¿Qué es eso, señor? Máscaras y máscaras y máscaras y máscaras, problemas. Pero las hemos ido coleccionando, incluido el suicidio, todo. Por aquellos tiempos éramos asesinos conscientes, ahora no me da la gana.

Si quieren hacerme general, digo: “Señor, vamos, larguese de aquí con sus estrellas”. Digo: “Entonces tendré que dar órdenes a la gente para que cometan matanzas, ¿no? Pero ya no soy capaz de eso, ¿no? Eso ya no me interesa. Señor, me parece usted decrepito. Eso de usted, señor, eso ya es parte de las eras prehistóricas”.

Ya no quiere usted jugar a ser general. Ni siquiera quiere ser, señor, jefe de la policía, aquí, porque entonces uno ya no mete a la gente en el talego. Ya ni siquiera quiere usted tener que ver nada con esa dureza y desintegración. Si va a hacer este trabajo, si quiere vivir esta vida, señor, entonces en el fondo ya no hay ningún puesto de trabajo en la sociedad, o tendrá que ser capaz de valerse por sí mismo. Entonces uno prefiere con mucho ir de puerta en puerta vendiendo flores, o trapos viejos, entonces uno cuenta mucho más para ese mundo de trapos viejos que sentado allí con una golilla de esas, diciendo: “Le impongo una pena de veinte años”. ¿Es verdad o no? “A ese, ¡cadena perpetua!”. Y hay uno... “¡Pena de muerte!”. Pues, mi querido señor, ¿pensaba usted que el espacio, que Dios, que Cristo quiere que el hombre sea asesinado por el hombre? ¿Que hay un juez en la tierra que llega a hacerse con el derecho para decir: “Veinte años. Cadena perpetua. Que lo cuelguen”? ¿Se atrevería a jugar a ser verdugo? Pero es la verdad, ¿no, señor? Eso ya no lo hará usted. Si usted acepta los diez mandamientos —es lo que nos preguntamos, lo dicen los maestros, lo vi de niño—: ¿como es posible entonces matar? Entonces ¿como puedes destrozarse a la gente? ¿Cómo puedes ir a Corea para que te den una condecoración?

Alguien regresa... ¿No ha vivido usted ese drama en el pasado? Qué inconsciencia, señor. Llega un barco de esos con combatientes de Corea. Todavía hace falta, pero eso ya no es cosa mía. Entonces dicen: “Qué cobarde ese”. “¿Quién es cobarde?”, dijo Cristo. “¿El ser humano que clava un puñal, que

lanza piedras? ¿O el que dice: 'A mí pégame, pégame'? En realidad, ¿quién es el cobarde? ¿Quién? ¿En qué fue Cristo grande y todopoderoso? Vamos, demuéstrenlo. ¿Por qué? Cuando estuvo allí ante Pilato y dijo: "No soy nada".

(Alguien en la sala):

—Usted lo ha dicho.

—Es cuando a Él lo... ¿Cómo dice usted? Entonces le escupieron en plena cara, en pleno rostro, lo torturaron y pegaron; Él no dijo nada. Si hubiera dicho una sola cosa mala, habría perdido y depuesto Su sintonización divina, que es amor. ¿Entonces qué haces?

Llega un barco de esos, acuden los peces gordos, hay un ministro allí con una hojita en la mano: "Eh... hay que ver el... eh... trabajo que han hecho ustedes.

(Risas).

Eh... eh... ustedes han...". Llego otro que se pone a su lado y dice: "Ustedes... ustedes... ustedes han demostrado que... son auténticos so..., de verdad, ah, sí, auténticos so...". Se traban la lengua con cuatro palabritas.

Es por el papelito, señor. Ese general, ese ministro lo leyó así, dos frasecitas; lo vi en una película, ocurría en Róterdam. Pienso: 'Madre mía'. Y tú ¿te tragas eso? Había uno al que le faltaban un brazo y una pierna, ¿verdad?, en éxtasis: le estaba hablando el ministro.

Había otro que decía: "Han demostrado ustedes que el soldado holandés puede participar ante el mundo entero". ¿Lo ve? "Y..., eh...". También del papelito.

(Risas).

Y si uno va allí como ser humano, señor... ¿Todavía quiere meterse en eso? Cielos, cielos, cielos, cielos, ¿es posible cambiar a esa gente? ¿Se lo pasó pipa allí en Corea? Sí, perdió unos cuantos brazos y piernas. Ya tuvo su juega. ¿Compasión con esa gente? Señor, cuando te ves ante estas cosas te haces tan duro como un trozo de granito. Y no es tu caso. Porque, ¿qué dice la ley? ¿No se metan en eso! ¡No metan las narices en la desintegración! ¡Váyanse a casa! Y entonces digo yo, señor: "¡Flores! ¡Bonitas flores!". Bueno, bueno, miren eso, allá. Se van a... Miren, vamos, síganlos un poco.

Yo estoy mucho más tranquilo, señor. Yo ya no participo en esa desintegración en nuestra sociedad. Sí, estoy loco. Allí piensan que soy un rebelde. No, a centenares de muchachos se les ha regalado el antimilitarismo gracias a la Línea Grebbe (el libro 'Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe'). Aparece un comandante que dice: "Ustedes, mejor váyanse, porque aquí ya hemos tenido a unos cuantos centenares de ese Jozef Rulof, no se puede hacer nada con ustedes, porque los ha estropeado a fondo". Gracias. Digo: "No digas nada, si no hasta son capaces de agarrarte por las solapas". Y ellos para

casa. Señor, no mate. ¿Entiende?

Y ¿qué hemos...? Le ofrezco imágenes para mostrarle, señor, que cuando empiezas con estas cosas, cuando vives lo que vivió esa madre, lo que vive ese hombre, que regresará un hijo que dice: “Padre, vuelve a casa, no pasa nada”. ¿Qué se cree usted? Que si nos pudiéramos a matar y a incendiar, ¿que ese mundo iba a poder alcanzarnos? También, también. Si somos susceptibles de hacer el bien, siempre llegará la voz desde el espacio.

Pero hemos sido asesinos, suicidas; mancillamos, somos cualquier cosa, hemos sido ladrones e incendiarios, y tal vez lo sigamos siendo. ¿Quién de nosotros es capaz de demostrar, bueno, cuando todo tiene que suceder: “Yo eso no lo hago. Domino mi mano, esa voluntad tiene suficiente fuerza para no guiar esa mano”? Pues entonces tendremos que volver a vernos todos alguna vez en los campos de concentración, porque allí lo han demostrado, gente que era capaz de eso. Ha habido personas tan tremendamente torturadas y entonces... las he compadecido, ay, ay, ay, las he compadecido... han sufrido terribles torturas porque no querían contar nada, porque así habrían delatado a otras personas. A esas personas las quemaron como ganado —ya saben, con la punta de un cigarrillo—, como antes con un hierro en la espalda, con hierro candante; y no dijeron nada.

Recurrieron a esa voluntad, señor, ahora para el bien, para uno mismo, el espacio. Durante la guerra tuve un sagrado respeto por los miembros del NSB (Movimiento Nacional Socialista de Holanda; Jozef habla aquí de determinados hombres que conoció personalmente y no sobre el movimiento del NSB como ideología; el maestro Zelanus dice del NSB en la Conferencia 40: “... ese NSB maldito, desgraciado, inconsciente”). El maestro Zelanus habló de eso el pasado domingo (véase ‘Conferencias’, parte 3, Conferencia 40), pero a esos ya los felicita (por su fuerza de voluntad, pero no por su ideología, que en su conferencia el maestro Zelanus llama “maldita, desgraciada e inconsciente”). Dice: “Ya verás, André, después de la guerra veremos muchos. Porque esa es la posesión del mundo si lo empiezan a ver espiritualmente. Porque esas fuerzas... el ser humano que recurrió a esas fuerzas puede hacer más”, dice, “y es capaz de cualquier cosa cuando sabe”. ¿No es así?

(La gente en la sala asiente).

Tengo un sagrado respeto porque para nosotros eran los idealistas, pero advertí a centenares; así que sabían en lo que se metían. “¿Por qué no vienes tú también?”. Digo: “Hombre, no te metas en ese caos”. Ni caso. Bueno, pues yo ya no podía hacer nada, nada. Se fueron. Después de la guerra volvieron a visitarme: “¿Quieres verme todavía?”. Digo: “Entra, amigo, vamos, entra”. Digo: “¿Fue duro?”. “Ay, Dios mío”. “¿Fue difícil?”. “Sí”. Digo: “Imagínate que en esos tiempos hubieras tenido el sentimiento de poder escucharme: no habrías vivido esa desgracia. Ya te podría haber hecho leer ‘Los pueblos de la

tierra', ya lo tenía listo en 1940".

Pero ¿no hemos de demostrar de lo que somos capaces? ¿Y no tenemos que ganarnos nuestro sentimiento y conciencia? Y es allí donde sucumbimos una y otra vez, siempre de nuevo. Y todavía hay muchos, señor, que se suicidan y que se estrellan por ello. ¿Pensaba usted que no?

Pregunta usted aquí: "Cuando Lantos se hubo separado de su cuerpo no pudo acceder al mundo astral hasta que llegó el final de su vida terrenal propiamente dicha". Esto se refiere al libro 'El ciclo del alma'. Eso está claro. "Pero ¿ocurre lo mismo si alguien pierde la vida por un accidente y hace la transición demasiado pronto?"

Recientemente, hemos hablado sobre diferentes tipos de lechos de muerte. Toda la noche —¿verdad que sí, señores y señoras, que estuvieron aquí?— hemos vivido esos estados, relacionados con muertes prematuras, y eso ya va muy lejos. ¿No es así?

La gente me preguntó aquí: "Es obligatorio, es posible, que demos al ser humano la luz de nuestros ojos, de la córnea? ¿Lo haría usted?"

Contesté: "No, ahora ya no lo hago". ¿Por qué no? Se lo expliqué a la gente. Cuando luego me vaya... Y cuando te vas al ataúd es posible donar la córnea, y entonces quizá haya un ser humano que vuelva a ver por usted. Y dije... Primero dije: "Sí. Adelante. Estupendo, maravilloso". Pero va tan lejos —y vuelven a darme ustedes la razón— cuando de verdad uno..., cuando se vive en el otro lado en la primera esfera, donde uno es armonía, amor en todo, y uno descubre volviendo la mirada atrás que ese ciego, que ahora ve gracias a ti, hace todo añicos y roba y engaña al ser humano —es posible, ¿no?—, a uno le entra dolor por haber ayudado a alguien a comenzar a destruir, porque ese dolor y pena, esa paliza, le perseguirá a uno en ese mundo. ¿No les parece? Así que eso ya ni siquiera lo hago. Al final ya no es posible darle nada a un ser humano cuando estamos ante la ley, nada, nada. Lo tenemos que hacer nosotros mismos. Es una ley del karma, un trastorno. Esa personalidad vivió una cosa en algún sitio, le quitó la luz de los ojos a algún ser humano y ahora, a su vez, se ha quedado ciega ella misma, de lo contrario eso no sería así. ¿Lo aceptan ustedes?

(Señora en la sala):

—¿Es igual con las transfusiones de sangre?

—Pues, señora, de eso también hemos hablado aquí. Es igual. Y la transfusión sanguínea, señora, dama, también entra en el ámbito de los problemas poderosos... problemas poderosos. Esos asuntos los hemos tratado aquí. La pregunta es ahora... Esto está claro.

"Pero ¿también ocurre con alguien que muera por un accidente?"

A ver, ¿qué quiere saber usted de ese accidente y de esa muerte? Para mí hay miles de posibilidades. Cada ser humano tiene, pues, su propio lecho de

muerte. ¿Cómo es el estado de morir, de hacer la transición, el accidente? ¿Cómo es eso? ¿Es por su propia culpa? ¿Por negligencia? ¿Por ir como locos por la carretera?

(Señor en la sala):

—Un accidente de verdad, algo que ocurre completamente al margen de nuestra voluntad.

—¿Un accidente? O sea, una muerte... Miren, les voy a contar algo: un amigo mío se va a (la localidad holandesa de) Sassenheim durante la guerra, en 1944, y va allí con alguien, va allí para buscar comida. Está cerca del túnel, cerca del túnel en (la calle) Leidsestraatweg y de pronto es como si oyera: “Jan, enciéndete la pipa”. Y entonces ese hombre con el que había vuelto desde (la ciudad de) Leiden: “Yo sí que voy a seguir, señor, luego ya lo veré allí”. El hombre sigue en bici, al mismo tiempo llegan los ingleses, bombardean el túnel y no quedan más que pedazos del señor; el que se encendió la pipa sigue vivo a día de hoy. ¿Eso qué es? Y así hubo más gente que recibió advertencias.

En (la ciudad de) Den Helder había gente... él huía del peligro. La casa en la que vivía sigue existiendo hoy en día; los niños volvieron. El padre quería marcharse, no aguantaba más, se fue a Ámsterdam. Consigue una casita en el campo, en las afueras de la ciudad. Una mañana sale a echar un vistazo y recibe un balazo en la cabeza. Adiós. Simplemente, se echó en brazos de la muerte. ¿Es un accidente? Los niños regresaron a Den Helder, han vuelto a vivir allí; el padre buscó su propia muerte. Ha habido miles de situaciones de ese tipo.

Una señora en (el barrio de La Haya de) Bezuidenhout. He oído montones de problemas de la gente. Pregunté: “¿Vivió algo? ¿Lo vivió usted?”. Pienso: ‘Cómo es posible’. Por la mañana: huye de Bezuidenhout ante ese tremendo bombardeo, se va volando, no hay quien la pare. Y ha habido más personas que lo vivieron. ¡Fuera de aquí! Y ya a las nueve de la mañana, casi... a las siete de la mañana ya está levantada y agarra...: “No sé lo que ocurre, pero me quiero ir”. Reciben cualquier historia, van a una hermana, o se van al centro de la ciudad y apenas han salido de allí o ya empieza el follón; libres. Otros quisieran quedarse en casa, a cualquier precio; adiós.

¿Lo ven? La propia vida...escuchen bien ahora, las cosas llegan hasta ese punto..., pero cuando estamos en armonía con la vida, con la vida, con la gran vida, con la poderosa vida de la que formamos parte, con el macrocosmos, con Dios, cuando estamos en armonía con todo eso, señor, señora, ¿se creen entonces que nos puede destruir una bomba de esas o cualquier bala de otros, un cuchillo? ¿Que nos pueden arrojar a palos de nuestra vida? Es imposible. Pero al ser nosotros mismos disarmónicos, al tener errores — hemos causado destrozos, señor—, se nos devuelve esa misma ley en nuestro

camino, y se nos expulsa, se nos echa a palos. Y ahora en eso hay... cada ser humano es otro problema, una ley, y todas las transiciones son, pues, o bien personales, bien según las leyes, o bien naturales, o bien habla la vida. ¿Entienden? Y entonces hay miles de... Y aunque uno escriba miles y miles de libros sobre todos esos lechos de muerte y todos esos accidentes y todas esas coincidencias, sea lo que sea, aun así no habríamos llegado. Así de profundo es, pues, el ser humano. Y es allí hacia donde esto nos conduce.

¿A quién de ustedes le queda alguna cuestión? Comentaba usted las transfusiones de sangre, ¿tiene algún asunto más?

(Un señor en la sala):

—Sí, en el fondo lo que quiero decir es esto; mire, si alguien fallece puramente por un accidente, ¿experimenta entonces lo mismo que Lantos después de que se liberara de su cuerpo material?

—Miren, eso es lo que les pregunto, si usted sale de esa muerte por otra persona, si la atraviesa por otra persona, como ese accidente que le mostré... No sé si usted quiere seguir a esas personas, pero ese hombre quedó libre, era su hora. Aquí no está en juego ningún tipo de negligencia ni ninguna forma de buscar conscientemente la muerte. ¿No le parece? Así que simplemente es el momento de la transición, porque Dios no conoce ningún lecho de muerte. Y queda libre.

Pero si vamos conscientemente al suicidio, nos quedamos pegados al cuerpo, primero entramos a la tierra con él y después nos liberamos de él, porque se va pudriendo de forma consciente, debajo y dentro de nosotros. Esos gusanos los sentirá usted en los ojos, porque se quedará pegado a ellos, porque es usted el sentimiento para esa vida, está pegado a ella por medio del cordón fluido, es imposible romperlo, porque aún no es su hora. Es el mayor tormento, el más profundo, de los que puede vivir el ser humano: el suicidio.

Y cuando uno queda entonces libre, cuando se ha ido la putrefacción, el cordón fluido se desgarrá, también tiene que romperse, porque ya no queda nada, solo quedan huesos, se desgarrá, se libera y usted se irá —aunque todavía esté en otro mundo— al mundo al que llegó Lantos después de su proceso de putrefacción. Si no tiene usted eso, señor, entonces o bien regresará al mundo de lo inconsciente, te conviertes de nuevo en un embrión, vuelves a nacer en la tierra, recibes un cuerpo nuevo (el segundo “o bien” no se expresa aquí, pero la otra posibilidad ya se ha mencionado anteriormente, es decir: acceder al mundo astral)... Ahora eres holandés, pero entonces tal vez llegues a parar entre los franceses, o los rusos. A la jungla ya no volverás, pero sí puedes ser todavía negro (véase el artículo ‘Anti racismo y discriminación’ en rulof.es), alguien de piel negra. Puede ser que atraigas Harlem en Estados Unidos; andarás allí con mofletes bien gorditos y bien negros, y nadie conocerá a ese... ese... ese... holandés.

Sí, señora, Estados Unidos, Francia, Alemania, la jungla y todos los idiomas y todos los pueblos de la tierra que viven en nuestro corazón forman parte de nuestro subconsciente. Señor, mejor no insulte a los franceses o los rusos; nosotros mismos fuimos eso. ¿No sienten, consideran, que todo es de justicia? ¿Entienden? Si dicen que son blancos, señor, puede ser que vaya usted precedido por la irradiación negra, y entonces diremos: “Mira, allí va un negro”. (Véase el artículo ‘Anti racismo y discriminación’ en rulof.es). Un negro blanco que es negro. ¿O no es así?

¿Tiene usted alguna cosa más? Señora, ¿tiene usted alguna cosa más?

(Señora en la sala):

—No.

—Será mejor que no empecemos con las transfusiones de sangre, porque eso es un buen trecho. Si lo quiere saber, lo trataré, pero entonces tiene que formular la pregunta.

(Señora en la sala):

—Hace un rato dijo usted: nada de ojos.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Aquello sobre lo de prestar un ojo, que eso estaba mal, por eso pensé: ¿será que entonces también está mal prestar sangre?

—Señora, la transfusión de sangre es igual de mala que prestar un ojo. Llega la hora de la verdad. No puede usted vivir en mi mundo ni yo en el de usted, ya no lo haré. Y es que es lógico. Pero cuando en un momento dado... —esa pregunta se me hizo aquí en la sala—, cuando en un momento dado es necesario..., hubo un señor que hizo esa pregunta y dice: “Mi hijo ha recibido una transfusión de sangre, ¿es bueno eso?”.

Yo le digo: “Sí”. Digo: “Desde un punto de vista físico, para esta conciencia del ser humano: sí, ¿por qué no? Pero ¿a dónde quiere llegar? ¿Conoce el médico la profundidad de la sangre?”, dije. “La sangre tiene siete mundos y profundidades”. Dije: “En la conciencia diurna la sangre está controlada y no constatan enfermedades”. ¿Es cierto? Pero si regresamos un instante al pasado, a la tercera raza (quizá se quiera decir: “en la tercera generación”), señora, los hijos de tal y cual padre tienen tuberculosis y cáncer. Sí, el abuelo también lo tenía, así que su sangre está dentro de mí. Y es cuando emerge el cáncer. Dije a ese señor: “No se preocupe, porque el tiempo para nuestra vida aquí es demasiado corto, porque ahora tiene que poder vivir ciento cincuenta años o ciento setenta y cinco años —tres veces esa generación—, pero entonces en su cuerpo aparecerán irremediamente todas las desgracias desde esa sangre y quizá vaya arrastrando un cáncer, tuberculosis y quién sabe lo que haya padecido nuestra raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), nuestra familia en esos siglos pasados, eso saldrá.

O sea, me da un poco igual y no me hace mucha gracia cuando el médico me dice: “Oiga, señor Rulof, vamos a hacerle una transfusión de sangre”. Digo: “Pues a mí mejor denme sopa hervida”, digo, “así tendré más..., así algún día podré tener al menos un complejo de gallina, pero a saber lo que recibiré ahora”.

¿Entienden? La sangre nos puede infundir alma y nos puede contagiar. Y ahora es una imagen para el ser humano, una ley, ahora ya es asunto suyo lo que hagan ustedes. Estamos ante cosas...

(Señora en la sala):

—Si morir tiene algo que ver con eso...

—Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Pues entonces sí que se va a complicar un poco.

—Sí, señora, pero eso de morir no me da miedo, no me importa morir.

(Señora en la sala):

—No, pero ¿entonces no importa...?

—¿Lo ve? ¿Lo ve? Llegamos... Sigue usted pensando de modo humano, yo ya no, al menos no como ser humano aquí. Si su vida está en manos de la armonía espacial, ¿cómo podría morirme entonces cinco minutos antes de tiempo? Imposible, ¿no? Pero el ser humano que se enferma vive en disarmonía. Y ese es el ser humano que tiene que adaptarse a la sociedad, a los estudiosos, al médico, tiene que aceptarlo, porque este médico colabora y está ayudándolo a quitarse de encima esa disarmonía social, corporal. ¿Ha quedado claro eso? Así que tiene que decidir usted misma lo que haga. Y eso hará, no se preocupe, porque cuando...

(Señora en la sala):

—Pero si entra en juego la muerte de tu hijo, entonces... (inaudible).

—Bueno, pero yo no tengo miedo a La Parca, porque me alegro de largarme.

(Señora en la sala):

—Es que no quiero decir eso...

—No, mire, con lo que tenemos que ver es con esa manera diferente de pensar y sentir. Exactamente lo mismo que el ser humano que se alegra de que le condecoren, y de que le den esto y pueda alcanzar lo otro; ¿mediante la desintegración, la destrucción del ser humano? Nosotros ya no. Así que yo tampoco le tengo miedo a esa muerte, no tengo que ver con ella, porque no existe, me largo, continúo. Y bueno, pues, que sea esta noche, en cinco minutos, por mí mejor que en dos semanas. Le parece...

(Señora en la sala):

—Señor Rulof..

—¿Le parece horrible?

(Señora en la sala):

—¿Le puedo...?

—Todavía no hemos terminado, señora.

(A la otra señora): ¿Tenía alguna cosa más?

(Otra vez a la primera señora): Ahora puede empezar usted.

(La señora dice):

—Señor Rulof, todavía se hacen transfusiones de sangre, es más: muchas; pero se morirán de todas formas cuando llegue el momento.

—Ya estamos otra vez, ¿lo ve? Y entonces ya no sirve tanto operar. He tenido entre mis amigos a médicos, los sigo teniendo, y me dice uno: “Pues, lo que es operar, hemos operado, lo querían a toda costa. Es que no hay forma de que digamos: ‘Mira, mejor no lo hagan, porque tampoco servirá’”. Así que encima lo intentan. Abrieron el cuerpo. Dice: “Y, claro, ya pudimos ponernos a coserlo otra vez, porque no había más que podredumbre, cáncer. Muerto a los cuatro días”. ¿Acaso habría podido vivir esa persona, esa señora, ese hombre, otros cinco días si no la hubieran operado? ¿Y qué? Dos semanas. ¿Y qué? Dos meses. Eso ya nos da igual si estamos muertos en vida, pero en dos meses bien que se pueden hablar unas cuantas cosas con los demás. Podría haber usado usted esos dos meses para decirle a su padre, a Jacobo y Nico —a Nico de todas formas no lo tenemos a mano— y a Germán y a quien fuera, a sus compañeros de casa: “Oye, mira, en unas semanas ya no estaré, hablemos un poco”. ¿Tenían esa conciencia? Entonces hay algo, hay conciencia, dirás: “No lo hagas, porque estás acabada”. Si puedes hablar con el médico: “Doctor, dígame, ¿qué opina? Estoy esto, sé lo otro y sé aquello”, entonces te contesta: “Bien, hija, bueno, todo pende de un hilo, medio puntito sobre cien de que no esté acabada. Porque usted no tiene miedo a la muerte, ¿no?”. “No, doctor”. “Bien”, dice, “pues, intentémoslo, hagamos esa apuesta, veamos lo que ocurre, veamos lo que vive en el interior de usted”. Cuatro días después: muerta. “Claro”, dice ese médico, “se habría ido de todas formas. Y no hemos sacado nada en claro”.

Y usted, señora, ¿qué tiene que hacer usted? ¿Operarse? ¿Lo ve? Es una cuestión personal. De todas formas no podrá actuar por la voluntad y la fuerza y los sentimientos de otra persona; a la hora de la verdad, usted actuará tal como es ahora.

¿Algo más?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Me gustaría preguntarle algo. Mire, antes, cuando alguien tenía una úlcera de estómago —¿verdad?— o bocio —¿verdad?— no lo operaban, y se

iba, sin remedio.

—Señor, es que eso es la comodidad de la sociedad. ¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Pero en el caso de que sí lo operes, lo salvarás.

—Así que, según me comentan aquí, si al final uno lo acepta todo, ¿entiende?, estamos ante... ¿una casualidad? No, entonces te encuentras ante una entrega general.

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Y es posible eso en esta sociedad?

(Señor en la sala):

—¿La entrega total?

—Es imposible, señor. Uno ya ni siquiera tiene derecho a ella. Es eso. Si tiene usted una úlcera, y tiene otra cosa, y hay que operar, puede entregarse a esa sociedad, sin problema, porque de todas formas le faltará a usted la conciencia cósmica, espacial, de lo contrario no tendría esa úlcera. ¿No es así? ¿Lo ve? Es decir, el espíritu le da a usted armonía y vida armoniosa. Si mañana me martirizara una úlcera de estómago, ¿entiende?, y no consigo eliminarla por la concentración ni por esto y lo otro, y ese médico puede hacer algo con su bisturí, ¿cree usted que yo me opondría con tanta obstinación a su ciencia? Ahora el maestro Alcar se inclina, Cristo se inclina y Dios se inclina. Porque, ¿de dónde salen esos médicos, señor? De una escuela que se ha construido en ese mundo: el conocimiento del otro lado, la Universidad del Mesías, llega a la tierra, el médico va elevándose y aprende a cada instante. Allí lo vuelve a arreglar, infaliblemente. Entonces seré yo quien tenga que inclinar la cabeza ante él.

Porque luego —así se lo he enseñado a la gente, y así es— en la tierra ya no habrá una ley del karma y ya no tendremos que ver con causa y efecto. Más adelante en el mundo habrá aparatos, instrumentos que vencerán cualquier enfermedad. Ya no habrá cáncer ni cólera ni lepra ni tuberculosis, más adelante se les conectará a un instrumento que nos alimentará cósmicamente. Basta con que lean ‘Los pueblos de la tierra’. Y, señor, cualquier desgracia se disolverá, no hay nada que se resista a eso, cada desintegración recibirá nueva alimentación. ¿No ha quedado claro eso? Así que entonces habrá desaparecido. Pero cuando tenga que inclinarme... Si me rompo una pierna, señor, ¿no tengo que inclinarme entonces ante el médico? ¿Hay que volver a colocarla, no? Esos, pues, son para mí los estados de adaptación ante la sabiduría. No vamos a dar rodeos alrededor de la sabiduría.

Pero cuando se trata de la vida o la muerte, y si está en mis manos, al margen de esas desgracias y esos dolores, entonces empiezo a verlo de otra manera. ¿Entienden? Y es cuando el ser humano tiene que decidir él mismo

sobre el estado al que ha llegado a parar. Y no sobre otras cosas que aún no conoce ni sabe y que tampoco llegarán todavía. ¿No es así?

(Al técnico de sonido): ¿Ya está usted mirando ese cacharro?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Vaya.

Señor, ¿tiene alguna cosa más? Gracias.

Entonces voy a seguir un poco. Aquí tengo: “En casa me educaron en el protestantismo. Hay tantas preguntas que la iglesia nunca ha podido o querido aclararme. Las conferencias en (la sala) Diligencia me han llegado de tal forma que he conseguido ver respondidas varias preguntas. Tengo problemas muy graves, entre otros este: tengo cuatro hijos, de los que según los médicos hay tres que son apáticos. Uno de ellos ya lleva tres años en un psiquiátrico. Y ahora, según los médicos, voy a tener que entregar también los otros dos. La iglesia dice que son golpes por pecados, que he cometido yo o mis antepasados. Siempre lo he creído, pero ahora ya no lo puedo aceptar”.

¿De quién es esto?

(Señor en la sala):

—Sí, es mío.

—Señor, esos hijos apáticos no tienen nada que ver ni con la iglesia ni con Dios, sino que usted tiene que vivir ese estado tal como sea el espíritu de esta personalidad. Usted tiene que ver con esos hijos, esos espíritus, esos seres, esa madre, ese hombre, esa mujer con la que se encuentra ahora, pero que ha atraído por el matrimonio, eso es y forma parte de nuestra vida de ahora, es con eso con lo que tenemos que ver, de lo contrario no atraería usted esas almas. Pero no es usted responsable de esas enfermedades. Es esa vida misma la que se ha situado en ellas, y ese es el estado de la criatura. ¿Ha quedado claro? Así que aquí ya estamos hablando del sentido de la justicia de Dios. Pero el ser humano no lo entiende. Usted no tiene nada que ver con esas personas en ese estado. Esa imagen usted se la ha... Mire, la iglesia lo que hará es machacarla un poco más. Aún le queda un clave ardiendo al que aferrarse, pero este también se lo tiene que quitar de encima. Por eso me salí de esa iglesia católica, ¿entiende?; porque eso es imposible.

Hace no mucho hubo aquí un chico que estaba... otra criatura apática, psicopática. Dice: “Yo tengo tres”. Dice: “Uno de ellos se cae al suelo desde una altura de seis metros y no le ocurre nada. Pienso: ‘Gracias a Dios, está...’”. Dice: “Me voy abajo. Se levanta, me mira y se va arriba”. Dice: “Usted pensará que soy duro, ¿verdad?, señor Rulof, pero debería usted vivir eso, un día tras otro. Estamos siendo tiranizados”.

Digo: “Señor, es culpa de usted mismo”.

“¿Por qué?”.

“Se lo diré”.

Dice: “El otro saca el dedito por la puerta, o hace algo y se quema la mano entera. También se cae, se rompe la pierna. Él no”, dice, “él no. Claro, será para mí, ¿no?”. El hombre está desesperado, desesperado, desesperado.

Digo: “Señor, no se complique tanto las cosas”. Digo: “¿Por qué no quiere que esa criatura salga de casa? Puede librarse de ella”.

Ahí están los motivos: karma social, causa y efecto. El socialismo es bueno, cuando es bueno. Digo: “Señor, allí tiene un psiquiátrico, allí conocen ese estado y harán por la criatura todo lo que su mujer y usted son incapaces de hacer. Pagará usted un poco de dinero, pero de verdad que se habrá quitado de encima esa desgracia. ¿Por qué no entrega a la criatura al maestro y la maestra que han estudiado para eso y se habrá librado de ella? Y sabrá: a esa criatura la están cuidando. Y eso no es falta de amor, puede leerlo en ‘Las máscaras y los seres humanos’. Esa criatura estará así mucho mejor que con ustedes”. Y se acabó.

Pero cuando uno se hace la pregunta: “¿Eso lo he hecho yo? ¿Es por nuestros pecados que se nos han caído encima...?”. Señor, no lo dude, déjelo de lado, porque eso es imposible. De eso no hay, si no tampoco existiría Dios ni nosotros y andaríamos todos justamente al revés, hacia atrás, de espaldas hacia el sol. O daríamos vueltas de campana. Y la sociedad entera ya no significaría nada. No se preocupe: puede arrojar el sol, la luna y las estrellas al fuego, si es capaz, y a Dios también. Entonces mejor ya no crea en nada, viva como le dé la gana, y mangue y robe y mate e incendie tanto como quiera, porque de todas formas no hay un Dios. Nosotros ya lo pensamos en el pasado y entonces actuamos como energúmenos desatados. Pero más tarde, cuando uno empieza a mirar y a conocer las leyes, aquí o allá... Quizá haya estado en un templo. En esta vida tiene usted este sentimiento, está usted aquí y otra persona no está aquí. Quiere usted leer esos libros y otra persona dice: “Y a mí, ¿qué me importa?”. Pero es a usted a quien le entra el sentimiento de despertar.

Señor, no haga caso a eso, no se preocupe. Ya tiene bastante tarea aquí para prepararse en esta vida, junto a su mujer, para otra cosa. Esa alma, esas personas, esa personalidad que vive en este cuerpo, de esta criatura, las conoció usted en alguna de aquellas vidas. Y ahora resulta que esa criatura se ha desatado aún más que usted, usted ya ha llegado al punto de que tiene un asidero social, es usted armonioso, la criatura aún no. Y usted ha atraído a esa criatura porque tal vez le hayamos dado allí una paliza, en Francia, o en otra parte, en Norteamérica, en Alemania, no lo sé. Y ahora, prepárese: en el momento menos pensado, después de miles de años, atraemos... volvemos a la tierra, vamos creciendo, nos casamos, atraemos una vida, y hay una criatura, un ser humano en particular entre todos que resulta que me dice: “Chsss, me

toca mí. Ya voy”. Y entonces ya tenemos a papá y mamá. Tienen un hijo, la criatura es apática; y otra, y otra. ¿Que tiene tres, me dice usted? Ardua tarea.

Aquí decimos —y ahora nos da risa— sabemos que nos hemos portado como energúmenos. Pero el ser humano que atrae eso tiene que aceptar: vaya, ¿qué me pasaba a mí allí y allá y allí y allá? Y entonces uno lo ve de otra manera, lo vive de otra manera. Sí que aparece el sol, solo que usted sabe, ahora lo sabe, y esa es la comodidad, vuelve a ser la fuerza, la armonía, ahora usted sabe: si es posible, va a hablar usted con esa criatura. Haces algo bonito, haces otra cosa, empiezas a ver a la criatura de una manera muy diferente. Ya no sientes ninguna extrañeza ante esta vida psicopática inconsciente. Y esa fuerte presión de la iglesia ha desaparecido, porque Dios no castiga. No, señor. Aquí llega nuestro pecado —miren, sí que están cerca—, pero ese pecado regresa, hemos violentado una vida, ahora la tenemos delante de nosotros, pero libre, como una entidad propia. Usted no tiene nada que ver con eso, señor. Pero hemos de hacer algo aquí, y tiene a su criatura. También puede ser su mujer. Puede ser su marido.

¿Quién recibe golpes en esta vida? La persona sensible. El bruto no recibe ninguna paliza espiritual interior. ¿No es así? El ser humano sensible termina quebrado, entre el hombre y la mujer, y quien lo quiebra no siente nada, no comprende que esa mujer o ese hombre se altere tanto: “Pero ¿qué pasa? Volví a decir algo”. Pero a otro eso ya lo ha quebrado. Ya solo con una palabra es posible clavarle al ser humano un cuchillo en el corazón, no en el material, sino en el espiritual. Y este es más sensible que el material. ¿Me creen? Porque, señores y señoras, sentimos el cuchillo en nuestra alma, y no en el corazón; y es el espíritu, son los sentimientos, la personalidad.

(Al técnico de sonido):

—¿Cuántos minutos más me concede?

(Señor en la sala):

—Dos.

(De nuevo al hombre de la pregunta):

—¿Le ha cambiado esto algo?

(Señor en la sala):

—Desde luego, señor Rulof.

¿Tiene más preguntas al respecto?

(Señor en la sala):

—No, señor.

—Gracias, espero haber podido ofrecerles algo.

Señoras y señores, el té está listo.

DESCANSO

—Señoras y señores, aquí tengo algo. Alguien lo ha encontrado. Tengo aquí una carta muy larga.

Señora, ¿me ha dado usted medio libro?

“¿Merecería la pena comentar los siguientes sueños?”. Bien, bien, así que nos vamos a los sueños. “Si no fuera así, deje a un lado estos papeles, por favor”. Bueno, primero leeremos lo que contienen. Tenemos curiosidad, señora. “Gracias por adelantado”. Bien, vamos allá: “Hace mucho tiempo, aún antes de haber tomado conocimiento de la doctrina de los maestros, soñé lo siguiente: me encontraba en una gran habitación, vacía. Las puertas acristaladas se abrían hacia fuera, y también estaban abiertas. Cuando me atreví a acercarme al borde más exterior del suelo, o sea, donde esas puertas, vi un precipicio. Así que no podía salir de allí sin descalabrarme. Pero de pronto mi mirada fue atraída hacia un punto a la derecha, más arriba, y allí vi una gran bola. Quizá con un diámetro de un metro. Esa bola colgaba entre el cielo y la tierra...”.

¿Como la luna, el sol y las estrellas, algo así?

(Señora en la sala):

—Solo que mucho más baja, claro.

—Ah, ¿es que hay muchas más de esas bolitas allá?

“Y estaba plagado de estrellas”, anda, “soles y plantes”.

¿Esa bola en concreto?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Esa en concreto. “Me quedé fascinada por lo que vi y durante mucho tiempo pude conservar el sueño con nitidez, pero ahora todo ya está difuminándose. Más tarde, esa misma bola estaba colgada...”, en su salón.

(Señora en la sala):

—En ese mismo sueño la bola llegó a estar colgada en el salón.

Señora, dama, señorita.

(Risas).

Sí, mire, señora, dama, y entonces, claro, podía haberme detenido, pero de pronto apareció otra cosa y ella me contó: “Señora no soy, para nada, soy...”. Esa bola con esas estrellas y los planetas fue un sueño, un sueño premonitor de que usted llegaría a tener que ver algún día con esa sabiduría.

Una noche tuvimos aquí a un chico que dijo: “Señor Rulof, ¿no le parece extraño? Antes de que lo conociera a usted, trabajaba con un patrón, soñaba que estaba trabajando con un patrón y que empecé a relacionarme con libros, que trataban de todo, de esto y lo otro”.

(Señor en la sala):

—Este chico trabajaba donde ese patrón.

—Sí.

(Señor en la sala):

—No soñaba, sino que trabajaba allí.

—Trabajaba donde ese patrón.

(Jozef acaba el relato): “Y ahora tengo los libros delante de mí”.

Es un ejemplo de cómo la gente tiene sueños que predicen en realidad a dónde irá la personalidad.

(Jozef continúa para la señora): Esa bola, pues, ese globo terráqueo, ese planeta y esas estrellas... Ahora tenemos en nuestras manos ese macrocosmos como bola, porque por medio de los maestros hemos recibido veinte, veinticinco libros y ahora la conocemos. Así que eso sí se ha convertido para usted en verdad, se ha hecho verdadero. ¿No es así? Hay un montón de cosas en eso, desde luego. Su vida entera tiene que ver con eso.

En segundo lugar: “Quizá un año más tarde soñé que me encontraba en el campo, con otras dos personas. Primero estuvimos caminando, pero después nos sentamos a conversar. No recuerdo sobre qué. Pero el terreno era verde y con colinas. De pronto vi un punto en el cielo, muy pequeño, pero me llamó la atención. No sé si los demás lo vieron. Ya no les hice más caso y observaba ese punto. Poco a poco fue descendiendo, se fue agrandando y al final empezó a adoptar una forma. Cuando pude percibir la forma plenamente vi una silueta de hombre, ya no joven, pero con un rostro de una cordialidad inolvidable, enmarcado por rizos de un gris plateado. Los ojos eran de color azul celeste, y estos ojos y esa sonrisa eran extraordinariamente encantadores y tiernos, ay, tan amables y cariñosos. En la mano derecha sostenía un rollo de pergamino, envuelto y cerrado, de unos veinticinco a treinta centímetros de ancho. Cuando se posó en el lugar de destino, o sea, que seguía estando entre el cielo y la tierra, desenrolló el papel, que se convirtió en un trozo de casi medio metro de largo, y había bastantes cosas escritas sobre él. Pero entonces vi la otra aparición ya no muy cerca por encima de las cimas de las colinas, sino que permanecía más arriba. Solo entonces empecé a ver de verdad que me encontraba en un paisaje montañoso. Al estirarse uno, era posible ver lo que había sobre el papel”, vaya, qué curioso, “que la figura sujetaba en ambas manos extendidas, como para mostrarlo a todos esos hombres y mujeres y niños, que también empecé a percibir solo ahora. Todos estaban alrededor de la aparición, pero esta no tocaba la tierra.

Entonces dije con pocas palabras a mi compañía que yo también tenía que estar allí. Y justo estuve a tiempo para ver desde atrás, estirándome de puntillas, que todo estaba escrito en inglés. Pero me sentía acelerada, también por la posición incómoda, y solo leí la firma, que era muy clara, y que tuve presente durante mucho tiempo. Ahora ya me acuerdo con exactitud”. Una lástima. “Pero el nombre empezaba por Mac y luego el resto, Maclé, o algo así. Cuando tuve este sueño aún no conocía a nadie en Inglaterra, ni siquiera sabía que

algún día fuera a ir. Así que el paisaje que luego vi en la realidad me permite asegurar ahora que también estuve en Inglaterra durante ese sueño. A pesar de todo el cariño que emanaba de la aparición, esta sí iba vestida con traje negro, pero los ojos, el rostro, el cabello y también las manos los recordaré siempre, eran de una rara belleza. En los tiempos de este sueño sí que seguía ya las conferencias y las noches informativas”.

¿Y ahora quiere saber lo que es? Vamos a ver, tiene usted... su vida interior está abierta, estaba abierta a la sabiduría más elevada en esos tiempos y los otros. Y ese hombre de allí de negro es... Si ese hombre, esa aparición hubiera tenido una túnica celestial, usted no lo habría comprendido para nada. Pero ese hombre quiere decir: mira, la conduzco hacia la sabiduría, a través de la muerte. El negro es la muerte. Esa luz usted no la había comprendido todavía. Al estar encima de una montaña y aun así fuera visible ese documento, ese pergamino, quería decir: voy... Es decir, esa imagen, si yo la hubiera visto, habría comprendido de inmediato: esa imagen va a venir, llegará desde un espacio encima de la tierra, y no la tocaba. Así que: “Me libero de la tierra, pero me conecto con la vida de usted”, y ese es la muerte, es la oscuridad, son las tinieblas, “pero le mostraré lo que tengo”.

Y entonces usted sí pudo..., aunque él se encontrara arriba, aunque esté por encima de la tierra, esa aparición..., o quien sea, puede ser Dios, puede ser Cristo, sea quien fuere, da igual, para esa aparición procede de aquel mundo de allí y le puede mostrar, aun así, todo, irrefutablemente, porque usted se encuentra encima. Eso de estar lejos, dice Frederik en ‘Las máscaras y los seres humanos’, es encontrarse cerca. Y ahora tiene usted..., tiene usted aquí una de esas cosas, está lejos, muy por encima de la tierra y aun así cercano, porque puede leer en ella todos los días. ¿No está claro? Puede leer usted todos los días en la sabiduría de ese mundo si se abre usted y si lo desea. Es un sueño muy hermoso.

(Señora en la sala):

—Pero el idioma inglés, ¿tiene algo que ver?

Puede que allí ya haya tenido contacto con ... ese idioma inglés puede haber tenido que ver con ello, para todos allí. Pero sí que fue una vida con la que usted tuvo que ver. ¿Entiende? Usted, en esos tiempos, ya estaba, como si dijéramos, en ese idioma inglés —por lo visto se encontraba usted entonces en Escocia o vivió usted entre los ingleses o donde fuera, o en la India—, pero es en ese idioma, como si dijéramos, que usted despertó para esto. Y ahora que está usted aquí regresa ese contacto. Esa es la reencarnación, porque aquí habla el idioma.

(Señora en la sala):

—Y esa firma, quizá sea una pena que ya no esté muy segura de cómo era, ¿no?

—Bueno, no le sirve de nada, pero podría haber... creo que así es como usted regresa a un pasado, que vuelve a una reencarnación. Y por medio de esa firma... Puede que haya sido su propio padre, quién sabe.

Hay personas que han soñado cosas poderosas, como esta en su caso. Por ejemplo, hace poco hubo alguien en la sala y dice: “Yo también he vivido algo así. Era pleno invierno. Estaba sentado encima de un trineo de pinchos (pequeño trineo que se propulsa con bastones puntiagudos que se clavan en el hielo)”. ¿Se acuerdan? “Y me iba propulsando con los bastones. Y ese camino era blanco”.

Digo: “¿Blanco del todo?”.

“Sí”.

Digo: “Entonces está muerto ese camino”.

“No, era nieve”.

Da igual. Entonces se acercó a unas personas, y dice: “Venga, tú, sigue, continúa”. Pero él quería mirar. Y cuando ya se disponía a mirar a la gente, a la izquierda, entonces estaba..., dice: “Ya me había perdido algo. No me sentía a gusto”. Dice: “Y entonces estos dijeron: Con que no te apartes nunca de ese camino, siempre llegarás a un final bueno”. Dice: “Señor Rulof, tal le parezca extraño, pero al final de ese camino estaba usted”. ¿No? Algo así dijo.

(Gente en la sala):

—Sí.

—Dice: “¿Tiene que ver con usted?”.

Digo: “Señor...”.

Dice: “Y aunque solo haya estado un par de veces aquí, ahora comprendo que estoy sentado en el trineo”.

Y si ahora va a la derecha y se encuentra otra vez donde la otra especie, ya podrán contarle lo que quieran, pero habrá otro que le dirá: “Pero, señor, agárrese a eso, porque entonces uno va seguro, así se avanza”. Hay que clavar los bastones por un solo camino. ¿Entienden? Tuvo una visión muy bonita, un sueño precioso.

Hay personas... Hace poco hubo un sueño en (la revista) ‘Vizier’, seguro que lo habrán leído, de un capitán que predijo exactamente la caída de esto, lo otro y aquello. Ese almirante tenía los días contados y todas esas cosas.

Pero cada ser humano sueña. Y unos tienen sueños delirantes, entonces la personalidad está reviviendo cosas y se arma la marimorena. Pero de una manera que impone por su agudeza, una agudeza infalible...

Yo también soñé mucho en esos tiempos, pero entonces fueron visiones para mí, miren, por ejemplo, cuando el maestro Alcar me veía demasiado cansado durante el día y me llevaba con él al sueño. O me sacaba un momento, pero eso no lo podía hacer siempre, porque entonces mataba el contacto, sobrecargaba el contacto del desdoblamiento corporal. Así que tenía que

conseguirme de otra manera, y entonces me lo daba así, y me daba aquello. Y yo veía al enfermo, hablaba con la persona enferma, y al día siguiente me iba andando directamente a ella y decía: has hecho esto y lo otro, lo haremos así, porque esto es. Y entonces yo ya lo tenía en un sueño. O la carta en mi bolsillo, y la carta empezó a hablar, o así, o así, o así, entonces se te transmitía la visión, infaliblemente. O sea, entonces hay contacto directo.

Pero ahora puede usted vivir esto por su propio desdoblamiento, por su vida. Ya lo habrá entendido: nuestra reencarnación, nuestras vidas anteriores nos envían hacia los sueños, a otros países. Se encuentra usted ante la gente y dice: “Santo cielo, ¿por qué los conozco tan bien? ¿Por qué me siento atraído por esas personas? Quizá sea su propio hijo, su madre, su padre. Les digo, y pueden aceptarlo sin problema, lo he visto yo mismo, es posible que yo..., cuando... El maestro Alcar dice: “¿Quieres ver a tu familia?”. Dice: “Sí”. “Entonces el mundo entero es tu familia”. Y entonces vi centenares de miles de madres mías, padres míos, pero yo también era padre y madre. Y mirara donde mirara me chocaba el cuerpo contra una criatura mía. No, me chocaba con el espíritu. Hemos tenido millones de vidas. Y ¿tan extraño es todo lo que tenemos aquí?”. Ni siquiera quiero decirles buenos días a esas criaturas mías aquí.

(Risas).

Y como padre y madre... si me pongo a hablar como padre y madre... Alguna vez he hablado aquí con gente...

Aquí tengo: André. ¿A qué debo mi nombre de André? Eso quedó pre-determinado de antemano. Aquí... esa mujer ya falleció. Pero ya antes de la guerra el maestro Alcar había preparado una carta. Dice: “En tal y cual tiempo vendrá alguien y es tu madre de Francia (de una vida anterior de Jozef Rulof; véase ‘Jeus de madre Crisje’, parte 3). Acéptala a ella, a ninguna otra persona”. Bien, me quedé esperando. Y a los tres meses viene alguien a verme, que dice: “Esta madrugada he visto a Anthony van Dyck, me dice: ‘Soy Anthony van Dyck. Vete a Jozef Rulof, allí habrá algo para usted’”. Y ella que viene a verme. Y dice: “Tengo que ayudarlo, un momento solo”.

Digo: “Bien”. Y entonces cogí esa carta y digo: “Mejor lea eso”. Y tuvo el sueño. Yo tenía la prueba.

Digo: sí, eres mi madre de allí, allá y allá.

Digo: Y ahora le he... Entonces se me pasó por la cabeza: ‘Claro, ahora me va estar dando la lata’. Durante siete años —ese amor se fue despertado— la estuve recibiendo todavía una vez a la semana y entonces ahí estaba yo y hacía sentarse a mi mamá de Francia; y entonces ayudábamos juntos. Tuve que dejar de lado mi trabajo. Y entonces nos íbamos los miércoles de las cuatro y media..., de las tres y media a las cinco y media, ... las cuatro, de las cuatro a las cinco y media. Y nos poníamos un rico té, yo listo para ponerme

a escuchar a mi madre de Francia. Pienso: ‘Hay que ver la que me han preparado esos de allí’. Hemos estado durante siete años al servicio de esa vida. Y cuando llegó la guerra, tuvo que mudarse, entonces pensé... Entonces por fin me había... Digo: “Por fin me he librado de Francia”.

(Señora en la sala):

—¿Era simpática?

—¿Cómo?

(Señora en la sala):

—¿Era simpática o no?

(Risas).

—Pero siete años, siete años. ¿Serían capaces ustedes de aguantar con una persona dos años, dos meses, a la que no conocen, así, sin más, y que no deja de venir a casa?

Y, no, señora, no era simpática, porque siempre me estaba exigiendo de todo. Al final ya no consentía, como si dijéramos..., porque eran unas horitas de ella. Y nosotros que nunca decíamos nada.

Entonces dice el maestro Alcar: “Si te puedo quebrar ahora, André, lo haré”.

Digo: “Ya veo que hace todo lo posible, pero a mí no me conseguirá. Vamos a aguantar”.

Y entonces fuimos cultivando capacidad de resistencia. Vamos, comiencen con eso, señoras y señores. Así es como he tenido que hacer mi trabajo. Capacidad de resistencia. Estábamos sentados; té, tranquilamente, nada... Bueno, de vez en cuando traía unas galletas. Y a hablar. Jozef empezó a ver y habló de André, este hablaba de Jozef y yo hablaba de los viajes en el más allá y de todo, de todo, de todo. Durante siete años. Y entonces llegó la guerra y encima le extrañó que ya no los invitáramos cuando esta acabó. Digo: “Ahora ya se terminó mi karma. Ahora te tocará valerte por ti misma”. Pasé a su lado como si fuera aire. Ahora eso lo he vivido, y me encontraba ante eso, ante aquello y ante esto, y allí, allí y allí. Digo...

Maestro Alcar: “¿Ya no eres capaz de cargar?”. Dice: “No, a esa gente ya tampoco la ves”.

Pero si lo sabes, ¿no es una gloria, pues?

Y así, créame, que puedo explicarle, señora, señorita, dama, que en Escocia o Irlanda o a donde llegara usted, en Rusia, y allá y allá y allá, que de pronto se encontrará ante un ser humano que no conocerá y por quien sienta algo. Y no somos ajenos los unos para los otros.

Aquí, sentado entre el público, hay un abuelo mío también; es, por cierto, una de mis madres. Tengo aquí a tres hijos, cuatro. Si, todos son niñitos míos. ¿Lo ves? Pero no lo aceptan. El señor De Wit también, ¿verdad? Usted

es un muchachito mío, ¿verdad?

—Sí —dice el señor De Wit—, ya tengo ganas de saberlo.

Conmigo nunca le ha ido de mal en peor.

¿Cierto o no? Aun así, es usted mayor, y aun así, puedo decir: “Él es un hijo mío”. Me dirijo muchas veces a la gente. “Y ¿qué puede hacer uno con ellos?”.

Digo: “Vaya, es que no puedo ir a volver a vivir en esos tiempos pasados”, porque eso es imposible. Porque puedo cargar sobre las espaldas todos los mundos, pero me faltan los recursos para ello. Aquí, en La Haya, andan hijos míos y suyos, y no tienen qué comer. Señor, lléveles alguna vez un billete de dinero, un billete de dinero. Y en cinco días te quedas sin blanca. Menos mal que no sabe usted nada de reencarnaciones. Ya no le quedaría nada.

En la época de la guerra había gente desconocida que venía a verme, me dice uno: “Señor, no le parece extraño: esta mañana tenía quinientos florines en el bolsillo, ando justo por allí”, en la guerra, “ando justo por allí, salgo de la calle y adiós dinero”.

Digo: “Señor, esas historias las conozco”.

A las siete menos cuarto me despierto. El maestro Alcar dice: “Vamos a ver, tú estate a las diez menos cuarto en la esquina de esa calle y la otra”, en la esquina donde vivo yo, “y te topará con una viejita de ochenta años”. Y esa es que es una madre de este y aquel tiempo. Es cuando fuimos a parar a Finlandia. Pensé: ‘Qué risa’. Dice: “¿Por qué no iba querer darte esa prueba? Te has perdido algo”. Dice: “Pero ella necesita veinticinco florines”.

Y ahora puedes decir, señores y señores. “Qué bonito”. Habría sido capaz de regalar todo lo que fuera mío por esos contactos, porque todo lo que entraba en mis bolsillos durante la guerra gracias a mis cuadros volvía a salir por allí. Porque entonces podías dar cosas, entonces uno podía entregar cosas a la gente.

Y yo: a las diez menos cuarto en la esquina, justo a la vuelta de la esquina de mi casa, ya saben dónde vivo. En la calle Willemstraat, allí, a la vuelta de la esquina, donde venden tabaco, allí al otro lado llega dando pasitos la viejita. Digo: “Buenos días, señora”.

“Buenos días, señor”.

Continúo andando, pensando: ‘Mejor no reacciono ante esto’.

(Risas).

Y no doy ni tres pasos más, me quedo detenido, ella también se para. Digo: “Buenos días, madre”.

“Buenos días, señor”.

Una mujer simpática de esas de Scheveningen. Digo: “Tenga”.

Entonces dice: “Señor, eso yo ya la sabía anoche, tiene usted veinticinco florines para mí”.

Opté por mejor no decir nada sobre Finlandia, donde habíamos vivido. Aunque podía haberla abrazado hasta aplastarla a muerte, pero... Entonces la gente dice: “Estás loco”. Pero había besado a mi propia madre. Un amor mío de tal y cual tiempo. ¿No le pasa eso a usted, señora? ¿No tiene esos encuentros? Pues, entonces es su propia culpa.

Pero un pequeño contacto de esos, señora, me merece la pena miles de florines cuando los tengo. Y así es la infinitud, y así es la vida. ¿Por qué no habría conocido usted al tal Maclé en Escocia? Quizá haya vuelto usted a hacer una visita a su madre o padre. ¿No le parece divertido, señora? Tengo las pruebas. Tengo las pruebas. Y esto no son cuentos, señora, son acontecimientos sagrados. De esta forma más de una vez he...

La otra vez me dice el maestro Zelanus en Diligentia —y eso usted no lo oyó, durante las conferencias hablamos muchas veces—, dice: “¿Ves esa criatura mía allí?”.

Digo: “Sí”.

“Mi criatura”.

Digo: “Cómo es posible”.

Sí, dice, fueron a tal y cual sitio. Y en Ámsterdam había visto a su padre, a una madre, allá. Dice: “Pero no voy a reaccionar”. Muchas veces están en la primera fila. Dice: “Hay dos allí, vienen muchas veces aquí”. Vienen y entonces le encanta hablar con ellos, ¿verdad? “Tiene preguntas hermosas”. Dice: “Pues, deberían saber que yo, en tal y cual sitio... que fuimos uno. Conmigo, mi propia sangre”. Aún ahora ve su sangre. ¿No te gusta? Y eso para aquel mundo, volver la mirada aquí en la tierra. “Pero”, dice, “ella y él y ella y ella y ella están todos ante sus propias vidas”. Ahora lo que tiene que hacer usted es que tenga qué comer. No podrá usted cargar esa humanidad entera, porque tenemos que conseguir que en nuestra vida tengamos fundamentos armoniosos. Es decir: tiene que hacer que su vida salga lo mejor posible. Y uno ya no puede volver.

Y luego, señor, ¿no le parece bien, señora, que haya una muerte y que algún día eso por fin acabe? ¿Está mal eso? Ya no los vuelves a ver. Pero sí en el otro lado. Aunque si les hemos hecho algo malo a esas personas, ¿no cree usted, señora, que vendrán a vernos alguna vez y que volveremos a darlas a luz, a crearlas, y que les pondremos los pañales? ¿Y que luego nos darán una buena tunda como padre y madre? Porque entonces uno dice: el hijo de usted. Pero no lo es. Allí, en el espacio, no hay hijos, todas son almas viejas. Entonces me dice el ser humano: “Es un alma vieja, señor”. Digo: “Y usted, ¿qué edad tiene usted?”. En el espacio el ser viejo no existe. Lea ‘Las máscaras y los seres humanos’.

Estamos en ello, hemos hecho ochenta pinturas, sobre porcelana; cuando me pongo a mirarlas la cabeza todavía me da vueltas. Ni una hora después,

me han atravesado ochenta, ni una hora después el maestro Zelanus dice: “¿Qué haremos?”.

Digo: “Pues, sí, ¿qué hará usted?”.

Dice: “Venga, voy a convertir ‘Las máscaras y los seres humanos’ en un poderoso guion”.

Y con eso estoy ahora. La primera parte ya está cerrada.

Señora, ¿quién tiene un millón para mí? Así le daremos al mundo la película ‘Las máscaras y los seres humanos’. Ojalá pudiera ver eso en el cine. Creo que iría usted a ver esa película diez veces.

(Una señora en la sala dice algo).

¿Cómo dice? Creo que eso lo preparará el maestro Zelanus en un pispás, en unos días, en diez o quince días. Y entonces vamos al palacio Loo (palacio de la princesa Guillermina). Y yo intentaré conseguir mis dos millones. Entonces mi sueño no habrá sido más que un sueñecito patético, señora. Usted aún tiene sueños maravillosos, pero si me quiero poner a soñar y se trata del dinerito, pienso y sueño una y otra vez para la humanidad: ¿qué es lo que podría ofrecerle a la humanidad con este guion? Los libros de Jeus en una película, ‘Las máscaras y los seres humanos’ —tengo tres guiones en casa—, tenemos ‘El ciclo del alma’. No tenemos dinero, no tenemos nada. Hacemos cosas en la sociedad, pero dinerito, nada. He escrito pero no he recibío dinero.

(Risas).

También escribí a nuestro príncipe. Digo: “Dedíqueme cinco minutitos de su excelentísimo tiempo para recibirme”. En ese momento ya había cometido un error, porque debería haber escrito “Su...”, ¿qué exactamente?

(Risas).

Y me dice: “No, el príncipe no te puede recibir”.

Pero esto es para la felicidad de la humanidad, ¿o no, señor? Deberíamos irnos todos a la plaza de Groenmarkt, un millón de personas, bien, y en media hora todos habremos perdido las manos. Ya estamos: allí andan los locos de Jozef Rulof. ¿Por qué? ¿Dennos un millón! Tenemos montones de millonarios en todo el mundo, ¿no?

¿Cómo podemos conseguir el dinerito, señor De Wit? Oiga, señor De Wit, no diga a los demás: “¿No sabrás tú...? Ay, no, ¿no sabrá usted cómo podemos..., cómo podemos hacer dinero falso?”.

(Risas).

Alguna vez ya he intentado conseguir una emisora para situarme entre las de la (independiente) AVRO y la (protestante) VPRO: “Les habla la voz del universo”. La voz del espacio. Pero esta..., esta..., pero, ejem... Y entonces lo

haré así. Pero allí no me quieren. Dicen: “Todo el mundo, todo el mundo te conoce allí”, en toda la (región de) Achterhoek leen mis libros. Pero ahora estoy devanándome los sesos sobre cómo poder hacer dinero falso.

(Risas).

Dinero falso, y ¿por qué no? Billetes de setenta y cinco florines. No de setenta, sino de setenta y cinco.

Vamos a seguir, señora. ¿Le ha quedado claro?

“Más tarde todavía soñé que estaba sentada junto a un encantador riachuelo”.

Ah, pues yo también he estado allí alguna vez.

(Risas).

Allí están otra vez. Pero ¿es que no han estado todos alguna vez junto a un riachuelo por donde corre el agua —ya saben— del que los poetas dicen: el agua discurrió a mi lado entre murmullos. ¿Nunca han estado alguna vez sentados junto a un riachuelo con truchas?

No habría truchas en el suyo, ¿no?

(Señora en la sala):

—No, señor Rulof.

—“Más tarde todavía soñé que estaba sentada junto a un encantador riachuelo”.

¿Estaba el riachuelo en la hierba, o esta en el riachuelo?

(Risas).

“Estaba..., estaba junto a un riachuelo encantador, en la hierba”, ah, sí, “junto a un riachuelo encantador, debajo de un árbol frondoso no muy alto. La hierba era aterciopelada y suave, y la sillita junto al riachuelo era tan indeciblemente encantadora que jamás hubiera querido irme de allí. Pero por dentro había una vez que decía: ‘Es la hora’. Y cuando me estuve haciendo la remolona, me echaron de allí con una suave insistencia. Sabía que tenía que irme. Entre suspiros me levanté del lugar y desperté de inmediato, claro, con gran remordimiento, porque ¿cómo no extrañar esa sensación? Pero durante mucho tiempo, hasta hoy mismo, pude seguir sintiendo la delicia de ese rinconcito junto al riachuelo en ese hermoso y encantador paisaje”.

Señora, me muero día y noche por estar en mi bosque, señorita. Todavía sigo en mi (comarca de) Montferland y me la recorro volando, y allí no había riachuelos con aguas mansas, sino que allí estábamos en los bosques, en los árboles.

Es un sueño —fue usted quien lo soñó— que puede volver a soñar y vivir todos los días, porque eso es algo que cada uno puede conseguir. ¿Es así? Es algo que uno mismo puede erigir, ese sueño. En la realidad.

(Señora en la sala):

—Sí, pero no tan encantador. Era de una belleza fuera de lo común.

—Si usted el silencio... No sé, antes de la guerra teníamos allí..., teníamos Segbroek (un barrio de La Haya), allí donde la calle Sportlaan. Y entonces iba..., algunas veces íbamos por las mañanas a caminar un poco, o por la tarde, y allí también había ese tipo de riachuelos, ese riachuelo que lo atravesaba, un pequeño puente, y allí, pues, me ponía muchas veces. Pero cuando no hay otras personas y estamos alguna vez en otra parte, pues entonces sí que sientes que te vas haciendo uno con la naturaleza. Y entonces echas muchas cosas de menos. Porque eso ya no volveremos a recuperarlo nunca, eso solo se puede vivir allí de sentimiento a sentimiento en la naturaleza, en ninguna otra parte. Pero no es un sueño místico, que tenga una sintonización espiritual: es volver a vivir lo que uno ha vivido alguna vez, de una forma corriente y moliente. ¿También lo acepta?

(Señora en la sala):

—Sí.

—¿Lo ve? ¿Tiene más preguntas sobre esto?

(Señora en la sala):

—No, gracias.

Bien, ya no me quedan cartas, así que puedo orientar el micrófono hacia la sala.

¿Tiene alguna cosa sobre otro asunto?

(A alguien en la sala):

Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Sí, sobre el caso que le conté hace tiempo.

—Ah, sí, ¿qué quiere saber sobre eso?

(Señor en la sala):

—Trata sobre una pregunta de hace un rato, sobre un accidente.

—Bien.

—Hace tiempo, fue durante la guerra, mi padre, mi madre y yo nos...

—Es una hermosa historia, señoras y señores, escuchen.

(Señor en la sala):

—Bueno, pues nos caímos los tres al agua, mi padre, mi madre y yo...

—Sí, en la oscuridad, ya saben, entonces ya no había iluminación.

(Señor en la sala):

—Y a raíz de eso mi madre falleció la mañana siguiente.

—Sí.

(Señor en la sala):

—No se ahogó. Cuando salió del agua todavía vivía.

—Sí.

—Pues mi pregunta se refiere en realidad a lo de hace un rato. Alguien así,

¿también debería completar ese periodo de estar parado hasta que en realidad se hubiera acabado su vida?

—Exacto. Le dije al señor Van Rossen... Qué lástima, porque esto es lo que quiere decir, pero qué lástima que no lo añada. Porque no me voy a meter en sus vidas así como así; son ustedes quienes tienen que desvelarlo. Pero el señor está caminando con sus padres, quiere llevarlos a casa, pero en realidad se fueron literalmente de perdidos al río.

(Risas).

En la guerra ya no había iluminación, ya no había nada, y él... estaban en la oscuridad, y la madre se cae, el padre...

(Señor en la sala):

—Todos nosotros.

—Sí, los tres. Pero su padre no perdió la vida, ¿no?

(Señor en la sala):

—Mi padre aún vive.

—Y su madre falleció. Esa madre simplemente se murió por una determinada situación en el mundo, y nada más. Pero eso le ha perseguido durante años.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Pues, tranquilo, puede usted dejar eso de lado, porque simplemente se liberó a su hora. Y eso ya no tiene nada que ver con ese fallecimiento. Y la prueba ya está allí porque todavía vivía. ¿Entiende? Bien, puede haber sufrido un choque, podría haber llegado a tener una neumonía, o lo que fuera, así que entonces atraviesa un trastorno físico, hay algo por lo que se va. A otros los atropella el tranvía. Eso conduce al ser humano a...

Alguien que dice... Un chico, en mis tiempos, cuando me dedicaba a ser taxista... Alguien dice: "Rápido, a la estación de trenes". Y el que se mata no es él, no es él, sino el hombre que va sentado atrás, porque sale volando por el parabrisas. Y eso, ¿qué es? Hay cosas que se pueden decir. ¿Fue una actitud negligente? ¿Peligro? De esto hemos hablado la otra vez, la semana pasada, ya se acordarán. Si resultara que algo... En realidad, cuando se llega a tener que ver con el espacio uno nunca se puede entregar en un taxi a ese conductor. ¿Tan seguro está ese hombre de que no tendrá un accidente con usted? Así que uno ya empieza a vivir con la incertidumbre. Usted se sube decidida y conscientemente a la vida de otra persona y deja que haga con usted lo que quiera. ¿Ha quedado claro?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Y en eso yace un peligro, porque ¿quién me dice que está al cien por cien

protegido armoniosamente con su coche? Y por mucho que uno ya empiece a hablar de suicidio, no por eso uno tiene que ver con ello, porque uno no participa conscientemente en ese suicidio, en esa muerte. Pero si uno entra conscientemente en eso, también formará parte de ese suicidio, y tendrá que aceptar la ley para el “ataúd”, para su personalidad. ¿Ha quedado claro eso? Así que puede dejar eso de lado, no se preocupe.

¿Tiene alguna cosa más?

Señor.

(Señor en la sala):

—Quisiera volver un momento a la conferencia del domingo de la semana pasada”.

—Bien.

—Allí se habló sobre las cuatro personalidades en la persona de Jozef.

—Estupendo.

—Y se habló de Dectar...

—Sí.

—... que desempeñó el sacerdocio en los tempos y que fue un “alado”.

—Sí.

—De André, Jeus y Jozef.

—Sí.

—Y si ahora tomamos a Dectar, a ese “alado”, como sacerdote...

—Sí.

—... entonces en realidad es inexplicable cómo pudo y tuvo que perder su sacerdocio en todas esas vidas.

—¡De eso nada!

(Gente en la sala):

—No.

(Señor en la sala):

—Dectar no.

—¿Qué es el sacerdocio? ¿Qué es? ¿Quién en usted desea estar sentado aquí? ¿Qué es eso de usted?

(Señor en la sala):

—Yo mismo.

—¿Este que nació aquí en La Haya?

(Señor en la sala):

—Bueno, probablemente, no.

—Esa es la cuestión. Quizá también sea alguien del templo, señor, porque usted sabe pensar con agudeza, hace buenas preguntas, sabe pensar con agudeza, pero ha empezado a tener un enorme deseo de leer esos libros, de escucharme, en esta vida, ahora. Señor, ¿lo aprendió aquí, en La Haya?

(Señor en la sala):

—Nunca jamás.

—Esa es la cuestión. Ese Dectar en mí es la mística, o sea, rasgos de mis sentimientos de ahora que están abiertos a la mística. Aquel ya tenía sentimientos cuando vivíamos detrás del ataúd. Ya conoce usted los libros de ‘El origen del universo’ (esta trilogía se publicó por primera vez en tres partes), y sabe usted cómo fue eso. Después fuimos al Antiguo Egipto. Es cuando surgió ‘Entre la vida y la muerte’. Ahora regresamos. Es una gloria que haga usted esta pregunta, pero usted también es una gloria: ¿por qué pudo empezar el maestro Alcar a construir ese André para esta vida? ¿Por medio de qué? ¿Lo sabe usted?

(Señor en la sala):

—Por medio del subconsciente de usted...

—No, por medio de Dectar, que vivía dentro de mí como sentimiento y al que hemos conocido como una vida y como sacerdote. Allí aún no había Grandes Alas, las tengo ahora. Y eso es una verdad como un puño. Cuando lee eso y nos deshacemos de ese faraón y Venry dice: “Habrá un tiempo... eso aquí no es nada”, dice. ¿Verdad? Eso ya lo habrá leído en ‘Entre la vida y la muerte’, ¿no? “Esto...”, dice, “ese puñado de personas..., vivimos para nosotros mismos, pero tú estás asimilando tus sentimientos. Y algún día, cuando hayas terminado, alcanzarás miles y miles de personas”. Y a estas ya las he alcanzado.

Pero la persona que fue edificando Alcar era una persona nueva —es André—, y ahora Jeus y Jozef tienen que hacerle caso a él. Aquí estoy muchas noches como Jeus, Jozef y André. Y muchas veces adopto lo de André, pero aquí eso va cambiando toda la noche. Muchas veces continuo, entonces inmediatamente estoy en contacto con el maestro Zelanus. Aquí más de una vez hemos terminado noches en que era el maestro Zelanus quien les hablaba, yo ya me había salido, porque ya salía de mí mismo, y entonces el que hablaba era el maestro Zelanus. Una noche estuvo aquí el maestro Alcar, dijo algunas palabras. “Afortunadamente, no me han reconocido”, dice, pero podrías haberlo sentido por la sabiduría. Qué gracioso, ¿verdad?

(Señor en la sala):

—Sin duda.

—Ahora les voy a ofrecer... Hace un rato le dije al señor Van Rossen: “Usted se llama Nico, ¿no es así?”. Pues, este..., este que ahora es este hombre tiene que ver con el niño de antes. Esta personalidad escucha y quiere anhelar, pero ese hombre, ese niño de antes, sigue viviendo en su interior. Y ¿pensaría usted que esa criatura ya es consciente también? ¿No lucha usted a diario contra los sentimientos de antes que aún viven en su interior y a las que todavía les falta mucho para querer mística? ¿No hay sentimientos en ustedes, señoras y señores, a los que todavía les parece lo más normal del mundo, pero a los

que les falta mucho todavía para formar parte de las investigaciones espirituales? Todos esos sentimientos en ustedes, ¿se han puesto a anhelar? ¿Tienen hambre? ¿Quién está escuchando aquí? Pero allí hay mucho. Pero es que lo son todos ustedes. Y así, dice el maestro Alcar, es como se van a comprender a ustedes mismos. Y nosotros tenemos que ver con su juventud. ¿Es que no hacen nada que tenga sintonización en su juventud o en lo que hacían hace veinte años cuando repartían palos a diestro y siniestro? Y ahora ese, ¿qué va a...? ¿Quiere decir usted que todos esos rasgos del carácter de antes, de esos tiempos de diez, veinte años atrás..., quiere decir que ya formaban parte de ese deseo y anhelo? Y ahora, ¿cómo es ese anhelo? ¿Qué dice André? Ese suelta palos, le dio a Jozef, me dio a mí... ¿Quién es? Ciertamente, puedo formar parte, puedo moverme por la sociedad. Pero, señor, eso es, pues, lo que sé hacer, puedo salir ahora, irme a una feria, estoy tan pirado como usted, porque no hago nada malo. Ay, madre, si ahora hiciera algo malo, me convierto en alguien vil, o ya no seré armonioso... Pero puedo pasármelo pipa y divertirme. No somos... Miren, los santos no existen, ¿no? Yo no soy un santo. No, lo que pasa es que sé algo. Y entonces me pongo a actuar.

Un día, señor, fui al cine. Y entonces me dice André —eso lo podrás leer también en ‘La cosmología’—: ¿Te gustó la película?. Y Jozef dice a Jeus: “Me voy al cine”. Y de pronto emerge lo más elevado, o sea, ese instrumento de los maestros, y dice: “Eso te lo crees tú, ¿verdad?”. Se queda con la luz de mis ojos y mira esa película. Y llego a casa y no lo sé. Así que estuve escuchando y mirando esa película por encima de mi capacidad, pero yo mismo no me había enterado de nada, al menos no ese Jeus ni ese Jozef. Fue André, mi yo mejor, el que estuvo viendo esa película, y el resto no se enteró de nada. No les interesaba en absoluto. André dice: “¿Oíste esa música?”. Pienso: ‘Santo cielo, cuántas cosas hay en ella’. Y lo digo, pero es verdad. Y ahora vamos a ponernos a mirar un poco en la sociedad. Eso lo oirán luego. Ahora es necesario... Luego les ofreceré en la segunda y tercera parte a Jeus, a Jozef, a André-Dectar.

Y, señor y señora, todo eso lo son ustedes; ¿han logrado llegar en todos sus rasgos al punto de que todos son espiritualmente armoniosos? ¿Están todos aquí? “Eso se lo puede contar usted a su abuelo”, dice Frederik, “pero es imposible”. ¿No es justo eso?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Tienen ustedes dos, diez, veinte personalidades, tienen un nombre. Ustedes en sus trabajos son aquellos, pero ¿tienen ustedes en su trabajo una veracidad espiritual igual que la que nuestra doctrina nos dice que hemos de tener, que hemos aprendido? Hagan todos añicos, hagan algo divertido y planeen y vuelen. Llegarán tiempos en que dirán: “Yo no me voy a quemar

los dedos”. ¿No es así?

¿Tenía alguna cosa más? Sí.

¿Quién de ustedes?

(A alguien en la sala): Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—¿Es un privilegio tener que estar sola en esta vida? Me parece que así es, porque cuando nos morimos también tenemos que estar solos, y así ya estás acostumbrada.

—Señora, dama...

(Señora en la sala):

—Señorita.

—No, ahora no va a haber una señorita, esta es una dama. Y todos somos una dama. Pero, bueno, señora, ir sola por la vida... ¿Está usted sola?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Pues no es ningún honor. Y puede ser que..., claro, significa algo. Pues no soy más que un lelo de primera, porque yo tampoco tengo nada. Pero lo más poderoso es: dar a luz, sobre todo si uno es madre, ¿entiende? Dar a luz. Pero es posible que usted ya no lo necesite y que haya venido aquí a echar un vistazo. Tiene usted todavía una tarea. Claro, usted ha venido aquí porque le queda algo por enmendar. Y luego ha habido gente a quien les ha ido tan sorprendentemente bien en la vida, que me preguntaban: “Si es enmendar algo, quiero volver otra vez más”. Porque lo tenían todo, tenían propiedades, tenían dinero, lo tenían todo, pero estaban solos, siempre solos. Es en esto en lo que la convirtieron, es lo que buscaron, pero se quedaron solos. Eso tiene una intención, lógicamente. Pero lo más elevado para la vida natural es: estar casados, ser padre y ser madre. Nosotros ya estamos caminando al margen de la creación —eso sí lo debería aceptar usted— si no somos uno con esto, aquello y lo otro. Solo paternidad, maternidad.

(Señora en la sala):

—Claro, eso también lo sé yo. Pero se trata de lo espiritual, quiero decir, nuestra construcción espiritual la tenemos que hacer solos, ¿no? Cuando más tarde estemos detrás del ataúd, cuando muramos tendremos que seguir de todas formas solos, tendremos que construirlo todo solos, y tendremos que trabajar por eso solos.

—Eso es verdad. Si también está casada... si lo estuviera, tendría que hacerlo sola de todas formas.

(Señora en la sala):

—Exacto.

—Puedo hablar y hablar y hablar, y referirme al espacio. La gente dice: “Pues usted lo tiene fácil”, a mi mujer por ejemplo. Pero allí no me voy a me-

ter, porque de todas formas lo tendrá que hacer ella misma. ¿Entiende usted? No le puedo dar nada, porque allí están los libros. De verdad que no recibirá nada más que usted, porque lo tiene que hacer ella misma. ¿No es justo?

(Señora en la sala):

—Sí, pero aquí hay un montón de gente que construye sobre su pareja, o el hombre sobre la mujer con la que están casados”.

—También.

(Señora en la sala):

—Pero hay que desprenderse de ellos. Así que ya no estamos acostumbrados a eso, y a fin de cuentas al final tendremos que desprendernos de esas personas.

—Tendrá que desprenderse de ellas una sola vez. Pero... Mire, de verdad que no me voy cambiar con usted, ni por todo el oro del mundo. Porque, señora, cuando en el matrimonio te entiendes con la otra persona y puedes hablar con ella y quieres con la otra persona... Mire, las hay aquí que están como tortolitos, día y noche, se lo digo yo. Eternamente como tortolitos. Son parejas de una hermosura poderosamente bella, de un solo color, es una felicidad impagable. No está a la venta, porque ellos lo tienen. Porque solo, no, jamás de los jamases quisiera estar solo. Eso no significa, señora, de verdad que no va a conseguir que me case luego otra vez. Porque tengo todo este mundo. Y si usted también consigue ese mundo, si uno habla entonces de estas cosas, de esa sabiduría y es capaz de ampliarse, entonces extraerá de la masa exactamente lo mismo que lo que sacaría de su compañero. ¿No está claro? Pero usted tiene que hacerlo sola. Yo no puedo darle nada, nada, nada, nada, si usted no se pone con ello. No es que yo quiera crear que le estoy dando algo, porque usted de todas formas tendrá que..., solo puedo indicarle el camino, pero es usted quien tiene que empezar con eso. Sí, así está bien.

¿Le gustaría saber algo más al respecto?

(Señora en la sala):

—Todavía no he recibido una respuesta.

—¿Todavía no tiene una respuesta? Entonces vamos a tratarlo de nuevo. ¿Qué es lo que quiere sacar de esto categóricamente?

(Señora en la sala):

—Quiero sacar de esto que al final, de todas formas, lo tendrás que hacer sola.

—Está usted diciendo exactamente lo mismo que yo, y eso es una lástima. Digo: está usted sola ante todo. Le ofrezco la imagen de toda la gente y de mí mismo. Y entonces usted me dice: “Es una lástima porque no recibo respuesta”. Pero la respuesta es esta. Está usted ante sí misma. Unos tienen contacto con otros, con la mujer, con el marido, con amigos, o con lo que sea, pero de cualquier forma tendrá que hacerlo usted para sí misma. Eso lo

acepta, ¿verdad?

(Señora en la sala):

—Sí, así que si ya estás acostumbrada a hacer eso sola, significa que cuando falleces no hace falta, al menos, desprenderse de alguien.

—Y eso es lo que quiere saber usted ahora.

(Señora en la sala):

—Sí, eso es lo que quiero saber.

—Quiere decir usted: si ya está usted aquí...

(Señora en la sala):

—... desprendiéndose de todo, de lo que te rodea, entonces es un gran...

—Entonces será una posesión detrás del ataúd.

(Señora en la sala):

—Sí.

—Sí, entonces es una posesión. Pero ¿cómo es ahora su vida? Puede usted... Usted tiene la capacidad, de estar sola, lo procesa, lo vive, y otras cien mil personas. Ahora le gustaría... a la madre le gustaría..., a la mujer le gustaría ser madre, no puede ser, no ocurre. Allí el hombre está solo. Bien.

Pero la vez pasada traté una situación, una de unas personas que estaban casadas. Ahora la añoranza está en la madre o el hombre. El hombre camina solo, ya no sabe qué hacer, deambula, la mujer perdida. Mire, todavía tiene que empezar con ello. Eso es lo que quiere decir usted. Ha perdido la serenidad, ya no tiene un asidero... Para la mujer, sí... Para el hombre es difícil, porque entonces tiene que salir de la cama para ponerse el té él mismo. Y ahora se pone todo más y más difícil, y todo eso son asuntos materiales que ya no están en el otro lado. Pero hacer de eso... ¿Y usted pensaba poder estar allí, sola, en estados más elevados y arreglárselas usted misma?

(Señora en la sala):

—No, entonces recibes ayuda.

—Ya estamos otra vez. Así que allí se aferra otra vez a sus oraciones: “Oh, por favor, por el amor de Dios, venga, porque pensé que ya había terminado, pero ahora noto: todavía tengo que empezar con ello”. Y eso significa, tiene que vivir aquí la tierra, vivir la sociedad, pero ¿cómo se vive usted a sí misma para lo espiritual? Y eso también es nuevo. ¿Entiende? Porque ahora podemos volver a decir: puedo sostenerme en todo, pero ¿también cuando habla la vida interior para el espacio y las leyes de Dios? ¿Entiende? Entonces necesitará luego otra vez a ese amigo, a ese maestro.

De esto se trata, porque es usted independiente. Tiene usted su círculo, su tarea, su trabajo, su comida, entonces todo eso marcha. Pero ese alimento espiritual de allá que hemos de ganarnos es una ley. Y entonces esa ley se considera... Y aunque usted diga... que bien puede sostenerse usted misma y que puede encargarse usted de todo usted sola. Pues, sí, ¿por qué? Porque

aquí es posible comprar comida. Puede usted trabajar para poseer cosas, por una existencia. Pero si no tenemos amor interior y no estamos en armonía, si no lo estamos con miles de rasgos de carácter, para ese mundo, señora —y no están a la venta—, ¿cómo quiere usted vivirlos con su propia fuerza? Entonces nos ahogaremos en nosotros mismos. ¿No está claro esto? Y entonces, claro, usted puede decir: “Sí, entonces estoy lista allí”. Pues, no, señora, yo mismo lo he vivido, entonces tendrá que empezar allá con ello. Y entonces sí que habrá una madrecita y un padrecito y un amigo o un hermano o una hermana de esas otras vidas —ya estamos otra vez— que se pondrá delante de usted, y entonces mamá o papá dirá: “Hola, hija, no me conoces, pero ya te lo demostraré. Mejor vente conmigo. Yo ya estoy, me adelanté un poco a ti, pero ahora seguiremos juntos”. Y entonces tienes otra vez una madre a tu lado, o quizá el alma, la esencia que pertenece a la vida de usted. Si usted cree eso, señora, entonces lo tiene todo. Pero no. ¿Comprende ahora? Mire, me gusta mucha que nos vayamos acercando, porque si no ya no tiene gracia.

¿Quién de ustedes?

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, mi hija tuvo esta mañana en la escuela su clase de gimnasia. Y al entrar al pabellón de deportes le entró miedo de que se cayera de las anillas. Pero resulta que ocurrió con un compañero de clase. ¿Qué es eso en realidad?

—Puede ser una posesión propia de la niña o puede ser de otros. Puede haber intuido el accidente de otro por su sensibilidad, es posible. Con sus sentimientos profundos los niños tienen una mirada que llega lejos... es decir: es posible que un niño advierta a otro de un accidente, pero eso todavía se queda todo en la tierra, ve. Es posible que eso ocurra. En su vida usted también alguna vez habrá... Ahora y cuando era más joven...

Cuando jugábamos, alguna vez yo también le dije a mi amigo: “No hagas eso, no te saltes del carro, es demasiado alto, vas a romperte una pierna”. Lo hizo de todas formas y se la rompió.

Pero ese accidente y ese estado es terrenal, tiene que ver con nuestra vida. ¿Entiende? No tiene por qué tener un significado espiritual.

(A alguien en la sala):

—El señor de allá.

(Señor en la sala):

—¿Hay alguna posibilidad de que esas conferencias de los domingos por la mañana se pongan por escrito? Porque... hay más de un oyente al que le importaría tener algo así.

—Si me da usted cincuenta mil florines, señor Berends, se las hago imprimir en dos semanas.

(El señor dice algo más).

Sí, el papel es el papel. Pero, no, señor Berends, tendrá que esperar porque ahora estamos leyéndoles textos (el domingo 11 de noviembre de 1951 Jozef Rulof empezó a leer del libro 'La cosmología', en la sala Diligentia), porque esto es un gran regalo para ustedes, que les servirá para aprender mucho. Porque repase un poco lo que ya recibió usted el pasado domingo. Porque allí André estuvo machacando a Jozef, y además a Jeus. ¿Es usted igual de serio consigo mismo? La voz interior suya, ¿ya lo está machacando de tal forma que dice usted: "Ya no sería capaz de gruñir ni una sola vez más a mi mujer"?

(Señor Berends):

—Todavía no hemos llegado a ese punto.

—Ya, pero es algo con lo que tiene que empezar ahora.

(Señor Berends):

—Sí, justo quiero empezar con ello.

—Bien, pero ¿le dieron entonces una pequeña paliza el domingo? ¿Se la dieron? ¿Hubo algo? ¿Hubo algo?

(Señor Berends):

—Sí, incluso hubo mucho.

—Gracias.

(Señor Berends):

—A cada quien lo que le corresponde.

—Bien. ¿Y tan incomprensible fue?

(Señor Berends):

—No fue para nada incomprensible.

—¿Tan incomprensible es una paliza? Pero todavía no ha empezado usted. Es grave pegarse sí mismo, señor, ¿hace usted eso? Señora, si empieza a pegarse a sí misma...

(Señor Berends):

—Conscientemente.

—... a sí misma, ¿cómo es posible entonces responder mal a un ser humano? ¿Cómo es posible entonces estar molesto y enojado con un ser humano? Con esas criaturas enternecedoras, ¿cómo va poder enfadarse uno con ellas? Cuando una de esas bellezas radiantes anda a tu lado, día y noche, y te sirven como no sé qué, ¿cómo iba a poder soltarles un bufido?

Señora, ¿no es así?

Pero compruébenlo en ustedes mismos, señoras y señores, si a cada instante somos responsables con el sentimiento que sí habla de las leyes de Dios y el espacio. ¿No es así, señor Berends? Hemos... ¿Qué somos, pues, cuando estamos en el Omnigrado? ¿Saben lo que digo entonces? ¿Saben qué...? Aquí alguna vez han... aquí alguna vez se ha hecho una pregunta y entonces yo la volvía a meter, a hurtadillas, en el estercolero terrenal, en el lodo. ¿No se

acuerda, señor Berends? Al comienzo..., antes nos ocupábamos mucho de los planetas y las estrellas y las atmósferas, ¿se acuerda?

(Señor Berends):

—Sí, sí.

—Y entonces los volvía a llevar a ustedes a su propia atmósfera, y allí los dejaba.

(Risas).

Y entonces dice...

¿Cómo dice usted?

(Señor Berends):

—No importaba, es justo por eso que he tenido que vivir las cosas y experimentarlas.

—Pero últimamente ya no está usted en el Omnigrado.

(Señor Berends):

—Pues, no sabría decirle.

—No, sí que está, pero ya ha recorrido un buen trecho y por eso hemos aprendido, señor Berends. Y eso, pues, es lo que quieren los maestros. Y si nosotros aquí... porque ese mismo Omnigrado, ese mismo macrocosmos, créame, vive aquí, en pocas palabras. Y entonces... ¿Cuál es su nombre de pila?

(Hay un barullo de voces en la sala).

(Señor Berends):

—Sí.

—¿Gerrit?

(Señor Berends):

—Sí, está bien.

—¿Cómo dice?

(Señor Berends, en un tono de aprobación):

—Sí, está bien.

—¿Bernard? No, le ofrezco un detallito...

(Risas).

... y entonces tendrá que reconocer que así es. Pero eso es..., ese mocoso, ese niño de antes, esas travesuras aún viven en nosotros. Pues bien, señor Berends, ¿también es así, respecto a todo, armonioso al cien por cien? Bueno, pues macháquese un poco a sí mismo. Y sería bueno que las señoras y señores empezaran hoy, no a arrullar, sino a machacar de verdad. Inclínemos por fin la cabeza. Eso es lo que contenía esa conferencia del sábado por la mañana (conferencia 40 del 11 de noviembre de 1951). Y eso no fue más que el comienzo, señor. Porque cuando luego hayamos vivido el Omnigrado, la luz, la vida, la maternidad, Dios, Dios, Dios, Dios, y regresemos después a la tierra, ¿cómo van a empezar ustedes entonces con sus vidas? ¿Qué haremos?

¿Pues?

(Señor Berends):

—Empezar con nosotros mismos, deshacer lo que no sea bueno.

—Y digan algo a los demás, ya verán como se la devuelven. Hablen con ustedes mismos, adelante. Usted dice que los seres humanos no quieren escuchar. Pero debería comprobar lo difícil que es deshacerse primero a sí mismo. Eso es lo más difícil que hay. ¿Por qué? Usted no quiere deshacerse de nada de usted mismo, no puede, porque eso es elástico. Si está usted arancándose un rasgo del carácter que tengamos que vencer... rebotará hasta su interior como una pelota de goma, y entonces oírás usted “plof”. Y entonces uno piensa que se ha quitado algo de encima; no, señor, entonces esa pequeña sacudida todavía habrá atraído algo, y se habrá convertido usted además en otra cosa. Pero es peor aún. Sí. A ver si empieza usted aquí a... debería ser usted un instrumento del otro lado. De modo que si yo no hubiera empezado, como Jeus y Jozef, con ese desmantelamiento, con ese chisporroteo, con esa lucha verdadera en mi interior, ¿cree usted, señor, que habría recibido yo esos libros?

(Señor Berends):

—No.

—Me los he ganado con mi propia sangre. Y usted debe hacer lo mismo. Mire, señora, todos tienen que empezar con ello.

(Señora en la sala):

—Todo lo que vive.

—Sí, señora, sí, dama, y ahora han empezado con ello.

Señoras y señores, espero que se me haya concedido poder ofrecerles algo esta noche.

Hasta la semana que viene.

El domingo, en ocho días, estaremos primero en la sala Diligencia.

Gracias por su atención.

(La gente aplaude).

Noche del jueves 13 de diciembre de 1951

—“Una señora” —por cierto: buenas noches, señoras y señores, si no lo echarán en falta esta noche—, “una señora tiene doce hijos con doce caballeros distintos, casados y solteros”. Ahora ya hemos llegado. “Con eso ha causado mucho daño en muchos hogares”. Pues, seguramente. “Mi pregunta a usted es: ¿qué grado de sintonización será esto cuando llegue al mundo astral? La maternidad fue poderosa, pero ¡cuánto dolor!”.

Mire, aunque haya tenido usted, como hombre o mujer, diez mujeres como hombre, y diez caballeros, hombres, para la madre, pues, ya me gustaría que me contaran, señoras y señores, ¿quién es el genuino o la genuina? ¿Quién?

(Señor en la sala):

—Puede que ninguno.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Puede que ninguno.

—Es posible que no lo sea nadie. Y les diré una cosa: es que entre esas personas no está. Y ¿por qué no? Quizá, puede ser, claro, que haya una persona entre ellas que lo sea. Pero si hacen falta diez, ocho, nueve mujeres para darme conciencia, entonces seguramente que entenderán que estoy en un mundo muy desagradable, inconsciente. Y usted, lógicamente, quiere decir: no hay nadie entre esas personas que lo sea, porque al final usted llega a estar ante su propia vida, ante su propia personalidad, esa es el alma gemela. Pero eso es solo y exclusivamente... si se topa con ella para el espacio, claro, es espiritualmente. Espiritualmente; eso ya no significa nada físicamente, porque sí que continuará usted, irá al cuarto grado cósmico. Pero eso es, pues, el grado espiritual más elevado, y en él llegará entonces la verdadera felicidad para el ser humano. Eso, por supuesto, lo entienden todos ustedes.

Pero esta dama que tuvo a diez hombres por ahí, solteros y casados... Sí, señora, si usted... si yo, como hombre, me lío con diez mujeres diferentes, solteras y casadas, entonces ya sé de antemano que recibiré una paliza, eso ya no es... entonces es como si estuviéramos en un circo.

Doce, doce, doce, santo cielo, santo cielo, qué viejo estoy. Ya lo comprenderá: eso será un caos. Y entonces ya puede aceptar usted sin problema alguno, señora, que esta dama se ha buscado su propia lucha, y que la ha aceptado. Y, claro, podrá decir: “Bien, me he hecho madre, me he hecho madre, me he hecho madre”. Por supuesto, eso trasciende todo lo demás. Aunque hubiera estado con veinticuatro hombres. Pero esa maternidad es la esencia divina, ella ha servido por medio de eso, eso la ha hecho despertar a sí mis-

ma, no es que haya sido despertada, pero físicamente la maternidad la hace elevarse, eso usted la sabe ahora. Así que las ganancias divinas que contiene, siempre existe esa ganancia universal en este estado. Aunque sea usted una mujer pública, usted hará... y tendrá niños, y así encima estará asegurada de su ganancia. ¿No le parece gracioso?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Alguna vez puede ponerse a insultar al ser humano, puede ofenderlo y puede pensar mal sobre él, pero para nosotros, para mí, un asesino ni siquiera es malo, porque lo que resta es el ser humano. Cuando la gente dice: “Ese Jozef Rulof está loco”, entonces yo digo: “Pues el loco eres tú”, porque para mí no hay extraños. No puedo remediarlo, pero miro a través del ser humano, o no lo hago, no lo hago forzosamente; y si es que lo quiera hacer, de verdad que soy capaz de determinar por dónde van los tiros. Pero pensar mal y maliciosamente..., a mí me da igual que usted sea el mayor ladrón, porque eso no es cosa mía. Siempre vuelvo a encontrarme ante el ser humano. No quiero tener que ver con ladrones, claro que no, entonces me alejo. Pero la vida se simplifica mucho cuando uno sigue amando y viendo al ser humano. Eso no significa que para ayudar deba usted cargar, acarrear, semejantes caracteres y personalidades; estos tienen que vivir su lucha, en eso no nos metemos. Y entonces debería ver usted la inmensa cantidad que resta para ese ser humano si piensa usted así. Nunca me parto el cuello, ni el interior ni el material, por ningún ser humano. Un ser humano es una belleza universal, aunque tenga que ver usted con ladrones y asesinos. Debería ver usted entonces cómo vive esa cosa todavía, cómo es capaz de hablar, de mirar con esos ojos, son capaces de hacer algo.

Hace poco les conté: había un pastor protestante que estaba en la cárcel, no, era un periodista, dice: “En el caso de los mayores asesinos..., qué curioso, pero en el caso de los hombres y las mujeres que han cometido los asesinatos más atroces, fallece la criatura. Y qué hará semejante madre...”

La semana pasada me viene a ver alguien —y entonces a una persona así la levantas de una vez—, esa mujer estaba completamente mancillada por un hombre. Es cuando algunos dicen: “Pero, estás loca”. Pero el ser humano a veces puede ir tan lejos como para pensar que se puede servir por medio del mal. ¿No es así? Y al final ese tipo de gente recibe una paliza interior y dice: “Me siento como un perro sarnoso”. Digo: “Señora, no debe hacer eso de ninguna manera. Usted para mí es inmaculada y pura”. Y entonces te dicen: “Claro, así al final no hay nada que sea malo”. No, señora, una vez viví que una persona..., se lo contaré, hacía... se daba por completo, espiritual y físicamente, para salvar algo por la fe. Digo: “Usted no es mala”. Pero si lo haces conscientemente en lo animal y quieres deshacerte a ti mismo, entonces,

claro, está mal, para eso tenemos otros nombres. Pero ese ser humano no es malo. Hay gente que se ha sacrificado por la fe y entonces optaron por darse ya por completo. ¿Es mala esa gente? ¿Son follones animales? No, no hay que hacerlo. Nosotros también solo amaremos una sola vez, no quinientas mil veces. Pero seguimos siendo unos lelos, porque tampoco tenemos esa esencia, esa esencia espiritual. Una vez que la tenga, señora, ya nadie abandonará a nadie. Nadie dejará a nadie si esa posesión, esa felicidad, ese cargar, ese saber hablar usted lo... Si usted vive esa unidad con el hombre, y con la mujer, entonces tiene la felicidad más poderosa, si puede hablar durante una hora, intercambiar pensamientos y sentimientos. Es cuando surge un espacio. Entonces convertirá usted una cosilla de esas en un espacio, la vida será hermosa, aunque se encuentre usted bajo tierra. Pero si no lo tiene, entonces la mujer y el hombre buscan; buscan y buscan y buscan y buscan. Y ¿por qué? Nada más que un poquito de amor. Esta criatura no habría necesitado doce hombres con que solo hubiera estado el bueno de Hendrik, el auténtico. No Jozef, sino Hendrik.

Usted siempre dice “Jozef”, pero así es como me controlo a mí mismo.
(Risas).

Pero esta noche me llamaré, pues, Pedro. ¿Como sonaría eso una noche: “Hola, señor Pedro”? El maestro Alcar me ha dado un nombre agradable. En ‘s-Heerenberg solo hay un Jeus. Pero hay muchos Jozephen... Jozephen (Jozef pronuncia ahora la p), hay montones. Pero esa dama, esta criatura, señora, es una criatura entre millones. Y los hombres buscan, y esa mujer busca. Esa mujer, naturalmente, ha tenido su sufrimiento, pero sin duda que habrá recibido una buena paliza por todos esos caballeros. Maldita escoria, ay, esos hombres son una maldita escoria. Allí están sentados otra vez esos caballeros. Esta noche voy a recibir una paliza en la calle. Pero las luchas para conseguirlo, eso es la vida, y de eso no podemos liberarnos, tenemos que ver con eso, es la pugna para el ser humano. Y ¿qué es lo que habrá aprendido ella? Claro, esa pobre criatura ha tenido una terrible... Allí era hermoso y esto, en cambio, estaba mal. Naturalmente, ella buscaba la felicidad. Imagínense, ser una madre con cinco, seis hijos, no tienes qué comer y estás sola, ¿qué haces entonces si aparece un hombre bueno? Y un hombre con cinco hijos que está solo, pues, necesita... alguien que le ayude, ¿no? Bueno, zurean un poco, y otra vez las cosas van mal.

Me dice alguien: “Mi mujer falleció hace cinco años y ahora tengo una empleada de hogar”. Y entonces dice: “Sí, entonces yo también me puse a hacer el tortolito”. Dice: “Y ahora ya nos hemos arrullado tanto que... las sillas ya están volando por la casa”. Dos días posesión y llegó el carácter. Primero era: “Sí, señor”. Miren, entonces todavía era una sirvienta. “Sí, señor, ah, claro”, y a hablar que era una gloria. Y entonces se convirtió en señora, y a la señora

le entraron aires y entonces llegaron las peleas. Digo: “Pero qué tonto eres. ¿Es que no lo veías?”. Cuando el ser humano recibe en sus manos la posesión de otro ser humano —¿no es así, señora?— entonces empieza a golpear. Y entonces lo que ocurre es: “Sí, ayer me podías decir eso todavía”.

En 1938 me vino a ver un señor, lo mismo. Dice: “Señor Rulof, he leído sus libros. Usted me conoce, también a mi mujer. Ella falleció. Estoy solo”. Cito esta imagen, estoy viendo al hombre, por eso hablo de ello. Dice: “Y durante dos, cuatro, cinco días todo va bien. Ahora llevo... Años... un alma de maravilla que tengo en casa”. Entonces todavía era la sirvienta. Se casa con la criatura. Dos meses después: una diablesa. Entonces dice él: “Pero ¿con quién me he casado en realidad?”. Pero ahora es cuando el ser humano adquiere su personalidad, su poder, y entonces al señor se le echa a la calle. Ese sillón suyo ya no es de él, es de ella. Y así con lo demás. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere usted? La felicidad no está en la calle. Bueno, sí está en la calle, puedes encontrarla donde quieras, si uno mismo es felicidad.

En el otro lado... Esta criatura ha vivido una enorme experiencia y un enorme desarrollo, claro, ya no se fía de nadie. Como hombres será mejor que ni nos acerquemos, dirá: “¡Tú, fuera!”. Esta alma ha sido pateada y golpeada y como ella conocemos cientos de miles en la sociedad. Para el otro lado ha recibido sus experiencias, señora, y su maternidad le ha asegurado su continuación. Es eso lo que quiere saber, ¿verdad?

(Señora en la sala):

—Sí.

¿Quiere tener más preguntas? Mire, así puede estar toda la noche... claro, puede escribir un libro sobre esto. Pero ¿cuándo recibirá ella el Pedro auténtico? ¿Aquí? ¿Después de que haya querido usted buscar doce? Entonces usted no se entera, de verdad que no se entera. Eso debe saberlo usted ya.

(Señora en la sala):

—Tiene doce hijos, pero son listos, tienen una mente lúcida”.

—Sí. Claro, puede tener hasta... fenómenos. Si tienes doce, siempre hay uno que es bueno, dicen por allí. Había un señor que no era tonto para nada, dice: “Pediré hijos a Nuestro Señor todo el tiempo que haga falta hasta conseguir un genio. Quiero tener uno con arte, violín, piano, así sí que nos vamos a divertir en casa”. Y el cuarto que llegó, pues, era un pianista. Pero cuando supo tocar el piano volvió a dejar solo al padre, empezó a viajar por todo el mundo. Dice: “Ahora quiero disfrutar y encima tengo que pagar por el señorito”. Tuvo que ir a la sala de conciertos, ala, a pagar dos florines y medio por ver a su hijo. Claro, hubo bronca. Dice: “Pues, aquí no entras por la cara”. Y dice: “Y encima a pagar, hasta ese punto llegan las cosas”. Digo: “Pues no haberlo pedido”.

¿Tenía usted alguna cosa más? ¿No? Mejor que ya dejemos a esa señora en

paz.

A los señores ya les divierte de sobra, porque va a haber algo sobre...

Tengo aquí: “Quisiera saber si es posible operar a los homosexuales para así anular la tendencia anormal. Hay médicos que se han dedicado a esta cuestión que han constatado que los núcleos de ambos sexos, hombre y mujer, están presentes en la célula germinal”.

Sí, señora, ahí está. ¿No es asombroso lo que oyó usted el domingo? ¿Estuvo en (la sala) Diligentia? Voy a acercarme. ¿Es suya esta carta?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Dios, en el aura vital, en el plasma vital, en el protoplasma de la Omnifuerza, es padre y madre. Pues el domingo, cuando empezamos... Más tarde, en la siguiente conferencia en Diligentia, van a recibir algo poderoso. Porque todas estas conferencias son poderosas. Espero que el maestro Zelanus —seguro que lo hará— se detenga un instante, y entonces debería ver usted lo que está preguntando ahora, eso lo oírás el domingo. En el protoplasma de la Omnifuerza, para la Omnimadre, que... en la célula, la célula de usted y mía crean y dan a luz. Los médicos ni siquiera conocen todavía la célula materna, si no ya habría oído decir usted algo, pero esta también crea. Allí hay... Cada célula, eso lo sabe, enfermera, tiene un cierre, son los sistemas de las membranas, las mucosas. Pero eso es la atmósfera para el espacio. Y ahora en esa célula la maternidad ha vuelto a blindarse para la paternidad y llegará a dilatarse si la personalidad es creadora. Ampliación. De modo que la personalidad, cuando regreso a la tierra hago... mi yo construye mi cuerpo maternal. Que el hombre es hombre se debe a que partió de la maternidad y ahora se convierte en padre, o al revés; ustedes, mujeres, luego serán... luego irán..., es algo que nos da risa, y sí, ustedes hablan de los caballeros, pero luego ustedes mismas irán con una corbata y con un bonito sombrero negro o rojo. Mejor no se hagan ilusiones, señora, luego volverá a tener usted todo lo que es nuestro. Porque..., sí, o continuará usted, claro. En el cuarto grado cósmico tenemos una hermosa túnica como hombre, naturalmente. Esos pantalones ya no los necesitará aquí, no necesitará zapatos.

Pero usted se... ¿Puede imaginárselo como madre? ¿De verdad? Muchas de las que están aquí vuelven otra vez. Conozca a bastantes, por ejemplo, que quieren ir a la parte de enfrente. Creo, si le dijera la verdad, que en cuatrocientos años vuelves a estar quizá en (el barrio de La Haya de) Lamgroen, aquí.

(Risas).

Pero vuelves y entonces ya no eres madre, sino hombre. ¿No es una cosa extraña para el mundo, oída así? Cuénteselo a un catedrático de esos, ya verá: “Doctor, usted mismo volverá y dará a luz a hijos estando entre los rusos”.

(Risas).

“Dará a luz usted a niños en el límite de la jungla”. Dije a la señora, digo: “Señora, no se haga demasiadas ilusiones, porque en su siguiente vida estará entre los negros (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra “negro” era una denominación habitual para alguien de piel oscura) en Estados Unidos. “¿Cómo?”. Digo: “Sí”. Digo: “Porque esos brocitos ya están aquí”. Hoy estamos junto a la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) y tenemos que enmendar a partir de la jungla. Entonces tenemos que volver a los negros (véase el artículo ‘Anti racismo y discriminación’ en rulof.es). ¿Se acuerdan de ese médico de aquí? ¿De esa carita que conocimos aquí? ¿Su esposa, su esposo? Señor, ¿quién es usted? ¿Quién es su mujer, su marido? Luego los meterán en el ataúd, y ¿a dónde irá ella? Sí, luego, en cien, trescientos, cuatrocientos años la volveré a encontrar en París en algún sitio junto al Sena, o en España, Italia o Alemania. ¿Dónde está ella? La que es mía, y de usted. Qué imponente, ¿no le parece?

Pero cuando cuentas esto en la sociedad se ríen de ti de frente, de lado y desde arriba; y es verdad. En esa célula vive la paternidad y maternidad. Y entonces, cuando uno va a la reencarnación, al ser humano adulto existente... Ustedes se aman —si continúo con esto, les quitaré todo y lo volverán a recibir todo—, ustedes se aman. Dicen ustedes: “¿Cuántos asesinatos no se cometen por una mujer, por un hombre?”. ¿Cierto o no? Unos seres humanos asesinan a otros porque piensan estar amando, a ese ser humano de allá, a ese en particular. Y algún día tendrán que cargar ustedes el mundo entero bajo el corazón. ¿Sienten lo infantil que es nuestra gente? ¿Lo infantil que es el pensamiento en la sociedad? Cuando la gente dice: “Oh, mi mujer, la mía” y “mi marido, el mío, el mío”, ese hombre es un ídolo. Digo: “Pero ¿y qué pasa con los otros hombres? ¿No pueden ustedes sentir nada por ellos? Algún día tendrán que hacerlo, porque Cristo dijo: ‘Amen universalmente. Son sus hermanos’”. “Vaya, vaya, vaya. ¿Ese hombre de allá? ¿Ese hombre? ¿Mi hermano? ¿Ese, ese, ese y ese?”. Digo: “Sí. Señor, pues, acabe con él. Usted odia esa gente, pero no debe hacerlo porque es su hermano”. “Bueno, señor”, dicen, “pues, váyase para otro lado con esas majaderías... parece que está loco. ¿Cree usted entonces...?”. “Sí, señor, así es. No, señor, no es cuestión de creer; son leyes”.

Y entonces llega usted al médico y se pone a hablar. “Doctor, la reencarnación existe”. La reencarnación vive en la célula, en la madre, en el hombre. El hombre es madre y padre. Y la madre es madre y hombre. Crea y da a luz. Y en la célula...”. Llegaré a tener razón, pero ya estoy adelantándome diez mil años con mis palabras, ya lo sabía en 1930, y entonces ni siquiera lo tenían todavía. La pasada semana lo volví a oír en la radio. “Sí”, dice ese doctor Storm, “de esta y aquella manera llegan esos mellizos”. ¿No se lo aclaré a

ustedes aquí, cósmicamente? No soy un erudito, pero al final sí ha sido un acierto, es ver y vivir cósmicamente.

Y ahora tenemos aquí... Ah, esto se pone divertido, enfermera. Operar una homosexualidad. ¿Qué queda de eso entonces? Sí, es posible. Es posible hacer de un chico una chica, y de una chica un chico.

(Señora en la sala):

—Sí, el médico.

—Sí, es posible, así que ahora tiene usted... —¿no se enteró usted?—, vuelve un muchacho de Corea, es un chico, un soldado, algo ocurre, vuelve como chica. Le dan hormonas y la cosa retoma su curso, vuelve a ser un chico. ¿No oyó usted que...? Puede verlo en la naturaleza entera. Puede usted convertir una cabra en un macho cabrío. Eso ya lo sabíamos en el campo. Al animal, una oveja, a una oveja maternal se le dan las hormonas creadoras y a esa madre se le empiezan a asomar los cuernos. ¿No sabía usted eso?

(Señora en la sala):

—Sí.

—En esa célula está todo. Pero enseguida volveremos a esa homosexualidad.

“Ya han determinado”, dice usted, “que el germen para el hombre y la mujer está presente en ambos sexos”. Sí, así es. “En los hombres normales también han encontrado células germinales femeninas”.

¿Que las encontraron? No, existen, existen. El hombre crea y da a luz. Pero los médicos, los eruditos ni siquiera conocen todavía... —cuando ese cuerpo yace ya abierto del todo—, ni siquiera conocen todavía los órganos creadores del ser humano. Cuando descomponen la fuerza creadora, al hombre, y han colocado allí todas las pequeñas partes del organismo, igual que las de un despertador, de esa máquina, porque eso es, ese cosmos, y las observan, no saben todo lo que significan esas cosas. Y sobre todo no lo saben cuando llegas a la creación astral. Claro, ahora pensarán ustedes... Tenemos la creación que densifica: el sistema óseo. Entonces aparece la maternidad semidespierta: y ya llegamos a las mucosas. Y eso en la creación, para Dios, no es sangre ni nervios ni esperma, sino fuerza creadora en este y aquel grado. Y entonces el hombre tiene... recibe... Entonces el maestro Alcar, y el maestro Zelanus, hacen palabras muy diferentes. Aparece un diccionario nuevo, surge, porque ese esperma se llama de una forma muy distinta. Porque aparecen de eso las fuerzas que se impulsan hacia adelante, y no es otra cosa que los siete grados desde el Omnigrado, hacia la ley material del esperma; y ahora es esperma, y entonces se hizo la luz. Pero las mucosidades de allá, esas mucosidades que no dejan de aparecer, entonces dicen: allí no vive la célula, eso dice el médico, sino que procede de la fuerza creadora, una sola pequeña célula, y esta vuelve a dividirse en millones más, y allí es donde tenemos la célula. El médico esta

vez vuelve a no saber para qué es eso.

(Señora en la sala):

—No, no se aclaran con eso.

—No, no lo saben. Se lo puedo analizar por completo. Y entonces... todo lo que procede del cuerpo tiene un significado, ¿no? Y entonces dicen: “Pues, no, no lo sabemos. Pero ¿qué puede ser eso? ¿Qué significará?”. Entonces tiene que volver usted al cosmos. Entonces tendrá que ver usted la atmósfera y conocer la tierra y el origen, cómo fue eso, y entonces volverá a ver usted todo esto. Pero enseguida llegaremos a esa homosexualidad. Y eso, naturalmente, es una ciencia, pueden escribir noventa y cinco libros —y cien— sobre eso y ni así habrán llegado. Si se pone a analizar la maternidad, la paternidad, la homosexualidad, lo maternal, lo paternal, la fuerza de las células, su conciencia, su psicopatía, y todas esas leyes, necesitará un libro de cinco mil páginas, solo sobre el nacimiento de un niño. Sí.

(Jozef retoma la lectura): “Los cirujanos ya han intentado con los testículos...”.

¿Qué es eso?

(Señora en la sala):

—Los testículos.

—Los testículos.

(Señora en la sala):

—Los órganos sexuales masculinos.

“... implantarlos en el hombre, pero en unos homosexuales se consiguió generar tendencias normales y en otros, en cambio, no”.

Claro que no. Claro que no, así de simple es, eso se lo podía haber contado el médico de entrada. Digo: “Señor, no es posible”. Y ¿por qué no? ¿También lo sabe, enfermera? Es tremendamente sencillo, porque ya se lo he explicado hace poco. ¿Por qué no puede ser, pues, con unos sí y otros no?

(Señora en la sala):

—Será entonces el grado equivocado.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Quizá esté mal entonces el grado.

—Si uno se ha alejado mucho, ya no es de... Pero si uno sigue dentro, es posible recuperar eso, y entonces lo vuelve a absorber. ¿No es sencillo? Entonces dicen: “Es posible intentar eso, verdaderamente, con esa oveja loca, y con la cabra también, pero con otro no”. Digo: “No, señor”. “Pero, ¿por qué no?”. Digo: “Porque esa cabra se ha ido de la homosexualidad. Luego se hará hombre”. ¿Pensaba usted que la perrita, la gatita, la gallina, pensaba usted que el gallo tenía en cuenta... que Dios tenía en cuenta al gallo, al gallo que necesita usted para todas sus gallinas, que luego esa gallina no será machote?

Hay palomas y hay buchonas. ¿Y pensaba usted que siempre ha de ser esa palomita la que tiene que hacer de madre y que la otra, esa señora que tanto está zureando tanto —¿entiende usted?—, ese alborotador, que siempre podrá estar arrullando alrededor de esa dama? Luego ese señor también podrá..., los mismos aires, también dará a luz y pondrá huevos. Pero ¿qué es esto? No lo saben. ¿Por qué existe el gorrión hombre y el gorrión mujer, señora? Ya seguí todas esas vidas, como Jeus. Pienso: ¿Por qué tiene la gallina tantos gallos? No, el gallo tantas gallinas.

(Risas).

Pero ¿por qué es eso? Me dije: ¿por qué a esa palomita no le queda más remedio que poner huevos y él dando vueltas alrededor? Y yo mirando y esperando, ahí me tenían metido durante semanas y meses en el palomar hasta que el gallo pusiera un huevo, pero no llegó a haber ninguno. Digo: ¿por qué ella pone un huevo y él no? ¿Qué clase de injusticia es esa? Porque es hermoso poner un huevo. ¿Señor De Wit?

(Risas).

¿Por qué será que unas madres tienen un niño y otras, no? Ya estamos otra vez. ¿Es que no han pedido ustedes esas cosas, señoras? Ustedes, la gente de la ciudad, ¿está muerta en vida? ¿Nunca miran un poco a la naturaleza?

Si ven ustedes a una pareja de palomas..., nosotros, ahí abajo, tienen... Todo este verano he vuelto a estar mirando, y entonces disfruto y disfruto, pero no... también de los zureos. Pero entonces le digo a ese señor, digo: “Señor, ¿no le parece divertido eso? ¿Verdad, señor?”. Digo: “¿No le parece divertido eso, señor: dos palomas rojas y sale una negra y otra que es rojiblanca?”. Negras como el carbón a partir de esas dos rojas, ¿es posible, eh! “Sí, señor, pero así es. Así es la naturaleza, señor”. Digo: “No, señor, se lo puedo explicar. Porque ahora estamos hablando de cáncer y tuberculosis, les viene de familia, es genético (quiere decirse: el debilitamiento genético por el que surgen las enfermedades)”. ¿Lo acepta, señora? ¿Lo acepta? “Ese colorcito negro que es genético”, imagínese lo sorprendentemente sencillo que es, “lo que para nosotros es cáncer y tuberculosis y el rostro del padre, allí hay... Tiene usted un hijo, o damos a luz a un hijo, y allí no está el rostro de la madre, sino que tiene la expresión del abuelo. Entonces dicen: ‘Es el vivo retrato del abuelo’. Ese colorcito de esa paloma también era el abuelo”. “Ja ja ja”. Pienso: ‘Los “drudels”’. (Risas sonoras). Si le hubiera aclarado allí el cosmos, le habría dado un regalo cósmico. Digo: “Señor, tenga, también le regalo un puro”. Pienso: ‘si no encima me toma por loco’. Y entonces se puso a disfrutar del puro y ya sí lo aceptó. Pienso: ‘Pero mañana seré un loco, ¿verdad?’. Digo: “Señor, hoy él ha dado a luz a su abuelo”. “Jají jojú”.

(Risas).

Entonces dice mi mujer: “Pero, pero, pero, pero ¿dónde te estás metien-

do?”. Digo: “Sí, pero es hermoso, ¿no?”. Digo: Mira esto, dos palomas rojas; han salido de dos grandes buchonas de un blanco plateado. Y, claro, otra vez sale una de esas azules”, una paloma mensajera, ¿verdad? Pues esa reencarnación sí que es mucho más profunda, naturalmente. Una paloma mensajera que sale de esas buchonas. Imposible, ¿no? Pero una paloma mensajera ha surgido de esa especie, no es más que un grado. Igual que nosotros, que venimos de una sola raza y es la que seguimos teniendo (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Eso puede verse en toda la naturaleza.

Y señora, debería mirar usted entonces —sí, claro, ya voy llegando, si no estas historietas no le sirven de nada, claro—, y después esa homosexualidad en las palomas y todos esos mundos. Y entonces dicen: “La gente tiene que ver con eso”. Ay, ay, ay, hay que ver si sigue usted ese idioma, ese idioma de una familia. Esas dos palomitas tuvieron dos crías, él era el padre, se le parecía, también tenía esas plumas cortas, ¿verdad?, pero ella no, era una tipa hermosa. Entonces viene ese hombre y dice...: “Vaya, un Gallo-Pedro de esos”, dice la mujer, “uno..., uno pequeñito de esos, no entiendes la razón, ese es grande y el otro, pues, se muere mañana, uno escuchimizado de esos”. Digo: “Sí”. Digo: “Sí, señora”. Pero con esa gente no puedo entablar una conversación.

Entonces, sin embargo, llegarías a tener conversaciones cósmicas, ya solo sobre palomas. Eso ya lo sacaba yo hace tiempo. Pienso: ‘Ese es...’, como Jeus pensaba yo: ‘Ese, claro, es de esos otros padres, porque va arrojando huevos, y ese lo hace y el otro lo hace’. Hay que ver lo rápido que me coscaba de las cosas, solo tenía seis años. Digo: “Ahí lo tienes, ese viene de allí, allí ya has puesto veinte huevos, y ese también ha nacido de esos huevos”. Entonces vinieron José y el maestro Alcar, un momentito, un golpecito en mi cabeza y yo ya estaba.

Aquí en la ciudad hay gente..., hay gente que anda con palomas, pero no disfrutan con ellas. Entonces hay que... Casi de antemano ya les puedo calcular —ustedes en realidad no pueden hacerlo, pero pueden verlo— cuál será el color de la paloma. Pero esos criadores de palomas, esos psicólogos nos las conocen. La psicología y el placer de la paloma es: ¿qué colorcitos vamos a tener hoy? ¿Cómo es el instinto? ¿Sensible? Esa no quiere hacerse sensible para nada. Esa sí, a esa la puedes... ¿Qué es todo eso? No lo entienden. Y luego la homosexualidad entre las palomas. Un día le lancé una sarta de improperios a un padre de esos porque estaba enseñando cosas muy raras a su hijo, y entonces agarré una papa (patata) y salieron volando. Digo: “Vamos, ¿ya quieres enseñarle eso a tu niño, feo?”. Le estaba enseñando... se lo estaba enseñando. El padre al hijo. Porque era el hijo y esta era su hija. Y se puso hacer no sé qué malabares y entonces, pues, le arrojé una papa (patata) a la cabeza. Porque eso ya no era arrullarse.

Pero vi la sabiduría. Pienso: 'Mira, allí tienes la naturaleza. Allí tienes un perro, un gato, allí las palomas, los insectos, y todos se lo conocen, se lo saben, solo el ser humano no se conoce a sí mismo. El erudito no sabe, ese se va... está ahora —por eso es ridículo— quitándole al ser humano su homosexualidad. Eso lo hacen... los médicos son capaces de hacerlo. Pues, sí, ¿qué van a hacer ahora?

(Señor en la sala):

—¿Capaces de intentarlo? ¿Quiere decir eso?

—Entonces esa impotencia la tiene que... La sexualidad es sentimiento, pero eso no lo saben. Resulta que hay un cuerpo normal, la maternidad, y allí dentro hay un hombre, esos cuernos van saliendo hacia afuera. Esas personas tienen todas cuernos o no los tienen. Y entonces el doctor se pone a cortar, a operar, y saca esa homosexualidad a la luz del día. Pero, señor Götte, ¿qué sería usted ahora si se pusieran a quitárselos a usted... a mí, mejor no me centre en usted, si fueran a quitármelos a mí?

(Señora en la sala):

—Una gallina.

—¿Qué era yo entonces? ¿Una gallina?

—(Señora en sala):

—Una gallina.

—Entonces ya no se es nada, señora, nada de nada.

(Murmuraciones en la sala).

—¿Qué es usted entonces?

(Señor en la sala):

—Un cero.

—Un cero, pues, no, entonces ya no es usted nada. Pero el médico aún no sabe que eso no es posible, y mete el bisturí y quiere quitarle a usted la homosexualidad, que es sentimiento puro, al cien por cien. Porque usted parte de la paternidad hacia la maternidad: el alma como ser humano vive en ambos organismos. Es usted ahora madre, madre, y yo lo seré más adelante. De lo contrario Dios sería sorprendentemente injusto, porque usted como madre vive a Dios. Dios se manifestó por medio de todo. Y por medio de usted, madre. En la madre de una pequeña célula —ni siquiera es visible— surge el ser humano con luz, pensamiento, sentimiento. ¿Siente usted, comprende este poderoso milagro que posee la madre? Y ahora usted procede de lo masculino y de la maternidad, y entonces, en un momento dado, no tenemos ninguno de los dos sentimientos. ¿Cómo va a ser posible que usted de repente sea creadora si acaba de salir de esa maternidad? ¿Y eso lo quiere extirpar el doctor con el bisturí? ¿Comprende? Qué pobreza. ¿No es pobre eso? Hay que ver lo pobre que es. Y ahora el doctor dice..., y si entonces usted habla... Digo: "Doctor, se encuentra aquí ante la homosexualidad, pero ¿acaso no

siente usted que esto es lo mismo que estar ante un ser humano moribundo que da su último suspiro? Y (el médico) dice: “Pues, yo he... ahora veo cómo se muere, veinte ya, treinta, y sigo sin ver de dónde viene esa alma”. Piensa: ‘Sale de la boca, ¿verdad?’. Esa boca tiene muchísimas cosas que decir al ser humano; y de allí tiene que salir esa alma, de esta boquita tiene que salir el alma, esa gran alma. Piensa: ‘Pero eso no es más que una mirilla muy pequeña, de allí ya saldrá esa alma’. Digo: “Doctor, ¿por dónde parte el alma cuando muere el ser humano?”. “Pues, no lo sé. Por la boca, ¿por dónde va a ser?”. “Pues, no, doctor”.

¿Lo sabe usted? ¿De dónde parte usted? ¿Cómo parte usted cuando sale de este cuerpo y muere? ¿Cómo? ¿Por la boca?

(Señor en la sala):

—Desde todas las articulaciones del cuerpo...

—Sí, eso es sencillo. No hay más que un lugar, señor, una sola célula.

(La gente habla sin orden ni concierto, mencionan varias veces el plexo solar).

El plexo solar es el templo para la vida y la muerte. Un poco de viento y uno sale volando de allí. Uno se va por completo... Uno puede salir de allí, así, sin más, de verdad, porque cada ser humano tiene su lecho de muerte; puede liberarse. Pero ustedes están aquí. Este es el cosmos en ustedes, es el plexo solar. Y ahora pueden..., yo puedo entrar allí sin problema mediante el desdoblamiento corporal: los domingos por la mañana —eso ustedes no lo ven, claro—, pero cuando nos subimos al escenario a veces el maestro Zelanus entra en mí por la izquierda y entonces retrocedo y toma las riendas sobre mí, sin más; se introduce en mí y allí se queda, me tiene. Y después se vuelve a marchar después de estar así un poco, es capaz de un solo paso... Deberían preguntarle si quiere hacerlo, en Ámsterdam a veces lo hace. Dice: “Ahora atención”, dice, “ahora me voy. Ahora daré un paso”, dice, “y entonces André vuelve a tomar las riendas de él”, y llega al suelo y yo me voy seguidamente, me voy directamente...”.

Es un mundo profundo, pero ese mundo profundo se ha conformado como si dijéramos por un fogonazo de pensamiento, de concentración. Así que esa enorme voluntad del ser humano se ajusta a una millonésima de segundo, se hace con el control de ese cuerpo, porque no es cualquier cosa. Es cien veces peor que si juntara usted cinco mil trenes de vapor y eléctricos... no tienen la misma fuerza que la voluntad del ser humano. Cuando este se pone a trabajar espiritualmente, es casi insondable, pero más adelante ya habrá instrumentos —en mil años o quinientos o quizá incluso cien— y entonces habrá allí un instrumento: el ser humano se pondrá a pensar y hará que por su pensamiento... hará que, por ejemplo, de pronto estallen en pedazos miles y miles de casas, rocas enteras. Así de fuerte es el ser humano con su voluntad.

Y entonces lo adopto de inmediato y me pongo a pensar directamente, primero sobre lo corporal —las manos, las piernas, los ojos— y después vuelvo lentamente y dejo que regrese la luz y empiezo a ver, y me voy. Pero entonces pasan muchísimas cosas. Y esa voluntad, ese desdoblamiento pueden hacerlo a través de las rodillas y de las piernas, de los pies, de la cabeza, pero la manera más fácil, la manera mística universal es: para adelante, para atrás, a la izquierda, a la derecha, es igual que la cruz, así es como se sale. Pero entonces ya tienen que tener esa personalidad espiritual sobre todos los sistemas, o de lo contrario se quedarán colgando, claro. Tiene que adoptar todo, pensar, la luz de los ojos, el sentimiento. Mi córnea puede extinguirse de golpe por un solo trance, es cuando se produce un trastorno. Por ejemplo, si en algún sitio privan de luz a los órganos nobles, entonces ya comprenderán que eso se muere al instante; es un trastorno, es como un hematoma. Es decir: hay órganos, si sustraigo mi vida aquí... ese dedo ya es lo definitivo, pero las partes del cerebro, la luz en los ojos, si pueden ustedes privarlos un momento de vida, de ustedes, entonces ya sentirán que eso se desploma, se derrumba, es como si se seicara al segundo y habrá un trastorno, tendrá usted un hematoma o su luz se habrá debilitado de pronto. Todo eso es posible, con esas divertidas charlas en Diligentia (la sala en La Haya donde Jozef hablaba en trance) todo es posible, pintando, sanando, escribiendo y con todo. Hay cien millones de peligros. Yo ya podría haberme vuelto loco, yo mismo todavía no lo entiendo; no es posible porque sí que había conciencia, entonces ya habría estado pirado de niño. Pero no es posible. Aunque los trastornos, los corporales, es algo corriente y moliente, si ese maestro no es capaz de todo eso, entonces él los quebrará, física y espiritualmente.

Pero para volver ahora a lo de la homosexualidad, entonces ya sentirá usted, enfermera, lo raquíticos, lo terroríficos, lo antinaturales que son esos médicos todavía con su bisturí. Yo no le veía para nada algo malo. Cuando uno tiene que ser operado los señores son de una habilidad asombrosa, el apéndice, cuántas cosas no se han ido edificando en los últimos cien años. Antes tenían que abrirles en canal conscientemente y entonces uno gritaba, había pérdida de sangre; uno de cada cien lo superaba. La pasada semana leí un artículo de esos: una operación de bilis hace cien años, era a vida o muerte, una de cada mil personas sobrevivía. Porque allí le abrían a uno de lado, en canal, conscientemente, era horrible, una tremenda pérdida de sangre, la gente tenía que morir. ¿Qué es lo que no se ha aprendido en cien años? Pero espiritualmente, el núcleo profundo para la vida, el alma y el espíritu de cara a un sistema, de una parte del organismo, eso todavía no se conoce. Y eso solo lo pueden conocer si conocen el cosmos, la edificación, cómo Dios se espiritualizó y densificó.

Así que cuando ese médico se ve ante la homosexualidad —y esa es su

pregunta: ¿es posible extirparla?— entonces me río de él en plena cara. Y, sí, él puede... yo, claro, a usted en dos segundos le puedo... no era necesario que hablara tanto tiempo, pero le podría haber explicado a ese gay ... esa cosa, en dos segundos, en dos palabras. Pero eso mejor lo piensa usted por su cuenta. Entonces, sin embargo, retiro todo de golpe, entonces ya no queda nada, nada. Entonces ya no es un homosexual, ya no es un padre ni una madre. Porque al fin y al cabo hacia eso vamos. Si interviene profundamente con su bisturí, no queda nada de esa madre y de ese padre.

(Señora en la sala):

—¿Es que entonces detienen la evolución material?

—Pueden hacerlo. Sí, hay tantas cosas. El ser humano que ya se quiere quitar de encima la homosexualidad tiene que ir a ver a los maestros en el otro lado, al médico espiritualmente consciente. Aquí, más adelante, también recibirán clases académicas. Todo esto de lo que estamos hablando lo tendrán que aprender enseguida, ¿no? Eso lo he visto en el otro lado, pero habrá que explicárselo a la universidad, ¿no? Dice: “Alto, un momento, señor, aquí ya no se extirpa nada”. De todas formas, esos médicos recibirán luego por medio del aparato de voz directa clases académicas del médico espiritual de la séptima esfera —este atraviesa el organismo con la mirada—; sabe, de todas formas, para qué sirven todos esos sistemas, sobre todo los maternos y paternos, ¿no? Allí ya no se... Para esas cosas no estará permitido extirpar nada, señor, usted sigue siendo homosexual, sin más, e intenta... eso no es homosexualidad, sino: desde la maternidad y la paternidad, y al revés; así que no le queda otra que aceptarlo. Usted todavía es así, luego vendrá... tiene que volver usted a la tierra, y eso es lo que hará. Y quien sea homosexual (véase el artículo ‘Homosexualidad’ en rulof.es) ya volverá —¿entiende?— porque será usted hombre o mujer; pero semiconscientemente, será usted madre de forma animal o padre de forma animal, creando, todo eso es posible. Pero en el otro lado no verá usted homosexualidad. Dicho de otro modo: tienen que volver todos. Tienen que convertirse en madres o padres. Porque no es posible, semiconscientemente para la paternidad y maternidad, no es posible empezar a vivir la primera esfera, ¿no? En la primera esfera se es al cien por cien o bien madre o padre, no, se es las dos cosas. Y si uno es eso a mitades, le faltará algo, entonces no hay felicidad allí en la primera esfera, ¿no? Así que, ¿para qué es la tierra? Para prepararles por medio de la paternidad y maternidad para esa felicidad espiritual. Porque allí uno será verdaderamente feliz. Pero entonces hay que ser madre o padre al cien por cien, creando y dando a luz. ¿No es normal eso? Así que esa gente regresa y se convierte en madre. Y resulta que aparece un médico que les mete el bisturí. ¿Qué quiere extirpar? Es simplemente desintegración. Y ya se extirpan tantas cosas. De eso podríamos seguir hablando veintiséis años. Pero entonces tiene que hacer las

preguntas, porque conozco cien mil, fácilmente. A esto le puedo dar cien mil respuestas. A mí no me sirve de nada, porque entonces nos vamos a la cosmología y nos ponemos a analizar esos órganos. Y esta noche no solo se trata de homosexualidad. Porque cada pregunta que usted hace tiene profundidad cósmica. Puedo convertirla sin más en un problema cósmico. Por cierto, eso lo hago siempre. Porque si solo dijera “pero, bueno”, “sí y no”, no les servirían de nada estas noches. Lo convierto en... Me remito a un montón de cosas, con las que tiene contacto y conexión. ¿No es así?

¿Ya no tiene nada al respecto?

(Señora en la sala):

—Los grados...

—Debería usted mirar un poco más. ¿No es usted enfermera?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Debería ir usted a mirar más en un hospital y así podrá disfrutarlo. Y entonces debería lanzárselo también alguna vez al médico, ya verá cómo le responde.

(Señora en la sala):

—Me preguntaría si estoy loca.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Entonces me encierran, y dirá: “Está usted loca”.

—Pues, cuando le haya dicho diez veces que está usted loca, a la décimo primera le dice usted: “Santo cielo, es cierto”. De dónde lo habrá sacado. He escuchado a muchachos en un psiquiátrico, leyeron mis libros, estuvieron aquí. Y dice el médico: “¿De dónde sacas esas cosas? Porque es cierto lo que cuentas”. Dice: “Pues, eso lo saco..., soy un discípulo de Jozef Rulof”. “¡Acabáramos!”. Y después vino otro: “Sí, doctor”. Dice: “¿Cómo es posible, verdad? Ahí estamos”. Digo: “Mejor cuenta exactamente lo que yo he dicho”. Lo que consigue, y no consiguió más. Dice: “Sí, es cierto”. Dice: “Doctor, no conoce usted el espíritu, no conoce el alma. El alma no la conoce usted para nada. Pero usted ni siquiera conoce el espíritu del ser humano, es la personalidad, son los sentimientos. Ni siquiera sabe usted qué sustenta el funcionamiento de todos los sistemas. ¿Cuánta fuerza posee el ser humano para poder encajar su choque eléctrico? ¿Qué consigue usted con eso? ¿Cómo es el sentimiento? ¿Cómo es la personalidad? ¿Cómo son los tejidos? ¿Qué es lo que nos despierta? Porque por el choque puede usted despertar una enfermedad material. ¿No sabía eso?”. Y entonces el hombre se levanta y dice: “Sí, porque lo hemos visto. Hubo allí uno que tuvo una pulmonía aguda por el choque”. “Sí, señor. Pero esa pulmonía ya estaba, doctor, y ahora se despertó”.

(Alguien en la sala):

—Sí.

—¿Quién dijo “sí”? Sí, señora, y así uno lo encaja todo. Y eso que no soy médico.

(Señora en la sala):

—Claro, estaba latente.

—Sí, todas lo están... Hace usted que..., con una transfusión sanguínea hace usted que despierten cosa, con un choque, esto y lo otro y mil cosas más. El ser humano no es normal. ¿Es sano? Lo que pasa es que todos ustedes lo piensan, pero todos están llenos de cálculos biliares y renales. Todos ustedes. Aquí no hay nadie que no tenga cálculos biliares. ¿No lo sabía usted? Y es imposible que no sea así, porque si no tiene cálculos entonces es que sus riñones ya no valen. Están llenos de cálculos, todos. No hay cuerpo que no tenga cálculos, no hay riñón que no...

¿Cómo dice, señora?

(Señora en la sala):

—Sí con bilis, pero no con piedras, ¿no?

—¿Piedras biliares?

(Señora en la sala):

—Sí, cómo duelen.

—No, señora.

(Señor en la sala):

—Cálculos biliares.

—No, también piedras. Me viene a ver una señora. Digo: “Sí, señora, puedo... tiene que ir usted al médico”. Solo llevaba cuatro días con dolores. Digo: “Señora, está usted llena de cálculos”. Y así he tenido a veinte personas, a cien. Digo: “Pues yo veo por lo menos...”, se nos juntó la hija, digo, “quizá haya hasta trescientos”. Y me dice: “¿Está usted loco de remate?” Señoras, ese día aparecieron trescientos cincuenta y cuatro. Mil doscientos. Grandes y pequeños. ¿Y usted se cree que está libre de cálculos? Entonces esa bilis ni siquiera vale, porque se petrificará. Dice: “Pero, señor, no lo sentí hasta ayer, antes de ayer”. Dije: “Señora, ya empezó usted de niña. Ya anda usted desde hace veinte, treinta años con esas piedras biliares”. Pero no recibían estímulos y ahora aparecen los nervios y va a empezar todo. Todo cuestiones nerviosas. Y es algo que los médicos reconocen plenamente, porque hay prisas, no hay prácticamente nadie que se libre de los cálculos renales o biliares. ¿Un ser humano sin cálculos? ¿Sin cálculos biliares? Sería una revelación, una revelación. O sea, trescientos cinco, trescientos veinte, y otra persona doscientos dieciocho. Digo: “No consigo sacarlos”. Un cálculo renal aún lo consigo eliminar, pero entonces tiene que estar justamente a una altura por la que... por medio de los movimientos de roce magnético se consigue un estado mucoso alrededor de esa piedra y entonces tiene que soltarse. Porque es como

si tuviera usted una florecilla —como en la naturaleza, ¿entiende?— que se queda colgada en cualquier parte, un capullito de esos: una piedra es igual, se adhiere como una ventosa y es cortante, y entonces... si estimula cualquier parte, le entran ganas de gritar de dolor, tiene ataques y ya no aguanta más. Pero están depositados en una mucosa como de plumón, tan a gusto, es un aura, otra vez igual que la tierra en la atmósfera, y es allí donde se encuentran todas esas piedrecitas feas. Si están por dentro, ya no las consigo sacar. De muchas..., ya me he deshecho de muchas, pero entonces, entonces era necesario verlas y así era posible, de lo contrario ya pueden estar haciendo movimientos de roce magnético durante mil años y aun así las tendrán. Pero era posible. Digo: “Señora, vendrá por sí sola”. Y después, cuando se suelta, es un dolor terrible, lo desgarrar y destroza todo. Pero, bueno.

(Señora en la sala):

—Señor, es posible nacer con un riñón calcificado?

—¿Un niño?

(Señora en la sala):

—Sí, nacer con un riñón calcificado.

—Sí, todo es posible. Tiene usted... hace poco leí y oí, y lo supe por un médico: había alguien que por dentro estaba completamente calcificado, diferentes órganos.

(Señora en la sala):

—Sí, tengo un hijo que nació con un riñón calcificado.

—Sí, es posible. Es posible, un riñón calcificado, uno que esté calcificado, es posible que usted..., es lo que tiene la bilis. Han surgido estados extraños que hacen que el ser humano se petrifique. Y eso ya puede comenzar con el nacimiento. Ya puede empezar en usted. También es posible. Las madres han dado a luz a los estados más extraños. Son trastornos, nada más que trastornos físicos, son trastornos físicos. Pero es horrible, ¿verdad que sí?

(Señora en la sala):

—Estuve ingresada y en el hospital había un hombre que se estaba petrificando del todo.

—Sí, eso también se da. Y esa enfermedad ya es antigua, data de hace mil doscientos años, mil trescientos, mil cuatrocientos, mil quinientos años, entonces se daba mucho, ahora ya no se oye hablar mucho de ella. Pero esa enfermedad ya es más antigua que Matusalén y todavía no saben qué es.

(Señora en la sala):

—¿No es también como si se estuviera calcificando?

—Calcificación. Claro, es una... Ya entenderá usted que..., aquí hay algo que falla y aquí hay..., aquí falla algo en el sistema endocrino. También está decididamente en los sistemas endocrinos, porque estos... si las glándulas no alimentan, nos calcificamos en poco tiempo. Eso hace que... entonces se seca

y después, por los ácidos que hay en el cuerpo, se calcifica. Los ácidos sirven como la ..., digamos como la cal que pega las piedras en una casa que se está construyendo. Así es como todas esas mucosas y esos sistemas endocrinos tienen una función y tarea pero esto esto esto y esto, para la circulación sanguínea y todas esas cosas. Pero los sistemas endocrinos para cada órgano, hasta las células más pequeñas... Somos un solo sistema, en el fondo somos un solo sistema endocrino. ¿Entiende? Hay tan pocos órganos..., órganos nobles que se puedan sentir... y que tengan espacio y elasticidad, son tan pocos, porque todo, sin excepción, es una sola célula, es un solo sistema endocrino. Y cada órgano tiene sistemas endocrinos propios, porque son los sistemas para alimentar los canales, la cosa en sí, la gasolina para el motor. Y si desmonta usted una parte humana de esas, verá milagros, pero entonces hay que comprender los sistemas de las mucosidades, los sistemas endocrinos. Y si no lo hay...

Traté a una señora que no había comido en siete años, eso era peor. Y estaba bien... bien... eh... gorda. Ya se lo he contado. Nadie se lo creía, el médico tampoco. Dice: “Eso cuéntaselo a tu abuela”. Entonces dice su hermana: “Ya tampoco me lo creo”. Ni el cuñado. Dice ella: “Es horroroso, horroroso, horroroso”. Dice: “Señor, lo que más me duele es que se rían de mí, no me creen”. Digo: “Voy a ir allí”. Y fue allí, estuvo tres meses con la hermana, y esta que se pone enferma de miedo. No comió en dos meses. Entonces dijo: “Pero, Dios santo, no te pasa nada”. Dice: “Sí, qué milagro, ya no puedo comer”. Pero sí un poco de té y esas cosas, aunque ya nunca comer. Vivía de mis fuerzas. Con solo ir un rato y ponerme cerca de ella —jjj jjj jjj, el cuerpo ya se iba—, así, un momento, detrás... Digo: “Bueno, por hoy ya tienes suficiente”. Un momento, así, dos minutos, porque entonces ya empezaba. Y entonces tenía que... le entraba un hipo muy fuerte, empezaba a trabajar el estómago, entonces tenía que trabajar un poco y después ya volvía a bajar. Y así podía tirar unos dos meses de esa fuerza. Tuve que desprenderme de ella durante la guerra, porque era un manojito de huesos. Entonces tampoco le hacía falta... Había perdido peso en la guerra, como todo el mundo, y ella estaba como... cielos... Entonces decía le gente... Dijo ella: “Ahora estoy incluso peor”. Y la gente: “Claro, tú tendrás de todo en tu sótano”. Dice ella: “¿No es horrible, señor Rulof? Ahora encima piensan que como de todo”. “Sí, también esa chimenea humeaba esta mañana, claro, se habrán hecho unos bistecs”. “Mira esa mujer. Tiene un color estupendo, ¿verdad?, como una manzana”. Sin comer nada en siete, ocho, nueve años. La tildaban de trabajar en el mercado negro.

Pero ya ven todas las cosas que se pueden vivir por esos problemas. Y así podemos seguir. Pero no es mi intención ponerme a jugar esta noche a ser médico. Pero cuando hablan de eso tendrán que reconocer, enfermera, que

el ser humano, también los eruditos, saben todavía muy poco del organismo humano. Y eso, por cierto, lo dicen ellos mismos.

(Señora en la sala):

—¿A qué se debe que los cálculos renales brillen tanto?

—¿Que el riñón brille?

(Señora en la sala):

—Los cálculos renales.

—¿Que brillan? ¿No lo sabe usted?

(Señora en la sala):

—Como diamantes.

(Señora en la sala):

—¿No lo sabe? ¿Ha visto usted alguna vez una piedra que no brille en el agua? Se refiere usted nuevamente al mar. Si usted a esas piedras... ese riñón no hace otra cosa que... es una draga. Es... Lo que hace un planeta para el espacio lo hace el riñón para el organismo humano; mantiene el tinglado limpio, lo limpia, ¿verdad? El riñón es un aspirador de arena, el limpiador del organismo humano. Y lo atraviesa el agua, entero... es como una esponja, y así todo el día. Ojalá pudiera ver usted cómo funciona todo eso. Cada miembro del cuerpo en el otro lado lo he... ¿Ha leído usted 'Los pueblos de la tierra'? Porque allí lo pone, porque puede usted..., en el Templo de los Médicos, allí lo tienen todo, allí les pueden mostrar al ser humano, espiritualmente vivo, cada organismo funciona a pleno rendimiento por los maestros, por mí. Si ese cuerpo es suyo, puede hacerlo trabajar allí y atravesarlo con la mirada y así podrá ver cómo es el flujo de la sangre, lo atraviesa usted sin problema. Y después, si usted..., por eso vuelvo a decir: una piedra en el agua, ¿alguna vez la ha...? Saque alguna vez una piedra del mar o de un estado enlodado, en las aguas, donde sea...; ¿alguna vez estuvo negra, o rugosa o sucia? No es posible, ¿no? Es pulida hasta quedar limpia. Y entonces se va formando..., es un tejido fino, otra sustancia más, digamos, se adhiere lentamente como una ventosa, se pega y se va formando, se endurece. El universo que se dilata como leyes elementales tiene lugar en el riñón humano y en la vesícula biliar. ¿Tan incomprensible es eso? ¿Tenía alguna cosa más?

(Señor en la sala):

—Alguna vez he visto un cálculo renal, parecía más bien porcelana.

—Sí, señor, son muy planas. Yo... nosotros las hemos pintado. Yongchi las pintó en el pasado, dice: "Allí tienes un cálculo renal".

(Señor en la sala):

—Como una aguja.

—Sí, señor, como de un abedul, de un árbol, una aguja fina, un fino tejido de un olmo, por ejemplo, o un cas..., no, un castaño no, un árbol de caoba... puede usted... Un cálculo renal es igual de liso, puede ser igual de liso y refle-

jar de igual manera... es la piedra animal para la esmeralda y un ámbar. Este cálculo renal, si llegara a tener un poco de color, la gente se lo pondría en la solapa de los abrigos. Pero no es más que una cosa gris. Y ¿por qué es gris, señor? Gris oscuro, algo así. ¿Por qué?

(Una señora dice algo, otra señora también, se solapan).

¿Cómo dice, señora?

(Señora en la sala):

—Es el primer estadio de una piedra.

—No, creo que no lo adivinará nunca esta noche.

(Señora en la sala):

—Porque nunca ha estado expuesta a la luz del sol.

—Vaya, qué cosas dice usted: eso no ha conocido la luz, y todo lo que tiene luz adquiere color. Señora mía, enhorabuena, eso es muy hermoso, muy profundo. Sí, ya ve usted, aun así avanzamos. ¿No le parece? Pero eso no conoció la luz del sol. Todo lo que está en la oscuridad se queda sin color. En los mares sí, pero tampoco es que sean los colores de la conciencia diurna, porque..., mire, debería usted, a eso se puede... ahora vamos a empezar con un biólogo, con un geólogo, el hombre, el conocedor de las aguas: “Doctor, ¿por qué tiene esta anémona ese color?”. Cuando nos ponemos a hablar de colores: “¿Por qué no tiene la flor de las aguas el color del espacio?”. Y entonces dice él: “Sí, es cierto”. Digo: “No, señor, es la sombra del mono y del ser humano”. El ser humano es un mono, el ser humano es un mono, sí. Y el mono es un ser humano. Darwin dice: “El ser humano nació del mono”. No, señor: el mono es la sombra del ser humano, y esas piedras de las aguas son la sombra de la planta y la flor al nivel de la conciencia terrestre. ¿No le parece divertido?

(Alguien en la sala):

—Fenomenal.

—Fenomenal, sí. Eso lo volvemos a ver todo, todo eso está abierto. Si tuviera aquí al biólogo, se volvería completamente chiflado del deseo de llegar a saber eso. Puedo contarles mucho más, pero no me sirve de nada, porque luego me lo devuelven todo. Alguno que otro dice: “Ay, Dios, ¿cómo es posible? ¿Cómo es posible?”. No me sirve de nada, porque atraviesa el espacio, así, sin más, y vuelve a irse volando. Sí, ese cacharro (la grabadora) lo graba, pero allá tampoco lo comprenden.

(Señor en la sala):

—Señor, Rulof, ¿me permite preguntarle algo?

—No, la señora quería hacer una pregunta.

(Señora en la sala):

—Quería preguntarle algo, señor Rulof. Una perla en una ostra, eso que le ocurre al animal, ¿es entonces en el fondo lo mismo que lo que tiene el ser humano?

—Así que usted diría: una perla en una ostra, ¿será un cálculo renal, igual que uno del ser humano, o que el cálculo biliar? Señora, la perla... Quién sabe... ¿Sabe el ser humano ya también algo de la ostra? ¿De de lo que en realidad significa esa perla en la ostra? ¿Y de por qué una especie la tiene y la otra no? Claro, ahora la gente pensará: ese hombre de allá, ese tipo piensa que entiende de todo. Pero la voy a desafiar.

(Señora en la sala):

—¿Es una lágrima?

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—¿Es un llanto?

—Sí, para el mundo. Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Eso leí una vez.

—Sí, es un bonito cuento de hadas. Es la lágrima... una humana... es una lágrima. Esa ostra ha llorado hasta más no poder, eso ha producido la perla. No, eso lo dice el ser humano, mire, por eso esa cosa es tan cara.

(La gente en la sala se pone a hablar).

Por eso esa cosa es ahora tan cara.

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Segregación.

—Sí, ¿de qué?

(Señora en la sala):

—Un granito de arena, alrededor.

—Sí, esa cosa material, pero tiene un significado divino. Es una paternidad y maternidad natural. Pero hay más. Mire, se lo explicaré, porque no lo va a averiguar. En cada célula que Dios ha creado vive la esencia espiritual como espacio. Y ahora resulta que esa ostra —la llaman la perla de los mares, ¿verdad?— no solo ha transformado los sentimientos en esa perla, sino además el ojo, la personalidad y todo, también la paternidad. Es como si la paternidad de esta vida poseyera el ojo humano de las aguas. De modo que la conciencia agua se ha revelado aquí como diamante, que también en la planta... todo eso nació en la aguas, pero tiene fuego... una piedra, un diamante, una esmeralda, solo tiene... y sangre... un ópalo, y así muchas más, todas esas piedras preciosas han sido construidas, paridas y creadas por el fuego, por el calentamiento de la madre tierra. Y cuando empezaron a enfriarse adquirieron color. Así que eso es conciencia terrestre —¿entiende usted?—, así que da a luz y crea, porque puedo explicarle si la piedra es madre y padre, porque llegar usted a tener conciencia paternal en todo, y maternidad. También en los diamantes y las perlas. Porque el diamante es..., el diamante más caro es

como si dijéramos..., crea, e irradia luz desde todas partes, pero la madre... Así que allí tenemos otra vez siete grados antes de que esa piedra también haya completado esa evolución —porque esa piedra, una planta, un trozo de hierba, y cualquier cosa que sea, en todo vive la paternidad y la maternidad y pueden vivirse las siete transiciones—, hasta que se posee esa irradiación como piedra, que ahora llamamos diamante. A eso lo llamamos diamante. Pero para Dios, para la creación eso sí que tiene un significado muy diferente, y entonces llegamos a tener solo la conciencia más elevada en este grado, o sea, ese estado como piedra, autoridad masculina o materna, entidad, recibida por la tierra. Así que la madre tierra es madre, padre, y dió a toda su vida autoridad materna, paterna. Y ahora tenemos piedras preciosas y también las hay en los mares, y eso es, pues, la ostra, y si uno se adentra mucho más en los mares, mucho más, entonces uno encontrará... —aún nadie lo ha conseguido—, pero de allí viene, y entonces verá ostras, quizá con perlas así. Y entonces estamos ante la paternidad y la maternidad para las aguas como ostra. Como ostra. Y entonces la concha de la ostra es la atmósfera para ese animalito, y el insecto que hay dentro, esa vida, ha surgido por ese pez, por este y el otro. El pez salió del ser humano, el animal salió del ser humano, y ese pez, a su vez, dió a luz; y en ese y aquel grado y allí y allá salió a la luz la ostra. Y todo eso se puede seguir y ver con los maestros. Yo he visto esas cosas. Por eso podemos escribir cien millones de libros.

Si usted donde el experto de diamantes... —yo no lo soy, no soy médico, no soy pintor, no soy escritor, no soy nada, pero los maestros lo saben todo—, entonces a ese hombre..., le hablaré, hasta volverlo loco, del conocimiento sobre diamantes y esmeraldas. Puedo decirle al artista el violín que tiene. Digo: “Señor, usted no tiene un Stradivarius”. ¿Qué es Stradivarius para su violín? ¿Quiéren empezar a hablar de música? ¿De esculturas? ¿De todo lo que tiene la tierra? Todo, créanme, es sentimiento. Y si conocen esa cosa y si conocen el espacio, pues entonces saben cómo surgió esa cosa como materia, y entonces conocen el espíritu, conocen el alma, conocen el grado propio, la sintonización y todo.

(Al técnico de sonido): ¿Un segundo más?

Señoras y señores, les espera el diamante como té. Eso, en cambio, es otra conciencia.

DESCANSO

Señoras y señores, tengo aquí una pregunta: “Llevo poco tiempo aquí”, esto también está muy complicado de leer, tendré que estudiarlo un momento, “cuando llevaba poco tiempo...”. ¿De quién es esto? ¿Puede ayudarme?

(Señora en la sala):

—Creo que es mío, no lo sé.

—”...cuando solo llevaba poco tiempo...allí”, ¿es posible “dado que solo llevo poco tiempo?”.

(Señora en la sala):

—Sí, allí.

—“Dado que llevo poco tiempo yendo a sus noches informativas, y dado que por tanto no he avanzado mucho con su doctrina ni estoy muy informado de ella, pregunto, pues, lo siguiente: desde hace algunas noches me choca que cuando llego a casa en la oscuridad de la noche y abro la puerta me encuentro en el peldaño de abajo, de la escalera de abajo, una sombra humana. Es solo un instante, después vuelve a desaparecer. Solo es en la escalera, porque arriba, en el pasillo, donde tampoco hay luz, ya no percibo esa aparición”.

Y ¿qué quiere saber sobre eso? ¿Que si es auténtica, señora?

(Señora en la sala):

—Sí, no sé que debo pensar al respecto.

—No tiene que pensar nada al respecto y tampoco debe hacerle caso alguno. No es descartable. La casa, ¿es nueva? ¿Es antigua?

(Señora en la sala):

—No, vivo allí desde hace quince años.

—Y ¿antes nunca la vio?

(Señora en la sala):

—Jamás.

Y desde que viene aquí, ¿es como si se hubiera traído usted a alguien, que la espera?

(Señora en la sala):

—Sí, yo es que tampoco me aclaro...

—Y ¿es una persona joven? ¿De edad avanzada?

(Señora en la sala):

—Es que es una sombra.

—Una sombra.

(Señora en la sala):

—Desaparece así, como un rayo. Y arriba, donde tampoco hay luz, pues allí no me pasa.

—Mire, sí, naturalmente, tiene usted... Esas cosas las he presenciado mil veces, pero entonces significaban algo, ¿entiende? Conmigo no pasaba nada o había algo. Regreso de mis enfermos... Cosas tan extrañas, ya conozco esas sombras. Y eso, claro, tiene un significado profundo, un significado infinito, y tiene que ver con aquel y tiene que ver con aquella y con esta quizá ni siquiera. Pero entonces volvía de un enfermo y me estaba esperando alguien la escalera. Dice: “¿Me ve?”. Digo: “Sí, ¿qué ocurre?”. Y entonces dijo:

“Esta tarde vendrá una señora que necesita ayuda urgente, porque su hija está gravemente enferma, y yo soy el padre. Esto... Cuando llegue ella váyase usted por favor de inmediato, porque es una pulmonía, y por eso yo ya lo estaba esperando a usted”. Así que el espíritu, el padre, la hija, y la criatura, claro, era un contacto hermoso. Ese padre ya estaba esperando a mi maestro para...

(Señora en la sala):

—Sí, ¿fantasmas?

—No... a mi maestro para ayudar a esa niña. Y vino una... por la tarde, hacia las tres, vino esa hija y digo: “Ya lo sé”. Digo: “Porque...”. Entonces yo ya era capaz de dar pruebas a esa mujer, así confiaría, claro, eso era algo, en cambio, que consentía mi maestro. Y dice él: “Adelante, manifiéstese, sin problema, él ya lo captará”. Esto es lo que me recordó aquello al instante. Llega la señora y digo: “Señora, no hace falta que me cuente nada, porque su hija está enferma. Tiene una niña de cinco años, es rubia, tiene un aspecto tal y cual”. “Cómo es posible, señor?”. Así que allí tuve una clarividencia al margen de todo, directamente desde el otro lado, y eso ya no pudo haber sido telepatía. Y así es como empecé a tener mis fenómenos. Esas sombras están por todas partes. Las atravieso a diario cuando camino. Y unos seres humanos son sensitivos, y otros no. Pero lo que tiene que hacer, cuando la vea, es seguir andando como si nada, y quizá más tarde se vuelva a manifestar alguna vez.

¿Es usted muy sensitiva?

(Señora en la sala):

—Es curioso, nunca lo he presenciado.

—¿Es usted muy sensitiva?

Puedo contarle mil historias sobre eso. Otros también verán una sombra de esas, compra una casa, entra en una habitación y —al comienzo no— de pronto por la noche... también se va a un concierto, y hay una sombra en esa habitación. Entonces dijo: “Curioso”. Entonces empezaba a estar fría, luego le entraban calores, y eso era... entonces empezó, había establecido contacto. Aunque, claro, esas cosas son justamente las que no quiero contarle, si no hasta va a acercarse usted misma a la sombra. No, mejor no lo haré. Entonces vino a verme más tarde, le digo: “Sí, ¿usted vive en tal y cual sitio?”. “Sí...”. Digo: “Mire, en su aura vive esto, esto y esto, y será mejor que se mude usted lo antes posible de allí”.

Pero eso usted no lo tiene que hacer. Así que, naturalmente, llegará a ver usted otro mundo, y este no se lo quiero despertar, porque puede... Si veo esa sombra, sé para qué significado y para qué objetivo, y entonces la puedo seguir y sé si es buena o mala, o si fue antes, si era para otra persona, si no tiene que ver con usted. Mire, ahora es usted muy sensitiva... porque a diario atraviesa miles de sombras mientras va caminando y no las ve. Y allí desde

luego que es algo. Pero ¿no puede ser la propia sombra, de usted misma, que usted ve así, como si dijéramos? (La señora en la sala hace, por lo visto, una señal de negación). No, una muy diferente.

Había una señora...

(Señora en la sala):

—Pero es que no tengo miedo para nada.

—Ni falta que hace.

(Señora en la sala):

—... cuando llego pienso: ‘Vaya, ¿y eso qué es?’. Y subo la escalera como si nada.

—Porque si de verdad reacciona ante esa sombra y la sigue y es usted como si dijéramos un poco sentimental e hipersensible, ya me entiende, saldrán las peores desgracias, porque esa gente se aferra a esas cosas. Y ahora digo yo: déjela pasar, mejor atraviésela cuando vaya caminando. Y diga: “Buenas noches, señor, muy buenas. Debe de hacer frío allí fuera, ¿no?”. Enseguida comenzaré con una historieta. Digo: “¿Qué pintas tú aquí? Todo ese espacio, tienes un espacio y ¿te vienes a sentar en esta triste escalera? Pues mal andamos”.

(Señora en la sala):

—No, lo que es sentarse no se sienta, es alto, está dando saltos.

—Bien, pues deje que se quede allí y que se vaya volando, planeando por el espacio.

Pero digo: “¿Quiere fumar, señor? ¿Tabaco?”. Dice: “Pero si ya no puedo fumar, ¿no?”. Digo: “Ah, entonces resulta que sí que entiendes que ya no puedes fumar. No: eres un espíritu, eres una sombra”. Enseguida empezaré una historieta. Y quizá una de tonterías. “Tienes espacio y ahora estás sentado aquí en la escalera. ¿A quién estás esperando? ¿Al ayudante de San Nicolás?”.

(Risas).

Entonces digo, y en alemán: “Aquí de todas formas no hay ayudantes de San Nicolás”.

(Risas).

Pero, mire, esa sombra puede tener que ver con usted y con otro, pero lo mejor es que no reaccione. Y no tengo otra explicación, porque no tengo contacto. Mejor supongamos que ese hombre no está esperando al ayudante de San Nicolás. Pero, señora, ha habido más personas a quienes les ha pasado eso. De pronto esto, de pronto lo otro. Curioso, oyen esto o ven aquello.

Hace años, en mi calle..., y me dice ella: “Es curioso, señor”. Eso le había llegado, que yo estaba loco, en esa calle, y entonces pensaron: quizá sea yo quien hace esas cosas al vivir en la misma calle. Y entonces, a cierta hora, empezó a... siempre empezaba a parpadear la luz del pasillo a cierta hora. Y tuve

que tener cuidado. Y hubo otro que dijo: “Vamos, déjate de cosas”. Por aquellos tiempos ya me consideraban un mago negro, claro, porque seguramente estaría embrujando ese timbre. Digo: “Pues, señora, mire, cuando haya llegado el momento ya la avisaré primero”. Digo: “Alguna vez he estado haciendo brujería, señora”. Digo: “Porque”, digo, “la prueba... Esa puerta de allí”, digo, “encaja exactamente sobre mi llave”. Entonces quise ir rápidamente a casa, pero subí dos portales antes del mío. Y allí estaba, pienso: ‘¿Qué? Pero, si no tenemos un bebé ni un cochechito para llevarlo. Y tenemos una moqueta muy diferente. Y ya tenía mi sombrero en el perchero, quería entrar ya, tan a gusto, pienso. ‘Santo cielo’, había otra cama allí. Y no la tenemos en el salón de delante, ¿no? Resulta que estoy en casa de otra gente, vaya. Si me hubieran visto, habría estado ahora en la cárcel. Lo hice sin querer.

A ver: ¿quién ha visto más sombras?

Sí, pero ahora todos vamos a tener sombras, señora, esta noche. Pero mejor no entre en eso. Mire, usted diga: “Alto, alto, alto, alto”.

(Señora en la sala):

—Bueno, ya se me irá, imagino.

—Claro que sí... si usted percibe de verdad de forma densamente material o espiritual, debería empezar alguna vez una charla, una historieta. Quizá le diga él de dónde viene, si es masculino, o si es una señora.

(Señora en la sala):

—No podrá ser, porque desaparece en un abrir y cerrar de ojos.

—Así que entonces ni siquiera pretende hablar; encima descarado. Llega usted arriba y entonces se van corriendo. Pues, hay que ver, ¿no? Siento curiosidad por saber si lo volverá a ver esta noche. Quizá esté esperándola, ese erudito o esa alma, y solo quiera saludarla cortésmente.

Sí. Y ahora a mirar bien. Enseguida miraré qué religión tiene. Espero que usted lo entienda bien, porque con la personalidad astral hago majaderías.

Vino alguien a mi casa. Piensan, ese mundo astral, piensan que los seres humanos, los seres humanos materiales, que estamos locos. Me viene alguien al salón. Eso es posible conmigo, del mundo astral, en toda mi casa, puedo cerrar La Haya. Blindé Holanda para una persona enferma, señora —¿no lo leyó, con Betje, en ‘Las máscaras y los seres humanos’, no, en ‘Dones espirituales’?—, la estuve tratando, la hemos tratado, y entonces lo que hicimos fue blindar La Haya. Y entonces pudo salir de La Haya, un solo paso fuera de la ciudad; ni siquiera se había alejado mucho cuando ya la agarraron otra vez, empezó a gritar, era como si se asfixiara. Entonces dijo: “Cómo es posible”. Digo: “Puede salir de la calle, pero nada más”. Sale de la calle. Pero en la esquina estaba otra vez ese demonio. Y entonces él tuvo que salir de La Haya y lo hemos echado del país, fuera del país. Pero esas cosas las hemos vivido.

Y después también me vinieron a ver a mí. Me dice: “Le haré escribir”.

Vino, llevaba una bonita pajarita, así. Me lo quedé mirando, sentado delante de la máquina de escribir, el maestro Alcar estaba escribiendo y se desprende mí. Pienso: 'Pues ese cuello no lo ha visto mi maestro'. "Lo haré mundialmente famoso", dice. "Estos libros son buenos para personas que lo aceptan todo, pero tienen que contener un estímulo, una salsita". Digo: "¿Quién es usted?". "Soy un poeta belga". Y entonces se puso a componer poemas. "¿Me permite? ¿Me permite? Mejor entréguese y así se lo mostraré. Es una novela hermosa, se hará usted famoso en el mundo entero". Digo: "Estupendo". Me quedé mirándole a los ojos al maestro Alcar: que siga un poco más con sus chapuzas. Digo: "Pues, adelante". Y me agarra, se pone a escribir. Dice: "¡Estoy en el ello, estoy en elollo!". Dije: "Sí, lo sé". Ya estaba yo de pie a su lado, pero me sujetaba a mí mismo. Y allí ya está el maestro Alcar, directamente. Y entonces dejamos que chapuceara un poco en la máquina. Y empieza, cinco, cuatro páginas, cinco. Digo: "Y ahora ya basta". Vuelvo de golpe, agarro las páginas, digo: "Mire". ¡Juit! Y al mismo tiempo se me lanza al cuello, aquí. Digo: "¡Y ahora fuera de aquí!". Se largó. Me fui a la cocina, señora, tenía la huella del pulgar y de la mano en la garganta: un moratón. Digo a mi mujer: "¿Ves algo?". Dice: "Está morado, ¿qué es eso?". Digo: "Había un espíritu, quería estrangularme. Quería escribir un hermoso libro, pero primero me estranguló". Entonces dijo el maestro Alcar: "Ese ya no volverá a la tierra en cien mil años, ya se ha enterado para siempre". Mire, esas cosas... Puedo estar hablando día y noche con seres astrales, pero los atravieso sin más, caminando.

A cada instante puede usted vivir el contacto con el otro lado, con solo conservar la normalidad. Pero si empieza usted a ver, ya no es normal. Entonces se pierde a sí misma. Eso lo veo diariamente con la gente, también se lo oigo decir diariamente. "Ah". Sí, si me pongo a hacer "Ah" y me habla la luna, entonces me destruye. El maestro Alcar dice: "Hay que seguir siendo corriente y moliente. Son sombras, no estás tratando con sombras. A ves si les preguntas algo cuando las veas". Y a medida que me fui desarrollando y recibiendo, empecé a hacerle preguntas a ese señor y le tomaba el pelo, de modo completamente humano. Y ahora dice usted: "Sí, pero se interpone la muerte". No, no hay muerte. Diría: "Señor, menudo lelo que es usted por sentarse aquí en la escalera", si yo viera esa sombra suya. Diría: "¿Qué quieres? ¿Qué clase de diversión es esa de sentarse en esta calle enlodada? Todo eso es lodo en la tierra". Diría: "¿No hace frío aquí?". Diría: "¿Quiere un buen puro? Vamos, entre un rato". Diría: "Inténtelo y pase por el umbral". "Vaya, vaya", infranqueable para ellas, eso es mío, ese barrio está blindado. Está allí sentada. ¿Qué ogro es ese que está sentado allí en La Haya? Se ha adueñado ahora de La Haya. Quizá también lo intente en París, eso de sentarse por la noche para dejarse ver brevemente, para que el ser humano vea una sombra.

“Señor, ¿no tiene más que eso?”

Y entonces usted tiene que... Los espiritistas, ellos reaccionan, quieren... Ahora alguien con un poco de... Gracias a Dios, conserva usted el pragmatismo. Las trato, usted también se da cuenta, trato esas cosas con el más absoluto pragmatismo. Y ahora tengo un espiritista al que le encantaría ser médium: “¡He visto algo! ¡Oh! ¡He visto! ¡Lo vi!”. Entonces te metes en eso. “¡Lo vi! ¡Lo he visto yo mismo!”. Sí, lo vieron. En dos meses se habían vuelto chiflados, por las visiones de ella. Porque entonces empezaron a desear y fueron atrayendo las sombras, pero no sabían quiénes eran. Y aquí: “Ah, sí, sí, ah, sé exactamente lo que es la clarividencia, porque yo también vi esa sombra. Y ahora escribo”. Sí, de mal en peor. Es así de peligroso.

Siga usted siendo bien pragmática, señora, y pregúntele mejor, a esa sombra, si le apetece un panecillo. Quizá ese sercillo humano tenga hambre. Si resultara ser una madre o un padre... Esto, mira, todo nos apunta a esa intelectualidad y a un pensamiento humano normal. Nosotros, como seres humanos aquí en la tierra, tampoco vamos a sentarnos... en un portal, ¿no?, ni hacemos “Tsss”, soplando a alguien para darle miedo. Porque quien sea sensible y entre al trapo ya se va —¿entienden?— por el camino equivocado. Va al pensamiento y sentimiento de esa sombra. Eso no es normal, ¿no? ¿Qué pensamiento humano normal hace esas cosas? Mire, entre por favor en el mundo espiritualista. Frederik —¿leyó usted mi ‘Las máscaras y los seres humanos’?—, entonces está... y dice... está durmiendo y desde fuera entra... la luz de la farola fuera entra por las ventanas y es como si hiciera una cruz, y eso su ojo lo capta al instante, y durante el sueño lo percibe, por dentro. Se despierta y dice: “He visto la señal de la cruz”. Y entonces miró a través de... “Caramba, mira allí”. Entonces la vio allí, a través de las cortinas. Lo había integrado en el sueño. “Pero un espiritista”, dice, “claro, ese sale corriendo y piensa que por allí también andaba Nuestro Señor”. Pero, en fin, era la farola de la calle. Allí está ese enorme pensamiento y análisis pragmático. Porque si lo eres, ya ves suficiente. Puedo ver todo y nunca pregunto por ello, no quiero verlo, solo si es necesario. Y entonces, si es necesario, es que es algo. Pero ¿por qué íbamos a perder más tiempo con esa sombra? Si yo... Yo encantado, si... quizá pase algo, sí que oiga usted algo, vea algo, y más cosas. Pero mejor siga estando lo más pragmático posible.

¿Quién tiene más preguntas?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—En la parte 3 de ‘El origen del universo’ pone que hubo tres problemas que el maestro Alcar enseñó a André. El primero fue el nacimiento y la

muerte de Cristo en el Gólgota, y el tercer problema fue la celebración de la Navidad en la eternidad... su celebración en las...

—Esferas.

—...esferas era eterna. ¿Qué es lo que se quiere decir con eso en realidad?”

Cada pensamiento, señor, que usted vaya construyendo tiene que proporcionarle conciencia eterna. Esa es la celebración de la Navidad. Cuando la celebre, aquí —no me diga que no es hermoso, que no es poderoso, ¿no?—, estará con todo su carácter en la primera esfera. Pero es que entonces lo es. Eso es siempre, el nacimiento espiritual es eterno —no solo para Cristo, pero de usted mismo y para usted mismo y para todo el mundo— y está presente en esa tarea. Eso es lo eterno de la celebración de la Navidad que hay en el interior de usted. Y luego está la celebración navideña si uno... Dentro de poco toca, pero en las esferas ya lo tienen, como si dijéramos, a las espaldas, si lo quiere ver usted de modo material; eso ya ha pasado. Porque Cristo nació en agosto, no en invierno. ¿Sabían eso?

(Señor en la sala):

—Sí, lo ha dicho más de una vez. Sabía que había nacido en verano, pero no en agosto, en julio.

—En verano, en julio, agosto, pero en agosto, no hemos mencionado ningún nombre, pero lo sé de Cesarino. Si Cristo hubiera nacido en invierno, se habría congelado, ¿no? Pero la celebración de la Navidad en las esferas ya pasó hace mucho, y nunca pasa, porque vivirán ustedes eternamente en el nacimiento y el pensamiento y la vida de Cristo. Eso jamás se muere. Eso es eterno. Todo lo que es de usted, señor, es eterno, todo lo que forme parte de su yo divino. Y ese yo divino ya vive en usted, pero tiene ahora todavía una conciencia o inconciencia humana. Pero la chispa de Dios para todo, para el alma... ¿Estuvo usted el domingo en (la sala) Diligencia (conferencia 42: ‘La Omnifuerza para el ser humano’)? Entonces ya lo sabe. Todo eso está en ustedes. Pero si creen que tienen luz espiritual en su carácter, entonces ya diremos: no, eso todavía no es posible. ¿Y es así, en efecto?

(Señor en la sala):

—Creo que sí.

—¿Ya tiene usted luz espiritual?

(Señor en la sala):

—No, no podría tenerla, solo luz material. Y eso probablemente es...

—No, señor, ni siquiera tiene todavía luz material normal al cien por cien. Nadie de nosotros la tiene todavía para nuestros rasgos de carácter. ¿Sabe lo que es eso? Si tiene usted felicidad material, tendrá el amor armonioso de la creación entera. ¿La tenemos?

(Señor en la sala):

—No.

—Mire, ni siquiera amamos de forma material.

(Señor en la sala):

—Bueno, en el fondo sí, me parece.

—No, señor, lo que usted llama amor forma parte del cuerpo, no del espíritu. ¿Consigue procesarlo? Amamos, señor, todos amamos. Pero ¿de verdad pensaba que...? Se engaña a sí mismo si dice: “Amo”. El maestro Alcar me dice: “¿Tú amas?”. Digo: “No, ahora veo que me amo a mí mismo, pero no a otra persona”. Digo: “Amo a esa persona como materia, pero con el espíritu, con eso aún tengo que empezar”. Y quiere decir usted, señor y señora, que sin duda ama al ser humano en el espíritu? Al ser humano espiritual en el ser humano ni siquiera lo conoce todavía. Y ¿me quiere decir, pues, señor, que quiere hablar de amor? Todos tenemos que empezar con eso todavía. Lo que amamos es la personalidad, esa personalidad material, esa mujer, ese hombre. Pero ¿conoce usted el espíritu de esa vida? ¿Lo ama? Pues entonces, señor, entonces nos pueden quebrar en cualquier momento, porque a cada momento sucumbimos. Porque entonces nos rebelamos contra lo espiritual en el ser humano. ¿Cierto o no, madre? ¿No es así? ¿O ya es usted tan santa? ¿Ya llegó a ese punto?

(Señor en la sala):

—No.

—No me atrevo a decir eso.

—Pues, ¿tenía alguna cosa más?

(Señor en la sala):

—Sí, sí. En los libros sale varias veces la cuestión de la gracia divina y de las leyes divinas.

—Sí.

—Ahora bien, en esa gracia divina... en ella está que si alguien vuelve a nacer en la tierra y esa persona es atraída por otras dos, que entonces tendrá que desempeñar una tarea como gracia divina.

—Sí.

—Y esas leyes divinas —es lo que quisiera preguntar—, o las leyes del karma para la materia... (inaudible), que el alma tiene que vivir de todas formas. ¿Cómo se puede aceptar un muchacho, un trabajo, cómo se puede dejar que salga a la luz cuando uno ha sido determinado de verdad para esa tarea espiritual, o si tiene que nacer para ella? ¿Cuándo ocurre eso en el fondo?

—Mire, usted, claro, ha leído... Pone: “André, usted vive una gracia divina”. ¿No es así?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Pero ya no la tengo.

(Señor en la sala):

—Usted lo ha vivido.

—No, Dios no le puede conceder ninguna gracia. Pero ahora es cosmología.

El maestro Alcar se sujeta aquí al ser humano, ¿no es así? Cuando saca para nosotros esa gracia..., cuando saca esa palabra, “gracia”, de los libros y del diccionario... de hecho ya no debe estar en ellos, porque usted no puede... De un ser humano sí puede recibir una gracia, un ser humano puede darle algo, pero entonces es una posesión material, entonces es algo procedente de la sociedad. Entonces digo: “Es una gracia que hoy lo dejo entrar, porque tenemos una gran cena; o: tenemos una gran fiesta”. Puede ser una gracia. Pero no para Dios, porque tenemos que ganárnoslo todo. Cuando empezamos con ‘El origen del universo’..., no, cuando empezamos a hacer eso con ‘La cosmología’, entonces dijo: “André, ¿ve usted quién es? Lo ha querido usted mismo. Empezó usted a servir”. Esto volvería a la tierra, porque nos hemos preparado para ello, y no tenía que ver con Dios. Pero nos convertimos en nacimiento. Si quiere hacerse madre, tiene que desear hacerse madre, y entonces ya no es una gracia, ¿no?, porque eso usted lo atravesará, se hará usted irrevocablemente madre. Así que va usted cambiando. Continúo con este asunto, también puedo decir: sí señor; esa gracia y esa ley se las puedo...; usted habla de ley, pero es todo... es una ley, sí, claro, es una ley, pero se ha convertido en naturaleza. Tal como amo la naturaleza entraré en contacto con la naturaleza como amor y como ley, y entonces lo seré yo. ¿Queda claro?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Ahora regreso a la tierra para este trabajo, y eso lo tiene que aceptar usted, igual que yo, porque ¿de dónde iba a haberlo sacado en (el pueblo de) ‘s-Heerenberg? Y, fíjese, hace un rato le dije al señor Van Rossen, digo: “Lo comento todos los días, es imponente cómo el maestro Alcar me ha hecho superar esto”. Hay que ver, tenemos aquí conductores, no vas a sentarte así, sin más, detrás del volante si no sabes nada, ¿no? Pero yo aprendí a conducir encima de una silla, en trance. Entonces establecieron..., el maestro Alcar estableció naturalmente un contacto sorprendente, haciéndome conducir... convirtiéndome en chófer con ayuda de una silla, y esa silla luego se transformó en coche. Y nos fuimos en coche por la calle. Había un mecánico espiritual, ya fallecido, estaba en el lado de enfrente, y era un adepto y discípulo del maestro Alcar. Así que aprendí a conducir sobre una silla. Cuando vuelvo a pensar en ello: ya tenemos preparados los guiones para Jeus I, II y III. ‘Las máscaras y los seres humanos’ todavía no. Pero en esos pocos días ya preparé las tres partes..., preparó el maestro Zelanus las tres partes de ‘Jeus’, como escenario. Tendrían que ver esa película de Jeus en la silla, y luego en la calle, y con Willem. Dios mío, Dios mío, podríamos haber... Lloro todos

los días, pienso: ‘Sí, si tiene que llegar, ya llegará de todas formas’. Pero ojalá que pudieran vivir eso alguna vez. Y entonces también verán la ley detrás del ataúd, verán a El Largo, el espiritual, de Jesús, pero entonces verán al maestro Alcar, hablando con Jesús, y dirá: “Ven, vamos a desdoblarnos corporalmente”. Verán un desdoblamiento. Esos desdoblamientos de la luna y en el espacio no se pueden convertir en una película. Pero entonces volveremos y me verán escribiendo. Dice: “Libro libro libro libro libro libro. Libros libros libros libros”. Y si vuelvo a pensar en la gracia de la que usted me habla, señor, entonces nos lo hemos ganado para la sangre, por la sangre, por la sangre, por la sangre, por la sangre, por la sangre, por la sangre.

Este verano pasado... tenía dolor por dentro, lo tengo, se lo conté a algunas de las personas que me conocen. Digo: “Me está asfixiando el dolor”. Me eché a gemir en el suelo, como un perro. Y entonces dice... digo al maestro Alcar: “¿Qué va a pasar conmigo? Esto no lo aguanto más”. Entonces me dijo: “No, porque ahora usted entra en su propio estado”. A mí ya no me hace falta hacer un desdoblamiento. Ahora se me abre todo el cosmos.

En este instante puedo... entonces ya me voy sumergiendo en el trance consciente, hace unos instantes estaba yo en ese trance. ¿Lo vieron? Para eso hay que poder ver con mucha nitidez, pero entonces los miro a todos, ya no veo a nadie. Todo se difumina de pronto, y de pronto me convertí en una perla. Entonces está presente el maestro Zelanus y se pone a trabajar el maestro Alcar y nos hacemos perlas, puedo contarles muchas más cosas sobre esa perla, pero entonces ya no lo entenderán. Sí, les puedo contar esto y lo otro, pero entonces ya no lo entenderán, porque será cosmología. Y entonces... entonces llegan a tener ese contacto.

Dice: “Vive usted ahora en un estado que llegó a tener debido a que después de los nueve libros”, entonces pude haber muerto, “aguantó y así es como surgieron los otros quince libros con la cosmología”. Ahora sigo sin comprender cómo logré aguantar eso. Ahora lo he superado. Solo desde hace siete, ocho semanas que lo he conseguido. Ahora ya no me pueden hacer nada el cosmos, la luna, el sol ni las estrellas, porque me río de ellos en plena cara. Digo: “Ahora soy el jefe”. Pero hace algún tiempo me habría asesinado la luna. Hablaba la madre agua. “Vamos, André, entra dentro de mí”. Digo: “Sí, eso...”. Digo: “Sí, ay, madre”, y continúo un poco, pienso: ‘Maldita sea, ya estoy hasta el ombligo en el agua, me ahogo como un gato’. Digo: “Menuda madre que eres tú, maldita asesina”. Digo: “Me arrojas aquí al agua y a tus brazos”. “Naciste dentro de mí”, contesta. Digo: “Sí, pero me ahogo como un gato”. “Sí”, dice, “eso es algo en que tienes que pensar tú”. Pienso: ‘Dios mío, qué peligro’.

Debería uno... Señora, mire por ejemplo los orientales. Ramakrishna también se metió sin más en el Ganges. Vivekananda lo agarró, dice... Tenía la

cabeza perdida de barro, entonces dice Vivekananda: “Maestro, maestro, se ahoga”. “Qué va”, responde, “me hablaba la Madre”. Era... ese Ramakrishna también ya estaba metido, pero aquí en Europa ni uno. Y algún chino también se refiere a la maternidad del agua, la maternidad de un árbol. Allí vivía día y noche en esto, pero yo... Esos siguen en sus pequeños templos, ¿verdad? Debería escucharlo luego, cuando empecemos, otra vez aquí desde esa fuente en la que nos encontramos ahora, y regresamos a la tierra. Digo: “Sí, Ramakrishna”, dice André, “eso tú no supiste hacerlo. ¿Ves mi cuerpo? Estoy muerto de hambre. Tú no comías. Estabas allí con tus doce apóstoles, te sirvieron y cargaron. Pero yo ando aquí en la sociedad y tengo que ser normal. Te pusiste a soñar, yo tengo que hablar, darle a la máquina de escribir. No, Ramakrishna, tengo que ganarme hasta los libros para poder editarlos para la gente. Eso ni lo oíste ni lo pudiste hacer. Y, tú, Dante...”. Pues deberían oír lo que André arroja a la cara de los eruditos que también han tocado en cierta medida esas leyes. Ramakrishna, uno muy grande, y en la India colonial, pero en China y Japón los había. Y después llegas a ver a André, es cuando usted se ve a sí mismo, señor. Y eso ya no es una gracia. Puede usted... Dios no les puede conceder ninguna gracia, porque Dios se entregó a ustedes. Eso no es una gracia. Entonces Dios también puede darle un bebé a una madre. Y esa pobre alma está tirada por allí gritando y tiene un dolor de mil demonios para hacerse madre, pero no lo consigue. Y ¿por qué da Dios a ese otra madre de allá, a una de esas..., en ‘Las máscaras y los seres humanos’, a esa lela, dice Frederik, que se está echando a perder, esa consigue un trillizo sano, dos niños y una niñas? Y esa criatura, esa Corrie iba a la iglesia y a dar gracias a María y a rezar, ¿pensaba usted que la lucha de esta mujer...? Pero la injusticia de cara a Dios, que esa..., que esa..., que esa zorra tenga un trillizo sano, y esta criatura quiere dar las gracias a María. Una noche esto lo convertí en un sinsentido, pero ¿siente usted también la sagrada gravedad de esto?

(Señor en la sala):

—Sin duda.

—Eso es una gracia, y ¿esto es desintegración para Dios? No existen las gracias, señor, todos tenemos que ganárnoslas.

¿Tenía alguna cosa más?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Pues, adelante.

(Señor en la sala):

—También pone que el alma tiene que vivir la paternidad y la maternidad y que por eso la gente tiene que morir a temprana edad.

—¿Cómo dice?

—El alma...

—¿Como qué?

—Como paternidad y maternidad.

—¿Como qué?

—Con sintonización espiritual y natural...

—Sí.

—... tienen que vivir la paternidad y la maternidad.

—Sí.

—Y por eso se produce una muerte temprana. ¿Cómo he de explicar eso entonces si al mismo tiempo recurrimos a las leyes cósmicas?

—Sí. Mire, algún día, cuando en Diligencia le ofrezcan una conferencia... eso ya no lo podrá encontrar en los libros. Porque eso es, pues, cosmología. Usted ya tiene ahora una gracia. No, el maestro Zelanus, al ser humano que ya viene aquí todos estos años... Hay gente que ya ha asistido a setecientas, ochocientas conferencias, esas personas están listas para la cosmología. Y esa gracia, a su vez, no es una gracia. Dice: "Ahora por fin puedo empezar una vez en mi mundo, desde mi mundo". Él lo preparó a usted. El alma regresa a la tierra, se hace padre y madre. ¿Para qué estado, pues, señor? ¿Para qué? ¿Como ser humano? Solo para vivir el cuerpo, la maternidad, la paternidad? ¿De qué trata ese libro? Está usted tocando el universo entero con su pregunta, por eso digo: ¿para qué? El mundo de los animales, las flores, la naturaleza, ¿qué?, ¿quién?

(Señor en la sala):

—Para el mundo humano.

—El mundo humano. Pues el alma no es. Sí, sí que es la chispa divina, pero ahora se trata de la personalidad del ser humano. Porque el alma es madre y padre de forma divina. Pero ahora se trata de... ese hombre que es usted allí, es una personalidad. Esos sentimientos se tienen que convertir ahora en madre, en padre. Ahora es usted creador, es usted hombre. Así que viene usted aquí para la paternidad o la maternidad, esos son, pues, sus sentimientos. El maestro Alcar también dice en 'Una mirada en el más allá', allí todavía hablamos de los infiernos, pero estos no existen. Sin embargo, así es como tenemos que hablar, tengo que escribirlo, porque el ser humano sabe de..., si no materializo esa palabra "infiernos", y no dejo constancia de ella, el ser humano ya no sabrá lo que es un infierno, entonces nunca entenderá esta obra. Así que tengo que agarrarme al idioma que todavía está en la tierra, pero que es erróneo, porque los infiernos no existen. La condena no existe. Son mundos de la inconsciencia. Y ahora todo cambia, ¿entiende? Pero ahora se va usted, desde ese libro de 'El origen del universo', a la cosmología, y eso, en cambio, no lo puedo hacer, porque entonces usted tiene que hacer el otro viaje también, y yo ya lo acogeré a usted, pero no es capaz de hacerlo. Ahora va a verlo usted de forma cósmica. Y para 'El origen del universo', pero esto

es desde un punto de vista humano. ¿Comprende?

(Señor en la sala):

—Sí, claro, pero así se ha escrito de forma humana.

—Esto es todavía para su pensamiento y sentimiento.

(Señor en la sala):

—Sí, sí.

—La cosmología será luego para el adepto que sea espiritualmente consciente. ¿Comprende?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Y ahora su pregunta es, mire, le doy unas vueltas, entro al trapo, pero no puedo..., no tengo ningún asidero, porque usted da..., dice: “¿Qué tiene que pasar ahora con esa alma y con...?”. ¿A dónde quiere llegar? Está usted ahora ante millones de leyes. ¿Ha venido usted para una tarea? ¿Viene usted para la pater...? Usted de todas formas ya viene para una tarea, porque esta la ha construido usted mismo. Es usted, por ejemplo, un médico y no alcanza lo que quiere alcanzar porque su vida es demasiado corta, se hace usted mayor, se va quedando sordo o se queda ciego o lo que sea. Hay eruditos que han hecho aquí algo, se estrellaron, pero ahora van por allí por el mundo espiritual con ese estudio. Ahora han completado, como si dijéramos, su tarea, andan por el más allá y no se liberan de esa tarea. Sí, otros se harán cargo de eso, claro, pero él lo quiere acabar y recibe el nacimiento. Ahora recibe usted el cuerpo masculino para una tarea, eso es posible. Eso ni siquiera lo puede conseguir usted como madre. Ahora tiene que ser hombre para alcanzarlo. Y así conseguirá usted, verdaderamente, al margen de la ley de la maternidad y la paternidad, el organismo creador masculino. Sí. Y todo eso: voluntad propia, señor, merecida. He visto allí gente. Un conocido médico vienés, un especialista en cáncer, todavía no había llegado, dice: “Regreso”. Me encontraba en Viena y entonces lo vi, y dice el maestro Alcar: “Ese se va, morirá en poco tiempo”. Y así fue, al poco murió. Vuelve a la tierra y lo prosigue. Pues, si usted en treinta años... si viene alguien que analiza el cáncer a fondo: es él. Viene con conciencia del otro lado, despierta, entonces el maestro sigue estando con él. Porque ahora trabaja... nace ahora, no para la paternidad y maternidad...

(Señor en la sala):

—Sino para acabar su tarea.

—Para...

(Señor en la sala):

—... servir.

—Para... los médicos. Regresa a la tierra para devolverle la salud al ser humano. Beethoven, Bach, Rembrandt van Rijn, Van Dyck: todos regre-

saron para aportar arte, solo que recibieron el organismo creador para hacerlo. Wagner. No hay ni una sola mujer entre todos esos maestros. ¿No les parece curioso? Solo el hombre es capaz de ello. También eso está en 'Dones espirituales', deberían leerlo alguna vez. 'Dones espirituales' es difícil para el ser humano, pero son los libros de estudio más poderosos, porque son igual de profundos que 'Las máscaras y los seres humanos'. Son los libros de estudio de la Universidad de Cristo. Si conocen bien 'Dones espirituales', todo quedará abierto para ustedes, todo: la personalidad humana, el artista, la música, no habrá ningún erudito en la tierra, señor, todavía conocerá usted al ladrón. Le gusta leer la cosmología, quiere usted tener 'El origen del universo', pero 'Dones...' ... Primero 'El origen del universo'; y cuando haya tenido eso, señor, además de 'Una mirada en el más allá', podrá leer 'Dones espirituales', y entonces estará abierto para usted todo lo del ser humano, de su carácter, de su alma, de su espíritu y de su arte. Eso es 'Dones espirituales', los libros más poderosos que tenemos, junto a 'Las máscaras y los seres humanos', para el carácter.

¿Tenía alguna cosa más?

(Señor en la sala):

—No, gracias.

—¿Quién de ustedes?

¿Contento, señor?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Gracias.

(A alguien en la sala): Sí, señor.

(Señor en la sala):

—¿Sabía usted que un cierto doctor Salomo en Ámsterdam...?

—Salomons.

(Señor en la sala):

—Salomons.

—Allí hay un hermano suyo, allá, le puede contar un montón de cosas sobre ese señor.

(Señor en la sala):

—¿... que esta persona puede combatir el cáncer hasta en el tercer grado?

—En eso está, sí. Allí está sentado el doctor Joost, es un amigo especial del doctor Salomons, y habla mucho con él. Pero ese médico lo consigue hasta allí allí y allí. Y por lo demás, claro, él tampoco sabe qué hacer. Pero el doctor Salomons puede liberar a un montón de gente para el tercer y cuarto grado. Es que han estado obstruyéndolos tremendamente. Hasta los destrozan. Pero a él no lo conseguirán destruir. Porque ese hombre sabe algo, da a través de su... Mire, ese Salomons, ¿entiende usted...? No tengo... podría ir a hablar

con ese hombre, y si le dijera al señor Joost: “Vayamos juntos allí”, entonces ya le explicaría ese instrumento con el que está trabajando. Y ya conectaré ese instrumento con el cosmos. Y así verá Salomons, dirá: “Dios mío, Dios mío, ya estamos otra vez”, él también, este señor, está buscando. Yo no voy a entrar en esas cosas. En el pasado la gente decía: así y así. Pienso: ‘Ay, hombre, a seguir chapuceando. Pero ustedes van (vosotros vais) en esa dirección’. Esto me cansa porque uno de todas formas se detiene ante esto. Pero a él y Salomons les podría explicar el instrumento ante el que se encuentran, lo que alcanzan de cara al cáncer, a los miembros del cuerpo, y de cara al instrumento del que hablamos en ‘Los pueblos de la tierra’. Y ya entenderán que allí viene un instrumento, lo que luego..., lo que ahora es todavía una diatermia, luego será..., se verá condicionado por el fluido astral espiritual del cosmos. Se le conectará a usted con la naturaleza y ya no necesitará nada, porque esa fuerza de la naturaleza lo purificará a usted por sí sola. Salomons no está haciendo otra cosa que matar las células como núcleo, como enfermedad, la putrefacción. ¿No es así? ¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Exacto.

—¿Entiende? Y eso se lo puedo explicar a él no solo en el primer grado, para el quinto y el sexto; se lo puedo aclarar materialmente, y espiritualmente. Y se lo puedo explicar a él, es decir: físicamente. Pero ahora la vida, ¿cómo vive la vida sobre el cáncer? Somos vida, ¿verdad? Esto es vida, pero esta vida piensa por medio de mí. Y ahora, por tanto, le puedo explicar el cáncer como podredumbre material, le puedo explicar el espiritual, cómo trabaja este, y entonces nos vamos al cosmos. Es cósmicamente profundo. Este señor mantiene un intenso contacto con el señor Salomons, con el doctor Salomons, y este consigue muchísimo, pero la universidad, en cambio, no quiere saber nada de él. ¿Entiende usted? Es como si esta estuviera justo algo demasiado avanzada. Todo lo que va un poco más allá de lo normal y que la propia universidad no puede comprender lo quiebra.

No me quiebran a mí solo. Hay psiquiatras de sobra que en 1946 aceptaron una apuesta cuando tuvimos las primeras conferencias en Diligentia. Entonces hubo un librero que contó, dice: “Esta semana vinieron aquí dos que apostaron cien florines entre ellos”. Dice uno de ellos: “En tres mes este loco reventará hablando”. Y dice el otro: “¿Ah, sí?”. Y allí estaba el jefe de Mensing y de Visser. “¿Ah, sí, señor?”. Dice: “A ese señor lo puedes... si tú quieres aceptar lo que dice ese loco, señor, todavía seguirá estando en Diligentia dentro de mil años”. Dice: “¿Hablas en serio?”. Dice: “Podremos seguir clases académicas allí, porque nunca llegaremos allí. Pero ahí está. ¿Quieres decirme que estás aquí por primera vez? Yo, ciertamente, ando en mi reencarnación. En esto ando, también soy clarividente”, dice, “también lo tenía de

niño. Y ese loco también lo tiene. Y apuesto contigo cien florines que en diez años lo seguirás viendo”. Ahora ya llevamos ocho años. Pero él perdió esos cien florines. Dice: “Ya te los puedes quedar, a mí no me sirven de nada”.

Y así podemos seguir. También ese Salomons, ese señor, ese médico, a este lo tendrán que aceptar más adelante, inclinándose, señor. Le dirán, entre inclinaciones: “Ay, cómo se lo estuvimos complicando una vez más. La de cosas que podríamos haber alcanzado, ¿verdad?”. Es que no siente usted que las riñas que allá y aquí y allí y allí y allí... Universidades: entonces vendrá usted con una poderosa idea, algo demasiado lejos de este escenario, allí hay un hoyo, se ahogará usted. Ay, señor, la universidad entera lo golpeará hasta dejarlo tirado en una esquina. ¿Es usted un poco infantil? “Ven un momento a la oficina”. Salomons que dice: “Los ‘drudels’”. Y continúa. Y este ya ha curado a una buena cantidad de gente del tercer y cuarto grado —ahora ya me puede dar él un tirón de orejas—, pero a la del quinto grado no la cura, allí también el señor Salomons se queda impo...

(Señor en la sala):

—Es mortal.

—Es mortal. Señor, vamos, lea mi libro, no soy un especialista en cáncer.

(Hay alguien que quiere decir algo).

No, espere un poco. Debería usted leer mi libro y ver, señor, la forma tan verdadera en que los maestros nos lo han explicado, el cáncer, los siete grados del cáncer. Dice: ese grado, ese y aquel grado son curables. Y es lo que hacen Salomons y los otros, los medicamentos también fueron capaces de eso. Salomons lo consigue porque penetra hasta la célula en este y aquel grado de vida, y lo mata y entonces se disuelve y es cuando se produce la recuperación del órgano. Pero al quinto grado ni se le ocurre tocarlo. Pero yo soy de ‘s-Heerenberg, señor Leo Joost, no soy más que un lego. ¿Ve? Y encaja a las mil maravillas. ¿No es así?

(Señor en la sala):

—Sí, por medio de usted podemos contar cómo fue eso. Estábamos en 1945, cuando ya llevaba como medio año leyendo sus libros...

—Sí.

—... y de pronto cayó en mis manos un libro médico que llevaba por título: ‘El descubrimiento y la curación del cáncer’.

—Sí.

—Claro, yo, exactamente igual que el resto del mundo, dije: ‘Ese tipo que lo ha escrito está loco’.

—Sí.

—Ese fue mi primer impulso de todos después de haberlo leído. Pero cuando abrí el libro fue justamente en un punto en el que ponía que estaba trabajando en el sistema endocrino, es decir, en el sistema humano endocri-

no que está en el cuerpo humano y que lo purifica todo y que le devuelve el orden armonioso, que esto era lo que le permitía curar el cáncer, cuando lograba redirigir y dominar este sistema.

—¿Y este era Salomons?

—Usted nos ha enseñado en los libros de ‘El origen del universo’ que el sistema principal en el espacio es el llamado sistema endocrino.

—Sí, es el principal de todos.

—Usted llamaba a esto el sistema endocrino del espacio...

—Sí.

—... y que este sistema del espacio estaba en el cuerpo humano exactamente de la misma manera.

—Sí.

—Y por eso supe que el doctor Salomons iba por el buen camino.

—Sí.

Señor Leo Joost, yo puedo..., he tenido personas, con cáncer, y estas personas eran marido y esposa, y el hombre estaba en contra de tener niños. Digo: “Señor, ¿quiere usted curar a su esposa?”. Digo: “Si usted no le da un niño, tendrá cáncer”. Entonces se rio de mí, ¿verdad? Y entonces empezó a dar problemas esa... esa matriz; dolor, dolor y dolor. Digo: “Señor, dele a su mujercita un niño”. A esos tipos hay que empujarlos a patadas hacia la maternidad. Y tuvo un niño; adiós trastornos. Pero había llegado a tener cáncer. Eso produjo podredumbre. Todo listo, todo funciona, todo esto, todo lo otro, y un trastorno más: cáncer. No: podredumbre. Para el médico: cáncer. Porque las células empezaron a inflamarse y a ser evacuadas. Tenía un cáncer sangrante. Entonces tuvo el niño; todo fuera. ¿Ve?

(Señor en la sala):

—Sí, eso es precisamente lo extraño. Porque él explica todas estas cosas por el funcionamiento disarmonico del sistema endocrino...

—Sí.

—... pero yo sí me pregunto, ante los resultados que al final ha conseguido al cabo de los años: ¿no es en realidad un mundo demencial contra el que hay que luchar para conseguir algo en él?

—En el mundo, ese hombre es el especialista por antonomasia para el cáncer. En Norteamérica también están en ello. Pero Salomons, ese hombre, es un pedazo de genio. Pero ¿han vivido alguna vez ya en la sociedad que al genio se le reconozca de inmediato?

(Gente en la sala):

—No.

—Cuando Sócrates empezó con esta doctrina, dijo: “¿Cómo se siente usted cuando es feliz? ¿Qué es el sentimiento, qué es la felicidad?”. Entonces pusieron un cáliz delante del pobre. Eso ya era algo que estaba al margen del

ser humano.

¿Lo aceptan ellos? Todo lo que les cuento aquí lo tendrán que aprender en la tierra y será la doctrina de la universidad. ¿O no se interesará luego por ello el psicólogo? Han estado ustedes durante millones de años en la tierra, y no por primera vez. ¿No necesitan eso... no lo necesitan en Leiden y Utrecht, y donde sea en el mundo, como universidad? ¿No es necesario llegar a conocer el alma como ser humano, y el espíritu y la vida? De eso va este estudio. Nosotros lo hemos visto detrás del ataúd por medio de los dones. ¿No es entonces necesario que empiecen los maestros? Tienen que aceptarme a mí, a otros. Ya sé muy bien que mis libros recorrerán el mundo entero. Pero ese Salomons, y para otros asuntos científicos, para enfermedades, los médicos, y allí está trabajando el psicólogo... Señor, mejor deje la cancela cerrada y no se salte su pequeña ley; allí está el Tribunal Supremo que le dará un tirón de orejas y lo echará a la calle. Al Salomons le echarán un cáncer.

La jurisdicción: otro señor de esos en una silla, no sabe. Broncas, riñas, envidia, soberbia. Él sí que lo tiene, yo no. Y ahora, a un médico de estos que quiere estar al servicio de la humanidad, lo destrozan. Bonita sociedad que tenemos. Y eso, al almirantazgo, y en el grado máximo, encima le divierte, y entonces dicen: sí. Si me encuentro a un teólogo de eso, ante el tribunal, le diré: “Idiota estúpido, ¿quieres hablar todavía?”. “¿Cómo? ¿Soy un juez!”. Digo: “Pues, señorita lela, ¿está bien ahora? ¿Quiere seguir diciendo, señor, que conoce usted la jurisdicción cuando acepta la condena?”. “Dios condena”. Y entonces pone las manos encima de la Biblia y dice: “Es así”. Bueno, bueno, bueno. ¿Tengo que esperar mil años cuando sé que Dios no condena? Señor, ponen las manos en la Biblia y dicen: “La jurisdicción es eterna”. Y allí, allí, no se masacraba más que a gente, en el Antiguo Testamento, y ahora además ponen las manos encima. Ese es el teólogo. Señor, ese lo quiebra, me quiebra a mí, porque aman la condena.

Y ahora ¿las otras ciencias? A Galileo, señor, a ese pobre de Galileo lo echaron a la cárcel porque dijo: “Padre”, era con el papa Clemente, ¿quién era?, “la tierra gira alrededor del sol y no el sol alrededor de la tierra”. “Tú sí que estás loco”, dice. Entonces dijo ese papa: “Nosotros pasamos de eso. Mientes y ni si te ocurra tocar la tierra. ¿Lo harás?”. “Tengo que renegar de mi ciencia?”. Entonces encerraron al pobre de Galileo en la ciudad del Vaticano, en la ciudad santa, tuvo que irse a la cárcel (arresto domiciliario perpetuo) porque aportó ciencia. Hay que ver. Y ahora el resto del mundo.

(Señor en la sala):

—... el resto ...

—¿Le parece justo, señor? La humanidad aún no ha llegado a ese punto. Podemos estar contentos de que ahora tengamos a la jurisdicción en ese punto. Acaba de ocurrir, señor, de lo contrario Jozef Rulof ya llevaría desde

hace tiempo en la hoguera. Los inquisidores siguen por allí. Y si a mí no me pueden agarrar... bueno, sí, están al acecho. Allí viene... La otra vez andaba detrás de mí uno de esos con faldas negras. Digo: "Largo de aquí con esas barbas". Digo: "Hombre, si soplo, te barro de vuelta a Roma. Largo". Andaba por ahí un católico de esos, un cura de esos viejos, tenía un revólver espiritual de esos en el bolsillo —¿entienden, verdad?—, un revolver espiritual de esos. Digo: "¿Querías meterme un balazo?". Digo: "Quítate los pantalones".

(Risas).

Dice: "¿Cómo decía usted?". Digo: "Quítate esos pantalones y ponte una falda, porque ya no eres un hombre. Y una mujer, por cierto, tampoco eres". Entonces dijo: "¿Qué?". Digo: "Así es, señor. Buenos días. Me voy un momento a comprar tabaco".

(Risas).

Sí, señora, no pasa nada por ponerlos en ridículo, es lo que quieren.

¿Tenía alguna cosa más, señor?

¿Tenía alguna cosa? Hemos empezado con usted, hemos ido a parar allí y al final lo adopté yo mismo. ¿Sabe usted, esto... lo que es Salomons? Si le escribe, dele recuerdos de un desconocido. Mejor no me mencione, porque...

(Señor en la sala):

—No, no.

—... porque para Salomons, a su vez, soy un loco. Allí estamos otra vez. No quiere saber nada de la sabiduría espiritual... Mire, ojalá sí lo aceptara. Ramakrishna permitía...

(Un señor en la sala dice algo).

No, señor, eso de todas formas es imposible.

(Señor en la sala):

—Sed de fama, pero es que así tiene que ser, porque tiene la mentalidad para poder decir al resto del mundo: pueden (podéis) ir todos al carajo, pero tengo razón".

—¿Ir al carajo?

(Señor en la sala):

—Si no fuera tan ambicioso...

—Si.

—...sí, entonces...

—Sí, pero no es capaz de aceptarme, ¡ponerse a tomar clases académicas de un profano, de Jozef Rulof! Los reto a todos, pero... Aunque los rete y aunque les diga: "el sol esto y la luna lo otro y Júpiter esto y Venus lo otro, y así es y así es", dirán: "Pues vaya".

(Señor en la sala):

—Lo tiene de su mujer, sin embargo. Su mujer le dijo: "¿No será el cáncer esto y aquello?". Entonces él todavía no sabía nada de nada. Y dado que su

mujer dijo esta cosita... Porque en ese momento él dijo: “Vete un poco a la cocina porque no sabes nada de esto”.

—No.

—Y entonces pasaron dos semanas y se la pasó por la cabeza y pensó: ‘Bueno, iré a echar un vistazo’.

Así que entonces se incide en esa mujer. Porque a ese Salomons también se le ayuda, claro que sí. Pero también a esa mujer. Si no pueden alcanzarlo toman una gallina. Una mañana entra por su propio pie una gallina donde el doctor Salomons que se pone a cacarear; de pronto lo entiende, de golpe sabe cómo es. Está loco. Estoy..., en ‘s-Heerenberg dicen: mal del coco. Pero que se me deje a mí conservar esto, a él aquello y al resto del mundo lo propio, y listos.

Señoras y señoras, es la hora.

Gracias por su amable atención. Buenas noches.

(Gente que aplaude).

Noche del jueves 27 de diciembre de 1951

—Buenas noches, señoras y señores, oyentes míos. Vamos a comenzar con una carta muy larga: “Hace años tuve una visión maravillosa. Estaba con frecuencia en casa de mi hijo en la ciudad de Deventer, y me solía decir: ‘Madre, si fracasa ese conferencia en Ginebra, tendremos una guerra espantosa’. Aunque me parecía muy grave, no me detuve más tiempo en ello. Pero un buen día me lo volvió a decir. No sé cuál fue la causa, pero esa vez me impactó tanto que me puse muy nerviosa. Ya no conseguía quitármelo de encima. Le daba mil vueltas, tanto que me afectó a la salud. Empecé a padecer muchos dolores de cabeza, y una noche tuve tanto miedo que me fui pronto a la cama, pidiendo redención en mis oraciones. Me quedé dormida. En plena noche alguien me estaba llamando. Vi una mano y oí decir: “Mira”. Mi habitación, que por las noches siempre estaba a oscuras, la vi radiante y mucho más grande. Había un ángel en un nicho. Este estaba completamente forrado con conchas de nácar. El ángel estaba en el centro con una vestidura de un blanco níveo con cinturón dorado y dos preciosas alas grandes, que no dejaba de batir. Sentía una gran admiración. El ángel fue desapareciendo poco a poco y en el mismo lugar vi una rama de palmera, que también se movía todo el tiempo. Empezó a haber cada vez más oscuridad, mucha, era negra, pero aun así podía observar bien a esa rama. De pronto todo desapareció y cayó un haz de rayos dorados sobre la tierra. Desapareció y entonces me quedé muy tranquila”.

Y ¿qué ocurrió después, señora? ¿De quién es esto?

(Señora en la sala):

—Mío.

—Y ¿después qué? ¿Qué ocurrió después? ¿Estalló esa guerra?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Mire, ¿fue la de 1914-1918 o la última?

(Señora en la sala):

—La última.

—La última, ah, claro. Su hijo, ¿estaba en Ginebra o estaba en Holanda?

(Señora en la sala):

—No, estaba en Deventer.

—Ah, sí, en Deventer. Claro, él habrá tenido sus propias visiones.

(Señora en la sala):

—¿Mi hijo?

—Sí.

(Señora en la sala):

—No, yo.

—No, ¿no le contó él a usted que iba a haber guerra?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Esta visión... Aunque usted llegara a ver allí un ángel con ramas de palmera, la predicción es de su hijo.

(Señora en la sala):

—Sí.

—Porque esta predicción, esta visión que recibió usted, aunque se refiera a un ángel y a la paz, sí hubo guerra, así que esto no guarda relación. La visión que significa algo es la de su hijo. ¿Le ha quedado claro?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Su hijo dijo: “Madre, va a haber guerra”. Si tengo que analizar esto —y creo que la gente también lo entiende así— me gustaría decir: esa visión de usted, si yo hubiera tenido que percibirla, lo contradice, precisamente. Y entonces habría dicho: “Bah, es que no va a haber guerra, he visto un ángel de la paz”.

(Señora en la sala):

—Sí, yo también lo he pensado.

—Sí, usted pensaba: no va a haber guerra. Y su hijo llegó a tener una visión y dijo: “Sí que habrá guerra”. Así que ese ángel suyo, con esa rama de paz, con esa hermosa vestidura blanca y ese cinturón dorado alrededor, contradecía la visión genuina de su hijo, y la llevó a usted, esto..., de mal en peor.

(Señora en la sala):

—Sí.

—Pues, mire, porque si lo hubiera tenido que ver yo, le habría dicho a mi hijo: “Vaya, podrás ver y sentir lo que tú digas, pero no habrá guerra, porque he visto una visión tan infalible y todo esto apunta a que habrá paz”. Pero, bueno, esto se puede explicar de forma natural, y entonces no hay más que una posibilidad: y estos son sus propios deseos. En su alma, en su vida, vive el sentimiento y el deseo por la paz. Eso se ha ido conformando irrevocablemente, porque no hay ángeles que vayan batiendo las alas. Eso lo acepta usted. Siempre molesta algo, pero hemos de preservar la realidad, y esta ya no existe. ¿No analizó usted esa visión para sí misma? No hay ángeles que vayan batiendo las alas.

Esa rama de la paz apunta a... bueno, da igual que sean aleteos o algo así, esos ángeles nos llevan a la iglesia católica. Y esos ángeles de antes que van batiendo las alas, que advirtieron a los pastores, también es un cuento chino. ¿Entiende? Así que aquí se nos acerca algo que conocemos y que nosotros

mismos poseemos, se revela, se activa. Para mí esto no es otra cosa que: los sentimientos de usted se negaron a aceptar la visión de su hijo. Y ahora, aquí, en su mente, se ha... La gente, por ejemplo, ve muchísimas cosas. Usted lo vio y lo vivió con ‘Las máscaras y los seres humanos’, con Frederik. Así es como el ser humano desea, y eso se va formando, se va construyendo y se eleva hasta formar inmensos castillos y escenas espaciales; en esos instantes son nuestros propios deseos. En cuanto a lo espiritual aquí no hay...

Aquello de su hijo lo acepto a pies juntillas. Y ha ocurrido, aunque no tengas control sobre ellos, ha ocurrido. Ese miedo suyo, corriente y moliente, y el ver, común y corriente... De dónde lo saca... Había centenares de miles de personas que sabían que esa guerra se produciría. De verdad que no era yo el único.

Pero ahora hay centenares de miles de personas que dicen: “Vamos a tener otra vez una guerra”. No logro meterle a la gente en la cabeza que se va a mantener la paz. Y ahora estoy completamente solo. Alguno que otro también dice: “No, no”. Ya verán cómo de forma exasperante, exasperante..., hasta el momento, hasta 1952, hasta 1953 desde luego que... Eso se escribió en 1940 —hay que ver lo infalibles que fueron los maestros con su visión—, que Adolf Hitler tenía que perder, ‘Los pueblos de la tierra’. Infalible, ofrecí centenares de miles de predicciones. Incluso al final, cuando tuvimos que alejarnos de la costa. Tenía todavía a una señora de avanzada edad, de ochenta años. Que viene y que me dice: “Señor Rulof, me voy”. Digo: “¿Usted no se va! Si lo quiere, es cosa suya, pero aquí no ocurre nada”. Porque primero parecía que toda esa línea costera (de La Haya) hasta la calle Laan van Meerdervoort, que todo eso había que evacuarlo. Y también mi esposa me comenta: “Mejor hago las maletas porque pasado mañana llegará la orden de que tenemos que irnos de la calle Esdoornstraat”. Hasta la calle Laan van Meerdervoort, ya sabe, ¿no? Pero contesto: “No pasará nada”. Digo: “Berlín caerá antes que Scheveningen”. ¿Quién puede juntar todo eso? Pero Scheveningen seguía estando ahí. Y Berlín estaba completamente hecha papilla. Esas predicciones son las que recibes.

Pero hay algo que se va conformando —y ahora atención, de eso pueden aprender si lo aceptan— que realmente, que directamente conforma una imagen con sintonizaciones dogmáticas, entonces ya comprenderán que... Cuando estén en el otro lado y vivan en una esfera, llega un ángel con alas y todo, con una rama de la paz, eso para nosotros desde luego que ya no es un lelo, ¿verdad?, es alguien de quien podemos decir que posee verdad y realidad. ¿Por qué iba a montar una farsa para batir las alas? No, lo que hace es mostrarse. La madre se deja ver con su vestido de andar por casa, con su chaqueta, las gafas puestas. Dirías: “Allí anda mamá”. Y entonces empiezan a manifestarse. ¿Por qué iban a enviarla a usted con semejante imagen a la

irrealidad? Porque no existen ángeles de ese tipo. ¿Ha quedado claro? Mire, pero ahora nuestro sentimiento empieza a... Su sentimiento se ha puesto a construir en contra del de su hijo, porque estaba usted atemorizada, atemorizada, atemorizada y le entró miedo, y entonces apareció una luz que la tranquilizó; pero no era realidad. Así que, ¿de verdad que el otro lado nos... con cosas engañosas, con cosas que no existen y están desprovistas de realidad? ¿Hay que tranquilizarla a usted aunque la guerra continuara de todas formas? ¿Tienen que ofrecerle una imagen que es contraria a la verdad de su hijo? No es necesario complicarse mucho para hallar la respuesta. Solo queda una opción, señora: esto sale de nosotros mismos. Se ha configurado algo hermoso y poderoso, y si entonces uno oye todas las cosas que vive la gente, y es: amor paternal, el deseo del pensamiento, y luego se añade otra cosa más.

¿Se lo esperaba? Seguramente que no.

(Señora en la sala):

—No.

—Mire, sí que recibirá... y si ahora usted... No hay sueño, señora, que yo no pueda analizar. Puedo analizarle cualquier sueño, señora, porque conozco las esferas, y es muy sencillo. Cada pensamiento lo devuelvo a la realidad de las esferas. Y un ser humano, un ser, que viva allí, ya no regresa con alas de la iglesia católica o de una vieja narración bíblica; es imposible, porque entonces nos convierten en niños pequeños y nos sacan de la realidad, desde la realidad a otra cosa, y esta carece de existencia. Si ese hombre, si esa vida —ven a través de todo, atraviesan todo con la mirada—, si viera que usted vivía la realidad, entonces usted se habría construido otra pequeña imagen, tan fácil como eso, y ya la tendría usted. Ahora llegará a ver usted —cuando quieren alcanzar al ser humano— las escenas más sencillas imaginables, de forma muy material...

Hace poco, esta señora de Róterdam, dijo... En esa ocasión se trataba del entorno, aportado, construido por una calefacción central, también formaba parte de eso.

Era usted, creo, ¿no es así?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Estaba armado de una forma poderosamente hermosa. Y se había ahogado un niño, creo, ¿no es así?

(Señora en la sala):

—No.

—Bueno, no vamos a sacarlo de nuevo, pero eso estaba armado de una forma sorprendentemente material, con mucha belleza espiritual; permitía analizar las cosas al instante si uno conoce las esferas, y entonces desaparece cualquier pensamiento material. Si el ser humano... Los sueños más sencil-

los tienen el significado espiritual más profundo. Pero cuando el otro lado comienza con poderosas escenas y ya nos llevan allí semejantes cosas de vuelta a la tierra, llegamos a ver imágenes extrañas, y entonces el ser humano vive cosas y pregunta. Esto..., ¿verdad que usted está...?

¿Está satisfecha? La próxima vez volveremos a tener otra cosa, señora.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, ¿puedo preguntar algo más sobre eso?

—¿Sobre esto?

(Señora en la sala):

—Sí, mi marido, en 1934... entonces estaba haciendo Bellas Artes en Ámsterdam...

—Sí.

—... cuando murió la reina madre, Emma.

—Sí.

—Y entonces dijo a sus compañeros estudiantes: “Ahora va a haber guerra”.

—Sí.

—Y el día en que la reina madre fue enterrada, vinieron mis suegros aquí a La Haya para el funeral...

—Sí.

—... y entonces mi suegro le dijo: “¿Vienes?”. Contestó: “No, tengo ganas de ponerme a pintar”, porque estaba en la academia de Bellas Artes.

—Sí.

—Entonces hizo un cuadro. Todo la mañana estuvo andando de aquí para allá, de arriba abajo, agarró unas botas de soldado y todo tipo de cachivaches. Y tuvo que tacharlas cada vez con una raya.

—Sí.

—Hizo una acuarela y todo se cumplió. Y añadió una descripción completa.

—Sí.

—Era una cartuchera con un morral, que estaban unidos con una sola cinta, ya sabe, ¿no?

—Curioso.

—Y había una calavera —un día que venga mi marido la traeré, porque, claro, es un cuadro así de grande— ...

—Sí.

—... y había una calavera que miraba, así, sin más, a través de la cartuchera y ese morral. Y delante de eso colgaba la túnica, era la llamada calma...

—Sí.

—... que colgaba por encima...

—Allí hay una de esas imágenes.

—...era la llamada calma.

—Y esa cartuchera y el morral era lo que necesitaba un soldado, allí donde estuvieran los combates, y la calavera mira exactamente entre las dos cosas, ya me entiende, ¿verdad?

—¿Había incluido el significado y todo?

(Señora en la sala):

—Tenía el significado, la descripción iba adjunta, ya la traeré la semana que viene.

—Hubo muchos pintores que plasmaron la guerra inconscientemente.

(Señora en la sala):

—Y entre todo eso miraba la cruz y era la persecución de la religión. Que seguimos teniendo ahora. Y entonces llega la luz que en el fondo iluminará el mundo entero, pero aún no está.

—En 1938 vino a verme alguien —era pianista, ¿entienden?—, me dice: “Pero cuando me siento no salen más que marchas fúnebres. No hago otra cosa que hurgar en esa muerte, pero ¿qué será eso?”. Dije: “Pues, espérese un poco, dentro de un año estaremos metidos a fondo”. Y así estaba tocando uno. El otro lado, millones... Mira, la gente que tiene que ver con usted, su padre, su abuelo o, también tiene vidas de Italia, Francia, ya ni las conoce, pero con quienes hemos vivido poderosos lazos de amor que nos retienen, y con conscientes, y dice alguien: “Ah, allí vive un hijo mío, voy a ayudarlo un poco”. Entonces empezaron a avisarnos, y aquellos con pequeños poemas, y los otros... Niños de siete años, señora, con poemillas, que contenían la guerra. Me dice una señora: “¿Qué le parece esto?”. Era una niña sensible. Dice: “De pronto, poemas”. Y después: “Sí, madre, y entonces oí un tremendo estruendo y tiroteos”. Esas palabras cupieron por los pelos. ¿Qué es eso?

(Señora en la sala):

—Pero esto ya era en 1934.

—Sí, ya en..., en..., en... Fue en...

(Señora en la sala):

—Y entonces esa porquería también empezó una vez en que...

—Eso fue muy pronto, pero a medida que las cosas fueron surgiendo... En 1939, tres mes antes de que estallara la guerra, nadie sabía todavía que llegaría, porque seguía habiendo un núcleo del ser humano que decía: “Bueno, ya habrá paz”. Pero ya era imparable. Ahora puede ver usted cómo los pueblos de la tierra... En 1940, en 1939 y 1940 escribimos: los pueblos de la tierra llegarán a unirse. El maestro Alcar me llevó con él a Churchill y a Francia y aquí y allá, y entonces veías en todos esos seres humanos: estaban siendo inspirados. Qué sorprendente. Han oído ustedes, y pueden controlarlo ahora, por ejemplo los hechos que el maestro Zelanus cuenta en ‘Los pueblos de la tierra’, allí dice: “A Hitler le inspiraban siempre los poderes más elevados y los

demonios”. Pero los poderes más elevados también lo agarraron a él. Porque el (cohete) V2 ya lo tenía desde hacía dos años, según oí ahora de un inglés, de un general, dice: “Ya los tenía listos desde hacía dos años”. Pero lo pospuso por una visión y por la providencia, él lo llamó así. Dice: “La providencia me dijo anoche: ‘Nada de eso, a esperar y entonces podrás estar seguro’”. Pero con esa espera lo precipitaron de mal en peor, porque cuando transcurrieron esos dos años... Si hubiera recurrido de inmediato a esos V2, no habría quedado nada de Inglaterra. Así que lo bueno, lo puede usted controlar ahora, lo agarró unos instantes. Pero también lo malo. Y así ya hay miles y miles de sensibles que sabían con total certeza que iba a haber guerra. Y los pintores, tal como lo cuenta usted, también vivieron eso, poderosas escenas.

(Señora en la sala):

—Ya traeré un día esa descripción.

—Sí. ¿Hay algo más sobre esto?

Entonces vamos a seguir. Aquí tengo: “Señor, he leído su libro ‘El ciclo del alma’. Al final está escrito que al que llaman Lantos designará él mismo a su alma gemela”. Mira por dónde. “¿Ya ha sucedido eso en estos tres años?”. Ese libro lleva ya... ¿en tres años? Ese libro lleva ya ocho años publicado. “... a quien usted mismo, como instrumento, también conocerá...”.

¿De quién es eso? ¿De usted, señor?

(Señora en la sala):

—Mío.

—Sí, señora, esa vida la llegué a conocer. Y esa vida sigue viviendo ahora mismo en la tierra. Me encontré con ella. Pero se presentaron sesenta y cuatro.

(Risas).

Y cada vez decía yo: “No, no es usted”. Y... y... ciento veinticinco que tenían que estar conmigo, ¿entiende? Ahora estoy con la número ciento setenta y cuatro. Pero estas se han presentado sesenta y cuatro, sesenta cinco veces. Hace catorce días volvieron a verme dos. Digo: “Pues, señora, justo llega media hora tarde”.

(Risas).

Ya ha ocurrido. Puedo imaginármelo, porque ¿por qué no?

Pero me he encontrado con esta vida, señora, y toda va sobre ruedas. Vive y ya sabe de la existencia, porque ya ha leído el libro. Y con eso andan día y noche. Van a dormir con eso y se levantan con lo mismo.

Pues, igual vienen otras cincuenta y cuatro. Pero... eso me lo puedo imaginar, porque ¿quién no lo iba a querer? ¿No es así, señor? ¿Quién no lo iba a querer? Pero esto está montado de manera infalible. Cuando vino eso, el maestro Zelanus dijo: “Cuando haya llegado el momento ya lo oirás”. Pero entonces dijo el maestro Alcar: “Entonces recibirán un telegrama mío”. Y

luego vino un maestro aún más elevado que dijo: “Entonces te daré la visión”. Y entonces se añadió otro más que dijo: “Entonces te enviaré allí y allá y así lo sabrás de antemano”. Así lo han controlado para que no hubiera intromisiones. Porque, ¿qué sería? Y, francamente, a los seres humanos nos parece muy imponente, pero es sencillo a más no poder. Solo que es... Todo eso lo llegarán a vivir. Solo es para ofrecerle al ser humano —ese libro del maestro Zelanus podrían haber sido diez libros—, solo es para ofrecerle al ser humano una imagen: quizá no se tengan el uno al otro todavía, y en caso de que sí sea así, sean entonces tremendamente felices, porque entonces es que tienen una gracia increíble. Tampoco es exactamente una gracia, porque uno ya vive en ella y el otro aún no la tiene.

Pero todos ustedes están, todos nosotros estamos —eso también lo sabemos— cien millones de años de más en la tierra. Todos estamos chafallando todavía. Por nuestro karma estamos un millón, dos millones, diez millones de años de más en la tierra. ¿Dónde vive esa parte de nosotros de la luna? Cuando uno se encuentra con ella, creo que ustedes... estallarían en mil pedazos, por dentro y físicamente, si de nuevo no va acompañado de deseos propios, ¿entienden? Porque cuando esto se manifiesta el ser humano tiene la tendencia a decir, tan pronto y con tanta facilidad: “Bah, pues entonces mejor me largo de allí, o ya aceptaré esto”. Eso, a su vez, son todo tipo de problemas y escenas, porque entonces quieren lo más elevado. Pero ¿qué es lo más elevado? ¿Qué es, pues, lo más elevado?

Hay centenares de miles de personas que desean su propia felicidad. Les despojo de inmediato de ella: en esta vida no hay que desear. En esta vida hay que trabajar, trabajar, trabajar. No tengo miedo a la lucha, señoras y señores, pero me muero de miedo por la felicidad y el amor. ¿Me creen? Si ustedes en las esferas... Mi tiempo más difícil no fue que yo viniera de los infiernos, uno puede con esos demonios. Pero si uno se eleva un punto más, por encima de la conciencia propia, se llegan a ver esferas de luz, espacios y mundos, allí zurean... Y si uno regresa entonces, sucumbe. Tengo miedo a la felicidad, al amor, al espacio. Nunca doy un paso más allá. Yo no deseo, porque eso es lo primero que asesino, que me cargo a conciencia. Sí que deseo dar posesiones, espacio, felicidad al mundo, a la humanidad. Ahora nuestra felicidad es el saber. Pero hacer algo especial con esta vida para merecerse la otra..., de todas formas no llegará ni un minuto, ni un segundo demasiado pronto, ni demasiado tarde. Porque uno está irrevocablemente atado al karma, todos ustedes lo están. Sea como fuere su vida, es de lo más sencilla si la quieren aceptar. La desintegración y la destrucción ya no existen si uno mismo no empieza con ello. ¿No es sencillo? Se acabó.

Aquí tengo: “En ‘Las máscaras y los seres humanos’ dice Frederik: ‘Vamos a actuar como los orientales. Por medio de los sentimientos y la conciencia

occidentales vamos a una bifurcación, allá donde se coscó Abraham, y donde es posible escuchar..., donde los apóstoles se quedaron dormidos”, eso sí que es profundo, “ahora estás ante el gallo de Jerusalén y piensas que se va a poner a cantar en cualquier momento, lo cual quieres evitar. El animal, ¿me hablaba a mí?”.

¿Entiende el ser humano que ha leído ‘Las máscaras y los seres humanos’...?

Señor Brand, ¿es esto de usted?

¿Comprende usted, señor Brand, lo que hay, lo que contiene esto?

“Por medio de los sentimientos y la conciencia occidentales vamos a una bifurcación, vamos a actuar como verdaderos orientales”.

¿Qué ha adoptado usted de eso?

(Señor en la sala):

—Que sabemos y que vamos a creer en la reencarnación.

—Ahí está.

(Señor en la sala):

—Los apóstoles no creían en eso.

Así que la bifurcación no es otra cosa —ese Frederik en la obra quería decir: vamos a una bifurcación— y esa bifurcación no es otra cosa que: aquí vas al mundo material, duro, terrible, desintegrador; y aquí vas por Oriente —eso es la naturaleza— al universo. “Y después de todo eso”, dice Frederik, “oyes cantar un gallo durante el camino y estás ante Cristo”. De pronto estás ante Jerusalén y sabes por qué o para qué esos apóstoles se quedaron dormidos. Eran inconscientes, así que ese gallo iba a cantar, como fuera. Pero ese gallo también canta para nosotros todos los días. Ese gallo canta el día entero en la sociedad cuando los seres humanos nos metemos en cosas que no son asunto nuestro, y entonces ya se pone a cantar, y eso es..., y entonces volvemos a estar en una bifurcación: el bien o el mal. ¿Qué quieren? Esa bifurcación la tenemos a cada instante delante de nosotros.

¿Ha sacado usted la misma conclusión?

Y entonces se durmieron porque todavía no tenían esa conciencia. Todo el mundo da mucha importancia a San Juan, San Pedro y San Andrés. Y eran todos unos grandes lelos. Sí, ojalá lo oyera la iglesia católica. Yo soy Juan y Andrés —si el hombre de la semana pasada estuviera aquí, ya daría un brinco y diría: “Ahí está este otra vez”.—, pero yo soy Juan y Andrés, fui detrás de ellos en las esferas, digo: “Juan, oye, cuéntame...”. El maestro Alcar: “¿Quieres verlos a todos?”. Dice: “Hay unos cuantos a los que puedes ver, los demás viven todavía en la tierra”. Eran los apóstoles de Cristo, viven ahora en la tierra, en alguna parte están. Yo también sé dónde viven.

(Se cae una campana navideña de papel y Jozef reacciona): Digo... Allí va mi cascabel, mi campana. Mejor llévesela, señor, y guárdela hasta el año que viene.

Entonces dice: “Éramos gente de lo más común que buscaba lo más sagrado, que era Cristo. Justamente vivíamos en unos tiempos en que vendría el Mesías”. Juan era el sensible; Judas el hambriento, el ser humano que quería saber; y los demás: “Tú te crees lo que estaba diciendo aquel de allí ayer?”. Entre ellos había quienes dudaban, y eso es...

Perdóneme, si Cristo volviera a pisar la tierra, se lo diré cien mil veces, y si volviera a hacer algo en ella, milagros, entonces ustedes dirían: “Pues, eso se lo cuentas a tu abuela, claro, es un ocultista”. Entonces sería un faquir oriental; y si Él lo hiciera con mucha intensidad y profundidad, le meterían unos balazos en la calle, así, sin más, rrrrr, porque eso sobrepasaría nuestra capacidad.

(Señor en la sala):

—Eso también lo añadió ese señor la semana pasada, que Cristo estaría delante de usted.

—Es lo mismo, la locura de la soberbia de un ser humano. Entre nosotros también hay gente... Por ejemplo, hay una señora que ha sido operada. Y qué operación, señor, señora: casi se muere. El cirujano le podría haber destrozado su vida entera. Y eso es lo mismo que Judas... Eso hizo Judas; y Pedro y Juan no lo hicieron, yo tampoco lo hice nunca.

Hay gente que quiere ponerse a jugar a ser clarividente aquí, y saben hacer esto y lo otro, y entonces dicen: “No sé si se cumplirá, señora, pero no me extrañaría nada volver a verla algún día en un hospital. Esperaremos para ver si se cumple”. Pero Dios mío del alma: “Esperaremos para ver si se cumple”. Así que vuelve a meterle miedo a esa pobre alma, que eso vendrá todavía, pero lo que es saber, él no lo sabe. Son demonios, señora, y viven aquí, viven por todas partes. Quieren sanar y quieren ver, pero no tienen ni idea: “Veremos si se cumple”. Y entonces a una pobre mujer, que está casi rota, la vuelven a... Porque el señor o la señora tiene sentimientos de que ven. Alguna vez ven algo. No me atrevo a dar el paso, señor y señora, pero sería capaz de cortarles el cuello. Esos bandidos siguen viviendo entre nosotros, y allí, y aquí; unos demonios terribles, para quebrar a un ser humano, porque padecen de una locura soberbia para ver. A esa gente la tendrían que... No, no se hace, pero los labios... Bueno, y aun así, se pondrían como energúmenos por dentro. ¿Con qué pena se castiga eso? Tengo más respeto por una zorra de la calle que se vende y por un asesino, que por estas personas que leen eso y que meten miedo a la gente: “No me extrañaría verla algún día en un hospital. Veremos si se cumple”. Ni siquiera lo saben, así que esas perifolladas, esa soberbia demente, también tenemos que ver si se cumple. Y si luego se cumple, los señores y las señoras dirán: “¿No ven? Claro que yo tenía razón”. Así que se alegran con las desgracias. Jamás ha dejado salir de mi boca una sola palabra que tuviera que ver con miedo, con temblores y desgracias y con la sober-

bia demente, porque me habría clavado yo mismo el cuchillo en el cuello. Señor, esas pobres almas, desgraciadas, infelices todavía viven entre nosotros, después de todas las lecturas de esos libros. Es que uno les... A esos hay que echarlos a la calle a patadas, no a la gente que conscientemente quiere armar un follón. ¿Es horrible lo que digo?

(Señor en la sala):

—Sí.

—No, es la verdad, uno les..., les..., les... Es lo mismo... Y esa gente mira a Jerusalén y habla de Pedro, que hizo que cantara su gallo. Aquí, para ese tipo de personas hay millones de gallos que cantan, y es posible oírlos aquí en la sociedad, pero no quieren oírlos. Aquí preguntan... aquí dice Frederik: “Y entonces oyes cantar un gallo”, y entonces, en la bifurcación, vas a... A esos con sus charlatanerías y palabrería en el espacio, con desgracias... ¿Cómo puede un..., cómo puede un..., cómo puede un ser, un espíritu de la luz aparecer con desgracias para quebrarlos a ustedes? Acaban de echar a andar ustedes cinco minutos por la calle y te los encuentras de frente, con su guadaña y ahorcamiento y cadalso y más cosas, con la peste y el cólera, porque alguien ve algo. Malditos amargados asquerosos, ustedes mismos deberían sufrir ese cólera. Entonces ya se ahogarían en ello. Yo..., yo..., yo... Sí.

(Bullicio en la sala).

Sí. Pero entonces habría que mirar un poco, allá arriba en las esferas, cómo miran los maestros, y cómo mira Cristo. Dice Cristo: “¿Eso lo dije Yo?”. ¿Por qué cuentan desgracias a la gente si no sabes de qué hablas? Igual que esa maldita persona que llegó allí por la mañana —era una cotilla donde nosotros en ‘s-Heerenberg—: “Crisje, a su hijo le han amputado ambas piernas en un accidente de tráfico”. Yo me... Era solo una, pero bastaba y sobraba. Y allí se desplomó Crisje. “Adiós las dos piernas”, dice. Tenía yo la misma edad, pero tenía tanta fuerza que levanté a la mujer —era un chiquillo, ya sabe, tenía once años—, la levanté sin miramientos y la arrojé de la misma manera a la calle Grintweg. De dónde salió de pronto esa fuerza: no lo sé. Digo: “¿Por qué no vive en el ser humano el sentimiento de decir: ‘Vaya, la veo muy bien’”.

He tenido que tratar a centenares de personas con cáncer, jamás les dije nada. Lo quitaba cuando era posible y tenía que tratarlos, se lo quitaba. Y más tarde... que llegaba el señor, había estado donde un médico, dice: “Sí, era cáncer”, entonces vino a verme ese maestro: “¿Era cáncer, Jozef?”. Digo: “¿Quién dice eso?”. Dice: “Bueno, tengo tres especialistas, que dicen: ‘Sí, lo hemos examinado’”. Digo: “¿Qué han estado examinando allí? ¿Qué dijeron?”. Pues, sí, entonces podías decir: “Sí”.

Pero ¿por qué destrozar a un ser humano? ¿Por qué le quitan al ser humano el sosiego con esas charlatanerías, con videncias? “No me extrañaría que al-

gún día usted se parta el cuello”. Mejor pártase usted mismo ese cuello lleno de cotilleos. Santo cielo, con la felicidad del ser humano, ¿por qué no paran de...?

Intento agotarme a mí mismo para dar al ser humano entereza, felicidad. Hay por allí de esos locos soberbios que reclaman tener capacidad de ver, de sanar. Cuando les das algo lo fastidian y se lo cargan completamente, en dos meses, tres meses. ¡Y esa gente dice que ve, que ve! Habría que colgar a esos tipos. Eso Cristo no lo hace. Pero aquí en la tierra tendría que haber quienes simplemente los liquidaran; y entonces yo ya no diría... no les pondría un dedo encima. ¿No es horrible eso? Esto es tremendamente triste. Este es el regalito de Navidad para la gente: “Igual algún día tendrás cólera”. Oh, señor, eso me hace llorar. Pero aunque digas: “Señor, ya podría llorar por esto, me da tristeza, esto es tan terrible para ti mismo y para esa otra gente”, ¿no es suficientemente horrible que a un ser humano le metan el bisturí en el hospital? ¿Cree usted que a esa gente le impresiona una enfermedad, una mujer o un hombre que padece dolor? Imponen las manos y entonces solo piensan en los huesitos y están allí... ¿Rezando? Hay que ver, observe la maravilla, la sagrada fuerza que irradian. ¿Es puro? Una rata sarnosa no es tan terrible para el aura como esta gente. Porque son terribles. ¿Terribles? Mejor díselo al árbol de Navidad. Eso sí que me hace llorar. ¡Daría mi corazón y mi sangre para darles a ustedes la felicidad que conozco y que vi en el más allá! Pero si ustedes mismos lo vuelven a destrozar a golpes, estaré impotente, con los brazos cruzados, sin poder hacer nada. Vamos, pon una olla de... Esa gente haría mucho mejor en pelarle dos kilos de papas (patatas) a la mujer, cuando alguna vez les sobre un poco de tiempo, y ponerla al fuego: “Mujer, mejor descansa ya un poco”. Y entonces mejor que dejen de lado las clarividencias. ¿No sería mejor, señora? ¿No le gustaría tener a ese hombre así? Mucho ruido y pocas nueces. ¿Tienen algo de quienes se dedican a la cartomancia...?

(Al encargado de la grabación de audio, el micrófono chisporrotea un poco):

Ese cacharro de usted no vale, señor.

Justo cuando tenemos que decir algo falla.

(Señor en la sala):

—No, no funciona.

—No funciona.

Mire, y es el mismo modo, es el mismo fantasma que también vio Pedro. Pero estamos metiéndonos en verdades espirituales. Hemos explicado los libros, el empuje, hemos explicado las leyes. Pedro y los apóstoles no sabían nada. Cuando tuvo que demostrar de qué se trataba... Tampoco es que eso sea tan complicado. Cristo dijo: “Eso es más fácil que no sé qué, Pedro, porque Yo sé como pensarás en diez millones de años”.

No soy Nuestro Señor, no soy más que un... Me gustó mucho más decirlo antes, desde la sala Diligencia: “No soy más que un bicho malparido”, así al menos no hará falta que lo digan ustedes. Y entonces los otros, a su vez, decían: “Pues, si tú eres un bicho, ¿qué somos nosotros?”. Digo: “Eso es cosa suya, señor, depende de lo que consiga, yo todavía no soy más que un bicho malparido”. Digo: “Yo no soy nada, nada, nada, nada”. Pero Pedro... a la hora de la verdad, lo barro de un soplo de mi mano, junto a Juan y todo el circo que andaba por allí, medio alelados... Porque ya no vivimos en Jerusalén. Bueno, allí viven todavía ustedes. Nosotros también estamos ante esa bifurcación. Pero hemos recibido allí un indicador, una llave, según dijo el maestro Zelanus el domingo, que los conecta con el universo, ese templo lo pueden abrir ustedes. Esa la tenemos nosotros, y esos muchachos ni siquiera disponían de ella, porque solo tenían que creer. Pero Cristo les hizo aparecer esos milagros por arte de magia, y aun así había uno que dijo: “Nunca he visto a ese hombre”. Qué tristeza debe de haber supuesto eso para el Mesías. Pedro era Su mejor apóstol, Su amigo, Su hermano, y renegó de Él delante de Sus narices. El gallo cantó tres veces. Y eso ocurrió, eso ocurrió, sí. Estaban en una bifurcación, señor Brand, y atravesaban Oriente y todas partes, y estaban dentro, a Occidente no lo..., Occidente no era consciente, no lo conocieron, iban acompañados del Mesías y sucumbieron.

Por eso dice Frederik: “Cuando... entonces uno oye, cuando uno llega a una bifurcación...”. Esa bifurcación, ¿entienden?, es decir: aquí vas a lo diabólico y allí a la luz, a la ternura, cargar, servir. Y eso no quiere tener que ver nada con esas videncias ni charlatanerías, porque entonces se pone a cantar el gallo, y mucho peor que para Pedro. Porque si uno hace algo así, frenará las leyes. Es cosa suya decidir lo que harán. Pero la ley, que los maestros nos han explicado, es espacio, es luz, es cordialidad, quiere ser honesta. Y ahora recibimos charlatanerías. No las tenían los apóstoles, porque no eran espiritualmente conscientes. De vez en cuando, Juan se desdoblaba, y entonces solo tenía... aún permanecía en su cuerpo. He visto mundos. Se lo llevaron en pensamientos —volvía a ser cosa de los maestros— y se le daba una imagen del más allá, para que fuera fuerte. ¿Y qué quedó de todo eso? Todos dudaron cuando Cristo se fue, porque esperaban que dijera al mundo: “Vamos, ¿quién se atreve conmigo?”. Y entonces el Mesías se dejó golpear, flagelar, y lo clavaron en la cruz sin ningún problema, Él se echó. Ya entonces los apóstoles pensaban: ya se nos fue el Mesías. ¿Eso..., eso el Mesías? Anda ya. No es más que un rabino común y corriente que se ha hecho pasar por Dios y Cristo. Ahora lo ves, no es más que un tremendo desgraciado, porque allí está colgado, gimiendo. Allí también había apóstoles, ellos contaron eso, el golpe los dejó del todo atontados, porque Cristo tendría que haber sacado revólveres. ¿Qué tendría que haber hecho? Y entonces el gallo cantó para

todos los apóstoles. Hubo dos, que se excluyeron y dijeron: “Dios mío, Dios mío, respóndenos”. Y la respuesta colgaba de la cruz. Así somos. Y si ustedes mismos no empiezan con eso, uno siempre se verá ante esa bifurcación. Frederik. Y entonces uno atraviesa Oriente..., lo atravesamos, son las leyes ocultas, ¿verdad? Regresamos y entonces oímos y sabemos dónde Abraham se cosca que está la mostaza. ¿Saben lo que significa eso (en neerlandés)?

(Señor en la sala):

—Sí, se dice que alguien sabe de dónde Abraham saca la mostaza cuando está bien informado.

—No, señor, cuando alguien sabe dónde conseguir la mostaza, ¿eres un Abraham? No, entonces eres un ser humano que esta buscando, y entonces sabes a conciencia dónde está la esencia de la vida, y la vida responderá. Así que Abraham... Frederik juega, en ‘Las máscaras y los seres humanos’ presenta un lenguaje figurado que infunde alma al ser humano, con una sensación de hormigueo, y que da otra cosa. Y entonces sabes dónde va a buscar Abraham la mostaza, sabes exactamente que tienes que vivir esa bifurcación. Y entonces se trata de: cargar y servir. Pero no de masacrar ni de meter a patadas al ser humano en una desgracia y en la incertidumbre. “Imagínate que ese hombre o esa mujer tuviera razón, entonces me regresaría al hospital. Claro, entonces me cortan cuello o me quitan tantas cosas que sucumbiría”. ¿Es esa la maldita bifurcación ante la que nos encontramos una y otra vez? No, esa cosa siempre está allí: es el bien y el mal. Y ahora tenemos que conseguir que ese gallo...

Por esos libros nos hemos adelantado bastante a la gente, porque ahora tenemos la varita mágica de Jackson Davis (véase ‘Jeus de madre Crisje, parte 3, el capítulo: ‘Jeus el escritor’). ¿Dónde está ese buen hombre? Me lo traje de Estados Unidos y allí está colgado. Lo vi en las esferas. Digo: “Jackson, estoy en Estados Unidos”. Contesta: “Sí”. Dice: “Me han convertido en un templo. Soy el más grande que hay, y tú continúas mi obra”. Era el primero en el ámbito espiritualista. Todavía me faltaba vivir ‘El origen del universo’, y todos esos libros; entonces el maestro Alcar me llevó donde él en la tercera esfera. Dice: “Te voy a advertir de una cosa. Tengo que advertirte. He cometido errores. Tú ya no los puedes cometer”. Gracias a Dios, he conseguido superarlo. Cuesta sangre. Empiecen ustedes mismos y verán. Y entonces oyes, ves caminar al gallo delante de ti, y te gustaría echarlo a patadas, pero entonces te cacarea en plena cara, y encima hay que estar agradecido de que ese gallo cacaree, porque entonces, a su vez, es una advertencia para mil cosas, mil. ¿No es así?

Bien podría ofrecer diez conferencias sobre esto, sobre ese puñado de palabras de allí. Puedes escribir un libro sobre todo esto. De ese ‘Las máscaras y los seres humanos’ aún sacarán miles de libros. Porque, ¿lo sientes?, esa bi-

furcación, ese cacareo del gallo somos nosotros mismos. Porque dejamos que ese gallo..., damos a ese gallo..., esa es la maldición para nosotros mismos, porque nos está cacareando la verdad, y nos dice de voz en cuello: “Déjalo, por el amor de Dios”. La naturaleza entera nos dice de voz en cuello: “Déjalo, por el amor de Dios”. Ese es el cacareo. ¿Por cuántas cosas oímos ahora el cacareo?

(Señor en la sala):

—Todos los días.

—Cada minuto, señor, volvemos a renegar de Cristo, que está en nosotros, y lo volvemos a traicionar. Ni siquiera ya lo puedes traicionar, porque Él... Cristo dirá: “Claro. Allí lo di todo. Me han quebrado y deformado y maltratado, pero eso no volverá a pasar una segunda vez”. Al ser de la Biblia ya le gustaría, pero eso ya lo verán ellos algún día, y entonces tendremos razón, eso es imposible. No, no, ese maldito gallo en nosotros, lo maldicen, ¿verdad? Pero si Pedro no hubiera oído eso, jamás lo habría sabido. El pobre, bueno de Pedro, más tarde, cuando vio cómo se infundía alma y supo... porque él tuvo sus visiones, Cristo andaba a su lado, así, sin más. Cuando regresó Cristo y estaba con él, dice: “Mira...”. Atravesó sin problema la pared, allí estaban esperando. Regresó. Entonces sacrificaron a Pedro y a los demás como cerdos, colgados bocabajo de la escalera de mano, ¿lo sabían? Le abrieron esa barriga en canal, hasta la garganta, y atravesando la cara, así, le quitaron... le quitaron la piel, igual que a los otros. Han enmendado cosas, esos muchachos. Pero en esos tiempos no sabían lo que uno recibe y lo que hemos recibido nosotros. Eso era para ese siglo. Somos personas que hemos recibido la gracia de que hayamos podido..., de que se nos haya concedido conocer todas esas cosas, esos libros, esas leyes, y de que ya ahora podamos integrar en nosotros esa sabiduría, porque nos lleva directamente, cada minuto, cada día, a Jerusalén. Y si piensan ustedes que no, pues, entonces ya nos hablaremos. Pero ustedes mismos tienen que empezar con ello. Y si piensan ustedes que Jozef Rulof siempre cuenta tonterías y que ya está otra vez con sus cuentos chinos —lo tiene fácil para hablar, lo tiene fácil—, yo estoy igual que ustedes. Me puse como una furia con el maestro Alcar. Dice: “Bueno, pues entonces mejor que revientes”. Digo: “¿Quién puede alcanzar esto, vivirlo, lo que yo hago? Ni una paloma. Tengo que cargar algo que no son capaces de cargar millones de personas”. Dice: “Lo puede hacer un solo ser humano. Sucumbe. Mejor revienta”, dice. Digo: “Gracias”. ¿Ha leído usted mi ‘Una mirada en el más allá’? Pues, me dieron una buena paliza. Dice: “Pues, abandona”. Digo: “¿Abandonar? ¿Para ese follón?”. Entonces llegué. Y todo se había acabado.

¿No tienen que vivir ustedes eso también? Pues empiecen con su pequeño yo espiritual. Y empiecen alguna vez a ser cariñosos. Hay gente aquí, que dice, primero esto y luego lo otro: “Ah, qué maravilloso es eso”. Ni dos minu-

tos... No lo comprendo, lo oigo, lo veo. Les puedo contar exactamente cómo piensan todos ustedes, acérquense a mí, aquí. Yo ya me controlaré. Solo voy a advertirles. Cuando digo algo así, sepan esto: solo estoy avisando. Destrozan ustedes tantísimas cosas para sí mismos. Absorben sabiduría, y con un solo pensamiento chapucero de querer ser algo que uno no es, hace papilla toda esa personalidad. Pero no hay ser humano a quien le guste esa papilla: apesta, está podrida. Y no hago más que avisarles, porque ustedes hacen muchísimas... He advertido a los clarividentes, digo: “Vamos, para ya de refunfuñar”, porque no es otra cosa que refunfuñar, “aportas cáncer espiritual a la gente”. ¿Hubo alguna vez...? Nuestras leyes tienen peso. ¿Por qué? Uno tiene que vencer el universo. Pero ¿alguna vez han podido encontrar algo en esos libros que los conduzca al cólera, al cólera espiritual, y a los demonios? Lo único que pretende es extraerlos a ustedes de allí. Y aquí el ser humano arroja... unos vuelven a arrojar a otros en eso. Con esa gente de la semana pasada, hay que tener compasión de ella. Pero a mí desde luego no me parece bien que me estropeen la noche aquí. Cuando un ser humano dice: “Bah, yo eso no lo acepto”. “Bien, señor, listo, señor, mejor alquílese usted mismo una sala, y hable todo lo que quiera, señor. Vaya, adelante”. No hay respeto. ¿Siguen ustedes con la iglesia católica? Yo no me atrevería. ¿Por qué? ¿No tenemos nosotros el sentimiento humano de que el ser humano lo que hace allí es rezar? ¿Es necesario quebrar al ser humano en su confesionario cuando uno sabe que se rezará a Dios? Es cosa de él. Es necesario. Pero no podemos deshacernos de nuestra conciencia. Esa gente todavía necesita ese gallo de Jerusalén, pero nosotros también. Y aunque nosotros ya no la queramos, esa bifurcación está ahí, siempre estamos ante ese bien y ese mal, y a través de Oriente vamos a Occidente. Y entonces experimentamos las leyes ocultas, son ‘Las máscaras y los seres humanos’, son ‘Dones espirituales’ —esos dos libros de los que los espiritualistas no quieren saber nada—, porque allí puedes demostrar que posees dones, que das algo al ser humano. ¿Cierto o no? ¿Sinsentidos?

Solo quiero ofrecerles las esferas de un modo hermoso; luego, cuando vayamos al ataúd, tendremos que habernos despojado de todas esas charlatanerías, de esos gruñidos. Hay que ver cómo se ha desgañitado el maestro Zelanus. Dice: “¿Por qué siguen dando patadas?”. Podría haber dicho: “¿Por qué están sentados aquí delante de mí?”. Y ustedes escuchan y dicen: “Oh, que hermoso es eso. Porque lo vi”. Y entonces íbamos... se iba detrás de la gente, y podía haber dicho sin problema alguno: “Ogro, dices que es hermoso y poderoso, y ¿por qué has dicho semejantes palabras después de esto?”. ¿Es posible eso? No puede ser. El ser humano se frena a sí mismo. Así somos los seres humanos. Y solo podemos vivir una unión cuando estemos libres de envidia, de charlatanerías, de gruñidos, de bufidos. Esa Navidad la tiene que haber siempre. ¿Es así?

Soy tan fanático para mí mismo, prefiero con mucho ir..., prefiero que me quiebren, ya se lo dije mil veces, que poseer algo que no tengo. Me lo extirpo con un cuchilloafiladísimo, así, conscientemente, de la caja torácica. Y después iremos a luchar. Me gustaría que se me dejara demostrarlo algún día, me gustaría que algún día me permitieran algo. En Japón clavan una daga en el corazón de la gente, así, sin más, y con un giro de la mano se lo sacan de entre las costillas. Lo conozco, por lo visto eso ya ocurrió una vez. Pero ¿no dijo Cristo: “Quisiera poder alcanzar el mundo”? No tiene nada que ver con Cristo, pero una vez que hayas visto las esferas, señoras y señores, ya te gustaría extirparte el corazón de entre las costillas con un cuchillo y decir: “¡Toma!”. Si aún te quedara la fuerza para entregárselo y para andar, encima te irías a hacer eso y se lo llevarías al ser humano. Solo para demostrar la sed que tienes, el hambre que tienes, porque esa maldita bifurcación la tienes que poder iluminar con un foco desde el espacio, entonces ya ni siquiera está.

¿No es así, señor? Y lo único que quiero es dárselo. Pueden alcanzarlo en un año, pueden edificar esferas, pueden vivir templos. E interiormente se ríen de ti... a la cara, el ser humano se ríe descaradamente de uno a la cara. Me resbala. Cada uno sabrá. ¿No es así? Sociedad, ah, así. Así, ¿verdad? Así. No existe ninguna sociedad.

(Alguien dice algo).

No, pero así es para el mundo entero; solo existe el ser humano. No hay sociedad, todo está al margen. No hay ninguna sociedad. ¿Cómo que sociedad? Que uno vaya a subirse al tranvía, que allá estén hablando por teléfono, y que tengan esto y lo otro, ¿eso qué tiene? El que importa soy yo, los que importan son ustedes; soy yo quien actúa, soy yo quien reza. Esa sociedad, todo ese poder del mundo lo barres de un soplido cuando ves esa bifurcación, siempre que ese gallo no cante. Y si se pone a cantar, si ese machito se pone a cantar, no por eso lo tienes que meter en la olla y torcerle el cuello; entonces hay que alegrarse de que diga: “Oye, aquí está pasando algo”. Sí. Hay que ver... hay que ver cómo somos... esto...

(Señor en la sala):

—Filosóficos.

—Hay que ver lo filosóficos que nos hemos puesto esta noche, ¿no? He estado pensando. He estado en el campo. Alguien me dio algo hermoso, digo: “Bien, yo también voy, quiero verlo”. Y entonces me pongo muy contento. Si me hubieran visto, habrían dicho: “Jes se ha ido de parranda”. Digo: “Sí, ¿por qué no dices algo sobre mí? Estoy feliz, y entonces grito y río. Y entonces alguien dice: “Aquí estamos viendo esta noche personas felices”. Digo: “Desde luego”. De pronto me puse a hablar dialecto. Vaya, vaya, vaya, vaya. Pues, vendan toda esa sociedad, de todas formas... Si miras un momento así, con esta luz, tendrás de todas formas esa sociedad entera en las manos. De verdad

que no hace falta que tomen asiento desnudos, medio desnudos delante de uno, señor, con condecoraciones, así de grandes, señor De Wit, porque ese teatro a usted no le dice nada. Y..., esto..., digo: “Mira, mira allí un poco. Que paguen al zapatero”. Pero eso tampoco se puede pensar, ¿entienden? Sí, ya estamos, el gallo está mirando ahora y dice: “Cuidado o me pongo a cantar”. Digo: “Pero si tiene agujeros en los zapatos, ¿es que no lo ven?”. Ah, sí. Y el gallo que tiene que comprobar por su propia cuenta si esos agujeros existen de verdad. Por fuera grandes, señor, somos tan bellos y poderosos. “Pero”, dice Frederik, “¿por dentro?”. Mohamed paralizaba las tormentas. Y entonces dice Erica: “¿Es cierto eso, Frederik?, ¿Ocurrió?”. “Sí, por dentro”, dice. Siguió la tormenta. Esas tormentas y esas rocas ya no significaban nada, aunque los mares vitales barran la tierra. No podemos ahogarnos, madre. Los barquitos espirituales no son destructibles. Nuestra alma siempre continúa flotando; aunque estemos metidos hasta el cuello en ese follón de los tiburones, ni siquiera son capaces de comernos. Pero eso, ¿quién lo sabe?

¿De dónde hemos sacado esas cascadas de palabras de esta noche?

Continúo, ese árbol de Navidad irradia gloriosos pensamientos.

Ahora tenemos: “El animal, ¿se dirigía a mí?”. “No, a ti no, creo que a tu máscara”.

Miren, es imposible, dice Frederik, que ese núcleo divino se vea alterado, pero esa máscara... Ese gallo solo cantaba a esa máscara. ¿No es así? Y es que ese gallo solo tiene que cacarear a nuestras máscaras, porque llevamos cinco mil; para cada cosita llevamos una. Y ahora por la borda esas máscaras y a poner algo en su lugar; y entonces deberían ver cómo cambia el ser humano, lo sencillo que es todo. El ser humano está abiertamente desnudo al lado de ustedes; aunque tengan el pelo como el de un perro, ustedes conocen esas vidas, se sienten ustedes tranquilos, es un sentimiento de alegría poder hablar con semejantes personas.

¿No es cierto, señoras y señores? No pensarán que miento, ¿no? Y lo tendrán que buscar; lo tendrán que recibir. Sí. “Quítate esta maldita túnica prehistórica y arrójala al suelo”. Miren, todavía somos prehistóricos. “Háganse por fin seres humanos, tal como Él lo quiere”.

Pero, señor, ¿qué se dice en ese ‘Las máscaras y los seres humanos’? El señor Koppenol puede ponerse aquí sin problema, él lo ha vivido, él sabe de esto. Si alguna vez yo le diera a alguien veinte minutos, señor Koppenol, sería a usted. Le ha proporcionado algo. Ahora lo sabe, ¿verdad? Ahora ya no entraría usted en eso así como así, ahora ya no se pasará corriendo de la bifurcación, ¿verdad?

(Señor en la sala):

—No, no.

—Señora, ¿se acuerda? Tiempos hermosos, ¿verdad? ¿Qué hemos aprendi-

do de eso? ¿Qué le parece? Me hubiera gustado arrojarle a él un cubo de agua fría a las narices, pero no se me permitió hacerlo. Pero cómo hemos... ¿Sabe usted que estoy contento? Es imponente. Pero te olvidabas de una cosa; nos olvidamos de algo.

Cuando salgo de las esferas... He vivido el Omnigrado, y entonces apareció una voz del espacio, muchas, que decían: “André, ¿cómo será usted mañana?”. Digo: “Normal y corriente”. Digo: “Esa vienesa no ve nada”. Por la mañana me desperté. Pienso: ‘Bueno, pues ya me gustaría saber si el ser humano ve que regreso del Omnigrado divino, por medio de la cosmología’. Y media hora después andaba por la calle. La gente veía algo, pero no sabía qué. “¿Es que se ha tomado una rica taza de té, señor?”. Digo: “Sí, un sucedáneo”, digo, “es que no lo había esta mañana. He..., calenté agua y eso es lo que me he bebido”. Pero había algo. Me encontraba radiante. Sentía un calor tan tremendo, que... Iba caminando por la calle Suezkade, me agarré a un gran árbol de esos, y pienso: ‘Me olvidaré por unos instantes y que la gente piense que estoy loco’. Y entonces agarré uno y digo: “A ti te he visto en el Omnigrado”. Y entonces le di a ese árbol un beso glorioso, pero lo hice otra vez con demasiado ímpetu y terminé con un chichón en la crisma. Digo: “No estoy loco. Estoy loco de felicidad”. Y entonces hablé con esas aguas, con ese pestilente canal de la calle Suezkanaal, digo: “Madre, madre, te he visto”. “André”, dice, “¿ya has vuelto? ¿Cómo te sientes ahora?”. Digo: “Normal y corriente”. ¿Tengo que mostrar que he visto el Omnigrado? ¿El Gólgota? ¿Qué es Jerusalén? Señora, ¿qué es una esfera? ¿Qué es “el ataúd”? ¿Qué es el alumbramiento? ¿Qué es la creación? ¿Qué es la locura? No, ¿qué es una séptima esfera? ¿Qué es el cuarto grado cósmico, el quinto, el sexto, si has visto el séptimo? Allí lo vi Él, para eso colocaron aquel árbol. “¿Ha visto usted a un ser humano en el espacio con estas señales?”. Digo: “No, a nadie”.

Y entonces quise..., entonces se me concedió decir algo más, y entonces, claro, me di con las narices en el suelo... así... Me desperté y estaba en brazos del maestro Alcar, en el espacio. Digo: “Maestro Alcar, ahora estamos aquí y allá” Entonces pude ver por la luz y el espacio y la vida..., digo: “Está usted en el cosmos material”. “Regresamos unos instantes al Gólgota para recuperarnos, y después a volver a casa”. Al día siguiente andas por las calle con la Omniconsciencia dentro de ti.

¿Cómo está usted ahora? ¿Qué haces? ¿Decir que eres clarividente, que posees muchas cosas, que lo sabes todo, que has visto a Dios y que conoces a Cristo? No, señor, no ha..., los primeros años no ha salido de mi boca ni una sola palabra. Era incapaz de hablar siquiera. Estaba demasiado conmovido. Andaba por la calle gimiendo de alegría. La gente decía: “Santo cielo, santo cielo, ¿qué está pasando con ese tipo?”. Digo: “Sí, señora, estoy gimiendo”. Pero reía. Pero ¿cómo es usted capaz de ver esos gemidos, señora? Soy como

esa gente que transforma los gemidos en gracietas. Siempre digo cosas divertidas, es el Buziau (J.F. Buziau, cómico, 1877-1958) que hay dentro de mí. No les voy a mostrar mis desgracias. No quiero molestar a los seres humanos con el dolor. No gimo, aunque mi cuerpo esté que reviente; y entonces revienta, no quiero gemir, porque me pierdo a mí mismo.

Y entonces dijo el maestro Alcar: “Si eres capaz, André, podremos seguir”. De haberme parecido tan hermoso y poderoso —¿verdad?— él ya se habría detenido, porque yo me ahogaba en eso. ¿De felicidad? No, no se me concedía ser feliz.

¿No les dice nada esto, señoras y señores? No se les concede ser felices, traspasar su felicidad, si aquí no la pueden justificar; otros podrían ahogarse en su felicidad. Cuando un pintor se hace tan poderoso y grande y está demasiado contento con sus cosas y ya nadie puede alcanzarlo, entonces nos ahogamos en su arte. ¿No es así?

Hay pianistas...: “¡Cállate, que tengo que tocar!”. “Sí”, dice esa mujer, “pero quería preguntarte un momento: necesito comida”. “¡Fuera de aquí!”. Conocí a un hombre así. A esa mujer la habían echado de casa. Y a las doce, a las doce y media, a la una paró. “¿Lista la comida?”. Entonces dijo ella: “Claro, pues ahora vete a buscarla tú mismo”. Y entonces viene el señor y dice: “Pero ¿qué es lo que he hecho?”. “¿Que lo que has hecho? Casi me arrojaste por la ventana. Los niños no tienen comida, yo no tengo comida, pues tú mejor come con tu arte. Mejor cómete esas cosas blancas y negras que tienes delante de ti, a ese Chopin y esos Saturnos (nocturnos) que acabas de interpretar. Pero no tenemos qué comer, marido. No tenemos qué comer. A los niños les rugen las tripas. Ahora lo que vas a hacer es encender la estufa y preparar la comida”. Y entonces el hombre tuvo la fortaleza de decir: “Es increíble cómo uno puede portarse como un niño por su arte”. Dice: “¿Sabes lo que deberías haber hecho? Haberme despertado a porrazos, porque estoy equivocado. Quiero vivir arte, pero dejo que se mueran de hambre mi mujer e hijos”.

Señoras y señores, ¿qué es más necesario, pues? Vivan alguna vez a un artista. Si encuentras a uno entre cien mil que siga siendo conscientemente ser humano en su arte, y encima se preocupe por usted y del pan de todos los días, es que tiene a un genio. El resto son cuentistas, vuelan, se dedican a las perifolladas. A esos no hay quien se les acerque, señora, porque son maestros en el arte. Sí, si encima de la mesa hay carne, y qué más, flores, y el sótano está repleto de patatas, nada más, entonces que se dedique al arte todo lo que quiera. Eso sí que es un arte. Pero, adelante, vaya alguna vez al otro lado y siga siendo quien es, provinciano. Prefiero hablar dialecto a que los maestros me conviertan en alguien que diga: “Ahora sucederá”. Cuando el maestro Alcar viene a verme y dice: “Y ahora, André-Dectar, sucederá”, entonces le digo: “Sí, los ‘drudels’”. Pero él no se acerca así. Porque entonces uno se sale

de la realidad. Dice: “Hola, ya estoy aquí”. Me mira y no dice nada, porque sabemos. ¿Locura soberbia? Para nada. Y ahora recorramos un poco el mundo entero. Y todo eso tiene que salir.

¿Ustedes también han visto ese árbol navideño que ha estado allí... que ya lleva dos días colgando por encima de La Haya? ¿Lo han visto? Estaba allí, y aún luce. También arde en verano, siempre está allí, pero la gente ya no lo ve. Solo lo ven cuando el ser humano lo adorna con velitas y llamitas. También está ahora. Pero el otro ya no está y cuelga allí el año entero. Y en la cima está sentado el gallo de Jerusalén. ¿No es así, señor?

(Al técnico de sonido): ¿Tenemos todavía, esto...?

(Señor en la sala):

—Unos tres, cuatro minutos.

—¿Unos tres, cuatro minutos?

Esto sigue siendo una carta, podemos seguir con ella.

“Quítate esta maldita túnica prehistórica y arrójala al suelo”. Mira, aquí lo tenemos otra vez. Solo para que lo sepan: allí hay gente con túnicas de una belleza impresionante, se llena de perifollos, y esto y lo otro, y ¿por dentro? Échenle, pues, un vistazo pragmático, pragmático, pragmático, pero comiencen por ustedes mismos. Quiébrelo sin problema. La otra vida se lo agradecerá. ¿No es así? El mundo siente respeto por el ser humano que se atreve a quebrarse. ¿Quién diría de sí mismo: “No soy más que un tremendo ogro. Todavía no soy nada. Estoy muy contenta”, ay, ahora voy a tener que vérmelas con las madres, “por poder pelar papas (patatas) y guisar para mi marido, tan contenta de poder servir”? Y él dice: “Y siento tanta gratitud cuando por las mañanas vuelve la luz y se me concede trabajar. Y llego a casa feliz, y no sentamos juntos a comer, una gloria. ¿Hay alguna novedad, amorcito, amor? Anda, cuéntame, ¿cómo se portaron los chicos?”.

Zureos, zureos y más zureos. Los zureos, ¿siempre son en nombre del Señor? Ya estamos otra vez: zurearás en nombre del Señor. Y entonces fue el silencio. Y él no dijo nada. Y ella y los niños miraron al padre. Aún había un poco de aceite —esto también es una visión—, poco a poco empezó a haber un poco de humo en señal de que a la mecha ya no le llegaba aceite, de que no se le infundía alma, y entonces, poco a poco, se fue apagando la luz. Y entonces surgió una voz en el seno de ellos que dijo: “Yo soy quien dice ‘amén’. ¿Qué más tienen que decir?”. Y entonces el padre, que tenía un hermoso sentimiento, dijo: “En esta luz, mujer e hijos, estaremos eternamente seguros”, y resultó que entre ellos estaba Cristo.

Señoras y señores, no se asusten, pero les espera el té.

DESCANSO

Señoras y señores, vamos a seguir con una carta del señor Brand. Me quedé en: “Quítate esta maldita túnica prehistórica y arrójala al suelo, hazte por fin ser humano tal como lo quiere Él. La fe sigue siendo la fe. Una oración sigue siendo una oración, sea cual fuere el idioma en que lo elevés. El Dios de la vida siempre nos entiende”, dice Frederik. “Ama todo lo que vive. ¡Occidente tiene que despertar! Solo entonces los pueblos de la tierra alcanzarán la unión, porque Él no creó más que una sola fe. No miles..., solo una... para la que yo oí la respuesta, Frederik”.

Lean ‘Las máscaras y los seres humanos’, entonces también tendrán cosmología. Allí se explica la palabra cósmicamente. Materialmente, humanamente, para la madre, para el padre, para el amor, para el renacimiento, para la sabiduría, para Dios, Cristo, Jerusalén... lo pueden... Todo eso está en ‘Las máscaras y los seres humanos’.

“Dice: ‘He de reconocer que el gallo cantó para mí’”, muchas veces. “A partir de ahora haré todo lo que esté a mi alcance para ahogar su voz de forma natural”, la voz del gallo, “dicho de otro modo: ¡yo mismo cantaré!”.

Qué divertido, ¿verdad? Ahora ya tenemos esa guía de esos diecinueve, veinte libros, y ojalá que también logremos terminar ‘La cosmología’, entonces ya no hará falta que cante ese gallo.

Y ahora aparece: “Yo mismo cantaré. Ahora la gente arroja sus máscaras”. Los machacan a pisotones porque no quieren esas túnicas. Uno puede ser decente y la vida será de una hermosura tan impresionante, sencilla a más no poder. No es necesario que hagamos aspavientos, porque el ser humano es una joya divina. Pero el ser humano se eclipsa a sí mismo. Ni las diademas, perlas, diamantes o túnicas de satino sirven ya. ¿Es cierto eso, señor De Wit? “¿No es maravilloso?”, dice Frederik. Maravilloso. “Ya nada nos detendrá. Nada”. Nada, nada me quitará lo que poseo ahora. “En nosotros vive el otro yo, mejor, que tiene sintonización con Él, con Su Omnipoder”. Mi vida, mi alma, mi espíritu, no mi alma, sino mi espíritu y mi personalidad “se convierten en inmaculada claridad... y habrás llegado”. Esta es la vida entera.

¿Qué otras preguntas tiene, señor Brand? Puede estar ocupado con esto toda la noche, así cada cosa de la sociedad la podrá... Sobre esto, sobre esto que ha escrito usted aquí, el maestro Zelanus escribe siete libros de mil páginas. Si empieza a partir de la luna y le cuenta al ser humano primero de dónde procede, tendrá que escuchar ese cacareo cósmico. Los apóstoles solo lo oían todavía, Pedro solo lo oía para la duda. Pero eso no implicaba que Pedro fuera enteramente inconsciente y dudara; solo por esa duda. Solo dudaba, señor y señora, porque sabía que lo iban a arrojar al calabozo, quizá que lo maltrataran, igual que Cristo, porque a eso él le tenía miedo. Por eso dije aquí una noche: ¿han visto esa película, hace algún tiempo, de esa chica inglesa que estuvo aquí? Yo la vi en el cine Metropool, quería verla sin falta.

Y a esa chica le arrancaron todas las uñas de los pies, a conciencia. Llegó..., llegó a Alemania con tacones. ¿No? Anna hacía entonces de...

(Surgen varias voces en la sala. “Odette”, dice alguien. Otra persona: “No...”).

Odette Churchill.

Si quieren volver a ver una hermosa película, señoras —hay tan pocas— tienen que ir al West End (un cine en La Haya): ‘Mañana será tarde’ (título original italiano de 1950: ‘Domani é troppo tardi’). Trata de la verdad sexual y las conversaciones con un niño; entonces verán una muchacha, me volverán a ver a mí, volverán a ver a Jeus, cuando yo tenía seis años. Y cuando yo... cuando dije a Crisje, tenía yo cuatro años y medio: “Crisje, ¿por qué está usted tan gorda, madre?”. Entonces dijo: “Santo cielo, ¿qué tengo que decir ahora?”. Por la mañana a las siete, El Largo acaba de irse. “Sí”, dice, “la comida me sabe tan bien”. Entonces dijo Jeus: “Pero a mí también me sabe bien, y estoy hecho un palillo”. Ese guion, señoras y señores, está listo. Cuando oigan eso en la película encima uno se puede reír, pero estamos ante la realidad. Yo buscando. Y en esa película está: aparece una joven, una delicada cosilla italiana, que dice a su padre: ‘Pero, papá, ¿y yo cómo nací? ¿De dónde vienen los niños?’. Y él responde: “De una col”. Y la cría va a mirar una col en la cocina, busca y dice: “Aquí no hay ningún niño”. Y entonces aparece un niño judío... Más tarde, entonces todos han avanzado, y dicen: “De la barriga de tu madre”. “Ja, ja, ja”, dice, “lo que tú digas”. “Pero si eso no puede ser, ¿no?”, vuelven a decir, no lo creen.

Eso ocurre ahora en Holanda. Los protestantes, la corriente reformada, señor, dicen que es una vergüenza; pero la película está en los cines. Si quieren disfrutar un poco; y al final, además, llorarán. Yo lloré por esa chica. Habían vivido un solo besito y entonces los maltrataron, los mancillaron. Ese guion me lo tendrían que haber dejado escribir a mí, entonces digo... entonces habría introducido en él una conciencia universal por ese beso. Ese chico y esa chica, de dieciséis y diecisiete años... Estados Unidos ha vuelto a engullir a esa chica, pueden volver a destrozarla, claro, quizá por tonterías. De Italia vienen las películas más hermosas, ¿sabían eso? ‘Ladrones de bicicletas’ (título original italiano de 1948: ‘Ladri di biciclette’), ‘Mañana será tarde’.

Si tienen hijos, mejor les dicen: “Naciste dentro de mí”. Y has salida de mí y de tu padre”. Y hay que ver lo lamentables que son esos padres. Como cuando ese padre está delante de un hijo de casi quince años, catorce, quince años... Digo a mi mujer: “Él y Casje Bruning son como dos gotas de agua”. (Véase: ‘Jeus de madre Crisje’, parte 1). Pero Casje Bruning todavía era delgado, y sabía más cosas. Y dice al chico..., ya le contaría unas cuantas cosas... Y la madre que está... Y eso hay que hacerlo así como así, en cinco minutos. El padre fue incapaz de decir nada, le dio unos centavos.

Digo: “Qué lelos, qué lelos”. Si leen ‘Jeus de madre Crisje’, cuando una niña de siete u ocho años... entonces también vas a los gatos de la señora Ruikes. Y llegas allí y preguntas: “Señora Ruikes, ¿es que son todos machos? También habrá gatas, ¿no, señora Ruikes? ¿Qué fue del maromo de Mientje? Ese estará dándole al frasco, ¿verdad? Sí, señora Ruikes, con que esos tipos tengan algo que beber, ¿verdad?”. Y la señora Ruikes dice: “Cris, Cris, Jeus ha estado en casa. El Largo tiene que sentarse un día a hablar con él”.

Les he contado este cuento —Johan también estaba aquí—, que voy a Bennad: “Bennad, ¿porqué está mamá tan gorda?”. “Eso no es cosa tuya. Ahora me necesitas, ¿o qué? Arréglatelas tú mismo. Mejor vete a ver a Johan, él sabe”. “¿Johan?”. “Pues, claro, y ¿tú qué creías?”, dice Johan. Entonces le dije la semana pasada, digo: “Ahora también te haré esperar si quieres saber algo”. Cuando viene a verme y quiere una explicación, digo: “Mejor vuelve a tu juventud y aclárate allí”. Entonces dice Anna: “No hablarás en serio, ¿no?”, mi mujer, digo: “Sí, sí que lo digo en serio. Entonces él dejó que me estrellara contra la pared”. Él lo sabía y yo no sabía nada. Y entonces él tenía que... O tenía que llevarle una pera, u otra cosa, y entonces aparecía Johan. Pero ahora él también me las paga. Digo: “Ahora lo sé”. Sí. Pero no sé lo voy a decir, que se chinche.

(Risas).

Pero vayan al cine, entonces podrán llorar de verdad, y podrán vivir de verdad cómo éramos de niños. Y cuando Jeus de madre Crisje se mezclaba con la gente, ya no hacía falta que los padres dijeran nada. Y así podríamos seguir y ya llegaríamos. Tenemos aquí entre nosotros... había gente... Apareció Jeus.

“Padre, ¿puedo leerlo?”. “Claro”. Y papá se fue a mirar. Y va y dice: “¿De cuánto está? Digo, vigílala un poco, para ver de cuánto está”. Entonces dijo ella: “Ya no la veo”, dice la madre, “porque suele estar arriba”. “Y”, dice el padre, “¿de cuánto estás?”. Pienso: ‘Ah, ya dejó atrás a Jeus con la creación’. Dice: “Sí...”. Lo miraba a los ojos, con otras palabras: como si quisiera decirle: “Ahora ya lo sé, ya no hace falta que me cuenten nada”.

Yo no dejaba de mirar a Crisje, así... Entonces dice Crisje a El Largo: “Ese mira a través de la barriga”. Y Bennad... Pero fue un suplicio, en el libro no es más que periodo breve, ¿verdad? Sin embargo, pasaron meses y meses y meses, y de noche y de día, una y otra vez: las gallinas, día y noche sentado delante del gallinero, señor De Wit. “¿Por qué tiene el gallo tantas mujeres?”, pregunté a mamá, “y no ponen huevos, pero ¿porqué él sí y el otro no?”. Y así es como todo ese bregar tuvo que seguir para llegar a conocer la creación. Y cuando lo supimos, de vuelta a Crisje: “Mamá, ya lo sé”. Y Crisje: “A ver lo que pasa ahora”. No, no pasó nada. Y añade él: “Ahora lo sé todo”. “Entonces

seguramente que tendrás hambre”, dice ella. Qué palabra tan hermosa de Crisje. Digo: “Cuando luego nazca Miets”, eso yo también lo sabía, que venía Miets, “ya no me tendrás que decir nada, porque me lo sé”. Entonces dijo él: “Bueno”. Y Crisje: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Entonces fue al señor cura.

Señoras y señores, váyanse a West End, así podrán llorar a moco tendido, y de ese modo se entretendrán un poco. Haré publicidad por una buena película. Es una señorita cariñosa, está esta noche aquí, esa también está en West End. Vayan y díganle “Buenas tardes”, verán, y allá donde esté el mejor sitio, allí los llevará ella.

¿Quién tiene más preguntas sobre ‘Las máscaras y los seres humanos’? ¿O de qué están hablando?

(Señora en la sala):

—Sí, un ángel, ¿qué simboliza?

—Eso la iglesia... Mire, eso la iglesia no lo..., pero pasó... Cuando llegó el ángel... El ángel dijo... Verdaderamente, con el nacimiento de Cristo ha habido gente. Pero seguramente que entenderán..., ahora ya tenemos que tener cuidado. Lo primero que pregunté: “¿Existe la condena? ¿Existe la condena eterna? ¿Hay fuego en el infierno?”. Cuando ya me desdoblaba corporalmente de niño, ya era capaz de contárselo a mi amigo José. Cuando comenzaron los maestros yo hacía preguntas humanas: la Biblia, directamente la Biblia, directamente la fe. Digo: “Nuestro Señor nació en Belén, ¿qué hay de verdad en eso, maestro?”. Dice: “Mejor venga conmigo”. Y entonces lo vi. Era verano, esos pastores no tenían frío para nada allí fuera, porque era pleno verano. Y encima está esto: los inviernos de aquí ni siquiera se conocen en Jerusalén. Ahora andamos con una historia falsa. El mundo entero se disolvió en esa Nochebuena. Es una realidad para millones y millones de personas. Y ese nacimiento se mantiene, claro, pero nosotros introducimos esa realidad así como así en otro clima, y queremos ver nieve.

Llegaron ángeles de los cielos, bajaron revoloteando. Pero no tenían alas, porque esas “alas” están en nuestro interior. Basta con que lean mi libro ‘Entre la vida y la muerte’. Las Grandes Alas es el espacio del ser humano, por su personalidad, cuando llegamos a conocer las leyes ocultas —es espíritu, es vida, es muerte, es más allá, paternidad, maternidad, reencarnación, cosmos—, es espíritu y vida; entonces llegarán ustedes a la realidad. Ahora hay... Y esos ángeles albergan conciencia. Pero dado que la iglesia católica no conoce esa conciencia interior, optó por dar alas a esa gente, a esos ángeles; ahora pueden volver. No saben que el ser humano planea con la fuerza de su pensamiento. En un fogonazo habrán volado mil veces alrededor de la tierra, solo por la concentración de sus pensamientos. Una alita de esas desaparecería de tanta velocidad que tenemos. Si ustedes poseen la luz y el espacio, la

ciencia, la sabiduría, la conciencia, señora, volará en una millonésima parte de un segundo entre todos los planetas y estrellas creados por Dios, en este espacio. Ya no habrá distancia. En todo serán... tendrán con todo la unión espiritual y espacial dentro de ustedes, por los libros, por la vida. ¿Van a vivir conforme a eso? Si van a ser cordiales y benevolentes, si asimilan la vida como ley, como hombre, como mujer, llegarán a tener ampliación. Todo eso vuelve otra vez a esa Biblia y a Cristo. Pero esos cuentitos...

Ahora tienen que aprender. A mí me mataban a golpes cuando me levantaba durante el catequismo. “¿Y entonces estarás condenado eternamente!”. “¡No mientas!”. Entonces me levanté, digo: “Eso simplemente no es verdad. Son cuentos”. El señor pastor era una buena persona. Entonces llegó el capellán, pensé: ‘Vaya, qué mirada tan desagradable tiene ese señor’. Entré allí, atemorizado, con miedo. Y de pronto entré en trance, me expresaba en holandés —en la vida había oído una palabra de holandés—: “Cristo dijo: ‘Dejad que los niños se acerquen a mí’, y resulta que los echan ustedes a patadas”. Entonces yo era diabólico, era un hereje. Tuvo que venir Crisje. Dijo al señor cura y al capellán: “Si Jeus está poseído, ustedes también lo están. Y eso no me lo quita nadie, señor cura. Se acordará, ¿no? Cuando nació él, usted también se le quedó mirando esos ojitos”. Y entonces dice él: “Crisje, estuve en el cielo”. “¿Y ahora resulta que Jeus está poseído? Entonces lo están ustedes también. Ya no quiero oír nada de ustedes. ¿Quiere hacerme creer, señor pastor, que Nuestro Señor destruye a la gente? Porque eso es condena, ¿no?”. “Sí”, dice... “No, Crisje, pero yo no soy Roma, ¿no, Crisje?”, dijo el señor cura. “Yo no soy Roma, ¿no?”.

Pues, Roma sigue siendo así, seguimos con la condena. Sí, Roma está diciendo a la gente, a los eruditos: “Oye, mira a ver si de verdad es cierto que el ser humano nació en las aguas”. Pero ya lo saben, porque Roma tiene biólogos, astrónomos. Ese observatorio de allí, y todo, ese complejo astronómico de Roma, de verdad que no son unos inconscientes sentados en los jardines del Vaticano que miran cada noche el firmamento; han seguido los pasos de Galileo. Una vez se equivocaron. Cuando Galileo dijo: “Padre, la tierra gira alrededor del sol”, entonces el papa dijo: “Tonterías. ¡Eso ni tocarlo! Y entonces Galileo estuvo en ese calabozo del Vaticano y lo acallaron para treinta, treinta y cinco años; ya no podía hablar, si no lo arrojaban a la hoguera. Y esos papas tienen que pasar por la misma escuela. Y entonces uno dijo al otro —antes de que muriera y llegara el otro—: “Oye, no te vuelvas a equivocar, ¿de acuerdo? No vuelvas a pasarte de la raya si aparece otro Galileo”.

Pero, señora, eso el mundo, la criatura católica, aún no lo debe saber, porque entonces será de golpe demasiado, y ya no habrá asideros. De verdad que todo va lento, pero lo saben. Y así se ha construido algo que no se conoce. A un ángel se le dan alas. Pero las “alas” de la conciencia las lleva cada uno

en su personalidad: usted sabe. Son las alas “espirituales”. ¿Ha leído usted mi ‘Entre la vida y la muerte’?

(Señora en la sala):

—No, no, señor Rulof.

—¿Todavía no? Pues, entonces debería esperar un poco con su lectura; comience primero con ‘Una mirada en el más allá’. Pero cuando quiera llegar a conocer las Grandes Alas en el ser humano, estará usted ante el Templo de Isis en el Antiguo Egipto; allí se trataba de las Grandes Alas. Es el ser humano en sus sentimientos que conoce el espacio, Dios, el más allá, nacimiento. No existe morir. No hay muerte, a La Parca la hemos despojado de todas sus perlitas, por medio de ‘Jeus de madre Crisje’. Miets sigue andando ahora en el otro lado con hermosas cuentas. Y estas seguirán existiendo, señora. Y ahora dice usted: “¿De qué me está hablando?”. Pero ¿ha leído usted ‘Jeus de madre Crisje’? Si no le ofrecería un bonito cuentito.

Esta Navidad, ayer, me encontré con Miets, me dice: “Jeus, ¿has visto mis cuentas? Todavía las tengo”. Digo: “Sí, Miets, las nuestras, las que hemos quitado a La Parca”, por ese pequeño cordón, cuando encontramos dinero en el bosque y que Crisje llevó al policía, y luego volvió, con eso dimos a los niños... Miets recibió una hermosa faldita, y nosotros zuecos nuevos... Y Miets sigue llevándola. Porque es eterna. Pero ahora eso usted no lo comprende, porque no ha leído ‘Jeus I’. Pero quienes lo han leído lo saben, y dicen: “Sí, esas cuentas permanecerán”.

¿Tiene alguna pregunta más?

(Señora en la sala):

—No.

—Para servirle.

Así que la iglesia continuó. Ahora es la fiesta de Navidad. Están los ángeles, y seguramente que también estarán todavía esos pastores. Pero esa estrella que los maestros de Oriente enviaron allí, señora, tampoco estaba. Esa estrella no lucía en el cielo ni fue circulando hasta allá. Y ¿se quedó detenida justamente encima de Belén? No, señora, esos caballeros eran clarisintientes, porque lo que les llevó al lugar donde Él yacía era la estrella interior del espacio, el propio Cristo. La estrella del espacio... Pregunté de inmediato: “Esa estrella..., ¿de verdad que ocupó un lugar allí?”. Entonces el maestro Alcar dijo: “Ahora conoce usted el espacio, el origen del universo”. Fue solo entonces cuando lo pude preguntar, fue cuando me lo pudo aclarar. Dice: “¿Cómo va a poder salir una estrella de su órbita? ¿Cómo va a poder hacerlo la tierra? Imposible”. Esa estrella estaba allí, pero la estrella interior...

Otra vez Frederik: Mohamed, Mohamed, de ‘Las máscaras y los seres humanos’, detenía las tormentas. Y a la gente le entraba miedo. Él era guía, atravesaban un desierto, y la gente se encogía de miedo, porque el cielo

bramaba, y de pronto dijo él: “Tormenta, amaina, porque nosotros vamos a seguir”. Y Frederik, que lo lía todo, al final estaba hablando de bocadillos con espinacas y de latas de judías. Y Erica se había olvidado. Y al final dice ella: “¿De verdad que fue así, Frederik? ¿Tanto poder tenía ese hombre?”. Y entonces Frederik pudo decir: “Sí, sí, hija, por dentro”. Pero siguió bramando. Cuando un ser humano sabe y posee conciencia... Y dejen que haya tormentas en sus vidas, qué les importa eso a ustedes: no se les puede atormentar, nadie puede matarlos.

Hay que ver cuántas cosas sabemos, da miedo. No tenemos miedo a La Parca. Yo me pongo a reír, por dentro, encima de un ataúd, cuando tengo que llevarme a alguien, pero no puedo mostrarlo, entonces dirían: “Qué ogro es ese tipo, ¿verdad?”. Una vez a alguien lo tuve que... no podía eludirlo, tenía que ir yo también al cementerio. Dice: “A ver, ¿puedes estarte callado?”. Digo: “Lo intentaré”. Sí, dije algo un momento; pienso: ‘No voy a estar callado, voy a...’, interpretaré esos “sinsentidos”. Y entonces estuve hablando como media hora. Y hablé de las esferas de luz, y entonces todo el mundo se puso a llorar. Pero al día siguiente: un hereje, en eso me había convertido. “¿Cómo nos hemos dejado influir por esa víbora? ¿Cómo has podido traerte a ese ejemplar? Es un ocultista”. “Es mi amigo, y amaba a mi padre”. Mire, primero se fueron, claro, los teníamos medio en hipnosis.

Señora, señor, ¿alguna cosa más? ¿Alguna cosa más? ¿Algo más?

(Señor en la sala):

—Señor.

—Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Señor, Rulof, hace unos instantes mencionó una cifra de esas gigantes, de que llevamos un retraso de no sé cuántos años en la tierra.

—Sí.

(Señor en la sala):

—Me preocupa mucho la madre tierra...

—Sí.

—... ¿cómo se puede aguantar eso tanto tiempo?

—Sí. Sí.

Si usted vive la cosmología, señor... Hemos hecho chapuzas aquí... Mejor no se crea usted que es algo. Yo eso no lo hago. Aunque hubiera escrito cien mil libros y supiera hacer no sé cuántas cosas, yo no me hago esas ideas. Hago todo lo que puedo, a ningún ser humano lo debe importar cómo soy. Eso es cosa de cada uno. No me da la real gana gruñirle al ser humano, para hacer el mal, esto mal, lo otro... El ser humano para mí es sagrado. Si veo que ustedes están allí analizando un poco al ser humano en esas carteras, o que están robando, y lo otro, entonces digo: “Pues, menuda gracia”. Entonces ya

no quiero tener que ver con ustedes. Pero aquí hemos estado, señor, desde la jungla llegamos a la raza blanca (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es), ¿no es así? Hemos... Cuando allí estuvo todo listo, la madre tierra nos liberó. Y entonces podemos seguir de inmediato, y llegará a tener uno la nueva reencarnación, si se está en armonía con ella. Pero nuestra personalidad se ha quedado en las tinieblas; hemos robado, deformado, hemos violado a la gente, la hemos destruido, aquí, allí, allá. Resulta que hay sentimientos y fuerzas en nosotros, que nos permiten decir de pronto: "A esa señora y a ese señor ya no los violentaré más, o lo que sea. A esa gente ya no la robaré más. Solo quiero hacer las cosas lo mejor que pueda". Y dejemos que el mundo sea el mundo. Ustedes se cuidarán. Sí, de eso acabamos de librarnos, ¿no? A cada instante, en cada esquina, te vuelves a encontrar a ese gallo de Jerusalén. Dice: "Mira ese de allí. Lleva un bonito sombrero, zapatos de charol, sí, sí, pantalón de rayas, se le asoman los gemelos de la camisa, bigotito, bien engalanado. ¿Así eres un señor?". Bah.

Señor, vivimos millones de años de más en la tierra, ocupamos el sitio de otras personas que deberían haber tenido nuestro cuerpo, porque entre la vida y la muerte hay cien mil almas, chispas de Dios, que esperan un cuerpo material, pero no tienen un cuerpo. Y ¿por qué no, señor? Porque, exactamente, el renacimiento con el ser humano coincide exactamente. No hay ni uno de más o de menos, porque tiene que seguir, ese ciclo, esa circulación, esa evolución. Y ahora nos hemos arrojado fuera de esa armonía, nos hemos suicidado —el ciclo del alma—, hemos quebrado esa vida, hemos salido de la armonía divina para el renacimiento. ¿Qué está ocurriendo? Dos mil años de más en el mundo para el alumbramiento y la creación; de vuelta a la tierra, reencarnación. Y seiscientos años de más aquí, una y otra vez de vuelta, para una sola cosa. Y ahora esos otros cien mil pequeños rasgos de carácter, esos escándalos que hemos cometido; y todo eso no significa nada, volverán a estar allí. Ahora guerra, asesinatos, muerte. El ser humano todavía no ha llegado al punto en que pueda decir: "No rompas esta vida. No te suicides".

Hay una madre que está gritando por su niño. Veo... Esta mañana me viene una señora, una joya de madre: "¡Ya no quiere más hijos! ¿Dónde puedo conseguir cosas para detener los niños?". Digo: "Eso se lo tienes que preguntar a Nuestro Señor. ¡Fuera!". Eso lo dicen así, sin más. "No, ya no tengo dinero. Una criada cuesta hoy en día veinticinco florines por semana. Pues, necesitaré, si tengo más hijos, necesitaré una criada, ¿no?".

Solo hay que seguir esos pensamientos un poco... Así que esa madre no quiere hijos, porque entonces..., entonces ya no da abasto, entonces hará falta una sirvienta, que cuesta veinticinco florines. "Y por eso no quiero hijos". Pero sí que se gastan veinticinco florines para asegurarse de que no sea así. Y pónganse a hablar con alguien así, ya verán. Digo: "Señora, despréndase de

eso y esté agradecida, sería mejor”. “¿Cómo dice? Claro, usted seguro que no tiene hijos, si no, no diría esas tonterías”. Respondo: “Por desgracia, no, ya me gustaría tener cincuenta, míos”. Digo: “No quiero los suyos. Encárguese usted... Ese karma de usted no lo voy a servir, ya me cuidaré mucho de eso”.

Hay gente de esa, señor, que piensa... Hubo una vez una señora, había leído mis libros, y leyó sobre mi lucha, la pérdida de mi hija. Esa mujer tenía nueve y se había quedado sola, se sentía llamada a darme dos. Y entonces dice: “André, así ya no estarás triste”. Digo: “Oh”, digo, “pues entonces añádeme un par de centenares más. Pero entonces ya no tengo que hacer esto que hago, entonces tendré que hacerme cuidador de niños”. Pero ahora el dinerito para dárselo. Digo: “No, señora, lo siento mucho”. ¿Sabe, señor, en lo que me convertí en ese momento? ¡En un gran monstruo! “Ese tipo miente más que habla, porque dice: ‘He perdido a mi hija’, así que yo que le quiero dar un par y me dice: ‘¡No!’”.

Señor, esos libros terminaron en la acequia. Esa mujer dejó de leer mis libros, porque yo no era auténtico. Así que me podría haber... Hay madres que sí que quieren..., que sí que quieren un par... Aquí, en La Haya, es posible conseguir sin problema un par de centenares para cuidarlos. Pero entonces aún no he llegado, porque entonces tendré que ir a Rijswijk y a Voorburg. En cualquier ciudad de nada de por aquí quedan niños que... Gente que se los quiere quitar de encima. Y todos a André, todos a esa calle Esdoornstraat. Y ahora no puedo hacer eso. No tengo permiso para meterme en el karma de los demás, en sus vidas, porque entonces me haría inspector de escuela. ¿En qué me convertiría? Digo: “Maestro Alcar, puedo llegar a tener unos hijos”. Dice: “Mejor ni meterse en eso, a mí también ya me gustaría tener quinientos, míos propios”. Dice: “Pero entonces ya no nos hace falta hacer nada”. Dice: “Mejor será que te niegues. Pero ya oírás algo”. Adiós libros, adiós maestro Alcar, adiós Cristo, adiós todo. ¿Es amor eso? “Ni siquiera quieres tener un par de niños; y te quedaste llorando. Pero, ay, no te creas las majaderías que dice allí”. Miren, todo eso es... Yo no soy capaz de atraer ni uno solo, y ustedes siete. Pero yo no me lamento por ustedes.

Les conté la historia de una señora y un señor: ya no habría hijos. Ella bien quería. Decía él: “Pues, no, que no estoy loco, que yo no voy a estar trabajando día y noche para esa marrana”; tenía tres gamberros. Digo: “Señor, mejor déjelo”. Digo: “Pero imagínese que llegue el alma o el artista, uno que traiga dinero a casa, ¿no?”. Ella se mantuvo en sus trece. Llegó a tener al artista, con dones musicales. El muchacho se las sabía todas, tenía otra cosa en su interior, y más tarde dijo al padre: “Papá, si quieres escucharme tocar, tendrás que pagar”. El padre ni siquiera pudo asistir a sus conciertos. A mí me pareció un poco duro. Dice: “No, porque esos dos florines y medio se los vuelvo a dar a mamá, así alguna vez se podrá comprar un bonito sombrerito”. Puso a papá

ante los hechos. Papá recibió su paliza. Allí estaba todo.

¿Sienten lo tontos que somos y lo despiadados, lo inhumanos, si no conocemos esas leyes?

“Ni que estuviera yo mal de la cabeza, una sirvienta cuesta veinticinco florines. Porque si algún día tuviera un niño, necesitaré un a criada”.

Una madre, allí en el barrio, tenía dieciséis. Dice: “Ojalá tuviera otros cuatro”. ¿Sabe usted lo que me dijo otra persona, señor? Pero no conocen esas leyes, que allá viven doscientas mil. Entonces dice la madre: “A mí me da igual, pero siento que hago bien. No sé...”. Le habían dicho: “Esto parece aquí una conejera”. ¿No oyen eso todos los días? Mejor no se escabullan, porque lo oyen todos los días. Entonces dijo la madre: “A mí me da igual lo que piense y diga usted; siento una cosa cuando hay algo en mí, que hablo con Dios”. Para los vecinos, para todo el barrio... Esa pobre madre estaba en boca de todos. Dice: “Y a mí, ¿qué me importa eso? Hablen lo que quieran. Nosotros somos felices”. Ahora nosotros. Ahora yo. Ahora ustedes...

Señora, ¿tenía alguna cosa más? ¿Quiere saber algo más sobre los niños?

Señor Götte, y ahora nos hemos ido a la jungla y hemos matado y arrasado con fuego. Y usted dice... se echa para atrás, llevamos un millón de años de más aquí. Cristo ya podía haber vuelto en la era prehistórica, pero para eso a la humanidad aún le faltaba. Si hubiera nacido yo cincuenta años antes, señor, entonces el señor cura aún habría tenido suficiente poder para conseguir que me echaran a la hoguera. Pero eso lo acabamos de dejar atrás.

Ha habido ocasiones en que los católicos se fueron. Tengo aquí a más católicos —yo también lo soy— que otro tipo de gente. Pero cuando sé que ustedes forman parte de la iglesia católica disfruto si puedo quebrarlos. ¿Por qué? Porque les doy felicidad si les cuento todas esas cosas. Ahora no lo aceptan todavía, pero luego dirán: “Lástima que no sacara usted el látigo, porque he..., mi vida se ha acabado, no sé nada; podría haberlo sabido”. El hombre se aleja de la mujer. La mujer es intensamente católica, y allí está el hombre. Y dice ella: “Yo con esa basura y porquería no quiero tener que ver nada”. Y dice él: “Voy a ir de todas formas”. Riñas, riñas, riñas, desgracias, separación. Por fin llegan al punto hablando, hablando, se ponen a leer. Dice ella: “Dios mío, ¿es cierto esto?”. Tienen cincuenta años, señoras y señores, y heme allí que un hombre y una mujer dicen: “Tenemos un nuevo matrimonio. Es ahora cuando empezamos. Nos besamos todos los días. Yo vivo en ella y ella en mí”.

Señor, entonces es lógico, señora, que la reencarnación se haga consciente en el amor, ¿no? Y que entonces ustedes ya no harán las cosas añicos, ¿no? Pues, nosotros sí que estamos listos. Deberían ir a mirar en qué grado el ser humano deforma esta vida de Dios y Cristo, el espacio, la reencarnación. No busquen demasiado lejos ni vuelen demasiado alto; sean alguna vez todo en

esta pequeña era en la que vivimos. Alégrese alguna vez de que les puedan dar una paliza. No es necesario que pidan desgracias ni cáncer ni tuberculosis. Que Dios me libre. Ya me entenderán. No es necesario que pidan que el hombre les dé alguna vez una buena bofetada en la cara porque haga usted algo mal. No, entonces irán... como quien no comprende por qué, dirán: “¿Por qué me pegas?”. Ya quisiera ver a ese bruto.

Tenemos sin duda gente en el mundo que, contra viento y marea, vencieron al final a ese hombre que bebía como un cosaco. Tenemos las pruebas, en el campo, un niño de ocho años, el padre y la madre... Que me pregunten, y dicen: “Si papá bebe, tendrás psicópatas”. Y dice el médico: “Sí, señora, esa bebida estaba en ese espíritu”. Tonterías, señor. Donde nosotros, en el campo, conocimos a alguien: esos padres bebían como esponjas, y nace el niño. Pues, eso no era más que ginebra más o menos curada, que el alma entera... Y llega a crecer el niño, va con ellos, a caminar, y un buen día, un sábado por la noche, cuando se esfumaba otra vez ese jornal —se quedaban una semana entera sin comer y entonces la mujer se echaba a la calle: “Señor, ¿quiere tenerme? Así por lo menos comeré”, había todo eso—, y dice: “Pero, papá y mamá, ¿por qué es que beben? Con lo a gusto que podríamos estar en casa; y ahora el dinero desaparece de golpe. Estaremos una semana entera sin comer”. Y todo eso dicho en dialecto: “Que ya no tendremos para jamar una semana entera. Ni sopa boba. Y eso de empinar el codo, ¿de qué sirve?”. Y le dice el tipo: “Hay que ver, algo de razón tiene”. “Lleven un poquito para bebérselo en casa, juntitos, tan a gusto, hablen, vamos, pónganse a hablar”; todo eso un chico de ocho años. El padre, y la madre, se libró de la ginebra. Una criatura espiritual, el niño había alcanzado los quince años y falleció, así de consciente era; murió. Entonces los padres lloraron hasta más no poder, casi hasta morirse también, porque a un ser humano feliz lo habían... Habían perdido a su maestro. Cuando vas a un psicólogo, dice: “Si bebes mucho, tendrás psicópatas”. Con morfina, señora, señor, no pueden darle tantas cosas a un alma como para que se haga psicópata, ojalá, pero esos caballeros aún tienen que aprenderlo de nosotros.

¿Tenía usted alguna cosa más? ¿Alguna cosa más, señor?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Allá.

(Señora en la sala):

—Hablabas usted hace un momento sobre adoptar un niño, o algo así.

—Sí.

—Si un niño no tiene de ninguna manera padres y son personas a las que les va bien, y donde el hombre tiene ingresos fijos, y que el niño carece de padres y la gente, aunque no tenga hijos, sí quiera adoptar uno... ¿Está mal eso?

—Señora, me alegro, ya me imaginaba que soltaría usted eso, porque piensan: ‘claro, no lo van a comprender’. Si lo miro y hubiera podido, ya me habría gustado, y ¡cómo! Pues, tengo amigos de sobra, conocidos de sobra, qué bien. Pero mi trabajo es este. Mi maestro no lo quiso, porque me habría impedido hacer otras cosas. Dice: “Tú no te metas en el karma del ser humano”. Pero me habría encantado. Pero, señor, señora, esa es la esencia, ¿no? Es la vida, ¿verdad? Es servir unos a otros, si somos capaces de hacerlo. Pero lo hago de una manera muy diferente porque solo puedo hacerlo si veo la ley correspondiente, porque ese mundo me ha situado en ese ver y esa tarea. Lo entiende, ¿verdad?

(Señora en la sala):

—Sí, pero este año nosotros también queremos adoptar un bebé, porque nosotros mismos tampoco tenemos hijos.

—Señora, puede adoptar diez si quisiera, es la tarea más hermosa y la más poderosa que hay... si es que nunca exige nada de eso. Porque conozco historias, señora, de gente que tuvo hijos, que se quedaron diecisiete años en casa, dieciocho; y entonces, por la guerra, el hijo se hizo nacionalsocialista y delató al padre y la madre. Y si supiera de los dramas que se han producido en el mundo por la adopción de niños, que partieron corazones, son tan terribles y horribles porque no son de la propia sangre. Entonces uno es golpeado, señora, eso, simplemente, es algo diabólico que ni siquiera es capaz de soportar. Han venido a verme decenas de personas, entre treinta y cuarenta; ese sufrimiento lo debería vivir usted alguna vez, señora, entonces sin duda que... Yo en eso no le voy a poner trabas. Pero si usted no espera nada, aunque luego reciba golpes y patadas, no tiene que exigir nada. Ya puede estar agradecida con que más tarde reciba algo de esa vida. Pero si dice: “Hemos hecho tanto por esto y ahora nos dan nuestro merecido”, entonces derramará usted por el suelo la sangre de su propia vida. Hubo gente así que vino a verme. Digo: “Señora y señor, ¿dónde se está metiendo usted?”

Esa criatura, señora, que viene por allí... Se lo puedo explicar humana, socialmente, y ahora espiritual, espacial y divinamente. Ese niño que está allí solo, cuyos padres murieron en la guerra, señora... Señor, ¿por qué interviene usted en las leyes de Dios? Porque la propia vida determinará a dónde tiene que ir ese niño. Entonces Él lo hará mejor arriba que yo con mi buen amor por ese niño que no tiene padres. Porque, como dijo mi maestro: entonces puedo jugar a ser los padres, una vez que yo comenté: “Dame ese niño, deja que lo adopte, qué divertido y bonito, ¿no?”. Dice él: “Deja que Dios vele por él”.

Y si mañana está delante de la puerta, y oye usted lloros, abra entonces y diga: “Ven, hijo mío, tenemos una cuna para ti”. Mañana lo adopto, señora. Ah, pues entonces casi como que le diría a usted..., si lo veo a una hora de-

terminada delante de la puerta... Y si digo eso en la sociedad, señora, ahora, textualmente, en la calle Groenmarkt, entonces mañana, a las cinco, me encuentro con diez. Sin embargo, entonces diré a la gente: “Todos ustedes se equivocan, porque llegaron exactamente cinco horas, o dos, o cinco minutos, una milésima de segundo demasiado pronto a estos peldaños. Estoy esperando a ese otro que va a venir ahora, ese es el que quiero”. Son leyes.

El ser humano tiene amor y ampliación, juega a ser Nightingale (Florence Nightingale, 1820-1910, enfermera durante la Guerra de Crimea), pero ¿nos conocemos?, ¿sabemos que estamos en armonía? Puedo meterle miedo, señora, con lo que me está preguntando le puedo dar miedo, y entonces se lo explico en un segundo y dirá usted: “Eso no lo haré nunca”. Y ¿por qué no, señora? Y usted dirá: “¿De verdad que eso es así, señor Rulof?”. Le digo: mejor lea entonces los libros y yo le explicaré la cosmología sobre esa criatura, solo para esta criatura.

Ha habido padres que han venido a verme, señora, llegaron a tener un niño radiante. Bueno, cuando cumplió cuatro años ya pudieron llevarlo al manicomio. Allí sigue: es un gran psicópata. Se llegará al punto, señora, en que eso lo tenga que hacer la sociedad, porque está adquiriendo una personalidad que se encarga de todo. Entonces seremos hijos de un solo padre. En el fondo nuestro padre debería ser el alcalde, mi padre y mi madre. Pero ¿son conscientes de que este es padre y madre de todos los niños que viven aquí en La Haya? Ay, no, señora, porque además pone la mano encima de la Biblia y dice: “Así”. Pero cuando se pone a hablar la ley de Dios, la de la reencarnación, la de la paternidad y maternidad... Lo mío es muy poderoso, se me concedió consignar las pruebas.

Resulta que viene a verme una mujer, y me dice: “¿Puedo hacerlo? He leído sus libros, quiero tener un hijo”. Y de pronto lo vi, le digo: “Señora, eso es cosa suya. Yo jamás se lo... nunca saldrá de mi boca: ‘Señora, qué bien’. No sé lo que quiere decir ese ‘bien’. Sí sé que lo recibirá, y qué es lo que usted puede quebrantar, eso sí lo sé. Pero que si va a recibir cosas hermosas, eso no se lo puedo decir”, porque consigné algo para esa mujer, estaba viendo. Entonces vino ese señor, y me dice: “Bueno”, dice, “¿tú qué opinas? Mi mujer está empeñada en que yo... Le deseo lo que sea. No podemos tener hijos. Y queremos tener uno”. Digo: “Bien, señor, eso es cosa suya”. Dice: “Sí, hay tres, pero ¿cuál es la opción buena?”. Digo: “Señor, no empiece con eso nunca”. ¿Cuál será el bueno? Ja, ja, ja, ¿cuál es el bueno? ¿Lo ven? Y resulta que ponía...: “El pelirrojo”, dije, “ese pelirrojo es el que necesitas tener”, entre los niños había uno pelirrojo, con el pelo rojo. Pero a ese no lo adoptaron. Adoptaron al de pelo negro. El pelirrojo era su propio hijo del pasado y el negro era de una madre judía. Entonces el maestro Alcar dijo: “Han adoptado justamente al equivocado, pero mejor que sigan adelante”. Eso es lo que puede pasar, si

uno de verdad está abierto a la ley divina, esta dirá: “Ese pelirrojo es el que necesitas”. Y entonces uno vuelve a ser uno. Porque la mujer ni siquiera sentía su propio nacimiento de aquella vida, ni de la otra ni de esa otra, y adoptó al niño negro en lugar del pelirrojo. No se conocía a sí misma. Pues menuda la que se armó. Tres años más tarde ya empezó todo. Pero del pelirrojo lo podría haber procesado, esa criatura. Entonces yo le habría dado la reencarnación, habría dicho: “Señora, ahora mismo usted no está haciendo otra cosa que pagar facturas. Va a tener a su hijo, lo adoptará. Ahora mismo no ha sido dado a luz, pero algún día... Alberga usted su propia sangre todavía, de esa vida, de hace siete siglos. Y ahora cree usted que ha adoptado a un niño, señora. No, señora, lo que adopta es su propia sangre. Tiene un poco más de antigüedad”. Estarán ante todo eso si empiezan con niños. Pero es que tienen que tirar todo eso por la borda, y no querer nada. Aunque le den patadas y golpes, señora, tendrá que poder decir usted con honestidad: “Aunque ese niño luego me delate y me asesine y se beba mi sangre, incluso entonces estaré agradecida”. Es cuando estará preparada para aceptar a un niño.

¿Es capaz de estar de acuerdo con eso? Puedo decir más cosas al respecto. Háblelo bien y mírelo bien, y entonces, señora, me gustaría darle un regalito: cuando esté delante de eso, nunca deberá usted... puede adoptar a aquel con el que se encuentre. Si lo tuviera que hacer yo y tuviera a siete delante de mí en la cuna, ¿no cree usted, señora, que ya habría sucumbido, si tuviera que ponerme a pensar: ¿cuál es el que me toca? Me quedaría con los siete. Llevarse uno y dejar al otro allí... Dios mío, Dios mío, ¿qué será de ti? ¿A dónde irás tú? ¿Y qué será de ti? Y mira cómo se ríen. Ay, Dios mío de mi alma: ¿sí o no? No me veo empezando algo así. Digo: “Señora: yo no soy capaz de procesar eso. Cargar con siete vidas, siete vidas que son de otros. Dios mío, Dios mío,” dije al maestro Alcar, “me pierdo; no puedo con eso”.

¿Sería capaz usted? Vamos, diga la verdad. Eso está todo allí. Anda, véngase conmigo al cine, véngase conmigo a esto, a lo otro, a aquello, y ya le contaré unas cuantas cosas. Señora, ya verá usted dónde no tenemos que meternos y ni tocarlo. Lo queremos todo y podemos hacerlo todo. Y cuando vea usted la ley, dirá: “Santo cielo, ni acercarse a eso, ¿de acuerdo?”.

Desea usted amor, ¿verdad? El ser humano deja al otro porque este lo pegó. Y se fue allá. Gente así ha venido a verme. Digo: “Señor, lo están quebrando”. “¿Por qué? Tengo dinero y busco mi felicidad”. Digo: “Pues entonces vaya, señor”. Pero se olvidó de que se llevaba a sí mismo. Y tuvo a uno. Pero no lo aceptó, señora, lo noqueó en un rincón con el atizador al rojo vivo, y ella misma se largó con... “Eso”, dice ella, “ahora ya puedes seguir”. Y dice él: “Jamás lo vas a encontrar”.

No, señora, no, señor, lo único que encontrará en el mundo, da igual a donde vaya, es a sí mismo. Y eso ya no es ninguna negación, estará encima.

¿No es una verdad? Ya pueden ponerse a escuchar los gemidos de quienes pensaban que ese no valía para el otro. Y entonces dirán más tarde: “Dios mío, Dios mío, dónde me habré metido. Lo santa que era esa primera persona, ¿no?”. Y entonces llegaron a... Hace poco ya les... Enorme, señor. Pues él que se larga y otra vez que se larga. Pensaba: ‘Este quiero’. Que no lo estiman, dicen donde nosotros en el campo. No lo aceptaban. Digo: “Señor, ¿qué hace usted?”. Es, señora: queremos quitarnos de encima ese maldito karma. No toleramos palizas. Me siento agradecido por una paliza. Agradecido, contento... No permito que me cuelguen.

Y entonces debería ver usted cuando esas semillitas vuelven a hablar una y otra vez —así, así, así— con el ser humano, sanan, para decir entonces: “Pero ¿por qué es que hace usted eso?”. Yo sanaba de esta forma, cuando llegaba alguien: “Señora, puedo quitarle el tumor del cuerpo, en tres meses, sin vuelta atrás, si no puede quedarse con mi vida, lo pagaré todo, lo haré todo, le demostraré que lograré quitar ese tumor”. “Bueno, pues empiece entonces”, dice. Digo: “Si eres cariñosa con tu Pedrito, si le preparas con amabilidad su delicioso pan, por el que trabaja, y si por fin empiezas a aceptarlo como creador de tus hijos, como padre, y si dejas de gruñirle, podré sanarte. Y ahora mismo lo que prefiero es que sea su tumba, señora, porque el cáncer no lo tiene usted en el estómago, sino en su cabeza, en su personalidad”. Y entonces le dije a ese hombre: “No se preocupe, señor, ahora iré a verlo a usted”. Y lo senté a la mesa, tenía que sentarse. Pero, señora, entonces yo tenía treinta y seis años, y estos eran unos de cincuenta y cinco años. Digo: “A sentarse, allá. Pero no como la semana pasada, ahora siéntate allí de otra manera y vas a deleitarte mirando lo que ella ha hecho hoy. Para mí usted no es un director, señor, y no hace falta que grite a la sociedad quién es. Y por mucho que venga en coche a mi casa, señor, cuando esté en casa será, sin embargo, un padre de mis hijos. Y yo quiero ser: madre”. Ahora estaba sentado de otra manera, había perdido su personalidad de antes, porque su puesto de director estaba en la papelera. ¿Sabe usted, señora, señor, lo que importa? Eso, arrullarse, de la buena manera. Mirarse uno al otro de verdad, y hablar, analizar.

Señora, usted piénseselo, no le voy a quitar nada. Pero vayan los dos, eso es algo fantástico, señora. Pero si quiere ser feliz, jamás acepte nada; entonces esta vida jamás la podrá golpear.

Señoras y señores, este es un caso muy delicado, ¿están de acuerdo conmigo?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Nosotros tenemos un hijo adoptivo, pero todo va muy bien.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Tenemos un hijo adoptado pero todo va sobre ruedas.

—Señora, entonces esté agradecida, ya se lo decía, esté agradecida si logra llegar a tener algo. Yo conozco fácilmente a veinte. La lucha mía... Mire, ya comprenderá usted..., esa señora que me escribió eso, dice: “André, tienes pena, adopta uno, o adopta dos, adopta a ese pequeñajo de allí”. Entonces hubo otra señora que dijo..., que le había llevado los libros a esa mujer, dice: “Señor Rulof, no lo entiendo, que no adopte usted a ese niño”. A mí también me parecía horrible. Digo: “Señora, mi maestro no lo quería. Dice: ‘Estás en la tierra con una tarea, para escribir libros, no para criar a niños. Nosotros tenemos a la masa’. ¿Entiende usted? Yo tengo a la masa. Y dice él: “Soy el padre de esa gente, y no tú, mantente alejado de la locura de la soberbia”, me dice, “y ahoga tus deseos y amor por tener un niño, no lo adoptes de allí, porque ahora no forma parte de tu vida”.

¿Captan lo que digo?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Aunque usted quisiera tenerlo, señora, Dios le diría: “Ni tocarlo, tengo otra cosa para ti”. Ahora ya no eres un parvulario. Pero ahora lo comprendo, ahora ustedes son los párvulos para los maestros. A diario me relaciono con niños grandes adultos, y esos son mucho más complicados, señora, que el bebé que va a tener usted. A estos les tengo que poner los pañales, pero se los arrancan a la primera, y encima luego me toca limpiar el suelo. Estos ni chillan, señora, sino que lanzan insultos y gritos, y violan la propiedad. No recibo las sonrisas que luego tendrán ustedes. Ahora ya me gustaría decir una palabra de (mi pueblo de) ‘s-Heerenberg, pero mira por dónde que no lo hago.

Les deseo lo mejor. Hasta la semana que viene.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 3 de enero de 1952

—Buenas noches, señoras y señores, ya lo oyen, tengo la garganta hecha un desastre. Mis mejores deseos para..., esto..., 1950, ¿o estamos en el 52 o 53?

(Gente en la sala):

—En 1952.

—... mis mejores, mejores deseos.

(Gente en la sala):

—Gracias, igualmente.

—Y con la esperanza que todo vaya lo mejor posible, eso.

Lo mejor será que empiece ya. Espero que el domingo haya recuperado la voz.

(Una señora en la sala):

—Yo que usted no la forzaría.

(Jozef lee en voz alta):

—“Señor, la semana pasada habló usted de los graves problemas que se pueden dar entre los padres adoptivos y un hijo adoptivo. Nosotros no los tenemos. Por eso me pregunto si este hijo puede ser una reencarnación de un hijo nuestro de una vida anterior”.

¿De quién es esto?

(Una señora en la sala):

—Mío.

—Mire, señora, eso es un caso entre... Claro que puede ser así, ¿por qué no? Pero sería uno entre un millón que diera usted en la diana, en el blanco. Porque, mire, le puedo demostrar ahora mismo que no es así, que usted vive ahora al margen de su propio karma.

¿Pueden entenderlo ustedes también, señoras, señores?

(Un señor en la sala):

—Sí.

—Que lleguen a estar fuera de su karma, porque es lo que está preguntando la señora. Lo que me está diciendo no existe. Y ¿por qué no? Muchos ya leyeron todos los libros. Y hemos hablado de leyes del karma, de que hemos estado cien mil veces aquí en la tierra, y de que hemos sido madres, padres. Así que en el fondo no se pueden librar ustedes del ser niños, todos lo somos. Los niños no existen, solo tienen que ver con conciencia adulta en este y aquel grado de conciencia. Tenemos los grados animales, preanimales, bastos materiales, hasta que por fin llegamos al grado espiritual. Y en esos centenares de miles de vidas hemos llegado a conocer a seres humanos, adultos de nuevo. Esos nacimientos, ese ser niño, todo eso no significa nada. Es decir: son seres

viejos, esas almas han vivido mucho tiempo. Así que como problema infantil ya lo dejan ustedes... ya lo podemos dejar de lado. Pero ahora dicen —claro, la semana pasada oyeron algo— y piensan ustedes: quizá eso sea un niño... Y yo también traté eso con la señora que estaba sentada allí. Pero es un caso entre un millón, entre millones, cuando uno se encuentra con una vida que ha conocido y vivido usted. Pero, ¿por qué es esto así? Si han leído los libros bien, ya podrán dar una respuesta, y eso es correcto, de una forma irrevocablemente natural. Puede ser uno entre un millón, les digo. Puede haber sido un hijo suyo, naturalmente, pero uno entre un millón. ¿Por qué? ¿Lo comprenden también? Porque esto va unido a la pregunta.

(Una señora en la sala):

—Porque nosotros, a la gente con la que tenemos trato... (inaudible), que todos hemos tenido que ver con ellas en nuestra vida anterior. Así que esa señora que adopta a ese niño ha tenido que ver con él en una vida anterior.

—No, justamente, no. Mire, usted llega a ese punto y vuelve a dejarlo de lado. Dice usted: “Debido a que el ser humano ha tenido que ver con esa vida, adopta al niño”. No, justamente, no. Porque el karma se deja nacer a sí mismo. Y el karma no va hacia allá ni se... no se estrella. No, una ley del karma es la ley para hacer el bien. Así que ese niño se queda con usted, eso no tiene vuelta de hoja, con usted como madre; y conmigo. Pero resulta que hay madres que dejan ese niño de lado, o se mueren, es posible.

(Señora en la sala):

—Pero es un niño adoptado, ¿no es así?

—Así que ahora puede decir usted: ¿karma adoptado?

(Señora en la sala):

—No.

—Esto va a ser un niño adoptado.

(Señora en la sala):

—No, lo que quiero decir es: la gente que llegamos a conocer o con la que tratamos, nuestros hermanos y hermanas, nuestros padres y madres, ya me entiende, con toda esa gente hemos tenido que ver en vidas anteriores.

—Eso lo dice usted. Yo lo que digo es: aquí tenemos... en ese estado... uno entre un millón que da en el blanco. Quiere decir que nosotros... Esa señora adopta un niño y ahora pregunta: “Ese hijo, ¿puede ser mío de vidas anteriores?”. Puede; pero no es tan sencillo según las leyes de la reencarnación y del karma; entonces solo es un caso entre un millón, porque —acabo de decirlo, y seguro que lo aceptarán— el karma quiere nacer. Eso es de usted. Así que nunca podrá... No quitará de en medio a ese niño; bueno, es posible, pero entonces ya es un estado con el que de todas formas no tiene que ver en este momento. Esa señora no tiene que ver con eso, porque esto es karma de otra persona, porque otra persona puede atraer esa vida; ella, no. Y allí es donde se

encuentra la realidad. Y ¿por qué no atrae ella esa vida? Así que es el karma de otra persona, y ya se reviste del karma de otra persona y no puede ser atraído por ella; así que no es una vida suya que ya haya conocido, no hay duda. ¿No ha quedado claro? Es algo de lo que no puede sustraerse.

Y, claro, ya podrá decir usted: sí, de acuerdo, no está bien. Tengo... la semana pasada todavía escuché esa cinta, pero la puede escuchar veinticinco veces; cuánta sabiduría contiene. Esa señora, a la que le hablé de adoptar y no adoptar...

Señora, puedo mencionarle diez, veinte casos de adopción de niños, que han terminado a vida o muerte, con asesinatos y todo. Porque al comienzo uno no nota nada, todo va bien; pero ahora se hacen viejos. Hace poco me viene, hace cuatro semanas, una madre, de día, se había leído mis libros. Viene de la ciudad de Haarlem, siente gratitud, está en La Haya y trae flores para los maestros, y siente gratitud por haber conocido los libros. Tiene un niño, un chico. Ese muchacho va allí a catequesis. Así que su hijo adoptivo va creciendo. La madre quiere hablar con ese niño sobre cosas, pero el chico ya se va, no quiere tener que ver con eso. Va a catequesis y cuenta lo que está leyendo la madre. Entonces llega el señor cura. Pero entre tanto ya se produce un distanciamiento porque el señor cura... Dice: "Sí, el chico tiene que ir a algún sitio". Podría haber dejado que se hiciera protestante". "¿Qué te gustaría?". Y: "Mamá, me gustaría hacerme católico", y quiero esto y lo otro. El niño empieza a tener opiniones propias, y por el cura ya se aleja de ella. Entonces dijo ella: "Nos pareció bien. A mi marido no le importaba demasiado, pero dice: 'Veamos lo que pasa y esperemos un poco'". Pero ahora el chico... ya es un adulto, se ha metido de lleno en la iglesia católica, hasta que empezó a entenderse a sí mismo, y entonces un buen día le dijo a su madre: "Me voy a la iglesia y no volveré jamás, no quiero saber nada de esas herejías tuyas". Y entonces el señor cura le dio la razón: ella estaba rabiosa, y esos malditos y desgraciados libros de ese señor Rulof, y todo lo demás, la sabiduría, no era otra cosa que algo del diablo. Ese chico fue estropeado por completo, bueno, desde nuestra perspectiva, pero la iglesia católica echó a perder a la madre por completo. Entonces dijo ella: "Y ahora puedo... Y me fui a hablar y a hablar con él, y se llegó hasta ese punto: recibí una bofetada, en plena cara". Y dijo ella: "Entonces me puse a llorar, y sigo llorando". Y allí estaba ella. Dice: "¿Qué tengo que hacer ahora?". Digo: "Entrégalo, despréndete de ello". "Dios mío", dice, "se me desangra el corazón". "Vaya", dice él, "pues entonces aquí tienes algo". "Bueno", contesta ella, "me sigue doliendo". Y añadió: "Ahora ya no volverá nunca más". Pues entonces la iglesia católica se encargó de que el chico tuviera un trabajo y estuviera con otros padres adoptivos.

Y cuando oyen los dramas, señoras..., será mejor que no insista más tiempo. Pero hace poco les... Si escuchan esa cinta, entonces se oye que dicen

ustedes: “Santo cielo, santo cielo, cuánta verdad hay en eso”.

Si quieren hacer ustedes todo eso, y es que es maravilloso, pues tampoco vuelvan a preguntar nunca: “Dios mío, Dios mío, cuánta ingratitud”. Porque eso produjo en un noventa y nueve por ciento más ingratitud que felicidad. Dado que, ciertamente... otra gente... —porque eso pasa a diario—, otra gente lo disfrutó, también más tarde. Incluso conozco a padres, tenemos al hijo, ese niño adoptado que lo ha recibido todo, pero es que todo, se ha hecho médico, ha conseguido una consulta magnífica, aún carga a los padres. Sí, todo eso está allí. Pero..., pero piénsenselo, porque esto de verdad que no es tan sencillo, al menos no para más tarde. Si tienen suerte, y atraen a... y tienen a una criatura maravillosa con sensibilidad, con vida y amor, pues, sí, entonces ya pueden adoptar hasta veinticinco, porque entonces es que no cuesta nada, va por sí solo. ¿No es así?

¿Tienen más preguntas sobre esto? Si escuchan esa cinta, lo sabrán de una vez.

Aquí tengo: “Hace un par de semanas tuve dos veces muy seguidas un sueño”, vamos ahora a los sueños, “en los que no hacía otra cosa que subir escaleras. Son escaleras normales, pero suben de forma empinada, rectas hacia arriba. Es como si tuviera que escalar por mis propias fuerzas”.

Sí, nosotros eso aquí lo... Si quiere compararlo con la vida: cada ser humano tiene que escalar.

¿De quién es esto?

Entonces cada ser humano escala, y nuestras subidas son empinadas, señora, no es sencillo, es algo muy inclinado hacia arriba, vertical.

(Jozef sigue leyendo): “La segunda vez que lo soñé tampoco era una escalera muy fiable”.

No, porque nos tambaleamos a cada instante. Esas escaleras aparecen mucho en los sueños, porque para la gente son en cierta medida un nítido asidero material, y porque en ellas es posible ver y vivir directamente el grado espiritual. Porque hay quienes... Esa escalera cambió de pronto, en lugar de madera se convirtió en cuerdas, y encima se levantó una tormenta, y truenos, se hizo de noche, con cosas terroríficas, y había gente haciendo algo, estaban cortando con cuchillos —alguien me lo contó— esas cuerdas; y entonces ella volvió a reunir la fuerza para conseguir juntarlas, y al final, por fin apareció alguien, que dijo: “Aguantas, y así llegarás”. Y esa mujer también ha vivido la historia entera de su vida en un sueño, como si dijéramos. Hay más gente que tiene eso. Y eso también es un fundamento sólido.

(Jozef sigue leyendo): “La segunda vez que lo soñé no era una escalera fiable, sino que parecía que los peldaños colgaran de cadenas”, madre mía, “y cuando avanzaba un poco caía presa de un agotamiento terrible”, no, claro, lógico, “una sensación de no poder más. Sentía las manos impotentes, pero si

me soltaba me caía sin remedio”.

Y es que entonces uno cae sin remedio.

“Sacando fuerzas de flaqueza me sigue agarrando y sigo luchando para avanzar”.

Pues así es la vida entera.

“Aun así, apenas voy avanzando. Ya no me veo capaz ante el último peldaño. Pero a veces se asoma una mano...”, ¿ve?, de eso estamos hablando, “...que vuelve a tirar de mí hacia arriba”. Eso le pasa a más gente.

“Pero una vez arriba, no tengo, sin embargo, una sensación de alegría. Me domina el agotamiento. La segunda vez soñé...”.

Ahora lo concluiremos aquí. “Sacando fuerzas de flaqueza”. ¿Qué es esta vida, señora, aquí en nuestra sociedad? Estamos construyendo algo y otro que lo destruye así, sin más. Y nuestra lucha por asimilar algo... Por ejemplo, hace un rato me contó el señor De Zwet, el portero o el...

(Señor en la sala):

—El conserje.

—El conserje. Ese hombre al que hace poco expulsamos de la sala, estaba aquí para alquilar la sala, para... esa doctrina de Jozef Rulof había que destruirla, porque era cosa de locos (ocurrió el jueves 20 de diciembre de 1951, también en la sala Diligentia; no hay una grabación de audio, probablemente por esta razón). Ahora dice: “Hay que ver lo que dice esa gente”. Resulta que en la tierra quizá haya fácilmente cien millones de espiritualistas, doscientos millones, trescientos millones, y este tipo aquí en La Haya empieza a poner trabas a eso. Así que unos seres humanos van construyendo y otros destruyendo. Y eso es así con todas las artes y ciencias. Cuando aparece un ser humano con algo que destaca solo un poco por encima de lo normal, pues, entonces destruyen el tinglado.

¿Han visto la revista ‘Vizier’ —no lleva nada mío, pero sí algo sobre la medicina— de esta semana? Dice ese hombre allí, el autor afirma: “Qué contentos pueden sentirse ustedes, los seres humanos, si pertenecen a este siglo”, y eso es cierto. Y cuando uno lee eso entonces, empieza a sentir respeto por el médico que ya ha llegado a ese punto. Porque antes... si te rompías la pierna, o lo que fuera, quitaban un pedazo, lo serraban, así, conscientemente, porque no tenían productos narcotizantes. Cuando uno lee sobre esos gemidos y torturas, sobre cómo torturaban allí a la gente hace unos cuantos centenares de años, hace trescientos, cuatrocientos años, debido a que todavía carecían de medicamentos. “Entonces mire un poco”, dice ese hombre, ese autor, “lo que el ser humano puede poseer en cuanto a gratitud si se pone alguna vez enfermo”. Sí, es tremendamente instructivo cuando uno lee eso, en comparación con estos tiempos. Pero había un médico que se disfrazaba para ayudar a la madre para que pudiera nacer el niño; y entonces se coscaron de que era un

hombre, pues lo torturaron y lo echaron a la hoguera, porque no podía hacer eso. Veán la estrechez de miras de la gente entonces. Cuando uno dice eso, digo yo que... si te pones a comparar esto, pues miren cómo...

Yo digo muchas veces: “Acabamos de salir de la conciencia de la jungla”. Pero es precisamente lo que somos. Todavía tenemos ballenas, todavía tenemos eras prehistóricas, y todos esos grandes animales apuntan a una conciencia del tiempo prehistórica. Y si en la sociedad topan con la psicología, entonces ustedes son, somos, los libros están destinados para el año 2500. Miren, y ahora vivimos todavía en 1952, en el 52. Nos hemos hecho un poquito más viejos. Y, naturalmente, debería haber..., si el mundo tiene que aceptar esto... Ahora ya no tenemos hogueras. Pero si el mundo no hubiera llegado hasta ese punto —¿entienden?—, entonces ese hombre, que va en contra de todo, y los demás que a su vez desmontan la ciencia, recibiría... Galileo se fue a la cárcel porque dijo: “La tierra gira alrededor del sol”. Y así tenemos a un médico que dijo: “Tengo esto y tengo aquello, te lo demostraré...”. A esos médicos los han destruido. Y todos los eruditos se han devanado los sesos, han entregado sus vidas, han sido torturados, solo porque el ser humano no lo comprendía.

Y entonces lo que pasa, señora, es todo ese trepar en la sociedad para adquirir un poquito de conciencia; y estos sueños han sido soñados a fondo por miles de personas, esas escaleras, esos increíbles gemidos nuestros para conseguir un poquito de conciencia, que luego es destruida a su vez por otros a patadas. Como una madre que es muy consciente —les hablé de ella— y su chico de diecinueve años, y que como hijo adoptivo la... El niño tenía cuatro meses cuando ella lo recibió, y al cumplir los diecinueve años te da una bofetada en la cara. Digo: “Sí, criatura, eso es algo que tienen que dejar de lado”. Entonces dijo ella: “Qué horrible es eso, ¿verdad? Lo quiero, es mi hijo”. Va y dice: “Es como si yo misma hubiera parido al niño. Otra vez, otra vez, y entonces estás...”. Esa mujer, esa madre, dice: “Sí, es un hijo adoptado”, pero ella lo hace para la vida de Dios. Digo: “Puedes amar la vida”. Y resulta que esa vida te da una bofetada en plena cara. Es horrible verlo, pero la propia sangre se va. Entonces va ella y dice: “Se me está yendo la sangre, literalmente. Mi marido ya no me puede ayudar”. Estuve hablando con ella una hora, y volvió a marcharse alegre. Digo: “Deja eso de lado. Cuando haya leído todos los libros, entonces...”. Fue cuando dije exactamente lo mismo que aquí la semana pasada. Digo: “Claro que usted quiere algo, claro que quiere hacer el bien, claro que quiere poseer algo. Solo es para dar tregua a sus deseos”. Le falta algo. Ahora hacemos algo. Póngase a analizarlo: ¿está claro que se trata aquí de mi hijo? ¿O es mi deseo? ¿Qué es lo que está hablando ahora? ¿Es la criatura? Entonces nunca recibirá una paliza y no hay quien la quiebre a usted. Ahora la mujer está destrozada; allí va. Dice: “Me muero

de pena, de dolor”. Ya está, allí están las pruebas. Es lo mismo con nuestros gemidos en esta sociedad.

Y por mucho que ahora usted alegue cien mil cosas, diariamente, las cosas más pequeñas la colocarán ante esa escalera. También se le echará una mano. A mí me la echó el maestro. A otros se les ofreció esto. En la Biblia, a su vez, se les echó una mano a otra gente; dicen: de los profetas, pero fueron los maestros quienes hablaron. Los maestros son las personas que han vivido en la tierra y que ya están allí —nosotros todavía iremos allí— y son ellos quienes tienden la mano. Tenemos tantos libros. Nosotros tenemos el camino. Nosotros ya conocemos las leyes. Nosotros sabemos: no existe la condena. ¿Qué más cosas no sabemos que están por encima del ser humano que no quiere aceptar eso? Pero la dificultad sigue siendo exactamente la misma. Solo que nosotros ya no tenemos que hacer aspavientos en materia de condena. ¿Qué más les da a ustedes si luego se van al ataúd? Es lo más bonito que hay: seguirán. Su evolución continuará. O regresarán a la tierra, en el otro lado continuaremos, estaremos en nuestro propio estado. Y otros seguirán contemplando la tumba, con pensamientos circulares, ni siquiera capaces de calar la situación, porque ese ataúd, ese ataúd, ese ataúd, ese ataúd...

Y tenemos tantísimas cosas. Quiero decir con ello: qué fácil es para nosotros subir ya por esa escalera, por esos peldaños, ¿no? Y si estos se vencen, dicen: “Bueno, pues, que se venzan, que crujan”. Miren, eso los otros no lo tienen. Así que esos sueños se hacen cada vez más graves, porque el ser humano no es consciente. Si lo fuera, tampoco habría dolor. ¿Saben que el dolor y la desgracia no existen? Bueno, claro, siempre es posible que tengan enfermedades físicas, dolores. Y esas no se borran con palabras. Pero en el espacio no existe la pena espiritual. ¿No es imponente que uno pueda decir: “¡El dolor no existe!”?. No lo creó Dios. Pero eso no es todo. Cuando el ser humano se ve golpeado por el amor, siempre es inconsciencia, porque en el amor verdadero no hay golpes. ¿No es así? Si el ser humano supiera, tendría un amor muy diferente. Debido a que no ascendemos por esas escaleras con una conciencia armoniosa con las leyes, se convierte en un subir a gatas, dejándonos el alma, por las leyes de la madre naturaleza. Vamos arrastrándonos hacia arriba, dejándonos el alma. Eso, sin embargo, no hace falta, señora.

Si usted me escribe, aquí: “Subí por esa escalera”, entonces ya comprenderá: aquí está su tarjeta de visita. Voy a analizarla a usted hasta dejarla desnuda, hasta que haya salido de usted todo lo que está viviendo aquí. Yo no puedo vivir esa escalera. Y otra persona quizá tampoco. Y si ahora aprendieran a poseer al cien por cien la entrega y el saber —porque entonces sabrán que cada paso hacia Dios vive en ustedes—, ¿por qué iban a estar escalando a duras penas? ¿No tengo razón? Ya no habrá gemidos cuando sepan que la muerte no existe. ¿Entonces por qué iban a llorar ustedes? ¿Por qué llora esa gente,

pues, cuando ya es tan adulta? ¿Y por qué sufren una pérdida cuando se va el padre o la madre, y la criatura? ¿Por qué lloran hasta más no poder si son tan grandes en el amor? ¿Por qué sigue teniendo la gente aquí dolor cuando pierde a su hijo?

Una madre... vinieron a verme centenares de madres por los libros. Holanda entera...media Holanda me escribía a raíz de 'Una mirada en el más allá'. Centenares de madres me mandaban unos ramos de rosas y flores, así. Un solo ramo con setecientos cincuenta rosas para la madre de Gommel, porque la madre ahora también sabía dónde estaba su criatura. Claro, es cuando surgen aún más historietas. Me dijo entonces: "Ahora sé que no he perdido a mi criatura". Pero, ¿qué más falta añadir a eso, señora? Entonces se puso a leer, se lo leyó todo, y al final de tanta lectura dijo: "No he hecho más que engañarme, señor Rulof, porque imaginemos —estaba leyéndome 'El ciclo del alma'— que mi criatura vuelve a la tierra y que yo me muero... A fin de cuentas es la vida de Dios, la criatura ni siquiera es mía". Y entonces incluso retiró eso. Fue solo entonces que se pudo valer ella misma de forma divina. ¿No le parece increíble?

Mire, esos gemidos los puede aplicar a todo. ¿Y a quién no le hace falta una escalerita de esas, una escalera de esas para ir ascendiendo en sentimiento? Porque si acepta usted todo esto en sentimiento y si lo quiere vivir según las leyes —y estas son infalibles en esos libros—, entonces ya ni siquiera le hará falta esa escalera, se desvanecerá, y soñará usted de otra manera. Porque soñará según su sentimiento.

Mire, esos gemidos en la sociedad en realidad son la renuncia a nuestro propio deseo. Si es usted capaz de dejar todo de lado y ya no tiene deseos, la gente dice: "Entonces no soy nada", pero es cuando permanece el todo absoluto: el sentimiento "amor". Eso es lo que permanecerá, tiene que existir, naturalmente, y cuando está eso, señora, todo irá por sí solo. La gente dice: "Es difícil". Ese, pues, es el camino más sencillo. Si uno lo sabe. Hacemos todo lo posible, intentamos estar en armonía con esa doctrina, con esas leyes; y todo irá por sí solo. No hace falta precipitarse, porque vive usted en la eternidad. Bueno, podrá decir que estamos hablando de: esto me tomará cinco años, diez. En cinco años podrá conseguir más conciencia. Porque, mire, ¿qué hay en esto? Cuando haya ascendido por esas escaleras y haya llegado arriba, empezará a ver la vida de otra manera, hará las cosas de otra manera, actuará de otra manera. Así que esos maestros... El maestro Alcar sabe sin ninguna duda... Dice: "Ni siquiera habría sido necesario escribir. Cristo tampoco habría tenido que venir. Pero como vino y como sabemos que vivimos: ¿por qué no íbamos a liberar a la gente de su miedo por la muerte cuando esta no supone más que felicidad?". Es por eso que regresan y dicen: "Nosotros vivimos. No teman la muerte y no lloren a los muertos, porque la muerte no

existe”. Así que no es su obligación contárnoslo, solo esto: “Amen todo lo que vive y la muerte no existe. Así tendrán la felicidad, porque nosotros vivimos”. Y en eso está contenido todo.

Quizá en un rato tenga más preguntas al respecto.

(Jozef sigue leyendo):

“La segunda vez soñé que estaba acompañada de algunas personas más. A ellos no les costaba tanto la escalada, ni mucho menos”.

Ahora no lo he leído, ya lo ven. Ya ven, todo está allí.

(Jozef sigue leyendo):

“Incluso eran capaces de...”.

Claro, ahora podrían decir ustedes: “Ya, pero ese señor Rulof no hace más que decir bobadas”. Pero siempre acierto. Mejor escuchen: siempre acierto porque conozco esa ley espiritual. Y por aquí también he vivido cosas. Y es que esto no se me regaló así como así. Todo lo que ustedes han vivido también lo tuve que atravesar yo, tuve que pasar por allí.

Y entonces es posible... Hay gente a quien se le echa una mano, y otra y otra, y hay gente que siempre necesita para cualquier cosita de nada a otras personas para que les echen una mano, pero nunca tienen nada para ellas mismas; es aún más triste. A esa gente no hay que querer... No quieren subir la escalera solos, sino que les apetece que se les suba en brazos. Y una vez arriba, pues, al cielo, con otro ascensor de esos, ¿entienden? Claro, y allí Nuestro Señor les va a compadecer a ustedes, ¿verdad? Allí verán cosas muy diferentes.

(Jozef sigue leyendo):

“A ellos no les costaba tanto la escalada, ni mucho menos”, no, “incluso eran capaces de charlar”.

Pero ¿es que usted no hace eso aquí? El ser humano ha ido avanzando por la ciencia de otros. Nosotros aprendemos ahora porque Lantos Dumonché, el maestro Zelanus, se partió el cuello. Durante la guerra... eso lo sé, hubo centenares de niños judíos —serían al menos mil— que fueron gaseados en Alemania con ‘El ciclo del alma’ bajo el brazo. Lo sé, por los campos de concentración. Allí se leía día y noche ‘El ciclo del alma’, por debajo de los camastros. Y uno de esos libros tuvo el honor de ser gaseado con el judío, con la criatura judía. Entonces dijo ella: “Te destrozará”. Entonces dijo él: “Eso no lo haré jamás. Toma, mejor léelo tú misma”. Eso es lo que consiguió el maestro Zelanus con su libro y allí está ahora la imagen. Y eso para Dios, y eso para Cristo, y eso para el universo, y eso para otros millones de leyes que hemos tenido que asimilar, que tenemos que asimilar, y por las que ahora se nos tiende una mano que nos ayuda. Y ahora todos ustedes están en eso. ¿No

hay ni una sola persona entre ustedes que sí que necesita una mano para algo insignificante? Si así fuera, ni siquiera estarían ustedes aquí y ya no necesitarían esos libros.

Pero la sociedad ya es profunda, la vida es profunda, es divina. Y a la sociedad no a podemos hacer divina, aunque sí espiritual. Y ahora los seres humanos estamos espiritualizando esa sociedad, nuestra forma de actuar en ella. Y para eso tenemos esa escalera. ¿No es así? Y allí es donde entonces nos partimos nuestro preciado cuello, el interior, ¿entienden?; el cuello material de vez en cuando también, pero eso, a su vez, es culpa de otros.

Ahora tenemos aquí: “Sin embargo, esa gente me daba la sensación de que no albergaban mucha profundidad. Yo no sueño mucho, pero este no deja de repetirse los últimos años”.

Es un sueño muy bello, señora: está usted trabajando en sí misma.

(Jozef sigue leyendo):

“Otro sueño que no deja de repetirse es que descubro un incendio incipiente”. Hay más gente que ve eso. “Empiezo a echarle inmediatamente agua y espero de las demás personas que me rodean que ayudarán también en la medida de lo posible. Pero solo se quedan mirando”, y eso es cierto, “y piensan: ‘Es que de todas formas ya no se puede salvar nada’”.

No, piensan: arrégleselas ustedes mismos. Porque cuando estalla un incendio en nosotros, señora, o sea, cuando alguna vez explotamos de verdad y creemos que el incendio, el fuego, nos va a destruir física y espiritualmente, entonces el ser humano espiritual que lo presencia... quizá estas no sean personas espirituales... pero si hubieran sido los maestros, habrían dejado que nos quemáramos.

De lo contrario jamás saldremos de allí. Porque si nos sacan de allí no habremos vivido esa liberación de la incineración, de esa destrucción. Dicho de otro modo: si ven allí a un ser humano que representa tal y cual grado, y ese ser humano no quiere, no puede, ¿cómo puedo darle mi sentimiento, y otra persona el suyo? ¿Cómo puedo darle la verdad, la realidad y el amor de que en verdad es así? Así qué, ¿cómo es posible? Por tanto, esa gente tiene que dejar que usted se quemé. Dicho con otras palabras: ese sueño se refiere a la eternidad, y eso significa: usted misma se lo tiene que merecer todo, vivir todo; tiene que atravesarlo. Y entonces sabrá, ya se encargará de mantenerse alejada de un incendio interior. Es decir, entonces ya no nos dedicamos a prender hogueras por la pasión, la violencia y la destrucción —¿entiende?—, eso se convertirá en el fuego, eso es el fuego de la pasión interior. Eso no significa que tengan que vivir a la buena de Dios, sino que las cosas más pequeñas poseen el mismo fuego que las grandes, por las que el ser humano comete un asesinato. Un acto propulsado por la personalidad —por muy nimio que sea— posee la misma sintonización que el sentimiento que asesina,

prende fuego y más cosas. ¿No es así? Y es posible analizar todo eso.

(Jozef sigue leyendo):

“Pero no hacen más que mirar”.

Pues, no, esa gente no mueve un dedo, porque no hay quien le pueda ayudar a usted, es usted misma quien lo tiene que vivir.

(Jozef sigue leyendo):

”Pues entonces lo mejor es seguir sola y voy corriendo con cubos de agua, desde abajo, después de bajar la escalera, hacia arriba, y mi esfuerzo tiene recompensa: logro sofocar el pequeño incendio”.

Entonces ya es usted un ser humano feliz.

Señoras y señores, ¿cuántos pequeños incendios no habrá en nuestro interior que no hemos sofocado? ¿Pues? Entonces empezaremos con... a partir de este año volvemos a comenzar, ¿entienden?, como si hubiera ocurrido algo muy sorprendente. Hace unos instantes casi me aplastaban a muerte, querían darme la mano; preferí irme rápidamente. Digo: “Gente, vivimos en la eternidad”. Claro, puedo serlo de una forma humanamente decente; digo: “Muy bien, señor, pues gracias, eh”. Pero pienso: ‘Largo de aquí, rápido’. Porque vivimos todavía en los mismos minutos de la semana pasada. No hay un comienzo ni un final. Bueno, hubo un comienzo, habrá un final. Hubo un comienzo divino y un final humano divino.

Pero aquí pone algo más: “Señor Rulof, soy un poco reacia a conceder a mis sueños un valor espiritual; pero me llama la atención que estos sueños se vayan repitiendo una y otra vez a lo largo de los años. ¿Podría indicarme el camino en ellos?”.

Mire, señora, preste atención si en esos años no ha cambiado nada en esos sueños, en esas escaleras.

Otra señora soñaba casi lo mismo, esas escaleras, escaleras, escaleras... Que va y dice: “Un buen día, por la mañana, por la noche, volví a estar soñando. Y entonces”, dice, “en esos años leía muchos libros, algunos suyos entre ellos. Y mire cómo se está manifestando eso ahora”. Entonces dijo: “En tres, cuatro... Al comienzo era una escalera pelada, tenía un aspecto viejo y sucio. Pienso: si me subo, me caigo con la escalera y todo. Años y años después, quizá hace diecisiete años,” dice ahora, “según soné hace dos semanas, había una alfombrilla en los tres, cuatro primeros peldaños. Y por aquí y por allí se había dado una mano de pintura”. Entonces pensó: ‘Vaya, tiene agujeros, todos bien arreglados. Y esto está bonito, de nuevo. Qué aspecto tan apañado’. Y va y dice: “Disculpe”, dice, “no será que eso se refiere también a mí, señor Rulof?”. Digo: “Sí. ¿Cómo era usted?”. “Pues”, dice, “yo era antes una gata salvaje y ahora ya no me veo haciendo esas fechorías”. Digo: “Señora, pues entonces sí que ha visto usted una imagen de usted misma, porque”, digo,

“usted todavía me parece... No creo que le vayan a ir mal las cosas. Tiene usted buen aspecto, por dentro y por fuera”.

Pero ya lo ven: esto ya empieza a corregirse, ya se muestra con una alfombrilla debajo de... Es una imagen material de que algo ha cambiado por dentro en la personalidad. Pero ¿quién entre nosotros no tiene que ascender alguna escalera? Aunque hay gente... Ahora estamos en ello, ustedes lo están. Pero ¿pensaba usted que alguien...? Como ese hombre de allí, y otras personas... que alguien que no quiere empezar con eso, que lo tira todo por la borda...: “estamos locos y Dios está loco y esos no tienen ningún Dios ni ningún Cristo”, esa gente va en contra de cosas que el mundo tiene que aceptar como realidad, como posesión fundamental de la naturaleza... ¿Cuándo empezará esa gente, pues —se lo pregunto— con ese ascenso de las escaleras? Porque si estamos..., a fin de cuentas la criatura católica, la criatura protestante, todas las religiones y sectas están ascendiendo escaleras. Todas esas personas están haciendo alguna cosa. Y es ascender nuestra pequeña personalidad terrenal, vencer al ser humano, aquí, de cara a las leyes divinas. Eso lo tiene cualquier religión, ¿no? Y de este modo el ser humano no puede eludirlo.

¿Quién tiene alguna pregunta más sobre esto?

Este año nuevo no tengo tantas notas de estas. Tengo dos. Y entonces ya podría dirigir el micrófono a la sala. ¿Quién tiene que preguntar algo al respecto? ¿Quién de ustedes? ¿O ya llegó usted arriba, señora? ¿Ya llegó usted arriba, señor De Wit? ¿Quién llegó ya?

(Señora en la sala):

—Señor Rulof...

—Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Yo también sueño alguna vez con una escalera, pero yo siempre la bajo.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Yo también sueño alguna vez con una escalera, bastantes veces, pero yo siempre la bajo. Y entonces llego a un sitio que es muy hermoso. Y en un momento dado me entra miedo y entonces ya me basta y me despierto de una sacudida.

—Así que está usted arriba y vuelve a bajar, y abajo todo es hermoso y aun así ¿le entra miedo de golpe?

(Señora en la sala):

—Me despierto.

—Bueno, creo que le entra miedo porque va justamente en la dirección equivocada. ¿No le parece? Pero, bien, ¿qué es esto? Usted también sueña con escaleras, para arriba, para abajo, y va descendiendo, y cuando está abajo le entra miedo, pero allí hay mucha belleza, y aun así le entra miedo.

Pues, sí, señoras y señores, ¿qué será eso? ¿Pueden explicar ese sueño? Hemos hablado de esto. Pero en realidad, ¿qué es? Contiene un hermoso núcleo. ¿No lo saben? ¿Quién lo sabe? ¿Quién es capaz de analizar un sueño? (Otra señora en la sala):

—La belleza no es más que apariencia, al comienzo seduce y después te entra el verdadero sentimiento y empiezas a tener miedo.

—Esta señora sueña que va subiendo. Está arriba, pero ahora va bajando. Y eso es muy hermoso. Sí, es fácil. Sin embargo, le entra miedo. Miedo, aunque no sabe lo que es. Pero es hermoso. Pues, sí, ¿sabes lo que es hermoso? Que fuera hacia arriba, eso era hermoso. Y entonces aparece el miedo, no sabe lo que es, porque camina en la dirección equivocada. Su vida empieza a decir: “No, hacia allá no puedes ir, ahora tienes que subir, sigue”. Y entonces llega el miedo. Ella estaba en la parte hermosa; y sale de allí. ¿No es sencillo? Está en la parte hermosa y sale de allí, de forma humana, tan simple como eso, por lo que empieza a sentir que le falta algo; y eso se convierte en miedo.

¿Lo acepta usted? ¿Más cosas?

Señora.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof. Pero yo precisamente soñé una vez, en tres ocasiones seguidas, que... (inaudible)... poder decir. Sin embargo, estoy en un edificio alto y me pongo en el borde del marco de la ventana y simplemente salto hacia abajo, aunque voy planeando; y cuando llego al suelo me mantengo suspendida un rato más...

—Hay que ver.

(Señora en la sala):

—Eso lo tuve tres veces seguidas.

—Así que es como si fueras una pelota de goma.

(Risas).

Sí, señora, eso en realidad me lleva a... No, tampoco es turismo por la fachada, ¿verdad? Pero usted se va por la ventana, salta y va planeando hacia abajo.

(Señora en la sala):

—Sí, simplemente voy planeando y no me caigo.

—No se cae.

(Señora en la sala):

—No. Le repito: estoy de pie. Bueno y entonces simplemente me bajo y voy bajando junto a la pared, algo así.

—¿Siente usted también?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Y qué bueno, tan cerquita de casa.

(Señora en la sala):

—Y entonces es una delicia cómo voy planeando hacia abajo, y cuando llego al suelo...

(Risas).

No se parece al salto de carpa, no, no se parece a un salto de carpa. Es que no sabría darle un nombre, ni siquiera lo sé. No tengo contacto con eso. Con esto aún es posible conectarlo en cierta medida. A, sueña usted..., la gente sueña las cosas más extrañas. Porque cuando eso se pone en marcha por dentro, entonces realmente uno de cada cien sueños... Mire, el sueño puede ser: analizar —y eso es—, analizar la conciencia diurna. Pero entonces es posible... Uno siempre tiene que llegar a tener un sueño espiritual. Porque no somos capaces de someter nuestra vida a análisis; para eso nos falta el sentimiento. Aunque uno lea cien veces los libros, ni así será una posesión. Debería de sentir usted alguna vez, y comprender, que cuando el ser humano sueña... Y por mucho que lean cien libros, aunque lo sepan, no será su posesión en el sueño. Porque cuando se ponen a soñar, el ser humano vuelve a errar el tiro, aunque haya asistido a cien mil conferencias. Porque solo empezarán a soñar cuando eso sea su posesión. Así que tienen que haberlo vivido. Por mucho que sepan cien veces: “la reencarnación es pura y nítida”, ni siquiera entonces serán una reencarnación. Así que no serán capaces de vivirla.

Mi maestro me hacía soñar. Primero soñar, establecer contacto... Me encontraba en el mundo de lo inconsciente, era atraído, pero veía de antemano al padre y a la madre, era en Francia. Dice: “Mira”, y me encontraba despierto, dice: “ahora vas a descender y mientras vas descendiendo te vas a hacer más y más pequeño, hasta ser un embrión”. Así que eres un ser humano y aun así un embrión. Igual que la cabeza de una aguja, aun así ser humano, y pensante; eso es posible. Y entonces entras en contacto. Más tarde fuimos entrando conscientemente en eso. Y solo entonces fui capaz de someter mi pasado a sueños. Viví un sueño: nacía, en la madre, yo era una niña. Fui creciendo, empecé a salir con un chico, lo veía, tuve dos hijos como madre. Y todo eso lo viví en el sueño. Hasta que volví al ataúd y regresé a ese lugar en aquel mundo de lo inconsciente. Te lo sueñas en media hora.

Pero añadiendo cada fenómeno, señora, entonces tienes contacto. Así que empiezas a soñar de forma consciente e inconsciente. Empiezas a soñar de forma inconsciente, es decir: ahora puedes soñar físicamente, espiritualmente, para tu vida interior. Eso es alumbramiento, creación. Y entonces puedes volver a vivir la personalidad. Es cuando puedes vivir centenares de miles de sueños que en ese momento ni siquiera son cosa nuestra, pero que en cierta medida sí tienen que ver con nosotros por nuestros sentimientos. Porque hay masas de personas que sueñan, y las cosas más estrambóticas, sí, también cosas sorprendentes. Se puede analizar cada sueño, pero de inmedi-

ato el contacto espiritual hay que... Mire, con que tenga usted allí algo entre esas cosas que dice, una portada, el título, solo eso. Claro, bien puedo tratar algo más a fondo... Puedo conectarlo. Se puede analizar cualquier sueño si este tiene conexión.

(Señora en la sala):

—¿El sueño que tuve anteriormente?

—No, lo que está diciendo.

(Señora en la sala):

—Sí, ese mismo sueño lo tuve tres veces. Nunca sueño. Pero una vez soñé... sí, eso fue bastante antes, soñé que entraba en una cocina muy grande con una encimera blanca muy grande, un grifo de agua de cobre grande y una tulipa encima, ya sabe, y por arriba estaba lleno de ventanas, todo era tremendamente grande, y un horno grande; y entonces fui allá y resulta que estaba lleno de pequeños grifos, todo estaba tan limpio que relucía, ya sabe, y ese grifo también brillaba que daba gusto, y había colgando una tulipa blanca muy grande, una lámpara. Estaba buscando una vivienda, a mi manera, ya sabe...

—O sea, digamos, que usted..., ese sueño... Imagínese que entrara usted como madre en una cocina tan bonita. Eso puede ser la conciencia de la cocina. El deseo...

(Risas).

Sí, sí, ríanse, señoras, pero si ustedes... No sé qué aspecto tendrán sus cocinas, pero esta desde luego que es una muy hermosa, con esas bolitas doradas.

(Señora en la sala):

—Una maravilla.

—Mire, es posible, por tanto, someter esas cosas a los sueños, de hacerlo con cosas materiales. Pueden desear algo y entonces ocurre en un sueño. Yo tuve, por ejemplo, varios sueños de esos, quería esto y lo otro y aquello. Se lo conté. Pero entonces te despiertas por la mañana y no tienes dinero ni eres un príncipe y resulta que no eres nada, y pienso: ‘Hay que ver cómo he vuelto a tomarme el pelo anoche, ¿verdad?; viandas, bebidas...’. Ya solo deseo soñar para dar algo al mundo, para dar felicidad a la humanidad. Y entonces dicen: “Cuánto dinero hay allí, pero ¿qué será?”. Yo, sin embargo, deseo regalarlo a la humanidad, todavía tengo tantas cosas hermosas que dar. Otros dicen: “Claro, majaderías”. Y entonces voy a parar verdaderamente a diversas cortes, pero por la mañana estoy tirado por la calle y resulta que se anuló. Y entonces digo: “Mejor vete, por el amor de Dios, porque me faltan muchos millones”. Y después, en cambio: mal. Ves, son mis propios deseos. Digo: “Maestro Alcar, mejor a mí no me dejes soñar más, porque de todas formas no se cumplirá”.

En general no es más que la recuperación de la conciencia diurna. Enton-

es el ser humano ha vivido demasiadas cosas a lo largo de los años y eso se analiza después en el sueño, cuando duermes, y así la vida y la materia —y alegrémonos de que así ocurra— vuelven a armonizarse, porque de lo contrario la vida interior destrozaría sin remedio el sistema nervioso en un mes.

¿Quién más de ustedes?

(Señora en la sala):

—Sí, señor Rulof.

—Señor.

(Señor en la sala):

—Quería volver a hablar un momento sobre aquello a lo que se refirió hace unos momentos, lo de (la revista) ‘Vizier’ sobre la medicina técnica...

—Sí.

—... de que hace trescientos años había tanto dolor y pena.

—Ah, eso era terrible.

—Pero hace bastante tiempo en una de esas revistas se decía que la ciencia había descubierto un cráneo en Oriente, con una antigüedad estimada de cuatro mil años, que había sufrido una operación, por la que hoy en día nos quitaríamos el sombrero.

Señor, el Antiguo Egipto, eso ya también es de hace cuatro mil años, nosotros... —y estamos otra vez con las ínfulas—, allí los maestros, los sacerdotes abrían cráneos gracias a sus conocimientos de las hierbas, quitaban tumores, los untaban con una sustancia, disolvía la piel y podía quitarse, se servían de medicinas, operaban.

Pero de lo que se trata: allí hubo médicos, habían avanzado mucho. Porque primero tuvimos los curanderos de la jungla. Por cierto: todos ustedes son curanderos o curanderas de sí mismos. Porque entonces éramos igual que el perro y el gato. Cuando al perro le duele un poco el estómago, empieza a comer hierba, o lo que sea, igual que el gato, y no dejan de buscar algo hasta que se lo hayan quitado de encima, o enferman; pero suelen ayudarse a sí mismos. Y ese fue el primer pensamiento para resolver problemas. Eso fue así durante miles, millones de años.

Y ahora, en estos tiempos, pues, sí, la ciencia desde luego que ha avanzado un buen trecho. Cuando leen eso, llegan a ver la poderosa diferencia de cómo sufría la gente por aquel entonces; y así nos pasó luego a nosotros también. Murieron millones de personas por la peste, la viruela y el cólera. Es lo que había. Las cosas más extrañas, pues, había que operarlas conscientemente, señor. Y eso es lo que escribe ese hombre: “Aparecieron dos caballeros...”. ¿Qué pensarían ustedes, señora, o señor, si apareciera su carnicero de siempre con el cuchillo, se lo clava en la tripa para curar esa apendicitis, así como así? Imagino que en esos tiempos uno se desangraría hasta morir antes de que hubiera llegado hasta allí; pero lo hacía el carnicero. Lean cómo atiborraron

a un rey con sopitas y cositas, hasta que... En cuestión de dos semanas lo habían envenenado. Pero lo que querían era..., querían sanarlo en un solo día.

Bueno, no es como para reírse; pero hasta este punto hemos llegado ahora, y eso..., durante los últimos cincuenta, setenta y cinco años los médicos se han enriquecido, se han desarrollado. Y ahora todavía estamos en 1952, ¿verdad?, las facultades espirituales se encuentran en un punto muerto. Los médicos pueden ir más lejos, los milagros técnicos... Y el resto, la astronomía —claro—, los biólogos, los geólogos... Pero no hay ni un teólogo que avance, ni un psicólogo, ni un psiquiatra. ¿No es triste? Aquí estamos ahora, o sea en 1952, en un punto muerto. Y eso, desde Cristo, después de Cristo, se ha... Eso en Egipto ya estaba ocurriendo, así era en China, ya estaba en marcha hace diez mil años, allí es donde se erigió. Y ahora, en 1952, después de diez mil siglos, el psicólogo se encuentra en un punto muerto. Sabe: no puedo seguir. Pero los médicos... Ja, ja, ja, santo cielo, todavía hay que descubrir el cosmos entero para lo corporal. Más adelante llegaremos a tener instrumentos con los que se resolverán todas las enfermedades. No estamos sino empezando. El paraíso humano llegará más adelante.

Ustedes ya querrán volver, dicen: “Ya no quiero volver aquí”. Pero, señora, señor, luego será una delicia vivir en la tierra. Ya no estarán enfermos, ya no tendrán karma, ya no será necesario pensar en el frío o el calor, llegarán a refrescarse, tendrán todo, podrán volar por todo el mundo, irán a hacer viajes, trabajarán como mucho —si es que trabajarán— una hora al día o dos a la semana; eso será todo lo que harán, porque entonces lo harán las máquinas. Será cuando el ser humano comprenda el milagro técnico. ¿O pensaban ustedes que no es así? Es más sencillo que nada hacer una predicción para dentro de cinco mil años. Podré enseñarles La Haya con toda precisión. Ya no hará falta que estén hacinados. Entonces tendrán todos..., tendrán el aparato en casa y podrán... Igual que la televisión, la televisión se va ahora hasta Bélgica, ¿cuántos kilómetros abarca la televisión? Más adelante les llegarán imágenes desde Estados Unidos. Les llegará la imagen desde las esferas a la tierra, todo eso se materializará. ¿Qué más querrán saber entonces? Se sentarán y escucharán. Ya no hará falta que... Ya no será necesario que sigan siendo incrédulos ni que duden de: ¿todavía hay un maestro? Ese maestro se irá erigiendo aquí y volverá a estar entre ustedes y hablará. Pero entonces ya no será necesario que hable, sino que dirá: “Arréglenlas ustedes mismos”.

(Señor en la sala):

—A la larga, ¿no será todo entonces muy aburrido?

—Ya estamos.

(Risas).

Ya estamos, señor. Señor, entonces la vida será... Este señor dice... Señoras, ¿lo han oído?

(Señoras):

—Sí.

—“No será todo entonces muy aburrido?”. Pero, señor, en el más allá, ¿qué se cree que los maestros...? En el Omnigrado vive Cristo con centenares de billones de almas, todas maestras, conscientes divinas, ¿cree que se aburrirán allá?

(Señor en la sala):

—Pero esos maestros no son todos igual de elevados.

—¿En el Omnigrado?

(Señor en la sala):

—Ah, en el Omnigrado, dice usted.

—Es que en el otro lado también viven cien millones de maestros.

(Señor en la sala):

—Eso, exactamente.

—Y no se aburren ni un segundo.

(Señor en la sala):

—No, todavía tienen mucho que aprender.

—No, señor, ya no aprenden nada.

(Señor en la sala):

—¿Ah, no?

—No, allí ya no aprenden nada. Voy a contarle una hermosa historieta. Cuando haya alcanzado usted la séptima esfera, señor, la cuarta esfera, ya no hará falta que aprenda nada para este espacio y...

(Señor en la sala):

—¿Tampoco desaprender?

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—¿Tampoco desaprender?

—Allí ya no hace falta desaprender nada, señor. Aquí los he envuelto en un complicado problema, de verdad que sí. Cuando haya alcanzado la cuarta esfera, ya no podrá cometer errores, porque seguirá de forma conscientemente armoniosa, así que todo eso seguirá por sí solo, por el nacimiento.

(Señor en la sala):

—Exacto, así que por el nacimiento, dice usted. Así que uno hace algo. Sigue estando en acción.

—Sí. ¿Por qué? Eso se lo he explicado aquí centenares de veces, y eso se lo dicen los libros. ¿Por qué no se aburrirán ustedes? Siempre estarán despiertos, porque nunca se quedarán dormidos. Dormir ya no existirá, ni el aburrimiento. Los maestros no hacen nada, pero lo son todo, vean. Ya no mueven ni un dedo. Caminar, ir, dice: “Voy a echar un vistazo en la tierra”. Muchas veces los veo caminando por la calle, y entonces digo: “Oye”. Siempre ando...

Cuando estoy en la ciudad y me encuentro entre la gente, siempre me sintonizo interiormente y veo por las calles más seres espirituales que humanos. Pienso: 'Ah, están de paseo. Están de paseo'.

Miren, en (la sala) Diligencia les ofrezco las conferencias a partir de la Omnifuerza. ¿Lo han vivido? Dios como Padre, Omnifuerza, Omnia Alma, Omniespíritu. Ese Omniespíritu sigue impulsando hoy mismo. Esa Omnia Alma sigue existiendo ahora mismo. Si esta dejara de existir, nos disolveríamos, ya no estaríamos. Entonces todo se derrumbaría; cuando la Omniluz dejara de iluminar, desaparecería toda la luz. Si la Omnimaternidad y la Omnipaternidad dejara de existir, Dios ya no estaría, estaríamos...entonces se derrumbaría cada... todo lo que tenga, posea, paternidad y maternidad se desplomaría y comenzaría a podrirse, o de pronto se extinguiría, como un huracán, porque ya no existiría la fuente primigenia.

¿Qué es el crecimiento y el florecimiento en la tierra, en la materia? La Omnia Alma, la Omnivia. O sea, el ser humano en las esferas de luz, la cuarta esfera, lo es todo, pero ya no requiere hacer nada, porque ha vencido su vida corporal para este espacio. Pero él es alma de esa Alma, consciente, ahora como ser humano, como espíritu, espíritu de ese Espíritu, padre de ese Espíritu, madre de esa Maternidad. Pero, miren, entonces el ser humano dice: La Omnifuerza sigue impulsando y permanecerá. La Omnimadre..., quienes representamos la Omnimadre somos nosotros, como luz, como vida, paternidad y maternidad, personalidad, reino de colores, Dios también se ha convertido en eso. Pero los dioses somos nosotros. No existe un Dios humano.

Entonces llegarán a la vida detrás del ataúd, en la séptima esfera, y allí son, por tanto, luz. Debido a que vivirán, todo vivirá. Pero si quienes ya no vivieran fueran ustedes, todo se derrumbaría; ya no serían luz, empezaría a haber tinieblas. Pero si estoy, habrá luz, habrá vida, habrá sentimientos, habrá inspiración, habrá dilatación. Pero una vez que haya alcanzado el grado para un orden más elevado, este me atraerá, me convertiré en vida, sentimiento, pensamiento más elevados. Así que después de la cuarta esfera comenzará a incidir sobre ustedes y a despertar en ustedes el cuarto plan cósmico, y eso irá por sí solo, porque ya no tendremos que vivir ni seguir esa lucha en la tierra. En ese mundo, cuando estemos en la primera esfera, ya no habrá enfermedades, ya no albergaremos robos; de lo contrario no conseguirán llegar. A eso los maestros lo llaman: "El paraíso espiritual en el ser humano". Eso lo dijo Cristo. Allí eres armonía. Allí ya no eres religión: simplemente, lo sabes todo. Conoces todas las leyes del espacio, porque estas las habrán vivido ustedes por medio de la paternidad, de la maternidad, de la reencarnación. Así que allí serán ustedes del todo uno con toda la vida que posean allí, que los rodee. Así que representarán su vida; yo también. Seremos todos chispas de una sola fuente, pero: como millones de seres humanos un solo ser humano, a partir

de un solo grado. Porque no representaremos más que una sola personalidad, una sola maternidad, una sola paternidad. Va a ser todo de lo más sencillo. Sí, de lo más sencillo.

Cuando uno habla de conciencia cósmica, de leyes cósmicas y de planes cósmicos... Señor, eso vive hasta en el insecto más pequeño de la tierra. Pero el biólogo, el geólogo, el teólogo, el psicólogo, el astrónomo, esas facultades aún no son capaces de conectar la chispa, el microcosmos, con el macrocosmos a partir del cual nació ese microcosmos. Todavía no tienen el camino, la conexión. Porque ahora la tienen que poder conectar materialmente y espiritualmente; y el espíritu aún tiene que despertar.

¿Es que es tan difícil eso?

Es usted persona de estudios, ha conocido sus estudios, pero sus estudios técnicos son exactamente iguales. Y esto no lo puede eludir usted, señor. No son majaderías. Esa doctrina tampoco lo trastorna. Porque lo lleva usted a la unión de esa ley divina, y esta, a su vez, la es usted mismo. Nunca se le priva de nada, al contrario: siempre se le devolverá lo nuevo, lo más elevado. Pero llegará un momento —seguramente que ya lo estará sintiendo— cuando podamos aceptar, y eso lo he visto, no hace falta que me crea... Si le digo, señor: esos libros no los he escrito yo. Soy de (la provincia de) Güeldres. Usted ha tenido su facultad, ha estudiado, es usted ingeniero. Yo no soy nada. Ni siquiera era capaz de hablar holandés, sigo sin ser capaz.

(Señor en la sala):

—Bueno, tampoco es para tanto.

—Eso da igual, señor, eso da igual, pero yo lo reconozco sin rodeos, porque no soy yo. Lo recibí todo. Con que viera usted en eso la línea infalible... Eso ya me haría feliz, también podría hacerlo feliz a usted. ¿Y por qué? Porque nos envía a todos a la paternidad y maternidad de eterna duración, a Dios; somos dioses.

Pero ¿qué es lo que ha ocurrido en la tierra? Acabamos de salir de la jungla, hemos construido la sociedad. Pero ¿qué es nuestra sociedad con respecto al amor divino de Cristo? ¿Qué es? Si Cristo reinara aquí —Cristo volverá, seamos un poco honestos—, y ustedes son reyes y emperadores, y están delante de Él, decididamente, y Él dice: “Iré a hacerle una visita a las ocho de la noche, y entonces nos pondremos a mirar un poco las leyes para el año nuevo”... y entonces Él cuelga allí delante de nosotros los diez mandamientos. Bueno, pues, ya estamos allí. Dirá nuestra majestad... Dice: “Querida Juliana (Juliana de Orange-Nassau, reina de los Países Bajos, 1909-2004) no sería mejor que dejaras de representar a semejante banda de asesinos? Porque eso, en esencia, no lo querrás, ¿no? ¿Por qué aceptas lo que quieren ellos?”.

“Pero, Señor, entonces, ¿qué hacemos?”.

“Pero ¿qué te he enseñado Yo?”, dice Él. “¿Para qué morí Yo?”.

¿Qué hizo Pedro allá? Empezó a soltar tortazos a diestro y siniestro. Dice: “Pedro, resulta que he estado colocando fundamentos contigo, años y años, y ahora alargas la mano sin más y destruyes todo lo que es Mío, porque Mi Padre y el tuyo es amor”.

Así que, vamos, hay que ser honestos. ¿Qué queda de nuestra sociedad?

Por lo tanto, si hacen ustedes aquello, si hacen esto... Y entonces, claro, podrán decir: “Sí, señora”, y eso es... Lo acepto todos los días, y lo veo. Podrán decir: “Sí, señor, para usted todo esto es muy fácil, esto lo consiguió”. Realmente, lo he logrado. Cuando veo a un muchacho de esos, que encima se va a la guerra con un “hurra”... Claro, pero entonces no me voy a poner a increpar a esa criatura, porque hace doscientos años yo también andaba en eso. No insulten a la criatura capaz de asesinar, lo tenemos todos... lo seguimos haciendo. Pero ahora hay conciencia. No solo de que existen los diez mandamientos, sino que nuestros padres y madres regresan y dicen: “Por el amor de Dios, no tienes que asesinar, pero sobre todo no a ti mismo, porque te meterás en un proceso de putrefacción que será una “fiesta”. El maestro Zelanus, Lantos Dumonché, ‘El ciclo del alma’.

Y ahora, empiecen por fin. ¿Qué justicia tiene nuestra sociedad, señor? Sabiendo esto, ¿sería usted capaz todavía —cuando mañana dispongamos de los medios—, se atrevería a jugar aquí a ser juez? Sealo alguna vez, adelante. Señor, se quedaría pasmado de todo lo que violentará y ante lo que se verá. ¿Se atrevería? Yo no. Pónganse a hablar sobre algo, así empezará a hablar sobre las facultades espirituales. Lo único que hacen es condenarnos. Pues, una cosa es contraria a la otra.

Pero ¿qué hemos hecho nosotros, señor —siguen existiendo las enfermedades—, para que estemos todavía hasta arriba de ellas? Tenemos el cáncer, la tuberculosis, y cuando uno visita un laboratorio o una clínica, señor, uno piensa que no existe más que eso, ¿no es así? Déjeme que le diga, señor, cuántas más enfermedades desgraciadas existen entre la gente. Son historias como lodazales, de nosotros mismos, si queremos vivir la reencarnación. ¿O quiere usted endilgarlo todo a otro? Mire, póngase a hablar de eso enseguida. Y entonces vivirá usted el año nuevo. Y váyase a mirar entonces ante qué peligro se encuentra. Y hágalo de cara a Nuestro Señor, vamos. Mejor no se crea que somos Cristo. Algún día tendremos que llegar a serlo, porque ustedes lo portarán a Él: yo, todos. Porque hemos salido de esa fuente. ¿Lo aceptan? A ver, señor, mire hacia dónde podremos extender entonces una mano y decir: “Ah, sí, en esto se me deja participar”. Llegará a haber cien mil veces: “Ah, aquí no”. Por todas partes ustedes se quemarán allí, por delante y por detrás, por el lado izquierdo y el derecho, por arriba; y tendrán miedo de seguir mirando a la sociedad, por no decir de vivirla. El ser humano tiene miedo, pero uno llega a tener una nueva vida por estas cosas, porque diremos: “No

quiero tener que ver con esto, lo haré de otra forma, lo haré así”. Empiecen, vamos. Entonces tendrán ante ustedes al mundo entero como humanidad. Y entonces podrán analizarla. Hasta en un rato.

Y el té está preparado, señoras, señores.

DESCANSO

—Señoras y señores, he recibido una nueva notita. “Tengo una familia y un matrimonio felices. Resulta que en todos estos años de felicidad, sin embargo, siempre he sentido esto: y aun así esto no seguirá de este modo. Y entonces siempre me venía el pensamiento: cómo me enfrentaré a tener que renunciar algún día a un hijo. Y entonces siempre pensaba en el mayor. Hasta que tocó separarse de ella, lo cual ya saben ustedes. Una vez se lo conté a alguien y me contestó: ‘No te atreves a ser feliz’. Y entonces pensé: ‘No sabes nada de esto’. ¿Qué fue eso, pues, que siempre sentía?”

¿De quién es esto?

Señora, mire, lo que ha sentido es felicidad. El ingeniero —que ha pasado por las facultades— me decía hace unos instantes, dice: “El catedrático no fue capaz de ser tan claro como usted”. Pero, señor, ¿cómo va a poder serlo? No son ínfulas mías, sino que se lo demostraré. ¿Por qué —ahora nos va a tocar vivir un sistema filosófico—, por qué sentía esa madre su felicidad? ¿Ni millones de madres, no, ni millones de personas? ¿Y por qué es la felicidad una señal mientras que otro sentimiento no dice nada? ¿Por qué fue capaz de sentir: “Va a haber algo”? ¿Cuándo se puede empezar a sentir y vivir algo? ¿Cuándo se vive algo de verdad por medio del sentimiento, de un sistema filosófico? Con eso empezó Sócrates. ¿Qué es usted, qué siente usted cuando está contenta? ¿Qué es eso, “alegre”, “la alegría”, “estar alegre”, qué es eso? Es una facultad, ¿no? Son los sistemas filosóficos, ¿no? Con eso hemos construido realidad. Porque partimos de la suposición, primero para la sociedad: ¿qué es la verdad? Es ciencia. Así que la ciencia pone fundamentos al vivir y analizar leyes verdaderas. Y entonces avanzamos. Esa es la construcción, es el primer fundamento para los sistemas filosóficos, y para cualquier facultad.

Ahora me escribe esta señora esta nota. Puedo constatar de inmediato —al menos si se dedican al análisis filosófico— por qué se manifestó en ella el sentimiento: estoy contenta y soy feliz, y aún así pasa algo. ¿Entienden? Les pregunto: ¿es posible que una madre, un ser humano sea feliz si no hay eso? Ya se lo estoy diciendo. ¿Es un ser humano consciente de la felicidad? ¿Cuándo empieza a hablar la felicidad? Son sistemas todos, escaleras hacia la felicidad verdadera. ¿Por qué llegó a sentir algo que no podía dar a otro y que aun así vivía en ella? ¿Por qué es eso? Esto, pues, es un sistema filosófico. Miren, también lo puedo decir en dos palabras, así me lo quito de encima.

Pero en esto hay un libro entero. Contiene un libro. ¿Entienden? Otros dicen: “Es que usted no se atreve a vivir su felicidad”, eso dicen otros. Y otro, en cambio, dirá: “Pero, bueno, ¿qué más le da? Si es feliz, es feliz”.

(Hay un señor en la sala que dice algo).

No, señor, porque hay madres que con verdaderamente felices con sus hijos; pero en esa felicidad... Esa felicidad, a su vez, tiene grados de conciencia. Y resulta que la felicidad... La felicidad, pues, es sentimiento. Y el sentimiento tiene siete grados para la personalidad, que es sentimiento, que significa felicidad. Porque la felicidad es un ser humano, puede serlo, puede ser un espacio, también puede ser así de pequeña, la felicidad, así de pequeña, un circuito. Hay gente que es tan increíblemente feliz, y cuando te pones a analizarlo ya no queda nada de toda esa felicidad, porque la realidad se ha extraviado. “Ni siquiera hay rastro de felicidad”, dice ahora el filósofo, el profesor. Dice: “Señora, pierde usted los estribos por nada”.

Dice usted: “No quiero perder eso ni por todo el oro del mundo”. Y otro ser humano dice: “Bueno, a mí eso me la refanfinfla”. Quizá sean ustedes felices unos con otros. Esto va del matrimonio, va de ser hombre, de ser mujer, de ser niño, nuestro ser humano entero reside en esto, hasta el espacio, Cristo, Dios, todo incluido. Ahora dice usted: es usted realmente feliz con su criatura. Pues vamos..., vamos a verlo de inmediato... Viene otro y dice: “Ah, sí, ¿lo ve? No es más que interés propio”. Aparece, por tanto, el interés propio. La felicidad para el ser humano, para el hombre y la mujer, al menos para la madre, ha dado a luz a una criatura. Eso lo puede vivir usted de modo humanamente maternal. Se lo pondré de inmediato al lado del grado espiritual, universal, y entonces llegará a vivir la maternidad universal, la felicidad, el amor. ¿No es eso más elevado? ¿No ahonda eso más? Engloba este macrocosmos entero.

Señora —enseguida podrá seguir—, esto usted lo ha sentido, estaba usted en la felicidad, en la felicidad más elevada de esta criatura, y entonces se manifestó la sensibilidad suya y de esta. Y después empezó a intuir, porque fue alcanzando la felicidad. Hay más gente que ha dicho eso. “Eso no lo aguantaré”, dice alguien, “es demasiado hermoso para mí”. Allí ya hay algo, ¿ve? Esa vida ya empieza a hablar. Y si usted lo hubiera dicho de un modo un poquito más elevado, si lo hubiera sentido con respecto a... Ahora se trata de leyes. ¿Qué es ir más arriba? ¿Más allá? No es otra cosa que si hubiera dicho: “Esa criatura, ¿seguirá viviendo?”. ¿De qué se le puede privar a usted si aquí no interviene la muerte? De nada. Si esa criatura permanece aquí en la tierra, podrá usted... Si la criatura tiene amor y tiene usted contacto, no es necesario que una madre dude de que esta le pegará o pateará; entonces ya no habrá felicidad, habrá desaparecido. ¿Es cierto o no? Pero si tiene una inmaculada unión espiritual con su hija, entonces es más sencillo que nada que el sen-

timiento —y esta es la clave, ahora está presente—..., que el sentimiento que lo va a avisar no es más que “el ataúd”. Porque no es posible que algo de la tierra le dé miedo. Sólo la pérdida. Y eso para este mundo, que entonces es vivido y aceptado para el ser humano normal, es solo la muerte, que no existe. ¿No es así? Es la muerte.

Así que tiene usted, por su felicidad, el ser uno real con su hijo, ha vivido usted esa felicidad. Pero usted sentía: eso es demasiado hermoso para ser verdad. Esa vida misma, esa criatura empezó a hablarle, ese sentimiento, y este le dijo: “Mi mujer, madre: ya no estaré aquí mucho más tiempo, me voy”. Esa fue la duda en cuanto a su felicidad. Si esa hija se hubiera quedado aquí, jamás lo podría haber intuido usted. Sí, hay gente que... se queda ahora esmirriada, se hacen pequeños, se ponen a analizarse. Y entonces se ponen a preguntar, a preguntar, a preguntar hasta que la gente tiene ochenta, noventa años, y entonces saben: ah, sí, no ocurrió. Y entonces pierden su asidero; o no tienen un sentimiento consciente para esta vida, para ese amor.

Pero esto es un sistema filosófico que se manifiesta porque usted ha vivido el sentimiento más elevado como felicidad, como madre, para su hija; y esa vida usted la... no la ha perdido, eso lo saben, pero era inevitable que ella se fuera. Y eso es lo que estaba moviéndose en usted. Todos esos años usted tuvo miedo a este contacto, ¿verdad?

(Señora en la sala):

—Sí, pero lo tenía..., seis años y medio antes de que ella se nos fuera tenía ese sentimiento, y durante todos esos años lo sentía: así no puede seguir: así no pueden seguir las cosas. Pero medio año antes de su muerte tuve la sensación de que...

—Mire, si esa criatura, si esa vida todavía hubiera estado aquí, usted habría tenido, por tanto, esa sensación... De dónde viene da igual, da igual. Es que ella tampoco lo puede emitir si no existe. Es una ley infalible. Así que si ahora todavía viviera esa chica, no podría..., consciente o inconscientemente, no podría haber emitido ese sentimiento para que usted lo sintiera, ¿verdad? ¿Entiende a dónde quiero llegar?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Así que ese empuje ya vivía en ella, que usted sentía como “Cielos, esto no lo voy a aguantar”. ¿No es así? Eso es.

(Un señor en la sala dice algo).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Eso fue lo que iba en contra de la sensación de felicidad.

—Exacto.

Pero ahora los quiero tener en otro grado. Ahora esa madre no puede vivir

esa plena felicidad sensitiva. O sea, hay centenares de miles de madres que ni se molestan en ver si hay o no hay felicidad; la criatura está, y con eso basta. Pero no por vivir a la criatura tiene por qué haber felicidad. Porque la gente no saca de los niños lo que hay en ellos. Dicho de otra manera: si llegan a más altura y más y más, entonces se consigue unión espiritual. Hay madres que tienen niños, niños, niños, y entonces a ver si les preguntan usted alguna vez: “¿Ha vivido usted hoy a sus hijos?”. ¿Quién es capaz de hacerlo? Así que esos días, esos años, esos meses van pasando y ya no recuerdan nada unos de otros, ya no saben cómo funciona la cosa. Porque no se han vivido a sí mismas.

Eso demuestra aquí: la verdadera unión de la madre y el hijo. Esto también va a los dones, al sentir espiritual; el grado más elevado de cara a la criatura, a la madre, y al ser uno.

Pero otra madre que también tiene hijos, y esto y lo otro y aquello, también pierde a su hijo, pero no ha sentido nada. Y esta no dice cosas como: “Pero es que no lo sé, no me fío, no lo sé”. Mire, el sentimiento consciente ella lo tiene que... Ahí tenemos a Sócrates. Entonces Sócrates dijo... Entonces la gente dijo: “Sí, siento alegría”. “Sí”, dice Sócrates, “por los veinticinco florines que te dieron allí. Pero no es eso lo que quiero decir”, dice, “quiero decir esa sensación en particular que nos conecta con todas las leyes por las que hemos aparecido nosotros y, quizá, todo lo que vive”. Y entonces el ser humano empezó a pensar en términos filosóficos. ¿No es así?

¿Lo ve? Y así puedo ofrecerle una pequeña clase, señor, y analizaremos un poco: ¿cuándo está usted dónde? Sí, para la tierra. Por eso digo: si nuestro Señor volviera a estar aquí y solo colgara los diez mandamientos en la calle, todos nos callaríamos la boca de todas formas, desistiríamos, o tendríamos que aceptarlo a Él para el otro lado, el cosmos, Dios.

Pero la madre que no sienta esto evidentemente no se plantea: “Hoy echo algo en falta. ¿Será que dentro de dos años se morirá mi criatura? Queridos míos, así es como la madre demuestra que no existe la unión. Y que no pasa nada. Puede vivir una unión. Aquí estaba hablando la muerte, la evolución. Aquí ya les estaba hablando la evolución que usted no entendía. Si hubiera habido todavía un poco de sentimiento, de sensibilidad, habría podido decir usted: “Voy a perder a mi hija. Pero no la voy a perder, porque va a hacer la transición. Quizá todavía pueda estar con ella un par de años deliciosos, medio año, y entonces se irá”. ¿No es eso lo que tenemos que asimilar ahora todavía? Estamos con eso, ¿no? Si el ser humano es tan sensible, entonces lo saben de antemano. Pero millones de madres no lo tienen, señora, y es por eso que no están en ese grado, o bien esos hijos permanecerán aquí y seguirán viviendo, se harán madres, hasta que más tarde, a avanzada edad —una ley antigua y el grado de vida como organismo—, morirán a los setenta, ochenta,

ta, sesenta años, y entonces se irán al ataúd y habrá pasado la vida. Pero volveremos a empezar. Volveremos a ser juveniles. No nos haremos juveniles, solo recibiremos un nuevo cuerpo, volveremos a despertar; porque la juventud no existe. Y vean, así de loco está ese Jeus, ese Jozef Rulof: la juventud no existe. Porque todo eso es pensamiento y sentimiento humanos. Una facultad pueden ustedes... sobre esto pueden empezar a pensar de forma filosófica; y entonces entrarán en contacto con la ley de la maternidad, de la paternidad, de la reencarnación, por nosotros. Y así podrán seguir.

¿Qué tenía usted?

(Señora en la sala):

—Lo viví en 1945 exactamente igual con la construcción de una gran casa señorial.

—¿Con la construcción de...?

(Señora en la sala):

—... de una gran casa...

—Sí.

—... y medio año después todo estaba de maravilla y yo me encontré frente a ella y pensé: ‘Pues, es demasiado hermoso para ser verdad que yo haya conseguido resolver todo esto tan maravillosamente’. En dos días todo había desaparecido...

—¿Arrasada?

(Señora en la sala):

—No, tampoco eso, pero todo..., bueno, ya no quedaba nada...

—Sí, esto lo puede vivir para su maternidad, para su sociedad, ¿entiende?, para cien mil cosas más, para cosas pragmáticas; todo con lo que los seres humanos tenemos que ver en la sociedad es posible sentirlo y vivirlo a fondo, desde luego.

Hubo alguien que lo había apostado todo a un criadero de perros. Otro había invertido cien mil florines: un criadero de tejones, para pieles, y entonces el hombre empezó a leer libros míos y se desprendió de ellos. Dice: “No soy un asesino de animales a conciencia, señor. A esos animales..., ya no quiero..., ya no puedo criarlos, señor, para venderlos o para que los sacrifiquen. Lo dejo. Adiós dinero, qué se le va a hacer. Voy a empezar de nuevo”. Ese muchacho fue a trabajar en una granja.

Una mujer, una cantante de ópera, una contralto, que cantaba con Willem Mengelberg (director de orquesta de la Orquesta del Concertgebouw), la contralto, la María Magdalena, esposa de uno de nuestros seguidores en Ámsterdam, una poderosa cantante... “Ya no puedo cantar la ‘Pasión según San Mateo’”, dice, “ahora que he leído ‘Los pueblos de la tierra’”. Dice: “Ya no logro meterme en el papel, porque para mí siempre ha sido un martirio; y no es más que felicidad pura. Ahora que lo sé... Resulta que tienes que empezarle

a cantar a Cristo... Ay”, dice, “y lo han asesinado a Él”. Viene y dice: “Eso es algo muy diferente. Ya no consigo meterme”. Desde el instante que leyó ‘Los pueblos de la tierra’ ya no puede cantar. Bueno, la voz sigue ahí. “Pero”, dice, “ya no puedo cantar la ‘Pasión según San Mateo’”. ¿Por qué no? Va en contra de la realidad. Ese es el horror para Bach. Cuando en la... “Pues eso es lo que yo quería decir, y es así”. Claro. Qué historia de sufrimiento esa, ¿no? Cuando uno oye eso. Pero incorporar a nuestro ser esa historia de sufrimiento, si uno va construyendo eso, esos cantos, cantar eso, y uno se da una buena paliza por los cánticos y uno canta: “Nosotros te hemos asesinado”. No: “Él nos quitó nuestros pecados”. Viene y dice: “Ya no logro sacar ese contralto”.

Y así con cien mil cosas; cuando uno empieza a comprender eso y se encuentra ante la realidad, pues, señora, entonces ocurre un milagro. Mire, otra vez una escalera, otro despertar.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Si los clérigos fueran tomando conciencia de algo así, ya tampoco podrían decir nada desde el púlpito en ese ámbito, ¿no?

—Mire...

—Esta señora se ha visto ahora afectada, pero si...

—Señor, le contaré otra cosa. Tengo la suerte, allí por Nimega vive un cura que ya no quiere jugar a ser cura por más tiempo.

(Señor en la sala):

—Estupendo.

—Dice: “Por mí que les den, igual que lo de ese Jeus”, había leído ‘Jeus’, “que les den los ‘drudels’”, dice. Dice: “Porque voy en contra de todo. Entonces mejor me salgo”.

(Señor en la sala):

—Eso vale un pequeño aplauso.

“¿Les hace falta quizá un lugar para estacionar bicicletas?”, dice, “un aparcamiento, eso es lo que voy a hacer”. Va llegando lentamente.

(Gente en la sala):

—Sí.

—”Señor”, dice, “¿tengo que ponerme a hablar sobre la condena? Se me construye una lección, una confesión, un sermón, es de eso de lo que tengo que hablar hoy”. ¿O es que pensaban ustedes que el señor cura puede hablar así como así, por los codos? Dice: “Todo trata de la condena. Ya no me sale”.

Hace poco me viene una señora de Haarlem, que va a ver a su padre, va y dice: “Señor cura, es que tengo algo que preguntarle, usted fue mi padre y todo”. “Sí”, contesta él, “¿qué pasa?”. “He leído libros y ahora quiero pre-

guntarle: ¿qué piensa usted de eso?”. “¿Y para eso me necesitas a mí?”, dice él. Dice: “¿Cómo se llaman esos libros?”. “Una mirada en el más...”. “¿De Jozef Rulof? Me he leído siete, hija. Siete, pero eso allí no lo deben saber”. Dice: “Todo cierto. Pero si empiezo con eso...”, dice, “no podemos poner a Roma patas arriba. Yo me he leído siete”. ¿No se lo habían... sus criaturas, sus hijos...? Sus seguidores se los habían entregado, le habían preguntado: “¿Padre, ¿puedo leer esto?”. Él que se pone a leerlos primero. Dice: “A ver, dame unos más”.

Hace poco, lo oí de otra persona, vive ahí por Nimega, allí la iglesia católica va modelando niños, ¿no es así? Allí ‘La Línea Grebbe’ pasaba de unas manos a otras. Y en Maastricht también. En Maastricht, se dan cuenta, ¿verdad? Esto continúa poco a poco. El mundo no logra eliminarlo, porque no existe la condena; y porque es la verdad, eso ya nadie lo conseguirá borrar. ¿Entienden? Igual que tampoco... a la Biblia tampoco la conseguirán eliminar, porque Moisés nació. Pero, ahora solo se añade esto: Dios no fue. Dios jamás habló como ser humano. Sí, Él habló como ser humano.

(Alguien dice unas pocas palabras inaudibles).

No, fue usted, señor.

(Señor en la sala):

—Pues, eso también es posible, sí.

—No, no eran otros, fue el propio ser humano. Pero no... Dios camina de pronto al lado de Noé. Llega allí y muestra a Moisés las zarzas, y cuántas más cosas no le muestra Él. Dios anduvo como ser humano en la tierra, siempre habló como ser humano. Mire, el ser humano, el erudito, el teólogo, el teólogo como catedrático, se encuentra atado a un dios que es como un ser humano, que lo fue. Y no es eso. Eso es lo que conseguimos ahora por medio de (la sala) Diligencia: la cosmología. Y si el mundo acepta esto, señor... No, eso el mundo no ha de aceptarlo, ha de vivirlo. Y cuando el mundo, nuestra humanidad, haya llegado a ese punto, no sientan entonces que cada facultad en la que vivimos ahora sea capaz de empezar. Cada sercillo humano de Dios, cada chispa tiene que aceptar esto, ¡tiene que hacerlo! Nos han dado las leyes de modo infalible. Y aquello que dice la señora allí, y lo que significa y quiere esto y dice: “Ah, señor, es demasiado hermoso para ser verdad”. Cuatro semanas después, señor... Mire, ahí lo tenemos. Señor, ¿qué es eso? Ciertamente: que recibe usted un aviso. Nuestro núcleo interior siempre puede avisarnos. Y todo asesino sigue siendo avisado de antemano de tal o cual manera: “No lo hagas”. Porque eso lo sientes, vive en ti.

No se lo crea, señor, cuando el ser humano dice: “Te quiero”. Sin usted, señor, no puedo vivir”. Luego saldrás por la puerta, incluso te echan a la calle a patadas. ¿Tiene que estar molesto? No, señor. Pero vivimos por encima de nuestra razón. En la sociedad todos tenemos una locura soberbia. ¿Qué es

usted? ¿No se eleva usted un poco más de lo debido? ¿Es usted artista? Pues entonces debería seguir alguna vez a los artistas. Entre ellos hay quienes ni siquiera son capaces de pagar la escuela de sus hijos. Pero lo son.

Hace poco les ofrecí una hermosa imagen: le daba al piano. Ya es suficientemente triste. Entonces dijo la mujer: “Hombre”. Pues él casi estalló en mil pedazos, porque le interrumpió su inspiración. La mujer que vuelve una vez, tres veces, y entonces él se enfureció mucho, la agarró y la arrojó a la calle. Después regresó el señor a las doce y media, a la una, ya había terminado de tocar, viene y dice: “¿Está lista la comida?”. “Claro”, dice, pues, allí se queda ella. “¿Que si la comida está lista? Fui a pedirte dinero tres veces”. Y entonces dijo ella: “¿Sabes qué? Te lo preparas tú, o si no cómete tu piano. No se te podía molestar, ¿no?”. Mire, ahora ya somos anormales. ¿Por qué no se nos puede molestar? La madre, ¿no es más útil con sus hijos si te prepara la comida y para ella misma? Así que, ¿qué es más útil? ¿Cuándo vivimos la armonía, un sistema filosófico para la armonía? A ser armoniosos en millones de cosas. Ahora nos vamos desde esa desagradable sociedad a las leyes de Dios, la Biblia, el otro lado, el cosmos. Bueno, señor, ¿qué nos queda por aprender?

(Señor en la sala):

—Tardaremos bastante en aburrirnos.

(Señor en la sala):

—Pues, qué miedo. ¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Tardaremos bastante en aburrirnos.

—No, ya no se aburrirá nunca más.

¿Quién de ustedes tiene algo más?

(Señor en la sala):

—Sí, señor Rulof, creo que tengo algo, pero no tiene mucho que ver con esto...

—Señor, adelante, tranquilo, si no hay otra cosa lo trataremos.

(Señor en la sala):

—Un conocido mío es católico apostólico, muy estricto, y que... no lo ha inventado él mismo, un instrumento para que el niño...

—Un poco más alto, así esa cosa (el micrófono) también lo oírás.

(Señor en la sala):

—... se había inventado un nuevo instrumento para bautizar al niño en la madre...

(Hay un poco de bullicio en la sala, la gente habla a la vez).

—¿De verdad es cierto?

(Señor en la sala):

—Sí, pero yo no lo he visto.

—¿Un conocido suyo?

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Un erudito?

(Señor en la sala):

—No.

—¿Un ingeniero?

(Señor en la sala):

—No, un hombre común y corriente.

—Un hombre común y corriente.

(Señor en la sala):

—Un tipo muy sencillo.

—¿Ese hombre dice que se ha diseñado un instrumento para bautizar al niño en la madre?

(Señor en la sala):

—Sí, así se puede salpicarlo y humedecerlo. Y decir entonces: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...”.

—Con otras palabras: ¿así el niño cuando nace aún no está contagiado?

(Señor en la sala):

—Exacto, en caso de que muera...

(La gente habla a la vez).

(Señor en la sala):

—La vida del niño, según la iglesia católica, está por encima de...

—¿Si muere en algún momento al menos ya está bautizado? ¿Que entonces ya está protegido para Dios?

Ah, claro. Seguramente que sería un miembro de la organización radiofónica libre protestante, o un protestante.

(Señor en la sala):

—No de esa emisora.

—Ah, ¿católico? Pero ¿le serviría de algo a esa emisora?

(Gente en la sala):

—No. Para nada.

—Para nada.

(Risas).

Pero eso también es sobre la condena, ¿no? Ellos tampoco se van a librar de la condena, ¿no? Y el bautismo y la confesión y la circuncisión, yo qué sé.

(Alguien en la sala):

—El bautismo, sí, pero...

(La gente en la sala habla a la vez).

—Pero ahora viene la pregunta. Esperen un poco.

(Señor en la sala):

—Mi pregunta, pues, trata de lo siguiente: ¿tan metida se queda esa idea

del bautismo? ¿De verdad que tiene importancia?

—No, ninguna. Mire...

(Señor en la sala):

—Eso creo yo también.

—No, ninguna. Pero sí que tiene un significado. Esa pregunta me la han hecho aquí muchas veces. Cuando fue usted al ayuntamiento, ¿no le dijo usted a su querida, desde lo más hondo de su corazón, “Sí”, cuando el hombre dijo: “¿La quieres?”.

(Señor en la sala):

—Sí.

(Risas en la sala).

—Y ella también dijo “Sí”.

(Señor en la sala):

—Sí, allí dije la verdad, cierto.

(Hay sonoras risas).

—No, señor, pero supongo que todavía sigue siendo “Sí”. Bueno, ¿sigue siendo sí?

(Señor en la sala):

—Sí, lo sigue siendo.

—Pero ¿cuánta gente, en tres, cuatro meses, no lo ha...? Hay gente que después de veinte años lo ha olvidado. Y también dijeron “sí”. Bueno, en ese “sí” no piensan para destruirlo, sino que ya ni siquiera existe.

(Señor en la sala):

—No.

—Pues esa palabra es ahora una ley. Ya comprenderá usted que cuando estamos ante la naturaleza, cuando llegamos a estar ante las leyes de la naturaleza, entonces al final, un buen día, es sempiternamente: sí o no. Y entonces se dice: “Destruyelo”, entonces decimos: “no”. “¿Y lo amará usted, y lo seguirá portando y le dará la luz?”. “Sí, sí, sí”. Ahora suponemos, y es lo que decimos ahora, por eso nos ponen..., pero, bueno, al final tienen que atarnos a la sociedad. Porque ese hombre tiene razón, allí en la calle Javastraat (el ayuntamiento), donde se nos une. Piensa: “Sí, puedes engañar todo lo que quieras, pero no a mí, yo lo consigno”. Porque cuatro semanas después ese “sí” ya no significa nada. Pero eso sería exactamente como el bautismo para Dios. Debido a que el ser humano se hace bautizar... Eso ya lo introdujeron antes de Cristo. Pero Cristo se hizo bautizar. Eso me lo preguntaron aquí muchas veces y los maestros dicen esto: “Bueno, no está mal, pero no es más que una imposición”. Si usted se vincula a una iglesia, entonces su “sí” tiene que seguir siendo un “sí”. Pero no hace falta, porque por dentro ya mostrarán y materializarán que de verdad son servidores de la iglesia y que poseen una religión que lo sigue a todo. Sin embargo, el bautismo no pretende significar

otra cosa para la iglesia, para vincularlos mediante ese “sí”, lo cual hacen para su matrimonio. Entonces todavía les falta ese cordelito, o esa cadenita, o lo que sea, ese cordoncito, no podrán romperlo tan fácilmente. Porque son ustedes inconscientes. Han hecho que los vinculen divinamente mediante el bautismo.

(Señor en la sala):

—Sí, exacto, pero ese bautismo se hace cuando al niño le falta por completo emanciparse y adquirir conciencia.

—De acuerdo, pero eso está en manos del padre o de la madre, que pueden decir: “Esto, aquello y lo otro”. Más tarde, cuando el niño ya es mayor de edad, dirá: “Yo con esta historia de los bautismos no tengo nada que ver”. O tendrá conocimiento, o se pondrá a estudiar, es un ser humano sensible. En estos tiempos ese bautismo y todas esas cosas ya quedan caducadas, porque el ser humano dice: “Anda ya, déjame en paz. Es ahora cuando he llegado a conocer a Dios. Leo libros, y leo esto, sé cómo se creó la naturaleza, cómo nació yo mismo, eso ahora lo sé”.

Pero ese bautismo, que se remonta a siglos pasados, con el que también Cristo tiene que ver, no significa otra cosa que unir al ser humano con algo más elevado, con el “sí” más elevado espiritual para la vida, para el alma, para el espíritu, para la personalidad, porque todavía no comprendemos nuestro propio “sí”. Así que no es otra cosa. Para Dios carece de significado, pero para ustedes mismos es vincularse a la iglesia —una gloria—, a ese bautismo, a esa profesión de fe. Y ¿qué es, pues, una profesión de fe? Y entonces ese pastor protestante pregunta: “¿Y hará usted esto?”. “Sí”. “¿Y hará lo otro?”. “Sí”. “Y no hará aquello, ¿verdad que no?”. “No, señor pastor, no lo haré”. Pero entonces sale esto: “Cielos, hay que ver cómo ese hombre me ha tomado el pelo”. Después de cuatro, cinco años, dicen: “Señor pastor, váyase por allí con su profesión de fe. Me importa un comino”. Pues, adiós profesión de fe, adiós bautismo, y así podemos seguir un rato más. Ya comprenderán: nos reconduce a lo interior para el ser humano, y entonces tenemos que ver con el espíritu, con el espacio, con Dios y Cristo, y entonces es para todo en el mundo que tiene conexión con la armonía, con la bondad: “Sí, sí, sí, sí”. Y si lo convertimos en un “no” y si alguna vez no pudiéramos entregarnos, por carecer de la fuerza para procesarlo, entonces ese “sí” lo despojamos de todo, lo desplumamos, hasta que no queda nada de él. Pero entonces tenemos otro garrote al lado de la puerta y de la iglesia, y eso es entonces: “condena”, y: “no pecarás”. Y entonces todo eso se añade, para que nunca nos salgamos de esa religión. Porque el ser humano no se conoce a sí mismo. El propio ser humano no tiene ningún asidero para sí mismo. El propio ser humano no sabe nada para sí mismo. Así que esas cosas —el bautismo y todas esas cosas más para la iglesia— surgieron porque el hombre no tenía ningún asidero para sí

mismo, y más no hay. Pero cuando uno empieza a saber, señor, pues ya puede dejarlo tirado por allí, porque carece de significado. Mire, ahora todavía estoy dando unos rodeos y así tendrá usted todo. Pero ¿qué es bautizar? Por eso empiezo con usted. Si usted sabe que su “sí” es “sí”... Mire, eso en el futuro tendrá que cambiar alguna vez.

Cuando amamos... Cuántas personas no han... Porque hay que ver, he visto a gente —a Frederik le pasó en ‘Las máscaras y los seres humanos’— cuando era chófer, mucha... Que me viene un padre: “Oh, oh, Jozef, ¡ha sido un niño! ¡Ha sido un niño!”. Como loco. “¿Un purito?”. Digo: “Sí, señor”. “¿Y unos buñuelos, señor? Sí, chófer: vino, una cervecita, y buñuelos y ¿qué más quieres?”. Digo: “Mejor deme una trocito de salchicha y tabaco”. “Oh, come, adelante, bebe, chófer, estoy muy contento”. Pues llevo dos años en el garaje, pasan tres años, un buen día me viene otra vez ese señor por la mañana. Digo: “Señor, ¿cómo está?”. Dice: “Dios, llevo año y medio divorciado”. Pues, la mujer encantada, flores de primera.

Señor, ¿qué clase de alborotadores somos? ¿Qué clase de ignorantes somos? ¿Por qué no sabía ese hombre que en año y medio echaría a la calle a su mujer? ¿Por qué no sabía ella que su felicidad no era verdadera? ¿Por qué paseaba él su locura soberbia cuando lo único que quería era convidar a los demás a su felicidad? Que tenía un niño, niño, niño, niño. Dice: “Y encima tengo a un psicópata”. Dice: “Pues, sí, señor, pues, sí”.

Y así es la sociedad entera, señor. ¿Cuándo se es de verdad responsable en la felicidad y alegría de cada uno? A mí no me vengán con esas, señor. Es que la gente que yo he... Lo he vivido en miles de cosas. Y usted tal vez no lo viva así. Pero yo soy capaz de darle al ser humano felicidad espiritual, ¿no? Venga a verme, señor, sin problema; y a ese ya le gustaría abrazarme a muerte de tanta felicidad, ¿verdad? Pero ¿por qué no lo trata usted? No quiero saber nada de su felicidad, pero tampoco de su desintegración, señor. No me da la gana. Ha sido un aprendizaje para mí, de toda esa alegría, y de todos esos “Pero ¡qué hermoso que es eso, qué hermoso! Oh, señor, pero qué hermoso que eso”. Cuatro semanas después ya podías recuperar los libros comprándolos de segunda mano en el barrio judío, o estaban tirados por las calles. Digo: pero, trátelo; yo seguramente que me habré... Por eso les dije hace poco, señoras y señores: el dolor, la pena, las desgracias y las personas comunes y corrientes son mucho más fáciles de vivir, y eso es mucho más simple que poder procesar la felicidad.

La verdadera felicidad, eso es lo que vivió esa señora de allí. Entonces se empieza a dudar. “Es demasiado hermoso para ser verdad”, señor. La sociedad, de todas formas, no es más que puro engaño. Pero no nos conocemos a nosotros mismos. ¿Cuándo sabe que en verdad puede representar la alegría

en el ser humano para usted, para la sociedad, para la paternidad, para la maternidad, para la luz, para la vida, para el amor, para el espacio, para Dios? ¿Somos capaces de eso? ¿Se conoce usted como ser humano? Aquí pone: “Conócete a ti mismo”. No hay ni un solo ser humano que se conozca a sí mismo si ese ser humano no posee su conciencia lunar, el más allá. Allí tienen veinte libros míos, ahora pueden leerlos. Pero pueden leer dos mil y seguirán sin ser conscientes, porque tienen que asimilarlo.

¿Cuándo podrán decirle al ser humano: “Lo vi a usted hoy, me dio felicidad interior, un beso”? ¿Puede responder a eso y decir: “En verdad son eternos”? ¿Ya disponemos de la amistad eterna para el ser humano? ¿Pues? ¿Lo ven? Pónganse este año a analizar un poco. Yo también llevo dos días, ahora llevo dos, tres días... Eso me hizo empezar, pienso: ‘Bueno, yo también me lanzo, empiezo a pensar, a pensar, a pensar horas, a pensar. Dios mío, pienso, qué feliz soy de que todavía siga estando aquí. No, no por mi ser, no para trabajar, no me hago ninguna ilusión; no, para ser, por seguir sentado en esta misma silla que tenía hace treinta años, han pasado veinte años. Digo: “¿Eso lo he escrito yo? ¿Eso? ¿He hecho yo esos cuadros y todo lo demás? Dios mío, Dios mío, eso es imposible”.

Qué contento estoy, maestro. ¿Padezco de locura soberbia? Pues, señor, en esos momentos le tuerzo el cuello. No quiero tener que ver con la locura soberbia. Porque no me pertenece. Pero sí la locura soberbia dentro de mí: Dios mío, Dios mío, en qué me han convertido los maestros, qué me han enseñado, en qué me han convertido, conciencia.

Aprender a valorar a su esposa, la mujer, al esposo, si uno sigue teniendo al otro aquí, si uno sabe que posee el amor que continúa detrás del ataúd. O de vuelta, o por medio de ella. Algún día estaremos uno frente al otro, ante Dios, ante Cristo; todo eso vendrá. Esa es la conciencia del año nuevo, y es eterna. Darse la manita: “Muchas felicidades, ¡feliz año nuevo!”. Señor, no deje que le tomen el pelo, ¿eh? Sí, ah, esto, esto...”, ah, sí, señor, no me vaya a matar esta noche. Me habían quebrado la mano. ¿Y por qué íbamos a hacer eso? Háganlo por dentro, vamos, así, realmente por dentro, igual que Mohamed, por dentro, señora. Vaya, vaya, muchas felicidades y próspero año nuevo. ¿Está bien así? Ahora está bien.

¿Tenía alguna cosa más, señor?

(Señor en la sala):

—No.

—Nos hemos desviado de lo hermoso.

Señoras y señoras, ¿tienen alguna cosa más? ¿Puedo contarles una cosa más?

Les diré una cosa más, con toda honestidad. El sábado por la noche, la última semana del año viejo: veinte florines, veinticinco florines, cuarenta

florines, cincuenta florines, cien florines, veinte florines, quince florines, dos cincuenta..., todo eso por debajo de la puerta, por 'Jeus II'. A esa gente, que viene todo el año, le quiero dar las gracias. Hay quienes vuelven una y otra vez. Avanzamos que da gusto. Este año espero avanzar tanto que más adelante pueda poner en sus manos 'Jeus III', y entonces mi tarea para los libros estará lista. 'La cosmología', no lo sé, no está en manos mías, es una posesión para la nueva humanidad. Pero sigo cargando con 'Jeus III', pero ese lo voy a acabar yo. Espero que este mismo año ya haya una milagro, pero la gente está ocupada. Señora y señores, si ustedes forman parte de eso... Las cosas se están yendo muy a la izquierda, y entonces eso aparece por 'Jeus III'. Noche de Fin de Año: pluf. Día de Año Nuevo: ssht. Así es como los oímos, a escondidas. Y entonces no vamos a mirar. Suben la escalera a escondidas, piensan: 'No oyen nada'. No. La gente dice: "Escucha". En la radio suena un poco de música. Digo: "Y entonces miramos a través de la pared, así, sin más, y del mismo modo vemos cómo se van... Si no lo quieren saber ellos, nosotros tampoco miramos. Digo: pero eso de "chsss, chsss", qué bien.

Merece la pena, ¿verdad, señora? Por lo visto saben que no me largaré con su dinero. Pero, bueno, es que tampoco lo haría. Si se diera cuenta de eso, señora, yo mismo ya me arrancaré primero el corazón.

Les agradezco mucho, saben, todos esos hermosos sentimientos. Le digo al maestro Zelanus: "Mire qué cosas". Quizá venga luego el millonario espiritual, señoras y señores, y haremos seis películas para la humanidad. 'Jeus de madre Crisje' ya está listo. Los manuscritos, los guiones, están listos. Ay, Dios mío, ¿será posible encontrar aquí a una "Crisje" que haga de Crisje?

(Una señora empieza a reír).

Y usted, señora, ¿de qué se ríe? ¿De alegría?

(No consigue parar de reír).

A ver, de verdad, que ya queremos saber por qué se tiene que reír tanto. Señor, usted está bastante cerca de ella, tiene que ver con ella, pregúnteselo, pero con cariño.

(Un señor en la sala dice algo).

Es justo lo que no consigue. Pero la intención es buena, porque produce un buen sonido. Pero, a ver, ¿por qué se está riendo usted?

(Señora en la sala):

—Me gustaría ser madre Crisje yo misma.

—¿Usted?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Pues le diré esto: usted tiene un aire de Crisje. Aquí le he observado alguna vez la cara, pero en esos ojos hay algo de... Solo que Crisje los tenía más grandes.

Pues entonces encontraremos a una de (la región de) Achterhoek. Y necesitamos a un “Jeus”.

Luego vendrá el millonario espiritual y dirá: “Vaya, Jozef, he recibido una señal de Nuestro Señor”. Dice: “Todos los Rockefeller del mundo tienen que venir aquí”. Bueno, si no ocurre, yo no lo estoy pidiendo... Si tiene que ser así, encantado. Eso es ahora mi único deseo: darle todavía a la humanidad ‘Jeus’.

¿Han visto la película en el West End?

(Gente en la sala):

—Sí, señor.

—¿La mayoría? ¿Estaba usted? Esta semana ponen una bonita película. Sí, Danny Kaye, tienen que verla...

(Risas).

... entonces se van a quedar desquiciados. Pero la semana pasada podrían haber oído, visto, ‘Mañana será tarde’.

(Señora en la sala):

—Ah, sí, qué bonita.

—Señora, una película maravillosa. Los daneses también van a sacar otra bonita película, sobre personas con tuberculosis. Pero lo que se vivía allí, en ‘Mañana será tarde’, eso está en ‘Jeus I’. Cuando empecé a buscar... Les he contado: “Mamá, ¿por qué está tan gorda?”. Entonces pensó: ‘Cielos, cielos, cielos, y ahora, ¿qué va a pasar?’. Y dijo: “Pues, Jeus, porque la comida me sabe a gloria”. Digo: “Sí, pero a mí también me encanta, y ¡estoy hecho un fideo!”. Y eso está en ese guion, señor, si no se ríe usted entonces ya no sabré qué hacer. Quizá eso llegue.

A la gente —no me he olvidado, no, no—, a ustedes les he dado las gracias, y será para ‘Jeus III’, si se me concede darles este año ‘Jeus III’, no sé. El papel se ha hecho veinticinco veces más caro. ¿Lo sabían? Y, señoras y señores, es imposible conseguirlo. Le dije al maestro Zelanus, le dije: “¿No hacen papel en el cielo? Descienda unos rollitos desde allí arriba, ¿eh?”.

¿Tenía usted más preguntas, señora?

(Señora en la sala):

—¿Qué es el magnetismo animal ?

—Señora, el magnetismo animal es lo que usted ve y siente ahora. ¿Lo ve? El magnetismo animal quiere decir: aura viva, conciencia animal. No significa que tenga usted la conciencia de un perro y un gato, sino el grado de concienciación y sentimiento que es más bajo, que empieza a partir de la jungla. El “magnetismo animal”: es un concepto de Mesmer, que fue magnetizador en Francia. El magnetismo animal no pretende significar otra cosa que fuerza humana viva, aura, irradiación. Ahora lo sabemos con seguridad, ¿verdad? Ahora seguimos sin saber nada. Pero es aura viva, y el magnetismo animal también es magnetismo, pero es plasma, irradiación espiritual. Es

vida, amor, sentimiento y dilatación. Es construcción, es fuerza, fuerza. Lo que ve usted en el espacio, aquello por lo que ha surgido todo, es el magnetismo animal en el ser humano, es el fluido vivo que irradia el ser humano. Seguimos sin saberlo ahora. Porque no sabemos lo que es el fluido, ¿verdad? Y ¿qué es la vida, pues? Y si vas agarrándote de esta manera sigues sin tenerlo. Pero puedes estar sentado encima. Estará usted sentada encima de su propia vida. Yo estoy al lado de ella, ahora. Sí, mire allí, señor, pero de eso en el fondo no estábamos hablando.

¿Quién por allí me preguntaba algo?

(Señora en la sala):

—¿Hemos dormido en la luna? No, quiero decir en Marte.

(Jozef deja caer un silencio).

—Bien. No, eso no es cualquier cosa, ¿eh? ¿Hemos dormido en Marte?

Bonita pregunta, señor.

(Alguien dice):

—Sí.

—Sí, ¿verdad que es una bonita pregunta? Quizá se haya ido un poco por las ramas, señor Bouma. Señor Bouma, si tiene que dormir aquí, ¿dónde más no tendrá que dormir?

(Señor Bouma):

—Por la razón de que solo la tierra —eso pensaba yo al menos— hace la noche, y por la noche hay que dormir, porque estamos vinculados a la noche por el sueño. Y resulta que pienso que Marte no hace la noche.

—Marte, otros planetas, ¿no hacen noche?

(Señor Bouma):

—No lo sé.

(Señor en la sala):

—Todos.

—¿No lo sabe usted?

(Señor Bouma):

—Pero de la tierra sí que lo sé.

¿No sabe usted que la luna necesita ese tiempo para dar la vuelta alrededor de (el eje de) la luna...?, tampoco la ve desde ese y el otro lado, ¿no? Esta también duerme en un lado, ¿no? Todo tiene conciencia nocturna, transformación. No es más que... a eso se le llama “transformación”. Pero, claro, así nos habremos ido por las ramas. En la naturaleza todo duerme. ¿Por qué? En realidad, ¿qué es el sueño, señor?

(Señor en la sala):

—Lo dijo hace poco, ¿no?

—Sí, lo he dicho cien veces. ¿Qué es el sueño?

(Diferentes personas en la sala):

—Hacerse con nuevas fuerzas. Desdoblarse corporalmente.

—Sí, eso también es.

(Señora en la sala):

—Inconsciencia.

—Sí, señora, eso también es, pero de eso no hablo.

(Señora en la sala):

—Enfriamiento.

—¿Cómo dijo?

(Gente en la sala):

—Dar a luz. Enfriamiento.

—¿Cómo?

(Señora en la sala):

—Enfriamiento.

—Enfriarse. Ahora estamos...

(Gente en la sala):

—Dar a luz.

—¿Dar a luz, dicen ustedes? ¿Qué es el sueño? Sí, señora, es paternidad y maternidad. El sueño no pretende ser otra cosa —y me van a dar ustedes la razón de inmediato— que volver a nacer. Miren, tienen el sueño nocturno ordinario, pero todavía forma parte de su organismo. Y luego se irán a dormir y entonces serán parte de su renacimiento. Pero cada sueño es parte del renacimiento universal que luego vivirán cuando los pongan en el ataúd y les pongan un hermoso lazo en el pelo, ya saben ¿verdad? Las señoras reciben un bonito lazito en el pelo, una florecilla. A los hombres se les permite que mantengan la boca abierta un ratito, pero a las señoras ya no, se las cerramos de inmediato. Porque, según se creía en los tiempos primitivos: hablan demasiado; pero eran los hombres quienes siempre llevaban la voz cantante.

Pero es evolución, señora, renacimiento. Cada vez que estén sesteando cinco minutos —qué divertido, ¿no?— estarán royendo un poco esa evolución eterna, para dar el salto, con o mediante su siestita. Bien dicho, ¿verdad, señora? Es como si fuera un buñuelo de Nochevieja. Pero es verdad, porque cuando se acaba ese buñuelo... —entonces eso también lo podrá convertir en ciencia, señor De Wit—, cuando se acaba ese buñuelo, también este se pone a soñar, y a dormir, y entonces verá usted la misma evolución que la que vive el ser humano. Pero cada siestita, cada media horita de sueño, es tomar una parte de los kilos de sentimiento que vive usted en toda su vida. Y en el último salto —quizá entonces ya no duerma— entrará usted en el sueño integral, y volverá a salir de él: o bien continuará usted conscientemente, y entonces se tratará a la vez del nacimiento espiritual, o bien recibirá una nueva existencia. El sueño lo reconducirá infaliblemente al cuerpo maternal. ¿No lo sabía?

(Señora en la sala):

—Sí, es alumbramiento.

—Sí, ¿lo ve? Y eso que usted no lleva tanto aquí, pero aquí hay un montón, no lo saben, y se han leído todos los libros, y también hay quienes han asistido a seiscientas, setecientas conferencias, y no lo sabían, mira qué bien. ¿Lo ve? La felicito, un siete.

Señoras y señores, ¿me van a ofrecer algo más?

¿Señor?

(Señor en la sala):

—Sí, señor Rulof, una noche mantuvimos un debate muy animado...

—Sí.

—... y trataba de la densificación de la luna. Dije, así fue: hemos densificado la luna...

—Sí.

—... Marte también, igual que la tierra. No estaba densificada cuando llegamos nosotros, sino que la hemos densificado nosotros...

—Sí, señor, y entonces ¿qué dijeron?

—... solo que

—¿Se lo ha contado a los demás?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Señor Bouma: entonces tiene usted razón.

(Señor Bouma):

—Mira por dónde.

(La gente se ríe con ganas).

—Sí, miren, señoras y señores, es lo que pasa cuando uno se mete en estos asuntos. Y yo antes me ponía igual de contento cuando el maestro Alcar me hacía una pregunta, y pienso: 'Oh'. "Vamos avanzando", dice.

Pero, señor, ahora le doy un nueve. Pero esa otra cosa, lo de la luna, que si dormimos allí, es excesivo; aunque en esto tiene usted razón. Pero, señor, ¿puede usted contarles también por qué tiene razón?

(Señor en la sala):

—Sí, pero no quieren creerme.

—¿No? ¿Qué ley vive usted entonces cuando dice: "Nosotros somos quienes hemos densificado la luna"? ¿Cómo la densificó?

(Señor en la sala):

—¿Que cómo la hemos densificado? Pues mire, esa luna se ha densificado por el nacimiento y la muerte.

—Los procesos de putrefacción.

(Señor en la sala):

—Sí. Y además...

—¿De dónde ha sacado usted eso? ¿De los libros?

(Gente en la sala):

—Sí.

—¿De ‘El origen del universo’?

(Señor en la sala):

—Sí, y de ‘Las máscaras y los seres humanos’.

—Sí, pero allí ni siquiera se formula tan nítidamente. Pero tiene usted razón, porque recibimos..., debido a que la luna... Eso lo tendremos luego en Diligencia. Miren, escuchen bien, y así se enterarán de la forma tan infalible en que el señor Bouma tiene razón. Pero la luna... Dios como Madre y Padre se dividió, ¿no? Entonces se liberó la paternidad como una entidad, al igual que la maternidad. La luna —eso se convirtió en la luna, ¿no?, se convirtió en el primer grado cósmico— empezó a densificarse por el sol y se mantuvo girando, de esta manera, debajo del sol, ¿no? Así. No hacía eso, sino que seguía girando, así. ¿Por qué? Eso será para más tarde; si la luna hubiera hecho esto, esa vida no habría llegado a la ebullición; se habría enfriado y se habría extinguido, así que esa evolución se habría trastornada. Por eso los eruditos dicen: “¿Por qué no podemos ver el otro lado de la luna?”. Si la tierra lo hubiera hecho más tarde, así, y si no hubiera girado, nos habríamos quemado, porque el sol, a su vez, era demasiado potente. Menudo engranaje este, ¿verdad? Pero más sencillo imposible, señor. Y son verdades cósmicas. Aún se desconocen en el mundo entero. Por eso, a veces grito; pero entonces la gente: “Sí, sí”. Y cuento esas cosas, quizá no las inventen sino hasta dentro de cien mil años, antes no, porque son los maestros quienes tienen que contarlas, y entonces dirán: “Dios mío, Dios mío, qué sencillo es”. Si la tierra no hubiera hecho su rotación, se habría enfriado la tierra; señor, es el nacimiento, el renacimiento. El renacimiento se produce por el sueño, por el enfriamiento. Y entonces absorbimos tanto de la luna, nos hicimos células, nos morimos, y eso siguió, millones de veces, millones y millones, hasta que nos convertimos en el estadio de pez, en peces. Fue cuando sobrevivimos a la luna. Y a la luna la teníamos... La luna nos dio alma, espíritu; y esa alma y ese espíritu lo transformamos en materia, y así es como dimos conciencia a la luna, como una personalidad. Y por eso tiene usted razón.

¿Tiene alguna cosa más?

(Señor en la sala):

—En ‘Las máscaras y los seres humanos’ leo, en la tercera parte...

—Sí, allí aparece algo, pero ‘El origen del universo’ le ofrece un amplio panorama.

(Señora en la sala):

—¿Me permite preguntarle algo un momento?

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Señor Bouma, ¿me permite preguntarle algo un momento?

—Sí, el señor Bouma se va a convertir en un catedrático. Bueno, un adepto.

(Señora en la sala):

—Bueno, por favor, escuche: cuando en la tierra empezó la primera vida embrionaria, la vida celular, ¿hasta qué punto la luna y el sol habían preparado la tierra?

(Jozef dice):

—Pues, sí, en qué grado. ¿No lo sabe? Claro, cuando cualquiera acaba de llegar aquí, dicen: “Hay que ver las ínfulas de estos tipos y estas señoras y señores”. ¿No lo sabe? Hacemos como si lo supiéramos todo, pero no lo sabemos. Aquí ha habido gente, la primera vez, que luego dijo: “Allí no vuelvo nunca más, porque allí están locos de soberbia: hablan de la luna, de su densificación y de la del sistema planetario, mientras que el astrónomo de por allí se deja el lomo con sus telescopios sin aclararse nada”. Pero nosotros lo sabemos, aquí, en Holanda, en la calle De Ruijterstraat, en La Haya. Y cuando oyes eso... No cuesta más que veinticinco céntimos, ¿eh? Y resulta que hay un tipo que está mal de la cabeza, de Güeldres, que te cuenta que ¡él lo sabe! Y entonces te entra miedo de verdad. Pero nosotros lo sabemos.

Pregunta usted, pues, imaginemos que... En el fondo tendríamos que consignar esas cosas y entonces no necesitarían más. Jozef Rulof dijo, por medio de los maestros, no es algo mío...; Jozef Rulof dijo, por medio de los maestros, lo siguiente: la tierra, como bola astral, se había densificado espiritualmente en la medida en que la luna poseía conciencia, la luna también. Así que el sol como luz, pero la luna por su vida: el estadio de pez. Y entonces la vida siguió, y todavía más y más... Pero la luna no tenía más. Y se unieron otros planetas, planetas de transición, llegó Marte, llegó Saturno, y Venus, y Júpiter. Ya no podían hacer nada más para la tierra, porque sus padres son el sol y la luna. Y la tierra recibió ampliación del sol y de la luna, padre y madre. ¿Acaso no se lo cree, señora?

(Señora en la sala):

—Sí, sí lo creo.

—Pero se lo demostraré. Se lo demostraré, de una vez por todas, físicamente.

(Técnico de sonido):

—Quedan dos minutos.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Quedan dos minutos.

—Dos minutos más.

En la jungla esos padres tienen un hijo negro, ¿verdad?, con esa sangre, con

esa conciencia. Pero aquí nosotros recibimos una conciencia y sentimientos blancos, tenemos a Cristo y lo demás. Este cuerpo, sin embargo, no es como el niño en la selva. Dicho de otro modo: ustedes tienen la conciencia humana de la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) y esa mujercita en la jungla tiene el instinto primitivo. Y eso la tierra lo recibió del sol y la luna, cuando la tierra empezó a evolucionar...; gracias a Marte y los demás planetas que sirvieron para la paternidad y maternidad universales, la tierra recibió esa conciencia como aura vital, señora, ese magnetismo animal. Y gracias a eso la bola astral lo absorbió —y tuvo exactamente el mismo desarrollo que el que asimilamos por los cuerpos, y fuimos absorbiendo en esa medida sentimiento para nuestra vida celular— y entonces la tierra se dividió como planeta y comenzó; y surgió por nosotros, por nosotros ha surgido. Porque si no hubiéramos tomado nada de la tierra, señor, no habría podido llegar la tierra a densificarse, ¿verdad? ¿No está claro eso? Pero esto es cosmología, ya la veremos más adelante.

Hermanas y hermanos, señoras y señores, hasta el domingo por la mañana en Diligentia.

Les doy las gracias por su amable atención.

Si hablo otra media hora, habrá desaparecido mi catarro.

Hasta pronto.

Noche del jueves 10 de enero de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Lo mejor será que empiece con la carta del señor Reitsma.

“Durante un periodo de enfermedad de varios meses se me concedió el placer de ahondar un poco más en los poderosos libros de los maestros. Quisiera hacerle algunas preguntas sobre los diferentes colores que irradiaba el aura humana”.

Ahora, si uno lo tiene, y claro que uno tiene para comer y beber, té en la cama, señor Reitsma, ¿dónde está usted?, a cualquiera le gustaría darse el placer de ahondar bien en ellos, ¿no es así?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Entonces imagino que habrá disfrutado.

(Jozef continúa leyendo):

“En la página 375 de ‘Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado’ leo que toda la vida de Dios irradia un fluido vital propio. Dado que la personalidad es diferente en cada persona, tampoco serán iguales, por tanto, dos auras, porque el aura representa la personalidad”.

Señor Reitsma: no hay ni una sola aura idéntica a otra. Todo lo que vive tiene un aura propia. Y aunque haya alcanzado usted una esfera, la primera, la segunda, la tercera: ni así serán iguales las auras. Hemos vivido todas las leyes por nuestro propio yo, y por nuestros propios sentimientos y pensamientos. Unos tienen arte y otros, en cambio, no. Y todos esos pensamientos crean aura, color, irradiación, luz. Y eso, claro, es, a su vez, por el reino de colores de Dios, y tiene sintonización con él, porque Dios ha dado a todo irradiación, alumbramiento, creación; sobre todo creación. Y por la creación, por el alumbramiento, surge la creación y el color. Ese color, por ejemplo, el color blanco de nuestra raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en *rulof.es*), es un colorcito hermoso, pero no por eso dice algo respecto a la conciencia del ser humano. Hay colores negros y colores oscuros. Y hay gente negra y gente oscura: están mucho más lejos, cien mil veces más lejos que nosotros; esos también los hay, desde luego. Hay negros ante quienes podemos inclinar la cabeza de lo fuertes y poderosos que son. Así que eso significa: el ser humano interior posee una irradiación, luz, por fuera y por dentro, pero la principal es sin duda la interior —a la que se refiere usted— y entonces llegamos a la irradiación del ser humano. Ahora estamos ante el fluido vital. Y resulta

que cada cosa, toda materia, cada almita, todo espíritu, cualquier vida, tiene irradiación conforme a su personalidad y sintonización de la cosa, el ser, el grado de vida. Así que lo que vemos es: un pez también tiene irradiación, al igual que un perro y un gato, entonces lo que hay es irradiación animal y preanimal; y después vuelve a haber esos grados animales. Porque a través de la vida más elevada —una paloma, un ruiseñor y otro pajarito— llegamos a los cocodrilos, a los rapaces. E irradia vida hacia nuestros sentimientos.

¿Algo más sobre este asunto?

(Silencio).

¿Nada más? Qué rápido.

(Señor en la sala):

—Sí, hay algo más.

—¿Cómo?

(Señor en la sala):

—Habrá algo más.

—Sí, ya lo sé, pero esto es algo que queda aparte. Queda aparte.

(Jozef continúa leyendo):

“En la página 382 el maestro Zelanus pregunta: ‘¿Por qué un aura es de un claro verde y la otra de un rojo como marrón, y de una nitidez destellante?’. Esto último quiere decir: de una nitidez verdosa o de una incidencia directa, por un color o por lo que sea. ‘Y ¿por qué otros irradian un color amarillo estridente, o un negro profundo, lo cual apunta a la sintonización?’. Me gustaría saber lo que significa cada color del espectro en el aura”.

Señor Reitsma, para analizar un solo color ya podría ponerme a escribir quinientos mil libros. Entonces hay que retroceder: ¿dónde surgió ese color y cuándo adquirió conciencia y entidad? ¿Cuándo fue consciente ese color? ¿Cuándo nació? Para eso hay que volver a la luna para constatar algunas características. La propiedad fundamental como luz y color en el ser humano, para el ser humano: existe. En el ser humano vive el fluido divino, como irradiación. Y eso es el núcleo divino en nosotros para todo; que tiene maternidad, paternidad, luz, vida, espíritu, amor, luz. ¿Qué hemos materializado nosotros de eso, como sentimiento? Pero el núcleo divino como luz y como aura vive en el ser humano. Y también sobre eso es posible ofrecer cien conferencias.

El maestro Zelanus dijo hace poco en (la sala) Diligencia: “¿Cuándo damos algo de luz, un poco de color a su carácter? ¿Cuándo lo dan ustedes?”. El negro profundo, las tinieblas, son la inconsciencia. Pero el núcleo divino... Quizá miren ustedes de forma tremendamente baja y humillante y terrible a un demonio o un satanás; desde luego que para este mundo un satanás es el horror, pero eso, a su vez, no significa nada para el espacio, porque ese satanás también lo habrá luego, y ese demonio cambiará. Ahora, en este instante,

se ha disuelto su personalidad entera. Así que imagínense ahora ante lo que llegamos a encontrarnos. Su personalidad entera se ha disuelto en una esfera demoniaca, en tinieblas; verde, un verde estridente, sucio, asqueroso, guarro. Esa aura, esa..., cuando uno entra en ella es como si a uno lo gasearan, como si lo gasearan espiritualmente. Pero en ese demonio también reside la esencia divina. Y hay un maestro que dice: “Sí, son personas horribles quienes hacen esto y aquello y que han preparado esto y lo otro”. Pero ni un solo ser humano... eso también lo saben. Ni ellos pudieron eludirlo, y oscurecieron su aura divina.

Hemos hecho tantas cosas por las que se ha oscurecido nuestro verdadero fluido divino. Les robo por un importe de quince florines —extiende la mano por un instante y ya tengo algo—, y así ya habré oscurecido algo de mi carácter, por ese robo. El ser humano, tan común en la sociedad, que hace cien cosas, que roba, cárcel, todas esas cosas, y que también comete un asesinato... Cuando empiecen a conocer las leyes del otro lado y del cosmos, naturalmente se verán ante una situación y dirán: “Ahora se acabó”. Y eso es lo que haremos entonces.

Pero todos nos hemos partido nuestro asidero interior, nuestro cuello espiritual, y este sigue partido, está colgando así, de esta forma. Aunque tengamos la cabeza recta encima de los hombros, por dentro colgamos y ahogamos todo lo que podamos para conseguir algo.

Pero ¿hasta dónde hemos llegado ahora? Retrocedan un poco a las eras prehistóricas, vuelvan un poco por medio de otras vidas y atrévanse a vivirlas y a verlas. Pero, queridos seres humanos míos, entonces sucumbirán en el instante en que vean esa aura, y ese carácter y esa personalidad. Entonces uno dice: “Santo cielo, santo cielo, de allí no saldré nunca”. Y, sin embargo, después de un poco de... trepar a gatas, seguimos y al final conseguimos salir. Un buen día tendremos la fuerza para ello y diremos: “Ahora se ha acabado”. Y empieza a crecer, a florecer, despierta y empieza a tener ese sentimiento —entienden, ¿verdad?—, empieza a tener otro colorcito. Por eso habla... Frederik y René..., ellos hablan de colorcitos. Un carácter empieza a tener un hermoso colorcito. Todo lo del ser humano empieza a tener un bonito colorcito si sintoniza con Cristo. Siempre a Cristo, a Cristo, a Cristo, a Cristo. Y entonces la gente todavía dice: “Estamos mal de la cabeza y somos medio locos”. Y nosotros siempre volvemos con: Cristo... Los maestros siempre vuelven a hablar del maestro más elevado: Cristo, Cristo, Cristo.

Es que no son capaces de soportar ese sentimiento de “maestro”. Por ejemplo, un maestro de escuela. Entonces a ese hombre lo tendrían que haber llamado “hombre de escuela”. Lo dice el maestro Zelanus —también se lo contó, en Diligentia — en Ámsterdam dijo una vez...: “¿Por qué se llaman ustedes maestros a sí mismos?”, alguien lo dice, lo pregunta. Dice: “Sí”. Dice:

“¿Por qué llama usted a su maestro de escuela ‘maestro’? ¿Por qué no lo llama ‘hombre de escuela’ o ‘señor de escuela?’”. Dice: “A usted le molesta que yo diga: ‘Tengo cien millones de adeptos’”. Dice: “Puede hablar usted diez millones de años sobre cien millones de personas; son mis adeptos, los adeptos míos. Y el maestro Alcar tiene aún más, a mí también me tiene. Y en mi esfera viven cien millones, diez millones, veinte millones —da igual—, pero todos son adeptos de ese maestro”.

Y ustedes, a su vez, también los tienen. Cuando vayan a descender en esa sociedad y empiecen a ver su propio color, empezarán a tener una imagen del ser humano que todavía es inconsciente y que no hace esto. Y si entonces quieren aceptar ustedes, tal como han aparecido los maestros —también Cristo— por medio de Cristo, sentirán, ¿verdad?, que entonces van por camino seguro y que amplían su interior, su personalidad, y podrán decir, en verdad: “Tengo adeptos”. Si fueran uno tras otro a la jungla, ya podrían enseñar... en Nueva Guinea..., a los africanos, a la mitad de este mundo. ¿Cuántas personas tendrían en ese caso? ¿No lo aceptan? Pues más sencillo, imposible. Cuando hayan terminado de leer esos veinte libros, podrán recorrer el mundo entero y enseñar al ser humano. Cuando sean capaces de explicar verdaderamente todas esas leyes... Pero lo que leen por allí ya basta y sobra; así ya tendrán en sus manos todas las posesiones de la tierra, hasta el momento. Y entonces se juntarán catedráticos y teólogos, también los tendrán a sus pies. Y eso es lo que les permitirá determinar, si su vida interior tiene esa sintonización, su color y su conciencia. Y ahora tienen..., todos los rasgos de carácter tienen un fluido propio. Pero no puedo, así como así, ...

¿Qué es, pues, la verdad? ¿Cuándo se es verdadero? ¿Cuándo son ustedes amor? Ese amor tiene un color en el otro lado. ¿Cuál?

(Señora en la sala):

—Naranja.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Naranja.

—¿Naranja? El naranja está más muerto que muerto.

(Señora en la sala):

—No, quiero decir: dorado, el color dorado.

—El oro tampoco vale nada. Hablamos de “una luz dorada”. Si viera usted esa luz así en el cosmos, tal como la da el sol, esta está muerta en vida, muerta en vida. Lo que ve usted allí, esa lámpara de allí, también es luz, luz dorada, ¿no? Pero está muerta en vida, ¿entiende?, no es más que una sola lucecita, un poco de luz con un poco de sombra, eso no es un color, ¿no? A eso lo llaman oro, pero no lo es, no...

(Señora en la sala):

—Lila.

—El lila también está muerto. Cada color —de los que ustedes conoce aquí— está más muerto que muerto.

(Señora en la sala):

—Blanco.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Blanco.

—El blanco es aún peor, señora. ¿El blanco? Cuando los espiritualistas empiezan a decir: “Ah, allí llega ella en una túnica nívea”, señora, entonces esta la hará congelarse. Cuando vuelva a ver usted a su hija, y es nívea, lo mejor es que se vaya usted corriendo a la estufa, porque entonces empezará a hacer frío.

Señora, cuando llegue al otro lado: allí no anda ni una sola túnica blanca. Una túnica blanca destellante tiene todos los colores del universo. Pero en ese blanco vive algo, ¿entiende?, y entonces se ven los colores. Cada tejido vive, porque allí es aura viva. No es una pieza de ropa de franela que se compra por un florín y cuarenta céntimos la vara. Una túnica espiritual es aura viva. Entiende, ¿verdad? Ahora el señor Reitsma me tiene que preguntar: “Pero ¿qué es un colorcito en el otro lado?”. La túnica se construye a sí misma. Allí se llega ante Dios sin ropa alguna, pero se lleva algo. Si abandona usted un momento la primera esfera, esas túnicas ya empiezan a ponerse grises, y entonces aquí están colgando... digamos —se lo juro, señora— los jirones, y las condecoraciones, así, pienso: ‘Bueno, esto empieza a parecerse a un traperó’. Y entonces verá usted allí miles y millones de esos traperos y traperas, porque cada rasgo de carácter los lleva a ese estado traperó.

Por eso hablamos hace poco de los ricitos de las señoras y de la raya en los pantalones de los señores, pero desapareció. Cuando el carácter no habla ni tiene posesiones, entonces ustedes se pueden... Para eso no hay rizadores de hierro —¿cómo se llaman esos cacharros—, allí no se pueden hacer la permanente. Ni tampoco son capaces de darles a ustedes un ricito, porque es el alma la que riza al espíritu, es la personalidad la que riza y embellece la vida. Cuando lleguen al otro lado y quieren de verdad... O hay alguien que se manifieste aquí ante ustedes, un espiritualista, entonces deberían hacer esa pregunta. Pero si yo lo digo ahora... Miren, a mí se me van de inmediato. Yo también estuve una vez en un sitio y entonces dijo ella: “Sí, pero mi padre ya está listo y así...”.

Digo: “Bien, señora, es posible”.

“¿Y quiere usted asistir alguna vez a una sesión?”.

Digo: “Sí, señora, ya lo haré”. Digo: “Pero les diré exactamente lo que vea”. Y entonces miré, y el maestro Alcar dice: “Con solo verle el pelo ya lo sabes

de una vez”. Y entonces vi a ese hombre. Era como si le hubieran pegado una vieja peluca encima de la cabeza. Dice: “Bonita conciencia esa, ¿no le parece, André?”. Digo: “Sí, lo sé”.

Ah, y entonces apareció ese padre y fue maravilloso, tan maravilloso, pero todo salía de ellos. Si de todas formas se ponen ustedes a pensar de manera hermosa, podrán decir cositas hermosas, ¿no? Y ¿vienen estas cosas del otro lado? Y allí siempre era esto: “Y Dios es amor y Padre, y Dios no condena”, eso lo saben todos, y entonces aparecen historietas bien bien hermosas. Pero ese padre estaba allí con una peluca sobre la cabeza.

Digo: “Señora”, digo: “es una lástima, pero”, digo, “su padre sigue andando con una peluca sobre la cabeza”.

Y entonces dijo ella: “¿Y eso? ¿Qué significa eso?”.

Digo: “Cosas más bien feas”.

Esa señora, esa espiritista que aparecía allí, me volvió a maldecir porque, claro, allí había estado otra vez ese Jozef Rulof. Pero cuatro semanas después esa señora volvió a visitarme y me dice: “Bueno, es que usted sí tenía razón, porque él, en el fondo, no era más que...”, lo diré con las mismas palabras, “... en el fondo no era más que un capullo”.

Digo: “Pues, eso no es cualquier cosa, ¿no?”, digo: “Porque algo de luz sí tiene”.

Dice: “En el fondo seguía siendo un capu... voy a decir las cosas como son, pero, claro, te dejas arrastrar y entonces se ve a esa gente con muy buenos ojos. Pienso: ‘Mi padre falleció hace apenas unos diez años, quizá haya alcanzado algo’”. Y entonces el ser humano cree al ser humano, por ese deseo tan fuerte que tenemos de que las cosas sean hermosas.

Pero esos colorines, señor Reitsma, vuelvo al asunto, no los había. Porque tiene... Y entonces apareció la historia. Digo: “Sí, señora”, digo, “la peluca”, digo, “su pelo... Puedo verlo por su aura y por su vida. Y de verdad que no es necesario que diga cosas hermosas desde allí. Eso se puede ver cuando uno ve. Pero él verdaderamente tenía una sintonización que linda justamente con el país del odio”.

Entonces dijo: “Sí, de eso también era capaz. Porque no me aguantaba”.

Digo: “Pero ¿cómo es posible que ese hombre viva en la primera esfera?”.

Digo: “¿Como puede alcanzar eso en diez años?”. Digo: “Sí, siempre es eso”.

¿Qué pinta un espiritualista, un espiritualista que celebra sesiones y que la visita a usted en casa y que deja hecha trizas a toda la familia? Eso no le apetece a nadie, señor. Esa verdad usted no la acepta, porque dirá: ¡Fuera de aquí! Porque aunque sea cierto, ni así querrá usted que se diga la verdad. Y así la gente empezó a decir: “A ver, compruebe esto y lo otro”. En unas ocasiones se me concedióirme, y entonces no veía nada, no había nada.

Los ricitos, señor Reitsma, no los había. Porque tampoco había una túnica

espiritual, dado que llevaba una chaqueta vieja y zapatos así de largos. Y entonces dicen: “¿Ese es un payaso?”. Señor, los pies de usted son así de grandes —ya lo he comentado alguna vez—, sus manos, eso ya no son manos, son garras. Sus ojos están tan abiertos y su boca es horriblemente fea si piensa usted en cotilleos y tonterías y si quiere vivir en ellas. Alguien que con una palabra... —las leyes divinas van así de lejos—, si usted por una palabra..., si yo..., esto es peligroso si aporto lo equivocado. Si usted afecta y deforma al ser humano y a la ley divina para el ser humano por una palabra, entonces en ese instante no solo se deforma a usted mismo, sino su mundo entero. Así que imagínese, y ni siquiera hace falta que lo haga, sino que pensando, sintiendo y cotilleando, charlando, hablando, destruyendo, deformando se deforma usted a sí mismo.

Y eso allí es tan infalible, tan real, que nosotros —gracias a Dios— no podemos eludirlo, porque algún día tendremos que empezar por fin con la armonía, a pensar en armonía con las leyes de Dios. Y entonces empezaremos a tener colorines, irradiación. Y ahora una túnica humana es tan tremendamente profunda que podrá ir usted por el cosmos entero, porque también está el primer estadio de la luna en estado embrionario. Así que en esa túnica puede encontrar el espacio entero. Tinieblas y luz, y ese puñado de colorines que hemos inventado ahora, como el azul, verde, amarillo y negro y blanco, pues, eso no es nada comparado con los millones tipos de color como grados que surgieron por la evolución divina. Si quiere usted analizar el reino de los colores de Dios, si el maestro Zelanus se quiere poner a hacerlo, entonces Nuestro Señor tendrá que darle mil años, y ni así lo conseguirá de tantos libros que son. Y entonces llegará de forma natural a: por medio de los colores divinos al cosmos, al sol, a la luna, a las estrellas. La conciencia de color; los sentimientos dan color al carácter, así ya llegamos a la personalidad, y entonces estaremos ante Sócrates, Platón, Aristóteles; y así llegamos a ver la forma como entidad; y a eso se le llama hombre y mujer. Pero eso es un grado vital en este y aquel sentimiento, con esta y aquella sintonización.

¿Algo más?

Cuando la madre llegue luego al otro lado sin haberse puesto en armonía con esas leyes, ya no habrá ricitos en el cabello, desaparecerán.

Ojalá pudieran ver ustedes al maestro Zelanus y al maestro Alcar. Su túnica natural, su cabeza, su cabello. Se hacen jóvenes, pero esos cabellos, qué belleza con la que se han formado esos cabellos de un ser astral. Y entonces uno consigue que tenga bucles y una buena caída, y que tenga espacio, que hierva, que crezca, que tenga paternidad y maternidad; lo vuelven a ver todo. En cada cosa del espacio vuelven a ver todo, en ese estado, en esa mano, en ese pie, en esas piernas, en esa cara, en ese rostro, en esos ojos, en esa boca. ¿No es así? Debe de ser así, ¿no?

La pasada semana viví una cosa maravillosa, para mí mismo. Justo cuando aquello..., claro, usted lo comenta, pero... Durante toda la semana me vi andar a mí mismo, saliendo de las esferas. Vi unos tiempos en que había hecho la transición. Y entonces llegaron unos cinco, seis, siete de nosotros, llegaron aquí, ocho. Yo ya había ido a recoger a unos cuantos y después llegaron otros más. Y entonces dijeron: “Entro esos diecisiete, entre esos dieciocho, diecinueve también está André, búsqwenlo, adelante”. No pudieron encontrarme. Pensé: ‘Sí que es gracioso esto’. Digo: “Durante toda la semana ando duplicado aquí en casa”. Digo: “Bueno, mejor váyanse”. Sí, entonces ves la ley tú mismo. Ojalá pudieras verte a ti mismo. Y aquel que vino había leído los libros, también está ahora aquí. Hubo algunos de aquí. “Bien, pero ¿quién es André?”. Eran todos chicos de veinticinco, veintiséis, veintisiete años. Digo: “Bueno”. Y mirando y mirando... El maestro Alcar también estaba allí. Allí estaba el maestro Zelanus. Había aún más maestros, había algunos más. Digo: “Sí, allí está André”. “Dios mío, ¿dónde está?”. Divertido, sí. Pienso: ‘Así quiero que sea. Así espero tenerlo’. Pienso: ‘Luego no me reconocerán a la primera’. Y entonces estaré delante de sus narices y diré: “Cómo te pareció allí? ¿Cómo te pareció en la calle De Ruijterstraat?”. Digo: “Así lo sabrán de una vez”. “¿Cómo te pareció en Diligentia?”. Y entonces vi mis ricitos de antaño. Ahora son grisees y después volverán a ser... Volví a ver mi propia peluca de antes; adquirió otro colorcito. Pienso: ‘Pues, tengo que conseguir que salga esa ondulación, allí, para mí mismo’. Vi hermosos colorines, ricitos. Pienso: ‘Allí hay que poner otra ondulación, un toque más, y entonces: listo’. Y en eso estoy trabajando, señor Reitsma: en conseguir ese ricitito. Pero ¡lo que cuesta! Uf.

Pero vale la pena verlo y vivirlo si conoce usted esa esfera. Entonces tendrán la irradiación, los sentimientos, la personalidad, como color, luz, sentimiento, paternidad, maternidad, y llegarán a ver todo lo que hayan aprendido.

Y si han pensado sobre eso en su estado de enfermedad, entonces es un estado hermoso y es posible meditar. ¿No es así?

Acuérdense... Y entonces, cuando hayan leído ‘Las máscaras y los seres humanos’, antes de que lleven puestas las sandalias. Allí estamos ahora, señor De Wit: con unas sandalias, con una túnica que ya no... (es), digamos, una camiseta blanca corriente y moliente, sino una túnica, señor, sin cuentos, ya tiene una forma, un corte, ya está un poco entallado, por aquí.

Pero, ay, ay, cuando uno ve allí esos engendros. Uno va directamente desde la primera esfera a la tierra crepuscular y ya se los encuentra allí. Todavía son capaces de imaginarse terrenalmente y aún son terrenales y todavía se cubren de medallas de oro, y todavía llaman a James, para que traiga el té: “¿Dónde está el mayordomo?”. Y viven dentro la tierra, sin saberlo.

Pero ahora vamos a seguir. Pues, señor, entonces verá cómo cambia el ros-

tro, cómo cambia el ser humano, los labios, los brazos son garras y ya ni siquiera hay brazos, han terminado por unirse; ha desaparecido el ser humano. Hasta que estamos tirados como una medusa en la playa. ¿No lo sabía usted? ¿No es honesto? Cuanto más profundos vayamos ahora, más podredumbre habrá en nuestra aura. Solo que no oscurecerá, señor, pero apesta en nuestra aura. Un ser humano con la conciencia normal ya no soporta estar en esa esfera. Todo se convierte en un lío animal. Entonces ni siquiera es posible enviar a un tigre, un león, un cocodrilo; no han hecho tanto mal como nosotros, los seres humanos. Pero qué sencillo es. Y entonces deberían mirar lo que ha quedado del aura y el ser humano; todo, pero completamente disuelto en las tonterías de nada que hacemos, en esos robos, esa destrucción, esa cosa destructiva que aún vive en nosotros.

Que el ser humano es inconsciente, tonto; es lo que dicen los seres humanos... Aquí oigo a gente que dice: “Ay, ay, ay, ay, lo boba que es la gente”. Esa gente también vivió hace dos años en esa inconsciencia. Ahora empiezan a sentir. Lo imagino y puedo aceptarlo tranquilamente, pienso: ‘Esa gente por lo visto ha aprendido algo’. Porque eso ya lo sabía en 1930, ya lo sabía cuando tenía ocho años, que la gente es tonta... No es tonta, no hay ni un solo ser humano en el mundo que sea tonto. Entonces dicen: “Ese hombre lo destruye todo”. No hay ni un solo psicópata en el mundo, ni un solo loco, ni un ser humano tonto; solo hay evolución en todo. ¿En qué grado vive usted? No hay personas duras; la gente no sabe lo que dice. Es algo que puede afectarles a ustedes. Esa paliza es horrible si se la dan. Y cada día los arrastran por la cocina, o por donde sea. Y aquí pegan y dan patadas. Es horrible. Pero nosotros también lo fuimos hace unos instantes, hace cinco minutos.

¿Quién se vuelve a ahorcar, una vez que ha vivido esa putrefacción? ¿Quién volvería a hacerlo? Pues el ser humano que a estas alturas se quita de en medio no lo sabe. ¿Ustedes serían capaces de hacerlo después de haber leído ‘El ciclo del alma’? A eso me refiero. Así que sucumbimos ante centenares de miles de cosas y asuntos y a ese sentimiento lo despojamos de su irradiación divina como color. Qué bonito, ¿verdad?

Claro, ya podría estar hablando de esto seis noches, pero no se trata de eso. (Jozef continúa leyendo):

También leo en la poderosa obra ‘Entre la vida y la muerte’, en la página cincuenta y siete, que Venry recibió, como sacerdote-alumno de Isis, una túnica amarilla, con una capucha azul y un cinturón rojo. “Encima del corazón llevaba una señal del Loto”.

Miren, eran los sensibles, los dotados de la naturaleza. Aunque Dectar llevara una señal del Loto, el color y la sustancia de su túnica era muy diferente. Teníamos el color marrón, amarillo, y después teníamos algo más atrás, en la espalda, y luego había una cosa más sobre el hombro. Allí el maestro Zelanus

ya ni siquiera se mete, ni el maestro Alcar, con estas y aquellas propiedades que tenía un sacerdote, ese discípulo. Las señales del arte en sentimiento, de la curación, estaban todas encima. Eran esas... como en Inglaterra las ligas, habrán oído de ellas, nosotros también las llevábamos, debajo de la falda, en la parte inferior de las piernas. Eran los dones invisibles visibles que nos habían dado, con la curación y todo. Pero el color principal era este y aquel grado, y entonces eran de un color azul, amarillo, también había un amarillo tirando a blanco —este color era hermoso—, el rojo púrpura, y todos esos otros colores los tenían para su grado.

Aquí también los tenemos en la iglesia católica, ¿no? Y diversas sectas, ¿no? Cuanto más ascendamos, más cambiará a cada instante tu uniforme. Es posible verlo en cualquier institución. Si uno es general, tiene una posición mucho más elevada que la de un soldado común, ¿cierto o no? Entonces hay esto y lo otro, y eso y aquello. Claro, y si uno asciende aún más, señor, le cubrirán por delante y por detrás con esas... cómo se llaman, tan grandes como este platito, una chapa de latón, o con oro, y encima brilla, en el pecho. Tantas como las de Hermann Göring, ese tuvo que encargarse una coraza, en la guerra, se caía para adelante de todo el peso. Tenía unas quinientas colgando en el pecho; y entonces se le caía la cabeza para adelante, de las condecoraciones. En el otro lado... Ay, cuánto tiempo pasará hasta que ese pobre de Hermann, el pobre de... ¿Pobre? No, tampoco es eso. Pues no haberse metido con esas cosas grandes. Hermann Göring no volverá hasta dentro de cinco mil años, diez mil, veinte mil, entonces el mundo será un paraíso, entonces volverá Hermann. Y entonces podrá empezar a despojarse de sus condecoraciones. Primero, fuera con esas condecoraciones. Porque su carácter ahí sigue. No hay que querer poseer primero justamente aquello por lo que el ser humano lo hace tan grande a uno. ¿Cierto o no?

En el descanso alguien dijo: “Pues, sí, hay que ver el espectáculo en que el mundo ha convertido a ese capitán; el mundo entero lo sabe. Otro ser humano se parte el lomo durante mil años y nadie lo ve, porque el ser humano aún no lo sabe. Después, cuando asesinaron a Galileo —¿y a cuántos no asesinaron?—, cunado por fin supieron quiénes eran, claro, entonces se pusieron a llorar.

Para las cosas espirituales no se crean que a uno le dan una condecoración. Si me dieran una cosa de esas a mí, la tiraría por la ventana, sin más. Si estiras la mano para agarrarlo, ya estás perdido. Si enganchas una cosa de esas en el abrigo para deslumbrar a los demás, estás equivocado. Pero ¿quién lo sabe? Quién lo hace? ¿Quién tiene la fuerza de decir: “No, no quiero esas cosas desgraciadas”? “Sí, pero, señor, también recibirá diez mil florines”. “Me da igual, pero no quiero saber nada de esas cosas miserables”. Abunda la gente que no quiere esas medallas de pacotilla. Y ¿tengo razón o no? Miren, violenten

cualquier cosa terrenal y sigan así, vean después si detrás hay algún colorcito espiritual. Entonces ni se les ocurra tocarlo y digan: “No”. Si no contiene un fundamento para el otro lado, siempre deben decir: “No”. Nos lo enseñó Cristo, ¿cierto? Son cosas peligrosas, qué se le va a hacer.

Miren, en el Antiguo Egipto también pasaba eso, y allí lo que hubo —y eso es así para cualquier secta— fue ascenso, despertar. Y a medida que uno se ha despertado y se ha convertido en un maestro para esto y lo otro, cambiará su aspecto exterior. Y eso pasaba allí en todos los templos.

Y luego tenemos aquí la pregunta: “¿Podría desvelarnos el significado más profundo de la sustancia de colores de las túnicas sacerdotales en el Antiguo Egipto?”.

Otra cosa de esas. ¿De qué le iba a servir ahora? Igual que si ahora —por eso ya recorro a una comparación— fuera usted soldado y ascendiera un poquito y de pronto se convirtiera usted en almirante o general, ¿ya se da cuenta? Eso pasaba allí también, con unos perifollos un poco diferentes, otro colorcito y nada más. ¿Lo ve? Allí seguían teniendo trenzas. ¿Lo sabían? Y cuando le ponían un lazito en el cabello, señor Reitsma, entonces uno era algo. Encima eso. Unos pendientes, así, por encima de los hombros. Y si uno retrocede aún más en el tiempo, a China, donde también se vivieron las leyes metafísicas, entonces uno recibe unos lacitos hasta el suelo, con esto y aquello. Y todas esas cosas determinaban quién era uno. ¿Qué va a poder aprender usted de eso?

Fíjense, por ejemplo, en la iglesia católica, entonces uno primero ve a un negrito, alguien que es muy negro, con un alzacuellos blanco. Es un capellán o un cura, ¿no? Si uno asciende un poco más, la cosa ya empieza a cambiar. Y si llega arriba del todo, el hombre se baña en oro y tiene una cruz a diestro y siniestro y encima de la espalda y en la frente y hay cruces por todas partes. Entonces también eres almirante, general, y santo, ¿no? ¿Ya lo sabe ahora? Pero eso ya lo sabía desde hacía tiempo, señor, eso lo sabe usted también.

Pregunta número tres: “¿Cómo se vestían los sumos sacerdotes?”.

Con cuatro estrellas, pero ahora las tenían en el cuello, en la nuca, en la parte trasera de la levita. Llevaban la señal. Y aunque habláramos horas y horas sobre eso, no les serviría de nada, no aprenderían nada. Es como si dijeran: “¿Cómo eran las ferias en la era prehistórica? Y: ¿cómo iniciaban las mañanas dominicales en el Antiguo Egipto? ¿Cómo rezaban?”. ¿Sí?

(Señor en la sala):

—Evidentemente, no es eso lo que quiero decir.

—No, pero podría preguntarlo. Me es mucho más útil si dijera: “¿Rezaban allí esos sacerdotes?”. Lee usted sobre la meditación. Y a mí ¿qué me importa? Yo ni siquiera pregunté al maestro Alcar: “¿Qué aspecto tenían esos sumos sacerdotes?”. Los he visto. Pero eso no nos interesa. Porque todo eso es camu-

flaje terrenal, material, como de templo. Como seguimos viendo en el caso de diversas sectas.

(Señor en la sala):

—Yo pensaba que esos colores de las túnicas..., que determinaban (Jozef se pone a hablar a la vez)... eran clarividentes.

—Bien, eso digo, pero ¿qué más da cuando uno asciende en la iglesia católica y de una vez se hace cardenal? Hay que ver las cosas tan hermosas que lleva ese hombre, ¿no? Una hermosa túnica, aparecen los colorines cuando lleva puesto su grado más elevado o su traje. ¿Cómo se llama un atuendo de esos?

(Señor en la sala):

—Traje ceremonial.

—Un traje ceremonial. Y lleva todo de encaje, ¿verdad? Encajes. Si miro todo ese encaje, pues, sí, ya empiezo a sentir un cosquilleo por todo el cuerpo. Una vez le pregunté al párroco —claro, ya me echó otra vez, me dio otra paliza—, digo: que si no podía renunciar a algún pedazo, porque a mamá le hacía falta un trapito de esos para cubrir la mesa, seguro que no le importaría. Pues, que se presentara Hendrik el Largo. Y entonces dijo: “Hendrik, a ese tuyo algo le pasa. Que me pregunta que si no se puede llevarse un trozo de mi vestimenta para la mesa”. Pues, no, Crisje no tenía un trocito de encaje, y ella sí que no paraba en todo el día, y él hasta lo arrastraba por el suelo, algo le sobraría, ¿no? Pero entonces, a esa santidad la había arrinconada, ¿entienden? ¿Quieren ser santos por un trocito de encaje, por un trocito de púrpura, un trocito rojo, blanco y azul, y amarillo y verde?

En Egipto también se ataviaban, ¿con qué? Vayan alguna vez a un museo y miren cuántos perifollos. Todos esos gallitos de allí significaban algo, señor. Si no la tenía, esa rayita, entonces esa mujer o ese hombre ni siquiera era de nobleza. ¿Entienden? Pero también se fue añadiendo conciencia interior. De modo que allí el ser humano se fue vistiendo conforme a su conciencia, y eso todavía lo seguimos haciendo. Ahora, en esta sociedad, todas las sectas... Como para presentarse con eso ante un sufí, o los teósofos: estos ya apenas se atreven a exhibirse de esa manera. Pues pónganse a mirar esas túnicas de seda, los rangos y los grados que tiene la teosofía. ¿No lo sabían? Brrr... Y el sufí... Mire, señor, ahora tenemos otra vez... No me hace ninguna gracia. Y ¿por qué no? Porque no son más que perifollos exteriores. Aquí estamos desnudos en un traje de confección, y tan panchos. ¿Por qué esos perifollos tan molestos? ¿Por qué ese aliño exterior para representar algo? Porque detrás del ataúd tampoco tenemos nada, ¿no? Eso desde luego ya es el primer error que hay.

Si me aceptaran de verdad, esa gente, les garantizo que el maestro Alcar diría de inmediato: “¡Fuera esas cosas! Fuera esas decoraciones del abrigo. Aquí ustedes no son nada. Ahora vamos a empezar”. Y esa es la realidad de la

primera esfera y del espacio, ¿no? ¿Por qué tenemos que hacer esas cosas? Sí, el Antiguo Egipto también ha renunciado a ello y ahora lo ven: ¿qué quedó de toda esa soberbia? Nada, señor. “Mejor seguir siendo normal, normal y corriente”, dice alguien, “así ya estamos locos de sobra”. Sí, y ese hombre tiene razón. Color y vestimenta, eso es lo pe... cuando leo eso... He visto las esferas, ¿entienden?, he visto allí lo raquítrico que es aquello de “aquí lo somos todo”.

Aquí estoy frente a gente que tiene esto y lo otro, y no dice más que una sola palabra, y yo sé a dónde irán luego, porque ni siquiera se han despojado de esa palabra. Digo: “Aquí puedes seguir haciendo aspavientos y aquí puedes hacer todavía lo que quieras, ¿verdad? Al ataúd, no pasa nada, llega la nueva evolución, estás desnudo ante tu propio interior y ya no pintas nada”. Y entonces me río, por dentro, esos aspavientos ya se irán. Mejor hagan como si fueran normales porque les sobra locura.

¿No es así, señora?

Sí, pero el ser humano piensa que lo exterior... ¿No es así? Es lo exterior, nada más. El Antiguo Egipto también tenía mucho por fuera y no quedó nada porque sucumbieron. Si el ser humano que buscaba el bien... Nosotros, nosotros hemos traído un libro de allí. Ya es bastante sorprendente que uno pueda volver a ver su vida de allí y volver a vivir en ella y decir: “Sí, pero lo que era entonces era genial, aunque esto es mucho mejor”. Porque eso ya no lo vamos a tratar.

No deseamos sandalias si no las tenemos, ¿verdad? Y esa es la posesión de esa primera esfera. Y entonces se... ese color inmaculado como aura se libera de su personalidad e irradia porque no imponemos una voluntad a nuestro carácter. Nos dejamos dilatar libremente. ¿Lo comprenden? Ustedes mismos hacen que se dilaten. No llevan camuflajes, no llevan máscaras, son integrales, para la sociedad y todo el mundo son naturales como la vida misma, están desnudos allí. Ya no me hace falta esconderme para la gente; allí están mis tarjetas de visita, allá, veinte de ellas, casi. ¿Necesitan aún más cosas? Cuando luego reciban ‘Jeus III’, me habré desnudado por completo ante el mundo. ¿Aún más? No hay más. No tengo nada más. Estoy allí desnudo del todo. Ahora repartan leña, a hachazo limpio, me da igual. Pero cuando den hachazos sabré exactamente a dónde irán con sus golpes y sus palabrerías y sus charlatanerías; ya nos volveremos a hablar. Y justificarán cada palabra. Yo ya no me dedico a... ni a la locura soberbia ni las majaderías. Ahí no entro. Sé exactamente adonde me lleva esa palabrería.

Sí. Miren, vivir no tiene truco, señor, señora, lo que tiene truco es no pensar nada equivocado. Y eso es lo que nos ha enseñado Cristo; es lo que nos enseñan los libros. No hace falta que se pongan a jugar a ser cosmología ni a ser un maestro. Con que en esta vida sean justos, de forma natural, normal y corriente, y cordiales y cariñosos —y da igual lo que sean—, irán infalible-

mente hacia su propio camino, y este los conducirá en línea recta a aquella esfera con su aura vital fina, radiante, llena de amor. ¿No les parece? Es lo que nos enseñan esos libros. E incluso así tenemos locura de sobra. Entonces ya no será necesario que hagamos aspavientos, porque cada ser humano, por loco que esté, por sencillo que sea, intuirá de inmediato si lo que dicen es verdad o palabrería. Y si es verdad, señor, podrá sentirlo hasta con los pies. Y entonces siempre es duro. ¿Por qué? Porque no querrán lo blando ni lo cariñoso. ¿No es así? Sí, podrán volver a decir siempre “sí”, decir “sí” y “así es”. Yo también lo tuve que hacer: “Sí, maestro. Si, maestro. Sí, maestro”. Y al final eso me asfixió, digo. “Si, sí, sí, sí”. Y entonces volvía con miles de “sies” dentro de mí. Pienso: ‘Bueno, ¿y qué sigues buscando aquí?’. No se crea, señor, entonces el “¡no!” viene inmediatamente detrás y con grandes signos de exclamación, así. Ya no habrá signos de interrogación. ¿No es sencillo? ¿Tan profunda es esta doctrina? ¿Tan difícil?

(Jozef ladra como un perro; hay risas).

Ahora ya no se hundirá nunca más. No era Fanny, señor De Wit, era yo mismo. Ah, ha venido usted aquí para aprender... para aprender algo, no lo sé. Pero creo: bueno, qué calorcito tan bueno aquí. Y no es usted el único, ¿eh? A mí no me molesta, porque siempre estoy hablando, pero de lo contrario yo también me hundiría aquí. Ya me gustaría alguna noche estar también en la luna aquí.

Pero vamos a seguir. Si vuelve a ocurrir, ladraré, ¿le parece bien?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Bien. No, esta noche estaba en racha, pienso: ‘Estoy hablando de cosas tan..., de cosas de una hermosura tan poderosa’, y entonces, este... —no se crean que no los tenía absortos— y entonces vi al señor De Wit, dando cabezadas tan ricamente, pienso: ‘Esas cosas tan maravillosas de las que estamos hablando ahora no las está oyendo, no las está sintiendo’. Pienso: ‘O sea, que no soy capaz de mantenerlo despierto con sabiduría’, y de golpe me vino: “¡Guau!”. Ya no lo he visto dormir más. Pienso: ‘Un perro, Fanny es capaz de más cosas que yo y los maestros’. Ya no se volvió a dormir. Y entonces dijeron: “Fue Fanny”. No, señora, fue una historia muy distinta, porque pienso: ‘Ahora sí que quiero verlo un poco’. Jovial y alegre... pero aquí hace un rico calorcito, ¿entienden?

Pero nos comprendemos, ¿verdad que sí, señor De Wit? A otros ni siquiera les parecerá bien que me ponga a ladrar y dirán: “Y ese, ¿qué clase de loco es ese?”.

Miren, ya estamos, señor Reitsma, eso ya no se lo concedía a usted..., en el Antiguo Egipto no se le concedió hacer eso. Yo no le parecía bueno al señor párroco, porque también allí me puse a ladrar. No soy suficientemente serio,

dicen. Pero en mi interior hay un cosquilleo de diversión y felicidad y de eso siempre regalo algo. Pero en el púlpito no está permitido ladrar.

(Risas).

Y Nuestro Señor me dijo, y el maestro Alcar me dijo: “¿De qué hablabas?”. Digo: “Vaya”. Fue cuando me dijo: “Entonces está bien, ladra una vez más, adelante”. Ni siquiera les importa porque también de eso se ríen.

Una vez hice un viaje con el maestro Alcar y resulta que había alguien..., alguien que estaba hablando a las vidas, porque en las esferas se puede ver y conocer a todo tipo de personas que, como aquí en la calle Maliebaan..., antes..., en pequeños clubes...; y entonces yo también me junté, y dice el maestro Alcar: “Sintonice con esa gente y analice si está bien”. Y de una vez me encontré allí, y digo: “¡Guau!”. ¡Y no vean cómo se asustó ese hombre! Dijo: “¿Dónde está ese león?”. Digo: “¿Lo ven? Ni siquiera sabe si es un perro o un león”.

(Risas).

Digo: “Ese hombre, es un inconsciente”. Y entonces lo... Digo: “Esperen un poco, todavía no estoy aquí. Todavía vivo allí de donde vienen ustedes”. Digo: “Señor, pero, señora...”, pero era gente, gente que allí también busca todavía, aún no son alcanzables. Y de pronto está allí el párroco, está oficiando la misa. Y el pastor protestante sí que sabe: “Y sí...”. Y todavía está cantando y gimiendo por dentro. Y entonces llega desde el espacio: “Oye, aquí mejor no gimas tanto, porque no te sirve de nada. En la tierra no saben hacer otra cosa, pero aquí ya no hace falta gemir. Aquí es mejor que seas normal y corriente, entonces es como si fueras auténtico”. Pero allí seguía gimiendo. Y los maestros y los demás que son conscientes están a su lado y entonces miran; no se les puede alcanzar. Digo: “Al maestro Alcar lo alcanzo de inmediato”. Entonces dice: “Cómo no, tú sí eres capaz, ¿no?”. Digo: “Haré un truco y lo tengo a ese hombre. Le asustaré”. Digo: “Escuche: ¡guau, guau!”. Pues, sí, así concluyó. Entonces dijo: “André, un diez de los maestros”.

(Muchas risas).

Y ese hombre se desbocó, pensaba que había leones. Digo: “Señores y señores, ahora tienen que irse con esos, hermanas y hermanos, con esa gente de allí, y estos les explicarán las leyes”. Y entonces logramos liberar a esas personas de la condena, por los ladridos de un perro.

Claro, no se lo creen, ¿verdad?

(Risas).

¿Lo ven? Resulta que quiero contar algo divertido y entonces... ¿Qué? ¿O es que creen que siempre tenía que acompañar al maestro Alcar con cara de pasmo? Durante los viajes también nos reíamos. Por ejemplo, insultábamos la tierra, hacíamos esto y lo otro. Si me sobraba un poco de tiempo, el maestro Alcar decía: “Acuérdese: le daré cinco minutos más, André”. Pero entonces

es lo solía decir a Jeus. Digo: “Ah, claro”. Y entonces tenía que acudir Jozef, y después venía André, que dice: “Vamos, calla la boca, porque tienen que empezar”. Como si... Ahora pensamos para Dios, para el espacio. Entonces aparecía muchas veces la cosmología. Digo: “¿Puedo decir algo más?”. Bien, pues entonces tengo algo más.

Pero cuando aparece la seriedad, y lo inconsciente... Y entonces entras a las esferas, por los viajes a través de las esferas, ay, santo cielo, y ves miles de esos grupitos que están allí..., que están allí sin que los puedas convencer. Ni siquiera saben que están muertos, ni siquiera es posible quitarles esa idea. Ves un pequeño altar de esos, que ha edificado. A saber de dónde saca las tablas, pero allí están. Una bonita tela por encima, y entonces está..., está..., y se pone a rezar y a rezar, y después... El señor cura todavía no se puede liberar de su iglesia. Digo: “Pues ya va siendo hora de que me presente allí, porque al menos así tendré algo que hacer; no hago más que ir a ladrar en todas partes”.

Pero, claro, esto no hay quien se lo crea. Y el ser humano que no haya presenciado esto jamás dice: “Oye, pues encima esa gente sigue escuchando a ese loco, que ladra en las esferas”.

Pero, señoras y señores, allí el ser humano no se está atrincherando como lo hacemos nosotros, allí todo es abierto y consciente, allí ven, allí saben. Y es tremendamente difícil conseguir apartarle a ese hombre de su condena, es imposible cambiarlo, así como así. Y lo primero que..., despiertan, preguntan: “A sí, el Se... Ah, ¿no está la enfermera?”. Entonces primero hay que conseguir que se crean que están muertos. Estaban enfermos, algo sí que atraviesan. Están enfermos, se quedan dormidos, se despiertan y siguen pensando que están en el hospital o que están en casa. Se les sirve. “Bien, pues un buen café”. “¿Dónde está mamá?”. “¿Mamá?”. “¿Dónde está mami?”. Todo en su propio idioma, por su propio idioma, por su pensamiento. “Y ¿dónde está papá?”.

“¿Papá? Ah, soy yo”.

“No, no, no, no es usted. ¿O es que me han llevado a un hospital?”.

“No, está usted muerto. Estaba muerto allí. No está muerto, pero ahora lo está. Atravesó esa muerte y está vivo”. Una y otra vez. El maestro Alcar dice: “Desde que el primer ser humano llegó al otro lado estamos con eso: ‘Murió usted en la tierra’”. Dice: “¿Y no somos naturales?”. Ahora tenemos que atravesar lo que no es natural del ser humano. Y entonces añadimos perros y gatos, dice, construimos madrigueras de ratones para hacer que el ser humano despierte espiritualmente, porque ni siquiera es posible. Nos inventamos de todo con el fin de provocar esa sacudida de conciencia, para que se den cuenta: “He muerto en la tierra”. Así de auténticos somos allí.

Si ustedes se van durmiendo... ¿Cuánta gente no se queda dormida? Hacen la transición en cuestión de segundos, se despiertan, en (la calle) Spui hay

mucha gente todavía que ha hecho la transición por un accidente. Está allí, hay que llevársela a rastras. “No”, dice, “estoy como una rosa. Tengo que ir a mi jefe”. Y entonces primero tienen que..., ese jefe se lo tienen que quitar. Tienen que acompañar a ese hombre porque ese hombre no quiere perder su trabajo y porque está sintonizado al cien por cien con esa tarea. Por ejemplo, tiene que hacer un recado para su maestro. Y él lo tiene. El ministro tiene que ir a París o Estados Unidos, y si ese avión tuviera que estrellarse y tuvieran que morir ministros, o uno de ellos, entonces a ese señor..., si no conoce estas leyes..., esos sentimientos no conseguirán sacarlos de ese avión, porque: tiene que ir a París. Y entonces estará muy bien que usted sea ministro o rey o emperador, señora, pero ahora habrá atravesado usted el “ataúd” y estará ante el mundo astral y este dirá: “Usted ha muerto, señor”.

Ja, ja, ja, tengo que irme a París. Soy de Naciones Unidas. Tengo que hablar con el ministro de Bruselas, de Francia, de Estados Unidos”.

Y entonces tiene que empezar el maestro y decir: “Aquí no existen ministros de Estados Unidos ni de Francia ni de Alemania. Ha muerto usted en la tierra, señor”.

Y entonces ese señor ordena rápidamente, así como así, que a ver si no pueden venir en un santiamén cuarenta y cinco soldados para detenerlo a uno.

Dice: “Sí, pero aquí...”.

“Grite lo que quiera, pero aquí no van a venir soldados. En realidad ahora te has liberado de ellos. Y entonces: “No, señor, grite lo que quiera, vamos, ordene: ¡Fuego! Aquí nadie dispara. Al menos si está usted en mi mundo. Está usted en mi mundo, puedo ayudarlo. Pero ahora nadie dispara”.

Yo participé. Durante noches y noches estuve con el maestro Alcar para volver a despertar al ser humano, liberándolo de su ataúd. Señor, el maestro Alcar dice: “Mira, puedes volver en veinte años, en doscientos, trescientos años y resulta que siguen dentro de él”. Imposible sacarlos de allí. Porque no es posible hacerles llegar a ese mundo luminoso.

Porque ustedes están aquí y lo tienen. Por eso ya tienen ustedes felicidad, su color ya lo es, lo es su irradiación, lo es su túnica. Pero cuando no tienes eso, señor, entonces uno ya entiende que..., no puedo llevar a la primera esfera través del ataúd a un protestante ni a un reformado ni a un católico al cien por cien, ¿no? Este no tarda en arrojar al suelo para empezar a confesarse y ya no lo puedo alcanzar. Digo: “Bien, mira, será mejor que vuelvas en cinco años”, entonces esa gente ya no tiene pecados.

Y con solo ver algo negro, señor De Wit, con una rayita clara por delante y un solideo encima de la cabeza ya quieren ponerse a confesar. ¿Entiende? Entonces vuelven a ver al señor cura. Debería usted empezar a hablar de eso y ya vería lo que queda de eso. Entonces le contaré exactamente, señor, cómo irán

avanzando ustedes en el otro lado, uno por uno, y a dónde llegarán a parar. Es usted quien empieza sobre esto, pero yo ya me contendré. Puedo contarles, uno por uno, así, sin más, dónde los veré más adelante, caso por caso.

“Pfft”. No es más que..., era un sonidito, venía de alguna parte, es “chsss”, sopla viento y no lo sentimos, pero hay algo...

(Hay un silencio sepulcral en la sala).

Bueno, mejor no me pongo a ladrar ahora, porque de lo contrario se asustarán.

Ah, señor, el otro lado, el Antiguo Egipto... El otro lado es tan sorprendentemente auténtico. Debería ir usted a preguntar más adelante, debería preguntarme luego a mí —pero no se atreverá—: “¿A dónde iré a parar?”. Adelante, atrévase. Vamos, atrévase. Vamos, atrévase. Solo quiere aprenderlo todo, todo, pero pregúnteme ahora: “Señor Rulof, ¿a dónde iré a parar ahora?”.

(Señor en la sala):

—¿Al parvulario?

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—¿Al parvulario?

—Sí, ojalá lo hubiera, porque ni siquiera hay uno. Sí.

Pregunta número cuatro: “¿Cómo son las sacerdotisas en el Antiguo Egipto? ¿Cómo iban vestidas?”.

Eran hermosas joyas de sentimiento. Cuando conozcan a la madre en el otro lado, en la primera esfera, hombres, a la madre, a la verdadera..., en el otro lado, en la primera esfera, la madre ha alcanzado su amor natural. ¿No es así?

(Jozef pregunta a algunas personas en la sala):

¿Qué están cuchicheando allí al fondo? ¿Qué estaban diciendo allí? ¿Qué tienen que decir?

Si ven a esa madre en su túnica, en sus colorines, en sus ojos, y ven a una chica de veintisiete, veintiocho años, y ven esos ojos, tan profundos —y todas las artes y ciencias están en esos ojos— y le da la mano, y esta es benevolente y verdadera... Ay, señor, el hombre, el creador... Ay, señor...

(Señor en la sala):

—Entonces uno se derrite.

—Ay, señor, entonces uno se derrite.

(Alguien dice algo).

¿Cómo? ¿Cómo dice? ¿Y de qué sirve eso? ¿De qué sirve derretirse cuando uno se encuentra con esa vida inmaculada, elevada, allí, y junto a ella al hombre consciente, como creador... Y entonces ha de saber que la segunda esfera, la tercera, la cuarta, la quinta, la sexta, la séptima, usted la... He visto los

ángeles, a las maestras, a la mujer y el hombre de la séptima esfera. He visto a la Omnimadre como ser humano de la tierra, que ha vivido en la tierra, también al hombre; al margen de Cristo. Sí.

Cuando ese hombre andaba en el mar —estaba luchando con un barco de esos, ¿verdad?—, pienso: ‘Sí, tú haces algo por ti mismo’. Lo que queda solo es fuerza de voluntad. Eso es todo. Ese hombre tiene fuerza de voluntad. El resto no es más que sensacionalismo. Para dar algo, para dar de una vez esa fuerza de voluntad —eso me imaginaba— a un ser humano, aunque sea para la propia conciencia, para darle la felicidad y la bendición y el espacio... Mire, señor, debería usted entregarse en cuerpo y alma a eso, entonces ya verá lo hermoso que será. Y es eso lo que yo siempre estoy construyendo en cada ser humano, porque sé cómo será luego su túnica, cómo será luego allí como madre. Aquí uno se hace viejo, pero no por dentro, eso sigue viviendo. Digo: “Sí, hombre, eso es hermoso”.

Una velocista, qué maravilla. Fanny (Fanny Blankers-Koen, campeona olímpica, con cuatro medallas de oro en Londres, 1948) es capaz de correr todo lo rápido que ella quiera, digo: “Fanny, ¿darás esos caracteres, esos rasgos, a tu marido y tus hijos, y a Nuestro Señor y al espacio? ¿También recibirá todo eso? ¿Así, así, así y así?”. Hágase algún día un gran artista, hágase esto y lo otro. Todo eso, ¿recibirá el garbo, la gracia, la cortesía de la madre que se llama naturaleza? “Sí, estamos en ello”. Entonces debería enterarse, señor, de que no existe la condena, que no existe el Juicio Final y que existe un solo Dios que gobierna a la humanidad. No, nosotros mismos somos dioses, pero no hace falta que nos lo imaginemos. Lo somos. Y ahora una divinidad apuñala a la otra: ¡zas! Sí, ¿cuándo desaparecerá eso? ¿Cuándo darán un poco de color a su personalidad?

Cuando reciban la primera esfera, de la que siempre habla el maestro Zelanus, y eso lo pueden leer en ‘Una mirada en el más allá’, ay, queridos míos, cuando empiecen a leer eso y quieran comprender... Créanselo, de verdad: si hay esto, que no está en armonía con la ley de la naturaleza, que es felicidad, armonía, amor, comprender, portar, y centenares de preguntas más —todas fundamentadas para su personalidad respecto a la ley divina de la paternidad y maternidad—, entonces uno no está allí. ¿No es honesto eso? Y eso es algo que está en nuestras propias manos. Es cuando el ser humano dice: “Es que es tan difícil”. No, nada de nada, no es difícil, es más sencillo que nada, pero el ser humano aún no es capaz de ello, no hace nada por ello. Cuando uno sabe que se va a la cárcel por esto, aquello y lo otro, ¿por qué lo hace entonces? Entonces, ¿por qué roba? ¿Por qué pega a un ser humano? ¿Es que no es así? Aún no somos capaces de ello, esa es la cuestión: tenemos que asimilar esas cosas. Y eso no es moco de pavo. Pero es sencillo.

Aquí, pregunta número cinco: “El emblema encima de la cabeza del faraón,

¿tenía que ver con su aura?”

Eso también era una crucecita terrenal. ¿Lo ve?

(Al técnico de sonido): ¿Me queda un poco de tiempo, señor Van Straaten?

(El técnico de sonido):—Cuatro.

—”En la parte 3 de ‘El origen del universo’, página 195, dice que el aura de los artistas irradia arte. ¿Qué colores?”

Aquello que deposite en su color. Si me muestra usted el color y usted pinta, conoceré todo su interior, en cuanto a arte. Pero no por eso es usted una mala persona. Pero sí que es un poco extraño que el artista... Si el artista quiere aprender conmigo —y yo fui un maestro en el arte y una vez tuve que enseñarle a un pintor que estaba casado, dije...: “Mejor que primero haga venir a su esposa”. “¿Por qué? Soy yo el pintor, ¿no?”. Digo: “No, necesito a su mujer”. Y entonces pregunté a esa mujer: “¿Es muy cariñoso con usted?”. “Bueno, tiene esto y lo otro...”. “Sea honesta, porque lo estoy ayudando”. “Sí, eso...”. Digo: “Entonces primero tendré que sacar eso a golpes, entonces al menos podrá hacer el color rojo o azul”.

¿Cómo pueden comprometerse si no hay amor en ustedes? ¿Cómo quieren hacer ustedes —pintor, escritor, violinista, pianista, artista— azul, si el azul no vive espiritualmente en ustedes? ¿Qué quieren? ¿No han leído ‘Dones espirituales’? Allí lo dice. Pero eso es en el otro lado, ¿entienden? Y se manifiesta aquí. Cuelgan ustedes en la pared sus tarjetas de visita en lo que se refiere a sentimientos.

Otro está amartillando el piano, y dice uno: “Oye, tú mejor déjalo”. Y quiere ponerse a gritar, y quiere hacer esto y quiere hacer lo otro —¿no lo oyen?—, el sentimiento de ustedes... Esos medios les hacen falta. Pero cuando los medios están y no hay sentimientos, el mundo dice: “Tú mejor vete con todo ese griterío”. Esos cuadros no dicen nada. Y el libro de usted es vacío, carece de sentimiento. ¿Qué bibro —vaya, cómo me salió—, qué libro significa algo para el ser humano? Aquel en el que viva el sentimiento del espíritu, siempre que contenga bondad y amor, de lo contrario no nos dirá nada. De lo contrario no leeremos el libro. Ni lo leerá nadie más. ¿No es así? Y da igual que escriba sobre pasiones diabólicas; solo cuando habla lo más elevado reacciona el ser humano. ¿Respecto a qué? De la armonía, de la justicia, de Nuestro Señor, señor.

¿No es así?

Gracias. Así al menos conseguimos entrar.

“Se trata de los colorines”, diría René. Sí, señor, de los colorines, de la figura, de la conciencia de los colores, y es eso lo que recibe carácter.

(Jozef sigue leyendo):

“Aunque los maestros rechazan cualquier gratitud, sí que puedo estar muy agradecido”, por dentro, dice Frederik, ¿no es así?, “por todas las cosas que

nos trajeron”.

Señor Reitsma, doy gracias por ello, pero se las envió al maestro Zelanus y al maestro Alcar, porque son ellos quienes se lo han dado; yo no soy más que un chapuzas.

El té está servido, señoras y señores.

DESCANSO

Aquí tengo una carta muy gruesa y larga. ¿De quién es?

(Una señora en la sala):

—Mía.

—Señora, cuando vuelva a escribir: más corta, se tarda demasiado; es una gran...

“¿Puede explicarme lo siguiente? Hace apenas un año estaba visitando con una amiga mía una conocida íntima suya. Después del té, mi amiga se puso a tocar el piano. La otra señora cantó. Yo estaba sentada al lado del piano, en una pequeña silla, escuchando. De pronto, como en un fogonazo, mi amiga se transformó. Adquirió el rostro de una mujer muy joven. Me veía sentada a mí misma en un sillón muy a la antigua, profundo. Era una niña de unos diez años, repanchingada en el sillón. Escuchaba cómo tocaba la joven mujer, con mucha concentración. Me sonrió brevemente. Esto me atravesó como una sacudida. Un instante indivisible, después todo volvió a la normalidad.

Poco tiempo después estaba trabajando en la cocina, un sábado por la noche. Me entró la sensación de que alguien me decía: “Mira en el espejo”. No hice caso y seguí trabajando. Se repitió por segunda vez. Me quedé sorprendida cuando miré. La cara en el espejo no solo era la mía, sino también la de mi amiga. No sería capaz de decir si ella era yo, o yo ella. También esto no fue más que un fogonazo. Pensé: ‘¿Tanto me estoy dejando llevar, o qué es esto?’.

Pero hace un par de meses tuve un sueño que me volvió a unir al pasado y con ella. Me encontraba en un gran salón, de hace años, no había muebles, pero el alfombrado y la tapicería eran de un estilo muy anticuado. De pronto se me hundió el suelo bajo los pies. Oigo que alguien dice: ‘No tengas miedo, estás soñando’. Me quedé tranquila hasta que el suelo se detuvo. Me encontraba ante la entrada de un largo pasillo. Estaba de espaldas a él. Entonces empezó a deslizarse bajo mis pies el suelo del pasillo. Había habitaciones a ambos lados. Podía mirar dentro de todas ellas. Todas eran del mismo estilo que la primera. Después de haber pasado por delante de muchas de ellas el suelo se detuvo a pocos centímetros de la entrada de otra habitación. Era menos anticuada y en la pared había una hilera de preciosos cuadros. Solo había flores en ellos. Los marcos eran modernos. Entré en la habitación. Sentí una mano sobre el hombro. Me giré y frente a mí tenía el rostro de mi

amiga. No le pregunté más que: ‘¿Tú?’. Asintió con la cabeza y dijo: ‘Sí. Fui yo quien te llevó por todas estas habitaciones. Vamos, seguiremos juntas’. Llegamos al exterior y nos vimos en un gran terreno en obras. Había hombres trabajando por todas partes. Había montones de madera, hierro, carbón y turba. Los hombres daban golpes, martillaban y serraban con tanto ruido que no podíamos entendernos. Fuimos a buscar un rincón apartado, pero no lo conseguimos. Entonces decidimos ir cada una en una dirección para buscarlo. Mi amiga se fue por detrás de un gran montón de madera. Me quedé mirándola y entonces me desperté bruscamente.

Me quedé echada, pensando sobre todo esto. Aunque mi amiga y yo tenemos cada una tareas vitales muy distintas, coincidimos en muchas cosas. Tenemos las mismas aficiones y ambas disfrutamos de los mismos libros. Nos han preguntado más de una vez si somos hermanas”.

¿Y qué es lo que quiere que le diga yo?

(Señora en la sala):

—Sí, algo sobre aquello que se me manifestó, y sobre el sueño. El significado que tiene.

—Vaya, no logro entrar en eso. Durante la lectura siempre entro, pero aquí no. Porque, mire, a ver, esto, claro, es un batiburrillo. Aquí primero atravesamos una casa. Mira usted en el espejo, la ve, es posible. Es posible tener que ver con personas y de pronto se ve una imagen, uno mira en el espejo, puede que se nos haya dicho, podemos haber sido influidos, es posible recibirlo. Mire, porque un sueño es..., un sueño tiene de inmediato un fundamento espiritual, ¿verdad? Pero aquí —¿me entiende?—, aquí apenas nos encontramos con un fundamento espiritual. Claro, es posible que usted vea una casa con una serie de habitaciones, y que sea vieja, amueblada, eso nos retrotrae a doscientos años atrás. Pero la turba y madera, y gente que ya está usando martillos, ese martillo, por ejemplo, ya es de estos tiempos, y esa turba también. El pasado viene ahora al presente. Y allí había gente trabajando. ¿Tenemos que decir..., tengo que decir..., el ser humano en la sociedad tiene que aceptar que por estar usando martillos y formones, y todas esas cosas, que uno por eso..., espiritualmente..., que dando golpes, martillando, serrando, que así conseguimos conciencia espiritual? Entonces ¿tenemos que decir, tengo que extraer de esto, por ejemplo, que esa gente está trabajando en ella misma porque está dando golpes con el martillo? Eso no es un fundamento espiritual, ¿entiende? Y ese fundamento está allí, directamente.

Ahora tienen ustedes: “Y entonces fui a mirar y se disolvió ella detrás de una pila de madera”. Esa pila de madera también pertenece a este tiempo. Es decir: esos impactos y ese martilleo bien pueden ser de hace unos siglos, entonces teníamos martillos y es cuando empezamos a montar con martillos esto, lo otro y aquello, eso ya lo hacían los romanos, por así decirlo. Pero

la turba y otras cosas no las conocían todavía en esos tiempos. Y esa casa anticuada, esas cosas anticuadas, eso solo podemos encontrarlo en tiempos, digamos, anticuados, de hace ochenta, noventa, digamos ciento cincuenta años. Pero entonces llegamos a unos tiempos muy diferentes, y entonces ya no se trata de cosas anticuadas, entonces tiene otro nombre. ¿No es así? El Renacimiento, lo que se les ocurra. ¿De qué siglo se trata? Esto me conecta ahora con... Por ejemplo, es posible, cuando uno quiere analizar un sueño, entonces la palabra dice si es un fundamento espiritual. Y eso, ¿usted lo había pensado? Que uno diga: entro en una casa anticuada. Y entonces pensará usted: eso ya es reencarnación, por lo visto..., por lo visto me ha enviado a través de muchas vidas. Esa amiga de usted podría ser su madre, podría ser su hija. Y ahora hemos atravesado todas esas habitaciones —digamos que una habitación es una vida—, las hemos atravesado y entonces llegamos a otra habitación más, y estaba allí... Entonces buscábamos un sitio tranquilo. Entonces usted ya estaba fuera... (inaudible). Llega usted a una habitación, esta era menos anticuada, y en la pared había una hilera de preciosos cuadros. ¿Así que eso lo siento usted de forma pura en estos tiempos? Todos representaban flores. Los marcos eran modernos, así que también los podría haber comprado usted el año pasado. “Entré en la habitación, sentí una mano sobre el hombro, me giré y frente a mí tenía el rostro de mi amiga”.

No. Aquí no tengo ningún asidero. ¿Usted, sí, señora? Para mí aquí no hay ningún asidero espiritual. Esto, materialmente, es muy de andar por casa, algo de lo que el ser humano alguna vez puede soñar, y entonces tenemos que ver con papá, con madres; ahora usted lo tiene con su amiga. Pero yo no tengo ningún contacto espiritual. Y por muy poco que haya, yo ya se lo extraigo, pero aquí no logro un asidero. Así que lo reflejo honestamente, ¿entiende?

Y si bien es verdad que ha escrito usted un montón, poco se mantiene en pie, dirá usted. Pero con su amiga y con otra gente —para eso no hace falta solo tener una amiga, también su marido lo puede tener— también pueden tener exactamente las mismas aficiones. También puede haber cosas, sentimientos, que otros, en cambio, no tengan, y así es como surge la diferencia en el carácter. Porque tampoco significa siempre, si usted también... Hay gente: “Sí, pero los dos sentimos exactamente lo mismo”. Bien, pero eso no significa nada. Si encuentra usted allí algo hermoso, dice: “Me gusta leer”. Y a otras personas también les gusta leer. Eso ya es un rasgo de carácter muy grande, porque entonces uno puede intercambiar ideas. Pero eso no significa que adopten exactamente lo mismo de esos libros y vivan algo. Le hago leer algo, lo leen cien personas y todas son diferentes, pero solo hay un núcleo en ese libro, en ese capítulo, y aun así todos lo convierten en algo diferente. Y entonces, aunque lean, no hay comprensión ni sentimiento ni análisis. ¿Y qué queda entonces de ese “me gusta leer”? Si uno analiza ese “me gusta leer”,

no significa, señora, señor, que también tengan el análisis y el sentimiento para ello, que lo porten, la conciencia. Aunque le guste algo a usted, eso ya es para el ser humano..., por ejemplo: las personas que participan juntas en ello pueden erigir una vida poderosamente hermosa. Y eso dos católicos también lo saben hacer. Pero yo no me cambio con un católico ni con un protestante ni con un budista ni un sufí, debido a que mi estado, lo que yo reciba y viva tenga espacio y claridad. Yo continúo debido a que hay otro maestro que me ayuda y dice: así, así, así. Así que mi rostro, mi sentimiento en el arte, en un sueño, en algo para la sociedad, los alimentos y todo lo que haya, eso lo convierto en profundidad porque la adquiero. Y ese católico y ese protestante puede que sean muy felices, pero en su propio mundo. El mío tiene una profundidad mil veces mayor, es más amplio, también tiene más felicidad. Mi amor se hace más amplio, más grande, más hermoso, si lo hago. Ya estamos otra vez.

Pero en esto no tengo ningún fundamento espiritual. Es decir: todo eso que usted ha vivido allí, esa casa... contiene un cierto empuje y eso significa: llegamos, vivimos en un espacio, y este espacio tiene habitaciones. Y es esa esfera en particular... Puedo hacer algo con eso, pero, claro, no es eso, porque es usted quien tiene que haberlo soñado y no yo. Esa habitación ha cambiado, una tras otra... Si hubiera depositado usted otra cosa en esto. Me estaba imaginando esto, creo: 'Ah, eso ya vendrá también'.

Porque también hubo una vez una señora que vino a verme, me dice: siempre sueño esto y aquello y lo otro y tatatatá, y entonces esas habitaciones tenían cada vez algo diferente". Y dice: "Qué raro, y ahora la última...", y entonces dice: "Y entonces aparecí y oí decir: 'Aquí está la habitación, pero tienes que buscar la puerta, todavía no está'".

Digo: "Señora, eso es una verdad como un puño". ¿No tienen que buscar ustedes todos la puerta del más allá? Y es que la había.

Entonces dijo: "Y yo que no logro entrar. Y cuando pienso que la puerta está allí, es que lo está".

Digo: "Señora, recorrerá usted el universo completo, la sociedad entera, recorrerá usted el diccionario entero para encontrar esa puerta". Digo: "Porque le falta la llave. Ojalá la tuviera ahora". Digo: "Puedo ponerla a su lado, así, sin más. Entonces vuelve a abrirse la puerta".

Fue cuando dijo: "¿Entonces qué?"

Digo: "Eso usted no lo sabe, y esto no lo sabe y aquello no lo sabe; y lo podrá saber si lee estos y aquellos libros".

Y se puso a leerlos: a la mañana siguiente la llave estaba en su mesita, por decirlo de alguna manera; entonces abrió la puerta y dijo: "Sí, ahora lo sé". Y entonces hubo una puerta allí.

Curioso que construyamos una casa, un templo, pero también la entrada.

Y aunque pongamos una columna..., empecemos a..., y le demos una manita de color, con un puñado de cuadros en la pared, pero conseguir que se abra esa puerta, señor, esa entrada realmente normal de algo..., tiene que haber una entrada, ¿no?, pero no suele haberla. Pero aquí está todo abierto y todo es viejo. No nos den conciencia, esas habitaciones pequeñas no difieren de color, no tienen aura. Eso no lo han visto. Sigue estando en la tierra. Sigue siendo una casa vieja, ¿o es un pequeño castillo antiguo? Pero no contiene ampliación espiritual, ni al comienzo ni al final. ¿Lo acepta usted?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Gracias. ¿O cree que es otra cosa?

(Señora en la sala):

—No.

—Claro que sí. Usted sabe ver.

Aquí tengo otra pregunta, procedente de Haarlem. Así. “El haber nacido bizco —¿está bien eso—, ¿el haber nacido bizco tiene un significado cósmico?”

Pero ¿es que hace falta tener significado cósmico para ser bizco? Señor, eso es un pequeño nervio, deficiente, débil, eso dígaselo al señor. Es un pequeño nervio en el ojo que ya no va recto, sino que se curva a la izquierda. Así, así y así. Así, mirar bizco yo también lo sé hacer bien, pero... ¿Lo anotará? Es un trastorno material. La de cosas en las que piensa el ser humano, ¿verdad? Cuando un ser humano es bizco, ¿tiene significado cósmico?

¿Qué es lo que tiene significado cósmico, señora? ¿Qué no tiene más que significado cósmico?

(Señora en la sala):

—Mi marido pensaba que en relación con la paternidad y la maternidad del ojo izquierdo y derecho.

—Ah, sí. Claro, y entonces pensó: si esa madre resulta que es bizca, la maternidad también lo es. La de bobadas que dice el ser humano. Ese Jozef Rulof, la que prepara, hay que ver. Si la sociedad lo oye y dice: “Jozef Rulof dice: ‘Si ves a una madre bizca, también tienes una maternidad bizca’”, me pueden dar veinte años, no hay problema, los aceptaré. Dígaselo ya al juez; que me eche a la cárcel, adelante, si es capaz de sorprenderme con algo que no existe. Pero entonces primero he de tener al erudito, por ejemplo a Einstein y otros, para explicarlo. Tengo que poder defenderme, de lo contrario me podrán echar a la..., entonces enciérrenme. Mejor denme con un martillo en la cabeza y échenme del mundo.

Señor, voy a... Ahora voy a mirar bizco, ya verá, señora, pero me sigo sintiendo hombre, ¿entiende? Pero, veamos, ¿qué es cósmico? ¿Es que esto tiene significado cósmico? ¿Qué cosas no tienen más que significado cósmico? Es

algo que también le pueden decir.

¿Lo saben, señoras y señores? En realidad, ¿qué es lo que tiene...?

(La señora en la sala dice algo).

Sí, señora, pero no me diga que eso es cierto. Le debo una respuesta, claro, pero digo, así como así: no es cierto, se equivoca a fondo, y aun así está usted cerca.

(Señora en la sala):

—Dar a luz a almas.

—Sí, señora, pero eso es lo mismo, y no lo es. ¿Qué es lo que tiene conciencia cósmica? ¿Qué es lo que tiene significado cósmico en el ser humano? ¿Ese estrabismo? ¿La sordomudez?

(Señor en la sala):

—La personalidad de él o ella.

—Señor: aquello en lo que usted lo convierta; su espíritu tiene significado cósmico. Pero nada de su cuerpo, señor, es terrenal, corriente y moliente. Ese hombre ha leído todos los libros, ¿verdad? ¿Por qué sigue preguntando cosas así? No es fácil, por lo visto.

(Señora en la sala):

—Sí, debido a que es un trastorno material, pero él pensaba que un trastorno material con karma o algo así guardaba relación con ello, y esto con la paternidad y maternidad...

—Y entonces mejor otra vez al espacio, miren. ¡Y entonces mejor otra vez al espacio! Mejor díganle al señor que un ojo bizco es un nervio o pequeño músculo debilitado. Y, claro, podrán decir: “Bueno, ¿será cierto eso?”. Pero mejor acudan a un médico.

¿Cómo dice, señor? Señor, ¿qué dijo usted a esa señora? Es que a mí también me gusta que... Sí, es que está susurrando algo divertido, a mí también me interesa. ¿Qué dice?

(Señor en la sala):

—Que no es cierto lo que dice usted.

—¿Que no?

(Señor en la sala):

—Que en efecto tiene significado cósmico.

—¿De verdad tiene significado cósmico?

(Señor en la sala):

—Es una ley del karma.

—Mire, señor, tonterías... ¿Una ley del karma? ¿Mirar bizco?

(Señor en la sala):

—Sí, señor.

—Señor, eso es un trastorno de su nervio óptico, nada que ver con el cosmos. Todo lo que usted reciba aquí en la tierra, señor, del cuerpo, que si

nace usted ciego, no tiene nada que ver con el cosmos, porque la conciencia cósmica es la victoria del espíritu, y la materia permanece en la tierra. La vida interior es la que tiene que enviarlo a usted al cosmos, pero el cuerpo se queda aquí. Si pudiera llevarse usted el cuerpo, yo podría acompañarlo, pero el cuerpo se queda aquí.

(Señor en la sala):

—Pero, señor, el cuerpo se hace en esta vida para la siguiente. Esta vida que tenemos ahora se hizo en tiempos anteriores. Así que también tenemos ese cuerpo material.

—Sí, y ahora le...

(El señor habla a la vez).

Sí, sí. Ahora es no es más que estrabismo. Pero ahora se queda usted ciego..., ciego. Y entonces dirá usted: “Ahora sí que lo es usted en el cosmos”. No, señor, usted no hace más que vivir en este cuerpecillo. No tiene usted más que conciencia humana. Aquí el ser humano no tiene nada de saber cósmico, sentir cósmico, pensar cósmico. Y eso no es cosa del espíritu, señor, sino del cuerpo. Y el cuerpo es terrenal y seguirá siéndolo. Al final siempre tengo razón. Porque el espíritu es universal; pero el cuerpo no, señor, entra al ataúd y se pudre hasta desaparecer. Pero el espíritu es cósmico, y el cuerpo jamás se hará cósmico.

(Señor en la sala):

—No, naturalmente que no.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—El cuerpo es una manifestación del espíritu.

—Mire, no quiere usted entrar. Tiene que dejar usted en la tierra lo corporal, lo material, porque son las leyes corporales, terrenales, materiales; y las del espíritu se elevan mucho más, más profundamente que el espacio, regresan a Dios. Ese hombre habría podido preguntar, decir: “La conciencia divina..., lo divino, ¿tiene que ver con mirar bizco?”, eso también lo podría haber preguntado.

(A alguien en la sala):

Sí.

(Señora en la sala):

—Pero el médico puede rectificar ese ojo bizco, ¿no?

—Ya estamos. ¿Puede hacerlo si eso es una ley cósmica? Mire, si el médico puede resolver la ceguera, ¿tiene conciencia cósmica con sus conocimientos, ese puñadito de conocimientos? Señor, eso está en la doctrina, corriente y moliente, de que dé al nervio esto y lo otro, y eso es. Por eso es conocimiento terrenal, posesión terrenal, y no tiene nada que ver con el karma, señor. Sí cuando uno se queda ciego. ¿Ya se entra entonces en una ley de karma? No,

señor, entonces uno entra en una ley en la que se vive un trastorno; se es antinatural, porque un ser humano natural tiene que ver.

(Señor en la sala):

—Sí, exacto.

—Sí, pero ¡eso es aquí! Mejor vaya al cosmos, pero solo podrá hablar de conciencia cósmica y de posesión cuando la haya asimilado. ¿Y la tiene usted? Ese cosmos, señor, esas leyes del espacio ni siquiera nos afectan todavía, porque todavía no hemos entrado en ellas. ¿Cómo puede el cosmos golpearme con la ceguera si aún no tengo contacto con el cosmos?

(Señor en la sala):

—El cosmos... (inaudible)... lo tiene usted mismo.

—Ay, señor, vamos a ver... Aquí en la tierra vive el ser humano, pero el cosmos es este universo. ¿Poseen ustedes aquí en la tierra el universo? ¿Siente algo de él?

(Señor en la sala):

—Bueno, en parte.

—No, nada, señor. Nadie de nosotros, yo tampoco.

(Señor en la sala):

—Nuestra vida es parte del universo.

—No, señor, solo el globo terráqueo lo tiene. Usted ha recibido una vida aquí, un cuerpo de la madre tierra, pero sintonizado con y por la tierra. Pero la tierra no es más que una chispa en el universo; y ahora estamos hablando de conciencia cósmica, de sentimiento cósmico... Cuando se ponga a hablar el cosmos, señor, ya no podrá estar usted ciego y ya no se podrá ser bizco, ya no podrá tener cáncer ni tuberculosis, porque estará usted en armonía con el cosmos. Pero no lo estamos. Y pensará usted: eso es karma. ¿No? Karma. ¿Quiere usted comparar una ley del karma, que es tan tremendamente profunda, con el estrabismo?

Pero no entrará usted en esto, lo cual demuestra que allí no está usted dentro. Pero va a llevar la tierra al cosmos y dejará que este vuelva a aquella, y entonces dirá usted: “Eso es karma”. Porque es posible que la ceguera le golpee por medio de su karma, ¿no? Pero dónde, a qué profundidad... ahora empezamos a preguntar: ¿qué profundidad tiene el karma de usted? ¿Para qué? Porque es usted bizco, ¿eso es karma?

(Señor en la sala):

—Bueno, ser bizco es...

—Está usted ciego, señor, ceguera..., ¿el cosmos está ciego, por tanto, si la luz del espacio también se oscurece porque es usted ciego? Entonces tiene usted unión con esa ley del karma. Pero el sol siempre luce. Mire, no, señor, no hay que buscarlo tan lejos. Vive en nosotros. Pero no es del espíritu, señor; es un trastorno corriente y moliente, eso es lo que es ser bizco, que actual-

mente se le puede quitar a cualquier ser humano. Pero una ley del karma no se puede quitar, señor, porque es espiritual. Así que es un trastorno de andar por casa, material, corporal, humano, y nada más.

¿Lo aceptan, señoras?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Mire, es una lástima que hayan estudiado mucho en la teosofía. Así excluyen... La teosofía es poderosa, pero ha perdido la realidad.

(Señor en la sala):

—De eso se trata, precisamente.

—Y es una lástima. Hay teósofos que lo vuelven a arrojar por completo y que luego colocan de nuevo fundamentos. Pero los teósofos siempre me cuestan, porque no hay quien los arrastre fuera de ese universo. Aunque todavía se lo tienen que ganar. Y entonces aparecen las pistas falsas. Porque al ser humano lo tiene que... El ser humano desaparece por la podredumbre.

¿Cómo puede el cuerpo tener un significado cósmico? Qué sí que lo tiene, señor, pero de otra manera. Que sí. Nuestro cuerpo es cósmicamente consciente. Si vive usted lo más elevado para la tierra y tiene la raza blanca (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es) y va y tiene la misma sintonización de la primera esfera, será un organismo de una belleza poderosa, sin trastornos. Claro, pero el espacio no tiene nada que ver con eso, señor. Entonces habré completado el ciclo de la tierra como ser humano material y espiritual, ¿verdad?

Pero esto es un trastorno común y corriente. Un trastorno no es, sin embargo, una ley. Aunque una ley no es por eso karma. Si esa ley corresponde al cuerpo, también tenemos que analizarla y seguirla corporal, humanamente, y dejar el espíritu al margen, porque eso, a su vez, es otro mundo. Y eso lo ha juntado y construido la teosofía, y lo ha enviado al cosmos, pero ahora se han hecho un lío. Nosotros, en cambio, desvelamos aquí cada fundamento y dejamos al cuerpo lo que le corresponde; y lo que recibe el espíritu ya tiene suficiente profundidad. Pero eso nos guía sin la menor duda a esa primera esfera, y entonces puedes ser cósmicamente consciente. Pero entonces es el espíritu.

Y el ojo interior, señor: veo aquí en la gente mucho más estrabismo interior que material. Aquí tengo unos cuantos que miran así..., así... Digo: claro, esos están hablando y hablando y entonces me miran y de golpe eso se queda torcido para un lado. Digo: ¿lo ves? Allí tienes el estrabismo espiritual, señor. Y eso no significa más que: al ser humano lo puedes... Hace un rato hablé de ricitos, pero otra opción es mirar si los ojos espirituales..., ver si están derechos en la cabeza. Y entonces a veces los veo descentrados, así. Y, señor, eso es una verdad como un puño, pero los sentimientos van a tontas y a locas de

la misma manera, no paran, gente. ¿No es así? Y tenemos que analizar esas cosas, vivirlas conforme a la ley del nacimiento, ¿entienden?

Pero si al karma corporal lo... Señor, puedo seguir mucho más tiempo, pero mejor extráigalo usted mismo. Si se pone a comparar el karma corporal con el espiritual, señor, entonces me gustaría decirles: ¿existe el karma corporal? ¿Ha descubierto usted..., ha descubierto Blavatsky en la teosofía..., ha podido aclarar y analizar si tal vez existe el karma espiritual?

(Señor en la sala):

—Sí, lo espiritual se vive en lo material.

Sí, el karma espiritual existe. Solo conocemos: tienes karma por el asesinato. El resto no existe. Solo por el asesinato. Se puede vivir un solo karma. Pero ¿también se puede vivir karma corporal?

(Señor en la sala):

—No, no es posible.

—Claro que sí.

(Señor en la sala):

—Es espiritual.

—Señor: cáncer y tuberculosis. Hay médicos que dicen: “No, señor, es cosa de usted mismo”. Pero la verdadera configuración de mi enfermedad la vuelvo a extraer de mi propia familia; es karma material, corporal. Pero eso no es, señor. Porque mi padre y mi abuelo y toda mi familia, y la de usted y de los demás, también han sido conformados por este desmantelamiento. Entonces puedo volver a la jungla, donde empezó todo, y vuelven a quedar al margen mi padre y mi madre y toda mi familia. A eso lo podemos llamar karma corporal. Pero eso no es. Es evolución común y corriente. Y por eso puedo analizar de modo infalible —conozco las leyes— que el estrabismo es, ni más ni menos, un trastorno corporal y no karma. Y por eso lo oí cuchichear y quise enterarme. ¿Lo acepta ahora? Complicado, ¿verdad?

(Señor en la sala):

—... no es difícil.

—No.

(Señor en la sala):

—Para mí está más claro que el agua.

—Bien, entonces todo aclarado.

(Señor en la sala):

—No es posible separar el espíritu y la materia.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—El espíritu y la materia son inseparables.

—Allí estamos otra vez, ¿entiende? Están hechos un lío. El espíritu y la materia son inseparables. Señor, el espíritu es el mundo espacial, el divino. Y

le digo: y lo corporal se pudre aquí y se disuelve y permanece, va a pudrirse por completo hasta desaparecer. No siquiera tiene... Bueno, ya hará aparecer alguna vez una brizna de hierba.

(Señor en la sala):

—... se disuelve.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Se disuelve, se disuelve químicamente en otras sustancias.

—Sí, sí, pero de eso no estamos hablando. Estamos hablando de mirar bizco. (El señor habla a la vez). Sí, pero, no, estamos hablando de mirar bizco y entonces usted dice: “Lo espiritual no se puede separar de lo corporal”. Señor, el que continúa soy yo y el cuerpo se queda en la tierra. Yo soy karma, sí. Pero ese cuerpo, ese pobre cuerpo mío no, señor. Claro, ya me dirá usted: “Sí, lo eché a perder, lo que hice... Tengo ceguera”. Otro trastorno. Pero, bueno, entonces usted puede decir: “Sí, señor, pero tú, en cambio, has hecho esto y lo otro, y eso te ha causado la ceguera”. ¿Entiende? Entonces soy yo. Bien, soy yo, pues. Pero ese pobre cuerpo tiene que salir, porque no posee nada, no tiene karma. ¿Entiende? Y para este caso de ahora es un leve trastorno, común y corriente, de un pequeño nervio. Porque allí sigue la luz, todo sigue allí, un médico lo puede corregir sin problema, hasta ese punto hemos llegado ahora.

Pero tiene que dejar que el espíritu sea el espíritu, y darle espacio. Y no hacer que tenga que cargar con todo, así, sin más. Ni decir una y otra vez: ya, pero ese espíritu mío que... ¿Entiende? No, hay que dejar que la naturaleza sea la naturaleza, el ser humano el ser humano y el espíritu el espíritu. Y todos son mundos diferentes, allí está la dificultad. Y ahora va a conducir usted lo material a lo espiritual, va a conectarlo —eso es uno, es inseparable y aun así separable— y llevarlo al espacio, peor aun, ¿entiende? Y aunque vivamos en el espacio, todavía no lo poseemos en armonía. De eso, señor, es... Si tuviéramos una conciencia espiritual corporal... En el cuarto grado cósmico ya no podemos ser bizcos y ya no se da la ceguera. ¿Por qué no? Porque allí tampoco vivimos ya errores. Pero ahora usted puede... El ojo débil que tiene usted ahora lo tiene de sus padres. Cuando un niño de cuatro, cinco años tiene que llevar gafas, el padre dice: “Vaya, es que no me da para eso”. Pero entonces regresemos un instante al segundo y tercer... allí ya andaban... entonces tenían nueve meses y llevaban gafas, por así decirlo. ¿Entienden? Así que esa debilidad la volvemos a ver en ese organismo; pero no se le echa la culpa a ese espíritu de aquellos padres. Es esa endogamia que poseemos por nuestro organismo. Y, bueno, mirar bizco... pues ni siquiera me parece muy grave.

Ser ciego. Sí, señor, si no hubiera mancillado la luz en sus ojos, igual que

yo, que todos nosotros... Porque Dios no nos dio la luz en los ojos para solo ver desgracias en el ser humano y en la sociedad. Dios solo nos dio la luz en los ojos para contemplar y valorar la hermosura de Él y de Sus creaciones, pero allí nosotros hemos metido suciedad. Y nosotros hemos mancillado y deformado al ser humano. ¿Entiende? Y es así como pueden decir ustedes: “Mire, eso es karma”. Entonces yo también regresaré a la tierra. Yo también soy ciego. ¿Entiende?

Señor, una madre se baja mal de una silla; inclina un instante la cabeza y la inclinación ya estaba en el ojo de la criatura. Una vez tuve que hacer un diagnóstico. Que viene el maestro Alcar y dice... Aquí estaba ese ojo, estaba arrinconado, muy nítidamente. La mujer dice: “¿Y qué es esto?”. Es como si hubiera medio chino en ese ojo derecho, pero era un europeo, se había quedado marginado. El nervio estaba paralizado. Digo: “Mejor vaya a ver a un médico, señora. No puede hacer nada por ello, pero quizá pueda reanimarlo con rayos”. Y también ha llegado un poco más de fuerza y entonces se elevó el párpado. Así qué, ¿qué había sido? Claro, a la mujer le repercutió en el espíritu y este lo transmitió al ojo, ¿verdad? ¿Que es karma? Bueno, claro, así no pararemos nunca.

¿Lo acepta?

Es algo que le puede servir a usted, a nosotros, para aprender. Pero no es fundamental para nada. Dicho de otro modo: esto es tan nimio y tan pequeño, es algo tan cotidiano que no por ello podemos ver en esto una ley espiritual, ¿no cree?

(Señor en la sala):

—¿De modo que la ceguera nunca puede ser algo espiritual?

—Claro que sí, es posible que por estar ciego, completamente ciego... Es el karma de mayor peso que hay. Es algo que podemos haber asfixiado espiritualmente, como persona. ¿Cómo es el estado de un ciego que nace ciego? Entonces puede hablar el espíritu, el espíritu, pero el cosmos aún no. Ahora todavía siguen... es una posesión del ser humano, ¿verdad? De la tierra, en cambio. Aquí en la tierra hemos cometido errores, pero no en el cosmos. No es más que una pequeña chispa, ¿entiende?, la tierra no es más que una pequeña chispa. Así que tengo que..., ese cosmos hay que sacarlo y tiene que llegar solamente a lo espiritual y a lo material del ser humano. Poseemos karma humano material, y espiritual, sin duda. Tenemos psicopatía, locura, todo ello es inconsciencia.

Ahora nos quedamos ciegos. ¿Qué es, pues, ser ciego? ¿Cómo surge la ceguera en el ser humano? Y añadido: no hay ni una sola persona entre ustedes que pueda explicarlo. Si ahora resulta que ustedes poseen tanta cosmología, podré explicarle al médico por qué puede nacer una persona ciega. ¿Sabe usted lo que es, señor? Todo el mundo me da la razón. Y entonces usted dirá:

“Cielos, cielos, cómo es posible”. Ahora recibo la imagen. Ahora estoy viendo. El maestro Alcar dice: “Añade eso también”.

(Señor en la sala):

—Cuando oscurecemos la luz de los demás, eso vuelve a repercutir en nosotros, ¿no?

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Cuando oscurecemos la luz en los ojos de otros, repercute por sí solo en nosotros, ¿no?

—Sí, sí que es así, pero en el fondo no. No estoy hablando de eso; eso ya es karma.

Pero ¿por qué existe la ceguera? ¿Cuándo surge? ¿A qué se debe? Puede ser karma, pero prefiero dejarla todavía un poco de lado y así puedo ahondar aún más. ¿Cuál es el fundamento para una persona ciega?

(Señor en la sala):

—La falta de luz.

—Eso también, pero no es eso.

(Señora en la sala):

—... luz espiritual.

—Tampoco, señora. No, no lo van a adivinar nunca. Se sorprenderán cuando les diga dónde empieza. En realidad, ¿qué es? ¿Por qué? Porque la ceguera no existía. ¿Saben lo que es la ceguera? Claro que lo pueden saber. Lo que vi fue algo sorprendente. Bueno, ¿lo saben?

(Señora en la sala):

—Para impedirle hacer aquello que de otra manera el alma, bueno, por un crimen o lo que sea...

—No lo va a adivinar nunca. Bueno, ¿qué es? ¿Qué dijo usted por allí?

(Señora en la sala):

—Cuando alguien siente la necesidad de matar o de incendiar algo.

—No, no es eso. ¿Lo sabe usted, señor? Si lo sabe, le daré —si los tuviera, porque no los tengo, pero bueno, entonces ya los tomaría prestados esta noche— mil florines. Puedo apostar, sin problema alguno, cien mil florines.

(Señor en la sala):

—La enfermedad en la materia.

—No, señor. Es sorprendentemente hermoso lo que recibí, entré como en un fogonazo. El maestro Alcar me dice: “Sométeselo a los niños”. Ya ven que el maestro Alcar sigue estando atento. Digo: “Maestro, gracias, no había pensado en esto”. De pronto estaba en ese mundo; cuando estaba hablando con usted, empezaba, es cuando empiezo a ver. Y entonces no lo veo a usted, solo veo esa imagen. Y entonces estoy viendo. Usted se difumina del todo y entonces aparece la imagen y esta empieza a hablar —eso es el ser uno con

todo— y de pronto... Pienso: ‘Hay que ver, qué hermoso es esto’. Pienso: ‘Se lo someteré’. No van a averiguarlo jamás.

¿Qué es ser ciego, señoras y señores? ¿No lo saben? ¿Les molesto un poquito más? (Risas).

Miren lo que han aprendido. Miren, estos son, pues, maestros, nunca nos quedamos sin saber qué decir. Señor, esta pregunta se la puede someter al médico más prestigioso y al psicólogo y a Einstein y a cualquier catedrático, y entonces lo que hará será... Sí, claro, si lo sabe, de lo contrario dirá: “Vamos, lárgate con esas locuras”. Pero algún día tendremos razón. Es, nuevamente, una pena... no es una lástima que entre en el mundo, pero teníamos que consignarlo alguna vez; esto. Así es como he dicho cien mil cosas aquí, que siguen sin servirme de nada, pero algún día tendré razón.

La ceguera solo surge, señor, porque el espíritu es atraído hacia la tierra y, al estar dormido, no puede dar luz, dice el maestro Alcar, a los tejidos. Y ahora, nace el niño, ya está ciego. El tiempo de ser uno con el espíritu, el espíritu consciente... llega a la tierra en la madre y el espíritu hace que los tejidos sean conscientes. Ese espíritu duerme, se despierta después de tal y cual tiempo y entonces se ha acabado, entonces el niño ya tiene ojos ciegos, dentro de la madre. ¿No le parece sorprendente? Eso acabo de verlo aquí. El espíritu del mundo de lo inconsciente sigue durmiendo, pero es atraído y no llega a evolucionar. Y eso es lo que se convierte en la persona ciega en la tierra. ¿No le parece hermoso?

(Señor en la sala):

—Sí, es una ceguera espiritual que se manifiesta en la materia.

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Es de lo que hemos hablado una vez aquí entre nosotros.

—No, eso ya lo he dejado de lado. Ya le gustaría a usted, se está aferrando a algo. Mire, ahora lleva usted el karma, así, sin más, de la ceguera a algo que estoy contando, eso tampoco vale. Es un mundo aparte. Ahora solo hablo de: ¿cómo surge la ceguera? Pero no estoy hablando del karma. Eso lo tiene que abandonar ahora y ese es su error. Cada cosa, señor, es un mundo, es un espacio, es una entidad. Y puedes..., el agua no la puedes unir al papel de lijar y bebértela. Porque el papel de lijar sigue siendo papel de lijar. Y el agua es agua. Y ahora no hace usted otra cosa que unir las, pero allí está siempre el error. Hay que poner fundamentos; el hecho. Con usted ahora no me sirve de nada, porque se pondrá usted a vincular esto y lo otro.

Esa cosa poderosa que hace que sea atraído el ser humano, el alma, entra en la madre, es uno, el empuje empieza a..., exista, que la vida esté allí, empiece a crecer, pero lo que tiene que haber no está, porque falta la luz en los ojos, en el espíritu, no se ha despertado. Y entonces se despierta el niño, tiene que

despertarse, pero le falta la conciencia, la armonía, y llega a la tierra; y, claro, ahora lo puedo reconducir al estado en el que ha vivido el ser humano.

Si ahora le he privado a algún ser humano de la luz en los ojos, eso ya estará allí. Ese proceso asesino para quemarle a un ser humano los ojos ya está en mí. Porque he violado la luz que es para otra persona, he quitado la luz de esos ojos, y eso no repercute en mí, sino que ya está dentro de mí. Así que ya llego con el mismo karma en la madre y no tengo luz porque violé esa luz. Ahora se puede volver a aclarar todo eso. Y entonces es natural. Por eso digo: resulta que el espíritu, los sentimientos, la personalidad son los demoleedores de todo.

Pero aquí solo les ofrezco la visión cósmica correspondiente y digo: ¿cómo es que es posible que nazcan personas ciegas? ¿Y no le parece imponente esta realidad? Por tanto, debido a que el alma, o sea, la personalidad, no está en armonía, aún no ha despertado, porque usted ha violado algo —claro, todo eso forma parte de ello—, llega usted a la célula, en la madre, y allí falta la conciencia plena, y así le faltará a usted la luz en los ojos, sin duda.

(Señora en la sala):

—¿... inconsciencia?

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Si somos inconscientes...

—No, pero eso no es. No, no es la inconsciencia. Mire, aunque sea inconsciencia, pero un ser humano que es inconsciente... En el cosmos, en la naturaleza, no hay inconsciencia. Pero si quiere volver a usar esa palabra, para una ley, para una maternidad o una paternidad, o para un nacimiento, una reencarnación, o para la luz en los ojos, o para el hablar, el sentir, para el arte, entonces también hay que darle fundamentos espaciales a esa inconsciencia y tenemos que poder verlo y vivirlo por las leyes de la madre naturaleza. Esa inconsciencia existía porque había una sola cosa para la que el alma no poseía la conciencia, y eso es, pues, la luz en los ojos. Para otro ser humano será una psicopatía. Toda esa personalidad ya no tiene luz y llega a la tierra, y regresa rápidamente, y quiere..., se despierta... ese demonio...

Hay personas con ganas de ofrecer una curación a una vida psicopática, pero, cielos, cielos, si la personalidad despierta del todo, tendrás un diablo en casa (véase el artículo 'Psicopatía' en rulof.es). Porque la psicopatía es desintegración. ¿Comprendes? Hay personas que quieren resolver la psicopatía: "Sí, necesito esto y la gente aquello. Pero, Dios mío, Dios mío, cuando ese ser humano vuelva a despertar..., porque hemos..., por la desintegración nos hemos llevado a esa cosa inconsciente, y hemos asfixiado nuestro ser uno natural con las leyes de Dios. ¿Comprendes? Y ahora queremos que un loco de esos... Un loco ni siquiera importa tanto. Pero un psicópata, ese rostro retorcido... ¿No

los han visto en Noordwijk, a esas criaturas, que andan tan...? Que llegan y dicen: “Ue, ue, ue”. Pienso: ‘Dios, Dios, Dios’. Pues, les gustaría curarlos. Pienso: ‘Ay, santo cielo, ¿por qué no se abstienen mejor? Porque parece que están despertando un huracán’. Si esa personalidad, esos sentimientos que ellos mismos han asfixiado... Ha retorcido los sistemas corporales, es cuando vemos allí... ¿Qué clases de seres son? Hay de esos viejitos allí... Ayayay. Y entonces dicen: “Ay, pobrecito, qué demencia”. Pero, oigan, ¿saben ustedes que los habita el demonio que se ha desfogado durante vidas y vidas, y que ha transgredido el ser uno natural con el fruto? (El orador no quiere decir que los habite un demonio externo, sino que el alma, en determinados profundos grados de psicopatía, se ha desfogado de forma demoniaca en vidas anteriores, y que ahora, durante el ser uno natural con el fruto en el vientre maternal, retuerce, sin querer e inconscientemente, los sistemas del nuevo cuerpo que está surgiendo). Y ahora eso vuelve a despertar y retuerce a cada fundamento de ese templo hasta desquiciarlo, y desgarrar la imagen natural original que se llama, pues, ser humano; una cara normal, un rostro normal, sentimientos naturales normales. Eso es la psicopatía.

¿Qué profundidad, pues, tiene un psicópata? Dios mío, Dios mío, ¿cuántos miles de vidas no tendrá esa vida a las espaldas, rotas, una tras otra, rotas, rotas, hasta que ya no hay ninguna normalidad? Uno tiene una oreja torcida, otro un rostro torcido, un ojo retorcido, una figura retorcida. ¿Quién es capaz de retorcer mi mano por medio del pensamiento? Nadie en absoluto. Eso sí que lo puede hacer uno mismo. Y eso ocurre entonces cuando uno regresa a la tierra, en el primer estado, cuando uno puede inflar, ffff, un tejido.

¿Qué tenía usted, señora?

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, una enfermera en Rosenburg contó que muchas veces las personas dementes que están allí recuperan la normalidad justo antes de morir.

—Sí, las personas dementes, pero no los psicópatas. De esos hay pocos.

(Señora en la sala):

—Ah.

—Mire, una persona demente, sí, porque la demencia es posesión, eso lo puede leer en ‘Las enfermedades mentales’.

(Señora en la sala):

—Sí, sí.

—Pero un psicópata también puede convertirse..., en el momento de morir puede convertirse en sentimientos humanos, infantiles. Ese rostro puede cambiar, como si dijéramos: “Mira, mira, cómo está cambiando; es igual que un niño pequeño”. Entonces emerge una vida en la que ese niño era un niño, sí, sí.

(Señora en la sala):

—... un, ... ¿cómo se llama eso? (inaudible), una mujer que había llegado a los noventa años de edad, demente, recibe una visita y esta presencia que se convirtió en alguien muy normal. Y entonces dijo esa señora: “Qué maravilla que ahora pueda hablar de forma normal contigo”.

—Sí, tuve que hacer un diagnóstico, en 1937, en el 38. Llego a casa de unas personas, resulta que también tienen una hija psicopática, me dice la señora: “Señor Rulof, todo va de maravilla”. No la tenía en tratamiento, pasaba por allí. Que me dice ese hombre: “Vaya a echar un vistazo”. No pude hacer nada. Me dice: “Todo va bien. Avanza que es una maravilla”. Digo: “Sí”. ¿Iba a contarles que estaba actuando la muerte?

(Señora en la sala):

—Sí, eso también pasó entonces.

—Pasaron otros cuatro meses y después les tocó enterrar a la cría. Pero la transición ya estaba cambiando el rostro. Fíjense la manera tan sorprendentemente natural en que ocurrió; hacer la transición, la continuación es evolución, es cambio. Y por ese cambio, por el ataúd, la vida volvió en una encarnación en que era consciente, porque en esos centenares de miles de vidas uno no siempre ha sido psicopático.

En Ámsterdam le contaron al maestro Zelanus...

(Dirigiéndose a alguien en la sala): Ah, creo que fue usted, señor Bouma. ¿Estaba usted allí?

Entonces le dijeron al maestro Zelanus, dice: “Ahora...”.

(Al señor Bouma): Sí, fue usted, ahora lo sé.

Dice: “Ahora ya no nos podemos volver locos ni psicopáticos, ahora que sabemos todo esto”. ¿Es así?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Señora, está usted todavía ante eso, ante la psicopatía. ¿Qué sabe usted? Es que aún no tiene esta posesión. Si quiere ponerse de los nervios y quiere poseer la cosmología, le garantizo que en cinco meses habrá perdido el norte. Nosotros tenemos las pruebas. Y entonces tomó a un ser humano. Dice: “¿Quiere que se lo demuestre?”. A eso ha asistido usted. Y entonces fue a Frederik, al ser humano que quería jugar a ser Frederik, y tuvimos la prueba. ¿No es así, Kees? Entonces dijo: “Eso a mí no me puede pasar”.

Señor, vamos, entre en mi vida, y en dos semanas estará del todo grogui. Fijo. Póngase a vivir lo que he vivido yo. Debería vivir todo eso, adelante. Y en una semana: habrá perdido el norte.

Él sí que valora lo que recibimos ahora. Él es quien puede vivir y sentir más las cosas, lo que recibe ahora. ¿No es así, señor Koppenol? Ya me gustaría que todos ustedes se volvieran un poco locos, pero bien locos, y así sabrían lo po-

derosos que son los maestros; y lo sorprendente que es poder seguir ladrando como un perro en este estado, de forma lúcida y clara, como una gallina, señor De Wit: ¡guau! Hace un rato estuvimos ladrando, señor Heuvel. Si usted aún es capaz de hacerlo, seguirá siendo la prueba de que pertenece a lo normal, porque en nuestra sociedad andan bonitos perritos. Si sigue oyendo ladrar al perro... Señor, ¿es cierto o no? Pero a ese perro ya ni se le oye. Ya no se oye el cacareo, los gallos ya no están, las gallinas ya no están, ya no ves cerdos; ya no hay nada en la sociedad. Todo se disuelve, ¿no es así, señor? Has vivido algo hermoso, ¿verdad? Para ya no volver a empezar. Pero, una hermosa sabiduría. En una semana consigues avanzar mil años. ¿No es así? Pero el peligro... No lo puedes hacer, no está permitido que lo hagas. ¿Por qué? Uno se pierde a sí mismo. Entonces se volverán psicopáticos, señoras y señores.

Si quieren seguir siendo normal... Ya me hacen cargar tantas cosas, porque mi doctrina está loca de remate. Pasan tantísimas cosas por encima de mi cabeza. Pero a mí me es indiferente. Si sigo siendo normal, y pueden sorprenderme aquí, pienso: esto es pasarse de la raya. Por eso ladro de vez en cuando, pero entonces los mantengo otra vez un poco en la tierra. Porque pienso: ‘Imagina que a alguien se le vaya la pinza’. Porque entonces es a Jozef Rulof a quien se le fue la pinza, ¿verdad? Y entonces volvemos a ser medio conscientes.

¿Qué tenía usted, señora?

(Señora en la sala):

—Tengo una pregunta. En 1944 me encontraba en... se trataba de una mujer pública... ya entrada en edad... No, pero es que había una mujer y que... estaba echada en la cama... y tenía la cabeza hecha tal lío que la dejaron que se fuera un día a casa, y volvió, y tenía la cabeza totalmente hecha un lío. Tuvíamos que cargarla entre cinco pera llevarla adentro. Pero esa mujer, cuando estaba a mi lado o junto a mí, se encontraba del todo tranquila, podía hacer con ella lo que quisiera. Y en cuanto estaban con ella sus hijas o sus cuñadas o hermanas, pues, no hay había quien pudiera con ella. Y me veía obligada a acompañarla a todas partes. Me llamaba por mi nombre en todas partes. Pero justo antes no me veía, todavía me gritaba.

—Eran ustedes una de sentimiento a sentimiento. Bien, el ser humano sentimental... ¿Por qué? Tuve una persona demente, un ser humano estresado que ya no sabía lo que hacía, en dos segundos conseguí tranquilizarla. Yo me callaba. Solo pensaba. Eso era a lo que ella se asía. Pero un médico no es capaz de eso. Un médico no sabe a qué asirse con esa gente. Lo único que quieren es llevarlos allá, y no es para nada allí a donde tienen que ir. Tienen que estar echados, hay que dejarlos echados, echados. Lo único que quieren es: a moverse, a moverse..., choques y dormir, y esto y más... Digo: “Doctor...”. Otra señora: una cura de sueño de seis días. Digo: “Doctor, ahora va

a ver la que ha preparado”.

(La señora en la sala continúa con su relato):

—Yo era capaz de andar horas por el jardín y lo hacía todo con ella, pero en cuanto ella veía a un médico...

(Jozef continúa):

—Asesina usted el interior, porque ahora le priva incluso de los sentimientos, del ser uno con el organismo. Entonces ahora la gente recibe una cura de sueño. Una persona entre un millón a la que le sirve de algo, el resto, como murciélagos, se estrella contra las paredes del organismo y no puede regresar en la conciencia diurna, porque una anestesia, una anestesia consciente ha separado el cuerpo del espíritu. Pero el espíritu se mantiene despierto y no puede regresar en ese organismo porque todo está paralizado. Y entonces uno recibe más desintegración que edificación. Eso también es algo, con eso también están investigando, con el sueño impuesto. A eso lo llaman una cura de sueño; de mal en peor. Hay algunas personas... Eso se le puede dar a una vaca, pero una vaca no es un ser humano. He podido dar consejos a médicos por medio de los maestros. Dice: “Yo ya no me meto en eso nunca más, porque le sirve a uno entre mil. El resto vuelve con un sistema nervioso destrozado”. Lo dice el propio médico.

Y también están renunciando a los choques porque desconocen, a su vez, los sentimientos. No saben cuanto pueden procesar los nervios por un choque, no saben cuánto los nervios, no saben cuánto el cerebro, no lo saben. No conocen la conciencia de los sistemas. Y a unos, señor, quieren hacer que se duermen y tranquilicen, y a otros los despiertan. Es cierto.

Señoras y señores, ¿he podido ofrecerles algo, por pequeño que sea?

(Gente en la sala):

—Desde luego.

—Entonces les doy las gracias, y hasta la semana que viene.

(Gente que aplaude).

Noche del jueves 17 de enero de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Tengo aquí para empezar: “Sabiduría rusa. Radió Moscú ha anunciado que científicos rusos han demostrado que la luna se está desintegrando lentamente como consecuencia de los impactos con meteoros”.

Eso, lógicamente, son tonterías, porque los impactos..., cuando aquí en la tierra hay algún impacto —no entiendo a esos científicos, no entiendo a esa gente—, cuando aquí en la tierra hay algún impacto la tierra lo retiene, entonces debería rebotar, pero eso no ocurre. Y ahora escriben aquí que la luna, por los meteoros, que estos llegan a parar en la luna y que entonces hay fragmentos que se separan... ¿A dónde se va ese trozo? La luna sigue teniendo fuerza de gravedad, dicen ellos mismos, pero cuando atraviesas el espacio con un cohete, la luna ya te volverá a atraer. Eso no es posible, porque la luna sencillamente se disuelve. Es decir: poco a poco todo se va corroyendo. Y eso durará todavía millones de años. La luna está moribunda. Los científicos aún no saben por qué lo está. Si pudieran aceptarlo, estarían abiertos al macrocosmos. Pero en esto los científicos me dan la razón.

Dice más cosas: “Cada vez que un meteorito entra en colisión con la luna, aquel se lleva una parte de la sustancia de la luna hacia el espacio cósmico”. Imposible. Pero encima dice: “El profesor Nikolai Fortsjikev”, ¿es así en ruso? Fortsjikev, bueno, así lo llamaremos, “ha constatado...”

(Una señora dice algo):

¿Cómo dice usted? ... Fortsjikèv... “que los planetas Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno solo están compuestos por gas, principalmente, nitrógeno, y que no eran, como se suponía hasta ahora, cuerpos sólidos, rodeados por una atmósfera densa”.

De modo, señor, que usted sabe algo de la cosmología. Eso el maestro Zelanus ya lo contó hace cinco años en (la sala) Diligencia. Poco a poco vamos teniendo razón. Algunos planetas son bolas de gas, y no tienen vida. Pues, a ver si luego toma entre las manos ‘La cosmología’. ¿En cuántas cosas no llego a tener razón, señor? Los maestros llegan a tener razón en centenares de miles de cosas, su palabra es ley. Y esas leyes yo las he visto; las respaldo con mi vida.

(Jozef continúa leyendo):

“El científico V. N. Sukachev, otro Sukachev (Vladimir Nikolayevich Sukachov, 1880-1967, catedrático ruso de botánica) ha propuesto que los

árboles...”.

Ah, pero eso es otra cosa, no tiene nada que ver con el cosmos, está hablando ahora de árboles.

Pero ya lo ven..., que poco a poco los astrónomos van llegando a ‘Los pueblos de la tierra’, es decir, allí ya se dice algo sobre esto, pero principalmente, a los libros de ‘El origen del universo’. Y si más tarde —y entonces lo trataremos más en profundidad— pueden leer ‘La cosmología’... Esperemos que todavía ocurra en esta vida, en la mía al menos, porque eso cuesta ni más ni menos que una tonelada, cien mil florines, que no tenemos. Sí, nos sobran los toneles, con arenque y pescado y de todo, pero dinero... ¿entiende? Entonces ya se les quedarán los ojos como platos, señoras y señores, cuando lean eso. Allí se analiza el macrocosmos entero, hasta la última célula, con todo lujo de detalle, con una nitidez cristalina. Bien.

Y aquí la dama añade, la señora Era: “El texto que adjunto lo acabo de leer en ‘Het Vaderland’ (‘La Patria’, un periódico)...”, yo también lo leí..., “lleva por título ‘Sabiduría rusa’, pero tú, Jozef, los adelantaste mucho”.

Y yo que soy de ’s-Heerenberg, lo tendrá en cuenta, ¿verdad? Soy Jeus de madre Crisje. Qué prueba de que es cierta la preciosa doctrina que se nos concede oír.

Gente, aún les falta mucho para comprender lo que están recibiendo. Lo dicen los propios maestros. Ojalá pudiéramos escribir libros y libros y más libros. Qué tenemos que hacer luego... “Ya no es necesario”, dice el maestro Alcar, “si no escribiríamos mil libros”. Porque cuando llegue a la tierra el aparato de voz directa, el mundo tendrá contacto con el otro lado, y entonces hablarán los maestros, y se dictará. Dice: “¿Por qué íbamos a deslomarte?”. En primer lugar les falta el dinero. Pero los maestros están empezando a tener razón en millones de situaciones, problemas, y todo lo pueden analizar. No hay erudito espiritual en la tierra que pueda con los maestros.

Que vengan los astrónomos, que vengan los biólogos, cualquier facultad espiritual, los teólogos, la teosofía, los rosacruces; los maestros están preparados para recibirlos. La teosofía, los rosacruces no tienen contacto con los maestros que han incidido directamente sobre ese ser humano, de lo contrario esa gente ya estaría. Allí siguen buscando por todas partes.

Aquí decimos: ¡así es! El maestro Alcar dice: “¿Te ves a ti mismo detrás del ataúd? Tú vives, yo vivo, no hay condena. Eso hay que sacarlo a golpes del alma humana”. Ojalá pudiéramos hablar en las iglesias, pero entonces me colgarían, ¿no? Y eso detiene —aquí tengo una carta, aquí, luego se la leo—, eso detiene la evolución de la humanidad, un solo salto.

Imaginemos que el mundo entero tuviera que aceptar ahora: sí, la reencarnación existe. Volverás a ver a tus padres. Deberían detenerse un poco ante este hecho, que todos ustedes conocen. Ya no existe una tumba, desaparece

ese atuendo negro, desaparece la desgracia. ¿Qué es lo que no entristece al ser humano? ¿En qué mundo inconsciente no llega el ser humano cuando tiene que enterrar a otro ser humano y no conoces la vida? Allí los tenemos ahora... Desde que era niño, desde mi niñez me he reído de eso.

Los acompañaba... Más tarde iba, cuando se moría uno de los nuestros —no solo con Crisje o Hendrik el Largo, sino cuando más tarde se moría alguien—, entonces me metía a escondidas en el cementerio, y entonces, cuando me erguía, muchas veces veía entre la gente al muerto, y me ponía a reír y me echaban. “El de Hendrik el Largo se está riendo otra vez”, decían. No podía evitarlo, es que es ridículo. Claro, eso, para un ser humano que desconoce esas leyes, que desconoce esa vida, es durísimo. Entonces dicen: “Hay que ver lo canallas que son, ni siquiera respetan un cadáver”. Pero, santo cielo, es que eso no es un cadáver. Sí, eso es un cadáver, pero el ser humano no es un cadáver. ¿Qué sabemos nosotros? ¿Qué hemos recibido?

(Un señor en la sala):

—¿Alguna cosa más que no esté bien, Rulof?

—¿Cómo dice?

(Un señor en la sala):

—¿Alguna cosa más que no esté bien si ahora se adentran en el ámbito de la paternidad y maternidad de los planetas? Entonces revelarán todo el lío en los libros que pueden...

—Ustedes están recibiendo las revelaciones en Diligencia. Pero qué conferencias de esas cuatrocientas que ha ofrecido el maestro Zelanus, sobre el cosmos de vez en cuando... Siempre... y escoge una imagen aquí y allá, dice: “Claro, la cosmología parece tremendamente difícil. Solo lo parece, pero no lo es”. Dice: “Las conferencias que hemos ofrecido eran mucho más difíciles que ahora la cosmología”. Porque ahora está en su vida. Ahora es el cocinero.

Para ofrecer una conferencia, un bocado de esto y de lo otro, y una ley aquí y otra allá, hacer un compendio de todo eso... Les ofreció centenares de escenas y así fue construyendo un mundo, lo terminó, empezó a analizarlo, lo llevó al ser humano, hablaba de paternidad y maternidad, habló además de amor y entonces llegó un final enorme. Basta con que escuchen esas conferencias, contienen miles de problemas. Los convirtió en un conjunto para volver a darle algo al ser humano. Y ahora puede disfrutar a fondo, ahora puede ofrecer cosmología. Y la cosmología, señoras y señores, vive en nosotros. No está tan lejos, porque ese universo para nada está tan lejos ni a tanta profundidad; vive en el ser humano.

“Si esto”, añade usted en su nota, “viene en uno de tus libros”, de alguna forma ya está en ‘El origen del universo’, “me gustaría acudir a un periódico”.

Pero eso no le sirve. Acabo de comentarlo con un señor, y estuvo en Philips, trabajando con científicos, y entonces me preguntó: “Venga, señor

Rulof. Estoy hablando de usted”. Digo: “Bien, iré, prepare alguna noche”. Y luego ya no hubo nada. Dice: “No se lo merecen”. Hablas y hablas y hablas... Yo que vengo con la sabiduría cósmica, digo esto y digo lo otro, hablan los maestros; unas revelaciones tan enormes y esa gente las desconoce, así que no toman conciencia de ellas. Claro, cuando haya llegado el momento, dirán: “Santo cielo, ¿qué clase de persona era?”. Sí. Pero entonces no soy yo: son los maestros.

(Jozef continúa leyendo):

”Perdona, Jozef, pero tengo que hacerte leer esto”.

Y es que yo lo había leído. Muchas gracias.

Ya lo ven, señoras y señores, lo dice Jozef Rulof, y eso, aquella mañana, fue así: “Centenares de planetas son bolas de gas. Son cuerpos como sus plantitas en el acuario”, dijo el maestro Zelanus. Y ahora ellos tienen que darnos la razón. Sí.

Aquí tengo: “La semana pasada nos dio una explicación sobre el ser humano que nace ciego, sobre lo que se nos concedió recibir una poderosa explicación. Fue una exposición espiritual por la que le estoy muy agradecido, a usted y al maestro Alcar. La Biblia dice a este respecto, en Juan 9: ‘Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabino, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido...’, ¿ven?, allí está la cuestión genética, ‘para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste ni sus padres, sino que ocurrió para que las obras de Dios se manifiesten en él’”.

Pero ¿quién entiende esto?

(La gente habla a la vez).

(Una señora en la sala):

—Señor Rulof, porque el ser humano se eleva por el sufrimiento.

—Sí, pero se lo pregunto..., mire, ¿quién comprende esto de la iglesia católica o del protestantismo? ¿Qué protestante entiende eso? Mire, a ver, han puesto tantas cosas en boca de Cristo, ¿verdad?, entonces uno ya puede ponerse a quitar cosas sin parar. Aquí, en cambio, dice Cristo, es Cristo: “Para que los trabajos de Dios se revelaran en él”. ¿Mediante una paliza? ¿Mediante la destrucción? ¿Mediante la ceguera? ¿Es palabra de Cristo? ¿Es con eso que Cristo tiene que venir a la tierra? ¿Con: “Te apalearán hasta destrozarte, tendrás ceguera, perecerás por el cáncer y la tuberculosis y el cólera, de lo contrario no conocerás a Dios o Dios no se podrá revelar en ti”? Eso no lo dijo Cristo. Pero así hay miles y miles de proverbios en la Biblia, que han montado de modo humano. ¿Cómo puede decir algo así un Divinamente Consciente? ¿Se lo oyen decir a los maestros que están en la luz? ¿Es esto un idioma de amor? ¿Esto? ¿De verdad primero hay que destruir cien mil veces al ser humano materialmente y es solo entonces cuando pueden despertar

en él las revelaciones divinas? ¿Cómo es posible eso? ¿Quién ha escrito esto? ¿Quién lo ha dicho? ¿Cristo otra vez? Así se han puesto en boca de Cristo cosas, lo que indica sin la menor duda odio, pasión e inconsciencia. ¿Y quieren aceptar ustedes que Cristo era un inconsciente?

Entonces dicen, cuando hacemos un repaso crítico de esas leyes, entonces dicen de nosotros: somos tan duros. Tienes que ser aun más suave, no tienes que ser tan crítico y no ridiculizar el asunto. ¿Quién ridiculiza aquí a Cristo? Esto sí que es ridiculizar a Cristo, ni siquiera al ser humano, pero con esto ridiculizan a Cristo.

Igual que ese horrible Getsemaní: “Aparta de mí ese cáliz”. Y Cristo yacía por algún rincón del espacio, en aquel Getsemaní. Es de noche, no hay nadie cerca de Él. Los apóstoles, que tienen que velar por Él, están dormidos. Pero Él lo dijo: “Aparta de mí ese cáliz”. No había nadie, pero Él ha... ¿Quién lo oyó? ¿Por qué lo dicen? ¿Quién les da el derecho de hablar así de Cristo? ¿Entienden? Deberían venir ustedes al otro lado, deberían ver al maestro, lo imponente que... ¿No se percatan? Cuando el maestro Zelanus habla de Cristo es como si le entrara el espacio, entonces recibe una fuerza y dice: “Me gustaría torcerle el cuello al mundo entero, el cuello espiritual. Es tremendo ver y oír”, dice, “cómo sigue siendo violado, mancillado y crucificado ese poderoso Cristo, por la Biblia”. Precisamente la Biblia, señoras y señores. No es mi trabajo, pero... Ahora han vuelto a ofrecer una nueva traducción. Veinte años de trabajo. No tiene ni una notita a pie de página nueva. ¿Un nuevo camino? No. Quedaría todo más claro para el ser humano.

Dense cuenta ahora —entiéndalo bien, gente—, están recibiendo aquí una doctrina, la humanidad no la recibirá hasta dentro de cien mil años. Pero luego cada ser humano, cada erudito tendrá que aceptarlo. Si no quieren aceptar ustedes los libros... Son leyes lo que contienen. Tienen razón esos maestros. Y si a mí no me hubieran conducido detrás del ataúd...

La semana pasada había algo en el periódico, esa gente —ah, aquí, en (la revista) ‘Vizier’—, una pandilla de yoguis, uno que se yergue sobre la cabeza, horas y horas, otro que se pincha el cuerpo con cosas, prácticamente habían desaparecido bajo los pinchos, casi; y estos yoguis quieren adquirir conciencia. ¿Qué de fácil se nos pone entonces? Nada más que desintegración. Durante años han... Durante años hemos pensado que estaba viva en Oriente, señoras y señores, pero allí no es. Ahora es Occidente que la tiene. Oriente no es tan consciente. Un numerito lo pueden... Un buen yogui conoce las leyes del cuerpo. No saben desdoblarse corporalmente, pero sí hacerse enterrar. No tienen más que leer ‘Dones espirituales’. Pero ¿conciencia cósmica? No, señor, no la tienen. Y nosotros no conseguimos venderla.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, momento, enseguida estoy con usted.

“Jesús respondió: ‘Esta persona tampoco ha pecado...’. ¿Ven? Resulta que ese hombre: ‘Esta persona tampoco ha pecado ni sus padres...’. Así que eran inmaculados del todo, ¿no? Ay, si empezamos con eso, señoras y señores, entonces —Cristo incluido—, vean lo que sale de allí. Ay, ay, ay, ay, tendrán que enmendarlo detrás del ataúd. ‘Esto ha sucedido para que las obras de Dios se manifiesten en él’.”

Porque primero te tiene que golpear la ceguera, primero hay que quedar completamente destrozado, destruido corporalmente. Entonces, ahora un médico que le libra a un ser humano de la tuberculosis y del cáncer, ¿está más arriba que Cristo? Y así podemos seguir. ¿Es así? ¿Lo comprenden?

Aquí entre nosotros tenemos expertos en la Biblia, consejeros parroquiales, uno, uno muy grande, un muchacho que ha vagabundado por todo el mundo y que ha preguntado a japoneses y chinos, a musulmanes y no sé cuántos más, por todo el mundo: “¿Qué saben de Dios?”. Y entonces aparece uno de nosotros, va a verlo y dice: “Pues entonces ya te enviaré a Dios. Mejor lee eso”. Y responde: “Dios mío, Dios mío, he buscado por todo el mundo”. Y llorar, llorar y llorar. La pena del ser humano que quiere saber, ¿la conocen? ¿El dolor? Tengo aquí a gente que adquirió conciencia en la cárcel y que empezó a sentir que había más que aquello, y sienten gratitud, lo comprenden. Pero la pena de un alma, de un ser humano que busca a Dios y que quiere conocer a Dios y que vagabundea por todo el mundo y no lo encuentra ni lo llega a conocer... Hay centenares de miles de dioses; ¡solo hay Uno y este es auténtico!

Me habría quitado de encima a garrotazos al maestro Alcar si se me hubiera presentado con semejantes cuentos. ¿De dónde he sacado eso? Eso también tienen que ser vidas. Sí, ya estábamos activos en Egipto, pero en mí vive el sentimiento, de niño y eso lo sabemos ahora, eso ha ya ha quedado fuera. Pero semejantes cosas, no entiendo que esa gente no quiera pensar.

Le pasó al maestro Zelanus la semana pasada en Ámsterdam. “No saben pensar”, dice a la gente. Les pareció una noche estupenda, maravillosa. ¿Qué es lo que hubo en eso? No lo tengo muy claro. Dice: “Tengo que enseñarles a pensar. Hablo de cosmología. Hablo de...”. Hablan de aquí, hablan de allá, hablan de esto. Pero ustedes no son capaces de pensar. Sus pensamientos nunca se centran en la cuestión. No conseguirán pasar por allí. Y entonces ofreció la imagen de cómo se aprende a pensar en el otro lado. ¿No es algo poderoso? Pero hay que ver lo tremendamente sencillo que es. Siempre se quiere ir a ese espacio, se quiere ir a Dios; y nosotros que no sabemos pensar.

La escuela... ojala la pudiera..., pero entonces los necesitaría por la mañana y por la tarde y por la noche. Ojalá la pudiera montar aquí, entonces ya verían, gente, cómo cambiarían en un día. Entonces yo los trataría. Y

entonces ya no sería: “Pero, pero, pero, pero...”, entonces ya solo sería: “Sí”. Cada palabra sería ley. Si yo hubiera dicho una sola vez “pero”, me detendría diez años ante los maestros. Nunca he dicho “pero”... jamás he pronunciado “pero”. Y ustedes andan con eso día y noche. Igual que esto. Vamos, lean la Biblia y pongan los libros al lado, entonces disfrutarán de la Biblia. Y entonces podrán sacar exactamente al verdadero Cristo, y entonces Él hablará de otra manera para ustedes. Los conocedores de la Biblia, esos tipos disfrutaban tantísimo en estos momentos de la Biblia porque tienen al lado de ella veinte libros. ¿Entienden? Pero eso ustedes lo saben.

Aquí tengo: “Señor Rulof, ¿hasta qué edad un niño va a las esferas de los niños?”.

¿De quién es esto? ¿Dónde está?

Señora, cuando un niño va a las esferas de los niños... eso puede ocurrir en siete minutos, en siete horas, en siete meses. Si el niño tiene una posesión, es decir, la primera o segunda esfera, usted ya me entiende, entonces cuando se libera del ataúd ya no lo es, sino un ser humano, y tampoco es esto, sino un grado de la vida en el que vive Dios mismo. Nosotros somos dioses. Y cuando ese niño llegue allí... Lo puede leer en los tres libros ‘Una mirada en el más allá’, en la parte 2 y 3. Yo vi allí a mi propia hija y la pude tomar de las manos. Entonces el maestro Alcar dijo: “En breve; puede hacerlo en poco tiempo, lo hace lentamente...”. Pero esa cría ya estaba pensando de forma espiritualmente consciente, porque no es una cría, es una maestra.

Eso también lo han recibido ustedes en ‘El ciclo del alma’. Cuando el maestro Zelanus, Lantos Dumonché, nació en China, entonces murió, la vida terminó en la madre. Se blindó y volvió como un rayo, como un rayo a su esfera; y entonces era un ser humano, ya era un adulto. Porque pueden ustedes volver como un rayo, en tan solo una millonésima parte de un segundo, a la conciencia..., eso se llama la conciencia adulta.

Yo lo he vivido, señora. Con el maestro Alcar he atravesado centenares y miles de madres. Entonces tuve que aprender y aceptar cómo era atraída el alma a la tierra... por el hombre y la mujer, desde el mundo de lo inconsciente —ese es el mundo para el renacimiento—, y entonces fuimos descendiendo con esa alma en la madre y éramos tan pequeños como ese embrión, tan nimios. Pero no dejábamos de pensar. Porque como conciencia, de grande, de todas formas no puedes descender en ese pequeño templo de células, donde vive la célula de usted y donde es fecundada, e inmediatamente..., ¿no? Esa alma ya puede estar viviendo en mí, y ya en ustedes.

Porque ustedes piensan, naturalmente, ustedes lo hacen muchas veces, igual que el ser humano —no hacen muchas preguntas al respecto, pero es que son cósmicas—, el ser humano piensa... si son ustedes uno, el ser humano piensa: ‘Ahora viene el alma que atraemos’. ¿Lo sabían? ¿Lo saben? Pero,

señora, ya pueden estar siete años bajo la fuerza de esa alma. Puede usted ser una niña todavía, entonces ya está en contacto con la maternidad, y entonces atraerá..., entonces esa alma es..., ya está lista, ya está influyendo en usted, ese nacimiento ya está activo —¿entiende?—, años y años de antemano, esa alma ya está cósmicamente determinada, ya está activa. Entonces llega el despertar para el nacimiento. Y entonces esa alma, esa vida la conduce a usted infaliblemente a quien la tiene que atraer, eso también forma parte del ser uno del hombre y la mujer.

Es tan tremendamente imponente, señora, y tan sagrado y hermoso, cuando llega usted allí. Cuando van a vivir y sentir y a ver las cosas juntos, como hombre y mujer, y empiezan a ver, a saber, lo que ocurre cuando viven el ser uno cósmico, crear y dar a luz para Dios. Es entonces cuando uno se puede postrar y poner de rodillas para rezar, para prepararse para la división divina, porque es eso.

Todo eso se lo enseñaré cuando recibamos el templo aquí en la tierra. Y entonces dijo Abraham..., ¿cómo se llamaba esa otra, aquella mujer? Tenía 194 años y aun así todavía dio a luz a siete hijos... “Cuando andas en ese amor...”. Quería decir “Frederik”. “Cuando andas en ese amor...”, dice Frederik, “ahora entiendo por qué esa Eva de Abraham todavía tuvo un hijo a los 190 años”. Porque en este amor no eres viejo, quiere decir él. Y ¿Dios lo sabe hacer todo? No, es cuando el ser humano sabe hacer todo, entonces se es uno.

Pero un niño, señora, de lo que se trata para usted, va, por tanto, a las esferas, sigue un tiempo allí, y esta vida despierta a medida que haya sentimiento y conciencia. Y cuando un niño, señora —ahora escuchen bien, madres y padres—, y cuando un niño tiene felicidad... Porque un niño siempre la tiene, nunca vive en una tierra crepuscular ni nunca en la tierra de odio. O bien regresa a la tierra o bien va directamente a la primera esfera, a la segunda, a la tercera. Y con que la madre solo posea una sintonización un poco diferente con el niño, pueda odiar y sea descarada y gruñá y bufé, al niño ya se le mantendrá al margen del entorno de usted, porque esa madre que espera y cuida allí a ese niño está cien mil veces por encima del amor materno del ser humano terrenal.

Si usted da ahora al niño un glorioso sentimiento que se dilata, pero no tira... Con que solo piense un instante: ‘Necesito que se me devuelva mi niño’, entonces este ya no podrá llegar hasta usted, porque ya lo mantendrán alejado de usted, porque entonces usted lo absorberá hasta dejarlo vacío. Debido a que usted lo ama, lo absorbe hasta dejarlo vacío. Porque allá su hijo ya no es su hijo, ni aquí ni allá. Aquí sí todavía, pero allí será una entidad divina, un Dios. Contemplará usted niños, pero son una divinidad con un entidad propia y un mundo y conciencia. Entonces un niño desde luego que cambia.

Y eso es lo que tanto me habría gustado en mi vida, poder darle todo a esa

cría, dejarla que me trascendiera, ser un amigo, un camarada, un maestro. Pero de ser padre, nada; se eso se me privó sin vuelta atrás. Porque por el amor paterno y materno los seres humanos han ahogado por completo el contacto y la conciencia universales, ¿no es así? Porque ustedes aman paternal y maternalmente, de forma imponente —están obligados a hacerlo—, pero tienen que conocer el espacio, desprenderse; ya saben: su criatura continuará, volverán a verla, pero detrás del ataúd ya no será de ustedes. Estarán ante su criatura y ella estará también así ante ustedes. Yo estuve delante de mi propia hija, y pude descender en esa vida, eso se me concedió. Pienso: ‘Madre mía, ¿qué va a pasar aquí?’. Y entonces hubo: “Padre, seré por unos instantes también su maestro”.

Digo: “Sí, lo veo”.

Tenía un amigo, Gerhard el cochero, lo conocía desde hacía años, en ‘Aquellos que volvieron de la muerte’. Entonces estuvimos uno frente al otro, le digo: “Gerhard, oye, cuéntame lo que contaste en la tierra, con ese palo encima de tu ataúd: pum, pum, pum”. Le corrían las lágrimas por las mejillas, ya solamente porque ese hombre había dicho disparates: pum, pum, pum. Dio unos golpes. “Ja, ja”, dice.

“Pablo Nabo”, así me insultaban en el garaje. Pero allí llegarán hoy o mañana esos “Pablos Nabos”. Cuando estén ustedes allí y sus vidas se hayan ido, sus padres y madres; son niños, pero son entidades, tenemos que desprendernos de ellas, ¿entienden? Esos sentimientos raquíuticos nuestros hay que erradicarlos; no, no hay que erradicarlos: tienen que adquirir espacio universal. ¿No es eso algo poderoso?

¿Quién puede darle eso? ¿La Biblia? Sí, cuando Cristo hable de verdad, tendrán ese amor universal. Cada palabra de Cristo —ahora viene— está dogmáticamente materializada. Por Cristo ya casi no se puede encontrar un núcleo divino. Cuando Él dice: “Yo y Mi Padre somos uno”, pero entonces uno atraviesa primero la iglesia, ¿entienden? Y esta vez, ¿qué queda de eso? Sería raquíutico.

(Jozef continúa leyendo):

“Y cuando alcanzan esa edad, ¿a dónde van entonces?”.

Entonces esos niños van a su propia sintonización. Llegan a la esfera donde hay serenidad, es un estado etéreo. Cuando uno ve eso, señora, llora hasta quedarse vacío; entonces puede decirse: allí hay santidad. Pero eso es poderoso: estar en una esfera donde no pueden penetrar trastornos, ninguna fuerza del pensamiento. Porque esa esfera es suave, conforme a la conciencia de los niños. No están echados en moisés. Sobre eso les puedo contar historias poderosas, les haría llorar esta misma noche. Miren, vean cómo vive allí un niño. Muchas veces también hay madres que van allí, madres tremendamente golpeadas por la pérdida, entran en pensamientos... Luego volvían a

verme y decían: “Señor Rulof, anoche he visto a mi criatura”. Sí, es posible. Y entonces yo veía en esa aura que era cierto: habían hecho un desdoblamiento en pensamientos. Pero de nuevo: división de la personalidad, la mitad en el cuerpo y ella para fuera. Y lo he visto, la criatura andaba allí. Digo: “¿Cómo era la esfera?”. Así podía controlarlo. Y habían estado. Y entonces el dolor era... Miren, si la madre otra vez... Esa mujer era buena y maravillosa, y si los sentimientos se sintonizan con el mundo al que va el niño, la madre puede llegar a tener contacto con la vida, porque es eso lo que Dios quiere: que empiece a haber comprensión.

Pero ahora ustedes están en contra de esas cosas, ya entenderán: son ustedes inalcanzables. Ahora lo que hace falta es... todos esos sentimientos clericales tienen que salir de ustedes. Pueden conservarlos siempre que acepten la reencarnación, si aceptan el mundo astral consciente; así vuelven a tener contacto y el niño puede volver, el maestro puede volver con el niño: “Allí está mamá”. Pero no le causan tristeza a ese niño. Aunque si hay una desgracia y no tenemos esa sintonización entonces no se crean que allí un maestro..., la madre que cuida a ese niño... ¿Y eso qué es, “cuidar”? No es más que hablar, explicar las leyes, tal como las están viviendo ustedes ahora. Estas no traen de vuelta a la tierra al niño cuando allá ven que hay alguien por allí tirando de él que no lo puede aceptar. No hace falta que vengan porque eso no lo aceptan ustedes; eso es diabólico. ¿No es horrible? Resulta, pues, que para la iglesia católica, para el protestantismo el contacto con el otro lado no lo hay, no lo saben; pero en caso de que sí lo aceptaran, seguiría siendo diabólico. Y entonces la madre tiene que... Ese niño no vive allá, vive en aquella tumba, o donde sea. Seguro que ya conocen esas leyes. ¿No le parece, señora? Madre de Dios. No entiendo que la gente siga aceptando esto, en 1952.

Pero si llega una nueva traducción de la Biblia, entonces créanme que millones de personas más vivirán conscientemente en ella, y que de momento no saldrán de allí. Pero eso es muy sencillo. Porque según cálculos humanos el universo, bueno, la tierra, tiene trece, catorce años. La madre tierra acaba de dejar atrás sus años de pubertad. La madre tierra recibe... —ahora vendrá otra palabra rara de Jozef Rulof—, la madre tierra acaba de echarse un novio. (Risas).

Es así, ¿o no? Ahora empieza a mirar un poco al espacio que influirá en ella y que dará a luz. Cuando uno llega a la calle De Ruijterstraat tienen: “Vaya, la madre tierra, que tiene novio”.

¿Aún no se han vuelto locos, señoras y señores, aquí? ¿Todavía no se irán corriendo, dejándome solo? Con que me quede una sola persona ya estaré contento, claro, si paga la sala, porque de lo contrario es que no hay manera. (Risas).

(Jozef continúa leyendo):

“Cuando un niño hace la transición, ¿es que entonces se ha completado su ciclo en la tierra?”

Señora, cuando un niño..., cuando un ser humano va hacia el otro lado y entra al otro lado de forma consciente, se ha completado el ciclo de la tierra. Eso todo lo encuentran en los libros. Cuando el ser humano aún tiene que volver, entonces... el niño se disuelve directamente en el momento de morir, ya se disuelve el espíritu. No hace falta que acuda un maestro y no hay nadie que ore ante el cadáver y tampoco hay personas que tengan que llevar, impulsar, a esa alma a ese mundo para el renacimiento; todo eso va por sí solo. No acude nadie, ese espíritu se disuelve, se desvanece, porque ese mundo para el renacimiento atrae al espíritu; tan sencillo como eso. Y entonces ese niño vuelve, quizá en quinientos años, seiscientos, seis mil, veinte mil años.

Señoras y señores, ustedes hablan de una semana y un mes y un año, pero... Aquí hay gente que tiene que volver a la tierra. Y cuando ustedes regresen más tarde... Eso no era posible en la era prehistórica, entonces era posible que los golpearan y patearan y torturaran, bajo la pez ardiendo. Y cuando luego regresen..., una sola persona entre nosotros vivirá entonces el paraíso, porque la tierra llegará a tener... —la madre tierra y sus hijos—, recibirá conciencia. Pero entonces no hará falta nadie que tenga que ir a recoger a ese niño, señora. Una vez completado el ciclo de la tierra, continuarán ustedes, continuarán conscientemente. Un niño —y ahora escuchen bien, esto sí que es diferente—, un niño, un bebé, de uno a tres años, cuatro, todavía son inconscientes. Pero, ay, si un niño cumple seis, siete años, y ya empiezan a tener ustedes odio y ya ven el carácter, estén seguros de que todos ellos —y un chico de diez, once años— tienen que volver, y entonces el mal ya tiene un peso considerable, ya lo pueden ver, porque no tiene tierra crepuscular. Uno de catorce puede estar brevemente en el límite de la tierra crepuscular; entonces a ese chico, cuando llegue el parto, la pubertad, se le puede... La pubertad es para aquí, es conciencia para el espacio. Cuando el ser humano accede al espíritu de la maternidad consciente, lo llamamos aquí los años de la pubertad, pero es el despertar para el otro lado; y con ese niño se puede hablar y podrás enseñarle. Pero en esa vida hay violencia, eso ya lo comprenderán, ese niño no puede vivir allí y no puede vivir aquí, no puede vivir allá, tiene que volver, tiene que volver a la tierra para completar esa vida, porque son... Claro, ahora podrán decir ustedes, un chico hace..., un niño hace la transición puramente por enfermedad, bueno, hay muchos niños que fallecen por accidentes —¿verdad?—y todo eso son nacimientos. Un nacimiento que los conecta con su evolución de alguna manera u otra.

Y todo lo que comento aquí, señora, son libros: libros de quinientas, seiscientas, setecientas páginas, si uno quiere analizar una palabra de esas, una mínima pregunta de esas. Ya comprenderán, voy saltando de aquí allá, les

añado la imagen, es necesario... Y deberían ponerse a analizar eso de forma cósmica, porque es en aquello que vive la ley, no aquí, sino en el cosmos, es decir: en esa profunda evolución para el ser humano, allí es donde vive esa ley. Nacimiento, renacimiento, paternidad, maternidad, fallecimiento temprano, abandonar la vida terrenal pronto, de lo contrario llegarán a los sesenta, setenta años.

Pero, señora, ¿cuándo —eso lo he preguntado aquí—, señora, madre, cuándo habrá terminado ya su vida para la tierra? ¿Cuándo? Esa pregunta la he hecho aquí varias veces. ¿Cuándo se habrá terminado de vivir la vida para un niño, para el ser humano?

(Se dirige a alguien en la sala):

Dígame, señora.

(La señora dice algo, es inaudible).

Mire, de eso he hablado. Cuando el niño fallece dos días después del nacimiento, entonces la vida ya está vivida. Nunca es posible vivir más y asimilar más que el nacimiento para el niño. Por el nacimiento adquirimos un grado más elevado de evolución. Lo que pueden asimilar ustedes en este espacio, en la tierra..., aunque se hagan catedráticos para miles de facultades, no vivirán ni alcanzarán mucho, dama, señor, señora, más que el nacimiento, entrar en la madre, crecer, salir de la madre y morir. Es la conciencia más elevada y, miren, para el ser humano. Y ahora pueden aprender y aprender y aprender, y estudiar y estudiar y estudiar. Por eso esto es tan poderoso, porque ya no nos hace falta buscar. No adopté la teosofía ni la doctrina para los rosacruces; si no tuviera esto, jamás habría empezado, porque dentro de mí vive algo; ellos siguen buscando miles de cosas.

¿Ya se han dado cuenta alguna vez de que hayamos hecho un análisis débil de un estado por medio de los maestros? Nosotros sabemos analizarlo humana, corporal, espiritual, espacial y divinamente. ¿Han podido leer eso en alguna parte de la tierra? Han estado ustedes veinte años en la teosofía, ¿se lo ofrecieron allí? Eso no es para ellos, no es para ellos.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, ¿qué sentido tiene entonces que un niño sea atraído a la tierra y se muera dos días después?

—Es evolución, común y corriente, real. Mire, yo ya le digo: aunque llegue usted a la edad de sesenta, setenta, ochenta años, y aunque alcance el arte y viva lo otro; ahora tenemos —gracias a Dios— la posibilidad de que los maestros hayan vuelto a casa y digan: “No se suiciden, porque yo eso lo he vivido. Te meten en la tierra, tienes que vivir una putrefacción y dolor y pena; ¡no lo hagan!”. Es para eso que vienen. Y, naturalmente, para todo lo demás. Pero ahora la astronomía, la biología la pueden ustedes..., ahora ustedes van a materializar el conocimiento de la tierra, de ella, el nacimiento de la tierra,

las leyes de dilatación, de densificación, para un biólogo, un geólogo. Un teólogo llega hasta el alma, hasta la vida, hasta el espíritu, ¿verdad?, hasta Dios. Ahora pueden asimilar ustedes un estudio, pero el propio nacimiento para el ser humano los reconducirá infaliblemente a Dios. Aunque tengan los conocimientos y no hagan nada para conseguirlo ... no renacerán, ¿no? Y, sin embargo, atravesarán poco a poco a Dios, porque ese núcleo divino —eso es lo infalible en el ser humano—, porque ese núcleo divino vive en nosotros. Somos núcleos divinos. Un solo ser humano es una chispa divina, una entidad divina; esa entidad se reconduce a sí misma a la Omniconciencia. ¿Entienden? Infaliblemente, por medio de la paternidad y maternidad. ¿Y qué ha ocurrido ahora? Ahora nos hemos puesto a dar golpes y patadas, hemos construido enfermedades, hemos creado disarmonía, y ahora nos hemos echado a patadas de la armonía divina. Y por eso se considera ahora que podemos esperar hasta diez mil, veinte mil años antes de renacer. Pero en ese nacimiento —¿entienden?—, allí vive todo, allí poseemos todo, todo del espacio.

Cuando el maestro Alcar me dijo..., dice: “Con que convenza a un solo ser humano, lo convenza verdaderamente de la muerte y de Dios, entonces habré conseguido más que en todos los años de mi arte”, y él era Anthony van Dyck. Y es cierto, señora, a Rembrandt lo pueden ver de nuevo en las esferas. Yo lo he visto allí. He visto a muchos de esos grandes maestros aquí. Dice: “Ojalá hubiera tenido esto y lo otro, entonces lo habría hecho de una manera aun diferente”. Sin duda, observamos esas cosas hermosas, es algo del ser humano para ser representado en imágenes. “Pero los productos de la creación, eso sí que es saber cómo es nuestra vida”, dice el maestro Alcar como Anthony van Dyck y lo dice Rembrandt, lo dicen Tiziano y Leonardo da Vinci y los grandes, “eso es algo tan imponente para el ser humano; mostrarlo con el pincel, materializarlo, analizarlo, esa es la autoridad del espacio, la posesión más elevada para el ser humano”. Y es cierto. Porque todo permanece en la tierra.

Ya verán luego lo que poseen detrás del ataúd el pastor protestante, el teólogo, el genio del mundo aquí, lo que posee ese genio. ¿Qué son, pues, los genios de la tierra? ¿Pues? A esa gente se les honra y se les carga, ¿no es así? Ridiculícenlo, adelante. Ha vuelto a fallecer un muchacho de esos, un soldado de esos: ¿cómo se llama ese hombre? Lo harán rápidamente mariscal y, bueno, ¡vámonos! Pero hay que saber lo que ese hombre, esa alma, ese espíritu tiene en su conciencia. Llegará... Adolf... ¿Es un honor para nosotros hacernos grandes en la tierra, para la sociedad, cuando sabes que allí nos destrozamos para centenares de miles de siglos... —sí, de todas formas llegarán allí otra vez—, cuando nos destrozamos conscientemente para centenares de miles de siglos? ¿No es ridículo? ¿Quién nos va a aceptar y creer? ¿A dónde vamos?

Pero cuando tengan esto, deberían mirar cómo empezarán a ver ustedes la sociedad. La gente que llega aquí dice: “Cielos, cielos, que tonta es la gente”. Pero eso tampoco lo sabían hace dos años. Yo pensaba que la gente no vivía nada. Hace algún tiempo dije: “De todas formas, no aprenderán, mejor lo dejo”. Pero aprenden muchísimo, porque ya lo recibo a diario. Y aunque solo sean diez. Solo ahora empiezan a ver lo cerrados que son los eruditos. Pues sí, allí estamos.

(Jozef continúa leyendo):

“Cuando los padres viven la muerte de su hijo, ¿es karma para ellos o evolución?”.

Creo, señora, que esas preguntas las he contestado. ¿Tiene usted misma alguna pregunta?

(Dirigiéndose a la gente en la sala):

¿Tienen preguntas sobre esto?

(Señora en la sala):

—¿Le entristece a un niño hacer la transición?

—Jamás.

—¿Nunca quería volver a la madre?

—No, no. Mire, si eso, sí, brevemente, ese sentimiento... Cuando usted pierde a un hijo —digamos: si lo pierde—, ese hijo tiene..., ese hijo se va con la imagen de usted en su interior, y a medida que... Y ahora fíjese: ahora llega a un espacio, envuelto en una enorme santidad, en un silencio, en una maternidad. Vuelan, planean, los maestros se los llevan, a ese niño, y hacen un viaje por el espacio. Ay, ay, Dios mío, señora, ese niño ya se habrá disuelto en ese espacio en cinco minutos y... Si de verdad hay amor y si es necesario, esa madre también vuelve a la madre en la tierra y dice: “Mira”. Y entonces ese niño recibe en poco tiempo las explicaciones que está recibiendo usted ahora. Y entonces esa madre tiene que contar: “Sí, es tu madre, pero tu madre soy yo y aquella lo es, y esa de allí, y esa de allá”. Y entonces tenemos millones de madres. Hemos conocido a millones de madres.

Aquí estoy como hombre, pero miles de veces, desde la jungla hacia la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), he sido madre, he dado a luz a niños. He visto mis vidas. Y entonces uno no se siente tan raro ante eso cuando ha dado a luz a cinco, seis, siete niños. Entonces empezamos a tener amor universal, contacto universal.

¿Sienten la forma tan poderosamente pura en que esto avanza poco a poco por el universo? ¿Puede existir otra cosa? Imposible. Si ese niño tiene dolor, se resolverá en pocos segundos. Cuando, por ejemplo, al niño le muestran la realidad, dice: “La de cosas que entonces tiene que aprender mi madre todavía. Yo ya estoy”. Cuando ese niño se pone a pensar tan solo un instante —cuando haya llegado a ese punto— y la madre lo puede devolver a la tierra,

el niño dirá: “La de cosas que mis padres pueden aprender de mí. Solo tengo siete años”. Pero ese niño recibirá en cinco minutos materia por la que tendrá siete mil años más. Aprenderán ustedes en el otro lado en cinco minutos, en cinco minutos tendrán centenares de miles de siglos más.

Por un solo viaje a las esferas tuve cien mil años más. Y ahora he vivido el cosmos entero, señora. He hecho cientos de miles de desdoblamientos conscientes. Cuando lea usted mi ‘Cosmología’, le dará miedo —¿no es así?—, le entrará miedo. No se creará, señora..., entonces se preguntará: “Pero ¿cómo es posible que Jozef Rulof viva aquí todavía?”. Y ese es mi arte. De vez en cuando sí que me dan ganas de subirme por las paredes. Pero también conservo las fuerzas para mantenerme agarrado. Pero cuando reciba usted ‘La cosmología’... Cuando esos veinte libros los haya... Señora, no son más que migajas en comparación con lo que poseen los maestros y con lo que me han mostrado.

Y ahora Cristo. ¿Y qué ha contado Cristo, pues, en la Biblia, durante Su vida? Todo se lo rechazaban. Si hubiera conseguido convertirlo en algo más, tan solo brevemente, ya lo habrían asesinado antes de los treinta y tres años, antes de los veinte. ¿No lo entienden?

Si ahora, aquí en La Haya, aquí en Holanda... Yo soy el rebelde en Holanda —bien lo sé—, me insultan y me gritan, soy de todo. Entonces dicen: “Pues entonces hay que ser de piedra, ¿no? Pero, señora, amo a aquellos que me insultan. No me dicen nada. Tampoco me afectan en nada. Lo soporto. Es de lo más sencillito. No tengo que ver nada ni con el ruido ni con las tonterías. Son niños pequeños. Pero si la sociedad no hubiera llegado hasta aquí, ay, señora: ya me habrían lapidado hace mucho.

¿Qué tendría que haber hecho Cristo entonces? ¿Volver otra vez ahora? Señora, eso se lo podrá contar el niño en el otro lado, que esté dos semanas en la otra orilla, en manos de la sacerdotisa, de la maestra, de la madre —también madre, a su vez—, porque esta va a empezar diciendo: “Te conozco, cariño. Anda, vente”. Y entonces tira..., esa madre tira de ese niño hacia su vida en la que fue madre. Porque llegarán a ver su propio contacto, su propia vida, su propia conciencia. ¿No lo cree, señora? Usted ha tenido centenares de miles de vidas, ha tenido un millón de vidas. Ha sido usted quinientas mil veces madre y padre. ¿Dónde viven todos esos niños nuestros? ¿No habría ni uno ni dos ni tres en el otro lado, de tal y cual época, en la primera esfera, la segunda o la tercera, que ya hayan alcanzado esa conciencia? Y esos nos acogen. Y entonces estamos de todas formas otra vez ante una madre. Y entonces se convierte en una maternidad universal. Y eso lo ha dicho Cristo, pero no lo entienden.

¿Tienen más preguntas sobre esto?

(Nadie dice nada).

¿No hay preguntas?

(Una señora en la sala):

—Sí.

—Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—Dice usted que si un niño muere dos días después de nacer que entonces va a una conciencia más elevada. ¿Eso solo es para un nacimiento normal? ¿O también es así para los niños que llegan al mundo hechos trizas?”

—Sigue siendo lo mismo. Mire, cuando un niño, hecho trizas... Mi hija ha salido de la madre hecha trizas. Estaba yo mirando allí y pienso: ‘Ah, sí, cierto, allí también yace Gommel’. Pero me fui muy rápido. Llegué a esa pequeña habitación mortuaria y me encuentro con un bebé de la incubadora, de poco más de dos kilos. Acababa de morir. Jamás he visto algo tan hermoso, a su lado había algunas velas.

Pero mi Gommel yacía en un tul de esos, tirada en la esquina, como un cerdo sacrificado, porque no estaba bautizada, ¿entienden, verdad? No me faltaron ganas de aporrear toda esa iglesia hasta no dejar títere con cabeza. Sigo sin saber cómo pude aguantarme allí. El maestro Alcar que me viene a ver. Escribí el librito, pero... La llegada de Gommel, la partida de Gommel, así, analizando también las leyes, y el reencuentro en el otro lado; fue un libro pequeño. Lo volvimos a escribir. No creo que se publique. Pero nos serviría para hacer felices a cien millones de madre. Pero esa niña pequeña de allá, estaba bautizada, claro, cuatro velas. Y yo me quedé mirando la pobre Gommel. Pienso, no —y allí yo ya me ponía a hablar—, digo: “Esto pinta mal para ti”. Pero debería haberlo vivido otro padre, así, tu propia hija, los hombros separados, las piernas colgando como si nada. Digo: “Pero somos igualitos”. “Adiós, mi Gommel”, dije, y me fui. Y entonces esa cajita la cogí tan pancho, yo solo, bajo los brazos, y me fui con ella al cementerio. No había nadie. No me acompañó nadie. Podría haberme llevado a alguien, pero: “No lo hagas”, dice el maestro Alcar, “vete solo”. Y entonces me llevé la cajita así, en un taxi. Y llegó el hombre de los cadáveres. Y en ese instante, cuando él..., cuando ese hombre... ¿Cómo se llama un hombre de esos?

(Señora en la sala):

—Un enterrador.

—Un enterrador. Entonces llegó mi hermana, Miets, vino, dice: “Jeus, te ayudaré a cargar, porque ya vi a Gommel”. Y entonces mi hermana —porque el peso empezaba a notarse—, empezó a andar dentro de mí, y después ya no costó nada. Y dice: “Terminará encima de mí, eso ya lo he visto, porque mi lugar está allá”, y allí el hombre cavó una pequeña tumba, entraban unos diez niños, doce, “y allí es donde estará Gommel”. Y entonces fuimos a averiguar-

lo después, y Gommel yacía justo encima de Miets. Digo: “Esto es así y no de otra manera”. Y entré en trance, donde ese hombre, y entonces el maestro Alcar habló dentro de mí. Aquel hombre se puso a llorar. Y así media hora.

Dice: “Jamás he vivido un entierro como este. ¿Es usted por casualidad ese chófer?”.

Digo: “Sí, el mismo”.

Y me dice: “Ay, señor Rulof, esto sí que es un entierro”.

Digo: “Sí, es mi hija”.

Dice: “¿Cómo es posible?”.

Pero años y años después lo procesé; primero en las esferas, después de vuelta. Y después los problemas.

Su pregunta: Si un niño queda desgarrado... Señora, ese bebé nuestro tenía que nacer, el médico lo tuvo que hacer con fórceps, y tuvo que hacer esto y lo otro. Ya entenderá usted que eso no tiene nada que ver, porque el espíritu de Gommel ya había partido.

(Señora en la sala):

—Entonces el caso de Gommel fue muy diferente...

—No.

—...porque ella fue directamente a una conciencia más elevada.

—No, señora, eso para cada ser humano es exactamente igual, porque se tiene que vivir el nacimiento como una ley única. Así que el ser humano que nace, que vive en la madre..., para ese ser humano, para ese espíritu, el nacimiento es nacimiento.

(Señora en la sala):

—Pero ¿es que no puede ser karma, que llegue hecho trizas?

—No, son trastornos materiales. No. Aquello era parte del nacimiento. ¿Y cómo quiere usted convertir algo que es real..., cómo quiere convertir eso en karma? Es imposible. Esto fue un nacimiento común y corriente. Y la criatura era demasiado grande, así que salió muerta en vida.

Claro, ahora podrá aducir: si el espíritu de esta criatura —pero vuelve a ser lo mismo, porque de todas formas volverá a ser evolución— tiene que volver a la tierra, ¿entiende?, entonces el nacimiento sigue siendo nacimiento, ¿no? Que si tiene que volver usted a la tierra o que si vuelve usted al otro lado, no tiene nada que ver ahora con arriba y abajo, sigue siendo el nacimiento para este espíritu, una nueva reencarnación, un nuevo paso. Porque si quiere usted vivir todo eso, si tiene la primera esfera, tendrá que hacerse madre. Si quiere vivir el renacimiento —y eso cada ser humano lo recibirá—, hará la transición en ese nacimiento, se convertirá en nacimiento, y entonces entrará usted en la madre. Será atraída por personas que ya no tienen nada que atraer para ellas mismas —¿entiende?—, que tienen libertad para atraer, que no tienen hijos, pero que pueden atraerla a usted. Eso existe, de lo contrario no

se podrían vivir esos milagros, porque es como si cada ser humano estuviera ocupado, ocupado cósmicamente. Tenemos que dar a luz a centenares de hijos antes de que terminemos con nuestros nacimientos del karma, antes de que los hayamos dejado libres. De modo que cada ser humano tiene que atraer sus propias almas.

Pero en la tierra también viven personas que son libres, que han terminado, y estas pueden atraerla a usted. Y entonces, después, usted lo podrá vivir. Así que cuando llegue usted al otro lado y quiera volver una vez más, es posible que en este mundo haya un hombre y una mujer que la atraigan, y entonces volverá usted a morir, porque no podrá vivir la nueva vida, sino que morirá usted sin remedio, en la madre, justo antes del nacimiento, o siete horas después —puede alargarse hasta siete semanas—, pero entonces habrá terminado. El nacimiento tiene conciencia interior y conciencia material. Es decir: el niño vive en la madre, tiene el sentimiento y la vida, pero sigue dilatándose brevemente, y entonces recibirá usted unas semanas más, unos meses más, para vivirlos. Usted podrá revivir brevemente al margen de la madre durante el tiempo que haya durado el alumbramiento, pero después se romperá el cordón y habrá desaparecido el aura, y entonces ese espíritu irá al lugar de donde vino. ¿Ha quedado claro? ¿Algo más?

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señora.

(Señora en la sala):

—¿Es desde la primera esfera?

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—¿Ocurre esto solo desde la primera esfera?

—Sí. ¿Por qué? ¿Por qué lo puede usted solamente...? Y entonces aún tiene que..., en la primera esfera ya tiene que ser usted plenamente consciente. Si tiene entonces la sintonización..., llega usted, por su amor, por su sentimiento, por su bondad, llega usted al otro lado en la primera esfera. Pero eso no significa que por tanto posea maternidad espacial. Pero ya puede tener sintonización con la primera esfera, conforme a su vida, a su personalidad. Esta esfera, sin embargo, es de una profundidad tan imponente que para tomar posesión de ella necesitará miles de años. ¿Y qué es, pues? Entonces hay que conocer todo, todo esto. Es mucho más que esos libros de allí. Pero entonces la atravesarán a usted centenares de miles de libros, y solo entonces llegará a la maternidad espiritual, a la maternidad espacial. Y solo entonces se preparará usted para poder volver a la tierra. ¿No es sencillo? Porque cuando uno llega allí a la primera esfera y todavía no tiene la conciencia, no es posible pensar en el nacimiento. Y no es una gracia, no, esa ley del nacimiento

la tiene que construir usted misma en su interior, hacer que esta empiece a evolucionar, y entonces nacerá usted, se disolverá. Y eso es algo que podrá hacer cada ser humano, todo el mundo, cada chispa como ser humano. Eso lo recibirá usted también, solo para determinar las leyes de Dios —ahora de forma consciente—, porque cuando regrese semejante alma, esta seguirá estando plenamente consciente en la madre, en un porcentaje determinado. Y estas no molestan. Porque estas asisten ahora al crecimiento, a la materialización, a la dilatación del organismo humano... viven el surgimiento de los ojos, cuando la luz entra en ellos, cuando empieza a despertar la maternidad o la paternidad. Porque esas cosas las vemos, es cuando vemos cómo los tejidos se materializan sin lugar a duda para la creación y el alumbramiento. Porque es una infinitud la que vivimos en esos nueve meses. Cuando uno llega a conocerlo, es tan imponente...

El maestro Zelanus dice: “Lo he vivido para mí mismo, en la jungla”, dice, “tres veces, con una madre, con un negrito (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra “negrito” era una denominación habitual para alguien de piel oscura), en el corazón de la jungla. Lo he vivido donde los esquimales. Lo he vivido en China. Lo he vivido entre otros pueblos, el ser atraído, sin lugar a dudas para el estudio”, dice, “porque yo quería saber, quería saberlo todo, y llevarlo, además, a la tierra”.

Allí la mayor parte de la gente está ocupada, y viven cosas, las viven, las viven, y todo eso es para ellos mismos. Y entonces uno recibe el nacimiento —¿entiende?—, es cuando el ser humano en realidad está construyendo algo, de forma inconsciente, para la tierra, y para sí mismo. Y entonces uno tiene..., entonces uno recibe la conciencia espiritual cósmica y podrá usted explicar y analizar cualquier ley para el espacio que sea, para la paternidad y la maternidad —por eso el maestro Zelanus es cósmicamente consciente, igual que el maestro Alcar—, para lo que sea, porque habrá vivido en la madre, de forma consciente, la paternidad y maternidad más elevadas. Por eso todo esto es infalible para los maestros, porque volvieron a nacer, volvieron a nacer.

Y si ustedes también quieren nacer, señoras y señores, pues fíjense en la puerta de allá a la izquierda, allí les espera un té.

(Risas).

Y entonces eso también será un nacimiento material para su sed, lo cual no tiene nada que ver con el universo. Qué gracioso, ¿verdad? Enseguida, enseguida estaré con este señor.

DESCANSO

Señoras y señores, vamos a seguir. La semana pasada me pasaron una carta, después de la conferencia, era para mí, pero se la leeré.

“Quisiera que me diera su opinión sobre lo siguiente. Le ruego que primero lea las preguntas en su conjunto y que las responda después. ¿Están justificados su crítica demoledora y su enfoque parcial de las iglesias y los de los ‘ismos?’”.

Las personas que han asistido a todas nuestras conferencias, ¿han oído alguna que yo derribe cosas?

(Gente en la sala):

—No. Jamás.

—Cuando a golpes enderezamos algo que las iglesias y la Biblia han retorcido de la misma manera, entonces ponemos para ello un nuevo fundamento, señor. Jamás ha ocurrido. Cuando el ser humano oye que demolemos, no quiere perder su propio fundamento retorcido a golpes.

Pero continúo. “¿Están justificados su crítica demoledora y su enfoque parcial de las iglesias y los de los ‘ismos?’ Estas iglesias dan a la masa una parte de la verdad universal, en una forma sencilla. Y ese alimento parcial, que la masa solo es capaz de soportar; y eso es incluso más de lo que puede entender la masa que piensa por su cuenta, que lo procesa y aplica en la práctica”. A eso ya he respondido aquí cientos de veces, ¿saben?

(Gente en la sala):

—Sí.

—“Ofrecen a la masa los conceptos fundamentales para la vida espiritual, moral y cultural, y ponen la simiente para un pensamiento y una vida más elevados espiritualmente”. Eso no es cierto, pero bueno. “Obligan a la persona que piensa por su cuenta a ponerse a buscar la verdad que falta y que es pura”. Sí, señor, lo mismo decimos nosotros. “¿No ha sido educada la mayor parte del público presente en la fe cristiana y no ha madurado gracias a estos principios fundamentales para poder comprender las verdades más elevadas?”. Sí, señor, igual que yo mismo. Yo también procedo de la iglesia católica. “¿No sería más eficaz y más elevada la crítica constructiva que la destructiva, que el menosprecio y que arrojar una luz que lo ridiculiza todo?”. No, señor, volveré sobre esto. “Jamás lo he oído hablar sobre la tarea, sobre cómo sirve un sacerdote a su karma”. Aquí dice usted algo, es tan... Si ha aprendido usted teosofía, es que es tan raquíta e inconsciente, porque esto es imposible. “Su tarea, pues, es servir”. Miren: “servir con karma”.

(Risas).

No, no se rían, porque para esto venimos, esto es serio. “Su tarea, pues, es servir conforme sus conocimientos y fuerzas; ese es su karma, aquello que construyó en vidas anteriores. En cuanto ese karma se haya procesado, será capaz de seguir construyendo su vida”. Aquí escribe cosas contradictorias. “En mi opinión no hay que buscar la cuestión de la culpa donde el clero, sino donde la humanidad. En cuanto la humanidad en su conjunto haya tras-

cendido el nivel actual, ya no necesitará el clero. Solo entonces ya no habrá necesidad de ellos y desaparecerán por sí solos, porque el clero procede de la humanidad. El que usted señale las faltas y errores de su doctrina y que la someta a una luz despiadada...”.

¿Es despiadado cuando le dices al ser humano..., cuando dices: “No existe la condena, el Juicio Final es una tontería”, si así le das al ser humano las grandes alas? ¿Es enfocarlo de forma despiadada?

(Gente en la sala):

—No.

—Pues, vaya, qué lástima que usted mismo no piense más allá, entonces ya no le hará falta imaginárselas ni sentir las a fondo y se elevará por encima de ese foco y de esto tan despiadado. ¿Entiende?

“El que usted señale las faltas y errores en su doctrina y que lo enfoque de forma despiadada solo es un mérito, porque así abre los ojos a mucha gente y le enseña cómo pensar. Pero que ridiculice a la gente resulta desagradable y de esta forma ofende a muchas personas entre su público”.

¿Es así?

(Gente en la sala):

—No.

“También a quienes la iglesia ya les queda pequeña”.

¿Sigo hiriendo? Entonces haré trizas mi corazón, antes me echo las garras a mí mismo. Y si usted, católico, protestante, no puede acompañarme, no tiene que vivir ni aceptar esto todavía.

(Jozef continúa leyendo)

“... ya les queda pequeña, y usted se derriba a sí mismo y las enseñanzas...”, ¿me derribo a mí mismo?, “... ¡para sus sentimientos y pensamientos! Porque las palabras son sometidas a la prueba de los actos. La humanidad es como la criatura a la que los padres, las iglesias, dan una determinada educación y evolución conforme a la moral y el nivel espiritual de los padres, pero entre quienes hay ahora una parte que se vale por sí misma y que deja a los padres atrás”. Sí, señor. “No procede que semejante hijo que los deja atrás eche una mirada desdeñosa hacia atrás”, hay que ver lo que dice usted, “hacia los padres conservadores. Al contrario, debe tener el máximo respeto por ellos”, desde luego, “y honrarlos todo lo que pueda”. Pero ¿en qué sentido? Eso viene ahora. “Porque el niño se ha convertido en lo que es gracias a esos mismos padres”. No, señor. “Que estos padres, estas iglesias, hayan cometido errores y estén lejos de tener una hoja de servicio intachable...”.

Pues, señor, debería entonces usted volver allí unos instantes. Lejos de una hoja de servicio intachable, los padres... Las iglesias han montado hogueras, la evolución, la conciencia de nuestra humanidad se queja y se lamenta y grita y gime porque seguimos estando encima de esa maldita condena. No

hay reencarnación, no hay nada. No hemos nacido en las aguas. Pero Roma lo sabe. Se nos miente, señor, y se nos engaña, pobre gente. Así es cómo hay que tratarlos. A esas pobres criaturas a las que me dirijo las liberaré a golpes de la condena y de todas esas mentiras y engaños. El espacio entero me dice a gritos: “Hazlo peor aún”. La gente que se asusta de la condena no me sirve de nada. ¿Puede aceptarlo?

(Señor en la sala):

—No, yo no.

—No, usted no.

—¿Puede aceptarlo, gente?

(Gente en la sala):

—Sí.

—¿Lo ve? Está usted completamente solo. Tampoco siento que... ¿Por qué, señor, por qué? ¿Por qué no logro alcanzar la unión con usted? ¿Por qué no?

(Señor en la sala):

—Dios es amor y no es dureza.

(La gente en la sala habla a la vez).

(Dirigiéndose a la sala):

—No, esperen un poco.

“Dios es amor y no es dureza”. Si uno aclara las leyes y convierte esos perfifollos en realidad, ¿es eso ridículo?

(Señor en la sala):

—Pero, señor Rulof...

—Espere un poco, señor, todavía falta algo. Sí, mire, usted conserva la seriedad. El señor está metido en esto. El señor tiene amigos católicos; yo también. Señor, a mí se me educó en la fe católica, si no ni siquiera me atrevería. Pero a mí se me engañó y compré demasiado caro. Nuestros cielos se han vendido por cuatro cuartos. Cuando mi Crisje tuvo que sentarse detrás del pilar, así de grande, digo: “Mamá, ¿por qué no se puede sentar usted allí?”. Dice: “Cuesta dinero”. “Pero Nuestro Señor, está aquí para todos nosotros, ¿no?”. “Sí”, dice madre”, “pero cuesta dinero”. Entonces ya tuve bastante, señor. Pero los bandidos están sentados delante, detrás del sagrario. Allí estaban sentados, los embusteros y los mentirosos. A los que el señor cura llevaba en palmitas. Podían entrar y tomarse una copita de vino con él, ¿entienden? Pero la de cosas que pasaban allí. Más tarde... Eso lo hemos vivido. Deberían ver como es que te eduquen en el campo, eso deberían ver, así verían los incendios provocados. No tengo nada en contra de usted, esto me agrada, iluminar esto... usted sí que piensa. Pero..., usted está muy adelantado. Vuelve a hacerse usted mismo pequeño. Ha aprendido usted mucho más que esto. Piensa usted de forma dimensional, piensa de forma cósmica, y ahora al final vuelve de todas formas a la pobreza de la iglesia. Yo he visto,

señor, la lucha la he... ¿Ha leído usted mi 'Jeus II'? Vaya, señor, ¿es que no ha podido disfrutarlo? ¿Es esa batalla de un chico de catorce años frente a la iglesia...? Desprendí a Cristo de la imagen de piedra y entonces dije: "Entonces voy al Verdadero, allí es donde iré a confesarme". Ese señor cura solo estaba tomándose el pelo. Eso lo vi. Tenía yo catorce años. ¿Les asusta eso, católicos?

(Gente en la sala):

—No.

—¿Es eso duro, señor? No soy duro. Pero esta doctrina es verdadera, y ahora resulta que el ser humano se asusta porque recibe algo que aún no entiende. Ya no podemos hablar de otra manera. Y si es posible, señor, echaré algo más encima, para estimularlos a ellos de verdad, por dentro. Cuando hacemos esto suavemente, señor, no avanzamos más, créame.

Me gustaría poder ayudarlo, porque su pensamiento es bueno, su sentimiento es bueno, pero retrocede siempre, siempre retrocede. Es una lástima enorme, para usted mismo.

(Jozef continúa leyendo): "Que estos padres, estas iglesias, hayan cometido errores y estén lejos de tener una hoja de servicio intachable...". Señor, si ve a los maestros, si ve a los apóstoles, y a los cardenales y obispos que al final han alcanzado ahora las esferas... hay que verlos, cómo han mancillado a Cristo, hay que ver cómo crucifican cada día a Cristo, hacen oro con Cristo: "André, ¡destruye eso!". Digo: "Hay que ver lo que han construido ustedes...". Si fuera yo quien hiciera eso, señor, me pegarían tiros por doquier en la calle, en estos momentos. Digo: "Será mejor que ustedes mismos recojan su propia basura". Pero tendría que oírlos gemir ahora.

Cuando ridiculizo algo, señor, es porque veo ese horrible oro y todas esas hierbas y todas esas insignias de San Nicolás. Pero Cristo recorrió la tierra descalzo. Pregúntese alguna vez al Santo Padre. ¿Este teme a los seres humanos? El papa conseguiría más cosas si recorriera la tierra descalzo —entonces sí que sería un santo padre—, de ciudad en ciudad, y entonces me postraría a su lado con las rodillas descalzas. ¿Le infunde ahora respeto ese pequeño teléfono dorado?

(Señor en la sala):

—No, no me infunde respeto; no se trata de la iglesia, se trata de usted mismo.

—¿De mí mismo? ¿Me tiene miedo?

(Risas).

—Señor, ¿qué voy a perder? Ya no puedo perder nada.

(Señor en la sala):

—Entonces no posee usted nada.

—No tengo nada.

(Señor en la sala):

—Entonces es usted pobre.

—¿Soy pobre? Tengo veinte libros. Usted no los tiene. Ni los tiene la teosofía, lo que contienen. Ni los tiene la iglesia católica. Ni los tiene el protestantismo. Ni los tiene la Biblia. ¿Y tengo que volver a hablar de la Biblia y del catolicismo?

(Señor en la sala):

—No, eso no lo digo.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer? ¿Cómo quiere verme? ¿Es que tengo que ponerme a rezar aquí? Sí, claro, ni que estuviera loco. Conozco la oración, señor. ¿No da miedo, señor? Ahora ya no puedo rezar. Me he dejado la piel rezando, hasta los treinta y ocho años. Entonces se trataba, señor —yo también le puedo contar y explicar algo—..., entonces se trataba de un enfermo por el que estaba dispuesto a dar la vida, y entonces vino Él mismo, porque yo lo necesitaba a Él mismo, a Cristo. Y me lo encontré frente a mí: “¿André, ¿qué ocurre?”. Digo: “Dijiste: ‘Quien quiera perder su vida, recibirá la Mía’”. ¿Son majaderías?

Señor, he librado batallas de vida o muerte por mis enfermos. Quería tantas cosas que quería dar la vida por ellos y que ellos mejoraran. Pero no lo conseguía. ¿Y entonces tengo que ponerme encima a ablandar las cosas? A esos también los he tenido que arrojar a patadas de la iglesia, porque el señor cura quería hacerse con los últimos trescientos cincuenta florines de esa pobre mujer.

Digo: “Señora, no suelte ese dinero”. Digo: “Le contaré un par de cosas. Y cuando se las haya dicho, le permitiré..., podrá darle ese dinero”.

Y me dice: “Y ese ladrón se ha llevado de aquí diez mil florines. Mi marido apenas colgaba de una sola pierna del cielo”. Y dice: “Entonces que se caiga con esa otra pierna también, ni un céntimo más le daré”.

Esos dramas se dan todavía todos los días. Y ¿encima ser suave ahora, señor? Si pudiera ver usted la realidad, señor, se le infundiría alma y agarraría una porra. Pero entonces estaría pasándose de la raya. Sé, sin lugar a dudas, señor, aquí, y donde estoy, lo que digo. Pero las cosas de las que habla usted las desconozco.

Hay gente que echa a perder mi doctrina y que la deja hecha una pena. ¿He dicho yo eso? ¿Lo ve? No me destrozó a mí mismo, señor. No puedo destrozarme. Debería ver usted qué clase de animación cósmica tengo aquí detrás de mí. Quieren aun más. Pero el maestro Alcar dice: “Por qué te llevaríamos a la cárcel? Entonces ya no podemos decir nada de nada”.

Pero ¿que aquí se usan palabras duras? No, señor, aquí habla la claridad inmaculada. Y si se marcha un serecillo de esos, señor, ni yo ni usted ni los curas y papas podrán alcanzarlo ni en mil años, señor. Si no, eche un vistazo

a esas caritas y esas lucecitas en los ojos, así ya no tendrá compasión. Yo he librado una batalla a vida o muerte, no por mi Crisje, que era divinamente inmaculada, sino por el Dios en el espacio y Cristo. Y por eso conseguí a mi madre. En 'Jeus II' se dicen palabras duras, pero hermosas. ¿Entiende? Todavía me paso de blando. Los maestros querían aun más, pero no podemos hacer más. El miedo por esa gente...

¿Ridiculizar algo? Señor, cuando veo a un ricachón de esos en una túnica se me escapa la sangre, la que es mía; y ahora la de Cristo. Allí están. A veces me pongo bromista, ¿verdad? Que esos encajes van arrastrándose por el suelo, y nosotros en casa ni teníamos para un mantel. Señor, muéstrese sensible a eso. Se mandan hacer... los encajes, los encajes, los encajes, los encajes, los perifollos, los perifollos, los perifollos, los perifollos, los perifollos, ... Y ahora estamos en la realidad. Usted, como teósofo, debería saberlo. ¿Siente compasión por quienes siguen aferrándose a esas palabras y a esas majaderías y a esas mentiras? Pero está por encima de eso, ¿no?

(Señor en la sala):

—Esa gente lo necesita, yo no, es esa gente la que lo necesita.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces resulta que tengo que volver en esa gente para conducirlos como párvulos por la vida? Señor, mejor que primero se pongan a leer esos libros y entonces que vengan aquí de aprendices. Pero eso no lo hacen. Dejarse caer por aquí, así, sin más, eso ya no es posible. Tenemos setecientas conferencias a las espaldas, esta gente ha leído veinte, diecinueve libros. La cosmología, el universo... Entre esta gente hay profetas, señor. Son ellos quienes ridiculizan las cosas... Sí, señor, porque es eso lo que condena al ser humano. Hay que luchar por eso. Yo sí que me atrevo, usted no, eso lo noto. Es una lástima. Más adelante empezará usted también.

¿Tengo razón?

(Una persona en la sala):

—En medio año él será muy diferente.

(Gente en la sala):

—Sí.

—Ese chico tiene tantas cosas. Aquí hemos tenido a más de estos, señor, que eran incapaces de hacerlo. Pero no piense que se me haya subido a la cabeza, es usted a quien se le ha subido a la cabeza. Y eso es una lástima. Usted aún no es un adepto, porque tiene usted demasiados “peros”, “peros”, “peros”, “peros”. Digo cien mil veces: “No hay un ‘pero’, si uno puede vivir la realidad”. Es que no cree usted nada de lo que digo. Solo algunas cosas. Mire, me pregunto... sí veo cómo me llega lo que irradia usted, es usted tan tremendamente latoso, no acepta nada. Aquí no hay maestros. ¿Lo ve? Me pregunto lo que sigue haciendo aquí.

(El señor en la sala dice algo).

No lo estoy expulsando, puedo tolerarlo, pero no está aprendiendo nada. No me hace falta que me diga que acepta mi vida, sé exactamente qué personas me irritan aquí, por aquí; usted es una de ellas.

(Señor en la sala):

—No, no quiero irritar.

—Señor, usted esto no lo acepta; eso es lo irritante. Es que no acepta esto. Está usted esmirriado por una doctrina, ya se lo dije, otra vez que no lo puedo decir. Pero el teósofo que ha adoptado y procesado a Blavatsky y todas las demás doctrinas y sistemas está esmirriado. ¿Entiende? Está esmirriado, está escuchimizado. Tengo aquí a más teósofos, de veinte años, de treinta, de cuarenta y sesenta u ochenta; pero no piensan así sobre esto.

(Jozef retoma la lectura): “Que estos padres, estas iglesias, hayan cometido errores y estén lejos de tener una hoja de servicio intachable, sobre eso el hijo no tiene por qué opinar...”, no, señor, sobre eso no nos pronunciamos, “... puede aprender de ello de cómo no hay que hacerlo”. Es cierto, claro, eso lo hemos aprendido. “Estas iglesias aún son imprescindibles para la masa”.

Cuando hace poco me preguntaron aquí, señor —mire, esa es la pena, cada vez tengo que retroceder, usted escribe algo—, me preguntaron: “¿Está bien que los misionarios se adentren en la jungla?”. Dije: “Desde luego. Hay que hacer eso, porque es el primer fundamento”. Pero para nosotros se trata aquí del engaño consciente, y hay mucho. Es que tiene que haber una fe.

¿Ha leído ‘Los pueblos de la tierra’? Pues, entonces, señor, ¿qué quiere preguntarme más si sabe que allí los maestros... ¿O supone también que Dios habló allí como ser humano? Mire, empezaron los maestros. El ser humano necesitaba una fe. Pero ¡sabían! No fueron ellos quienes contaron que se ardía eternamente, eso es cosecha propia del ser humano. Dice: “Hemos infundido miedo a la gente. Si ustedes pecan y asesinan e incendian, lo enmendarán ustedes y vivirán tinieblas”. “Pero ¿quién ha añadido aquello del fuego?”, dijeron los maestros. Ahora tienen que intentar volver a liberar al ser humano de un infierno, porque no existe.

Y ahora voy a construir imágenes para que el ser humano aprenda a pensar. Si usted no se asusta y no se siente irritado aquí, si es que se trata de esos problemas, iré un paso más allá. Siempre lo hago conscientemente, no así como así.

Y, señor, entonces sueltan: “Qué tipo, menudo pájaro”. Y entonces van a por mí y les gustaría... —espiritualmente, ya me asesinaron hace mucho—, pero entonces les gustaría echarme a la hoguera por querer iluminarlos. Y eso no lo puedo hacer suavemente. Y lo hago suavemente. Señor, la ley es dura, sí. La ley es dura. El ser humano, no.

(El hombre añade algo, pero no se le entiende).

No, con ese hombre no se puede hablar. El ser humano que le trata, señor,

hace que usted vaya de mal en peor, téngalo en cuenta, porque a usted no hay quien pueda alcanzarlo. Y quien lo acepta a usted y dice: “Sí, sí, sí”, son los mismos sentimientos y es la misma conciencia. Es una lástima, una lástima. ¿O le parezco lastimoso? Claro, me tiene usted pena.

(Señor en la sala):

—Pues, eso no lo sé, pena no.

—¿Pena no? Pero, ay, hay tantos así que vienen aquí, esos me tienen pena por todas las bobadas que digo. El maestro Alcar, mi maestro Alcar, y los maestros, hay maestros, hace poco... (inaudible), me tienen pena, también a mí. Pues yo solo puedo decirme esto a mí mismo: nos volveremos a ver detrás del ataúd. Es una enorme lástima.

Estas iglesias son imprescindibles, señor, tiene que ser así, pero para nosotros no se trata de esa fe, de ese protestantismo, de (las emisoras de radio protestantes) VPRO y NCRV y todas las demás sectas aquí en Holanda. Para nosotros se trata de conseguir erradicar esa condena. Entonces el ser humano adquirirá espacio. Entonces recibirá la reencarnación. Y entonces podremos sacar a Europa de esta inconsciencia y elevarla. ¿Me cree? Nuestra reina también tiene condena. Nuestro gobierno aún está por encima de la condena, porque ponen todavía a diario la mano sobre la Biblia. ¿No le parece triste, señor? ¿Es que no está usted agradecido de que yo tenga el valor de empezar esto así? ¿Quién se atreve? ¿Quién sabe analizar el espacio de forma tan clara, tan inmaculada, tan espiritual, tan humana? Aquí ya no tenemos la espera: ¿seguro que esa puerta se abrirá? Salimos volando por ella nosotros mismos. Y eso para esa gente es demasiado duro.

Si lo puedo ridiculizar, señor, ese Juicio Final, andaré con todas esas calaveras bajo los brazos; y si entonces consigo finalmente conciencia y tierra donde pisar, estaré con la cabeza de una vaca en las manos, porque habrán arrastrado mis huesos por la tierra. ¿Cómo quiere que esa historia...? Aquí los he visto marcharse. Pero hemos reído que daba gusto. Cuando llegue el Juicio Final... De niño temblaba y temblaba ante eso, y me daba escalofríos y más escalofríos. Y eso aún estremece a la gente de setenta y ochenta años, cuando empiezan ese lío de las trompas y Dios dijo: “Levántate”. Señor, entonces se pelearán por los huesos. Uno andaré con mi cara. Y entonces añadiré algo hermoso, señor, porque entonces ya no tendremos lenguas, no tendremos dientecitos y tendremos que decir “sí”, con una calavera. Mire, eso me encanta ridiculizarlo, porque eso no existe, es un circo. ¿De verdad que le parece tan terrible para el ser humano que tenga que escucharlo? Mejor alégrese de que usted ya no lo tenga.

¿Se asustaron, señoras y señores?

(Gente en la sala):

—No.

(Otro señor dice):

—Señor Rulof, eso al comienzo también me parecía muy duro, yo también procedo de la iglesia. En efecto, era algo muy duro.

—Es que lo es. Pero ¿por qué es duro? ¿Qué dureza contiene?

(Señor en la sala):

—No, la dureza la ha construido la iglesia.

—Sí, pero, claro, usted lo considera duro, pero ¿lo es?

(Gente en la sala):

—No.

(Señor en la sala):

—Mire, no es duro cuando eso lo comprendemos, para quien lo comprende.

—En esto no hay dureza.

(Señor en la sala):

—Aquí tenemos que atravesar aquello..., lo sé, hay diversas personas que proceden de la iglesia, que en efecto no pueden soportarlo.

—Es que es imposible.

(Señor en la sala):

—Y esa gente se va. Estoy hablando de mi propio hermano, era incapaz.

—No, es que es imposible.

(Señor en la sala):

—Digo: “Piet, vuelve a la iglesia, sigue siendo tu sitio”. Y volvió a la iglesia. Pero yo sabía: vendrá... Unos cuatro días después, dice: “Oye, Kees, no soy capaz de aguantar esto”. Digo: “Oye, mejor quédate en esa iglesia, mejor quédate”. Pienso: ‘Ya se arreglará’.

—He tenido gente: “Cielos, señor Rulof, qué bien que usted me haya sacudido a fondo, porque si no habría vuelto otra vez”. ¿Y por qué? Dice: “Empiezo a comprender; mi mujer todavía no es capaz de salirse”. Adiós matrimonio. No se lo puede creer. Dice: “Todo ese rollo ya no me dice nada”. Tiemblo y me estremezco de pena, por dentro, cuando oigo eso, cómo se fue eso otra vez a la condena Ay, ya estamos otra vez”. Y luego en casa, bronca. Y empieza ella: “Ya no tenemos vida. Ya no tenemos contacto. Ya no somos uno. Ya nada”. ¿Por qué? Señor, toma: condena, Juicio Final.

Ay, señor, vinieron a verme un millar de personas entre 1930 y 1940, las mandé de vuelta a casa, serenamente y empezaron a tener una nueva vida, un nuevo matrimonio. El hombre volvió a ser joven, la mujer volvió a ser joven. Tenemos gente aquí: la mujer en la iglesia católica, y el hombre aquí. El matrimonio se va a pique, señor. ¿Quién es el culpable?

“No quiero la porquería de ese loco”.

“No, a mí no van a conseguir sacarme de allí”. Es un ser humano feliz,

vigoroso, sobrenatural el que ya pueda decir: “Lo que voy a hacer esirme. Porque detrás del ataúd me dirás: ‘Ojalá me hubieras fustigado más’.

Y es cierto, señor. Eso me lo dijo mi propio hermano, que se ahogó, se me acerca y dice: “Jeus, Jeus, Jeus, la de veces que me he reído de ti”.

Cuando Gerhard se fue a Estados Unidos, le había dado un bonito dibujo, un cuadro, ese muchacho no me comprendió. Yo entonces de niño quería... A Gerhard lo conoces, ¿no? Hendrik el Largo dijo: “¿Ese?”. Entonces hizo trizas mis cuadros, el dibujo incluido, que me largara, ese fue su adiós para mí. Lo volví a ver en el otro lado, que me viene a ver. Digo: “¿Qué haces tú aquí? ¿Te ahogaste?”. “Ay, Jeus, Jeus, Jeus...”. Y que se pone a llorar. Digo: “Gerhard...”.

Después Hendrik el Largo, su propio padre, le cantó las cuarenta. Hendrik el Largo volvió y dice: “A este lo voy a tratar un poquito de este lado. Ven, pequeño Gerrit”. El pequeño Gerrit dijo: “Papá, ¿qué quieres?”. “Pequeño Gerrit, ven, ven, sigue mis pasos”, dijo El Largo. Y allí venía Gerhard.

Digo: “Gerhard”, digo: “tú no querías saber nada de mí. Yo no era como tú. Yo tenía sentimientos, yo tenía amor. Tú siempre andabas con diabluras”. Digo: “Aun así te quería”. Digo: “Ahora estás aquí”.

“Pero qué tengo que hacer ahora”.

Digo: “No tengo tiempo para hablar contigo. Mejor vete a papá. Allí está. Vete con él, anda. Y vente otra vez a ver dentro de cinco años”.

¿Le parece duro, señor, que eche a mi propio hermano de casa?

Así es como he me quitado de encima a banqueros. Estaban en la tierra, aquí, querían ayudarme. He hecho diagnósticos, señor, acompañado de cinco médicos. Y entonces dice: “¿Qué me ocurre?”.

Digo: “Señor, voy a decirle ahora la verdad”. Digo: “Quizá no viva más de un par de meses. Su válvula cardíaca izquierda no está bien. Tiene arterioesclerosis. Tiene usted esto y aquello y lo otro y aquí hay un tumor”. Digo: “¿Son estos sus amigos?”.

“No, señor, son médicos”.

“Ustedes me han tomado el pelo, aquí”.

Entonces yo aún llevaba la gorra de chófer. Y yo allí.

“¿Qué piensa usted de mí entonces?”.

Digo: “¿Soportará una mala noticia? ¿O prefiere tonterías? ¿La verdad o tonterías?”. El maestro Alcar estaba a mi lado. ¿Qué es una mala noticia? Pero no lo era. Siempre siento más respeto por la pena y el dolor, por la materia...

He tenido a gente conmigo con cáncer. Digo: “Esta viene por su hija”, tendrían que haberlo visto. Digo a mi mujer: “Mira esto, no es más que una chispita”. Digo: “Viene a verme para esa hija. Pero el cáncer está despertando”. Digo: “En dos años podrás meter a esa señora rolliza, esa mujer sana, en el ataúd”. Un tumor de cuatro kilos en dieciocho meses. Muerta. Cáncer. Debería habérselo contado, señor. Pero eso Jozef Rulo no lo hace.

Digo a ese banquero, digo: “Señor...”.

“Usted también pinta, señor chófer?”. Digo: “Sí, señor”, digo: “Erich Wolff pinta por medio de mí. Cayó, señor, en la guerra”. Y entonces apareció una sonrisa de esas, encantadora, y empiezan a reírse de mí desde aquella esquina, entre los caballeros. Pero lo vi, lo sentí. Pienso: ‘Llegado el momento haremos cuentas, ya verán’. El maestro Alcar que está dentro de mí, yo consciente de la misma manera, mira por mis ojos, me voy con él y entonces hemos analizado todo su cuerpo.

Dice: “Esto no pinta bien para mí”.

Digo: “No, señor. ¿Tiene miedo a la muerte?”. Digo: “Señor, escribo libros, llego del otro lado, he hecho viajes, señor”. Digo: “Mire, señor, es que la condena no existe, ¿para qué tenerle miedo?”.

“¿De verdad, señor conductor?”.

Y yo allí, como un niño, yo allí frente el hombre de los millones.

Dice: “Entonces quiero leer ese libro”.

Digo: “Entonces hay que espabilar señor, mucho”.

“¿Mucho? Pero ¿cuánto me queda?”.

Digo: “Mi libro saldrá en dos meses, señor, pero tiene que espabilar”.

Seis semanas más tarde, señor, llegó al otro lado. Y nueve meses después el señor estaba en mi habitación. Entonces el maestro Alcar dijo... Era una buena persona, había hecho mucho bien, pero es justo lo que le faltaba. Iba a ayudarme.

Dice: “Si es cierto, yo te doy un millón”.

Digo: “Señor, ¿eso cuánto es?”.

Entonces apareció en la habitación, yo estaba escribiendo. Y alguien que entra en mi casa, señor, está bajo control de mi maestro en el otro lado, de lo contrario allí no entra nadie. Y el banquero que está allí: “¡Ah, Jozef, estoy vivo!”.

Digo: “Vuelve y cuéntaselo a Cristo. ¡Fuera!”.

Y el maestro Alcar que me dice: “Has hecho bien, al cien por cien, ese ha tenido su merecido”.

¿Y usted habla de suavidad? El espíritu, el espíritu astral, señor..., cuando llegue usted detrás del ataúd sin aceptar estas cosas, los maestros lo sacarán a golpes, de modo universal, hasta que sucumba. Porque ¡hay que sacarlo todo! Ellos ponen nuevos fundamentos, y en eso estoy. ¿Eso le parece duro? Cuando me deslomo, señor: eso es duro. Pero me gusta mucho hacerlo. Porque al final lo hago para mí mismo. No pido nada, porque de todos modos no recibiré nada. Y recibo algo. Pero no acepto gracias ni ruido, ni subidones ni bajones. No acepto la mancilla, por mucho que me hagan polvo; es un honor para mí. Pero a mí no me conseguirán quebrar. Y así continuaré. Yo a usted lo quebraré cuando tenga la ley para ello. Y le daré el amor universal

como extra. Y si no lo puede comprender ni quiere aceptarlo, señor, entonces ya no le diré nada. Entonces esperaremos hasta que llegue detrás del ataúd y así lo sabrá automáticamente. Pero lo seguiré queriendo. Gracias. Quiero a la gente, y no son solo palabras. Pero si no quiere acompañarme, señor, entonces no puedo hacer nada; ni podrá hacer nada la madre, y el padre tampoco. Y ahora, mire por dónde, vamos a empezar con eso. Es hermoso, eso lo ve usted, ahora todos vuelven a aprender. Eso me gusta bastante.

Pero mire entonces, ande, señor: ahora está hablando usted de la espiritualidad del karma. Es un error, es tan tremendamente sencillo, más sencillo imposible; no es tremendo, pero usted, usted, ya no lo puede materializar. Ha aprendido tanto que eso ya no lo puede decir. Si quiero alcanzar a gente aquí, voy a la iglesia católica, me hago cura, entonces es karma, ¿no? Eso es lo que quiere decir usted.

(Señor en la sala):

—No, la vida en sí está trazada para el ser humano.

—Vaya, ¿entonces sigue creyendo en la casualidad?

(Señor en la sala):

—No, eso es justamente lo que estoy diciendo: no creo en la casualidad.

Digo: todo está determinado por el karma.

—No, mire, se hace usted un lío con el karma. Y eso es lo que hace el teósofo. En estos momentos usted lleva —se lo leeré ahora—..., en estos momentos usted lleva aquello que quiera asimilar al karma. Señor, es su propia voluntad, eso no tiene que ver con el karma, no es karma. Ese hombre, ese católico que pasa por allí aprende mientras tanto... Cuando llegue detrás del ataúd, habrá quienes siguen oficiando la misa; a estos los vamos a dejar todavía un rato en paz. Y entonces dice... y de pronto —entonces en ese momento no hay un padre suyo allí al que conozcan—: “¿Lo ha conocido usted?”. Y entonces el señor cura y el pastor protestante está..., el ser humano al que conocieron está riéndose de ellos en plena cara. Porque en el otro lado, señor, si salimos esta noche, libramos —yo con usted— la misma batalla, viviremos el mismo problema, no habrá cambiado nada. Ahora tengo que intentar convencerlo y ahora solo estamos exentos de la materia. Pero usted está allí, con su pajarita, y yo aquí con mis gafas en las manos gritando sin poder alcanzarlo, tampoco detrás del ataúd. ¿No es triste? Lo es. Ahora vivimos en esa realidad, porque esto y allí es uno. Y hay que ver lo que usted dice, señor, es una lástima.

(Jozef continúa leyendo):

“Jamás lo oí a hablar a usted sobre la tarea, cómo el sacerdote sirve con karma”.

Señor, el hombre —encima ahora tengo que ponerme a ayudarlo—..., la tarea del karma..., ser sacerdote no es una tarea. Hay algo más, porque el

hombre dice: “Haz el bien”. El señor cura también dice —teníamos un señor cura que era una maravilla, un buen hombre—..., dice: “Por mucho que yo hable”, decía ese hombre, “si de todas formas ustedes hacen el mal y se engañan y mienten, no avanzarán, cometerán pecados”. Ese hombre ya admitía la reencarnación, eso lo sé, y hablaba de otra manera. Mire, en él ya hay..., en él..., para él vive el despertar. Ese hombre lleva a las criaturas de Nuestro Señor a la fe. Lo necesitan, es esa clase. Pero eso desde luego que no es karma suyo. Es suerte. Un cura puede sentirse feliz en su estado, pero no por eso es karma, ¿no? En eso está usted equivocado. ¿Lo admite?

(Señor en la sala):

—Sí, entonces tenemos ambos una idea equivocada sobre el karma.

—Usted tiene el karma de la teosofía, señor. Yo tengo el espacial. La teosofía hace aspavientos y habla del karma, todo sin excepción es karma. Ya no queda nada de nosotros. Señor, solo hay un karma, hay uno solo, solo hay uno, en el espacio. Y ¿qué es, pues?

(Señor en la sala):

—Es la vida misma.

—No, señor, es el renacimiento. Tiene que volver por un asesinato, para hacerse madre. Y el resto, por lo demás no hay karma en el espacio. Todo lo que asimilamos, señor, se convierte en conciencia. El señor cura, el cardenal, el obispo, es una tarea para una fe de nada, una secta. Y ese hombre se enriquece por estar pensando en Dios: estupendo. Sacamos de allí —porque nosotros también lo hemos sido, ahora, y porque tenemos contacto—... nosotros sacamos de allí esa condena, pero no por eso es karma, ¿no?

(Señor en la sala):

—Y el maestro de escuela o un médico...

—¿Que eso también es karma?

(Señor en la sala):

—Es vocación, ¿no es así? Eso también es del karma...

—¿Lo ven? ¿Cómo voy a sacar a este señor del karma? Señor, eso es imposible.

(Señor en la sala):

—... en vidas anteriores.

—No, señor, eso es doctrina, es hacer el bien, es servir; se convertirá en felicidad, un médico recibirá felicidad. Si soy un genio y hago bombas atómicas, así como se lo digo: bombas atómicas, ya soy un demonio. Eso es triste. Pero si fabrico energía atómica para dar al mundo luz y despertar y evolución, señor, para mí será felicidad. Usted ya sabrá qué hacer con eso. Un médico sirve, un maestro de escuela sirve; eso se convierte en felicidad, es la posesión en la sociedad, en eso se convierte la personalidad. ¿Cómo puede usted compararlo con karma? Vaya, mire, no se lo puedo quitar, es una lástima. ¿Ha

leído usted todos mis libros?

(Señor en la sala):

—Pues, no, no todo, la mayor parte, sí.

—Mire, y yo con las ganas que tengo de alcanzarlo, y cada vez me esfuerzo, pero usted... Hay que sacarlo. Si usted fuera adepto mío, señor, un adepto verdadero..., es que no lo es. La gente hace preguntas. Usted es la persona más difícil de todas las que tengo.

Mi maestro comenzó: “Mi palabra es ley, André”. ¿No es una maravilla que yo pueda decir: “No hay muerte. Mi palabra es ley. No hay muerte. No hay condena”? Puedo explicarle millones de leyes. Y si empiezo con: “Pero, pero”. “Si comienzas con ‘pero’”, dice el maestro Alcar, “yo me detengo y no puedo alcanzarte”. Eso fuera. Aquí no hay “peros”. Solo me refiero a la realidad. No, eso no lo puede aceptar usted de mí. Ni me acepta a mí. Ni yo lo deseo de usted, señor. No quiero que la gente me acepte. No, ellos mismos tienen que formarse su opinión.

(Señor en la sala):

—Exacto.

—Sí, eso hacen.

(Señor en la sala):

—Eso yo también lo tengo que hacer.

—Sí, pero no lo hace. Primero tiene que salir de esas horribles tinieblas del karma. Para usted todo es karma y más karma. “Un sacerdote”, escribe usted aquí... En eso está todo. Aquí les doy la razón a todos ustedes. Aquí tengo de todas formas... entonces usted ni siquiera estaba aquí, ¿cierto o no? No lleva usted aquí mucho tiempo. Nosotros llevamos aquí tres años. ¿Cuánto tiempo llevamos? ¿Tres años?

(Gente en la sala):

—Tres años.

—El maestro Zelanus..., los maestros han hablado de esto: hemos empezado en la jungla. Vamos, lea ‘Los pueblos de la tierra’. En las eras prehistóricas..., entonces Moisés todavía era casi prehistórico, fue entonces cuando comenzaron los maestros. ¿Cómo puede usted entonces pensar de mí..., cómo puede usted entonces decir de mí que mi enfoque es parcial, cuando ya tenemos veinte libros? ¿A eso lo llama parcialidad? Eso es duro, señor. Mire, para mí eso de verdad es duro. Usted lanza golpes aquí, yo no hago caso, pero de usted ya no me lo esperaba. ¿Que soy parcial aquí? Aquí se asfixian en la sabiduría. Aquí giran como una peonza por encima de la masa que reciben. ¿Y a mí me llaman parcial?

(Señor en la sala):

—Sí, de cara de las iglesias, sí.

—Y yo que reconduzco a la iglesia al universo. Eso ya lo reciben en ‘El

origen del universo’, en ‘Miradas en el más allá’, en ‘Entre la vida y la muerte’, en ‘El ciclo del alma’, en ‘Aquellos que volvieron de la muerte’, en ‘Las enfermedades mentales...’. La demencia, la psicopatía: ¿karma también? Es karma espiritual, pero para la personalidad, ¿entiende? Pero no es karma, señor, porque el karma es ahora: evolución. Esa gente no tiene karma. Esa gente está evolucionando.

(Señor en la sala):

—El karma siempre es evolución.

—Nosotros somos inconscientes. Aquellos que están en el manicomio son conscientes. Y es cierto, Sócrates también lo dijo. Ellos han aprendido, dice, aquellos que están encerrados. Los psicópatas y los dementes son los conscientes. ¿Y nosotros queremos decir que somos conscientes? No conocemos nuestra vida. Ellos están en ello. Y es cierto. El loco, señor, vive, vive su espíritu y su reencarnación, y se disuelve para esta sociedad pelada, podrida, tenebrosa, que no tiene conciencia, se disuelven en ella y ahora dicen para el mundo un galimatías; pero no lo es.

Ahora me pueden hacer preguntas. ¿De qué quieren hablar ahora? ¿De qué quieren hablar todos ustedes?

(Señor en la sala):

—¿Me permite hacerle una pregunta?

—Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Señor Rulof, acaba de decir: no hay “peros”, pero cómo voy a poder esperar que la gente acepte las cosas porque sí, ¿no? Ellos mismos tienen que intuir que es verdad, ¿no?

—Mire, si empieza a aprender esto... Por eso digo: usted tampoco es un adepto. Para nada lo es. Porque entonces desaparecen los “peros”. Y empieza a leer primero allí.

(Señor en la sala):

—Sí, claro, pero mire, siempre hay cosas sobre las que piensa uno mismo pero que luego no se intuyen bien, de modo que así ya surge un “pero”.

—Sí.

(Señor en la sala):

—Y aun que usted diga: “No hay un ‘pero’, será mejor que me crea”, pero eso no es convincente.

—Claro, claro, así que usted también quería que se le añadiera el resto. Primero recorra todos esos libros. Y estos comienzan con el primer fundamento: infiernos, cielos, la vida detrás del ataúd. Ese “pero” ya ha desaparecido y es un “pero” cósmico. La humanidad entera, casi, pregunta ahora todavía: “¿Hay vida detrás del ataúd?”. Y ese “pero” ha desaparecido.

(Señor en la sala):

—Sí...

—Si usted pudiera —no, señor, ahora vuelvo con usted—..., si usted pudiera aceptarlo. Y ahora es cuando usted continúa. Y va a comenzar usted aquí. Y viene usted a estas noches informativas. Estas les servirán en el fondo más que las conferencias en Diligentia, que tratan de la cosmología. Ahora puede hacer la pregunta que viva en usted, con la sintonización exacta conforme a sus sentimientos y conciencia. Y si se la explico, señor, —ahora viene lo extraño— y digo: esto y lo otro y esto y lo otro y esto y lo otro, a usted le entrará: ‘Pero bueno, ¿será que es el único que sabe esto?’. Allí estamos. Eso es lo definitivo que tiene. Y vuelve el: “Pero..., pero...”. Señor, ¿de qué nos sirve —aunque me mate hablando— si usted repite ese “pero”? Ahora anótelos. En la escuela tenemos que anotarlo, tenemos que aprendérselo de memoria. Pero eso no lo hacen aquí, entonces vuelven a empezar con sus peros y más peros.

(Señor en la sala):

—Entonces yo también podría quedarme dentro de la iglesia católica; allí también hay que aceptar todo porque sí. Es lo mismo.

—Pero, señor, otra cosa más, sí, ahora puede usted... Sí, mire, a esa gente nunca la puedes alcanzar, eso es mejor dejarlo. Ahora dice allí: “No hay muerte”. Ahora tiene que aceptarlo usted de mí porque sí, porque la ciencia todavía no lo sabe. Imagino que usted lo ve: esas personas tienen que entrar todas en ese “pero”, “pero”... Pero lo aceptan porque su sentimiento les dice: “Sí, esto es”.

(Señor en la sala):

—Es lo que quería decir hace un momento. Es tu sentimiento el que te lo tiene que decir, creo. Por mucho que me digas: “No hay un ‘pero’, pero es mejor que lo crean”, pero si uno mismo no lo siente...

Por eso también le dije hace unos instantes: si después de..., si después de leer los libros... El maestro Zelanus dice: “¡No hay que suicidarse!”. Oí a alguien aquí que también había leído ese libro: “Pues yo es que quiero saberlo. ¿Qué pasará conmigo si me quito de en medio?”. Pues, adiós maestro Zelanus, adiós Dios, adiós leyes. ¿Para quién está escrito ese libro?

(Señor en la sala):

—Para él.

—¿Para él? “Tengo ganas de ver qué me pasará si me quito de en medio”. Va a contracorriente de todo. Sí, allí consta un “pero”. Puede hacerlo.

(Señor en la sala):

—Claro.

—Señor, ¿por qué no lo hace usted?

(Señor en la sala):

—Es que lo debe hacer, es así de fácil, de lo contrario no lo diría”.

—¿Entiende? ¿Puedo ayudar a ese hombre, señor?

(Señor en la sala):

—No, claro que no.

—No, yo es que ni le hablo a esa gente, señor. Porque me dirijo al ser humano que quiere ponerse a trabajar en sí mismo y que diga: “Si, así es”. Y si empieza usted con los primeros fundamentos llegará a tener poco a poco el espacio entero, porque tenemos tres libros sobre el origen del universo. Y entonces recibirá usted fundamentos. Y al final tendrá que decir usted: “Detrás del ataúd, señor Rulof, veré si tienes razón”. Pero si aquí se queda diciendo todo el tiempo “pero”, jamás avanzará de ninguna manera, para nosotros se trata de eso. Si dice usted aquí: “Pero, pero, pero, pero”, ya no será necesario que escribamos veinte libros ni hace falta que se ponga a leer diez, porque aquí ya se partirá el cuello interior; aquí se encuentra su punto muerto, porque el primer “pero” le corta el paso hacia la otra ampliación, ya no habrá un puente. ¿Es así?

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Lo ve? ¿Algo más?

(Señor en la sala):

—Lo cual a su vez es culpa de la iglesia, ese “pero”.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Eso a su vez es culpa de la iglesia, ¿no?

—Eso es. La iglesia alimentaría al ser humano si dijera: “No hay condena, criaturas, no hay pecados. Cristo no les puede perdonar los pecados; hay que enmendarlos”.

Dios mío querido, no hay Juicio Final, porque este ya lo hay, el Juicio Final es si les engaño por un valor de diez florines; ese es mi juicio inicial y final, no debería haber robado. Ese Juicio Final, donde... ¿entienden? ¿Qué clase de horror es ese de enviar al ser humano al hoyo y dejarlo allí? Y entonces llega un final; es cuando hablará Dios.

Dios mío, Dios mío, ¿dónde vive la gente que vivió en la era prehistórica? Hace cientos de millones de años ya vivía gente en la tierra y ahora vive en la Omniconciencia, son dioses; sin Dios, sin Cristo, sin Biblia, sin libros.

“Pero”, dice la gente, “se hace más sencillo sabiéndolo. Ahora ya no me suicidaré, ahora que sé cómo aquel Lantos Dumonché sucumbió allá por la podredumbre. Yo ya no lloro por quien se va de mí, que fallece: pronto volveré a ver a esa persona. Miles y miles de ciencias, de problemas se convirtieron para mí en revelaciones”.

¿Sí? ¿Para usted no?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Volveré a ver a mis hermanos, a mi hermana, a mi madre, a todo ustedes. Todo lo que es mío lo podré amar, más adelante lo volveré a ver, eso las esferas lo tienen. Pero, pero, pero...

“Es demasiado bonito para ser verdad”, dijo un obispo. Era el obispo de ‘Aquellos que volvieron...’, de la iglesia rusa, Rosanoff (Alexis Rosanoff, fallecido en 1936, un arcipreste ruso ortodoxo). Ahora les diré quién fue. Dice (a trompicones): “De..., de..., demasiado bonito para ser verdad, Jozef”. Hablaba un neerlandés precario. Una persona maravillosa, un ruso ortodoxo. “Ah, fenomenal, fenomenal”. El hombre tenía cáncer.

“Ayudarme, ¿tú a mí?”

“Un poco, aliviarte un poco”.

“Yo, ¿a morirme?”

Digo: “¿Cómo encaja usted las cosas?”

“Sí, honestidad, verdad”.

Digo: “No puedo ayudarlo. Sí puedo quitarle los dolores. No se va a curar”.

Una vez, en Scheveningen, tenía a alguien con dolor de cabeza, en el diván.

Digo:

“Señor, ¿no ve nada?”

“No”.

“¿No oye nada?”

“No”.

“Señor, aquí, a nuestro lado, está planeando el obispo Rosanoff. Dice: ‘Esta madrugada me moriré a las tres y media. Maestro conmigo, maestro Alcar. Yo leer de eso. Vuelo. Alas. Oh, qué maravilla, qué maravilla’”. Estaba llorando.

El maestro Alcar dice: “¿Lo ves? Salúdalo un momento, se morirá esta noche, iré a recogerlo”.

Digo al hombre: “Mañana, señor”, se lo digo a mi mujer, se lo he dicho a mis amigos, “mañana por la tarde podrán leer en el periódico que esta madrugada a las tres y media murió el jefe de la iglesia rusa, porque estuvo en mi casa a las seis y media, en mi habitación, tenía las grandes alas”. Ese hombre vino, él también se lo había contado a diez, veinte personas. A la siguiente tarde podía leerse en periódico: “Rosanoff murió a las tres y media”.

Entonces vino la familia: “Ay, cuánto ha hecho usted por mi padre”, y: “Ay, señor Rulof. Pero..., pero usted no cuenta a la gente que mi padre estuvo donde usted, ¿no, señor Rulof?”

Digo: “Eso haré. Es mi vida”.

Otra vez más la iglesia ortodoxa, ¿entienden? Tenían miedo, para variar, de que las masas fueran a saber que Rosanoff se había manifestado ante Jozef Rulof, porque todo encajaba a las mil maravillas. Y así siguen esas criaturas. Más tarde vino a verme: “Yo ahora viajar”, un discípulo del maestro Zelanus,

“yo viajar a Rusia. Ver todo. Oh, hacer el bien, maravilloso, maravilloso, maravilloso”. Y que se nos va a la luna: “Yo ver la luna, de la que me hablaste, Jozef, yo haberla visto, oh, maravilloso, maravilloso”.

Digo: “Pero no hables, mejor muéstrame tus sentimientos”.

Y entonces me dio sus sentimientos y vi sus viajes. Pero antes de ese tiempo se manifestaba. Ahora tienen una prueba.

“Son demasiado bonitos para ser verdad”, dijo el obispo, “esos libros que me estoy leyendo”. Se ahogaba en los libros de ‘Una mirada en el más allá’, “demasiado bonito para ser verdad. Oh, qué maravilla si es verdad”.

Digo: “Pero ¡si lo es!”.

Señor, no consigo metérselo. Entonces se estaba manifestando, allí..., allí yacía su cuerpo, muriéndose. Y él que aparece allí como un hermoso joven, planeando, el maestro Alcar me conduce hasta él, lo miro a la cara.... “Maravilloso, maravilloso”, su túnica episcopal ya había desaparecido. Ya portaba su aura; de una hermosura juvenil... La barba se le había embellecido, su cabello, sus ojitos.

Digo:

”Señor, ¿no oye nada?”.

“No”.

“¿No ve nada, señor?”.

“No”.

Pienso: ‘Pues, sí, sí que soy un ser humano especial’.

“¿Se lo cree ahora, señor, que la muerte no existe?”. Esos hijos de él, ese muchacho, ¿creen...? Entre ellos había un ingeniero: “Cree usted, señor, que la muerte no existe? Anoche su padre se me manifestó en mi casa: ‘Esta madrugada, a las tres y media, moriré; tengo que volver un momento’”.

¿No les parece divertido, señoras? Tenía que volver un momento para terminar esas últimas horas con su cuerpo.

¡Aquí tampoco hay “peros” ya, señor! No hay “peros” para Dios ni Cristo, los fabricamos nosotros mismos. Quisiera poder ofrecerte mi corazón, mi sangre y mi sabiduría, y mi saber y todo lo demás, así... Me extraería ahora mismo el corazón de entre las costillas, porque sé que así podré alegrar a un ser humano, pero soy incapaz. Es para llorar lo que usted siente, es para llorar. No me malinterprete nunca, señor, porque te quiero, quiero a todo el mundo; aunque me quebraras, aun así te recibiría con una sonrisa; ya no puedo pensar mal.

Señor, eso está bien. ¿Por qué empieza a llorar? ¿Nos comprendemos?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Bien. ¿Me dará luego la mano? Bien. Mire, así es como he vivido miles y miles de pruebas. La gente volvía, se manifestaba. Centenares de profecías,

miles de profecías con mis enfermos, unas veces para el cosmos, otras veces para el más allá. Por medio de mis libros el maestro Alcar materializó centenares de millones de problemas. Yo todavía no sé neerlandés. ¿He escrito yo eso?

Señor, en mi casa miro diariamente los milagros en la estantería. Digo: “Dios mío”. Ayer por la tarde volví a asistir a un milagro. Tenía una pequeña bandeja. Digo: “Ahora no tengo nada que hacer, estoy meditando, voy a pintar”. Y que me pongo con la bandejita. Empecé a chapucear. Me echaron del salón porque estaba empezando a mancharlo todo. Pero Jongchi no mancha. Llego a la cocina y me dice: “Ay, ay, ay, ay, señora Rulof, señora Rulof”. Ser humano: ten respeto por esas pinturas de allí, porque no son mías. He..., ahora mismo el milagro me sigue haciendo llorar. Digo: “Quería ver si puedo hacer una bandejita”. Dios mío, no sé qué hacer con ese cacharro, con esos pequeños pinceles, afilados como agujas. Tengo pequeñas miniaturas, ni siquiera pueden pintarlo con mis ojos, no sé cómo lo hacen. Digo: “Dios mío, Dios mío, qué milagros que hay allí”.

Y luego hay que ver esos libros. Bien es posible ponerse a pintarrapear, señor, pero no es posible escribir un libro sobre estas leyes, que reconducen a Cristo con la pureza de un cristal a la humanidad y que el Dios de todo lo que vive despierta debajo del corazón de ustedes. Es imposible. No puedo.

Eso sí que no lo aprendí en ‘s-Heerenberg, señor. Era más tonto que un burro cuando iba a la escuela. Pero no hable de la vida. No se me concedió jamás tener un libro entre las manos. Ni lo leeré, señor. Ahora estoy explicando la palabra al ser humano de forma infalible, la pregunta. Jamás han podido arrinconarme todavía, aquí; y de vez en cuando las cosas se ponían a crujir. ¿Cierto o no?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Se trataba de la atmósfera y de la fuerza de la gravedad del espacio. Señor, si usted ya no tiene sentimientos para eso, puede venirme con Einstein y cualquier teólogo, todos sus teólogos, todas las facultades de la tierra, hasta la astronomía, entonces le demostraré que los pongo en jaque mate, con los maestros. Porque yo tengo este contacto. Y entonces por mucho que se ponga a decir “pero”, el psiquiatra, el psicólogo le dirán: “Sí, señor, tenemos que darle la razón a él”. Eso ya lo han hecho más psicólogos y psiquiatras. Pero también desafío al astrónomo, al teólogo, señor. Desafío a la conciencia más elevada de este mundo de las facultades espirituales. Ya pueden sentarse ustedes con cinco mil eruditos y bombardearme con preguntas. Estoy en contacto con todos los maestros del espacio para cualquier facultad, no para los milagros técnicos de ustedes, pero si hace falta, también esto es posible. De golpe tengo aquí a Sócrates, a Buda, a Mahoma, a Ramakrishna, a Annie

Besant, porque para ellos yo soy el punto en que se continúa; todos ellos estuvieron al servicio de la Universidad de Cristo. ¿Otra vez un “pero”? Esta noche tengo ciertas ínfulas, pero en esto sí que se ha infundido alma.

Me quedan dos minutos.

¿Alguien tiene una pregunta más?

¿Está usted contento, mi querido amigo?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Gracias. Pero..., otra vez un “pero”, para mí se trata de..., mejor para-mos, ¿verdad? Mire, me gustaría que estuviera usted satisfecho. Y me gustaría darle la satisfacción que sale de mí. Quiero hablar mil años para dárselo, porque sé en cuánta felicidad se convertirá luego. Usted tiene más espacio. Usted hace esas cosas de otra manera. Aquí en la sociedad va a actuar de otra forma. Lo que usted no era capaz de hacer ayer, lo hará hoy, le dará una manita de color, le infundirá alma. Su tono, artistas, su sonido en el piano se hará más liviano. Sus colorcitos como pintores cambiarán. Despertarán en todo. Se personalidad se hará más amplia.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—La sabiduría que entonces tendrán esos teólogos, la tendrán de la Biblia, ¿verdad que sí? Imagínese que tuviéramos ese puesto... la conciencia...

—Nada.

—¿Nada?

—Nada. El experto tiene que atenerse a la Biblia, el teólogo, o esa misma mañana lo echarán de la universidad. Como estudiante no se tienen “peros”. Si es usted estudiante y quiere hacerse teólogo, pastor protestante, y está ante su catedrático y dice usted: “Sí, pero eso no lo acepto...”.

“¡Fuera de aquí! ¡Fuera!”.

Y hay bastantes a los que han echado a la calle durante los últimos catorce años.

Señoras y señores, gracias por su atención benevolente y hasta el domingo por la mañana, entonces volverán a oír al maestro Zelanus.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 31 de enero de 1952

—Buenas noches, señoras y señores, estoy que todo me tintinea por dentro. ¿Quién tiene un poco de sonido para mí? Voy a empezar —ya lo aclararemos de voz en cuello— con: “Pero ¿qué es exactamente el karma?”.

¿De quién es esto?

(Señora en la sala):

—Mío.

—Señora, ¿qué es el karma? Hay gente que hace de cualquier cosa karma: pero el karma es cuando tiene usted algo que enmendar ante alguien. Así que el karma ya se disuelve en la causa y el efecto. Las cosas pequeñas, mentiras, engaño, vivir a la buena de Dios, eso sigue siendo causa y efecto. Pero el karma, el karma directo, es una ley. Y la causa y el efecto también es una ley, pero estas leyes —espero que esta noche mi amigo me llegue a dar la razón—..., estas leyes tienen que ver —escuchen bien— con el ser humano, y el karma directo con Dios. Si usted vive karma, una ley del karma, si mata a alguien, tendrá de inmediato una ley divina entre sus manos. Pero la causa y el efecto... las mentiras y los engaños y cada uno que viva a la buena de Dios, todas esas cosas, se convierten en causa y efecto, y eso es: el ser humano.

La diferencia, sin embargo, entre causa y efecto y karma significa, por tanto, lo que tenemos en nuestras propias manos, y en lo que atañe la ley divina: el nacimiento, la maternidad, la paternidad. Pero solo la reencarnación, eso es karma. Y no hay karma para ninguna otra cosa, porque esa ley en particular solo tiene que ver con el renacer. ¿Entienden? ¿Sienten ahora la poderosa diferencia entre aquello que pertenece a la personalidad: causa y efecto..., pero una ley del karma penetra directamente hasta la vida, por la que los seres humanos hemos recibido la vida. Y esa es la ley divina que rompemos por el asesinato.

(Señor en la sala):

—Eso nosotros lo llamamos karman, no karma: karman.

—Eso es oriental, pero nosotros vivimos en La Haya y aquí se llama karma.

(Señor en la sala):

—Sí... (inaudible), pero karman también.

—Pero karman, ah, eso es un karman. Una vez hablé con alguien, señor —sí, estoy con ocupado con ella, con esta señora—, ese hombre también se refería a un karman. Digo: “Ah, será un hombre de esos que empuja un carro”. Digo: “Señora, eso no hay quien lo entienda”. Claro, esos orientales tienen razón, claro que sí. Si esto lo comentas..., si comentas el karma con un

ruso teosófico o con un ruso metafísico, entonces también se llama karma, pero entonces en ruso, y eso no lo entendemos.

Pero karma quiere decir: violar una ley que los conecta a ustedes con la vida; con la vida. Y entonces estamos ante el karma si privamos al ser humano de la vida, o sea, mediante un asesinato o violencia, entonces estás..., tienes que volver y hay que donar un nuevo cuerpo a esa vida. El tiempo que quitamos ese yo divino a esa alma, a esa chispa, ese tiempo lo tenemos que devolver; y eso es ir desde la disarmonía a la armonía. Así nos hemos echado, a base de palos, fuera de lo armonioso divino por medio de asesinatos. Eso ha sido cosa nuestra.

Pero ahora tiene usted centenares de miles de cosas, rasgos de carácter que tienen causa y efecto. Estamos aquí en este momento en el lado exactamente opuesto a nuestra propia causa y efecto. Y así tenemos que ver otra vez — quizá no lo sepan, claro que no—..., tenemos que ver con asesinatos, que están relacionados con la ley del karma.

¿Lo entiende, señora? ¿Quedan más preguntas?

(Señora en la sala):

—Sí, cuantos más hijos tengamos..., ¿habría que enmendarse por más niños?

—Señora, eso de “más hijos”, si usted pregunta eso... ¿Ha leído los libros?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Al preguntar por “más hijos”, eso nos lleva fácilmente a veinte problemas, o sea, otros estados. Hay madres... lo cual a su vez está relacionado con... hay madres con ganas de tener un hijo pero que no lo consiguen. ¿Qué es eso? Un trastorno.

Porque ese cuerpo, en perfecta armonía, tiene que poder dar a luz, ahora solo para la maternidad, ¿verdad?; pero no va, así que es un trastorno. Un médico que dice: “Señora, no le pasa nada. Es normal”. Bien. El hombre la examinó, todo en orden. Que no consiguen tener hijos. Hay gente en este mundo que quisiera tener hijos, pero que no lo consigue. Otra madre tiene diez, doce. Va a acompañado de psicopatía, hay hijos que salen enfermos e hijos que salen sanos. Y todo eso son problemas y todos se pueden analizar. Pero ahora también aparecen las madres —ya estamos otra vez— que no quieren tener hijos, y aquí habrá quizá unas cuantas, diez, veinte, cien millones de madres que no quieren tenerlos, no se dan cuenta de lo que pueden vivir a través de la maternidad. Esas madres..., si se negara también el resto del mundo, como madre —¿comprenden?—, se detendría la creación. Y esa creación de todas formas no la podremos controlar. Aunque no queramos hijos, aunque sí los queramos —¿cuántas madres no espantan el fruto y quieren espantar a esos hijos—, la creación continuará, de cualquier modo.

Y ahora llego a su pregunta: esa madre en particular no tiene hijos, aquella otra sí, y esta de aquí sí, ya entenderá usted: esto es un gran caos. Ya no puede significar la armonía divina, porque ahora resulta que es el propio ser humano el que tiene en sus manos el cosmos, el nacimiento, la reencarnación, la maternidad y todo; eso piensa el ser humano, porque ella puede decir. “Pues, yo no quiero, eso ya se acabó”.

Hablé con una madre, me dice: “Sí, tengo que tener un hijo porque ya he asesinado a ocho”. Por encargo de él, porque él no quería tener hijos. Pero ella llegó a tener unos siete u ocho. “Y lo que ocurre ocurre, pero yo quiero enmendar”. Había leído un libro que le llegó al corazón; dice: “Lo que ocurre ahora ocurre, pero necesito tener un hijo, quiero enmendarme”. Tuvo un hijo. Bien.

Pero esas almas, ¿cuántas almas no son atraídas, enviadas de vuelta? ¿Y cuántos millones de almas, miles —ahora escuchen bien—, quizá hasta cien mil personas —así que ahora hablamos de almas, son personas que regresan como chispa, como embrión— están esperando entre la vida y la muerte —es el mundo para el renacer— para ir a la tierra para nacer, solo para ser padres y madres, porque eso nos reconduce a Dios, y no adquieren un cuerpo, no son capaces de llegar a tener un cuerpo, de lo contrario serían atraídas; llevan miles de años esperando un nuevo nacimiento. Sientan ese caos, adelante.

Y si entonces miran un poco el mundo, verán que hoy mismo ha habido en La Haya quizá medio millar que han sido devueltas. Y ahora se les echan encima miles de problemas. Y entonces tenemos, por ejemplo, antes de que vayamos a lo normal, la iglesia católica —el cura, de acuerdo, no puede dar a luz, pero creará—, pero ¿cuántas mujeres, cuántas monjitas, cuántas madres que se niegan a hacerse madres no han sido atraídas por la iglesia católica? Y esto es lo más divino, lo más sagrado, lo más glorioso —bueno, glorioso no es—, pero lo más poderoso por lo que evolucionamos los seres humanos. Pero ahora son tan sagradas que no quieren ser madres.

(Señora en la sala):

—Sí, pero entonces lo dicen a los parroquianos, ¿verdad?

—¿Lo ve? Pero no me estoy refiriendo a eso, da igual lo que digan. Se trata, sin embargo, de esto: esas madres también se niegan. Y el número de madres para el espacio —otro problema más, y hermoso—..., aquí tenemos, por ejemplo, digamos, cien millones de madres —y hay cien millones de padres, hombres, claro, hay billones, pero tomamos cien millones—, y ahora de esos cien millones diez millones se niegan a tener hijos. Y a esos hombres... a esa armonía, a ese ir y volver, morir, nacer, a eso le ha entrado un caos por los asesinatos —la guerra es horrible—, suicidios. Así que esas personas, esos diez millones de personas, han fragmentado lo que es divinamente armonioso, los han echado a perder, digamos, mancillado, porque no quieren ser madres.

¿Y qué ocurre ahora? Ahora aparece allí..., en realidad deberíamos... Eso lo he visto, hablo desde la esencia, esas leyes las he visto, me desdoble corporalmente. Qué recibimos ahora, que hemos recibido para que usted, como ser humano, pueda... Nos casamos, la madre da a luz a dos hijos, uno para ella y uno para mí. Que si son chicos o chicas da igual, nacen otros niños, eso se hace armonioso por sí solo. Enseguida volveré a tratar esa armonía en ella, esa armonía vive en el ser humano, pero Dios y la madre tierra siguen controlándola, de lo contrario —lo que ya dije hace unos momentos, pueden aceptarlo— habría sido eliminada de la creación en cincuenta años, por nosotros.

Ahora la madre tiene que dar a luz a dos hijos, uno para usted y uno para mí, para luego —ya lo estarán intuyendo, esa evolución continúa— vivir esa evolución, que luego nos volverá a atraer. Pues bien, la madre no quiere un hijo, esa monjitas no quieren tener hijos, son santas, bien, están casadas con Nuestro Señor, eso ya basta. Pero ya verán ustedes la fatalidad que supone ser santas en esta tierra y negar, reducir y en el fondo aplastar a muerte la creación, el alumbramiento, lo divino en nosotros. Entonces resulta que otra madre tiene que dar a luz a diez, doce, catorce hijos para darles luego la vida, señora. Ahora le voy a dar mi respuesta. ¿No es horrible? Ahora el ser humano en la sociedad dice, cuando llega a casa de gente con diez, doce, catorce hijos: “Ya estamos otra vez como los conejos”. Pero, ay, si supieran ustedes lo que sucede. Que una madre todavía sea capaz de dar a luz a diez, doce hijos: eso ya es estar al servicio del propio grado. Estamos conectados con un grado.

Por eso digo: habrá mil problemas más, y todas esas leyes —todo eso son leyes— tienen que ver con la maternidad. Estamos vinculados a un grado y eso es lógico si compruebas: tienes el grado para el organismo, vamos entonces desde la jungla a la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), pero ahora, junto al grado, también llegamos otra vez en la raza blanca; son transiciones. Así que es posible que esta noche haya aquí con nosotros seis transiciones en un solo grado. ¿Lo entienden? Por consiguiente, toda esa gente, esos hombres y esas mujeres, tienen que ver con un grado por el que representan su entidad, como madres y maridos. Y ahora, atención: ahora están ustedes conectados con mi grado, dentro de nuestro grado, no lo deseo y resulta que es tan sorprendente, madre, que usted dé a luz a doce hijos para retener ese grado, de lo contrario nos exterminaríamos a nosotros mismos. Y ahora lo más poderoso para todos ustedes: podemos preparar lo que queramos, y aunque asesinemos y incendiemos todo, es el propio ser humano quien se vuelve a encargar de la armonía; ustedes la son, la son las demás que dan a luz por esas monjitas, de lo contrario estas luego no podrían regresar. Esas criaturas piensan que cuando mueran aquí llegarán al cielo, han tenido una vida hermosa... Ojalá lo hubieran hecho de otra manera.

Imaginen que la iglesia católica pudiera aceptar esto por fin, que las mon-

jititas..., la autoridad más elevada para Dios es: dar a luz. Y ahora santifican a esas chicas. No hacen otra cosa que rezar, hacen un buen trabajo. Pero el trabajo más poderoso que pueden hacer es dar a luz a un niño. Si toman ustedes cien monjitas, noventa y nueve tendrán que volver a la tierra, porque no son madres. Un ser humano —pueden constatarlo en su totalidad—..., un ser humano —inconsciente o consciente, da igual..., ahora los sentimientos reaccionan— que sigue rotundamente una sola línea —eso también es apostar todo de sí mismo a una sola carta—, una sola línea, un solo camino, y que ahora acepta una secta, una religión en lugar del cosmos divino, de la maternidad..., ¿entienden lo patético, lo pobre que se hace eso de cara a Dios, de Cristo, del espacio, del cosmos, del macrocosmos? Esa gente, esas mujercitas lo apuestan todo a una sola carta, a una sola vida, e incumplen, destruyen —no hace falta decir “echan a perder”, es que echan a perder la vida— es como si echaran a perder, no, lo hacen sin duda, su vida en la tierra de cara a su evolución. Y resulta ahora que una madre da a luz a diez, doce hijos, catorce, dieciséis, solo para mantener en pie el grado humano.

Y ahora el ser humano piensa —y es eso lo que quería decirles—..., ahora piensa, como si dijéramos, que puede hacer y deshacer con sí mismo lo que quiera, y romperlo; hace chapuzas, hace esto, hace lo otro, dice...: “Soy dueña de mí misma”, dice una mujer, “y no quiero hijos, no quiero tener que ver con esos líos”. Eso es para esta vida, con todo eso pueden hacer usted su juego.

Pero ahora hacia ustedes y hacia otra madre: es otra la que tiene que encargarse de que luego ella tenga la oportunidad de volver —porque eso tendrán que hacer—, igual que esas monjitas: tienen que hacerse madres. Esta vida, por santa que sea, se ha echado a perder por completo. Esa gente está detenida. ¿Ha quedado eso claro? Porque estamos evolucionando cuando poseemos el organismo materno, y damos a luz. Eso es justamente el macrocosmos, Dios es eso.

Pero de lo que se trata ahora es esto: la madre tierra —claro, ahora bien podríamos decir: sí, ya lo haré, y haré aquello y lo otro lo quiero así—, pero la madre tierra vuelve a dar la oportunidad al ser humano de regresar. Y ahora resulta que el ser humano no tiene ni posee la voluntad de hacer y deshacer lo que él mismo quiere, sino que es la tierra, como madre, la que lo retira y dice: “Oye, espera un poco”. Así que es imposible eludir —ahora vamos otra vez hacia abajo— a eso de la causa y el efecto. Estamos entonces ante el carácter humano, ante ese asesinato, ahora es karma, y mientras vivamos en una ley del karma, o sea, al margen de nuestra propia evolución... Así que el organismo más elevado que la tierra puede dar a sus criaturas —o sea, la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) o una persona de color, da igual—..., es el séptimo grado para el organismo..., cuando los seres humanos hayamos alcanzado ese cuerpo como personalidad espiritual, como

padre y como madre, entonces la tierra nos suelta cuando estemos listos —y ahora de vuelta allí— con la ley del karma, o sea, cuando las vidas... Y son centenares de miles, señora. Créame si le digo que en esos diez millones, veinte millones de años que hemos necesitado para venir desde la jungla aquí, a la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), desde que allí hemos hecho papilla a centenares de miles de personas, desde que las metimos en el caldero para hacer una rica sopita, y eso lo hacíamos allí para alimentarnos, y más tarde empezamos a lanzar disparos y más disparos y más disparos, hasta reventar.

Ahora, en la sociedad, en estos tiempos, se sigue asesinando e incendiando todo, y esa es la única ley del karma —ya estamos otra vez, señor, esto le interesa— que controla la tierra. Y el planeta dice ahora, es una fuerza, es sentimiento, y ese sentimiento nos dice: “Oye, espera un poco”, y tenemos que volver para hacernos madres. Y ahora nos negamos a la maternidad; ¿ve lo fatal que es esto? Tenemos que volver para que el organismo maternal lo podamos... Como hombre no podemos dar a un ser humano una vida, así que, si yo le quito a usted la vida —ahora soy un hombre—, entonces he de..., me hago madre para dar a esa alma un nuevo cuerpo por el tiempo que he quitado a esa vida. ¿No es justo eso? Y eso lo controla la tierra como sentimiento de poder, como fuente. Y cuando eso lo hayamos enmendado, vamos..., podemos irnos al otro lado con nuestra causa y efecto, entonces tendremos siete mundos tenebrosos inconscientes —mejor léanlo en ‘Una mirada en el más allá’, y se les abrirá la creación entera—, entonces recibirán allí lo que llamamos los “infiernos”: son mundos inconscientes. Y cuando entren allí, cuando los vivan, irán ascendiendo lentamente, y en eso estamos; si quieren liberarse de eso, nos elevaremos por encima de esa inconsciencia e iremos a una primera esfera y sobre eso también preguntarán algo.

¿Tiene alguna pregunta más, señora?

(Señora en la sala):

—Sí, quería preguntarle: el hombre con el que estás casada, por ejemplo, ¿también es posible enmendar cosas ante él, como si dijéramos?

—Señora, no hay ni un solo ser humano en la tierra que pueda decir de sí mismo: no tengo nada que enmendar. Estamos todos metidos hasta las cejas en desgracias, espiritual y corporalmente. Y si esa desgracia no existe..., en este momento, en cualquier caso, no tenemos un paraíso aquí. Pero no hay ni un solo ser humano que esté libre de la causa y el efecto, eso es imposible.

(Señora en la sala):

—Sí, pero la gente se lo salta a la torera...

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Que hay personas de esas que viven a la buena de Dios y parece que no

tienen nada que enmendar ante nadie.

—Ay, señora, hay gente a la que se le golpea y patea y que dice: “Yo no voy a responder a eso”. Pero luego, señora, todos éramos salvajes como demonios, y eso no fue hace tanto que lo dejamos atrás. Todos, sin embargo, éramos inconscientes. Ya lo digo: en la jungla hemos metido al ser humano en el caldero y nos dedicábamos al canibalismo y un poco después le retorció el pescuezo a quien se me cruzara y antojara.

Y ahora estamos en una sociedad..., estamos, digamos, ante la causa y el efecto. Son ustedes unos incomprendidos y se les pega, ese no quiere esto y aquel lo otro, y ese hombre pega o aquella mujer hace esto y lo otro. Señora, todo ser humano tiene que enmendar cualquier pensamiento equivocado.

(Señora en la sala):

—Parece que todavía hay quienes ni siquiera han llegado a ese punto.

—No, claro que no. Claro que no. Si mañana pasa algo y tendemos una mano, tomamos un revólver y pegamos tiros a diestro y siniestro, habremos metido la pata aún más. Pero a ese punto llegamos. Y cada ser humano está ante esas leyes divinas cósmicas y eso es: ama todo lo que vive. Y tendrán que empezar tarde o temprano, pero ahora todavía no les da la real gana, ahora no lo hacen.

(Señora en la sala):

—Qué divertido si una tiene que ver todavía con esa gente.

—Sí, y tenemos que ver con ellas, ¿entiende? Creo, sin embargo, que todos tenemos que ver un poco con ellas, le pasa a toda la sociedad, de verdad que no es solamente usted.

¿Tiene alguna cosa más?

Piensen un poco y entonces tendremos algo más.

¿Quién tiene alguna pregunta?

Señor, ¿quiere que sigamos hablando del karma? ¿Lo entiende ahora? Sí, si lo puede aceptar.

(Señor en la sala):

—Sé lo que me quiere decir, pero no estoy de acuerdo.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Sé lo que quiere decir, pero no estoy del todo de acuerdo.

—No está usted de acuerdo, claro que no. Vaya, pues qué lástima, porque así ya no puedo decir nada. Por eso digo: la teosofía, los rosacruces también lo tienen, creo, hay más sectas, es karma, karma, karma, karma, karma, pero no saben lo que es.

Se lo pregunté al maestro Alcar y dice: “Vamos, vente, entonces te meteré hasta la nariz”. Y entonces me metió con la cabeza. Dice: “Mira, solo asesinatos, el resto es causa y efecto”. ¿Para qué tiene que servir todavía ese

karma? ¿Lo ve? Todo lo que está en manos de los seres humanos, lo que controlamos... Con el karma eso no ocurre, el karma quiere decir: un castigo impuesto. ¿Eres capaz y quieres imponerte un castigo, conscientemente? Ni siquiera son capaces de eso. Por mucho que digan: “Esta vez sí que tengo ganas de morirme de verdad, qué gloria”, pero no pasa. Lo quieren de verdad; no ocurre. Eso demuestra que sí que es posible vivir y pensar para uno mismo, pero cuando el karma se materializa, se va directamente al poder y la fuerza que controla la madre tierra. Y el resto tiene que ver con nosotros mismos y ahora eso se llama: causa y efecto. Y allí se disuelven centenares de miles de cosas: nada de asesinatos, pero sí robos, mentiras y engaños, dureza, pegar, patear, mancillar etcétera etcétera. Pueden cotejarlo con el diccionario entero. Y Cristo solo dijo: “No mates porque te matarán”. Pero podría haber añadido: o tendrás que regresar a la tierra y así lo podrás volver a enmendar. De aquí no escapamos. Y por eso —eso ya lo hemos comentado— los seres humanos vivimos demasiado tiempo en la tierra, ya podríamos haber estado hace millones de años en el otro lado si hubiéramos seguido y vivido las leyes de forma armoniosa. ¿No es justo?

(Señor en la sala):

—Eso es una verdad como un puño.

—Eso es una verdad como una catedral. Así es. Pero, claro, si le digo al señor: “Eso lo he visto”, me dirá: “Sí, eso lo tengo que ver yo también”. Eso es desde luego lo que ha vivido Jerusalén, señor. Dice: “Bueno, quizá esas marcas sean propias”.

Cristo se encontró con alguien que dijo, bueno, pues esto: “Es que, mira”, dice, “yo también vi a alguien hace poco que dijo: ‘Yo soy Cristo’, y tú también lo eres, ya son dos, imposible, ¿no?”.

Miren, crean... Esto ya no es posible creerlo; lo que les digo sobre el cosmos, sobre el renacimiento, sobre los infiernos, los cielos, la atracción, la maternidad, la paternidad, la reencarnación: estas leyes las he visto. Yo lo tengo todo por experiencia. No estoy aquí diciendo tonterías sobre nuestra doctrina. No he sacado nada de la teosofía; no se me concedió leerlo. Jamás he tenido un libro sobre la teosofía en las manos. Tampoco he leído la Biblia, jamás. Señor, si se atreve, puede hacerme las preguntas y le saco todos los errores a la Biblia, ¿eso qué es?

(Señor en la sala):

—Una gran pena.

—¿Por qué?

(Señor en la sala):

—Porque el núcleo de la Biblia...

—Ay, señor, hay que ver lo perdido que está. Mire, el maestro Alcar dijo esto...

No, así no avanza usted nada. Ya lo ve: siempre esto y lo otro, son los frenos para usted mismo. Yo reacciono ante lo que dice usted, pero ya no lo haré más.

Mire un poco, el maestro Alcar, los maestros dicen esto... Yo digo: “¿Por qué es esto?”. “Nada de leer esto, porque te mostraremos la inmaculada Biblia”. Y entonces vi el otro lado y conocí la Biblia. Entonces vi los infiernos, vi la Biblia. Entonces vi el estadio inicial, cuando llegaron al mundo Abraham, Moisés y los demás; fuimos al mundo de lo inconsciente y ese instante lo vi, lo viví. El maestro Alcar dice: “Pues, vente conmigo”, dice, “viviremos el instante en que Moisés fue atraído a la tierra”. Dice: “Porque no crearás, lo que harás será...”.

Ahora conozco la Biblia entera. Entonces el señor dice: “Qué lástima”. Contiene algo sobre el amor. El maestro Alcar me llevó al Omnigrado, a la Omniconciencia. Allí he visto y hablado a Nuestro Señor tres veces. Claro, eso tampoco se lo cree, ¿no? Lo vi de niño, aquí dije a la gente: Pueden escucharlo en cualquier momento, siempre que hagan esto, lo otro y aquello. Pero el Omnisaber... Esos maestros que me acompañaban a ese espacio, a ese ley, pregunto algo, dicen: “Voy a esa ley. Es la vida, es el alma, es el espíritu, es una parte de Dios. Y atención: mi palabra es ley”. El maestro Alcar puede decir, junto al maestro Zelanus y todos los demás maestros: “Soy un Omnisiente para este espacio. Un Omnisiente”. Y entonces, ¿seré yo quien diga: “Eso es imposible”? Entonces me echan. Ya nunca tendría contacto, ya no recibiría nada.

(Señor en la sala):

—Tal como nos lo ofrece la Biblia, en ese Antiguo Testamento, oiga, eso no contiene amor”.

—Claro, claro, claro. Eso es tan satánico que lo ponen en manos de Dios, porque Dios jamás hizo eso, todo obra humana. Dios jamás habló como ser humano. Y allí habla día y noche. Se pelea con Noé por tres barricas de coñac. “No”, dice a Noé, “no te daré más de tres”. Noé quiere cinco, dice: “Porque me apetece. Con coñac lo puedes hacer todo, todo”, dice Noé. Pero no recibió más de tres. Y ¿eso es Dios?

Dios anda por allí...

¿Han visto la película ‘Los verdes prados’ (‘The Green Pastures’, 1936)? Entonces ven a Dios, es muy hermoso, un gran negro, y este va andando el domingo, viene un rato a la tierra a echar un vistazo y hay un chico allá, y una chica, en la naturaleza, que están jugando. “¿No tienes otra cosa que hacer?”, dice Dios. Ese chico, lógicamente, no lo ve a Él. Pero a Dios se le ve en todas partes, en un traje negro. Los pastores protestantes se pusieron como fieras por la salida de esa película, pero es impagable. Uno la ve veinte veces. En el cielo los domingos se fuman puros de veinticinco centavos y están pes-

cando, y entonces uno de esos negritos se tragó una espina y le calentaron el trasero. Ja, ja, es para troncharse de la risa, pero, oigan, es cierto, porque con eso han querido mostrar en cierta medida lo ingenuo de la Biblia, al comienzo, lo ingenuo. Y han escupido sobre esa película, pero era imposible detener a la gente. Creo que estuvo cuarenta días en cartelera.

Miren, el ser humano quiere saber y eso es lo que hará. Y nosotros hemos recibido la ciencia, gracias a Dios, hemos recibido los maestros; no les he preguntado y no los he buscado, llegaron hasta mí y dijeron: “Te llevaremos a las leyes”.

Y ahora vamos a seguir.

Aquí tengo otra pregunta: “El volver a verse, ¿solo es cuando llegas a las esferas donde están tus seres queridos?”.

Señora. “El volver a verse, ¿solo es cuando llegas a las esferas donde están tus seres queridos?”. ¿Por qué hay que estar en el otro lado para ver a sus seres queridos, señora? ¿Siente usted que aquí...? Y eso es en general..., todo eso es..., es el pensamiento de la omnia, el omniespíritu —no el Omniespíritu—, quiero decir el ser humano de las masas. El ser humano cree que tiene que estar en las esferas para ver su amor. Pero no es así. Aquí está el amor. Porque si no tiene usted ese amor aquí, allí tampoco lo tendrá. Y entonces, claro, pensará: ‘Pero si aquí no hacen otra cosa que pegarme y patearme, y todas esas cosas, ¿cuándo voy a recibirlo entonces? Eso está en sus propias manos y depende de usted, si tiene esa felicidad, si, ciertamente, entonces podremos decir: detrás del ataúd llegará a ver usted su propio estado.

Pero esta pregunta se refiere a otras muchas preguntas. “El volver a verse, ¿solo es al llegar a las esferas?”. No hay apenas un solo ser humano en la tierra de su propio grado de vida —y eso que hay millones de personas— al que no conozca, al que no haya vivido, de quien no fuera hermana, de quien no fuera hermano, de quien no fuera padre, de quien no fuera madre. No hay apenas nadie en ese espacio a quien no haya portado y alumbrado. Usted ha sido hombre, usted ha sido madre, miles y miles de veces. Y ahora recibe usted un solo núcleo de todas esas eras de amor, llega a vivir y a ver problemas, un solo núcleo.

¿Y de eso se trata para usted? ¿De ese único núcleo? Es la parte —los maestros la llaman el alma gemela—..., pero esa es la parte de usted misma que ahora anda por algún sitio en la tierra. ¿Tiene usted esa parte junto a usted? Bueno, pues quizá haya una persona entre centenares de miles de personas que la tenga. Hay gente que ciertamente ya la tiene en la tierra. Porque entonces eso quiere decir —ahora viene— que desde la luna —porque ya en Marte y en otros planetas y ahora en la tierra hemos empezado con la desintegración, ya lo dije hace unos instantes, ¿qué es lo que no hemos hecho?— nos fuimos separando para enmendar cosas. Y ahora es natural que se me

atraiga desde alguna parte de ese mundo y que tenga que desprenderme de la parte que me corresponde a mí, ya está fragmentada, pero porque yo tengo que hacer algo, y usted también, allá, allá y allá. Y si queremos recuperar ese sentimiento cósmico de ser uno, tendrá que encontrarse usted infaliblemente con esa parte de su vida como hombre y mujer, y entonces tendrá usted verdaderamente el ser uno cósmico. Eso ocurre en el otro lado.

Y debido a que la gente no lo tiene aquí, significa de nuevo: nos hemos echado a patadas... podemos decirlo así sin problema: nos hemos echado a patadas de ese matrimonio divino. Porque el matrimonio es lo más poderoso de todo lo que existe y por lo que vivimos a Dios y lo representamos, en cualquier estado que sea. Y ahora hemos hecho la causa y el efecto y nos fuimos separando. Eso ya fue hace millones de años. Y ahora el ser humano está ampliándose a sí mismo en la tierra, está dándose sentimiento y, principalmente solo para eso, está reconduciéndose a esa parte propia, y eso es una parte de mi alma, de mi vida, de mi espíritu —no de mi personalidad—, porque esa parte también tiene que vivir las leyes y tiene que asimilar el macrocosmos.

Si viven eso, señoras y señores, y están delante de eso, todo ese cosmos estallar dentro de ustedes porque en esto los sentimientos son infalibles. Pero también les digo: de cada millón de personas solo una lo ha vivido, o sea, que aquí haya sido espiritualmente consciente en todo. Porque aquí tienen ustedes grados preanimales, el ser humano preanimal, el ser humano que solo vive a la buena de Dios, los asesinos y los incendiarios, y el que hace lo que quiere, esa gente también ha entrado en contacto con los demás y es una en sentimiento, una en color, en su estado.

Pero para nosotros se trata de ese sentimiento en particular, de esa felicidad en particular. Y eso, ciertamente, no es la primera esfera, sino que ya lo pueden vivir aquí. ¿Lo comprenden? Y si lo viven aquí, pues sí... Porque tenemos...

Sobre esto bien podría escribir un libro, es tan poderosamente profundo, aunque no tan profundo como para no comprenderlo, pero quiero decir: hay tantas cosas vinculadas a esto, porque así uno puede encajar toda la miseria de la sociedad y de todo el mundo, de toda la humanidad. Y seguramente que ya sentirán ustedes que tipo de libro será, si quieren analizar esta pregunta de forma espiritual, corporal y cósmica. Es así de profunda. ¿Por qué? Porque cada ser humano ha mancillado su propio núcleo. ¿Es así? Cada ser humano ha fragmentado su propia sintonización divina. Y si es que ya tienen un poco de felicidad aquí, y ya entienden ustedes al ser humano y este a ustedes, Dios mío, Dios mío, esa es la posesión más poderosa que pueden vivir, porque son los fundamentos bajo sus pies, de lo contrario se desangrarán, se quedarán sin vida, no soportarán esos crujidos.

Y si tienen aquí la comprensión, seres humanos, estén agradecidos de estar sentados aquí, juntos, y de que lean los libros juntos y de que deseen ampliarse juntos. Hay aquí entre nosotros quienes se van tomados de la mano a casa y que al dormir dicen: “Adiós, hija”, hacen el vuelo tomados de las manitas, son personas agraciadas. Aquí hay ciertamente personas que ya tienen una comprensión espiritual y corporal, o sea, material, aquí en la tierra, que es una de un modo tan llamativo, tan curioso, que te hace temblar y estremecerte. Esa gente puede con todo porque caminan de forma consciente en la felicidad del macrocosmos. Y eso es marido y mujer. Y entonces la vida es un paraíso, aunque vivan ustedes bajo tierra. Aunque haya patadas y golpes a diestro y siniestro de ustedes: viven ustedes de forma serena, en paz, con prosperidad.

¿Saben lo que es, lo que significa, que el otro ser humano, hombre o mujer, los entienda, los acoja, tener el mismo anhelo, el mismo deseo? Aquí tenemos..., y entonces la mujer de aquí y el hombre de aquí pueden decir: “¿Y cómo fue? Vamos, cuenta”, y entonces él se tiene que sentar, ella prepara un té, él se enciende su pitillo, y entonces se habla. Primero reciben ese despertar espiritual, ese anhelo espiritual, anhelar conocimiento. Ambas vidas ya están enriqueciéndose. Dios mío, Dios mío, ¿entienden, madres, hombres, lo hermoso que se hace entonces un matrimonio?

No tenemos ignorancia. Da igual ser protestante o tener todavía la Biblia, pero entonces por la ignorancia ya no se llega a la claridad inmaculada, espaciosa. ¿Por qué pueden vivir ustedes esta felicidad? Un protestante no es capaz de eso. Sí, ya pueden amarse todo lo que quieran, pero entonces el amarse y el amor no es más que un circulito así. ¿Lo aceptan? Porque si ustedes se apoyan en la condena, y ellos no lo saben, tampoco tienen ampliación, ¿no? Ustedes saben que se volverán a ver más adelante. Saben infaliblemente que algún día se encontrarán con su propio sentimiento y personalidad. Y entonces estarán ante su felicidad divina.

Señora, ¿a que es hermoso? ¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Dan ganas de ponerse a llorar, ¿no le parece?

Para eso el ser humano lo entrega todo. Y para nosotros, para el mundo entero, solo se trata de ese núcleo. ¿Y por qué se separa el ser humano? Porque no sabe.

Ha venido gente a verme, señora, que dice el hombre: “Es una gata salvaje, esa mía”.

Digo: “Pues mándame esa gata”. Que entra un encanto. Pienso: ‘¿Cómo es posible?’. Claro, a la mujer no le dije que él dijo: “Es una gata salvaje”. Digo: “Señora, qué hermosa es usted; no por fuera, sino por dentro”. Digo: “Y su esposo...”.

“Sí”, dice, “¿qué ha dicho?”.

Digo: “¿De qué le sirve, señora?”. Digo: “Es mejor que se vaya. Mejor guarde silencio, mejor no diga nada, ya verá como todo se resuelve. Hágalo venir de nuevo”.

Entonces le canté las cuarenta, digo: “Haz el favor de empezar a ver esa gata de otra manera, ¿quieres?”. Digo: “Entonces tú tienes que empezar a no jugar a ser tigre y león; eres de los que ladran, un fanfarrón, haces aspavientos. Crees que puedes comprar con dinero una madre, y con un vestidito. No, señor: te sientas y la miras a la cara y le hablas”. Digo: “Para la sociedad eres un pez gordo, pero tú, para arriba, no vales nada, ni un céntimo”. Digo: “Es un ser humano tan hermoso por dentro, pero jamás le has sacado ni cinco gramos de sentimiento. Jamás has dado por ella ni el cinco por ciento de tu sentimiento amoroso, para vivir alguna vez esa belleza, porque ella dice en sus sentimientos: no estoy disponible para una bestia salvaje”.

Allí estaba el señor. Dije: “Te gusta París”, digo, “pero lo que ves allí vive en tu propia casa y es mucho más hermoso”. Digo: “Es la madre de tus hijos”.

Tuve que sacudir a ese hombre desde los cimientos para que despertara, y mirar, y hacerle ver quién era él. Digo: “Ahora a callarse un poco. No vas a decir nada”. Ya se lo conté a ustedes una noche. “Tú a callar. Solo vas a decir ‘sí’ y vas a analizar algo. Cuando ella diga: ‘¿Qué tal te fue? ¿Está lloviendo?’, vas a empezar mostrándote cortés de verdad, con mucho interés, para decir: ‘Pues, hija, sí, según los eruditos’, aunque no quieras jugar a ser erudito y entonces le vas a decir, con cortesía, con humanidad, como un hombre: ‘Pues no pinta mal. Es bien posible que vayamos a tener buen tiempo’. Y ahora vas a hablar de las cosas, vas a hablar por fin de la vida, señor. Te vas a sentar un poco. Por fin vas a prestar atención al hecho de que allí vive una divinidad”. Digo: “Si quieres recuperar a esa mujer, lo conseguirás en dos semanas”.

Cuatro años habían estado armando bronca, se arrastraban por los pelos por la casa, a tirar todo por los aires; las lámparas rotas, la porcelana rota. “Quisimos hacerlo una noche con un buen vaso de vino”, dice él, “cinco minutos después la botella ya volaba por el espejo”. Dice: “No hay quien hable con ella”.

Digo: “Señor, ni siquiera se ha sentado”. Digo: “Usted se ha socializado. Ya no tiene nada”. Entonces empezó a callarse. Digo: “Usted quiere la felicidad”.

Dice: “Pero si todo era maravilloso. ¿Cómo es posible que un ser humano se rompa así de golpe?”.

Y es cierto, lo he comentado aquí, por la noche. ¿Pero piensan ustedes alguna vez en eso? “Cuando empezamos a cortejarnos”, dije, “no vemos un carácter”, señora, “sino que despierta en nuestro interior la madre tierra”. Aunque ella tenga unos bultos como estos en la cara, así de grandes, torcidos y retorcidos; si es ella, la cortejamos. ¿Cierto o no...? Sí.

(Risas).

Entonces nos ponemos a arrullar.

Pero ese sentimiento... Como una persona que viene a verme, igual que ese señor... Un ser humano queda destrozado en cuatro meses. “Eso es imposible y no puede ser”. Un ser humano agota su vida en cuatro meses. “Imposible. No puede ser”. Un ser humano es cósmicamente profundo, el hombre y la mujer, pero sobre todo la mujer, la madre, es de una profundidad imponente. Y en cuatro meses, señor De Wit, una madre puede haber perdido el norte por completo. Claro, es imposible vivir con hienas, claro que no. Pero cuando el ser humano lo quiere, es posible que se despierte todo un mundo nuevo.

A esa gente solo le dije: “A callarse. Si se trata de algo, nada de hablar, a callarse”. Les tuve que enseñar a pensar, como niños. Y cuatro días más tarde me dice él: “Dios mío, Dios mío, ¿qué ha pasado contigo?”. Y no dijeron nada durante un tiempo, volvieron a sentir su propio silencio y se pusieron a hablar que daba gusto, y cuatro meses después se fueron a la Riviera francesa, que tenían una vida nueva. Los advertí, pero, bueno, por el dinero de ellos.

(Risas).

Pero volvieron y dicen: “Dios, contigo es...”. Digo: “¿No es una maravilla?”. Entraban y salían de los hoteles, uno tras otro. Digo, los seguí: “Cómo es posible”. Qué felicidad poder devolverle a un ser humano la felicidad y a sí mismo.

Así es como he recompuesto a veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta. He luchado como un diablo para que ellos... Los tenía aquí y allá de sesenta, de cincuenta; ella a un lado de rodillas y él también, al otro lado. Los volví a mandar al paraíso como dos niños. Pero yo estaba en medio de todo eso. No como el árbol de la vida, sino que estaba silbando como una serpiente. Digo: “Y ahora fuera de aquí”, y entonces vuelven a hacerse pequeños, vuelven a ser hermosos.

“No nos comprendemos”.

¿Quieres felicidad? ¿Quieres vivir? A volver. Si eres, pues, practicante, protestante, y tienes miles y miles de cosas y no has terminado ni una sola, entonces sigue en nosotros el porqué y el porqué; y el sí, sí, sí, claro; pero será mejor que eso me lo demuestres. Entonces la mujer puede demostrar..., y el hombre no puede demostrar nada a la madre, no tenemos sentimientos el uno por el otro, ni amor. Y ahora hay que empezar por el primer fundamento: ¡acepta esta vida!

Y si entonces quieres vivir lo definitivo, señora, sí, claro, eso tomará todavía algún tiempo. Ahora aún lo puedo hacer espiritualmente, y entonces ya verá lo que queda de eso. Entonces también podrá ver... Les contaré una cosa hermosa esta noche. Todo lo que vivan en esta vida, señoras y señores, no es más que algo recibido. Esa esposa que tienen ahora, y ese marido que tanto

las saca de quicio, ni siquiera les pertenece. Quizá. Ya lo puede ser ahora. Pero ¿comprenden lo que hay en eso? He conocido a gente que ahora está en el otro lado, y él decía: “No quiero perder a esta querida alma ni por el cosmos entero”. Y los he vuelto a ver en el otro lado, a él y a ella, y he tenido que preguntarle a ella, por medio del maestro: “¿Sigue él allí?”.

“No”, dice, “pertenece a otra persona”.

Digo: “¿Y usted puede con eso?”.

“Desde luego, porque mi vida se está acercando y llegando”.

Señora, si usted me dice: “¡Oh, amo esta vida tanto!”; yo le demostraré lo profundo que es su amor. Y esto no es más que social, no es más que terrenal; y ahora vamos al otro lado y entonces bien puede ser que..., entonces la persona que le pertenezca viva todavía en Estados Unidos o en Francia o en otra parte, pero algún día llegará esa vida; y a quien tenga usted ahora lo puede amar mucho, sin duda, y así tiene que ser, pero es posesión recibida de otra persona. ¿No es justo? Y a eso renunciará usted de buen grado, porque recuperará sus sentimientos propios y sentirá, es el blanco del blanco, el amarillo del amarillo, no hay nada por encima de eso, llegará a ver y a vivir usted su propia vida y al final, señora, seremos todos, millones de personas, completamente uno, como una sola madre y un solo hombre, una sola vida, un solo sentimiento. Así que todo acabará bien.

¿Hay preguntas sobre esto?

Tengo más cosas. Ay, no, aquí dice: “El volver a verse ¿solo es cuando se llega a las esferas donde están los seres amados, o directamente con la transición?”.

Miren, esta pregunta: “..., ¿o directamente con la transición?”. Hay personas con las que he hablado y hablado y hablado y estaban tremendamente alejadas unas de otras. Entonces dijo el hombre: “Por el amor de Dios, ¡ojalá que la vuelva a ver cuando llegue yo allí”.

Digo: “Eso te lo doy yo sin problema. Yo puedo dártelo”. Digo: “No lo doy porque tú mismo tienes que pelear por eso”. Digo: “Si tú inclinas la cabeza ante todas las cosas, aunque pienses tener la razón, pero aun así puedas aceptar”, digo, “entonces recibirá ella la posibilidad de irte a ver luego. Pero si le cortas el paso a esta vida”, sentimientos, comprensión, armonía, amor, ¿entienden?, cortar el paso está en la personalidad, eso lo hacen ustedes con los sentimientos, con su amor, “entonces no verá a ese ser humano”.

Se ven el uno al otro..., a la gente con la que tiene que ver aquí la volverá a ver luego, a todos. Los veré a todos ustedes. Y a mí no se me puede escapar ni una sola persona, las veré a todas y a todas las volveré a ver en el otro lado, porque tengo que ver con ustedes. En el otro lado no somos ajenos los unos de los otros. Allí está mi hija y allí está mi madre, vuelvo a ser un niño, soy padre otra vez, y así sigue y sigue. Hemos llegado a ser una sola vida en ese

tiempo, en ese mundo. Y cuando luego llegas allí, pues entonces lo primero que preguntas —ese núcleo vive en nosotros, por supuesto— es: “¿Mi marido? ¿Mi mujer?”. Estamos ante leyes espirituales, espaciales, cósmicas. Y entonces surge: ¿estamos el uno con el otro en amor, en armonía? Ya habrán entendido: mundos, son mundos. ¿Comprenden todo esto? Y eso lo tenemos que asimilar, señora. Y quieran o no, no les apetece leer, de todas formas estarán luego ante las leyes, porque aquí todos moriremos, como dice el ser humano.

Ahora el ser humano sigue teniendo mucho cuento, pero luego irá de medio lado, empalidecerá un poco, se le cerrarán los ojitos, entonces lo que pasará es..., hay alguien al lado que toma un martillo y meterá una punta aquí y allá, dice: “Muerto es muerto, tú, al hoyo”. Y bien podrá decir usted entonces todavía: “Sí...”. Hay quienes levantan dos dedos; quiero tener razón de todas formas, pero: muerto es muerto. Y entonces va a empezar otra ley y nos quedamos desgarrados. Ahora nuestra causa y efecto se disuelven. Cuando tengamos que volver a la tierra —deberían ir a escuchar eso a fondo, a sentirlo a fondo—, ama usted una sola vida, aquí también tienen que poder amar una sola vida, pero ese amor tiene que ser radiante. Tienen que poder amar todo. Eso no significa, como siempre digo, que tengas que empezar a cargar a los mendigos y todo lo que llame a la puerta y lo que no sepa avanzar aquí en La Haya, eso de todas formas es imposible.

Pero entonces volvemos y estamos de nuevo como una nueva personalidad en la tierra. Luego volveremos a crecer, seremos chico o chica y empezaremos a arrullar de nuevo. De nuevo, otra persona. ¿Qué ocurre en esta vida? El ser humano se siente pequeño, tiene complejos, complejos de inferioridad, pero el ser humano es tremendamente profundo y grande y poderoso. Con que solo quisieran ver y vivir ustedes ese poder y ese espacio. Si te puedes mantener firme en esta vida y te pegan, aunque fluya la sangre, habrá millones de madres y padres a tu lado, detrás, donde sea que estés; pero cuanto más profunda se haga la lucha, Cristo estará a tu lado, pegado, y dirá: “También estoy aquí”. Si retienes eso y no sucumbes, es decir: si no devolvemos los disparos ni los golpes ni lo que nos arrojen, nos patearán y golpearán y nos chuparán todo, nos torturarán, pero estaremos trabajando para ese mundo, para conseguir esa cosa en concreto. Y la que me pertenece a mí, o la otra que le pertenece a usted y a él y a mí, dirá: “Muy bien. Hay que luchar hasta que salten chispas, pero no hay que devolver el golpe”. No hay que entrar en la lucha, mejor soportarla, de lo contrario no saldremos nunca de allí. Es cierto, nunca saldrás de allí si devuelves la mordedura.

Aquí en la tierra uno ama, están casados, tienen hijos, pero en la sociedad entera, ahora deberían averiguar lo infantil que se hace la vida social, la unión de un pueblo. Un católico me toma por demonio. Para Roma soy un hereje y

un diablo. Para cualquier otra fe soy un demente. Ya les gustaría..., no faltan, ya les gustaría arrojarme ahora mismo a la hoguera. Y tienen que amarme. Yo también los amo. Solo quiero enriquecerlos. Ahora no logramos resolver nada, tampoco podemos avanzar más porque la sociedad nos retiene. No, esa gente no tiene más, pero ustedes, que leen esos libros, que adquieren espacio, tienen que seguir con los demás. Y ustedes están dándole contenido a la vida, pueden vivir felicidad todos los días. Si no la tienen, siguen viviendo en la causa y el efecto. ¿No es así? Pero si la tienen, y aunque ella todavía no quiera ni él tampoco, aunque ya tengan la comprensión, mejor sientan gratitud cuando vean el hombre que ama los niños y ella pueda soportar de vez en cuando algo si hablas de esto y lo otro.

Dios mío, Dios mío, si conoces y sientes la humanidad y el pensamiento humano —se lo conté hace poco—, podrán declararse sin problema alguno santos, incrédulos, porque quien ya busque esto y lo anhele y lo pueda aceptar, esa persona está empezando, ciertamente, a trabajar en sí misma, aunque no avance con rapidez, pero ese ser humano ya está en ello. ¿No creen que es así? Están ustedes aprendiendo...

Hace unos años pensé: lo dejo. Eso dije. Y si le digo al maestro Alcar: “Lo dejo”, ya no puede hacer nada. Porque me ha llevado a través del cosmos y nuestro trabajo en realidad ha terminado. Dice: “Es posible”. Digo: “La gente no aprende”. Pero he visto..., después he visto que la gente aprende un montón. La gente decía: “Ay, qué tonta es esa gente”. Pero a esa gente también la oí hablar dos, tres años atrás y era tonta, y ahora empieza a ver lo inconsciente de la masa. Y eso lo han aprendido de los maestros. ¿Cierto o no?

(Señor en la sala):

—En efecto.

—Señoras y señores, todavía tenemos unos minutos.

¿Tienen alguna pregunta más sobre esto? ¿Está contenta, señora?

(El técnico de sonido):

—Tiene todavía más de cinco minutos.

—¿Aguantan un poco más? Así aprovechamos esos cinco minutos.

(Jozef se dirige a alguien):

¿Por qué no entran, señor, señora? ¿Es esto lo que busca, esa señora? Pero, señora, entre, adelante, no nos molesta para nada. Es que, mire: en el cielo tampoco hace falta que se quede detrás de la puerta. Buenas noches, señor Luienweg.

(De nuevo dirigiéndose a la sala):

¿Hay más preguntas, señoras y señores?

(Señor en la sala):

—Señor Rulof, ¿me permite hacerle una pregunta?

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Con motivo de esas monjas que luego se empiezan a sentir tan santas, quizá sigan con eso, con semejante sentimiento, en el otro lado, si en el templo del alma también se encuentran por ejemplo eruditos, artistas y se centran en continuar su arte, su ciencia...

—Ya lo ayudaré yo un poco, señor Götte, porque solo tenemos unos minutos y su pensamiento está tardando ahora demasiado. Esas madres..., hermosa vida la que tiene esa gente, pero les he explicado el porqué de esas leyes. Y de cada cien hay noventa y cinco que tienen que volver, y cinco están justamente trabajando en ese estado, pero han completado su ciclo de la tierra. Volvieron a la tierra para hacer aquí algo, fueron liberadas por la tierra, libres, y pasan a tener una fe. Así que también vienen..., por ejemplo también un cardenal y un cura y un obispo, que llegaron hasta ese punto; hay un montón que tienen que volver. Un papa que piense que llega a un cielo, pero allí no hay ni uno consciente para la primera esfera... Si son católicos a ustedes quizá les parezca horrible. Pero lo primero que pregunté al maestro Alcar..., digo: “¿Dónde viven los papas?”. “Mejor vente conmigo”, dice.

El maestro Zelanus acogió a siete. “Siete”, dice, “a cuyo lado me encontraba yo. Había dos a quienes pudimos llevarnos al otro lado y el resto tuvo que volver, se disolvían al instante delante de tus ojos”. Dice: “Allí llegaron dos. Y entonces empecé yo, tuve el honor de convencer a esa vida”. Pues, dice: “La revelación con la autoridad más elevada para...”. No es más que una secta, lo tendrán en cuenta, ¿verdad? Es cierto que la autoridad más elevada es aupada en la tierra, pero en el otro lado era un ser humano que había alcanzado lo más elevado para una fe. Una fe, sin embargo, no es ningún Dios ni ningún cosmos. “Así que”, dice el maestro Zelanus, “me puse a hablar entonces con él. Volvimos al instante. ‘Aquí nació usted, allí usted...’. Por fin llegamos al ataúd. ‘Aquí murió usted’. Esa vida vio entonces cómo murió y que no había condena, ya entonces empezaba. De todo no se hacía más que..., podíamos dejar las cosas de esa personalidad a nuestro lado, a diestro y siniestro, y para eso puse al lado el nuevo fundamento, el nuevo fundamento divinamente cósmico”.

Vuelta también para esas monjitas, noventa y cinco de las cien a volver; pero si aparece una criatura de esas, o sea, que ya ha sido pura, pues, claro: vivirá en una tierra crepuscular o en la primera esfera. Porque queda un resto de odio, todavía hay... No son tan santas, deberían oírlas hablar entre ellas. Entonces hablan de envidia y odio, es más que terrible. Hay algunas que son muy fuertes callando, tanto que a una... hay chicas —oigan, eso yo lo he vivido, no estoy contando tonterías— que una dice: “Esa víbora ya lleva seis años sin decirme nada”. Ay, las cosas que ocurren allí son más que terribles, pero no es cosa nuestra. Es por eso que esa criatura no puede vivir esa primera es-

fera, porque no ama. Así que se blindo para el amor universal. Primero tiene que aprender todavía amor. Tiene que asimilar amor y ha apostado todo a una sola carta. Y Cristo dice: “Ama todo lo que vive”. Ahora hay que enseñar a esa gente, instruirla. Es lo más hermoso que hay. Eso quería decir usted.

Ahora está al final, una última respiración y comenzamos de nuevo. Enseguida vamos a tener un nuevo nacimiento, señoras y señores, pero tómense primero un té. Hasta luego.

DESCANSO

Señoras y señores, vamos a continuar.

Antes de que lo olvide: está aquí el señor Van Otterloo, nuestro actor de teatro, pueden estar seguros de eso. Dice —mañana por la noche también lo trataré—, dice: “Hay una obra de teatro que estamos representando, y parece hasta católica, pero contiene muchísimo ocultismo: un ser humano que adopta la pena y el dolor y las desgracias de otro ser humano y que luego carga con todo eso”. Tiene que ser una obra dramática maravillosa. Todos recibimos una invitación suya, si ustedes se encargan del dinerito. Pero quizá sea algo para ustedes.

(Señora en la sala):

—¿Cómo se llama la obra, señor Rulof?

—Si pudiera levantarse un momento, señor Van Otterloo.

—‘De lengte van Posserloedaat’, señoras y señores.

—En esa pieza hace de canalla.

(Risas).

Y cuando mañana por la noche estemos allí todos, claro, todas las entradas estarán vendidas, pero entonces ya lo retaremos.

Ya verán. En (la sala) De Kleine Komodie, donde (la plaza) Spui. Tiene que valer la pena porque contiene muchísimas cosas.

(Señor en la sala):

—¿Cuándo es?

—¿Cómo dice? Mañana por la noche, empieza a las ocho. Las puertas abren a las siete y media. Entrada: cuarenta céntimos, no es caro.

(Risotadas).

Pero quizá sea algo para ustedes.

¿Está contento, señor? Pero, ay, si no se esfuerza todo lo que pueda.

Tengo aquí una pregunta procedente de Haarlem. “Si un hijo no se parece a ninguno de los dos padres, ¿quién lo ha atraído entonces? ¿Y quién tiene que ver entonces algo con él? El carácter ¿juega un papel en esto?”.

¿De dónde viene esta nota? ¿Dónde está la dama? Allí, en la esquina.

Hay gemelos e individuos. Es decir: una madre tiene un solo hijo, da a

luz a un solo hijo, y a dos, a tres. Resulta que hay gemelos que son como dos gotas de agua. Aquí lo he contado, y el médico en la radio..., hace años que ya lo expliqué aquí. Y hace poco el doctor Storm, que los viernes a las once y cuarto de la noche... cuando habla del matrimonio y de todo. Y una noche también surgió este problema. Digo: “Mira por dónde, que me están dando la razón”.

Pero yo soy de ‘s-Heerenberg, ¿entiende?, y no soy médico. Lo recibí de los maestros. Y ahora estaba hablando sobre la división de una sola célula, y eso son gemelos. Pero ahora se libera una división y otra célula, y entonces son gemelos: el tercero no se parece a esos dos. Primero les ofrezco esta imagen. Esto es una personalidad propia y puede parecerse a papá y mamá, pero por lo mismo no. Así que esos gemelos se parecen decididamente, o a los padres, da igual, pero sin duda se parecen y allí reconocen el rasgo familiar de esas dos personas, del padre y la madre. Se queda libre otra célula y no se parece, como esos dos, como dos gotas de agua, y tiene un carácter y una irradiación propios. Y ahora quieren saber ustedes: si un hijo no se parece al padre ni a la madre, ¿cómo es entonces la ley? ¿Qué les parecería a ustedes? ¿Quién de ustedes lo sabe?

(Señora en la sala):

—Es posible que a esa criatura la hayan colocado donde los padres para enmendar algo.

—De eso no estamos hablando, señora. De lo que hablamos es: ¿por qué un niño no se parece al padre o a la madre?

(Otra señora en la sala):

—No creo que sea muy relevante...

—No, así es, señora, no estamos hablando de eso. De lo que sí se trata..., la pregunta es: ¿por qué es posible que un hijo no se parezca al padre ni a la madre?

(Un señor en la sala):

—El karma.

—Otra vez el karma.

(La gente en la sala habla a la vez).

¿Cómo dice usted?

(Otra señora en la sala):

—En el momento en que tendría lugar la fecundación, ambos estaban con la cabeza en otra parte.

—¿En la feria?

(Risas).

(El señor continúa):

—... como contrapeso de alguien, una mujer o un hombre, que tuviera

más fuerza de atracción en ese punto, por lo que el niño empieza a parecerse más a uno u a otro.

Señor, comprendo lo que quiere decir. Cuando damos a luz y creamos... Ahora voy a ponerlos a todos frente al hecho y entonces les demostraré que no dan a luz ni crean de forma consciente, porque ni siquiera son capaces de ello. ¿Y por qué no lo son? Bueno, sí que son capaces, a veces ocurre. Y esa ley adquiere materialización, pero ustedes no son uno solo con ese estado. Uno se va a la feria, está haciendo cuentas, está planchando un traje, ella está ocupada con el sombrero porque de lo contrario el domingo tendrá que hacer otra cosa. Pero ahora suponemos que estás de verdad... y entonces solo se trata de este ser uno, eso se convierte en amor, ¿verdad?, ahora uno es cariñoso, cariñoso de verdad; pero ¿la está usted viviendo, esa ley?

(Señor en la sala):

—Pues, creo que no.

—Creo que no. No, señor, es imposible. Ni siquiera un uno por ciento. Solo viven ustedes lo que posee la tierra y su cuerpo, pero ustedes mismos no viven nada. Bueno, sí que viven algo. Claro, ya les gustaría que se lo dijera.

(Risas).

Ahora todos se ríen por lo bajini. Ahora estamos en la clase que todos conocemos, viven algo, viven la división de la personalidad. Se dividen, están empezando a multiplicarse. Señor De Wit, ¿a que me ha salido muy bonito? Dios dijo: “Multiplíquense (multiplicaos)”. Y eso es lo que hacen. Y esa división es igual que un trueno en el espacio. Y ahora se van a repartir. Es lo único que vivimos los seres humanos, porque no poseemos una unión cósmica. Ni conocen ni siquiera el alma que viene. No saben de dónde viene esa alma.

Ahora viene algo hermoso, señora: aparecen un padre y una madre, ambos son negros y tienen un hijo pelirrojo. Entonces dice él: “¿Será tal vez de aquel pelirrojo que siempre se dejaba caer por casa?”

(Risas).

Y dice ella: “Granuja, ¿cómo se te ocurre? Menuda jugarreta”.

Habían tenido un hijo pelirrojo. ¿Tan raro es eso? Ese niño, pues, no tenía nada de un árabe, pero sí se parecía. El pelo rojo; ambos negros como el betún —¿el betún es negro?—, como el azabache. Esa cara era muy diferente, señora. No se parecía en nada ni al padre ni a la madre. Y entonces ya se hicieron un lío. Se hicieron un tremendo lío. Pero eso vuelve a demostrar que de todas formas no se acuerdan ustedes de todo lo que digo. Recientemente, repasé la familia entera.

El sábado por la mañana hablé con un experto en tulipanes que también venía a (la sala) Diligencia; Arie, uno que cultiva tulipanes. Y entonces le

expliqué los mundos dimensionales de un tulipán, cómo cruzarlos. Eso lo sé hacer yo igual que ese hombre de Sassenheim (allí se encontraban los expertos en el cultivo de bulbos). Puedo escribir un libro, sin problema alguno, por medio del maestro Alcar, del maestro Zelanus, uno de cinco mil páginas, para analizarles los cruces para los narcisos, para los tulipanes y todas las flores, porque conocemos siete grados del espacio. Y entonces le expliqué diversos grados. Dice: “¿Cómo es posible? Porque ese es el camino que tengo que seguir”. Digo: “Pero tenga en cuenta: no soy un experto. Pero el cosmos lo conozco”. Y ahora tenemos —se lo he contado aquí— que el bisabuelo se manifiesta en el rostro de este hijo. Y ahora resulta que no se parece a la madre, puede haber atraído a la criatura espiritualmente, siempre hay un núcleo de los dos, pero es algo que es demasiado débil para que se pueda ver, y ahora es espiritual, es decir: aquí lo que habla en el rostro son los sentimientos. Y eso, pues, es de ella. Pero el bisabuelo se ha manifestado ahora como materia en esta criatura de usted. En plena diana. ¿Ya lo sabe ahora?

(La señora dice algo).

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Ya lo ha contado.

—Seguro que se lo he explicado una veintena de veces. Por eso le sometí esa pregunta, porque usted puede saberlo. Pero ahora resulta que hay alguien que nace con el pelo rojo; y ambos padres son oscuros. Pues, pregúnteselo a la ciencia. Allí se pierden. Es un fenómeno sanguíneo común y corriente, pero tiene que ver a su vez con su propia rama, digamos, con su propia familia. Y si retroceden mucho, tal vez se encuentren en la jungla un pelirrojo de esos. Y dirá usted: “Ah, sí, antes no había entre nosotros más que pelirrojos. Es todavía un pedacito de nuestra sintonización de indios”.

Pero ¿lo comprende usted, señora? ¿Y lo transmitirá? Ah, ¿que allí ya lo oirán? ¿Tiene más preguntas sobre esto, señora?

(Señora en la sala):

—Sí, señor Rulof, quisiera preguntar..., todavía hay tantos... nacen niños por el demonio que se desfoga en el ser humano.

—¿El demonio? Que se desfoga en el ser humano.

(Señora en la sala):

—Sí.

—¿Puede desfogarse un demonio en el ser humano, señora?

(Señora en la sala):

—Bueno, el ser humano que esté poseído.

—Eso es demencia, pero aquí estamos hablando de niños.

(Señora en la sala):

—Sí. En los libros se dice que nacen muchos niños por esa gente, ¿no?

—¿Y qué quiere decir sobre eso?

(Señora en la sala):

—¿Podría ser también que esos niños se parezcan a esa gente?

—¿A la personalidad astral? Eso nunca será posible. Es imposible...

(La señora habla a la vez).

... no, señora, porque el núcleo está en el embrión, vive allí. Cuando la madre ha dado a luz a la criatura y la ha atraído, entonces ya comprenderá usted..., entonces la criatura —que, por ejemplo, será clavada a su madre—..., entonces la criatura tendrá el rostro de la madre, es diferente, naturalmente, pero allí están el rostro y la personalidad, porque este fundamento lo han puesto los sentimientos de ella. Si nos atraviesa, el hombre —sin que el padre lo sepa, eso el hombre no lo sabe— sigue siendo, sin que lo sepa, todo ese tiempo uno con esa vida. Pero ¿es posible eso? Me refiero ahora a seguir. ¿Es posible eso? Esto, pues, es profundo, desafío al mundo entero a ver quién lo puede explicar, es cósmico, usted lo puede saber, pero para eso hay que ser cósmicamente consciente, entonces le tiene que entrar un fogonazo. Cada cosa, señora, dama, es tan tremendamente profunda, puede disfrutar aquí de una forma tan poderosa, me esfuerzo al máximo para que piense usted por su cuenta y también haga esas preguntas.

Dije: el hombre sigue siendo uno. ¿Pero es posible que eso “siga siendo”? Esas palabras “seguir siendo”: ¿vienen al caso? Mejor los ayudo, de todas formas no van a aclararse. No, porque ese hombre ya era desde hace miles de años uno con esta vida. Y siempre es uno. De modo que el alma que atraemos y que me atraviesa no es en el momento que atraiga esa alma; no, señora, así hay miles de personas más que siguen por la tierra con quienes tengo que ver, y a esas personas no las atraigo, allí me quedo, soy uno con aquellas personas porque las he atraído en mi vida. ¿No es poderoso eso? Si me entienden.

Porque así como así: a esa criatura la he atraído... Señora, esos fundamentos ya los pusimos en la jungla. ¿No es divertido eso? Tiene que regresar usted quizá hasta la era prehistórica para liberarse de un alma que allí ha vivido usted allí y que usted ha hecho trizas. No es la criatura que ahora viene simplemente, porque ya tenemos que ver con esa vida. Si no tenemos que ver con ella, con esa alma, con esa personalidad, entonces ni siquiera podríamos atraerla. Así que llevamos listos ya centenares de miles de siglos, señor. Y esa alma también; en un momento dado volverá infaliblemente a nosotros y adquirirá mi rostro porque yo tengo que ver con eso y no la madre. Ahora voy a seguir un poco. Hace poco no lo hice. Pero merece la pena. Si ahora diéramos clases universitarias, entonces ya entenderían ustedes que..., la universidad..., lo que se aprende en la universidad de un doctor..., un doctor que tiene que analizar allí un dedo. Este es el análisis pertinente para la Omnifuerza. Entonces tienen que seguir todos los grados y las sendas más

pequeñas y las posibilidades y el futuro y la maternidad y la paternidad si quieren poder responder a esta pregunta. Esto también es un libro de seiscientos cincuenta páginas si quiero analizar la pregunta íntegramente, así de profunda es cada pregunta.

Pero ¿lo entienden? Llegamos a formar una unión. Y ahora se dice: “¿Soy yo quien ha atraído a esa criatura?”. Dios mío, señora, ahora no ha atraído a esa criatura, sino que la ha violado por cien mil años. ¿No es sencillo? Y ahora mi rostro entra en esa vida. ¿Por qué? Porque yo entonces eché a esa vida de su divina vereda. Qué sencillo, una vez más, ¿verdad? ¿Tenía alguna cosa más?

(Señora en la sala):

—Sí. Si la criatura no se parece en cuanto al aspecto, pero sí por su carácter ¿también tiene que ver conmigo?

—Ahora recibe a una criatura que no se parece a nada. Y ahora escuche bien, ahora predomina aquí, sin lugar a duda, solo el nacimiento. Si una criatura..., si un ser humano regresa a la tierra para la maternidad, para ser madre, ¿qué es lo que se manifiesta entonces? Todos esos rasgos de carácter nuestros que tienen que ver con el carácter —escuchen bien ahora— se disuelven en una gran fuente poderosa, profunda, en una sola, y entonces no se puede ver más que una breve manifestación de los mismos. ¿Qué es eso? Todo eso lo saben, si piensan un poco más lo sabrán.

¿Entienden? Porque la maternidad, esa célula se transforma de pronto en una mujer, en una madre, eso sin duda que es un poderoso acontecimiento. Si ahora eres hombre y tienes el rostro creador... Siempre busco la maternidad que hay en mí. Entonces uno regresa, ya lo conoces, lo sabes, uno regresa al interior de la madre y cambia la personalidad y allí forma el poderoso organismo universal: la maternidad, el organismo maternal. Y ahora se disuelven esos rasgos de carácter que también se materializan y deforman corporalmente, que infaliblemente dan una figura, una fuerza, una irradiación al rostro, eso puede suceder infaliblemente... Pero esa poderosa maternidad, esos cabellos largos que empezamos a tener y esos hermosos labios de las señoras, ¿verdad?, esos hermosos ojitos y todo lo que es tan hermoso, eso predomina en el carácter. ¿Ha quedado claro también? ¿Algo más?

(Señora en la sala):

—Sí, en La Haya tuve una doble, tan parecida...

—Sí, eso es posible.

—... que la gente no se lo creía...

—No.

—... como si fuera familia.

—Claro, una doble. En Estados Unidos me confundieron con Paul Bun-ning, digo: “Pues Paul Bunning es narizotas y yo la tengo respingona, eso no cuadra”. Pero ¿cuánta gente no tiene un doble? Y eso es posible. Pero ¿por

qué es tan excepcional?

(Una mujer dice algo inaudible).

¿Cómo dice? ¿Quién dijo algo por allí? Me pareció que preguntaba algo.

Es excepcional, porque de lo contrario uno todos los días se pasaría a sí mismo de largo en la calle. Entonces ya lo habrían metido a usted en la cárcel y no lo sabría porque está usted tranquilamente en casa, tomándose un té, pero su segundo yo estaba robando. ¿Verdad o no? Estese contento, señor, de que no tengamos muchos dobles, de lo contrario la vida sería peligrosa.

(Señora en la sala):

—Señor, pero ¿no puede ser eso también un alma gemela de nosotros? ¿Que sí que tengamos que ver con ese doble?

—Señora, eso es imposible. Pero ¿por qué sí? Continúe ahora un poco. Ya dirá usted: “Mira ese Jozef Rulof”. De golpe atravieso como un rayo el cosmos entero con su pregunta. Pues es... Me gustaría que algún día reciban todo eso. De pronto atravesé como un rayo el cosmos entero por la pregunta de ella y entonces puedo decir: “Es imposible”, porque el cosmos entero está ahora hablando. Es imposible, porque lo he explicado hace unos instantes. A ver, escuchen, adeptos, discípulos de la Universidad de Cristo, escuchen, señoras y señores, lo infaliblemente profunda que vuelve a ser esa pregunta. Es imposible, señora. Pero ¿por qué no?

(Señora en la sala):

—Porque es del mismo sexo.

—Está en el sexo. No es necesario que atravesase usted el cosmos. Pero vuelve usted al sexo, al sexo propio. Pero, se trata, aunque no de esa cuestión, sino de esta: ¿por qué ocurre tan pocas veces que se encuentre usted con su sosia, con usted misma? No ocurre tanto, pero digamos que tal vez entre centenares de personas, entre un millón, viva también su propia imagen. Y entonces podrá decir usted: “¿Tiene que ver eso con almas gemelas?”. Es cuando dije: “No, señora, eso es imposible”. Porque usted se pondrá a pensar: ‘Ah, entonces esa imagen se parece a mí, pero yo la conseguí de mi rama, de mi familia’. Así que regreso directamente a mi propio pequeño espacio y estoy libre del cosmos. ¿Entendido? ¿Entiende usted? No es posible. Pero ¿por qué ocurre tan pocas veces? En un persona entre centenares de miles de personas, un millón, allí es posible que usted se reencontré. Y ¿por qué? Porque por todos esos estados, esos miles de diferentes imágenes hay de alguna manera una sola imagen que pueda parecerse naturalmente a usted. Porque son centenares de miles de diferentes hombres, rostros, caras, y quizá haya uno que se parezca un momento a usted, exactamente. Sí, algo le fallará, seguramente. Pero también puede ser como dos gotas de agua, ¿por qué no? Pero es excepcional. Y se ha formado por medio de la dilatación. ¿Entiende? Así que ahora llegamos a ver esa alma universal, esa masa de nuestro grado.

Y ahora vuelve a aproximarse a mí algo hermoso: algún día verá usted su propia imagen. Y entonces es espiritual y cósmico. Dicho de otro modo: no tengo mi rostro tal como lo tendré en el otro lado, usted tampoco.

Hace poco... hace unas tres semanas andaba yo..., últimamente sin duda andaba en mi segundo yo, mi yo espiritual, en el futuro, como si dijéramos. Allí me vi a mí mismo, pienso: vaya, mira ese André. Pienso: ¿cómo es posible? Entonces volví a los veintiuno, veintidós, allí tuve ese rostro, creo, cinco, seis meses, casi exactamente, pero después ya desapareció. Porque con eso quiero decir que luego poseerá usted un rostro cósmicamente espiritual.

Nuestro rostro está material y espiritualmente deformado. ¿No creen? Todos ustedes irradian en su rostro lo que sienten por dentro, y ¿ahora quieren hacerme creer que son cósmicamente conscientes? Así que los sentimientos —de eso acabamos de hablar— crean y alumbran el rostro. Se parece a la madre o al padre, pero ustedes crean y dan a luz al rostro. Pero ustedes dan a luz conforme a sus sentimientos, así crean, así se forma el rostro, así es cómo lo irradia.

Resulta que sé un montón, pero no soy más que un gran ogro feo, así que eso no cuadra.

(Risas).

Eso es imposible, porque, bueno, tampoco soy semejante adonis, oiga, seamos honestos, esa nariz respingona y me van saliendo arrugas; pero eso es vejez, no tiene que ver con eso.

Pero si quisieran verse detrás del ataúd... Esas imágenes también las ofrecí ya y entonces estuvimos hablando por la noche de rizitos, los rizitos de las señoras, aquí tienen un modelito rizado y lo cuidan mucho, pero ¿qué significa? Si un ser humano... Quiero ofrecer a todas las madres la prueba: no soy un tipo fácil, señora, si llega a tener que ver conmigo, no miraré su modelito rizado, sino que miro el modelito interior. Digo: “A ver, si diera usted esos mismos colorines y esa misma boca y esa capacidad de resistencia a esto y lo otro, muy bien, sí, no tiene que dejarse contaminar, pero entonces conseguimos el embellecimiento interior para el aspecto exterior, la ampliación espiritual interior para la materia, para la acción, para el acto. Y entonces verán, señoras, cómo en el otro lado van a echar en falta ese modelito rizado. Y entonces pueden acudir allí al peluquero, pero este lo quemará todo. No conseguirá usted meter ni un solo rizo. Porque ya no estará, tendrán ustedes el mismo cabello, pero espirituales, porque en este cabello nuestro vive la fuente espiritual como cabello, allí también están sus dientecitos, sus pies, sus uñitas. El ser humano es pertinente.

Cuando empecé con el primer desdoblamiento y tuve delante al maestro Alcar, yací en el suelo, empecé por los pies y lo repasé entero. Digo: “Ay, ay, ay”.

Y tendrían que ver a la madre —a la madre—, la de la primera esfera, la segunda, la tercera, la cuarta, la quinta, la sexta y la séptima esfera, una mujer que ha vivido aquí en la tierra, que ahora es cósmicamente consciente en la séptima esfera, una universal, que ya posee un amor macrocósmico, una personalidad, que es una alada, estas lo saben todo. Harían bien, hombres, en ver a esa mujer. Bueno. Y entonces, señor Berends, ya se puede postrar uno y decir: “Oh, Padre, dame la fuerza para no pensar mal”. Porque entonces uno está ante algo sagrado, algo poderoso, porque ese cabello es ondulado.

¿Lo ven? Las mujeres ya están riéndose allí otra vez. Eso no les gusta, ¿verdad que no? Porque ese cabello es ondulado, lo cubre el universo como radiación. Y es curioso: a Cristo lo han visto, pero Él tenía el cabello espiritual ondulado. Y no lo tenía por un rizado, lo tenía por Su personalidad, por Su conciencia. Los ojos se ponen radiantes, las manos se convierten en imágenes, esa figura no tiene arruga alguna, señor De Wit, ni un granito, ya nada. Aún tenemos nuestros cabellos. Pero quizá estén hechos un colgajo deshilachado, igual que cuando estemos allí dentro, abajo, esos ya no tienen pelo. Deberías ver esas señoras, allí, por abajo, en esas tinieblas. Pero entonces deberías ver a los señores. De pies, nada, de manos, nada: garras. Pequeños labios, allí puedes poner el globo terráqueo encima, tanto han...

(Señor en la sala):

—... besado.

—No, señor...

(Risotadas).

No, señor... Ya me lo imaginaba, ya me lo imaginaba...

(Risas).

Tanto no se han besado, señor Götte, sino que han cotilleado y charlado y deformado y echado a perder. Ya le gustaría.

(Risas).

Mire, esto le da risa al ser humano que no lo entiende, y quizá se aparte. Pero si se dedican a las habladurías sobre otros seres humanos, entonces destruyen algo, mancillan algo. A mí pueden mancillarme sin problema, no se lo voy a tomar a mal nunca, nadie ha podido hacerme daño todavía, se lo hacen a ustedes mismos.

Y me salpican muchas cosas, ¿eh?, soy un malparido y no sé qué más cosas soy, un borracho y un...

Hace poco “estuve empinando el codo de tal forma en la ciudad”, que mi mujer dice: “Pero ¿cuándo pasó, pues?”, y vino alguien y me dice ella: “Ese hombre ni siquiera lleva dos minutos fuera”. Digo: “Pues ayer, hace catorce días, estaba yo como una regadera”. Digo: “Sí, de la gripe”.

Pero si arrojan todo eso por encima del ser humano, tendrá unos labios en

el otro lado, señor, en los que ningún ser humano quiera sentarse, sino el lío animal del espacio. Su cabeza, su rostro no tendrá... —ahora viene, señora, fíjense, señoras, señores—, su rostro no tendrá ya responsabilidad normal, cósmica, espiritual. Lo divino por lo que poseemos nuestro rostro en el otro lado, eso está fragmentado. Cada acto y acción equivocados quita algo de lo que es normal, radiante, en nosotros y nos deforma. ¿No está claro? Ya nunca más a cotillear, señoras y señores, ya nunca a pensar mal sobre el ser humano. Los convertiré en verdaderas criaturas. La vez pasada que fui a casa me olvidé algo, entonces pensé: se me ha olvidado decirles algo, estuvimos hablando de bebés, de niños. Pero les pondré a ustedes un pañal y les pondré los imperdibles, que de vez en cuando dan un pinchacito, pero déjelos estar, no los toquen. Esta noche les pondré un pañal universal. Les dejaré.

(Alguien dice algo en la sala).

¿Qué dice, señora? ¿Lo ven? Ya están liados con todos esos imperdibles. Señor, señora, ¿ya pincha? Si no están dispuestos que les pinche eso, nunca lo superarán. En otras palabras: si no aceptan la ley de vida y muerte, vuelven a estar impotentes y privan su rostro de la radiación universal. ¿Está bien, señor De Wit?

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, pincha incluso sin imperdibles, también en nuestra casa, porque cada vez que hacemos algo que...

—Claro, entonces yo me pongo junto a la estufa.

(Señora en la sala):

—No... (inaudible)... en pensamiento.

—Ah, claro, entonces si hace usted como yo, y deja que la leche en el fuego se desborde, está usted dilatándose y se va a la habitación... Digo: “Se está desbordando la leche”. Digo: “Pero era tan hermoso”. Entonces se había caído todo al suelo. Eso, claro, no puede ser.

Pero al grano. Así que si en el otro lado les falla algo en el rostro macrocósmico espiritual... son sus sentimientos que se dilatan y que hacen que sus ojos se pongan radiantes, señor; y el sentimiento otorga a su palabra la suavidad, la benevolencia, lo amoroso. Señor De Wit, así terminamos muy bien si lo hace usted, ¿verdad? Entonces... entonces sus labios no se hincharán tanto, sino que adquirirán una hermosa irradiación y una bonita línea; su nariz —yo tengo un fallo porque la tengo respingona— se convertirá en una hermosa escultura. Sus ojos irradiarán los colores del universo. La paternidad, la maternidad, el renacimiento, la reencarnación, todo el sistema planetario vivirá en ustedes y saldrá como rayos de ustedes. Sus cabellos tendrán tonos marrones azulados o claros. Si son negros... el negro también funciona un poco..., pero eso, en cambio, contiene el azul del macrocosmos.

Claro, eso ya les gustaría saberlo: qué cabello tendrán luego y qué aspecto

tendrán y cómo será su túnica y cómo serán las sandalias. Madre mía, las sandalias. Hay quien anda por allí con unos pies así con agujeros, agujeros en los cuerpos. Gus Doré (Gustave Doré, 1832 - 1883, hizo ilustraciones para el libro 'La divina comedia'), que dibujó la obra de Dante, se acercó, pero los verán desangrarse por completo. Los seres humanos están tirados allí como medusas en las tinieblas, en la playa, no hay playa, pero yacen allí como medusas, hechos una baba. ¿No podemos hacernos babosos en la tierra, en esta sociedad, convertirnos en pus? Nos convertimos en pus, nos materializamos, no animalizamos nuestros rasgos de carácter, no, señor, dejamos que se conviertan en pus, los convertimos en enfermedades, estamos mentalmente enfermos.

Esta noche dormirás, ¿verdad señor De Wit? No tendrá usted miedo de mí, ¿no?

Señoras, entonces el rizo habrá desaparecido. Los señores no tendrán pelo, claro, estarán..., ni siquiera estarán esos ricitos de la jungla, todo habrá desaparecido. Estamos corporal y espiritualmente deformados. ¿Les da risa eso?

La conciencia y el amor convierten el organismo espiritual humano en una figura macrocómica. Los he visto, he visto el cuarto grado cósmico. Si llegan entonces a la primera esfera, ni siquiera reconocerán a sus madres si viven allí. Ni a sus padres, porque tendrán delante a una belleza. A una madre de ochenta años, noventa años, la volverán a ver como una de veinticinco. Y esos veinticinco años tienen una elocuencia del espacio. Esa cara de antes, de cuando tenía veinticinco años, era material, ahora es espiritualmente material, ya no la reconocerán. Ya no volverán a reconocer la primera esfera. ¿Ahora la segunda, la tercera, la cuarta, la séptima...?

Anduve con una madre, tomados de la mano, en el cuarto grado cósmico. Entonces dijo: "Víveme, criatura de la tierra, porque yo también estuve". El maestro Alcar y el maestro Zelanus iban por delante y atravesábamos la naturaleza, las flores, esas increíbles flores cósmicas que ve allí, el alumbramiento, la orquídea tan grande como un planeta, por así decirlo, pueden sentarse en ellas con mil personas a la vez, una orquídea. He visto a la madre del quinto grado cósmico, del sexto, he visto a la omnimadre como ser humano. Durante tres viajes fuimos conscientes allí. He visto a la madre, a la Omnimadre y al Omnihombre como ser humanos divinamente conscientes. Esos tres viajes, primero para el macrocosmos, allí vamos ahora, esas conferencias vienen ahora. El domingo les ofreceré el cosmos espiritual y material para el ser humano y entonces volveremos desde la luna, de este universo, al Omnigrado. Y entonces en el siguiente viaje ustedes... —quizá sea dentro de unas seis semanas, dentro de siete conferencias—, iremos desde la luna, a partir del embrión, al Omnigrado y seguiremos el desarrollo del organismo humano. Ese viaje yo lo he hecho. Ningún Dante ni ningún Blavatsky lo han vivido.

Eso no es ningún farol mío, solo es porque estoy en este tiempo, traigo una doctrina propia, pero esta es de Cristo, es de la Universidad de Su vida, son personas los maestros que ahora están al servicio de este siglo. Y nuestros libros siguen existiendo. Allí no hay errores espirituales ni macrocósmicos.

¿No es divertido, señor Reitsma?

Ahora debería usted observar un poco a la madre de la segunda esfera. Pero mejor quedémonos en la primera. No saben ustedes lo hermosos, lo poderosos que son ustedes. No pueden ni imaginárselo.

Mejor dejo libre a esa señora de Haarlem, hay que ver las cosas en que lo hemos convertido, ¿no le parece?

Esa persona en el otro lado dice: “Víveme a mí”, y es una madre y entonces atraviesas la reencarnación y con eso quieren decir: sé uno conmigo y entonces verás la maternidad y verás el alumbramiento y la creación y verás allí... estarás ante una maternidad macrocósmica. Ay, ay, ay, ay. Y nos partimos el cuello a diario sobre eso: “No lo hago”, “no es cosa tuya”, “arréglatelas tú”. Ay, ay, ay, cuando oigo hablar al ser humano de ese modo, solo hablar, y entonces encima tienes que mirar que lo hagan. Ese dormir..., sí, lo sabemos, despertarán y llegará un tiempo..., tendrán que empezar con ello, porque algún día nos liberaremos de estas desgracias y entonces lo diremos de otra manera. Y ese mismo sentimiento como carácter se convierte en un color, una irradiación hacia su yo. ¿No es sencillo, señor? Allí tampoco se lleva bigote, señor. ¿Por qué no? Sí, algo sí..., algo sí cuelga por allí, pero entonces tiene otro significado. Claro, ya les gustaría saberlo, pero de eso no hablo.

Y más cosas que les puedo contar a las señoras. Los imperdibles y las horquillas y los botoncitos ya no son muy necesarios allí. Allí ya no les hará falta buscar su peluquero, porque siempre llevarán un buen peinado, siempre recién hecho, siempre alegre.

¿No le parece divertido, señora? Se ha apartado usted de las desgracias, porque en el pasado ya dije, el organismo humano aquí..., somos espiritualmente esclavos de este cuerpo. Este cuerpo es hermoso y poderoso, pero ¿qué es cuando ve allí el otro lado?

Ah, sí, necesito unas gafas para ver. Aquí tengo..., ah, no, primero tengo que empezar por aquí: “Llegué a oír de un caso de un predicador que tras contraer matrimonio descubrió que la desposada era materialmente, corporalmente hermafrodita. Inmediatamente después el matrimonio se disolvió. Pero tengo las siguientes preguntas: ¿cómo surge el hermafroditismo?”. Un trastorno, señora.

—¿No es más que un trastorno material...?

—Sí, sí, hay algo más en eso.

—... ¿o también tiene que ver con el pasado, o sea, con los actos de la persona en cuestión en vidas anteriores?

—También eso.

—El novio de semejante pobre mujer ¿tiene derecho, en virtud de este hecho, del hermafroditismo, a disolver el matrimonio?

—A Dios le parece justo que se vaya, al espacio le parece que puedes divorciarte de inmediato y que está justificado, porque daremos a luz y crearemos.

Pero ¿esto qué es? ¿Por qué es esa madre hermafrodita?

(Varias personas en la sala):

—La transición del hombre a la mujer.

—Eso lo saben, ¿entienden?; entre el tercer y cuarto grado se produce la formación del organismo, entonces salimos de la paternidad hacia la maternidad, y entonces no hay sentimiento, no lo hay en nada. Eso significa que ni son padres ni son madres. Pero así es el mundo entero. Hay cien millones de personas que viven en ese estado, y son mujer y marido, y son solamente madres y padre. Pero ¿por qué será que sigue habiendo gente que posee ambos genitales? ¿Cómo es eso? ¿Dónde podemos conseguir un asidero? ¿Dónde vive el asidero? ¿Lo saben?

(Una señora en la sala):

—Quizá sea el deseo del padre, que quieran tener un chico cuando la madre está embarazada.

—No, una madre quería una niña, como fuera. Sí, desde luego que consiguió su niña, en buenas condiciones. Pero hay más que también querían una y desde luego que no la tuvieron. No, eso (no) está en nuestras manos. Ya entenderán: esa madre con sus deseos, no puede dar simplemente la vuelta a nuestra creación, ¿no? Si como padre quiero tener pertinentemente una hija con mi mujer, entonces ya estoy fuera, ¿no?

Pero esta noche hemos hablado sobre el poder y la fuerza y la fuente, la Omnifuerza que es madre tierra, o sea esa reencarnación la posee el ser humano. Y pueden ustedes desear todo lo que quieran, solo pueden asesinarme dentro de ustedes si quieren tener una niña de mí y me hago un niño y soy un niño. Así que esa creación no la pueden cambiar por su voluntad. Ese poder no lo van a tener en sus manos. ¿Lo entienden? Pero ¿por qué se da aquí el hermafroditismo?

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

—No hay más que una sola palabra y esta viva en la tierra, la explicación.

(Señora en la sala):

—¿No es posible que esa mujer cuando nació fuera una de dos gemelos?

—No, nada que ver. Si se quieren poner a adivinar, llegarán a estar ante preciosos problemas. No hay más que una sola respuesta, esta noche ya he hablado de esto, pero resulta que, claro, usted no es capaz de pensar de forma espiritual cósmica.

(Señora en la sala):

—El homosexual.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—El homosexual.

—Sí. No, señora, la homosexualidad ya se encuentra... cuando salimos de lo masculino el ser humano aún es homosexual. Mire, el ciclo del nacimiento es así: aquí soy hombre y después voy hasta aquí, lo tengo, lo recibo, cinco, seis, siete veces, en el primer grado: vida, muerte, vida, renacimiento, de nuevo. Hablé hace un rato de transiciones y estas también están en el nacimiento. Así que aquí recibo mi primer... emerjo como maternidad aquí, ahora entro en la paternidad, regreso, aquí ya empieza la homosexualidad, masculina; uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, y ahora soy padre y hago la transición a la maternidad. Aquí ya empieza esa división, así que en el primer grado todos somos homosexuales, es decir, es una palabra manchada (véase el artículo 'Homosexualidad' en rulof.es): todos somos inconscientemente madre y padre. Porque todavía no hemos vivido los sentimientos de lo maternal. Así que tenemos que volver a asimilarlo. Y eso es nuevo para cada grado. Pero sí que está. Pero esta noche he hablado de ello, y no hay más que una sola respuesta: ¿por qué el ser humano...? También puede ser un trastorno material, pero ¿es un trastorno? ¿Es un trastorno si eres madre y padre, a la vez? Porque lo eres, ¿no? Sí, así que digo: sí, también hay un trastorno, pero al final hay un trastorno muy distinto, y ¿qué es?

(Señora en la sala):

—Un alma que no quiere ser madre.

—Esta señora sí que sabe. El alma que no quiere ser madre, una monja... (inaudible). Solo la iglesia católica viene con estas leyes. El ser humano se libera y se suelta del alumbramiento y hace la transición y fallece, y no hay nada más. No hay sentimiento para crear. Y entonces se manifiesta la naturaleza, pero a esta no se le infunde alma. ¿Entienden? Allí está..., la fuente para ser padre y madre está dormida, el ser humano ha continuado sugiriéndola hasta matarla. Y ahora esa creación continúa y no tiene forma de existencia, no se le influye y por eso surgen dos sentimientos de igual fuerza, porque ambos viven en el ser humano y se manifiestan esas formas genitales y están en el ser humano con un conciencia semidespierta. Porque no son ni hombre ni mujer. Bueno, apenas, cinco gramos, en ambos casos es infantil. ¿No es divertido? llega hasta ese punto.

Porque si ustedes..., y eso es muy sencillo, si yo en lo psicopa..., si quiero entrar en algo y carezco de la ley que me reconduce a Dios, o sea, entonces entro en la psicopatía, es decir: la psicopatía es inconsciencia y eso es para el otro lado y el cosmos otro camino, que no lo es, así que voy a lo que no tiene

sentido. Y ahora deberían ver lo que pasa cuando un psicópata de estos llega a la tierra. Bueno, así de infalible hace el ser humano su rostro. Y allí ando yo, ¿lo ven? Por la nada, desprendiéndome de la vereda divina. Eso vuelve a ser cierto, es una verdad como un puño que se ajusta a lo que acabo de decir: si no tienes amor interior para el otro lado, allí no tendrás ricitos.

Pero en el psicópata (véase el artículo ‘Psicopatía’ en rulof.es) lo puedes ver, deforma su propio rostro, debido a que la vida no ha hecho otra cosa que vivir a la buena de Dios durante diez, veinte, treinta vidas y se ha expulsado a sí misma de la vereda divina, del rostro, pensamiento y sentimiento naturales. ¿No está claro? Pueden decirse más cosas sobre esto. Sobre todas esas cuestiones hay verdaderamente libros, libros, libros, libros...

Aquí tengo: “Alguien no puede suicidarse más que un sola vez en todas sus vidas, porque si volviera a aparecer una inclinación en ese sentido, una fuerza interior se lo impediría”.

Sí, eso escribe el maestro Zelanus en ‘El ciclo del alma’. Y el martes por la noche, creo, ¿cuándo fue, en Ámsterdam? ¿O fue aquí que lo comenté? ¿No? (Señora en la sala):

—El martes por la noche, en Ámsterdam.

—Lo comentó el maestro Zelanus... Ah, sí, el señor Berends, en ‘El ciclo del alma’ pone... si lo has vivido bien, no te suicidas más que una sola vez. Si lo has vivido al cien por cien. Pero no es el caso. Esa tortura te da tanto que recibes una paliza. Sí, esa tortura, ya sabes, está en nosotros, pero el acto cambia. Y entonces dijo el maestro Zelanus el domingo en Ámsterdam, dice: “Si se ha ahorcado, usted, en ese estado...”. Antes de un árbol, bueno, ahora también es posible. Pero en las eras prehistóricas el ser humano no se quitaba de en medio, solo ahora. Así que eso nos conduce a la sociedad. Pero resulta que si usas gas, el suicidio será muy diferente que si uno se quiere tirar debajo del tranvía, y el suicidio en el agua también es nuevo. Así que es posible experimentar sufrimientos y torturas por los que se disuelve ese primer suicidio, que los entregan a ustedes a unos sentimientos diferentes, y entonces uno salta al agua, tan pancho, el suicidio más hermoso que existe. ¿Está claro?

(Señora en la sala):

—Sí, sí.

—El maestro Zelanus dice: “No he escrito sobre eso, porque entonces meto al ser humano en demasiadas leyes”. Miren, esos libros, en esa época, también los mantuvieron apartados del cosmos, sin duda. Porque cada libro lo habían..., ‘Las máscaras y los seres humanos’, por ejemplo, están escritos cósmicamente. Pero ‘El ciclo del alma’, ‘Entre la vida y la muerte’, aquí siguen todavía para el ser humano, para el pensamiento del ser humano aquí. Pero si uno continúa un poquito más, ya se está en el espacio. ¿Está claro?

(Jozef continúa leyendo): “¿Y qué pasa, pues, con Caifás que se tomó la

muerte por su mano”, allí estamos otra vez, “dos veces en sus vidas anteriores? En un caso busca y piensa sobre los acontecimientos en el Gólgota”, casi nada, “y se toma la muerte por su mano. Y en el segundo caso su vida interior está sintonizada con Cristo, pero su personalidad se niega a aceptarlo, lleva una lucha consigo mismo y destruye su vida”.

El Gólgota era Dios, Cristo, fe, Biblia, pero también su poder. Para eso se suicidó después. Pero más tarde Caifás se convirtió en Hitler. Y ¿por qué se suicidó Adolf Hitler? ¿Han leído ‘Los pueblos de la tierra’? ¿Por qué? A Adolf Hitler lo..., tuve..., en 1935 tuve contacto con él, y entonces el maestro Alcar me llevó hasta él y vi su providencia. ¿Quién en el mundo pudo vivirla? Yo fui la providencia de Adolf Hitler. El maestro Alcar dice: “¿Quieres ser providencia? Pues mira cómo esta alma se engaña a sí misma”.

Y descendí y digo: “Tú eres el mal y yo soy el bien”. En 1935.

“Vaya, oigo la voz”. Adolf Hitler era una maravilla de medio, pero para lo equivocado. “Oigo su voz, ¿qué tiene que decirme?”.

Digo: “Harás esto y lo otro...”.

“Para”, dice el maestro Alcar, porque me puse a hablar con él. Dice: “En esta vida, aquí..., no tenemos que meternos con esta vida”. Así que por mucho que uno se ponga a hablar... El maestro Alcar dijo de inmediato: “Para. André, no hay que meterse allí. Aquí solo habla el Gólgota en esta vida. Aquí no hay nada que hacer”.

Pero me oyó; estaba dormido y me oyó.

“Providencia, ah, (en alemán:) ¿puede repetirlo?”.

Digo: “Sí, Heil Hitler”. Levanté el brazo y digo: “Heil Hitler”.

“Vaya, (en alemán:) todo bien”.

Todo estaba bien, sí. Entonces me oyó a mí y oyó el otro lado y oyó a miles y miles de personas y eso para él fue la providencia. Entonces el señor iba a empezar. Estaba atado al Gólgota, a la humanidad, a Cristo.

La raza judía (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) tiene que ir a Cristo (véase el artículo ‘Pueblo judío’ en rulof.es). La raza judía (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) tiene que ir a la iglesia católica; y al final, no. Pero si quieres existir como raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) —aquí sí que voy a decir algo hermoso—, tienes que ir a otra fe. ¿Lo entienden? Entonces su raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) se disuelve. Pero la criatura judía todavía no se deja disolver. Ya están viendo cómo están volviendo a reunirse. Pero háganse católicos y háganse protestantes, y ya no serán judíos y tendrán a Cristo. Y para eso vio Caifás a Cristo. ¿No es sencillo? Pero entonces volvió y la humanidad continúa y se desarrolla —hay que ver lo poderoso que es el libro ‘Los pueblos de la tierra’—, y poco a poco vamos hacia el despertar, a infundir alma, a Cristo, estamos otra vez ante Cristo.

Y ahora nosotros. A ustedes los pego, los engaño, les miento, los violo, han violado a Cristo, ¿pensarían ustedes que logro desprenderme de ustedes? Pero ahora resulta que he violado al hijo divino de Cristo y que he dejado que lo mutilaran, lo he enviado exactamente a la muerte en la cruz, ¿pensarían que me libraría de Él?

Y eso ha durado dos mil años. La evolución continúa, ese Caifás se levanta a favor de..., en beneficio de la humanidad y quiere con violencia... No sabe por qué, pero hay una fuerza en él. Porque a Hitler nunca se le ha analizado cósmica ni espiritualmente; por mucho que escriban ahora libros sobre él, no llegan a tocar el alma, porque no miran detrás del ataúd de Adolf Hitler, no miran, no saben si Adolf Hitler... Se ríen de ti si dices... Centenares de personas, entre ellos tengo a doctores, dicen: “Jozef, no puede ser de otro modo, porque la reencarnación nos reconduce a nuestra causa y efecto”. Ese Caifás luego volverá a estar ante Cristo; créanme. Y entonces, entonces quiso dar al mundo lo bueno —en eso eran maestros—, la buena conciencia, pero cada ser humano tiene su causa y efecto, y los pueblos también, y estos aún no tienen sentimientos. Podía no haberlo hecho, pero no tenía ese sentimiento. Alemania tampoco estaba lista, no hay ningún pueblo espiritualmente consciente o ya habríamos recibido el paraíso por Adolf Hitler (véanse los artículos ‘Hitler’ y ‘Pueblo judío’ en rulof.es) y habría dicho Cristo: “A mí me has asesinado, pero por mí genial, continúa en paz”. Pero no pudo ser. Ahora va a comenzar.

Pero ahora el suicidio. Se suicidó. Primero se dejó gasear o envenenar y después se hizo quemar, así que vuelve a entrar en la putrefacción. ¿Cómo dice? Vuelve a entrar en la putrefacción, mandó que lo quemaran. Vuelve a ir a... pero ahora por su voluntad de agrandar el mundo, su poder, es en eso que se suicida. Ahora no es... Ese suicidio lo hacemos siempre... siempre entramos en el suicidio por la debilidad, por la destrucción, o lo que sea. Así que entonces Adolf Hitler se dirigió directamente a su propia perdición. Y para eso se suicidó por segunda vez, y cuando luego empiece para la fe y no lo consiga, encima lo hará también por la fe.

¿Me creen? ¿Entienden?

Señor Berends, espero que esté satisfecho. Pero tengo que parar. Aunque he llegado. Y en el segundo caso... Sí, he podido ofrecer una hermosa respuesta a su pregunta.

Señora y señores, hasta el sábado por la noche, hasta mañana por la noche en la sala De Komodie y la noche del domingo en Diligentia.

¿He vuelto a ofrecerles algo? (Se oyen voces simultáneas, la gente habla a la vez). Bueno, esperen un poco.

(Gente en la sala):

—El domingo por la mañana.

—El domingo por la mañana, sí, claro.
Señoras y señores, les doy las gracias por sus hermosos sentimientos. Hasta la vista.
(Suenan aplausos).

Noche del jueves 14 de febrero de 1952

Buenas noches, señoras y señores. Voy a comenzar con: “¿Cuál fue la intención de Dios para dividirse si de cualquier forma todo regresa al Omnigrado?”.

¿De quién es eso?

¿Ha leído usted mis libros, señor?

(Señor en la sala):

—No todos.

—¿Cuál ha sido la intención de Dios para dividirse? Usted es una división de Dios. Pero cuando el Omnigrado... No tiene que tomar y ver usted primero a Dios. Pero si el Omnigrado no hubiera empezado a dedicarse a la división, a la paternidad y maternidad, todavía existiría el vacío, ¿verdad? Dios —diremos: Dios—, Dios ha llenado de esta forma esos espacios. Entonces no había nada, solo fuerza, vida. Y así es como han surgido sistemas planetarios, universos, en los que vivimos. Por mucho que esté usted sentado aquí en una casa, en todo momento está planeando por el espacio con una velocidad de tantos kilómetros por minuto. Si siente eso, tendrá el sentimiento, tendrá la conciencia y empezará a sentir a Dios, es decir: su propia divinidad.

(A unas personas que están entrando justo en ese momento):

Pasen, señoras.

Y por esto ha surgido, por tanto, un universo en el que está presente la vida, como Dios; chispas divinas, somos chispas divinas. También tenemos una personalidad divina, pero aún tiene que despertar. No somos más que personas y seguimos viviendo en la tierra, mientras que todavía hay miles de universos por vivir. Y cuando hayamos llegado al Omnigrado, nos habremos hecho dioses humanos, conscientes. ¿Lo entienden?

(Señor en la sala):

—Sí, pero dice usted: entonces volvemos otra vez a Dios, así que entonces volvemos a estar en el punto de partida.

—No, entonces habremos llegado al punto donde vivimos el objetivo final y donde lo representamos.

(Señor en la sala):

—¿No es eso lo mismo que el comienzo?

—No, claro que no, porque entonces usted solo era fuerza, solo era vida invisible y ahora es usted un Dios humano. Cristo y otros millones de personas ya viven allí. La gente de hace cien millones de años vive ahora en el Omnigrado. Y nosotros que seguimos ocupados en la tierra. Todavía no somos tan viejos, aunque hayamos vivido millones de eras y conocido y tenido

cien millones de vidas. Pero todavía no somos viejos, porque apenas hemos llegado a la tierra.

Este universo lo venceremos cuando hayamos vivido los planetas y, ya lo ven, este es un planeta. Volvemos y adquirimos un nuevo cuerpo, un estadio más elevado por la paternidad y la maternidad, el renacimiento, la reencarnación, y así es como vamos a ampliarnos. ¿Ha quedado claro?

¿Algo más, señor?

¿Hay otras personas que tengan una pregunta sobre esto? Porque esto merece la pena.

(Jozef continúa leyendo):

“Supongo que eso no lo podremos...”, ¿no es sencillo?, “...que no lo podremos comprender mientras no hayamos alcanzado la séptima esfera”.

Ni siquiera la séptima esfera, señor, tiene importancia; aunque viva usted la primera y la décima esfera —no hay diez esferas— como entidades, por así decirlo... ¿No? Aunque cada esfera vuelve a estar subdividida en otros estados, son grados, hasta que haya usted vencido una esfera, un espacio y un mundo.

Pero cuando esté usted en la séptima esfera, señor, seguirá sin saber nada (en comparación con los habitantes de los grados de vida cósmicos superiores), y aun así sabrá mucho (en comparación con los demás habitantes del más allá y de la tierra), aquí (en el tercer grado de vida cósmico) será cósmicamente consciente. Y entonces proseguirá usted su camino, volverá a convertirse en un embrión, y entonces será atraído por otro universo, los maestros lo llaman el cuarto grado cósmico. Y ese sistema planetario —de eso hemos hablado aquí por la noche— es sorprendente.

Si asiste usted ahora a las conferencias que va a haber en Diligencia... Vamos a empezar con la paternidad y la maternidad del universo para el ser humano. Todo este universo es solo para la paternidad y la maternidad. Más sencillo imposible: está completamente abierto a nuestros pies. Si lo supieran los astrónomos y pudieran aceptar sin titubear que la luna como madre, como Omnimadre para este espacio, se dividió a sí misma y que así dio vida a billones, billones y billones de chispas, surgidas a partir de Dios... Eso ya lo hemos vivido, ¿verdad, gente? Y ahora llega eso para el universo, la paternidad y la maternidad, y entonces vamos en línea recta hacia el cuarto grado cósmico, al quinto, al sexto; el séptimo grado cósmico es el Omniestadio divino, pero ahora: Omniestadio divino consciente. El Omniestadio de antes de la creación se llama: estadio inconsciente.

Más sencillo imposible. ¿No, madre? Más sencillo imposible, ¿no? ¿No es sencillo?

(A alguien en la sala):

¿Qué estaba viendo?

Señor, ¿tiene alguna cosa más?

La señora estaba con la mirada perdida que daba gusto.

¿Nadie más con una pregunta sobre esto?

¡Es el Omnigrado! ¿Ya hemos agotado el asunto? Vaya lástima, ¿verdad? Podría hablar fácilmente cien mil años sobre esto.

Aquí tenemos: “Durante la última conferencia en Diligencia”, eso también va hacia el Omnigrado, “el maestro Alcar declaró, entre otras cosas que”, fue el maestro Zelanus, “que había visto las leyes”. Ellos también las ven. Ustedes también las pueden ver aquí. “La respuesta a la pregunta de qué son estas leyes no me ha quedado clara. ¿Puede aclararme si existe una diferencia entre leyes y fuerzas, y si fuera el caso, en qué consiste esa diferencia? Estas leyes y fuerzas ¿son entidades independientes, conciencia? Y si así fuera, ¿en qué consisten? ¿Cuál es su ser esencial? ¿Qué son en sí? ¿Y cuál es su origen más lejano?”.

¿De quién es esto? ¿Del señor?

Señor, la teosofía, el teósofo... Señor, ¿no sabe usted lo que es una ley? La teosofía, ¿lo ha...?

(A la sala):

No, en serio.

¿Qué dice la teosofía? Me gustaría saberlo, sí. ¿Qué les ofrece la teosofía sobre esto?

(Señor en la sala):

—No voy a ofrecerle una respuesta, porque quisiera conocer la suya.

—Vaya, ¿tiene miedo de quedarse corto?

(Señor en la sala):

—No.

—Señor, usted sí que es una ley. Una poderosa, incluso. Usted también es fuerza y es alma y es espíritu y es vida y es una personalidad, pero por encima de todo y antes que nada: una ley, una ley divina. ¿Lo sabía? Así que entonces llegamos a un solo punto. Y la naturaleza entera es una sola ley. Pero ahora tenemos leyes independientes, entidades como ley.

Y ahora puede usted empezar. Bueno, pues diga usted también algo, yo también quisiera oír alguna vez lo que dice Blavatsky. Yo siempre lanzo cosas sabias, bueno, y ahora usted no me devuelve nada. Bueno, pues, diga algo, no.

(Señor en la sala):

—La diferencia entre fuerzas y leyes, quisiera...

—Ah, bien...

(Señor en la sala):

—Son costumbres.

—¿Son costumbres?

(Señor en la sala):

—Son costumbres que han surgido por... Todo es armonía, así que todo lo que es disarmonico tiene que ser devuelto a la armonía.

Sí, pero ¿en qué..., en qué vive la disarmonía en la creación? En la creación entera... no hay más que una sola disarmonía. Hay más, claro, pero eso ya lo sabe usted.

(A la sala):

No, esto justamente es interesante, señoras y señores, porque de esto podemos aprender. Porque esa posibilidad está allí, ¿no?; así tendremos comparaciones y entonces llegaremos a las profundidades. Por eso pregunto sobre esto.

Puede hablar seis semanas sobre esto. ¿Así que para mí nada más? ¿No es una lástima? Aquí hay... Esta pregunta, señor, me conecta a mí y a los maestros con mil libros. Y ahora ya sabemos algo más. ¿No es una lástima? Va a tener la noche. Yo la convierto muchas veces en algo. Pero puede tener noches mucho más hermosas si piensa y pregunta por su cuenta. Esto me parece interesante.

Mire, dice usted: “Durante la última conferencia... ¿Puede explicarme si hay diferencias entre leyes y fuerzas?”.

Claro que hay diferencia. ¿Qué diferencia? En primer lugar, es usted mismo una ley. La noche es una ley. Como ¿qué? Como ¿qué? El día es una ley. Como ¿qué? ¿Qué es el día?

(Señor en la sala):

—No como entidad.

—Desde luego que sí.

(El señor en la sala dice algo más).

No, el día es una entidad, la noche es una entidad. La noche como mundo es una entidad, es una personalidad, es una entidad. Un árbol, una flor, un perro, un gato, un ser humano, la lluvia y el viento: entidades, fuerzas, también fuerzas; pero también entidades y una personalidad. La lluvia es una personalidad aparte. ¿Para qué? Para el crecimiento, para el florecimiento. La lluvia, para que arrecie; tenemos lluvia por el viento, por las tormentas. Así que las fuerzas fundamentales que van a esa entidad están subdivididas en viento, tormenta, fuerza, lluvia. Eso es el nacimiento. Eso es crear para el sol. Si ya no hubiera sol, si estuviéramos en el tiempo de un año, estaríamos todos muertos y más que muertos. Nada felices, nada; no: más que muertos. O sea, fuerza. Pero también una entidad y una ley. La noche es una ley; el día es una ley, son leyes divinas.

(Señor en la sala):

—Sí, pero resulta que el maestro Zelanus declaró en Diligentia que las había visto, esas leyes.

—Sí, pero por eso digo: eso usted también lo puede hacer.

(Señor en la sala):

—... a ver en el empuje.

—Si usted contempla a esa gente, verá un par de centenares de leyes. Todas ellas leyes. Y ¿qué? Paternidad, maternidad, luz, vida...

(Señor en la sala):

—Sí, así que solo en el empuje, no como entidad, no como personalidad.

—Pero, buen hombre, ¿no son eso personalidades?

(Señor en la sala):

—Es el ser humano en el empuje de esas leyes. La paternidad y la maternidad, ¿verdad?, también son leyes.

—Claro que sí.

(Señor en la sala):

—¿Verdad? Pero no podemos verlas. Son...

—Santo cielo, puedo integrarlas así, así más, en mi interior.

(Señor en la sala):

—... abstractas.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Son abstractas.

—Estas personas ¿son abstractas?

(Señor en la sala):

—No.

—No, pero hablo de esa gente.

(Señor en la sala):

—Las características de la gente.

—¿Son abstractas?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Señor, si no tengo cuidado, me quedo sin cartera. ¿Eso le parece abstracto?

(Risas).

—No, aquí no roban. Pero si me dan una bofetada, o me hacen lo otro, ¿le parece eso abstracto? Esa personalidad se deja ver por completo. ¿Soy abstracto, ahora que estoy hablando, sintiendo, pensando? ¿Es abstracción eso?

(Señor en la sala):

—Sí, lo que usted expresa, sí. La propia personalidad, no. Pero sí lo que usted expresa, es abstracto. No es visible.

—Estoy leyendo, hago algo. Es algo concreto, ¿no? Eso es conciencia diurna, ¿no? Pero, bueno, ahora me paso a la abstracción.

(Jozef se queda callado).

(Señor en la sala):

—Eso son sus pensamientos al respecto.

—Sí, ¿no los oye? ¿No los oye? Eso es abstracción.

(Señor en la sala):

—Sí...

Pero ahora las vamos a... Así que eso todavía es alumbramiento, ahora estoy dando a luz. ¿Sabe usted lo que estoy diciendo? Y ahora voy a crear. Si se siente la palabra —eso es para la personalidad— ..., si la palabra se siente en el interior, son sentimientos, los convertimos en materia, palabras, eso es crear. Y eso para la noche es alumbramiento, una ley. Y para el día el sol, también una ley. La noche es maternidad y la luz del día es la paternidad. Así que una ley como padre, como madre, como luz, como vida, como personalidad, como fuerza, todo fuerza.

¿Ha quedado respondido ahora?

(Señor en la sala):

—Sí, pero lo que... (inaudible) ¿... es en sí?

—Pero ¿es que no sabe usted lo que es la noche?

(Señor en la sala):

—No, lo que es la fuerza, el ser esencial de la fuerza.

—El ser esencial de la fuerza, ¿es que no lo sabe? ¿Lo sabe? ¿Qué dice Blavatsky de eso?

(Señor en la sala):

—Es la manifestación, la primera manifestación del Omnigrado divino, ¿verdad...?

—Sí, sí, pero ¿qué es eso?

(Señor en la sala):

—Es impensable para nuestro entendimiento humano. Así que si las fuerzas... tenemos que imaginarnos que estamos ante eso, ¿verdad?, entonces apuntamos demasiado alto, supera nuestro entendimiento.

—Claro, si es que está hablando de la Omnifuerza.

(Señor en la sala):

—Claro, ese es el origen.

—Sí, pero esa Omnifuerza... entonces ya no se aclara usted, ¿verdad? Es algo que nos sobrepasa, ¿no?

(Señor en la sala):

—Sí, justamente por eso.

—Sí, señor, a ver, espere, “justamente por eso” dice usted, pero, señor, eso lo que hace es vivir en el ser humano, en un animalito, en una plantita. Si yo..., escuche bien... ¿No es capaz de procesarlo?

(Dirigiéndose a la sala):

¿Logran entenderlo, señoras y señores?

¿Qué dice Blavatsky sobre esto?

(Señor en la sala):

—Lo que digo aquí, que...

—¿Es capaz ella de...? ¿No es posible materializar ese sentimiento?

(Señor en la sala):

—Pero es visible el empuje.

—Yo soy capaz, aquí, desde este lugar, hacer que se manifieste la Omnifuerza. Yo sé hacer eso. Ustedes también. Pero yo soy capaz de hacerlo aquí.

(Señor en la sala):

—Sí, el empuje. Pero ¿sabe mostrarlo?

—Desde luego.

(Señor en la sala):

—A ver, cómo decirlo, ¿como entidad? ¿Como personalidad?

—Bueno, no querrá usted que atraiga hacia la tierra esa verdadera Omnifuerza, ¿no?

(Señor en la sala):

—Exacto, eso es lo que..., ¿verdad?, cuando se dice: he visto las leyes, eso lo suponemos, no su empuje, ese era el sentido de...

—Ah, usted quiere decir que el maestro Zelanus ha visto esa ley y la puede traer a la tierra, ¿verdad?

(Señor en la sala):

—Sí, que si las puede traer es otro cantar, de lo que se trata es: las ha visto, dice.

—Es que lo son. No es necesario verlas. Por eso me adentro en su ser. Dice usted: "Verlas". Por eso digo: aquí hay leyes. Un perro, un gato, la naturaleza, cada cosa, cada cosa material es una ley divina.

(Señor en la sala):

—Sí, en el empuje. La teosofía explica: es inexplicable.

—Vaya, aire.

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Lo ves, señor? Inexplicable.

(El señor continúa hablando a la vez):

¿Qué era la Omnifuerza, la Omnimadre? ¿No es capaz de sentirlo? ¿Es eso inexplicable?

(Señor en la sala):

—Es impensable.

—Vaya, vaya, vaya, vaya: pues ya hemos avanzado bastante, me alegra oírlo.

(Señor en la sala):

—... de forma humana.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Sigue usted pensando todavía de forma humana.

—¿Yo?

(Señor en la sala):

—La conciencia divina, ser capaz de pensar divinamente, eso es imposible.

—¿No es posible?

(Señor en la sala):

—No, es imposible.

—Pero, buen hombre, en ese estado humano hago cada día tareas divinas.

(Señor en la sala):

—Sí, señor, como ser humano, siendo todavía como un ser humano, pero no como Dios.

—Vaya por Dios.

(Señor en la sala):

—... al cien por cien.

—¿Así que ya me quiere ver aquí como Dios?

(Señor en la sala):

—No, eso es precisamente lo que estoy diciendo: si fuera usted Dios, conocería a Dios al cien por cien. Pero primero hay que ser Dios al cien por cien, solo entonces será usted Dios mismo.

—Bueno, eso ya lo llevamos diciendo desde hace siete años, que no lo somos. No escucha usted. Digo a ese señor: “Es usted una divinidad en un estado humano”. ¿Es que esto no le dijo nada? Siempre topa con dificultades. Llega usted lejos con su pensamiento, pero se salta trozos. ¿Me permite que se lo diga?

(Señor en la sala):

—Sí, voy al cosmos.

—Irá usted al cosmos, pero es aquí donde está el cosmos.

(Señor en la sala):

—En su empuje.

(Dirigiéndose a la sala):

Imposible hablar con este señor. ¿Cierto o no?

A usted lo llevo de vuelta a la tierra con una nitidez cristalina, y entonces hay otra vez algo, un agujero y después... Pero será mejor que sigamos. Le decía: puede explicarle que yo vivo aquí la Omnifiente, como cada ser humano. Y la teosofía dice que nanay.

(Señor en la sala):

—Sí, lo mismo.

(Señor en la sala):

—Exactamente lo mismo.

(Señor en la sala):

—Sí, pero no por eso vamos a conocer a Dios.

—Todavía no lo conoce usted. Esa es la abstracción en esa teosofía. Nosotros conocemos a Dios de pe a pa.

(Señor en la sala):

—Claro, en su empuje.

—Conocemos a Dios en Su fuerza, en Su espíritu, como Su personalidad, como Su luz, como Su vida, como Su paternidad, como Su maternidad. Yo a Él lo he visto.

(Señor en la sala):

—Con nuestra comprensión humana, con nuestra capacidad de pensar humana; no podemos llegar más allá, porque hay límites.

—Sí, para usted.

(Señor en la sala):

—No somos dioses.

—Bah, no somos más que grandes lelos. Eso es lo que somos. Pero hemos entrado en contacto con personas que han visto esas leyes. No, son espiritualmente conscientes, cósmicamente conscientes; y ahora conocen a Dios. Solo saben que aún no poseen el cuarto grado cósmico. Yo he estado. Yo he visto el Omnigrado. Yo he visto a Dios tal como es consciente en el Omnigrado. Tres veces estuve en el Omnigrado. ¿Puede aceptarlo? No se lo cree, claro. No, eso es demasiado. Pero tengo los libros, señor. Tengo los libros. He hecho los viajes. Los libros están allí. Ese honor no me tocará. Pero allí aún no ha habido nadie, ningún teósofo, que haya estado en el Omnigrado. No, señor, Buda no, ni Mahoma.

Yo los he visto a todos y he hablado con todos en el Gólgota cuando volvíamos. Allí estaban. También hablé con Blavatsky; en el Gólgota, en el mundo espiritual estuve frente a ella. Y entonces estuvimos hablando de esto. Yo hago su trabajo, ¿sabía usted? Yo soy la continuación de Blavatsky. ¿Lo sabía? Pero la teosofía no quiere saber nada de mí.

Yo soy la continuación de todas las leyes místicas en el mundo. Me ha tocado ese honor, eso viene en la cosmología, la hemos vivido. Si tuviera usted los libros, tendría que aceptarlo; entonces ya no le quedará más remedio. Cada facultad de la tierra tiene que aceptarlo porque tienen que predicar esa doctrina y sabiduría. No puedo llevar a la tierra medio cosmos o un cosmos erróneo. Yo he... A Blavatsky, Pitágoras, los del Antiguo Egipto, Rudolf Steiner, Ramakrishna: a todos esos místicos que han extendido la mano, señor, a estos los representamos aquí, esta noche, y en los libros. Yo soy la

continuación de Ramakrishna, de Blavatsky y de todos los maestros místicos en el mundo. Y entonces no hace falta que lo acepte, pero se lo digo. Y se lo demostraré si puede estar aquí sentado durante mil años. Porque nunca me quedo sin saber qué decir.

Pero quería contarle algo hermoso. Le ofreceré la imagen, porque dice usted: “Eso no se puede explicar”. Señoras y señores, escuchen bien, entonces podrán ver..., vivirán cómo empezó la Omnifuerza. A la Omnimadre, al Omnipadre, no los conocemos, según dicen, a Dios no lo conocemos. Pero nosotros somos capaces de conectarlos con la Omnimadre y el Omnipadre. Nosotros.

Cuando la Omnimadre empezó a pensar —era la Omnimadre, no era Dios, eso lo saben, ¿verdad que sí?—, empezó a dar a luz y a pensar. Había fuerza de pensamiento en el espacio. Y yo también la tengo. Y la gente también la tiene. Cuando al padre y a la madre les entra el deseo, cuando la madre empieza a desear tener un niño, ella se pone astral, espiritual, espacialmente y al modo de la Omnifuerza exactamente en la misma fuerza y ley que cuando la Omnimadre empezó a pensar en dar a luz y en las creaciones. Cuando la madre pide tener un hijo, vive aquí en la tierra, y cualquier otro animalito también, la misma ley como fuerza y sentimiento para el alumbramiento y la creación; aquí en la tierra, señor. Así que la Omnifuerza vive aquí en el ser humano. ¿No le parece divertido? ¿No es de una simplicidad gloriosa?

Por eso lo extraigo así como así de la Omnifuerza hacia el ser humano. Por eso digo: mira, son seres humanos, todos. Señor: lo he visto, lo he vivido. Lo he vivido absolutamente todo. No hablo a partir de los libros. Pero así me podrá controlar con su sabiduría. Aquí no tenemos mentiras. Puede usted decir: “No lo acepto”. Una maravilla, eso lo tiene que saber. Eso jamás me enfada. Solo que eso lo detiene a usted.

Blavatsky, sin embargo, no ha vivido eso. Cuando me encontraba ante ella en el Gólgota, lo que hicimos fue... entonces recibí un nombre, de eso ya habló alguna vez el maestro Zelanus, y entonces los demás que estaban aquí tuvieron que... ¿Entienden? Por eso da tantísima pena. Krishnamurti tuvo la oportunidad, ¿verdad? Krishnamurti es un persona consciente de los sentimientos, nada más, es todo. ¿Del espacio? Cuando Ron Landell se le acercó en Estados Unidos, dice: “Krishna, dame la verdad, tú tienes que saberlo”. “No lo sé”. “¿En serio?”.

¿Ha leído usted ese libro de Ron Landell? Debería hacerlo. El maestro Alcar dijo: “Eso sí que lo leerás”. Entonces lo leí. Pienso: a esos los voy a borrar de un plumazo. Y el maestro Alcar dijo: “Gracias”.

Entonces vino Ron Landell, y Krishna que dice: “¿Lo sabes?”.

Annie Besant es una figura, ¿verdad? ¿Cuál tienen de la teosofía? Annie Besant, Blavatsky, en realidad ¿de quién habla usted?

(Señor en la sala):

—De la original, es Blavatsky.

—Ahora están divididas hasta en el infinito. ¿Por medio de qué? ¿Eso también lo sabe?

(Señor en la sala):

—Lo interesante de esta conversación es que Oriente y que Blavatsky...

—Mire, porque... Annie Besant tendría que haber venido a verme a mí cuando pensó: Cristo vive en Krishnamurti. Tendría que haber venido a verme a mí entonces, contra su caída la podría haber prote... Podría haberla... Bueno, dígamelo usted entonces.

(A alguien en la sala):

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Entonces podría haberla protegido contra eso.

—Me fui hundiendo en eso por completo, entonces ya no es posible pensar. Entonces uno ya no piensa en materia. Podría haberla protegido contra esa caída. Imagínese: ¿es eso un maestro, que con la doctrina...? La teosofía es tremendamente poderosa. Tiene muchos perifollos. Y allí Annie Besant hace trizas la doctrina, porque piensa que allí Cristo llega a la tierra en un ser humano, en Krishnamurti. Dios, Dios, Dios, Dios mío querido. Ella en las esferas; qué pobreza.

(Señor en la sala):

—Sí, ella en sí, como si dijéramos, hay un montón de teósofos en este momento.

—Pero querido señor mío, el mundo teosófico recibió una sacudida de primera cuando ocurrió eso. No está permitido que cometa ese error, ni podía hacerlo, ni puede hacerlo. Entonces Krishnamurti recibió... lo mandaron a Oxford, lo mandaron estudiar.

En Estados Unidos luché contra esa gente. Entonces escribieron un libro. El libro lo arrojé aquí en una esquina. Cristo había estado por allá en Oriente, y estaba Él sentado en el jardín y entonces dice: “Oye, Jesús, que si quieres contar algo sobre la Biblia”, y Jesús que se pone a hablar, así. Allí convierten a Cristo en un sucedáneo. Hay que ver ese hombre, ese loco soberbio que habla así sobre Cristo.

Luchamos como diablos —eso tampoco es parte de esto, ¿verdad?, ¿qué otra cosa vas a decir?—, como diablos por Cristo para mostrarlo inmaculada y puramente, porque a Él lo conocemos. Y que viene un tipo chiflado de esos, que se va a Oriente y que deja que allí Cristo... Jesucristo que está allí en un jardín y que dice: “Ven”, había otro muchacho de esos junto a Él, “todavía nos quedan por visitar unos enfermos”. Parece que fuera un vendedor ambulante. Y esa gente... Digo: “Señor...”. “Oh, es lo más poderoso que

tenemos”. Digo: “¿Ah, sí?”. Digo: “Señor, una cosa: usted me admira...”. Yo era el pez más gordo en Estados Unidos. Querían usarme para hacer publicidad, porque no tenían nada. Era yo. Llegaban los periódicos; que iban a ver a Jozef Rulof, ellos mismos no tenían nada. Tonterías, nada más. Allí me desagraba, del engaño.

Entonces llegó a mis manos ese libro, ‘Los maestros de Oriente’, (B.T. Spalding, ‘Vida y enseñanzas de los maestros del Lejano Oriente’). Ron Landell los persiguió, a esos filósofos. Ja, ja, ja, ja, no es para reírse de esa gente en la cara, pero allí tuvieron una posibilidad.

Krishnamurti estaba allí en Oriente, entonces Annie Besant dijo..., vino él y hablaría —volveré sobre este relato de Cristo—, y entonces Annie Besant dice: “Hemos estado esperando esto durante dos mil años. Ha llegado”. Entonces Krishnamurti dijo: “Seré severo, pero justo”. “Ay, ay, ay”, dice Annie Besant. Vio en el ser humano a Cristo. Cristo, a su vez, vivía en Krishnamurti. Vaya por Dios, ay, ay, desde Holanda me reí de ellos con todas mis fuerzas.

En Estados Unidos tres cuartos de lo mismo. Digo: “Señor, si voy a una escuela, podrá ayudarme esta si tiene que trabajar el otro lado, los maestros?”. “No, ay, Dios mío, válgame Dios, Jozef”.

Dije: “Ni siquiera se me permitió leer un libro”.

“Maravilloso”.

“Yo tengo veinte. Pero eso vosotros no lo tenéis”.

Mis libros no existen en Estados Unidos, señor. Estados Unidos tiene los médiums, los indios, eso son. Pero esa cosa mía, no la tienen. Por eso tuve que ir a Estados Unidos, fui yo quien lo descubrió. ‘Dones espirituales’: léalo. Solo hay unos pocas, uno entre cien millones de personas: no vive ni uno, señor, que sea directo, auténtico. Engaño, engaño, engaño, engaño, engaño, engaño. Pienso: ‘Dios, cómo es posible’. El maestro Zelanus, que dice: “Conocemos a la gente, es que sabemos exactamente dónde viven los médiums”.

De Cristo hicieron..., que Cristo iba allí a esa escuela, y aquella y a esa otra... y entonces lanzaron al divino Mesías sobre el ser humano. Entonces estuvo listo para Jerusalén. En eso lo convierte ese oriental, ese periodista.

Y Oriente presume y alardea de la sabiduría, y vuela con ella; señor, ya no están tan avanzados como nosotros. Les podemos... Lo que digo esta noche aquí ni siquiera lo pueden encontrar en Oriente. Dicen... Sí, allí son poderosos hasta en el universo. Entre ellos hay quienes piensan muy lejos.

Yo me fui con el maestro Alcar a China, había alguien en las montañas de ciento ocho años. Y entonces pregunté, cuando volvimos del Gólgota, pregunté al maestro Alcar: “¿Dónde vive ahora el más consciente de todos en el mundo?”. Eso es posible, ¿no?, cuando de todas formas haces viajes. En China había otro más, sabía mucho. Dice: “Mira, allí”. Entonces llegamos a

un pequeño templo en las montañas y allí estaba un chino viejo, muy viejo, arrugado, y tenía la conciencia más elevada de todas. Dice, el maestro Alcar: “Mira tú mismo lo lejos que llega su conciencia”. Y entonces vi su aura y lo supe. Acababa de llegar a la primera esfera armoniosa. En todo era armonía. Un alma maravillosa, para él mismo. Estaba pensando, pensando, pensando. Pero eso lo que es son leyes.

A Annie Besant le pude decir de inmediato: “Ja, ja, ¿qué va a preparar usted?”. Ay, ay, ay, ay, Krishnamurti... Entonces llegó Ron Landell. “¿No lo sabes? Si no me lo dices...”. Ron Landell es un húngaro, pero vive en Inglaterra. Todavía le escribí. También le escribí: “Ven a La Haya y así te lo contaré. Das la vuelta al mundo volando, siguiendo a Krishnamurti y a otros filósofos más, ven a la calle Esdoornstraat y así te lo contaré”. No tenía tiempo. Quería escribir su libro. Digo: “Señor, vamos, deme ese honor. Siéntese un poco y hágame cien millones de preguntas, adelante. Yo lo sé”.

Pero no recibiré ese templo ni esos millones de Krishnamurti. Tenía que ir a la universidad y esta solo te puede llevar de mal en peor. La condena.

¿Alguna vez ha visto llegar una maestría en este ámbito, señor, de una universidad? ¿Alguna vez ha visto nacer un niño en una ciudad para este trabajo? Eso para este mundo (en alemán) “aún no ha existido”. Todo eso viene de la jungla o del barro. Yo también vengo de la jungla, de (la región de) Achterhoek, donde nosotros hablan dialecto. ¿Lo ve? Pero no significa nada. Si yo hubiera nacido en la ciudad, sin embargo, eso habría desaparecido.

Krishnamurti tuvo que ir a la universidad, a Cambridge o Oxford, ¿dónde estuvo? ¿Lo dejaron escuchimizado? No, señor, tuvo que aprender a hablar. Claro, claro, tenía que aprender a hablar. Cuando yo llegué a La Haya, solo hablaba dialecto. Él tuvo que aprender a hablar, tuvo que aprender a pensar. ¿Es posible eso en la universidad? ¿No lo sabía Annie Besant? ¿Es ese el apoyo, los fundamentos? Y después de Krishnamurti, de Blavatsky, ya no ha habido más maestros.

Y entonces volví al Gólgota con el maestro Alcar y el maestro Zelanus, habíamos estado en el Omnigrado, en esa Omnifuerza, y vimos al ser humano como divinidad, vi a Cristo. Y entonces dije al maestro Alcar: “¿A dónde vamos?”. Tenía que volver a prepararme en la tierra; dice, el maestro Alcar: “No hay más que un solo punto en la tierra donde puedas hacer eso, y es en el Gólgota”. Y entonces me eché allí, como Judas —¿han leído ustedes ‘Los pueblos de la tierra?’—, entonces me cavé un hoyo, allí me senté.

Y en el segundo viaje otra vez. Y en el tercer viaje, allí estaban todos de nuevo, hasta Mahoma y Buda, Rudolf Steiner, Blavatsky, Mary Baker Eddy —y todo ser humano, toda alma que hubiera dado fuerza, conciencia y sentimiento para la fuerza mística—, estaban en el Gólgota y tenían que contemplar a alguien y aceptarlo. Me preguntaron algo. Claro, me preguntaron

algo a mí. Digo: “Sí, soy yo”. Y entonces me presentaron. Y entonces dijo algo el maestro Alcar. Pero también había maestros de la quinta, sexta y séptima esfera, y lo confirmaron. Y fue para eso. Blavatsky, Rudolf Steiner.

Ustedes a veces dicen: yo ataco. No, señor, eso no lo sabe, sino que estamos al servicio de una sola universidad, una sola vida, una sola personalidad: de Cristo. Mire, yo soy la continuación, señor, de la teosofía.

Ojalá ellos vinieran: tendríamos en un plazo de dos años el templo más poderoso aquí en Holanda. Dígales eso a mis hermanos. A ver si les preguntan si se nos concede dar veinte, treinta conferencias para los catedráticos y doctores, y que vayamos a tener esa unión aquí en Holanda, nosotros, los holandeses, con una intensa conciencia; entonces construiremos un templo a favor de Cristo, que suene... no como una catedral, sino como el universo.

Señor, el poder está en mis manos. Solo puedo hablar, solo puedo dar sabiduría, pero no tengo el cinco por ciento. Psss. Soy más pobre que las ratas. Ya les gustaría a ustedes.

Pero de esto se trata, de esto, ¿entienden? De esto. Los desafío a los teósofos. Hemos dado una conferencia sobre la caída de Annie Besant y su poder, justo aquí enfrente. Una conferencia en Diligentia, en 1946, sobre Krishnamurti. Al mundo teosófico entero le entraron ganas de comerse vivo a Jozef Rulof.

(Señor en la sala):

—Sí, pero es una secundaria, señor Rulof.

—Bueno, reconozcámoslo: es que todo es teosofía. Si hablamos de espiritistas no estoy hablando de Haarlem ni de Ámsterdam, ¿no? Entonces hablo de un solo espiritualismo. Una rama secundaria; piense con amplitud. Lo que es teosofía es teosofía, ¿no? Si ahora se pone a hablar de la iglesia católica, ya no tenemos corrientes, ¿no? Lo que tenemos es unión.

Entonces me desafiaron, maestro Zelanus, a dar una conferencia durante cuarenta y cinco minutos para los teósofos, y entonces hablaría yo ante tales y cuales señoras. Digo: “Maestro Zelanus, aquí tiene una hermosa nota para usted”. Él que se pone a escribir en un santiamén, en la máquina, dice: “¿Quiere usted reconducir usted la poderosa teosofía en cuarenta y cinco minutos a la alcantarilla? ¿Me permite pedirle que le ofrezca diez noches de dos horas? Y así podrá hablar usted”. Ya no volví a oír nada, señor. Querían hacerlo en cuarenta y cinco minutos. ¿Sabría usted tratar la teosofía en cuarenta y cinco minutos?

(Señor en la sala):

—Los principios básicos, sí.

—Ay, señor, eso es imposible. Los principios básicos... Si quiero representar aquí la Universidad de Cristo en cuarenta y cinco minutos, resulta que tengo que empezar con: conferencias, conferencias y más conferencias. El

surgimiento del Omnigrado, la Omnifuerza, la Omnimadre, el Omnipadre, la Omniluz, con lo que empezamos en Diligencia, desde la luna al universo, antes del universo, y entonces nos ponemos a seguir al ser humano como vida embrionaria, de vuelta hasta Dios, y después el alma, la personalidad, el reino animal y la madre naturaleza. ¿Es capaz usted de eso en cuarenta y cinco minutos?

(Señor en la sala):

—... los asuntos principales, sí.

—No, señor, tengo que aclararles a ellos las leyes, las leyes consecutivas, de lo contrario habrá grietas, porque es allí donde agarro a esa gente, según los maestros. Porque si allí en cuarenta y cinco minutos... ¿Es usted también capaz de tratar la fe católica en cuarenta y cinco minutos? Entonces la violará, porque contiene una formidable cantidad de cosas buenas.

(El señor en la sala dice algo más).

Eso no lo puede hacer en cuarenta y cinco minutos. No puede usted analizar una religión, una fe, por no decir un universo, en cuarenta y cinco minutos.

(Señor en la sala):

—Usted eso tampoco lo puede hacer en diez conferencias, tampoco lo conseguiría.

—Algo se puede hacer en diez.

(Señor en la sala):

—Sí, algo se puede hacer, exacto, pero qué es lo que se...

—Bueno, tampoco estamos hablando de eso. La cosa va, ahora vuelve a ser esos cuarenta y cinco minutos y esas diez conferencias. Usted es un tiquismiquis. “Usted eso tampoco lo puede hacer en diez conferencias”. Entonces puede hacer un montón de cosas, pero no esto. Vuelve a olvidar la esencia. Se va usted por las ramas. Esa esencia... cuarenta y cinco minutos, ¿qué es eso? ¿No da pena? Ya no he oído nada más. El maestro Zelanus tampoco. Ojalá fuera verdad.

¿Para qué ponerse de los nervios, verdad?

(Jozef continúa leyendo):

“Estas leyes y fuerzas ¿son entidades independientes?”. ¿Cómo dice usted? Entidades. Me encanta aprender cosas nuevas. ... “¿entidades, conciencia?”.

¿Es que no son conscientes estas personas? No son conscientes. ¿No hay nadie consciente en ese mundo? Estas personas son, o el ser humano en la sociedad... Un católico, señor, un protestante ¿son personas inconscientes?

(Señor en la sala):

—No, todas son conscientes hasta un cierto punto.

—Para su estado. Pero conscientes dentro de su estado.

(Señor en la sala):

—Claro.

—Pero, señor, ¿para qué son divinamente conscientes? ¿Para qué? Imagínese hacia dónde nos desplazamos como un fogonazo. El católico y un protestante, es decir, el judío, el musulmán, el budista, ¿por qué, por qué son las personas divinamente conscientes, en qué? Divinamente conscientes. Todo lo tenemos aquí en nuestras manos.

(Señor en la sala):

—Sí, son divinamente conscientes en todo lo que han asimilado de la verdad.

—No, señor, no, señor. ¿Quién de ustedes lo sabe?

(Gente en la sala):

—La paternidad y la maternidad.

—La paternidad y la maternidad.

(Señor en la sala):

—Eso también es verdad.

—No, señor, solo va de...

(El señor en la sala habla a la vez).

No, señor, no es la verdad; en la verdad hablamos por los codos que da gusto. En la verdad no tenemos nada. Hemos construido muchas verdades. Pero la iglesia católica aún tiene muy pocas. Cuando la iglesia católica dice: “Ama todo lo que vive”, es consciente en el amor; si es que lo haces. Los cielos, claro, no están a la venta. No hay condena. Muy inconsciente, lo peor que hay. Pero la paternidad y maternidad es una encarnación divina y en eso el católico, el protestante, el musulmán, el hijo de la jungla es divinamente consciente, en su alumbramiento y creación. Pero en nada más. Y ¿saben todavía en qué?

(Señor en la sala):

—En la reencarnación.

—En el renacimiento. Son tres cosas —eso son las conferencias— y son esencias divinas. No están en nuestras manos. Aunque piense que nace... Aunque piense que atrae a un bebé por su cuenta, es, sin embargo, imposible.

(Señor en la sala):

—Exacto, es de lo que hablamos hace poco, sobre la mala fe. ¿Se acuerda?

—¿De la mala fe?

(Señor en la sala):

—Entonces dije: el mal no existe, no está en nuestras manos.

—No, señor, tendría que haber seguido pensando en ese límite, porque todavía se detiene, quiere tener la razón, la de entonces, pero no la tendrá.

(Risas).

Tendría que haberse salido de allí pensando. Piensa usted hacia mí. No hace falta que piense en mí. Lo que tiene que hacer es pensar hacia ese es-

pacio. Está empeñado en que le dé la razón, demuestra que no se desprende de esa estrechez de miras. De lo que se le ha enseñado, señor, de eso no se desprende usted. Yo he visto y vivido aquí leyes. No soy un loro. Usted repite como un loro lo que le han enseñado allá.

(Señor en la sala):

—No, señor, no es verdad.

—¿Eso también es algo que sale de usted? ¿Usted también se desdobla corporalmente? ¿Se desdobla?

(Señor en la sala):

—Sí, señor.

—¿Se desdobla?

(Señor en la sala):

—No lo que es desdoblarse corporalmente...

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Lo vivo por dentro.

—Es posible, no le voy a privar de eso. Pero aquello en lo que quiere volver a tener razón...

(El señor en la sala dice otra cosa más, se oyen toses).

—No, señor, se lo he explicado y usted vuelve a ello. No, señor, es esto: en el núcleo divino, en la jungla, el ser humano vive una ley divina: alumbramiento, creación y renacimiento. No hay más.

Y en lo que vive la disarmonía, eso usted también lo sabe. La disarmonía. ¿Son entidades? ¿Son fuerzas? Señor, no hay más que una sola cosa, dije, vive en un solo estado, era la primera palabra de la que hemos hablado. La desintegración independiente se encuentra en un solo estado, y en todo lo demás somos divinamente armoniosos, y eso es el alumbramiento y la creación. Pero ahora vamos a empezar con lo que aprendemos aquí en la tierra, ¿verdad?, y en eso somos un caos. ¿No está claro?

Pero el renacimiento existe, no está en nuestras manos. Claro, usted dice, miren, el señor retrocede: “Si quieres nacer, es voluntad de uno mismo”. No, es una ley divina. Usted no tiene nada que ver con eso. Entonces dice usted, entonces hablábamos de la voluntad propia. No, es la voluntad de Dios la que actúa aquí. ¿Y todavía no es suficientemente fuerte? Cuando nace usted, si nace un bebé, se ha materializado una ley divina para el ser humano, para la reencarnación.

(Señor en la sala):

—Señor Rulof, ¿cómo es entonces posible que una madre no quiera recibir un niño si la ley divina, la voluntad divina, dice: ese niño tiene que nacer. ¿Cómo es entonces posible rechazar un niño?

—¿Y eso no lo entiende usted?

(Señor en la sala):

—No lo entiendo.

—Vamos a ver. De pronto está usted alejado de la tierra, y en el espacio, ¿y no va a sentir usted algo que es común y corriente? Porque el ser humano está en disarmonía con la maternidad. ¿Por qué tantas monjitas —ya lo comenté—, tantos curas...? Y escribe usted: es karma que se haga cura, ¿eso lo mantiene usted?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Qué lástima. Así que estoy aquí haciendo cosas en mi propio karma estúpido.

(Hablan a la vez. Jozef dice al mismo tiempo):

Esto también es karma. Esto también es karma.

(Señor en la sala):

—Déjeme hablar un momento, ¿verdad?; la voluntad divina, ¿verdad?, vuelve a ser representado por la disarmonía de la gente, ¿no?, por el karma.

—Estoy trabajando y tengo los libros y los cuadros, y esta tarde me han ofrecido una revelación, una revelación infalible. Llegué el martes de Ámsterdam, estaba metido en ese cubículo de allí, estaba contándole algo a la gente sobre el fútbol, y entonces tuve que ir al cubículo, allá, para la conferencia, y entonces vino a mí Yongchi. “Hola, hola”, siempre lo dice, “André”. Y me dice: “Mira, aquí tienes”. Y miro, y digo: “Oh, qué maravilla”. “Lo vamos a hacer mañana”.

Y se lo dije al señor Van Straaten y algunos más. Digo: “Una visión. Oh, si fuera posible, si fuera posible”.

Señor, esta tarde eso estará allí. ¿Mi voluntad? No puedo. La visión, infaliblemente, está encima, en un platillo de porcelana. Fe, amor, vida, paternidad, maternidad. Ay, ay, ay, un Van Dyck. ¿Mío? ¿Voluntad divina? ¿Mi voluntad? Nada, nada, nada: no tengo nada que ver con eso.

Así que ¿el ser humano no tiene voluntad? No, sí que la tiene. Una madre que no quiere tener un bebé puede transmitir rotundamente esa voluntad. Señor, si es que ya se lo he dicho: es una ley divina ser padre y madre, y eso nunca estará en nuestras manos.

Cuando el señor cura..., a la iglesia..., se hace cura y se anula a sí mismo para la revelación de ser padre, creación, alumbramiento. Si todos nosotros, ya lo dije, nos hiciéramos curas y monjitas, la humanidad se extinguiría en solo unos años, llegaríamos a la edad de sesenta y se habría acabado.

(Señor en la sala):

—Entonces seríamos más fuertes que la voluntad divina, es imposible.

—Pero ¿entonces por qué no somos curas, señor? ¿Por qué no lo es usted ni lo soy yo?

(Señor en la sala):

—Porque usted...

—Porque no quiero.

(Señor en la sala):

—Sí, en este momento su pensamiento está basado en aquello que ha construido en años anteriores.

Sí, pero entonces volvemos a retroceder. Se trata de esa pequeña voluntad. Y esa voluntad es reproducirse. Esa madre que no quiere un bebé es un alma animal inconsciente. Y ni siquiera es eso, señor, porque un animal nunca se niega. Esa madre no tiene sentimientos maternos, sentimientos maternos humanos, eso aún tiene que despertar. Pero antes lo había, ya estaba. ¿Pensaría usted, si una madre aquí en esta raza blanca (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es)..., que no quiere ser madre, que no lo fue en la jungla en ese largo recorrido hacia la raza blanca? ¡Cien millones de veces! Pero ahora, la conciencia diurna, ¿por qué se ha echado a perder? Ese sentimiento maternal se ha echado a perder. ¿Sabe usted por qué?

(Señor en la sala):

—Sí, por aspectos accesorios.

—¿Por qué cosas?

(Señor en la sala):

—Por diversos aspectos accesorios.

—No, señor, no hay más que un solo estado, no más que un solo estado. No tiene que decir usted que si una madre no quiere un niño, automáticamente es amaterna.

(Señor en la sala):

—No, es justo eso lo que digo, el sentimiento donde está es en su interior, pero son los aspectos, las circunstancias...

—No, señor, aspectos no; leyes, otra vez, leyes.

(Señor en la sala):

—Sí, leyes, que desde un punto de visto del karma a su vez se justifican...

(Señor en la sala):

—Nada de karmas, señor: paternidad y maternidad y homosexualidad, re-dención de la paternidad, salir de la paternidad a la maternidad. ¿Está claro?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Entonces la madre aún no tiene sentimiento para ser madre y entonces no quiere un niño, porque aún no tiene el sentimiento. Primero tiene que asimilarlo, es eso, nada más. ¿No está claro?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Existe una sola posibilidad. Han salido ustedes de la maternidad y se

convierten en hombre. ¿Cómo puedo ser entonces todavía maternal cuando me hago hombre? Y ahora llego al primer grado. Mejor que no digan de inmediato que no es una madre. No podemos decirlo porque conocemos las leyes.

Miren, es que eso es una lástima, siempre lo es. Estoy explicándole cosas tan hermosas a este hombre y se pone a pensar por su cuenta; y nunca se puede profundizar un poco. Se hace..., se convierte en un gran mejunje. Lástima. Y llego a tener razón.

(El hombre en la sala vuelve a decir algo).

Vaya, otra vez el mismo. Solo es usted, ¿se da cuenta? Señor, no sabe usted inclinar la cabeza.

¿Tengo razón, señoras y señores? ¿Sí o no?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Pero usted solo que no. ¿Por qué no es capaz de inclinarse? Si solo se trata de conseguir quebrar esa maldita voluntad. Yo ya la...

(Señor en la sala):

—Aunque pudiera ganar un millón con ello, no voy a decir en contra de mis sentimientos que tiene usted razón. No puedo.

—Lástima, lástima, no se convertirá usted en un adepto. Trato sus preguntas en profundidad. Cada vez las analizo según la naturaleza, según el nacimiento, según la paternidad, según la maternidad, según el espacio; y entonces usted vuelve a colocar algo delante; claro, así yo ya puedo parar. No se pone usted a pensar en lo mío, usted lo que hace es poner lo suyo delante.

(Dirigiéndose a la sala):

¿Es así?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Es que así lo voy a dejar.

(Señor en la sala):

—Activo mi propia capacidad de pensamiento.

—Sí. De verdad que no soy odioso, ni quiero serlo, soy incapaz de serlo. Pero le digo honestamente: la lástima es que así desaparece lo hermoso. Luchar es algo que no me desagrada, pero para explicar esa ley. Y entonces sale usted otra vez... Lo tiene usted en sus propios pensamientos. Debería usted adoptar eso de usted mismo, señor, y colisionaría usted con mil cosas. Yo vivo mis leyes, sí, y eso, claro, no se lo cree. Y dice usted: "Sí. ¿Por qué iba a aceptar yo eso de usted si lo siento yo mismo?". Sí.

Cuando me visitaron por primera cuando tenía dos años, los maestros —y más tarde—, yo era..., con dos años ya me iba gateando y jugaba con niños, con niños espirituales. Y Crisje estaba allí. Y dice: "Dios mío, allí ocurre

algo”. Y dormía allí en el suelo y me desdoblaba corporalmente.

Más tarde él me dice: “Cada palabra mía es ley. ¿Quiere usted aceptar mis palabras?”. No tardé en decir: “Por favor”, porque me había convertido en algo. Entonces todavía llevaba barro en las suelas, pero ya me había convertido en un conductor, porque aprendí a conducir sobre una silla. Y quien sea capaz de eso es un genio. ¿No les parece? Aprendí a conducir sobre una silla, no sobre un carro. Porque entonces me fui de la silla...

Mi hermano está aquí, mejor que lo cuente él. Dice en dialecto: “No soporta la ciudad, tiene que ir a casa”. Yo allí en esa habitación de nada: “¡Brrr!”. Eso lo podrán leer más adelante en la tercera parte (de ‘Jeus de madre Crisje’). Señor, es una revelación. Era el maestro Alcar. Él ya quería adoptarme por medio de esa silla y ese carro, elevarme, allí recibirán cien millones de pruebas. Y entonces dijo después, cuando todo hubo pasado: “Aquí tienes tu juventud. Ven, vamos a volver a tu juventud”. A mirar. ¿Es así? Vaya.

¿Ha leído usted ‘Jeus I’? Lo del dinerito, señor, ¿lo ha...? Ese hallazgo infalible de aquel dinero en ese bosque. ¿No le parece magistral?

(Señor en la sala):

—Sí, eso es en efecto...

—Con eso tendríamos que poder convencer al mundo entero, pero el mundo ya no está, ya no está, ya no está. Y esa misma cosa infalible la he vivido en todo. Aquí mejor no lo supongo, tengo que verlo, y es que lo veo. Y mi palabra es ley, eso es. Pero para usted no soy una ley. Ya se cuidará usted mucho de aceptar a ese loco de Jozef Rulof. Pero llegará usted...

(Señor en la sala):

—No digo...

—¿Cómo dice usted?

(Señor en la sala):

—No digo que usted esté loco...

—Pero es que lo estoy, claro que estoy loco, no se corte, me parece perfecto. Pero si no puede usted empezar, hay... Mire, esa gente dice: “Sí”. Empiezan a pensar y retienen lo que han aprendido conmigo. Y eso maduró, se hizo espacio, se hizo cosmología. Ahora pueden hablar: “No hay muerte, no hay esto, lo otro tampoco, ni esto ni lo otro...”. Puede ponerse a hablar de cien mil cosas con mi gente. De cualquier manera, no tendrá usted nunca razón. Si tiene usted razón, lo dirán de inmediato. Tengo que hacerlo, usted también: inclinarse. Si habla de la teosofía, tendrá razón de inmediato. Pero ahora se mete usted otra vez en su propio sentimiento. Primero debería usted empezar —si me permite que le dé un consejo—, tiene que empezar con si su pensamiento es realidad y si es posible volver a encontrarlo. No en abstracto, sino en concreto, con la creación y todo. Primero atravesamos la creación, primero atravesamos el más allá, infiernos, cielos, el renacimiento,

la paternidad y maternidad, esas son las leyes esenciales. Y entonces podrá hablar, hablar, hablar, para el cosmos, el macrocosmos, tenemos ‘El origen del universo’, etcétera. Pero, claro, pero, claro...

(Jozef continúa leyendo):

“Estas leyes y fuerzas ¿son entidades independientes?”, sí claro, conciencia y amor, vida, sentimiento, paternidad, maternidad. “Y si es así, ¿en qué consisten?”.

En huesos, sangre, nervios, sistema endocrino, mucosas, piernas, cerebro y juanetes.

(Risas).

Si una entidad existe... Y entonces aún tiene fuerza de los sentimientos y sabe pensar todavía y tiene chepa y mira bizco y está ciego, es de todo. Pero es una ley. Y si volvemos a hablar de todas esas cosas, también de los juanetes, podré decirle exactamente de dónde vienen. Pero eso también lo sabe un callista.

¿Cómo decía? “Pensaba que decía usted algo”, dijo Buziau (J.F. Buziau, cómico, 1877-1958). Sí.

(Jozef continúa leyendo):

“¿Y qué son en sí? Y ¿cuál es su origen más lejano?”.

La Omnimadre, la Omnívvida, la Omníalma, el Omníespíritu, todo, todo. ¿Contento? No. ¿Satisfecho? ¿Me pone un uno, un dos o un tres? ¿Me da cinco centavos o no?

(El señor en la sala dice algo más).

Señoras y señores, ¿tienen alguna pregunta más sobre esto? Entonces he tratado mis notas. ¿Ahora pueden hacer todas las preguntas que quieran. Empiecen cuando quieran. ¿Quién de ustedes? Allí estamos ahora. ¿Lo ve, señor? ¿De qué hablaremos ahora? (La gente sigue callada). Silencio...

(A alguien en la sala):

¿Señor?

(Señor en la sala):

—Me gustaría que me contara lo siguiente: cuando hacemos la transición al cuarto grado...

—Sí.

—... entonces volvemos a un cuerpo.

—Sí.

—¿Es este cuerpo espiritual? Vivimos espiritualmente, lo sé, pero ¿cómo es este cuerpo?

—¿Ha leído usted ‘Una mirada en el más allá’? Entonces tiene que haberle quedado claro que en el otro lado no es posible dar a luz. ¿Es así? En el otro lado, en el mundo astral, no es posible dar a luz.

Así que el cuarto grado cósmico es material. Hay personas, más etéreas,

más hermosas, perfectas, sin errores, sin disarmonía, sin injusticia, son una sola con el espacio, poseen dones, señor... Por ejemplo en el segundo planeta... Pues bien, usted recibe siete planetas. No tres, sino siete transiciones; hasta seis transiciones y entonces tiene usted el planeta madre.

Si ha vivido las primeras, señor, dirá a su tesoro, al alma que viva a su lado: “Ven, vamos a hacernos levitar y vamos a ver un momento el otro planeta”. Entonces hará usted un viaje con sus propias alas.

Eso hice yo, señor. ¿No se ríe? Nos encontramos con un ser humano — teníamos que ir al cuarto grado cósmico— antes de llegar. Así que fuimos atravesando regiones mentales; dice el maestro Alcar: “¿Me oyen ustedes? ¿Me oyen? Soy uno solo con ustedes. Vida de madre tierra: los conozco, ustedes continúan, van a conectarse con el cuarto grado cósmico, ¿me oyen?, en breve me mostraré ante ustedes”. Y entonces oímos esa voz y llegó planeando, planeando, un ser. Y lo miré a los ojos, y esa cabeza, ese cabello, esa silueta, no esa capa, sino esa poderosa túnica, y era un hombre. Dice: “Permítame llevarlos al cuarto grado cósmico, maestro Alcar”, y entonces mencionó el nombre. Y entonces descendimos, levitaba, planeábamos; ustedes también lo hacen, con la fuerza de su espíritu en el otro lado, eso son alas.

Eso un demonio también lo sabe hacer, señor, ¿no le parece divertido? Un diablo también sabe planear. Señor, el mundo entero, los demonios... Hitler estaba poseído de demonios. Y esos demonios proceden, así, sin más, de ese mundo, de ese mundo astral, y hacen un viaje de millones, pero van infaliblemente a Adolf Hitler y le meten algo a presión. Y dijeron: “Adolf, eso es lo que tienes que hacer”. Un demonio puede cometer infaliblemente un asesinato, y aun así posee las alas, porque poseen igualmente el espacio como la luz. Pero lo que no hacen es verlo todo.

Así que allí llegamos a tener, en el cuarto grado cósmico... Señor, si un monje, allá en Tíbet, un sacerdote lama, es capaz —y eso es una ley oculta, nosotros también éramos capaces de eso en Egipto— de hacerse levitar a sí mismo y en solo cinco... en eso sí que tiene razón ese libro, esos chavales saben hacerlo, se hacen levitar y se trasladan un centenar de kilómetros en solo cinco minutos; ¿por qué no podría levitar el cuarto grado cósmico, el ser humano que allí es consciente? Y eso es el reino de las alas para el ser humano. Entonces consigue verdaderamente la vitalidad espiritual y material, y la levitación. Ustedes se desplazan. Y esos son seres humanos materiales.

Si en la primera esfera..., si allí ve a un ser humano..., señor, tiene una hermosura tan poderosa, de la primera esfera. Tiene que ver ahora la segunda esfera, la tercera, la cuarta, la quinta, la sexta, la séptima. Un soberano de amor de la séptima esfera, señor, a esa gente ya no se le puede analizar, pero yo las he visto, es mi maestro más elevado, el maestro Cesarino, Damasco, la Media Luna, Ubronus, son los maestros más elevados que tenemos. Ellos lo siguen

todo, me siguen a mí, siguen también esta cháchara del jueves por la noche en (el edificio) Ken U Zelven (Conócete a ti mismo). Si yo dijera una sola cosa mala, me arrojarían de un solo golpe de su mirada hasta en la tierra más profunda de la tierra. ¿Me creen? Me barrerían del mapa de un solo golpe si yo dijera desvaríos. Si pudiera llegar a haber aquí una posibilidad y yo violara allí la tierra, el macrocosmos, me golpearían hasta perder el equilibrio; creo que en cuestión de cinco minutos no quedaría nada de mí.

(El técnico de sonido):

—Dos minutos.

—Porque eso ya no lo pueden consentir. ¿Creen ustedes que los maestros, en este siglo, después de Cristo, todavía enviarían locura y desvaríos a la tierra? Señor, sobre el cuarto grado cósmico, ¿por qué no me hace luego unas preguntas sobre eso? Entonces ya le ofreceré una visión de futuro, que no vivirá aquí hasta tal vez dentro de un millón de años. Se lo puedo mostrar yo: cómo serán ustedes dentro de diez millones de años.

(El técnico de sonido):

—Todavía nos falta una luz allí, señor.

(Señor en la sala):

—No, pero si casi ya ha pasado una hora.

—Vaya.

(Jozef retoma su relato):

Entonces ya le ofreceré las imágenes, le ofreceré una explicación de una poderosa belleza, natural, cósmica, divina, de lo tremendamente sencilla que se hará y será la evolución del ser humano y de su riqueza. Allí tampoco estuvo Blavatsky, ni Krishnamurti; ni tampoco estuvo en el cuarto grado cósmico ningún filósofo, porque de eso nunca han hablado.

¿Cómo es allí la maternidad, la paternidad, el nacimiento, el renacimiento? ¿Cómo son los templos allí? ¿Qué hacen ustedes allí? ¿Cómo mueren allí? ¿Cómo viven allí? Allí los alimentos ya no hacen falta. Allí vivirán del vino divino, de los divinos néctares de la vida, señoras y señores, madres y padres, lo succionarán, y ya no comerán, ya no beberán, ya no trabajarán; lo que serán será fuerza y empuje por su pensamiento y sentimiento. ¿Qué tal he dicho eso?

Hasta aquí.

DESCANSO

Señoras y señores, vamos a comenzar con nuevas preguntas. Aquí tengo: “Todos los mentores de las esferas tienen determinados nombres. ¿De dónde les vienen? O ¿quién les ha dado esos nombres?”.

Señor, ¿dónde está...? ¿Cuándo recibimos un nombre?

(Varias personas en la sala):

—Al nacer.

—Han recibido ustedes sus nombres de sus padres. Pero para el espacio también reciben un nombre. ¿Y dónde nacieron esos primeros sentimientos para su nombre en el otro lado? ¿Pueden intuirlo?

(Señor en la sala):

—Lamentablemente, no.

—Usted no. No creo que alguien sea capaz de saberlo. El maestro Alcar...

(A alguien en la sala):

¿Sí?

(Señora en la sala):

—Cuando el ser humano llega al otro lado, todos somos diferentes; pero con lo que el ser humano está sintonizado, por ejemplo: un ser humano posee más amor, por esas condiciones, por esas buenas, es por lo que recibimos nuestro nombre. El maestro Zelanus lo recibió por el amor.

—¿Sabe lo que significa maestro Zelanus? Significa: habitante del cielo. Y este todavía no se ha ganado su nombre cósmico. Miren, si dicen: si somos amor, representamos a..., entonces solo pueden llamarse “esfera”, pero son millones de personas. Pero de lo que hablan es: por qué un maestro Ubronus... Hay alguien... Uno de los maestros se llama Media Luna, y así lo llaman millones y millones de personas. Y se le conoce como Media Luna, solo hay uno.

(Señora en la sala):

—Pero estos sí que son los maestros que han hecho mucho.

—Son maestros... Si usted..., está trabajando, si usted está trabajando para sí misma, eso es desarrollo propio, nunca recibirá un nombre desde el cosmos. Pero al final lo conseguirá. Y cuando llegue usted a la cuarta esfera, y está usted allí, allí adquirirá verdaderamente un núcleo espiritual, es decir: aunque sea núcleo como ser humano, allí recibirá... su nombre se va construyendo desde el espacio. Al tiempo que se desarrollan sus vidas —ya está usted con eso— estará... Y eso en cierta medida cuadra con la gente de aquí cuando le dicen a alguien... cuando le dan esos nombres cariñosos, cuando se van construyendo y dicen: “Sí, la llamo ‘palomita’”. Y era una abuelita. Y era capaz de arrullar igual que una palomita de esas. “Porque cuando se ponía a contar, hacía así con esa cabecita suya”, dice su hija, “y entonces la llamamos ‘palomita’”. Porque sus actos y sus estados y todo, su pensamiento y sentimiento y hablar, siempre pasaba por esos arrullos; así es como la familia llamaba a su palomita.

Pero aquí uno está activo. Se va usted al otro lado, quizá regrese, o no, pero continuará. Y en la primera esfera no tiene usted un nombre, tampoco en la segunda, ni en la tercera, quizá vaya a venir en la cuarta; si es que ha hecho

algo. ¿Para qué? Hay millones de vidas que todavía no tienen un nombre, pero no tienen...

Si oyen un nombre de un maestro, se referirá, ahora y siempre, a la tierra, a lo que hayan hecho en la tierra. Por eso la Media Luna se llama Media Luna. Ubronus, en cambio, tiene que ver con los sistemas griegos, con los sistemas filosóficos, es alguien de la sexta esfera y más arriba. El maestro Alcar se fue construyendo su nombre; es vida y amor, Alcar. Arte, vida, amor, eso venía del espacio. Rubens, todos esos maestros han hecho algo por ese nombre por el que habla su arte. Y ahora se va construyendo algo a partir del espacio, desde el espacio, y llegan a ver su nombre, poco a poco, por su pensamiento y sentimiento, por su personalidad. Pero hay millones de personas que no tienen ninguno. Tiene el divino... y entonces son un grado de vida.

Porque de Pepita... luego ya no hará falta, de verdad que no, que hables de Pepita ni de Pepito ni de Juanito. Eso todavía lo pueden hacer en la primera esfera: “Hola, ¿qué tal, Gerrit?”. Pero creo que para entonces eso del holahola ya se habrá perdido un poco. Porque allí llegamos: “¿Cómo le va, hermano mío?”. Innecesario preguntar: “¿Cómo le va?”, porque sabemos cómo les va. “¿A dónde conduce su camino, a dónde va, hermano mío?”. Pues, sí, allí nos vemos de una manera bastante diferente unos a otros. Y entonces da igual que digas: “Esta era mi mujer”. Y, ciertamente, sobra que digas: “Esa una tipa” y “ese es un tipo”, porque son dioses, dioses humanos. Eso de “tipo” y de “tipa” y todas esas palabras vulgares y ese pensamiento terrenal y eso de “Pedrito”, y “este es mi amor” y “esto es mío” y “aquello es mío”, todo eso desaparecerá. Allí se encuentran ante una chispa divina y tiene ojos, luz, amor, vida, una personalidad, estos son papá y mamá, esto lo he alumbrado yo, y ella me dio a luz a mí, eso es mío, y yo soy de eso, pero también soy de otros millones de personas, eso mismo: como uno solo. Y ahora representamos un solo nombre entre todos.

Pero si han hecho algo aquí en la tierra... Dentro de cien millones de años la tierra podrá seguir viviendo; el ser humano no podrá asimilar el nombre que ahora asimilo en esta pequeña vida nuestra. Yo he recibido mi nombre. Ya lo tengo, ya me lo gané. Y eso se refiere puramente a la tierra. “Ya no hay ni una sola persona que pueda recibirlo”, dice el maestro Alcar. “Hoy recibirá usted su nombre, André”. Y ese fue el momento en que hablé con Wayti. Pienso: ‘Dios mío, Dios mío, qué hermoso es eso’. No hay nadie en la tierra —ya estamos otra vez— que tenga este trabajo. Hay más personas, hay teosofía, hay rosacruces, budistas, musulmanes, pero este lo soy yo solo. No hay un segundo adepto de los maestros en la tierra en este grado. Aceptarlo: eso he hecho. Si no lo hubiera aceptado, ya me habría arrojado de un golpe en esa esquina. Y seguimos por el saber. Así que: “No me conformo con esto”, pues, entonces me detengo. “Es necesario”, dice el maestro Alcar.

El espacio es el reino de Dios, este espacio. ¿No es cierto? Y si quieren estar al servicio del reino, será usted una princesa de ese espacio, usted, como madre. Yo soy el príncipe —así me llaman allí— del espacio, el cósmicamente consciente. Eso es por ‘El origen del espacio’, y ‘La cosmología’... En la guerra me lo..., en los cinco años de hambre me lo gané, tan a gusto. Porque tengo los libros, se me ha concedido hacer los viajes. No hubo ni uno solo. “Ya no vendrá nadie”, dije en el descanso a alguien, “nadie que trascienda las cabezas... —de la mía aun menos—, pero nadie podrá trascender las cabezas de los maestros, ya nadie las podrá superar”. ¿Quién quiere superarlas? Nadie.

Esta sabiduría, estos libros, se imprimen para la humanidad entera, más tarde llegarán a todas partes. Entonces los maestros dirán: “Nuestra palabra es ley, a sentarse”. Y entonces llegará..., por medio del aparato de voz directa, entonces oirán exactamente lo mismo que lo que reciben esta noche aquí y que lo que han leído allí en los libros. Y entonces las universidades tendrán que aceptar —porque procede de esa Universidad— a quien es el más elevado, el divino: a Cristo. ¿No les parece muy sencillo que estarán allí? Y entonces recibirán ustedes un nombre. Así que todo lo que guarde la más mínima relación con la Universidad de Cristo recibirá e irá construyendo una personalidad espacial, y entonces recibirá un nombre.

Hermoso, ¿verdad, señor Otterloo?

(Señor en la sala):

—Simple.

—Y simple y justo. Si están muy, muy ocupados con ustedes mismos para esa Universidad y sirven, estarán dándose aquí un nombre, una tarea —naturalmente, por esa tarea—, una personalidad. Y dándose así se va formando algo, representarán ustedes algo, y entonces recibirán un nombre, que les será enviado por el espacio. Algún día por la mañana, estarán planeando por allí, o estarán haciendo algo, pensando... siempre están pensando, porque representan fuerza, vida, luz, espacio, paternidad, maternidad. Cuando hayan abandonado este universo, representarán todos los poderes y fuerzas de y para este universo, y entonces estarán de cuerpo entero en la primera esfera y representarán este espacio y todas las estrellas y planetas, el comienzo y el final de este universo, del que los eruditos dicen que no tiene final, porque desconocen la continuación y el universo que se dilata. Sí que conocen un universo que se dilata, pero no tan lejos ni tan profundo, porque eso no lo saben.

¿Ha valido la pena?

De modo que nadie le da a usted ese nombre, lo recibe automáticamente, por merecérselo.

(Jozef continúa leyendo):

“¿Nos seguiremos llamando así por los siglos de los siglos?”.

Para la tierra, sí. Pero en el otro lado hay millones, millones, millones y billones de príncipes y princesas del espacio. Reyes en el espíritu, en amor, y reinas. Allí ves majestades de la tierra que jamás han tenido una corona sobre sus cabezas, en la tierra. Pero yo los prefiero. Ya no tienen que ver con la injusticia, pasaron por el alumbramiento y la maternidad. Un campesino de la tierra es luego un rey del espacio, y entonces ya no se llamará Pedrito. Pero tampoco echa ya agua a la leche.

(Jozef continúa leyendo):

“Para la vida después de la muerte no hace falta que tengamos nombres, ¿no?”.

No, señor, no es necesario: allí, por la irradiación, se percibe de todas formas quién o qué se es. Se ve en el ser humano cómo es, y así representa la chispa de Dios en la sintonización humana espiritual, en el espacio, en el sentimiento. Cuando luego los vea a ustedes, me bastará con ver su túnica para saber exactamente lo que les puedo preguntar y lo que se me concede preguntarles. En el otro lado, en la primera esfera, se ve exactamente, por la túnica... por la túnica, por los ricitos en el cabello, lo profundo y consciente que es ese ser humano. Pero eso no hace falta verlo en otro ser humano, eso también lo sabes por la esfera. Si estás en la primera esfera, los maestros solo los liberarán de su pensamiento terrenal erróneo. Y cuando vuelvan a ser libres allí —al mismo tiempo ponen nuevos fundamentos—, los dejarán libres y entonces dirá el maestro: “¿Quiere tenerme unos instantes más? Ya pueden ir por sus propias fuerzas a la luna, porque yo”, atención ahora, “yo les he enseñado a ser uno con la madre naturaleza”. Y entonces recibirán la misma sabiduría.

Cuando son uno, todo empieza a hablarles. Y si quieren vivir ahora el embrión, este los llevará de inmediato al primer estadio en la luna. Y entonces se entrará en contacto con el cosmos macromaterial. Pero los primeros mil años sí que necesitarán todavía un guía de estos. Y entonces nos encanta tener a un guía así a nuestro lado; puede ser una madre o un hombre, y entonces contemplamos ojos divinos, espirituales, humanos. Bonito, ¿verdad?

Y tanto.

Sí, casi dan ganas de ponerse a llorar, ¿no les parece?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Sí, sí, sí. Sí, pero no lo haremos.

Se siente por la irradiación, ¿no?

(Jozef continúa leyendo):

“Quizá sea una estupidez lo que voy a preguntar, pero no me cabe la menor duda de que muchos de nosotros sienten surgir con frecuencia esta pregunta. ¿Qué es el viento? ¿De dónde viene?”.

—El viento ¿es masculino?

(Alguien en la sala dice en voz alta):

—Sí.

—¿Es una fuerza que crea?

(Un señor en la sala):

—El viento es masculino.

—¿Tiene razón en eso el diccionario? ¿Para el cosmos? Si se pone usted a analizar el viento cósmicamente, ¿es masculino o femenino?

(Señor en la sala):

—Supongo que masculino.

—“Supongo”. ¿No está seguro? Usted lo puede saber.

(Señor en la sala):

—Tiene una fuerza impulsora.

(Señora en la sala):

—Entonces es femenino.

—Si es fuerza impulsora, ¿es femenino? Pero el viento es masculino. Y ¿por qué? ¿Qué es el viento? Entonces uno tiene que ser por lo menos de la universidad para explicar: ¿qué es el viento? ¿Qué erudito lo posee? ¿Es un geólogo? Un geólogo, ¿puede explicarlo? ¿Es el estudio de un geólogo?

(La gente habla a la vez).

Un físico. Yo vengo de 's-Heerenberg, señoras y señores, lo siento. ¿Qué es el viento? Pero yo sé lo que es viento.

(Alguien en la sala dice algo).

¿Usted también lo sabe? ¿Qué es el viento?

(Señor en la sala):

—Es la suma de las fuerzas entre el frío y el calor. O sea: en un lugar determinado hay calor, en otro lugar hay frío y ambos se juntan en un momento dado, y entonces se produce un torbellino: el aire frío baja y el caliente pasa por encima, y así surge una corriente. Así que en la medida en que exista más diferencia de temperatura, más viento habrá, que por circunstancias adicionales en el espacio arrecia o se detiene.

—Tiene razón el señor. Claro, ahora dirán: “Sí, tú eres un loro”.

Pero ahora, ahora vamos a profundizar un poco más: ¿de dónde viene? Por el frío y el calor. Dos polos con diferentes fuerzas. Son fuerzas. Es energía de fuerzas. Es calor, frío. ¿También es maternidad? El frío es alumbramiento y creación al mismo tiempo. Pero si usted quiere profundizar más, entonces el frío... El viento, el viento real que vivimos aquí... Porque en verano ya no sientes los fundamentos del frío, entonces llegas a la sintonización climatológica, es cuando el viento adquiere un carácter personal, y es: este, oeste, norte, sur. Es cuando surgen los puntos cardinales y estos te conectan con los polos. Y, ciertamente, señor, esa es la explicación, pero solo la primera de todas; es: el frío y el calor chocan, entiende, ¿verdad? Pero fíjese, ahora,

¿por medio de qué? El polo norte viene hacia el sur y entonces se produce el empuje de esa fuerza, pero todavía no es viento.

(Señor en la sala):

—No, pero es la base.

—Es la base, pero el viento asiste ahora a diferentes estadios y entonces es posible seguirlo por completo, como en el universo para el estadio de las nebulosas; es posible seguirlo, porque entonces surge este-oeste, norte-sur. Y entonces lo que pasa es: antes de que se llegue a mezclar ese empuje, ese frío y ese calor, se produce un debilitamiento y se convierte en temblores, es fuerza, es irradiación. El viento es solo..., del tipo macrocósmico..., no, eso se puede..., sí, podríamos decir irradiación macrocósmica, pero el viento ha surgido por el norte y por el sur, por el calor y el frío, por un proceso de evolución; porque este es el alumbramiento y la creación, comenzado por el norte y el sur, y que llega a la unión. Y esa irradiación la empezamos a sentir como viento cuando se ha ido un poco hacia el sur, hacia el este, y de vuelta hacia el norte y de vuelta hacia el sur, y entonces llegamos a ver densificaciones en ese espacio, tal como es el estadio de las nebulosas para el macrocosmos y que se convirtieron en nubes y luego en materia. Porque cuando sopla el viento es una fuerza material consciente, entonces es creación. Pero es porque —lo ha constatado la física, es también muy sencillo—, es porque se juntan los diferentes estados climatológicos como fuerzas, y de nuevo como leyes, y así producen una irradiación.

Y les contaré algo más. Y ahora el viento adquiere un carácter especial. Un viento tiene un carácter, ahora se habla del sudoeste, noroeste, norte, ¿verdad?, a eso me refiero. ¿Estoy en lo cierto? Sudoeste, viento de este a oeste, ¿ven?, entonces está por medio el oeste, ese es sucio cuando viene de allí.

En noviembre, cuando el otoño..., el frío, ya estamos otra vez, cuando llega ese frío, llega el viento, entonces hay recalentamiento, dilatación, una fuerza elemental y una ley, y eso desencadena una reacción e irradiación, es el viento del noreste, ese gélido viento severo del noreste, es el norte y el este y el oeste y el sur. Señor, cuando esos cuatro...

¿Qué es un cumulonimbus?, ¿qué es un huracán?, ¿qué es un rayo, cómo se llama una cosa de esas? ¿También lo saben? A veces aquí en Scheveningen se ven... yo lo he visto, estaba en Scheveningen en el garaje y llegó por el mar —es cuando desapareció del todo Borculo, ¿se acuerdan?— y lo vi allí (el 1 de junio de 1927 un ciclón arrasó Borculo, una localidad en la región de Achterhoek, en la provincia de Güeldres)...

(Señor en la sala):

—Un tifón.

—¿Cómo dice? Un tifón.

(Señora en la sala):

—No, un ciclón.

—Un tifón y un ciclón. Es una cosa así de enorme. ¿Entienden? Es cuando Nuestro Señor gruñe. Antes, cuando empezaba a tronar donde nosotros, ay, Señor, teníamos que salir de la cama y a rezar, a rezar y rezar, ¿verdad? Y a rezar; digo: “¿Va a durar mucho más?”. Y Jan que está mirando bizco y yo que miraba a Crisje, digo: “No, es que no vamos a poder salir, esto durará dos horas”. Y entonces por fin: bum...

¿Qué es eso? Es recalentamiento. Es recalentamiento. Se lo diré lo más sencillo posible: pero ¿dónde encuentran ustedes el recalentamiento del cosmos cuando está tronando? ¿En un estado humano o animal o natural? ¿Hasta en el insecto más pequeño? ¿Dónde se ve eso?

(Señora en la sala):

—En la cólera.

—¿Cuando está usted...?

(Señora en la sala):

—... colérica.

—Ya le gustaría, señora. Entonces es usted misma. No es una ley natural.

(Señor en la sala):

—¿En la fiebre?

—No, eso es una enfermedad.

(Señor en la sala):

—¿Una enfermedad? ¿La fiebre?

—Sí.

(Señor en la sala):

—¿Una enfermedad?

—La fiebre es una enfermedad, sí. Es una irradiación de la enfermedad. En alguna medida llega al cosmos.

No, por la putrefacción, cuando el organismo vivo empieza a morir; porque esto, un relámpago con trueno es el proceso de muerte de fuerzas que se oponen, que atraen, y entonces llega el proceso mortuorio, y es cuando se oye una explosión. Y eso también está en la vida. Y entonces no tiene más que un olorcito. Y oye usted una explosión. Todo eso se puede volver a ver, son leyes cósmicas.

(El señor en la sala dice algo).

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Entonces te mueres.

—Desde luego, ¿no es una maravilla? Todo eso es posible volver a verlo. Ahora..., ahora sabemos lo que es el viento, señor.

(Señor en la sala):

—Quizá sea aún más fácil de comprender saber lo que es el viento; entonc-

es hay que poder imaginarse que cuando no había diferencia de temperatura en la tierra, tampoco había viento. Y al final tampoco había lluvia.

—Señor, tiene usted razón, en el cuarto grado cósmico no hay lluvia, no hay viento, no hay truenos ni tampoco ya noche. ¿No le parece contradictorio? En el cuarto grado cósmico: ya no hay noche ni truenos ni viento ni lluvia ni enfermedades ni cáncer ni tuberculosis. Allí vivimos en la perfección material espiritual. Entonces estamos en la primera esfera.

(Señor en la sala):

—Es muy lógico.

Sí, es lógico, pero otros todavía no pueden aceptarlo. Nosotros vamos a lo Omnividente, a la Omnisapientia, al “no dormir nunca más”. Ya no necesitaremos dormir. Ya no habrá enfermedades. Ya nunca iremos a dormir. Ya nunca habrá noche en el cuarto grado cósmico. Porque vamos hacia la vigilia eterna. Eso es Dios. Dios siempre está despierto, ¿no? Nunca duerme, ¿no? Y nuestra divinidad dentro de nosotros ¿sigue durmiendo todavía? Nuestra divinidad dentro de nosotros nunca duerme, señoras y señores.

¿Verdad que no?

(Señor en la sala):

—Casi empiezo a dudarlo.

(Risas).

—Nuestro núcleo divino está eternamente despierto, trabajando, amando, está en unión con el Omnigrado, pero nosotros mismos no lo sabemos. Y ahora tenemos que..., comprueben lo tremendamente sencillo que vuelve a ser..., ahora todo lo de esa divina Omnisapientia dentro de nosotros lo tenemos que despertar. Y eso él también lo hace. Está materializando, espiritualizando su Omnisapientia. ¿No es cierto? Es posible, es posible, es posible. Porque las primeras personas que empezaron a pensar eran los Sócrates. ¿Cierto o no?

¿Qué siente usted, señora? “¿Qué es...?”, dijo Sócrates en el mercado de Atenas —porque yo estaba allí al lado, estaba jugando a las canicas cuando lo dijo—, dijo: “Está usted contento, es feliz, pero ¿qué es eso? ¿Pueden decírmelo?”. “Vaya, vaya, vaya”, y se rieron de él. Su dice usted: “Amo”, ama. ¿Por qué está tan mal de la cabeza? “Amo”. “Mi chica me ha dejado”. ¿Qué clase de dolor es ese? ¿Qué es el dolor? Si quiere vivir cosmología, tienen que saber primero, señoras: ¿cuándo está permitido tener dolor? ¿Cuándo aman? ¿Cuándo se trata de una pérdida? Ya no tengo dolor ni sufrimiento ni odio ni..., ya nada, ya no sé lo que es una pérdida, ya no sé lo que es injusticia, no tengo relación alguna con eso. No sé lo que es el dolor, la pérdida ni todas esas cosas que hacen perder a la gente su valioso interior. No sé lo que es. Pero tienen que saber ustedes... ¿Y cuántos millones de personas no tienen dolor? ¿Cuántos no se sienten golpeados, tristes? ¿Qué es la tristeza?

(Una señora en la sala dice algo).

No, señora, eso no es egoísmo. La tristeza es inconsciencia. El Dios en nosotros no está triste. El Dios en nosotros no tiene dolor. El Dios en nosotros no tiene sufrimiento. “Claro, eso cuéntaselo a tu abuela”, dicen. “Tú lo que necesitas es una enteritis”, entonces sientes dolor, dolor material. Bien. Pero de lo que hablamos es de que te golpeen espiritualmente. La divinidad en nosotros no puede ser golpeada. No tengo una pérdida en el amor, no tengo una pérdida en el odio, basta con que lo comprueben en el diccionario, miren, adelante, yo también lo he hecho, ¿qué me queda de todo eso cuando me topo con esas palabras? ¿Soy capaz de ello? ¿No quieren esperar a saber quiénes son? Consulten mañana el diccionario y comiencen por el mono: ¿soy un mono? ¿Un mono? No, no lo soy. Y entonces miren donde el ser humano... Unos han inventado, que son seres humanos para nosotros. Y entonces deberían seguir un poco más y ser honestos unos con otros, sobre todo cuando él, y ella, están trabajando, es cuando da gusto hablar. Mejor encárguense de que cuando estén solos lleven encima un montón de cigarrillos, porque eso lo perderán, u otra cosa, porque es un asunto difícil. ¿Qué tengo yo de justicia? ¿Verdad? Muy mal. Pues a pensar, durante cinco años. En cinco años volveremos a estar activos. Amor al prójimo...

(Alguien dice algo).

¿Cómo dice? Fe, con la fe... no tengo nada que ver, ya no quiero tener nada de eso; quiero saber. Y ahora pueden saber. Y ahora vamos a seguir.

¿Envidia? La envidia, ¿sé yo, señora, lo que es eso? ¿Lo sabe usted? Hay personas que tienen envidia y eso quiebra cualquier fundamento para la chispa divina, porque el Dios en nosotros no puede tener envidia, dice: “Ama todo lo que vive y me tendrás a mí”.

Envidia, ja, ja, ja, no me hagan reír. Una mujer tiene envidia de un hombre. Cuando veo eso... Digo: “Pues tómallo”. ¿De qué me sirve la envidia, señor? No es espacio, ¿no? ¿Sabe usted lo que es eso? Es una locura consciente, psicopatía. Cuando tienes envidia y odias, bueno, bueno, envídale algo a un ser humano... o peor: si yo hubiera tenido todos esos miles de cosas en mi interior, solo algo de eso, el maestro Alcar habría dicho: “Oye, vuelve como un rayo a tu diablo, ese es tu sitio”. Conmigo hay que amar lo que vive. Conmigo hay que ser justo. Conmigo hay que...”. La envidia: ni siquiera habla de ella. No tenemos envidia. ¿Envidioso? Ya me gustaría poder ayudar al mundo entero. Envidia, ¿de qué? ¿Del dinerito, acaso? ¿Una casa? Bueno, bueno, no hace falta que me den una corona, porque no la quiero. No quiero ser ministro, no quiero ser juez. Dame lo más elevado de lo que puedo vivir aquí en la tierra, digo: “No, no. Mejor toma a otro”.

(Señor en la sala):

—Ministro de finanzas.

—Sííí, eso me apetece, ministro de finanzas.

(Risas).

Así todas las mañanas podré dar a la humanidad pan de pasas con moka.

(Risas).

Entonces podré decir a la gente: “Criaturas, disfruten hoy y vengan a contarme esta noche si han disfrutado”. Dios es un ser humano hermoso. Porque esas personas se ven.

Todavía me encontraba en el garaje —sí, me fijo en todo— y que hay allí un tipo de esos, que dice: “Ay, qué bien he comido”.

Digo: “¿Qué?”.

Me contesta: “Sopa de pollo, medio pollo”.

Claro, el señor tenía gallinas. Pero resulta que allí hay un pobre muchacho de esos del garaje, teníamos uno, un huérfano, lo habían recogido de la calle. Yo me había ido y vuelvo de un viaje. Digo: “Es nuestro nuevo muchacho en el garaje?”. Digo: “Vaya, ¿cómo te llamas?”.

“Karel”.

Digo: “Ah”. Pero ese jefe, éramos cuatro, se habían comprado coches, así, los cuatro, y estaba con la sopa de pollo... Estaba comiendo con gusto... De repente le digo..., veo que el chico se pone pálido, porque nunca le daban sopa de pollo, porque tenía que arreglárselas él mismo para comer, digo: “¿Cuánto cuesta un pollo?”. Digo: “En mi casa jamás me dan sopa de pollo.” Digo: “Estaría muy bien que tu mujer me hiciera una rica sopita. Una gallina entera, ¿qué me costará? La mía no es muy buena haciéndola”.

Y entonces me dice: “¿En serio? Pues la mía sí que sabe cocinar, y mi mujer...”.

Vaya, una gallina propia, dos florines y medio; era 1925. Digo: “Bien, mañana tendré sopa de pollo. Qué bien, comeremos con gusto”.

Y que aparece a la mañana siguiente con un puchero: “Mira esto, no se ha enfriado todavía, la he traído rápidamente en coche”.

Digo: “Muy bien”.

Dice: “Bueno, que te la comas”.

Digo: “Karel, a sentarse”.

Karel: “¿Yo, señor?”.

Digo: “Tú a sentarte”. Digo: “A comer”.

Y entonces me puse a mirar esos labios, esos labios grasientos. Digo: “¿Lo ves ahora? Este estaba famélico. Si comes pollo, tan ricamente, no se lo debes decir a los demás. Y si lo haces, debes preguntar si hay más gente que tome sopa de pollo”. Y Karel se sirvió sopa. Ya estaba llorando. Digo: “Señor”, digo, “aquí tiene sus dos florines y medio”. Digo: “Es pobre, pero merecido”. Digo: “Él también tiene que encargarse de tener gallinas. Pero eso no hay que contarle, señor, a una persona que tenga hambre”.

Yo entonces miré de esta manera, había gente riéndose. Digo: “¿Es para reírse?”. Allí estuvimos un momento radiantes, había risas. De pronto, en un fogonazo. Entonces todavía le faltaba muchísimo al maestro Alcar para ponerse en marcha. Pero el otro ya no vino nunca más al garaje diciendo: “A mí me han dado sopa de pollo”. Digo: “¿Ah, sí, señor?”. Digo: “Allí vive un padre con seis hijos, señor, no puede comprarlo. Vamos, dale unas gallinitas, o cállate la boca. Entra en armonía con el pensamiento, adelante. No hay que fanfarronear, señor, es usted un fanfarrón, no le priva de la luz en los ojos, ciertamente, sino de su estómago, causa disarmonía en su estómago”.

Pues ese Karel comía que daba gusto. Y yo disfrutaba. Se me hacía un placer. Qué bueno.

Pero menuda bofetada, fue una bofetada, uno cero.

Pero, bueno, ¿de qué estábamos hablando esta noche?”.

(Gente en la sala):

—De las gallinas.

—De las gallinas. Del viento, de eso hablábamos.

(Risas).

Hablábamos del viento.

(Señor en la sala):

—Bueno, de la trompita del tifón.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Bueno, de la trompita del tifón.

(Señor en la sala):

—Del viento a la gallina.

—Ah, sí, estábamos con el tifón, también estaba dentro de la gallina. Pero un tifón, señor, es que en un sistema central, en el séptimo grado de esas fuerzas y fuerzas y fuerzas, esa hilera, es como una hilera, ¿verdad?, esa fuente regresa justamente hasta un solo núcleo. Ha leído usted mucho sobre la naturaleza; y ¿con qué tiene sintonización este núcleo, este tifón?

(El señor dice algo).

—Claro, si se lo digo yo, ya lo sabrá usted también. ¿Lo ayudo?

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿No lo sabe?

(El señor en la sala dice algo).

—¿Cómo?

(Señor en la sala):

—¿Sobre el agua?

—Sobre la fisión nuclear. ¿No es sencillo? Esa fuerza de un tifón, igual que un trueno, es la fisión de nebulosas, nubes, agua; pero el alma tiene vida,

tiene espíritu, tiene una personalidad. Cuando se juntan esas nubes y esa nube en particular —imagínese lo que ocurre— es más oscura, más intensa, está cargada, más cargada, entonces vivirá usted siete grados de fisión, la paternidad, la maternidad, y eso se funde y luego estalla y así llega a ver la fisión nuclear, y eso es un trueno. Pero se amontona en el cosmos y entonces se produce un círculo de esos, a veces se ven semejantes embudos, y es justo como una célula y un pequeño espacio hacia los que se adapta, se atrae, ese espacio.

Una vez le ofrecí una explicación, señor Van Straaten, y se ajusta a esto, y es... El maestro Zelanus lo hizo en Diligentia. ¿Por qué llega a una sola fuente, a un solo pequeño espacio, y entonces de pronto adquiere una dilatación y entonces empieza a echar chorros por encima de la tierra y entonces...

Como en Florida, en Hollywood, allí vi uno, allí siempre están con huracanes, casi todos los años, y entonces el océano... vuela por encima de las casas. Lo habrán visto alguna vez en los periódicos, ¿verdad? Cuando estuve allí acababa de haber uno. Es cuando se produce en un solo punto, el recalentamiento de un solo estado, eso es el sur puro, el este. O sea, ese calor, con una fuerza equis, empieza a trabajar, pero eso ya se viene fraguando desde hace meses y meses y meses. Y entonces se forma un estado en forma de embudo, que se puede ver y vivir y sentir y seguir si uno conoce la fisión del universo. Y es la misma fuerza.

El maestro Zelanus aclaró entonces: la maternidad se contrajo y se convirtió en la luna; y la paternidad, o sea, la fuerza luminosa del cosmos, se contrajo y se convirtió en un solo sol. Más tarde llegaron los otros soles. Pero al comienzo de la creación había un solo sol. Así que todo ese espacio se densificó hasta un pequeño clímax, igual de ancho y grande que el sol. ¿Lo entienden? Y ese mismo sentimiento de sintonización en cuanto a fuerza está dentro de un tifón de esos. Eso también es una fuerza que frena, que construye, centrífuga, y entonces empieza todo. Una fisión nuclear. Esta después atraviesa el espacio y se dispersa, y cuando termina de desfogarse... Ese desfogarse es el proceso de muerte de esa fuerza, pero puede adquirir brevemente bastante velocidad y durar dos, tres días, hasta cuatro. Y lo que rodee esa cosa, ¿entienden?, es un desgarró. ¿Y saben por qué una cosa de esas puede llevarse por delante una casa, así como así?

(Señor en la sala):

—Sí, porque allí... surge una succión de aire por el torbellino.

—También eso. Pero porque eso...

(Señor en la sala):

—En el extremo del torbellino se produce un vacío y allí es donde es succionado todo.

—¡La succión! Y esa succión es astral. ¿Y cuál es, pues, la fuerza más grande, la más poderosa, señoras y señores? Así comprenderán un poco de

Einstein y sabrán a dónde quieren ir. ¿Cuál es la fuerza más poderosa? ¿Por qué es posible desencadenar mediante un átomo tan pequeñito, por la fisión nuclear, un espacio tan tremendo?

(Señor en la sala):

—Bueno, por un grado del vacío.

—No, señor. Al desprender el espíritu y la vida de la cosa. Sí, espiritualmente. La fisión atómica se produce espiritualmente. Si fuera materialmente, desaparecería, consumida por el calor. Sin embargo, desprender el espíritu y la vida: ese es el tremendo empuje, que también es un vacío. O sea, un tifón solo es todavía material. Pero, ay, cuando va hacia una mayor profundidad y toca el aura espiritual —eso es esa succión—, entonces un tifón de esos quita el aura vital de ustedes, ¿entienden?, y te desplomas, muerto. Así que ese empuje aún es material, pero, ay, cuando esa fisión nuclear se va hacia el espíritu. El cosmos no se puede desbocar espiritualmente. Pero es materia semidespierta. No es materia que por tanto se haya endurecido ni densificado sólidamente; se ha densificado a partir de lo astral.

Pero el viento no se puede ver, sí se puede sentir, y eso se llama conciencia material semidespierta. ¿Ha quedado claro eso? Semidespierto. Si fuera consciente despierto sería materia sólida, es materia sólida. Pero ahora esto...

(Jozef hace algo)

... esto tampoco es más que semiconsciente. Pero yo soy quien lo pone en marcha. Así que mi espíritu es consciente de manera semidespierta, pero uno con ese material. Y el viento es material, semidespierto.

Cuando empezó el macrocosmos y los planetas se fueron densificando, los maestros hablan de conciencia material semidespierta. Un planeta aún era astral, aún no era visible, y ahora vuelve la fisión nuclear hasta tal y tal grado de fisión, y eso es desprender la vida de esa cosa, y entonces con un microcosmos pueden conseguir ustedes que el cosmos entero se succione hacia dentro, en tal y tal y tal grado. ¿Qué grado posee ese átomo? Puedo empezar con Einstein y entonces empezaremos sobre la fisión nuclear. Y entonces le mostraré a usted dónde tiene que pararle los pies.

Hemos tenido conferencias en Róterdam y aquí en La Haya y en Ámsterdam, ¿verdad?, a las que acudieron eruditos..., una mañana hubo un doctor que dice: “Vaya, eso sí que tiene mérito. Yo todavía no he llegado hasta ese punto, ya se lo pueden decir a ese señor Rulof”. ‘¿Puede la fisión nuclear destruir el mundo?’: la conferencia que ofreció el maestro Zelanus en Róterdam, en La Haya, ¿verdad? (En Róterdam, el 23 de febrero de 1947 y en La Haya el 27 de noviembre de 1946). Pues, qué milagro, yo que estaba hablando allí en Diligentia y en Róterdam sobre la fisión nuclear. Eso lo saqué del campo, lo tenía de Fanny. Eso lo aprendí en la escuela, con el maestro Honstra, en el tercer año.

Sobre esto no hay libros, señor, y para esto no es posible seguir doctrinas, pero en Estados Unidos desafié a Einstein. Se puso enfermo. Ojalá pudiera yo hacer eso. Sí que conseguí doblegar a dos parapsicólogos, un catedrático y una catedrática, acudieron a la exposición; estaban de rodillas. Sí, ojalá pudiéramos seguir avanzando.

(Dirigiéndose a la sala):

¿Algo más?

Señor, ¿no tiene otra cosa que viento esta noche?

(Señor en la sala):

—De lo contrario no sería... (inaudible)... desde donde...

—Bueno, entonces esta noche sabemos por lo menos de dónde viene el viento.

¿Tienen alguna cosa más, señoras y señores?

¿Cómo dice, señora?

(Señora en la sala):

—¿Cómo es posible que un ser humano siempre pueda soñar que ha perdido su ropa?

—¿Soñar que ha perdido su ropa?

(Señora en la sala):

—Sí.

—¿Cómo es posible que un ser humano pueda soñar que ha perdido su ropa?

(Señora en la sala):

—Sí, siempre.

—Señora, entonces él está en busca del paraíso.

(Risas).

Si se pone usted a buscar su ropa, es que está otra vez de camino al paraíso, porque allí solo llevábamos una hojita. No, ni siquiera sabíamos lo que era una hojita. Estábamos unos al lado de otro en la naturaleza, desnudos para todo el mundo. Era yo solo, no había nadie más conmigo, era yo. No, usted ni siquiera estaba, señor. O tiene que vivir usted mismo ese paraíso. Pero en mi paraíso allí estaba yo solo. Con Eva. Eva también estaba, y una serpiente. “Psss”. Digo: “Fuera de aquí con tus silbidos, lela”. Serpientes...: “Oye, por cierto: ¿cómo surgiste si yo estoy aquí solo en el mundo?”. Vaya, vaya. “Psss”. Eché a la serpiente a base de decir “psss”.

Señora, entonces, ciertamente, está buscando usted el paraíso. Sí. Si sueña usted que no puede encontrar la ropa... Bueno, no querrá que la lleve a la casa de empeño, ¿no?

(Risas).

¿Será que alguien estuvo en su habitación y se apresuró a llevar su ropa a la casa de empeño? No es posible, ¿no señor? No, tiene que ver con el paraíso.

Ya le gustaría a usted.

¿Tenía usted alguna cosa más, señora? ¿No?

Señora, es un sueño que la conduce al yo desnudo de la madre naturaleza. ¿O es que ya le robaron alguna vez en el pasado, llevándose de verdad la ropa? Entonces se pone a soñar.

Me vino a ver un señor, me dice: “Me han robado cuarenta mil florines. Ya no conseguiré nunca más liberarme de eso”. Sueña cada noche con su dinerito. Y entonces ve al ladrón. Y entonces viene con un “¡Lo tengo!”. Pero soñaba, daba palos de ciego. Entonces dice esa mujer: “No hace falta que sigas soñando, marido. Si mañana tienes la sensación de ‘todavía tengo para comer durante diez, veinte años’, habrás perdido el sueño”. Pero no era capaz de eso, ¿entiende?

(Señor en la sala):

—¿Ha leído usted, señor Rulof, sobre esa mujer en Francia, o era en Bélgica, tenían dinero en el armario. Había cerrado la cocina y el hombre piensa: ‘Pero ¿dónde estás?’. Y se pone a buscar y ve que la luz está encendida, pero el cerrojo de la cocina está echado. Entonces dice ella: “Por lo que nos peleamos todos los días”, dice, “lo meto en la estufa”.

—Eso es un buen trabajo. Esa mujer era vigorosa y fuerte, pero también lo podría haber hecho de otra manera.

(Señora en la sala):

—Dice: “Querido, así ya no nos pelearé nunca más”.

—Pero entonces él se puso a...

(Señora en la sala):

—Entonces ella se fue por la mañana a un psiquiatra, a un manicomio.

—Y se fue. ¿Y la encerraron?

(Señora en la sala):

—Sí, la encerraron.

—Pero ella era sabia. Sí, ahora la encierran. Pero a él, que estaba mal de la cabeza, lo dejaron libre. Y ella... Sí, porque eso, claro, no lo puede comprender ese hombre; si quemas allí cinco o diez mil florines, estás mal de la cabeza. “Así ya nos pelearé más, ¿no?”. Entonces estás... ¿no? “¿Cómo dices? ¿Nada de peleas? Es ahora cuando van a empezar”. Adiós dinerito, adiós felicidad, adiós mundo.

¿No tiene usted otra cosa para mí?

(Gente en la sala):

—Sí.

—A ver, sí, un momento.

(Señora en la sala):

—¿Me permite hacerle una preguntita? La semana pasaba me estaba paseando por la (calle) Benoordenhoutseweg y me estaba enfrascando en los

árboles, ahora que estaban tan secos.

—No están secos, están dormidos.

(Señora en la sala):

—No, dormidos. Pero había un tono dorado, así que no podía detectarse ningún color y mientras tanto yo me puse a..., entonces me puse a mirar los árboles uno por uno y tuve una fuerte impresión de que la copa fue adquiriendo una irradiación de un color rosa violáceo. Pensé: ‘Vaya, pues parece una mancha de..., quizá del sol que haya asomado’. Y cuando pasé al lado y miré había desaparecido.

—¿Qué hora era, señora, cuando andaba allí?

(Señora en la sala):

—Las nueve de la mañana.

—Es posible. Si hubiera llegado usted tres horas más tarde, ya no lo habría visto. ¿Por qué no, señora?

(Señora en la sala):

—Pero me puse a contemplar todos los árboles, cada uno por separado, y volvió a haber esa gran irradiación...

—Claro, claro, señora. Señoras y señores, ¿saben por qué lo vio? Si hubiera ido alrededor de las doce —bueno, todavía se puede entonces, sobre todo en esta época, señora—, ya no lo habría visto. En cuanto se asoma el sol... No, ¿sabe lo que vio usted? Ahora veo su árbol y su luz.

(Señora en la sala):

—Unos colores maravillosos.

—Sí, hermosos.

(Señora en la sala):

—Aún salía de una sola ramita.

—Unión con sus sentimientos. Primero con usted. Ahora empiezo a ver lo que vio usted, qué divertido, ¿no?

(Señora en la sala):

—Estupendo.

—Segunda clarividencia. Pero ¿qué veo ahora? Veo..., veo lo que usted no vio. Puedo decirle directamente: ¿por qué lo vio? Pero eso no lo vio a las doce.

(Señora en la sala):

—No.

(Señora en la sala):

—Solo a las nueve.

¿Sabe usted por qué, señor? ¿Sabe usted lo que es, señor? ¿Tú, Leo? ¿Nadie? (Alguien en la sala dice algo).

¿Cómo dice usted? El rocío de la mañana. El despertar de la mañana, el despertar de la mañana tiene una irradiación. Esa luz de la mañana, justamente esa grisácea. ¿Por qué tiene que ser gris, señora, si es que no me cree?

¿Por qué tiene que ser gris? ¿Por qué lo ve solo en esa atmósfera grisácea? ¿Por qué? ¿Tampoco lo sabe?

(Señora en la sala):

—Un color...

—No, señora, sí, sí que hay algo de eso. Qué divertido, ¿verdad? Cuando está el sol, señora, ya no ve nada.

(Señora en la sala):

—Entonces predomina esa luz.

—Sí. Cuando está la luz ya no ve matices de colores, han desaparecido.

(Señora en la sala):

—Pero fue precioso.

—Pero, mire, en ese alumbramiento... ¿Qué es ese alumbramiento? ¿A qué se refiere, pues, ese alumbramiento ahora? ¿Vive usted la naturaleza? ¿A qué se refiere ese alumbramiento? Y ¿por qué lo ve? En realidad, ¿qué es lo que ve allí?

(Señora en la sala):

—El primer principio de...

—Sí, el primer principio, señora, pero ¿para qué? ¿Para correr? ¿Para el ciclismo?

(Señora en la sala):

—De la luz...

—Allí, eso es, pero no quiero decir eso.

(Alguien dice algo).

Sí, criatura, ¿y eso qué es? Criatura, ¿qué es?

(Señora en la sala):

—Alumbramiento.

—Sí, señora, le doy un diez. Alumbramiento. Desde el alumbramiento, la noche es alumbramiento, hacia la creación. Y entonces ve usted aura. ¿No es hermoso eso?

(Señora en la sala):

—Sí, fue tan hermoso que primero pensé... ¿Sabe usted? No lo vi al instante. Cuando lo miraba, al final llegaba a una gran...

—Así, señor, podemos explicar el cosmos entero, para cada cosa, los rayos de sol, la mañana, la noche, la luz. Por eso... Imagínese: fui como un rayo a... veo ese sol y entonces veo... y pienso: vaya, qué bueno, y mientras hablo veo el sol, veo la hora de la medianoche, las doce, la una, y pienso: ahora no puede ser, por eso hice la pregunta. Pero el sol lo muestra, ahora habla el sol. Eso es unión con el estado con el que todo tiene que ver. La noche, la tierra, la mañana, la hora, el sol, y eso de pronto se manifiesta; y cuando ve usted eso, lo puede contar, así sin más. Contarlo después. Pero en el momento en que hablas tienes que ver, ver, ver, ver. ¿No es tremendamente sencillo?

(Señora en la sala):

—Pero hermoso.

—Perfecto. ¿Quién algo más?

Es sabiduría celestial.

(Señor en la sala):

—Tenía algo más.

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Acabo de asustarme mucho. Luego me di cuenta..., sí que me parecía explicable lo que dijo usted, pero entonces dije: fiebre. Entonces dijo usted: “La fiebre es una enfermedad”. Eso me asustó un poco, porque ya entiendo por qué dice usted que la fiebre es una enfermedad.

—Sí. La fiebre es...

(Señor en la sala):

—Cuando el ser humano dice: “Tengo fiebre”, es que está enfermo.

—Sí.

(Señor en la sala):

—Pero al final la fiebre no es la enfermedad.

—Al final es... No, pero sí que tiene que ver con la enfermedad.

(Señor en la sala):

—Sí, tiene que ver, pero la fiebre en sí no es una enfermedad, ¿no?

—Claro, entonces tengo que detenerme ante cualquier cosa.

(Señor en la sala):

—Quiero decir...

—Doy ese salto, tomo la enfermedad y al mismo tiempo su manifestación.

Señor, aquí tenemos luz; hasta dónde tenemos que regresar a la fuente antes de que esto se hiciera luz, y esa es la enfermedad. La fiebre es la irradiación de la enfermedad. Pero yo no fui por esos términos medios, porque eso son paradas. Pero de la putrefacción... Enfermedad, fiebre. Y ¿qué es, pues, la enfermedad? ¿Qué es de verdad la fiebre? Viento..., usted lo quiere... Tiene que preguntar usted, señor Otterloo: “¿Qué es la fiebre?”. Le sirve más que si pregunta: “¿Qué es el viento?”.

(Señor en la sala):

—Una reacción.

—Además, tenemos miles de tipos de fiebre. ¿No lo sabía? Por ejemplo, alguien tiene unas prisas terribles, entonces ya también tiene un tipo de fiebre. Alguien siente envidia: una intensa fiebre. Brrr.

(Señor en la sala):

—Fiebre álgida.

—La fiebre álgida, pero entonces nos vemos otra vez ante el cuerpo. Sin embargo, el frío espiritual... La fiebre espiritual, ¿quién se libra de ella? Mi

madre. ¿No somos todos febriles en esta sociedad? Ciertamente, ¿no? Porque con que no estemos un instante —fíjense lo claro que es—, con que no estemos un instante en armonía con las leyes divinas, como fuerzas, como luz, como vida, como amor, como paternidad, como maternidad, entonces irradiamos fiebre, y estallamos, como llamas; “Eso no es bonito”, dicen allá arriba. Nuestro Señor dice: “¿Por qué te pones de los nervios?”.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Qué?

(Señor en la sala):

—¿Puede medirse materialmente?

—¿La fiebre?

(Señor en la sala):

—No, ¿la fiebre que quiere decir usted?

—Claro: si usted me da una bofetada a la cara por su estado febril, su estado colérico..., cuando estamos enfadados surge una fiebre interior cargada de odio, una irradiación, uno se pone a pegar, entonces bien me puede dejar el oído sordo. ¿No le parece eso ya bastante grave?

(Señor en la sala):

—Sí, pero quiero decir: ¿puede medirse con un termómetro?

—Señor, entonces solo nos haría falta un termómetro para determinar los sentimientos en un plisplás.

(Señor en la sala):

—Sí, eso es justamente lo que quiero decir.

—Sí, eso se puede determinar. Pero eso, claro, no lo conocemos, por eso hago esas bromas. Digo: si usted me da una bofetada, eso también es fiebre. Ahora, sin embargo, un termómetro para determinar los sentimientos y la conciencia. Divertido, ¿no? Ya lo inventarán algún día, señor Joost.

(Señor en la sala):

—... incluso es posible que nosotros, cuando alguien que se altere..., eso ya se ha constatado...

—Eso es..., sí...

(Señor en la sala):

—... entonces se intensifica el funcionamiento de las glándulas.

—Sí. Pero tenemos detectores de mentiras. Así que ya se ha activado el sentimiento. Señor, está activado. Y luego, cuando sea perfecto, determinarán, infaliblemente, su personalidad. Pero, ¿sabe qué? Su conciencia, reacciona toda, sentimientos, aura, amor. Pero el aparatito para detectar mentiras ya lo tenemos.

(El técnico de sonido):

—Quedan dos minutos.

—¿Solo dos minutos? Madre mía.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—¿No puede desactivarse ese detector de mentiras?

—Sí, bueno, a mí me lo puede poner. Y entonces mentiría que daría gusto y no le diría nada.

(Señor en la sala):

—Exacto.

—Señor, todo es arte.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Cómo dijo?

(Señor en la sala):

—Solo pueden determinar la disarmonía, ¿no?

—Bueno, mire, ese aparato... Desde luego, la disarmonía indica sensibilidad. Pero ¿por qué...? ¿Cuál es la quintaesencia, el núcleo en sí de un aparato detector de mentiras? ¿Por qué se pone a funcionar ese aparato? ¿Por qué?

(Alguien dice algo).

Ya está: el sentimiento. Porque usted sabe que miente. Yo también, por cierto, aquí miento toda la noche.

(Risas).

Sí, señor, si le digo que miente usted, no queda más remedio que yo también lo sea. Pero cuando nos ponemos a mentir, por dentro hay una tensión y esa inseguridad... Pero yo miento en contra del espacio.

Señoras y señores, hasta el domingo por la mañana.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 6 de marzo de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—¿Está el señor Brand?

(Señor en la sala):

—Aquí.

—Tengo aquí la pregunta del señor Brand, ya la tengo desde hace dos semanas en mi bolsillo, así que ya toca. “Un ser humano sabe mucho”, eso va pasando, Frederik escribió en su cuaderno de bitácora en ‘Las máscaras y los seres humanos’: ‘un ser humano sabe mucho, está abierto a cosas grandes y pequeñas y también las termina, pero es el bien y el mal lo que hace’, seguido directamente de: ‘¿lo sabe para sí mismo?’. Por medio de Cristo se da como un amigo, por medio del diablo como un satanás”. Sí, ¿no es así? “Entonces sueles ver a un amigo cuando ves la vida por medio de Cristo”. También está claro, ¿verdad? “Pero solo llegas a ver la máscara sucia, taimada, si no conoces el alma que le corresponde, porque esos pensamientos diabólicos los representa esta horripilante máscara”.

¿Qué más quiere saber de eso?

(Señor en la sala):

—Sí, eso último, señor Rulof, no me ha quedado muy claro. No lo entiendo muy bien.

—¿Qué es lo último?

(Señor en la sala):

—La última frase. “Por medio de Cristo se da como un amigo”.

—Si el ser humano viene con Cristo, tienes a un amigo delante. Un ser humano que acepta a Cristo al cien por cien ya no tiene, en ningún caso, una máscara, ¿no? Pero cuando, dice, con ese satanás... Entonces sueles ver a un amigo, casi siempre, si ves la vida por Cristo. “Por Cristo”: qué bien suena, ¿verdad? “Pero solo llegas a ver la máscara sucia, taimada”, es la del satanás, “si no conoces el alma que le corresponde, porque esos pensamientos diabólicos los representa esta horripilante máscara”. Es el ser humano con el que nos encontramos en el mundo y que no quiere saber nada de Dios ni Cristo ni de las leyes astrales. Cuando estamos ante esa máscara, no la reconoceremos a las primeras de cambio, y esa es la intención. No es posible mirar detrás. Pero un ser humano que ya acepta a Cristo y que hace lo que se le enseña, un protestante, un católico, un protestante de la corriente reformada, la religión que sea que conduzca a Cristo, entonces estamos ante un amigo de Cristo. Es

muy sencillo y claro, ¿no?

(Señor en la sala):

—Sí, pero el ser humano se hace pasar por cristiano; sin embargo, no actúa en consecuencia...

—Claro, claro, claro.

(Señor en la sala):

—... bajo el pretexto de Cristo se han cometido los mayores crímenes.

—Sí, señor, si uno no actúa consecuentemente, la máscara es aún más vil. A un demonio y a un satanás los ves delante de ti. Sí, pueden ponerse una máscara y una bonita túnica, una preciosa, y todas esas demás cosas, y son amigos, pero usted se va al cuerno. Son millones esas personas en el mundo, ¿no? Y si aplican ese camuflaje, si se ponen esa máscara, con la fe y todas esas cosas, pues, sí, entonces es aún más vil. Eso no lo calamus de buenas a primeras, ¿verdad? Se pone peligroso. Y eso es lo que quiere decir Frederik.

Eso usted lo había deducido de allí, ¿verdad? Qué hermoso y profundo es ‘Las máscaras y los seres humanos’, ¿verdad? Semejante frasecita, sobre eso se puede escribir, pues, un libro de setecientas cincuenta páginas, sobre esto, solo ya para analizar las máscaras, solo de cara a Cristo; ¿qué queda entonces? Dilátese, adelante, así se adquiere profundidad... Cuántos miles de personalidades no se ve ahora por esto, ¿no?

¿Algo más?

Aquí tengo: “¿Puede usted explicar a qué se debe que hoy en día nacen más de esos llamados mongolitos que antes? El médico dice: ‘Es por la guerra’. Pero en mi opinión es imposible, dado que para eso la última guerra es demasiado reciente. Según los datos estadísticos, estos mongolitos se dan en su mayoría en gente mayor que tiene su primer hijo”.

¿De quién es eso?

(Señor en la sala):

—Mío.

—Señor, los mongolitos son psicópatas (véase el artículo ‘Psicopatía’ en rulof.es) y eso nada tiene que ver con la vejez. ¿No han leído esa historia en la Biblia, donde una tal...? ¿Cómo se llama esa comadrona? Con ciento ochenta años, que tiene cuatrillizos y trillizos y mellizos y estaban sanos. Estaban sanos, dice. Pero ¿sabían ustedes —ya lo he explicado aquí alguna vez— de dónde venían en realidad esos mongolitos? ¿Sabían por qué se manifiesta eso en estos tiempos? Eso tiene que ver con miles de problemas y significa...

¿Lo sabe mi gente? Lo hemos tratado aquí. ¿Lo olvidaron?

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—Dígame.

(Señor en la sala):

—Guarda relación con vidas anteriores, naturalmente de la persona en

cuestión.

—Sí, eso también, claro.

(Señor en la sala):

—Pero entonces no puede tener que ver nada con la última guerra, ¿no?

—No, para nada, esa guerra no significa nada.

(Dirigiéndose a una señora en la sala):

—¿Qué dijo, señora?

(Señora en la sala):

—¿Es la evolución del ser humano?

—Sí, es evolución. Pero ahora escuche bien, por favor. En el mundo aún no hemos alcanzado un nivel espiritual. Ahora les voy a contar algo que jamás deducirían ustedes. Aún no hemos alcanzado un nivel espiritual. Y seguimos todavía con la endogamia. El ser humano que posee la conciencia más elevada —eso es ahora, ¿verdad?— quizá vuelva en mil años. Pero entonces el mundo ya habrá avanzado más —la sociedad y la humanidad— y entonces la conciencia de un pueblo será más elevada. Así que en este momento tendremos... Si ya tienen ustedes un hijo sano y lo dan a luz, ya serán una entre un millón de personas. Una madre que pueda decir: “Mi hijo es sano y precioso”, ya es milagrosamente feliz; y eso demuestra que la humanidad ha avanzado enormemente en los últimos mil años en todo este lapso de diez millones de años, ¿verdad? Porque esa endogamia, esa desintegración, que todos hemos vivido desde la jungla —fue entonces cuando empezamos, hemos transgredido leyes—, esa raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) está regresando ahora a la tierra, al igual que otros millones de núcleos y grados de personas que vivieron en este tiempo, en este, este, este y este, y que solo conocieron desintegración. Así que no es de ninguna manera para tanto. Pudo ser tan grave que la mitad de La Haya fuera mongólica. Es decir: si nacen cien niños, puede haber entre ellos noventa y cinco que sean psicopáticos. Y si ahora toman ustedes esa balanza —también es una armonía, es armonía cósmica—, si toman la balanza y colocan allí la conciencia y aquí la inconsciencia —es la conciencia e inconsciencia— entonces esa balanza se mantendrá de todas formas en equilibrio.

Pero ¿entienden lo que quiero decir? Que la reencarnación, la evolución, hace siglos y siglos, nace ahora y es psicópata. ¿No está claro eso?

(Señor en la sala):

—¿Por qué entonces no es así? Los médicos que dicen que nacen más que, digamos, hace diez años.

—Escuche bien, pues.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—¿Cómo dice usted?

(Señor en la sala):

—Los médicos que dicen que ahora nacen más que antes.

—Mire, ahora hay en las guerras... ¿Qué es una guerra? Si tomas esa guerra espiritualmente, sentirá usted que esa misma masa, atraerá... —haya guerra o no, la guerra da igual—, no podrá cambiar nada en eso ni darle nada. Y ¿por qué no? Porque el ser humano de 1914 vive todavía ahora o... —¿entiende?—, atrae a un alma y una vida que ya vivió en la tierra hace siglos y siglos, quizá incluso hace cinco mil años y que no entiende nada de la Primera Guerra Mundial. Así que ólvidese de esas guerras, sin problema. Pero lo que hacemos es atraer nuestra propia sintonización, como grado de vida y evolución, y eso es inconsciencia y se manifiesta como psicopatía. ¿Ha quedado claro? Esa respuesta no se la puede dar ese médico. ¿Entiende lo que es una guerra? ¿Qué más dan cuatro años entre cuatrocientos millones de años?

(El señor en la sala habla un momento a la vez).

¿Lo ven? Esto se está poniendo infantil, esto es infantil. Sí que regresarán..., en cinco mil años estaremos aquí en la tierra, pero entonces habremos avanzado bastante, aunque en cinco mil años, diez mil años volverán los salvajes de 1940-1945. Y entonces dirán: “Tengo aquí a uno que se parece bastante a Adolf Hitler”. Sí, es posible. Sí, señor, es posible. Pero Adolf no era tan salvaje (véase el artículo ‘Hitler’ en rulof.es). ¿Les parece que era muy salvaje?

¿Tienen preguntas sobre esto?

Por aquí hay quienes andan sueltos y que son mucho más salvajes.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Qué pasa, señor?

(Señor en la sala):

—Esa cuestión de los mongoles, ¿es que sufre la influencia del esperma?

(Jozef tarda en responder, hay un largo silencio, en la sala hay risitas nerviosas).

—Bien, allí estamos. Aquí se detiene el lector, ¿verdad, señor Götte? Señor Götte, está usted preguntando algo que ya sabe, porque es imposible. Por eso llegué de esa manera..., creo que...

(Señor en la sala):

—... se presenta como mongólico, pero si la raza blanca tiene una sociedad, uno esperaría normalidad, casi normalidad, a veces durante algunas generaciones sí que es posible que...

—Quiere decir usted: que si es sin lugar a dudas material, ¿verdad?, el esperma es material..., es una cuestión hereditaria. No, señor. Mire, el alma alumbrada y crea el organismo. Cualquier disarmonía en el ser humano —lo hemos comentado hace poco, ser ciego, y el otro al que le falta un brazo, y este que llega al mundo así, y aquel que es lo otro— no son injusticias de Dios, sino que es un estado disarmónico, o bien de la personalidad en esa madre, o bien la madre ha tenido alguna experiencia, se cayó, esto, aquello,

tal y cual, y así es como ha surgido un trastorno. También es posible. Y es que es así.

Pero cada enfermedad y todas las desgracias en el organismo las verán por separado, eso ya está en el organismo. Pero un mongólico, eso se va directamente a la psicopatía (véase el artículo ‘Psicopatía’ en rulof.es) —¿entienden?—, eso es conciencia semidespierta. Ese espíritu no tiene una ley normal. Allí lo tiene. ¿Qué es un psicópata? ¿Por qué deforma un psicópata el cuerpo? Pues, miren esos pobres diablos, ¿no?

Este verano me encontré con unos cuantos en Noordwijk, una peña de esas, paseando, digo: “Vaya, hola, hermanos”. Hola, y dale que saludaban, no paraban, más contentos... Digo: “Sí, soy familia tuya

. Yo acabo de salir. Acabo de salir de esa psicopatía”.

Y todos nosotros. Y hay que ver esos rostros retorcidos y esas manitas, y esto y lo otro, incapaces de hablar; llegan a la tierra, en la madre, desprovistos de una conciencia natural. Porque si uno mete una semillita en la tierra —así es— y añaden una y otra vez veneno de ratas y aun así tiene la fuerza para continuar, así que no mata usted esa semillita, entonces ya comprenderán que allí tendrán un trastorno. Y ese espíritu, esos sentimientos de esta personalidad por tanto no alimentan el cuerpo de modo normal, natural, armonioso. Porque los sentimientos impulsan el cuerpo. Así que ese espíritu ya no tiene armonía, porque ha transgredido esas leyes. Así que ese espíritu en realidad todavía está dormido, medio dormido, un poco de esto y un poco de lo otro, un follón de primera y ese follón resulta que está metido en ese organismo. Y entonces esos tejidos tienen que densificarse con una fuerza de amor armoniosa y natural —esos tejidos como embrión, a partir de la vida embrionaria en la madre—, tienen que empezar a densificarse, a radiar y a dilatarse, y en esa célula no hay vida normal. Y entonces surge ese carácter retorcido. Ese carácter retorcido es el rostro retorcido. De esa manera tan genuina y justa el ser humano refleja el interior por fuera, no tiene vuelta de hoja. Y el psicólogo que sigue mirando, dice: “Sabe Dios qué clase de gente es esta”. No lo sabe. Más sencillo imposible: son psicópatas.

¿Dementes? Oigan, esa gente está loca. No, señor, no están locos. Les dicen la pura verdad, pero nosotros somos... Tenemos la conciencia social. Pero ¿quién de nosotros dice que estamos espiritual, real, armoniosamente en contacto con la creación? Pero esa gente libra una batalla a vida o muerte para liberarse, la demencia, para desprenderse de líos animales, eso es el psicópata: no el psicópata, es el loco, el poseo. Y en eso volvemos a tener mil grados.

“¿Hubo alguna vez...?”, dijo el maestro Zelanus en Diligentia, a la iglesia católica le van a entrar ganas de matarnos, ¿verdad? “Y espíritu esto, y lo otro..., pero si no hubiera surgido ninguna religión, entonces tampoco habría nadie con delirios religiosos”. Es tan tremendamente sencillo. Esa gente...,

igual que ‘Las máscaras y los seres humanos’, de nuevo dice Frederik allí en el manicomio cuando está con Hans, dice: “Ese cuelga entre...”.

“¿Qué clase de persona es esa”, dice Hans.

Dice: “Ese, ese quiere ir a Mahoma, no, a Jehová, pero se olvidó de su escalerita, y ahora está suspendido entre el cielo y la tierra”. ¿No es así? Están colgados y suspendidos entre el cielo y la tierra. Si a esa gente en el instante en que... Aquí no se vuelven locos si no lo hacen ustedes mismos. Esto es tan real... Yo ya tendría que haber sucumbido mil veces antes, pero no puedo hacerlo porque: siempre fundamentos, siempre. ¿Es así o no? Pero si las personas con delirios religiosos, esa gente, si hubieran aprendido en la escuela: no hay condena y Dios así, y Dios es esto, Dios de mi alma, sí, Dios de mi alma, entonces no puedes hundirte en una nada. Y entonces no se puede ver a Jehová entre el cielo y la tierra, sino que entonces Él está aquí. Y entonces no aparecen agujeros ni complejos en esa personalidad; pero una vez que están, ya no es tan fácil sacarlos en poco tiempo. ¿No es sencillo?

Ahora te pones a hablar. Complejos, religión; se vuelven locos, se desvanecen, andan por allí y entonces tienen allí... ¿Cuántas personas no están enfermas por la Biblia? ¿Cómo es posible que la palabra de Dios los vuelva locos si es buena? Pero la gente que la quiere poseer ella misma, también lo quiere de un maestro de esos y de... (inaudible), sí, entonces uno ya no sabe dónde pisa, las piernas por debajo de la tierra y empiezas a planear, y entonces pierdes el norte. Entonces vas a parar a la escuela cósmica oculta.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Conozco una familia donde a todos les entró el delirio religioso. Se han matado entre ellos. Era una familia de un padre y una madre con siete hijos, seis o siete, y por las noches leían la Biblia y cantaban. Pero había uno que prefería adentrarse en la naturaleza y no participaba. Ellos, sin embargo, pensaban que era el Satanás. Una noche volvió a casa y habían acordado en esa ocasión: cuando vuelva a casa lo estrangularemos. Así que entró y le cortaron el cuello y colocaron la cabeza en la estufa que estaba al rojo vivo.

—¿Eso usted lo ha vivido?

(Señor en la sala):

—Los padres..., ocurrió al sur de Waardenburg, en 1940.

—¡Madre mía!

(Señor en la sala):

—Los padres y cinco o seis hijos. Uno de los hermanos encima ayudó, cortó la cabeza del cuello y la colocó, así, encima de la estufa que estaba al rojo vivo...

—¿Eso ha ocurrido?

(Señor en la sala):

—Eso ocurrió en Waardenburg. La familia entera está ahora en un manicomio.

—Todo por la Biblia. La Biblia ha causado al menos veinte millones de enfermos, ¿no? Enfermos de la Biblia. ¿No es horrible? Y ahora siguen allí, ahora es posible... Lástima que esa gente no se hubiera quitado de encima la condena, el Juicio Final. Ese Dios que allí... Cuando oyes esas historias, cuando lees esas historias... Entonces anda un profeta por allí con la cabeza rapada y los niños lo insultan.

(Señor en la sala):

—Sí, eso viene en el Antiguo Testamento, era el profeta Eliseo, tenía la cabeza pelada y entonces los niños lo perseguían: “Calvo, calvo”. Y Entonces Dios mandó traer unos osos del bosque y despedazaron veintidós niños. (2 Reyes 2:23-25).

Veintidós niños; y estuvo bien, dice allí. Mire, eso es lo que vuelve loca a la gente.

—“Si te dedicas a eso, si sigues a ese Jozef Rulof, te vuelves loco”, dicen.

(Señora en la sala):

—No, al contrario, te haces mejor.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Al contrario, te haces mejor.

—Señora, la pongo con los dos pies en la tierra. Le quito el miedo. Le quito el miedo por completo. Cuando haya terminado esos diecinueve libros, ya ni siquiera me necesitará. Pero de nosotros no quieren saber nada. No, entonces ya no tendrían castillos, ¿entiende?, y perderían al ser humano. ¿No es horrible? Y luego encima dicen: “Pues no te pongas como un energúmeno”.

Y hay que ver las cosas tan patéticas que ocurren todos los días, porque lo dice la palabra de Dios. Peleas. “A sentarse”, uno que tiene un sentimiento amplio, “¡a sentarse, te estoy diciendo!”, encima un insulto, “Ah, no importa, golpea esa Biblia, sin problema”, y después un poco de encaje encima de la cabeza: “¡A rezar!”. Pues creo que ustedes me echarían a garrotazos si me dedicara yo a eso.

Miren, más adelante la humanidad recibirá la apertura, la claridad. No hace falta que recemos, porque de todas formas no les va a servir. Mussolini rezó por el conjunto de... Millones de personas rezaron: no vayan, por Dios, a Abisinia (Etiopía), no vayan, por favor. Y aun así ese pequeño lelo de Italia sí fue. No sirvieron millones de oraciones. Flores para María y flores para Nuestro Señor; el gordo ese de Mussolini fue a pesar de todo. Pienso: ‘Mira ese gordinflón.

(Risas).

Va, a pesar de todo'. Dice: "Me voy, que me voy". Toda Roma estaba rezando, cerca de él; sí que fue. Los cardenales rezan, el papa rezaba: "No vayas, por favor". Sí que fue. Pues, imagínense lo que supone eso. El papa estaba rezando: "No vaya, no vaya, por Dios, no vaya, no vaya, por favor", y lo difundió por el mundo entero, piensa: entonces ya lo oirá. Pero Mussolini dijo: "Voy". Y entonces la gente dice: "Pero ¿es que el ser humano tiene una voluntad propia?". Fue. Y así uno puede seguir y seguir.

La Biblia ha enloquecido a millones de personas.

Hay gente que quiere primero esto y luego lo otro. Aquí también viene gente, viene gente que quiere absorberlo, asimilarlo, más, más y más, y entonces se equivocan un momento y entonces, bueno, claro, dicen: "¿Lo ve? Allí no tiene que ir usted porque es peligroso, es mortalmente peligroso. Esa asociación de Jozef Rulof es una casa de locos". Pero no tan loca como... Todavía no tenemos en el manicomio a personas con delirios religiosos.

Y ese hombre del que hablaba usted, ese profeta, sigue viviendo en una iglesia de los protestantes reformados. Quizá ahora ya tendrá una barba, creo, pero eso la gente lo acepta, porque fue Dios quien lo dijo. Y Dios arroja del mundo, así, sin más, a un montón de niños del mundo y hace esto y hace lo otro. Pues léanlo un poco más. Es para llorar, para llorar, para llorar.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof? Nos vino a ver una mujer indonesia que había tenido un hijo en la selva y no podía hacer bautizar a ese niño muy rápidamente. Resulta que el pastor protestante había dicho que el niño era... (inaudible). Esa mujer vino a vernos y nos contó la historia. Bueno, pues, mi mujer se dirigió a la mujer, y esta contó que cómo es posible que un pastor protestante haga semejante jugarreta con un ser humano. Cuando la hubo expuesto en grandes líneas, la mujer se echó en brazos de la mía en gratitud por haberse quitado ese mal sabor de boca".

—Hay gente, señor, si les cuenta una parte mínima de lo que ahora sabe, le estarán eternamente agradecidos de lo contentos que están. Un patán de esos los arroja en cualquier momento de vuelta a esas tinieblas. Qué pobre, ¿verdad?

Pero nosotros lo tenemos, y con eso basta.

¿Tenía alguna cosa más sobre esos mongolitos, señor?

¿Usted, señor? ¿Algo sobre esos locos, la psicopatía?

(Señora en la sala):

—Sí, señor Rulof.

—Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Se refirió usted a que esas almas tuvieron que esperar decenas de miles

de años para volver a la tierra...

—Sí.

—... y eso ¿siempre es tanto tiempo o puede ser también menos?

—Señora, en el mundo de lo inconsciente hay quien ya lleva esperando cien mil años. Cuando regresen Adolf Hitler y la gente de 1940-1945, esos salvajes, quizá entonces vivamos en 46422. Mire, cuanto más uno pierda los estribos, más difícil será su regreso. Porque son atraídos quienes conservan un cierto grado de armonía. Así que si una pierde totalmente los estribos aquí en la tierra, se anula a sí misma, mucho más allá, porque ya no es posible atraerla. Le preceden millones de personas. Habrá echado a perder, mancillado, fragmentado y estropeado su nacimiento normal según Dios y el cosmos. ¿Ha quedado claro?

Y diez mil años, señora, no son nada, nada. Y en siete meses, en siete horas si es necesario, puede usted morir aquí y entonces esta mañana, cuando aquí sean las doce, puede usted volver a nacer esta mañana a las siete en alguna parte del mundo.

(Señora en la sala):

—¿Así que existe esa posibilidad?

—Desde luego. Con la misma rapidez que dura el alumbramiento y el nacimiento del niño en la madre. En eso concluye con solo siete meses.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, ¿puedo preguntarle algo? Yo misma lo he vivido, perdí a un niño de un año...

—Sí.

—... y no me puse muy triste porque al poco tiempo, inmediatamente después, volví a quedarme embarazada. Y no sabía nada de su trabajo, que conste, y entonces tuve la sensación, y se lo decía a la gente: “No, es como si sintiera que él tenía que volver”.

—Sí.

—¿Que lo que era en realidad? Y ese sentimiento no he dejado de tenerlo.

—Puede ser.

—Después volví a tener un chico. Resulta que más tarde volví a pensar en eso por haber venido a verlo a usted.

—¿Primero fue una niña?

(Señora en la sala):

—No, volvió a ser un niño.

—Otra vez un chico. Mire, aquí pocas veces me han hecho estas preguntas. Pero es posible. Por ejemplo: la gente pierde un niño, me he encontrado con gente así, y vuelve esa personalidad, de modo infalible. Puede ocurrir siete veces. Siete veces. Es decir: siete grados para el nacimiento y siete veces para construir esa materia; esa posibilidad es entrar en armonía con el

alumbramiento, con el nacimiento, con la madre. Así que el espíritu entra en armonía con la madre. Y entonces es posible que tenga usted un aborto, adiós niño. Otra vez uno, otra vez uno. Adiós niño. Y el mismo niño vuelve hasta siete veces. Eso también ocurre.

¿Lo sabía usted, señora? ¿No es interesante eso?

Sí, el ser humano tiene millones y millones de posibilidades de dar a luz y de crear y de regresar. Ya comprenderán: el ser humano —el domingo lo oyeron en Diligentia— el ser humano tiene a Dios en sus manos. Y con que solo actuemos un instante mal... Si no nos equivocáramos... Cuanto menos tenga, más fácil será... No hará falta que asimile nada: si sabe de esto será una felicidad total detrás del ataúd. Cuando luego lleguen allí uno por uno, habrá alguien que se les acerque. Quizá sea un amigo, sus padres, cuando hayan llegado a ese punto, la mayoría eso no lo tienen, porque esos padres dicen..., no quieren esto o no quieren lo otro; eso ya son abismos, mundos, mundos diferentes. Pero si viene uno a su lado, y alguien, infaliblemente, acudirá, irá a recogerlos; solos no encontrarán el camino.

¿No les parece divertido eso también?

Cuando mueran, señoras y señores, encontrarán el camino, no, no hace falta que lo conozcan, porque irán, infaliblemente, a su sintonización espiritual. Infaliblemente. Pero siempre habrá alguien para ir a recogerlos, porque ese el trabajo más hermoso que existe. Saldrán ustedes de ese pequeño ataúd, de ese pequeño cuerpo; a cerrar los ojitos, qué gusto, no harán nada, adiós tonterías. Los más grandes, los más agitados, los más grandes que tuvieron las mayores ínfulas, serán como corderitos. ¿Ladran? Ya no es posible allí. ¿Gruñidos? A cerrar la boca. La porra espiritual, señor Veenkamp, ya existe. Y entonces no queda otra que entregarse. Y si ese hombre o esa mujer hablan, uno ya siente gratitud. Y cuando diga: “Ahora ya no vives, qué gusto, ¿verdad?”, ja, ja, entonces se ríen. Sí, eso no llega hasta dos, tres semanas después, quizá después de cuatro meses, seis, porque es posible yacer allí sin conciencia durante seis, siete meses, ocho, año y medio, y entonces... Igual que un enfermo, ¿verdad? Es cuando da un paso hacia adelante el enfermo, el enfermo mental.

Señoras y señores, si no han alcanzado la primera esfera, serán enfermos mentales. Lo conté hace poco: si tuviéramos una escuela, si se me concediera montar la escuela con desarrollo espiritual —esto es desarrollo universal, quiero decir el desarrollo espiritual—, comenzaríamos con lo primero, y eso es lo que hace el maestro en el otro lado, con esa primera cosa de todas: ¿qué es cierto en mi pensamiento y qué no lo es? De eso dije hace poco: también pueden aprender muchas cosas si se tienen unos a otros, hombre y mujer, amigos. ¿Y qué es lo que no sabemos? Eso es lo que deberían anotar alguna vez. Cualquier persona que haya asistido a todas estas conferencias a lo largo de los años y que haya leído los libros puede escribir para sí misma un grueso

libro. ¿No es así? Y entonces deberían ponerse a responder esas preguntas. ¡La de cosas que saben ustedes! El maestro Zelanus lo dijo hace poco, pero es cierto. Si los enviara a ustedes, uno por uno, a los más antiguos que lo han vivido todo, a quienes realmente hayan asimilado todas esas ochocientas y pico conferencias y esos libros, si los enviara allí a pueblos, si así lo desearan los maestros, podrían jugar a ser profetas; con tal de que repitieran exactamente lo que han aprendido. Entonces nadie los podrá convencer, sobrepasarán todas las cabezas, la conciencia del mundo. ¿No es así? Pero entonces tenemos que empezar con: ¿qué es bueno? ¿Qué es cierto? ¿Qué está mal? ¿En cuántas cosas nos equivocamos? Y entonces tenemos que empezar con lo cotidiano, con lo social. No pueden ustedes llegar a tener conciencia si no empiezan aquí con estas cosas, y con estas y estas.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Qué tenía?

(Señora en la sala):

—Un bebé.

—¿Dices que llegó un bebé?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Es el desarrollo universal, ¿entiende? Y entonces allí, detrás del ataúd, recibirá en primer lugar: Sí. Eso. Así es. Ahora sí que está en ese mundo. ¿Hay alguna duda? ¿Hay desconfianza? ¿La hay? Hay gente que lee, han vivido todo, estaban como locos; dos años después: adiós. “Bah, estoy hasta las narices de Jozef Rulof”. Está hasta las narices del otro lado, porque aquí ya vives en el otro lado. Me río de esa gente en plena cara. Del ser humano que de pronto dice, por ejemplo: “Vaya, menuda basura, menuda desintegración, Jozef Rulof es un faquir, es un mago”. Ah, sí. Muy bien, señor. Pero entonces Cristo y Dios y todo también es... Pero ¿de verdad saben ustedes lo que es la magia? No lo saben. No lo saben. Aquí viven ustedes detrás del ataúd y si quieren alcanzar eso, no solo lo conseguirán leyendo; tienen que empezar con ello. Detrás del ataúd —recuérdenlo— serán o bien inconscientes, psicopáticamente, espiritualmente, o tendrán pensamientos, actos, sentimientos reales. Y si comienzan con ello, si realmente empiezan, ya se lo dije algunas veces a gritos, en un año se dirán: “Dios mío, Dios mío, cómo he cambiado. Yo he cambiado mucho”. En un año podrán conseguir muchísimo, con tal de que allí hayas puesto los fundamentos.

¿Tenían alguna cosa más sobre esto? ¿No es cierto, señor Veenkamp? Su niña también está allí ahora, ¿verdad? Ella seguro que lo sabrá. Enseguida tendrá a alguien a su lado, dice el maestro Zelanus.

De eso se trata. ¿Tienen más preguntas sobre esto?

(Señor en la sala):

—Sí, señor Rulof, una pequeña definición, una muy pequeña, sobre el nacimiento veloz, sobre el morir y volver a nacer ya en un plazo de siete meses...

—Sí.

—... eso de menos de siete meses no me queda...

—¿No lo puede aceptar?

(Señor en la sala):

—No, no me queda claro.

—No le queda claro, ¿por qué no?

(Señor en la sala):

—Pues, porque no lo comprendo.

—Señor, ¿ha leído usted mis libros ‘El origen del universo’ y ‘Aquellos que volvieron de la muerte’, ‘El ciclo del alma’? Mire, allí se encontrará con esas leyes. ‘Dones espirituales’.

Pero lo que es el nacimiento es algo que no se da tan pronto aquí en Europa, antes se daba más. Por ejemplo, hace poco, en la India colonial, ocurrió hace veintitrés, veinticuatro años. Esos sumos sacerdotes lo han vivido muchas veces. Me viene a ver aquí alguien y dice: “Lo he vivido yo mismo, señor, acepto de inmediato lo que escribe allí”. Digo: “Es posible, pero entonces es una tarea”. Porque los seres humanos vivimos todos en disarmonía. No estamos en armonía con el cosmos ni con el mundo astral, no puede ser, ¿no? Así que de ese modo hemos fragmentado todo nuestro nacer a tiempo —normal, divino—, debido a que empezamos a vivir a la buena de Dios.

Y allí hay suicidios, asesinatos, robos y todas esas cosas, se habla de pasión y violencia. Señor, eso no significa nada todavía, siempre que no se trate de asesinatos, porque estos los anulan y los dejan fuera del nacimiento normal, real, armonioso. Y entonces tenemos que volver. Y ahora tenemos la paternidad, tenemos la maternidad. O sea, es como si estuviéramos atados a miles de leyes. Y son todas armoniosas y todo va por sí solo, a tiempo, al segundo. Y entonces hubo... Entre la vida y la muerte, eso los maestros lo llaman el mundo de lo inconsciente, es decir: allí el ser humano entra en el sueño y se hace embrión. ¿Puede usted aceptar, que usted y todos nosotros..., que luego...? Ahora salimos del ataúd. Tiene que regresar a la tierra, así se disuelve por completo. Lo he visto, hablo a partir de lo que he visto, señor. Me desdoble corporalmente y he visto esas leyes y se me concedió seguirlas con esos maestros, si no, ¿qué quiere que le diga? Así que le cuento las cosas a partir de la verdad. Entonces se disuelve usted por completo y regresa al embrión, a un chispita así, y de este modo es atraído por papá y mamá, porque eso también es embrionario. Así que eso es cierto, ¿verdad?

Ahora hemos transgredido esas leyes. ¡Fuimos nosotros! Ahora vas a tener: meses. La naturaleza se alumbró y se crea en un plazo de tiempo. Si ven la naturaleza, entonces llega, habrá pasado el invierno y primavera... daríamos a

luz cada año. Pero el ser humano tiene, a su vez, una evolución más profunda, más amplia, según su conciencia; es decir: el ser humano da a luz, eso dura equis meses, a eso lo llaman meses, pero son grados de vida, son transiciones de densificaciones, de crecimiento, el sentimiento se dilata, dilataciones; lo que ha ocurrido en el cosmos ocurre todo en esa madre, y entonces un mes es en el fondo un grado, y entonces hay siete transiciones; y serían siete meses, pero eso no cuadra.

Si resultara que estuviéramos libres de pecados, de errores, de disarmonía, señor, entonces podría ser, sería posible. Pero entonces es una tarea, como le digo, y regreso al instante —que es posible y que puede ser—, entonces es una tarea; en poco tiempo, en siete meses, hasta en siete horas podría ser que fuera usted atraído y que volviera a nacer en la tierra. Pero entonces estamos también completamente en equilibrio, cósmicamente, con todas las leyes divinas. ¿Quién es?

Pero ahora ha ocurrido en la historia, era frecuente en Egipto, llegaba un “alado” de esos, a tiempo. Pero en la India colonial ocurrió en el pasado; hubo un sumo sacerdote y murió, hizo la transición, y dijo: “Por la mañana ya volveré de nuevo, porque a mí me corresponde continuar mi tarea”. Y ese tipo volvió. Dice: “Pronto oirán de mí, ya estoy por aquí otra vez”.

Pero eso está en manos de maestros, ¿entienden? Y ese hombre continúa allí una escuela, esa es la sabiduría, sabiduría oriental, esas escuelas siguen activas. Es decir, están (unidas) al espacio místico. La Universidad de Cristo tiene espacios místicos, también docentes místicos, para esto, esto, esto y esto, para construirlo, y eso lo retienen, porque Egipto, China, Japón, Oriente han construido la mística. ¿No es cierto?

Resulta que nace ese hombre. No sabían dónde. Dice: “Pronto oirán algo sobre mí”. Seis años después, tres años después, ya empezaron las cosas. Cuando el niño empezó a hablar: “Mamá, no me quedo aquí porque me voy al templo. Allí hay un templo, ¿verdad?”. “Sí”. ¿De dónde lo sacó el niño? No lo había visto. Cuando tenía seis años, dijo: “Mamá, me voy, porque quiero tener mi perro, porque mi perro también está allí”. Entonces dice: “Aunque usted es mi madre, no lo es, porque allá vive mi otra madre y allí también está mi perro”. Y allí se fue. Y allí también estaban los padres de seis, equis, poco tiempo, después de siete meses... esos padres seguían allí, pensaban haber perdido su hijo. Y al instante empezó a hablar en la conciencia anterior, o sea, la reencarnación había sido absolutamente consciente, estaba en manos de los maestros, porque de lo contrario eso se sumerge en su conciencia. Y si has estudiado eso, también es tremendamente sencillo que en esos sentimientos, en este nacer, y quizá en algunas cosas más, para el estudio, que en eso conservara la plena conciencia; porque ese hombre no hacía otra cosa ni quería hacer otra cosa.

Si deciden esta noche: quiero hacerme cura y no se desprenden de ello, no le dan un golpe en la cabeza o algo así, se convertirán infaliblemente en papa, porque lo conseguirán. Ese sentimiento los elevará por sí solo a lo más elevado. Y cuando entren en eso y lo hayan vivido, solo entonces lo sabrán y lo conocerán, y después volverán a desprenderse de ello y entonces comenzarán con la naturaleza. ¿No es sencillo?

Y así es como se pudo demostrar. Se demostró varias veces que ese hombre dijo: “Soy yo”. Y entonces vino después de seis años...

Un señor que había leído mis libros, ‘El ciclo del alma’, ‘Una mirada en el más allá’ y esos otros libros, viene a verme y más tarde me cuenta: “Señor Rulof, todo esto cuadra a la perfección. Pero ahora he vivido algo hermoso”. Y lo contó. Digo: “Sí, eso también lo he oído yo”. Y eso es cierto, señor.

Y nosotros, los seres humanos, y no solo ese hombre, sino miles, no millones, miles, que por su tarea, por tanto, reciben un pronto nacimiento para volver a demostrar al ser humano: ¿Cómo es posible? Yo era eso, reencarnación, tengo mi conciencia plenamente.

Encontrará usted cosas en mis libros, señor, con las que ya debería poder convencer al mundo entero. En ‘Jeus de madre Crisje’: de niño encontré dinero en el bosque y todas esas cosas; con eso tendría que ser posible convencer al mundo, ¿no? Estoy durmiendo, quería ir a la feria, no teníamos dinero, me dan diez centavos, baja un cordón del cielo y yo que salgo pitando. Lo sigo, hora y media en el bosque, que encuentre dinero. Junto al dinero está el espíritu que me ha llevado con él, que ha escrito los libros, dice: “Bueno, te doy veinticinco centavos”. ¡Veinticinco centavos!

Debería leerlo, señor. Con eso en realidad ya podrías haber convencido la humanidad entera. Pero ¿qué hace el ser humano? Ja, ja, ja. De estas pruebas hay centenares de miles. ¿Y puedes convencer con ellas a la gente? Tengo millones de pruebas de la pervivencia eterna. Esta misma tarde tuve otra revelación, un milagro, ya solo por el arte, por los libros, la sabiduría. Sí, señor, entonces el señor se tiene que poner a pensar.

Pero es posible. Así que si ese hombre llega, si yo llego, si usted llega a una tarea y usted, a base de trabajo, se ha elevado cósmicamente, digamos espiritualmente, y es usted quien puede procesarlo, señor, entonces tendrá usted preferencia por encima de quienes hayan matado y lo hayan vivido todo. Porque quien asesine... entonces el maestro dice: “Ahora se anula a sí mismo por equis miles de siglos”. Porque el ser humano, ese sacerdote estaba en armonía, claro, con esto, esto y esto. Y él mismo lo contó, no podía hacer daño a una mosca, aun menos a un ser humano. Así que estaba en armonía y aportó esto, continuó su propia sabiduría. Y entonces abandonó a sus primeros padres: “Mejor no lloren, papá y mamá”, dice. “Y ustedes tampoco, papá y mamá, y tengo más padres y madres. Porque de todas formas me perderán en

breve porque volveré, soy el jefe de un templo”. Y entonces se fue, tenía ocho años y estaba con la misma sabiduría.

Pero eso tampoco ocurre más que una vez cada cien años en Oriente, que se levante uno así, ¿entiende? Ramakrishna era uno de ellos; ni siquiera tenía eso. Y así hubo..., una sola vez en centenares de años... En Egipto, señor, rezaban, suplicaban —tendría que haber escuchado usted los dramas— para llegar a tener un “gran alado”, pero vino. Hasta que se volvieron a olvidar, y entonces fue... Mejor lea mi ‘Entre la vida y la muerte’, trata de Egipto. Entonces lo blanco se hizo negro, sí. Entonces se desfogaron y perdieron el contacto.

¿Tenía alguna pregunta más sobre esto? ¿Puede comprenderlo, señor?

(Señor en la sala):

—Sí, claro.

—Tiene algo, ¿no le parece? Esta es una pregunta que, por lo tanto, lo conecta con cien mil posibilidades, porque los seres humanos nos hemos echado a patadas, nos hemos arrojado fuera de la creación y el alumbramiento armoniosos.

¿Quién tiene una pregunta sobre esto?

Merece la pena, ¿verdad? Volver en siete horas, aquí y allá.

(Dirigiéndose a una mujer en la sala):

Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Pero ¿si no quieres volver a la tierra?

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Pero ¿si resulta que no quieres volver a la tierra?

—Si es que no quiere volver. Señora, no querer volver no existe en el espacio. El ciclo de la tierra significa: usted, podríamos decir, ya ha alcanzado la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), el ciclo del organismo, porque la raza blanca y los mulatos son el séptimo grado para el organismo humano. Aquí no tenemos tipos de razas sino grados de desarrollo. Y entonces el ser humano es... Procedemos de la jungla y ahora vivimos en la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Y entonces podemos decir, al menos para Europa: “Esas personas ya no volverán”. Pero hay millones de personas que tienen que regresar, ya solamente por matar y masacrar, y tal vez también para... sin duda todavía para el organismo. Es decir: experimenta usted como espíritu y sentimiento —pero como personalidad— el organismo más elevado que la madre tierra nos ha preparado. ¿Lo ve?

(Señora en la sala):

—Pero ¿es que entonces no vamos a otro planeta? ¿Es que no se puede en

menos tiempo...?

—Eso ya lo ha atravesado usted, ya lo tenemos a nuestras espaldas. Tiene que leer los libros ‘El origen del universo’. Están agotados, pero todavía puede conseguirlos en la biblioteca.

Venimos de la luna. Su no conoce usted esas leyes..., y está el erudito aquí y dice usted: “De la luna, venimos de la luna”. La luna ha sido escupida, según los eruditos, por la tierra, es una chispa de la tierra. No saben cómo encajar las piezas. Pero la luna está moribunda. Aun así, ha completado una tarea. ¿Ha podido ver ya alguna vez un pequeño insecto, una chispa en la naturaleza, en la creación, que viva pero que no hace nada? ¿Ha visto alguna vez un ser humano muerto que no haya conocido la vida? No es posible, ¿no? Pero esa luna, esa gran luna —no es tan grande, pero esa forma poderosa de infundir alma, ese cuerpo, ese espíritu, ¿no habría hecho nada? Solo observan esos cráteres que hay allí. Tampoco los pueden explicar.

Pero esa luna nos dio a luz. Entonces hemos ido a transiciones, planetas de transición —en Marte hay vida, ha habido vida, Marte también ya está casi muriéndose— y nuevas transiciones, y por fin la tierra estuvo lista y llegamos a la tierra. Así que aunque vaya usted a los planetas, de nuevo, primero tenemos que ir, libremente, de la tierra a..., primero tenemos que vencer esto, no solo lo corporal, sino también nuestra causa y efecto y nuestros asesinatos. Ahora es usted mujer, pero quizá vuelva todavía como hombre, señora, porque el alma vive en ambos organismos. Tenemos que volver, ya solamente para la paternidad y maternidad, para vivir y experimentar eso pertinente como espacio; esa es la posesión del planeta, adquirimos conciencia por medio del planeta. Y si resulta que mueres de verdad..., ahora suponemos que luego se irán ustedes al ataúd, eso ocurre, y entonces llegarán al otro lado a un mundo... —y puedo remitirme otra vez a ‘Una mirada en el más allá’ y así verán su propio mundo—, a un mundo que es como sus sentimientos. Y allí viven todavía millones de personas. Si odian, irán a la tierra del odio. Si tienen amor, irán elevándose más y más y más. Entonces tendrá que vivir siete esferas, a eso lo llamamos cielos, y cuando las hayan atravesado —la séptima—, señora, entonces recibirá regiones mentales, de nuevo regiones para el renacimiento. De nuevo como embrión. Y entonces llegan a un nuevo universo. Y ese es el cuarto grado cósmico. Entonces tendrán el quinto, sexto y el séptimo grado cósmico, que es la Omniconsciencia, el Omniestadio. Eso lo pueden leer en esos tres libros ‘El origen del universo’.

(Señora en la sala):

—Yo ya no quiero volver a la tierra.

(Risas).

—El ser humano dice... Señora, en el otro lado no hay ningún lugarcito más, no hay ni un solo centímetro más donde yo no haya estado. Habré

hecho unos cincuenta mil desdoblamientos corporales. Eso ya lo hacemos en unos minutitos. Eso incluso pasó esta noche, puede pasar mientras estoy hablando. Pero conozco, por tanto, los infiernos, los cielos, el cosmos, los planetas, las estrellas. Hemos estado en el Omnigrado. Tengo libros cósmicos. Todavía no tenemos el dinero, así que todavía no se aclaran, pero también tenemos ‘La cosmología’, aparte de esos veinte. Pero conozco el espacio entero, he vivido los cielos, todos, todo, todo, todo.

Cuando luego esté allí, desde luego que quiero volver alguna vez. No sabe usted lo que dice. Si esa palabra suya continúa, si pudiera continuar... y hay más gente que dice eso: “No quiero eso” y “Quiero...” Señora, no sabe usted lo que dice. Porque esa vida en la tierra es hermosa, aunque esté usted bajo tierra. Usted no se conoce, no conoce la vida, no sabe para lo que está aquí. Pero será usted consciente para la lluvia y el viento, para las tinieblas y la luz, para el amor y la felicidad, para la gloria, el Reino de Dios, dijo Cristo. Y por salvajes que sean esa sociedad y todos los pueblos, vivo en un paraíso y no permitiré que nadie me arroje de allí, nadie. Y una tarea... Los seres humanos... Ya ni siquiera hace falta que sea feliz por lo que haga. Estoy contento con mis libros y esa sabiduría. Ay, señora, cuando se levante ese sol y caiga algún día una deliciosa lluvia..., eso se lo he hecho creer aquí: sientan el gusto de mojarse en la lluvia, cuidado con el frío, pero métanse algún día en el chisporroteo del espacio y háganse uno con todo. Aquí pueden conseguir mucho en la tierra. Aquí pueden arreglárselas todavía con un tontería, con una cosita graciosa, pero en el otro lado estarán desnudos, desnudos... Sí que llevarán harapos, allí llevaremos harapos. Cuanto más hermosos nos hagamos por dentro, y lo seamos, más poderoso será lo que irradie nuestra túnica, porque esta se forma por nuestros sentimientos y conciencia. Allí llevaremos sandalias plateadas y doradas, señora. ¿Tiene usted ‘Las máscaras y los seres humanos’? Claro, eso tampoco lo conoce. Aunque aquí en la tierra puedas hacer esto y lo otro, y mil cosas más, allí no tendrán nada, allí ni siquiera podrán hablar.

Y ya digo, detrás del ataúd... ¿Quién de ustedes puede decir y se atreve a asegurar, y no tiene un punto débil, un pequeño error malo? Y un error malo..., un error es inconsciencia, es falta de sentimiento, falta de amor, falta de justicia, de benevolencia. Y entonces ya iremos descendiendo y corriendo y corriendo, y terminaremos agotados como el hilo de un gran ovillo. Tiramos del hilo y desenroscamos la personalidad entera, porque no había posesiones. Si no eso se negará, entonces habrá algo atascado. El ser humano es como una bola cósmica, que tiene un hilo colgando. Y resulta que aquí en la tierra hay gente, que con que solo tires un poco, deshilachas el suceso cósmico entero. Se va por sí solo. A veces uno llega a donde unas personas y me entran ganas de tirar de ese hilo; y entonces hace: “Pum”. Entonces pienso: vaya,

¿este que tiene tantas posesiones? Pero para millones de personas es posible tirar un poco y entonces se deshace ese ovillo entero, ese ovillo cósmico, se deshilacha él mismo, porque carece de fundamento espiritual.

Pero ¿a usted no le gustaría volver? Señora, yo sí, todavía una vez. Porque conozco el otro lado, conozco el espacio, allí puedes volar, puedes ir a donde quieras, ya no tienes desgracias, ya no hay hambre, ya no hay miseria, vuelas por el espacio, todos los pueblos de la tierra te bailan al son que le toquen; si les apetece a ustedes, a Estados Unidos: allí estarán en un segundo. La gente en el mundo ya no tendrá nada que contar, serán ustedes reyes, reyes si tienen conciencia, reyes del espacio. Ese globito terráqueo, la madre tierra, no es nada en comparación. Tanto es.

Pero allí los conozco, allí he hablado con ellos. He estado allí tanto que me desplomaba en este trabajo; pienso: ‘Ya no lo puedo soportar, entonces había cien millones, señora, a quienes les gustaría tomarme el relevo, me miraban a la cara, digo: “Sí, todavía lo tengo”. “Oh, ojalá tuviera ahora un cuerpo para poder hacer eso”. Digo: “Si ustedes pueden, yo también”. Y yo que vuelvo. Eso es lo que les gustaría.

La vida en la tierra es tan tremendamente hermosa, si es que uno lo entiende. Silencio. Hablar. Pensar. Ser uno de sentimiento a sentimiento, para el hombre y la mujer. Artes y ciencias. Dedicarse al arte. Una conversación sobre la dilatación, ampliación, sobre el renacimiento, sobre el más allá, sobre las reencarnaciones, todo el mundo se abalanza sobre usted, y eso los atraviesa a los dos. Aquí se vive tomado de la mano, puedes hablar, puedes hacer, trabajar un poquito a gusto, entonces uno es todavía bastante capaz, estar a gusto y con buen ambiente en casa, no hace falta que tengan ustedes muchas cosas, lo importante es vivir; entonces la vida en la tierra no es más que una gran gloria poderosa, profunda. Pero ¿en qué lo convierte la gente?

¿Por qué no iba a querer regresar usted aquí, señora? Porque no lo conoce. Ve usted aquí un caos, ¿verdad? Pero aquí no lo hay, en la tierra. Vivimos —usaré una bonita palabra— en una pocilga asquerosa, guarra, ¿verdad, señora?, pero no la hay; no para mí, al menos, yo no tengo nada que ver con esa porquería. Si existe esa suciedad y esa pocilga, no es cosa mía, yo no tengo que ver con ella. Y entonces sí que llegarán a tener su reino, entre esos millones de personas. Y si él quiere robar, no tengo por qué hacerlo yo. Y si él lo quiere, señor, eso no me dice nada de nada. Llegarán a conocer su felicidad, a sentirla, a vivirla, y entonces la vida se hace hermosa.

¿No es así, señor?

(Señor en la sala):

—Sí, estoy por completo de acuerdo en que, en resumidas cuentas, yo también pueda vivir que la cuestión..., que cuanto más cerca esté el mundo de Dios, más hermoso será y más agradable será estar allí.

—Pero si esa señora dice: “Ya no quiero volver aquí”, ya lo comprenderá, eso lo dicen miles y miles de personas. Hay que ver esto en lo que vivimos.

(Señor en la sala):

—Eso es pobreza, ¿verdad?

—Pobreza. Pero no hace falta que se venga usted.

(Señora en la sala):

—No. Pero, señor Rulof, aquí por ejemplo, si aquí cometes un asesinato, te meten en la cárcel...

—Sí.

—Y ¿en Corea? Cuantos más asesinatos cometas...

—¿Lo ve? ¿Lo ve? Señora, contra eso luchamos.

(Señor en la sala):

—Eso es un problema.

—No son vacas bobas, como se dice, sino que son inconscientes de espíritu. Van allá, les dan un cacharrito de esos. Hace poco volvieron unos cuantos de Corea, señora, y allí estaba nuestra Alteza Real, dice, y, ah, sí, un momento: “Ustedes desde luego que han demostrado que...”. Ah, sí, eso no salía de aquí, sino que lo tuvo que leer de allá. “Ustedes desde luego han demostrado que son soldados que bien...”. Ay, ay, ay.

(Señora en la sala):

—¿No le parece eso una casa de locos?

—¿Una casa de locos? Es un follón demoníaco. Y de esa gente, señora, no se trata para nosotros, se trata de que..., nosotros decimos: “Nosotros ya no vamos a disparar, ya no nos dejaremos matar. Estamos empezando a construir una conciencia eterna”. Los asesinatos, los asesinatos, los asesinatos, ya lo han visto, el ser humano que no tuvo que ver con eso en la Segunda Guerra Mundial se apuntó todavía, porque pensaba: “Sí, eso es”.

Señor, ¿cómo puede dejarse arrastrar por la violencia? ¿Cómo puede seguir a un ser humano que quiere cambiar el mundo por medio de la violencia? ¿Qué hizo Cristo cuando Pedro tomó un trocito de la espada? Dice: “Pedro, Pedro, para lo que he trabajado todos estos años lo estás haciendo añicos de un solo golpe”. Y nosotros no hacemos más que: ratatatá.

(Imita el sonido de una ametralladora).

Y encima luego vienen y les ponen una de esas cositas bonitas en la solapa. Hay que ver, ¿no, señoras?

Creo que del susto tendremos que tomarnos un té.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Ya es la hora?

(El técnico de sonido):

—No, todavía no.

—Ah, todavía no.

(Risas sonoras).

—Dan ganas de hacerles cualquier cosa. Señora, debería usted hablar alguna vez con esa gente. Mi gente, diversas personas de la alta sociedad, una baronesa, una condesa, han enviado ‘Los pueblos de la tierra’ a la reina Guillermina. No matarás. “Quizá llegue a darse cuenta”, decían. Y después a esperar, señores, a esperar. Pues, luego fueron llegando una pena de muerte tras otra. “Usted representará el ‘no matarás’”, dijo Él. ¡No matarás! Y matan que saltan chispas. ¿Y a eso tengo que tenerle respeto? ¿No es cierto? ¿Ven a quién se ama? Yo esa vida la respeto. Pero no para las cosas que allí se hacen. “No matarás”, allí lo lees una y otra vez. Y Su Majestad Juliana, la reina tal y cual de Heemskerck, arrasó una aldea allí en Corea, adiós cincuenta mil personas. En su nombre, señora, en su nombre. Bonito honor ser reina.

Pero no matarás. Y ellos rezando y rezando y rezando y el Dios y Dios y Padre, Padre Mañana... Ah, sí, a rezar un rato, bueno, eso, a rezar un rato. “Bueno, a encargarme de mis asuntos. Ah, allí hay otro, allí tenemos a otro, sí, sí, mejor cargarnos a ese hombre: pena de muerte”. Pero: rezar, rezar.

¿No les da miedo eso? Y es la realeza consciente en el espíritu en esta sociedad. Sí, en Navidad fue muy bonito como habló la Juliana (la reina Juliana de los Países Bajos, 1909 - 2004), y, qué encanto.

Ya me gustaría que me llevaran ante el juez: “Ha estado usted hablando sobre la reina”.

Digo: “Sí, señor. Sí, señor, lléveme ante el juez, sin problema”.

“¿Tiene usted un abogado?”.

“No, señor, hablaré yo mismo”.

“Ah, bien”.

“De acuerdo, señoría. Sí, señoría, eso he dicho. Me represento a mí mismo”. Ya me gustaría que algún día ocurriera, señora. Digo: “Usted habla aquí, administra justicia, ¿verdad?”.

“Sí”.

“Por la Biblia, ¿verdad?”.

“Sí”.

Digo: “¿Sigue usted la Biblia?”.

“Desde luego”.

Digo: “Miente”. Digo: “Allí dice: ‘No matarás’. ¿Y no ha dictado nunca una pena de muerte? ¿Por qué no sigue usted la palabra de Dios? Ya ve usted que miente al administrar justicia”. Les hablé hasta volverlos locos. “Dice usted que administra justicia, señor, y pone la mano encima de la Biblia, pero esta comienza con sinsentidos. Y ni siquiera me refiero a eso, sino que mejor retengo ese ‘No matarás’ y entonces siempre estoy preparado. Entonces, ¿por qué no obedece a Dios? ¿Y quiere hacerme creer que su justicia divina...? A levantar dos dedos: ‘Con la ayuda de Dios Todopoderoso’. Usted mismo está

todavía metido en una pocilga. ¿Y quiere usted juzgarme? Adelante, señor”.

Pero: no matarás. ¿Por que hizo ella eso? Solo quería yo decir cosas bonitas sobre esta personalidad, menuda lástima que esta hermosa alma, ¿verdad?, se fragmente y destruya por aprobar que se mate a una criatura de Dios.

Los diez mandamientos, señora, me respaldan y me dan la razón. Pero no lo hacen. ¿No es una pena? A la reina, a la vieja reina, le enviaron el libro ‘Los pueblos de la tierra’, señora. Y la gente que estaba a su lado miró; en 1937 ya leía ‘El ciclo del alma’, se decía. Protestante reformada, protestante: ya no le hace falta nada más. Juliana dijo: “Que este año vengan los fuertes de este espíritu, nuestro conjunto lo necesito, que se levanten los sensibles de espíritu”. ¿Verdad? Así lo dijo; muy hermoso. Entonces hubo algunos que escribieron: “¿Por qué no recibe entonces a Jozef Rulof? Entonces llegará a tener conciencia cósmica”. Pero entonces no me necesitaban. Aunque seamos sensibles, no es esta la sensibilidad que se desea.

(El técnico de sonido):

—Quedan dos minutos.

—Quedan dos minutos.

Miren, se estrellan ustedes, sí, señora, contra la incredulidad. ¿Quieren hacerme creer que esa gente cree y que de verdad viven conforme a la Biblia? ¿Qué tonterías son esas de que estén rezando y rezando y que emitan hermosas palabras hacia la humanidad, hacia los pueblos de la tierra, y que aun así renieguen de los diez mandamientos? Eso no lo puedo respetar. No sé lo que son ustedes. ¿No es así?

Señora y señores, el té está preparado.

DESCANSO

Señoras y señores, vamos a seguir con la pregunta: “Toda esa agitación y el deseo de vivir cosas de la juventud, ¿tiene que ver algo con el carácter?”.

Ya se lo he dicho: yo me puse a loquear un poco. Y así tiene que ser, ¿no? Deberían ustedes loquear un poco más en la vida. Claro, no de manera equivocada, no de manera equivocada. Sabemos lo que tenemos que hacer, ¿no? Por eso digo, si se encuentra conmigo, ya me daré, ya me voy por mi cuenta. La gente piensa que si haces esto y escribes libros y vas a los cielos, que entonces tienes que ir aquí por la calle como una seta sagrada o como un fardo sin forma, así, con cuidado, siempre poniendo cara circunspecta, y al final ya te da un ataque en este lado de todo ese comportamiento. Pero entonces piensan que siempre eres así cuando llamas a la puerta...

Hace poco oí algo, miren qué cosa tan rara. Yongchi está pintando y crea un milagro; llaman a la puerta, mi mujer no está en casa, salgo volando a la puerta: una señora que viene a cambiar un libro. Y allí estoy, exultante,

digo: “Sí, señora, es el equivocado, nada, señora, enseguida le doy otro”. Y voy a por el libro. Después oí: “Ya no iré nunca más a ese señor Rulof: estaba riéndose”.

(Risas).

Pienso: ‘Vaya, pues tendré que empezar a poner caras largas’. Ya no sé cómo mirar cuando me encuentro con la gente.

Pero ahí no entro. Por eso digo: cuando se encuentren conmigo y hago el pino y me faltan dos piernas o tengo cuatro brazos y me paso un poco agitando los brazos a modo de saludo... Pero aquí en la sociedad, con solo equivocarse un poco al irse a la izquierda cuando debería haber seguido recto, claro, señor, entonces algo le pasa a uno. ¿Ven? Siempre tenemos lo equivocado y siempre lo malo, y siempre esto, la gente se convierte a sí misma en... ¿Qué? ¿Qué piensan, pues?

(Señor en la sala):

—Una tumba.

—No, señor: un misal. No, señor, un misal corriente y moliente. Una vez me encontraba en un sitio, había entre ellos algunos católicos, y entonces me invitaron. Pienso: ‘Bueno, aquí vengo bastantes veces, de modo que, bueno, quiero..., me estorban un poco’. Y yo allí sentado, qué gusto. Y entonces me divertí tanto, me lo pasé tan bien, a esa gente les pareció un poco raro, nos estábamos divirtiendo un poco de más. Y entonces dijo él: “Bueno, se han ido, pero los has echado a base de risas”.

Digo: “Así no hará falta que lo hagan ustedes”. Digo: “Y si vengo aquí otra vez ya no volverá a pasar”. Y destrozaron toda nuestra tarde, ¿verdad?, porque tuvimos que medir mucho nuestro comportamiento y palabras.

Mire, señor: yo nunca estoy quieto. Agarro su silla y todo, en cinco minutos estoy en el pasillo y estoy fuera, estoy aquí.

Bien, todo depende de lo que pase ahora. Loqueen un poco, adelante; ese señor quiere decir con eso: un ser humano está haciendo algo y... Lean ‘Las máscaras y los seres humanos’. Un ser humano hace algo, y sobre todo cuando uno se adentra en la teología más avanzada, y sobre todo en la cosmología y en esto, entonces el ser humano del mundo piensa: esas personas tienen que llevar todas una camisa blanca.

Voy a ver a mi editor. Durante ocho años tienen los libros. Pues, que ya querían hablar conmigo. Pienso: ‘Y estos dos señores, ¿qué querrán?’. Llego y se me quedan mirando, digo: “Señor, ¿por qué mira de esa manera? Realmente, parece que pensara usted: ‘Ese hombre no tiene cuernos’”.

“Pensaba que tenía mucha más edad”.

Digo: “Bueno, señor, voy a darle una paliza”. Un señor muy grande, un señor guapo, un señor con palabras, un señor con título universitario.

Entonces dijo: “¿Por qué me va a dar una paliza?”.

Digo: “Llevo ocho años con esta casa y ¿no sabe usted lo que se imprime aquí?”.

Pues, el otro que dice: “Muy bueno”.

Digo: “Sí, señor”.

Entonces dice: “Un cigarrillo, ¿señor?”. Quería dejarlo de lado lo antes posible.

Digo: “Si tiene bueno, si no, no”. Digo: “No soy descarado, señor, pero usted, claro, piensa: ‘El hombre que escribe esas cosas está loco’”.

“No me imaginaba, señor, que tuviera tanta personalidad”.

Digo: “Señor, así me conocerá por fin”. Digo: “Pero ya llevo aquí ocho años con esta casa y no me conoce, según veo. Y yo le doy de comer. Yo también formo parte de esas migajas. Pero usted ni siquiera sabe, señor, lo que se cuece aquí. Usted pretende que conoce su negocio de arriba abajo; para mi usted no cuenta. No haberlo preguntado. Lo ha querido usted mismo”.

Y allí estaba el señor. Pensaba que yo tenía cuernos. Y entonces nos pusimos a hablar y nos hemos divertido un montón, lo pasamos pipa, y de todo. “¿Qué tal así, señor?”.

Digo: Sí, señor, la vida es tan milagrosamente hermosa. No se interesa en esas cosas. No es capaz de volver a reírse jamás en regla, libre como un niño. Es usted un vejstorio. ¿No es así? Entonces, ¿para qué se han escrito los libros filosóficos? ¿Y por qué se representan obras teatrales?”. Digo: “Porque la vejez, un espíritu sano, un espíritu sano en un cuerpo viejo se mantiene joven”. Digo: “Señor, pero a usted una risa le cuesta un horror”.

“Realmente, pensaba que la gente que escribe cosas así, de verdad que pensaba: gente tranquila, quiero decir, tan serena y tranquila”.

Digo: “Lo soy por dentro”. Digo: “¿Quiere verme tranquilo?”. Digo: “Entonces nos pondremos a hablar, un gusto”. Pero ya estaba hasta aquí de esa oficina, claro. Nos fuimos a sentar. Digo: “Pues, usted dirá, señor: ¿cómo quiere verme esta mañana?”.

Después me fui, le digo al otro jefe que siempre está conmigo: “¿Qué dijeron?”.

Y el hombre dice: “Pues, algo así jamás lo había vivido”.

Digo: “¿Por qué no? Me quedo con el piropo y lo pongo allí”.

Y dice: “¿Cuánto cerebro tiene, tiene ese hombre?”.

Digo: “Digamos: cuando uno llega a conocer el espacio, el cerebro se dilata”.

Señor, la ciudad entera, La Haya entera... Usted no se fija en la gente, solo se fija en: “¿Y qué dirá la gente de mí?”. Así piensan ustedes todos. ¿Y qué dirán los vecinos, señor? Yo no tengo vecinos, no tengo una ciudad, no tengo un mundo, solo vivo para mí mismo. Y, claro, me encargo de llegar a estar en armonía con la sociedad, y de seguir así, y entonces luego pasaré por el

ataúd, no me quedaré en el interior, tomaré mis “alas” o tomaré una parte de un pasaje de ‘Las máscaras y los seres humanos’, y miraré un momento mi brújula espiritual, ¿verdad?, y no tardaré nada, apenas cinco minutos, en ponerme encima del ataúd y en ponerme a trenzar una pequeña corona de lirios del valle, margaritas, ¿verdad?, eso es lo que dice Frederik; eso ocurre.

Pero lo habitual es que todo ustedes..., el joven tiene muchos años y el viejo tiene aún muchos más, pero lo juvenil, el júbilo, la felicidad y la alegría, ese loquear de verdad, de forma natural... Llévense un día a sí mismos a la feria y luego se la llevan a casa. Y si tienen que meditar, cuando se les eche encima esa tormenta de sabiduría, entonces ya cantarán por su cuenta y no dirán nada; a mí me pasa igual.

Pero por eso dije hace unos instantes, lo cité: he visto la tierra crepuscular y las esferas inferiores. Oí allí a esa mujer, y miles de mujeres y hombres: “Johan, Johan...”. El mundo de la nobleza al completo, si no es bueno, si sigue anclado a la Biblia y sigue con la condena, señor, no se crea... no podrán acceder a ninguna primera esfera porque ha de saber usted que Dios no condena. Y entonces estará usted allí no para gemir, ni le provocará dolor, porque allí estará usted en medio de la realidad. Y entonces dirá usted: “Si toda esa gente de la iglesia tiene razón y es esto lo que dan a la gente, entonces esto también es parte de ello, señoras y señores”. Y entonces Nuestro Señor dice a Pedro: “Pedro, esta mañana has vuelto a llegar cinco minutos tarde, a mis hijos les rugen las tripas del hambre que tienen”. Y entonces oirán ustedes la campanilla. Es cuando Pedro la hace sonar en el paraíso, y la vuelva a hacer sonar y entonces Juan lo ayuda y todos esos ángeles lo ayudan a hacerla sonar, y así es como llegamos a estar ante la sopa de pollo. Y entonces llegó ese señor y dice: “Miente usted”.

Digo: “Vaya, ¿eso qué es?”. Digo: “Sí, señor, ahora estoy haciendo sopa de pollo de los cielos”.

Y si se me ha oído así alguna vez, piensan: ‘Bueno, ese tipo está loco. Ese tipo está loco’. Pero si ellos mismos están locos, yo también voy. ¿Entienden? Y entonces consigo hacer algo que valga la pena y los envío a casa con un detallito. Y así tienen golosinas espirituales.

Ay, ay, ay, hay que ver lo tiesa que es la gente, ¿verdad? Sí, eso es así con la teosofía y eso es así con el sufismo y eso es así allí, cuando lleguen al vestíbulo, y eso lo he vivido con los teósofos, pienso: ‘Qué rica es toda esa gente, ¿no?’. Y luego ese, tenía una túnica así y aquel una túnica así y el otro una túnica así.

(En tono afectado).

“Sin duda, sin duda”. Y entonces se trata de... (inaudible), y entonces trata sobre la mística y sobre la escuela esotérica, y entonces oí... Pero entonces miramos allí un momento, digo: “Mejor paga a esa mujer esos quinientos

florines que has tomado prestados allá. Y mejor vende ese vestidito y dale a esa mujer ese dinero que has tomado prestado allá”. Digo: “¡Entonces es cuando tienes que empezar a hablar de escuelas esotéricas”. Pero no había nada de eso.

Bueno, bueno, bueno, ¿por qué no venimos esta noche, o mañana, la semana que viene...? Váyanse a la tienda de ropa Brenninkmeijer, señoras, vamos, dejen que les hagan un vestido de noche y vengan aquí vestidas de largo, y veremos si cambian ustedes en una semana. Eso ya no lo habrá en el otro lado, ¿entienden? Pero el entusiasmo juvenil, el entusiasmo infantil... Aunque cumpla yo aquí cinco mil años, seguirán oyéndome reír. Un ser humano no se puede hacer viejo si uno mira a través de las cosas. Pero el que algo loquee de forma natural, contemplar la vida, el carácter, la personalidad, el sentimiento, algo que te ofrece la posibilidad de vivir, de cargar y que te da alas, vamos, cielos, ¿no puedes divertirte con eso? ¿De verdad que pensaban ustedes que la primera esfera... —allí la gente es consciente—, que allí nunca se sonreirían? Y cuidar toda esa santidad de Dios y Nuestro Señor: ay, no vaya a pasarle nada. Bueno, bueno, todo eso va por sí solo allí. Hay que verlos pasear por allí, es justo como si vieras la Roma antigua, con esas hermosas túnicas sobre el pecho, por encima del brazo, ¿verdad?, van planeando de este modo y entonces hombre y mujer van juntos sobre sandalias, hay que verlo. Dios, qué auténtica es la gente allí.

Y aquí tenemos que empezar, ah, sí, y Nuestro Señor todavía mira así... Ay, Dios, eso ya lo viví. Cuando tenía siete años e fuimos por primera vez a la iglesia, lo primero que se me ocurrió fue mirar a esa gente. Digo a Crisje, entonces ya tenía agarrada a Crisje, digo: “Crisje, ¿es una buena persona esa mujer de allí?”. Digo: “¿Qué? ¿Y? ¿Y? Dilo ya, vamos”. No se atrevía, porque bien sabía quién era. Digo: “Esa reza como si fuera una santa, pero no lo es, es una ratera. Esa mujer sisa y birla cosas que saltan chispas”. Pero eso sí: inclinar la cabecita y plegar las manitas; ay, Crisje ni siquiera era capaz de eso. Digo: “Eso es falso”. Es cuando empecé a ver lo falso, pero lo verdadero...

Cuando más tarde empezamos a ir a catequesis y el cura decía: “Los ojos cerrados. A rezar”, la penitencia, ¿se acuerdan? Pues, a rezar. Yo entonces miraba de vez en cuando a hurtadillas si no estaba allí Nuestro Señor.

(Jozef imita el gesto y hay risas).

O así, así. Y de pronto vi algo allí, digo: “¿Te das cuenta?”. Digo: “Bueno, entonces volveré a cerrar los ojos”. Y entonces me puse a escuchar. Digo: “Madre, Él ya te puede escuchar mientras duermes”.

Me dedicaba a pensar día y noche, y a ser uno con Nuestro Señor, con el espacio. El maestro Alcar, claro, era para mí Nuestro Señor. El maestro Alcar miraba de esta manera y cuando yo veía entonces algo así, aparecía con un guiño de estos. Pero una vez casi me toma por sorpresa. Y entonces pensé:

‘Ahora tengo que mirar si va en serio con ese ojo’. Y apareció otra vez, así, y entonces... ¡Lo sorprendí yo! Y entonces volví a tener a Crisje, estaba temblando otra vez. Y así hasta que Crisje, mi propia madre, también recibió lo natural a partir de esa santidad. Y entonces dijo: “Sí, pero tampoco puedes destrozarse todo lo que tiene la iglesia, ¿no?”. Digo: “Mamá, ¿es que ya no sabes reírte? Cuando sales de la iglesia, madre, entonces ya vas de esta manera, ya ni te atreves a mirar al cielo. ¿Qué es eso? ¿Por qué lo haces, mamá? ¿Por qué miras de esa manera al suelo?”. Y ¿no hace eso el mundo entero? Mirar al suelo, con esas apariencias, con esas posesiones aparentes, y ya ni detener el paso. Ah, sí, entonces Nuestro Señor tenía que mirar un poco si Su hijo abre un ojo y si abría brevemente los ojitos durante esos rezos. Todo eso yo lo sacaba de allí.

Y si ese hombre que pregunta esto aquí, sobre aquello del loquear de los jóvenes... Pero la gente de edad avanzada también tiene que mantenerse joven, y esta sabiduría los hace a ustedes jóvenes. No hay condena, La Parca no existe, no pueden ustedes morir, detrás del ataúd continuamos, estamos en la santidad del espacio, si en ustedes vive espacio. ¿Pues?

(Señor en la sala):

—Señor Rulof, me parece maravilloso que uno esté loco. Imagínate que lo consideraran normal en una sociedad así de podrida: calumnias, mentiras y engaños. Imagínese que en eso fuéramos normales: calumnias, mentiras y engaños, desintegración, cotilleos...

—Mire, usted y yo —yo del todo, claro—, cuando luego esa gente se ponga a leer habrá millones de personas que nos den la razón. Pero ojalá que alguna de esas personas, esos católicos tan finos, esos protestantes tan finos, esas personas que aún poseen todo eso, ojalá que leyeran todo eso alguna vez; no serán capaces de encontrar en esos libros ni una mota negra, tenebrosa, que no los llame al orden, y bien. Pero lo que quiero decir es: no podrán encontrar allí nada contrario a Cristo, al Gólgota y la Biblia. Nosotros decimos: la condena no existe. ¿Es que no es más hermoso y más poderosos que tener que aceptar allí esa condena de la Biblia? El Juicio Final, ¡ahí es nada! El Antiguo Testamento, deberían oír lo que se dice allí, entonces se quedarán todavía exangües. Pero sí que saben que están en un punto muerto.

¿Qué cosas han vivido en la guerra? Entonces ya sí que eran incapaces de mostrar la más mínima sonrisa. Y nosotros estábamos jubilosos, el ser humano que había leído esos libros. El judío al que se le gaseaba en Alemania tenía ‘El ciclo del alma’ en las manos, dice: “Señor, me da igual que me gasee, pero yo no me gaseo. (Jozef dice en otros momentos que llegó a oír que algunos judíos en los campos de concentración encontraron apoyo en el libro ‘El ciclo del alma’ para no suicidarse en su situación desesperada). De todas formas no va a conseguir destruirme. (En alemán): Voy a seguir viviendo”. Eso es

lo que les decían a las SS. Miren, eso es júbilo. Y cuando uno tiene todo ese júbilo en su interior...

Ni piensen —de verdad que no— que detrás del ataúd uno mira directamente en los ojitos de Nuestro Señor. Y eso uno lo puede hacer aquí de todas formas si se está en armonía con la naturaleza y con esas leyes. Señor, entonces uno de vez en cuando tiene ganas de ir a la feria y te sientas alguna vez en un caballito de madera. Háganlo alguna vez, pero sepan que están encima de él, ¿entienden? Y ¿entonces están locos para la sociedad, señor? Hago mucho en cinco minutos, sé procesar tantísimas cosas porque yo también..., varias cosas, otras cosas, el ser uno y la conciencia que reciben ustedes continúan. Pero la facilidad de procesar eso, sé arrojármelo de encima y entonces ando, bueno, quizá no haga justo lo mismo que el señor con esas migajas, doy un pasito de más. ¿Es una locura? Estamos todos locos, ¿no? Y somos magia negra, todos magia negra, ¿negra? ¿Y sabe usted lo que es eso, señora y señor, lo que es eso: magia negra? Es decir: ustedes aquí quieren saber lo que es la muerte. Significa: cuando nace un niño, eso es magia. Porque la magia significa: vivir una ley de Dios —puede ser justa, armoniosa, una ley elemental— y darle la vuelta para ustedes mismos, el alma, el espíritu, la vida. ¿No es así, señor? Y lo convierten en perifollos y aspavientos. Nosotros somos magia, Jozef Rulof hace magia negra. Ja, ja, sí, claro, un mago se va a sentar encima de un caballo de madera aquí en la (calle) Maliebaan por dos centavos. Sí, sí. Ya hará otra cosa, ¿no cree, señor? Siempre podrán verme los domingos por la tarde entre cuatro y cinco en la (plaza) Thomsonplein, entonces juego con la peonza.

(Risas).

Digo: “Sí, señor”. Y cuando luego llamo a la puerta y sonrío amablemente, estoy contento, entonces... Señor, no me río así como así... Bueno, lo hice alguna vez en el pasado. Pero entonces seguía sabiéndolo. En la (región de la) Achterhoek la gente no es de risa fácil. En la ciudad se ríen mucho más que allí. ¿Lo sabía, señor? Aquí ustedes se ríen por cosas que a nosotros nos hacen llorar. Cuando llegué a La Haya, digo: “Cómo se ríe la gente aquí, Johan, aquí se ríen por todo”. Y eso es cierto. Señor, ¿sabe lo que va a ser entonces, señora? ¿Sabe lo que es entonces, señor? Lo constaté de inmediato. Constatélo donde ustedes mismos. Miren, escuchen, yo lo escuché al instante. Tengo cuidado con una sola cosa. ¿Sabe por qué, señor? ¿Quiere hacerse sabio? ¿Quiere recibir la primera esfera, poseerla?

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Si es posible, me encantaría.

—Señor, entonces hay que dejarse de tantas risitas.

(Risas).

Aquí les entran risitas por todo. Aquí la gente se ríe... Lo he vivido aquí, allí había una señora, que me dice: “¿Por qué anda esa gente allí con sus risitas?”. No hay motivo para risitas. Seguramente que ustedes alguna vez sí se reirán, y sé que tendrán sus risitas, pero aquí todo les provoca risitas. ¿Sabe cuándo se puede reír uno en el otro lado? Cuando el sol gira alrededor de la luna y no la luna alrededor del sol, entonces es cuando se ríen. Pero aquí el ser humano se ríe de todo y no saben por qué. Y si uno no sigue esas risitas de su propio sentimiento, señor, entonces está sentado al revés encima del caballo en la (calle) Maliebaan y de la vida y de su alma y de su espíritu y de su personalidad. Esas malditas risitas nos frenan para la infinitud. Porque entonces no tendremos ni por asomo la armoniosa seriedad sagrada. ¿No es así? Hay que ver sus risitas. Señor, la conciencia de La Haya —lo constaté a las cuatro semanas de estar en La Haya— no es más que risitas y más risitas. Bueno, bueno, bueno.

(Hay unas risas titubeantes).

Vaya, ¿qué tiene esto de divertido? Ah, se ríen de eso.

Pues, sí, entonces hice un pequeño juego. Johan dijo: “Vamos a salir”. Bien, eso hicimos. La primera noche que llegué a La Haya hice este juego, señor. Fuimos a la (calle) Boekhorststraat, primero vimos ‘Los dos huérfanos, ¿verdad? (Representación teatral de ‘The two orphans’, de Adolphe d’Ennery y Eugène Cormon, en la sala de teatro de la calle Boekhorststraat de La Haya).

(Risas).

Vaya, por allí ya se están riendo otra vez, ¿ven? Vi ‘Los dos huérfanos’ en (la sala) Scala, señor. Y he llorado que daba gusto. Y cuando salimos a la calle, pienso: ‘Tengo que quitarme esa tristeza de encima’. Y ¿qué hice entonces? Entonces me puse a hablar en dialecto; porque había aprendido a hablar holandés en Arnhem, ¿no? Bueno, más tarde me decían: “Este es un artista, seguramente que será de Bélgica”. Dije: “Sí señor, no lo dude. Soy de la ópera de la Belgique, claro que sí”. Y me dice: “¿Qué...?”. Mi hermano se tiraba al suelo de la risa y mi cuñada igual y todos se habían tirado al agua por mis payasadas, porque de lo que es divertirse algo sé. Entonces dicen: un cómico nato. No, señor, nato; la diversión natural la puede construir uno mediante el sentimiento. ¿Qué era Buziau? En eso tenía sentimiento. Y entonces los hice reír. Yo había llegado a ese punto, pero con que solo me pusiera a mirar un poco de esta manera, ya los tenía otra vez a todas partiéndose de la risa. Y mi cuñada empezó a reírse tanto que terminó por desternillarse de la risa, tanto que ya no podía parar, tuvimos que llevarla a casa enferma de reírse tanto. Digo: “Pues de momento ya no vas a reírte más”. Y yo había constatado las risitas, en esa noche en concreto las maté. Adiós risitas. Digo: “Pónganse a

pensar un poco en serio sobre esto y lo otro”. Y entonces dice él, Johan: “¿Qué te pareció La Haya?”. Digo: “Te contaré lo que me pareció La Haya”. Entonces me puse a hablar con Johan. Digo: “Vaya...”.

Y ahora, ahora hemos vivido la cosmología. Entonces llega el ser humano: ¡pum! Un día me vino una señora, a hablar, hablar y más hablar. El ser humano, el niño, la personalidad, los sentimientos, el espacio, la fe, Dios, Cristo, desaparecidos: todo. Y lo que vive en esa personalidad —miren alguna vez— es camuflaje.

Si empiezan a saber, por estas cosas, úsenlas, como un juego, y pónganse a escuchar y no se vuelvan a apresurar a hablar. Y sellen los labios, porque cuando el ser humano les pueda decir: “Vaya, qué risitas las de esa señora”, y no hay nada de qué reírse, señora, señor, entonces la personalidad de ustedes estará en la basura. ¿No es así?

Es mucho mejor —eso lo he vivido yo mismo—, es mucho mejor que hagan ustedes las cosas añicos para ustedes mismos, que salten del tejado y se rompan una pierna, que loqueen, un accidente en algún sitio, pueden hacer otras cien mil cosas que a ustedes solo les supondrán un golpe, es algo de lo que se aprende —es una caída, una depresión, de acuerdo— pero las risitas indiferentes, inconscientes es lo más horrible que he visto en el otro lado. ¿Lo creen? Y esa es la personalidad de toda esta sociedad. Su sociedad entera —basta con que echen un vistazo— no es, en comparación con ‘Una mirada en el más allá’, con ‘Las pueblos de la tierra’, más que risitas. Y si eso encima lo envuelven con perifollos, señora, y se dedica a estas cosas y de verdad viene aquí con etiqueta de noche —ya lo dije, para la noche, ¿verdad?— y entra al edificio envuelta en brocados, el hombre con un... Así era aquí antes... Pienso: ‘Vaya...’.

Les conté una vez que una noche..., que venían las señoras, pienso: ‘Vaya, mira esto’. Entraban así y ya me las quedaba mirando, pienso: ‘Qué seres humanos tan hermosos, ¿verdad? Y con unos zapatitos tan bonitos... blancos. Jamás había visto unos zapatos tan bonitos. Y así se sentaban aquí. Y entonces una noche me dejaron acompañarlas, y sondé toda la panda. Pienso: ‘¿Es auténtico eso?’. Bueno, bueno, bueno, vaya, vaya, vaya, en primer lugar se les tomaba el pelo con las leyes ocultas, porque se estaba dando algo que eran puras tonterías. En segundo lugar se vendían a sí mismas, y no había más que risitas. Toda la noche vi cosas así, por ejemplo así.

(Jozef Rulof hace algo, hay risas).

Cuando tenían algo que contarse, se ponían un cacharro de esos. Digo: ‘¿Y eso es el otro lado? Primero quítense eso y anden así y paseen así y siéntense y aparten esa cosa y pónganse ahora a hablar de verdad de Nuestro Señor. Pues, entonces caí en desgracia, claro. Que si era un rebelde. Digo: “A mí me da igual”. Pienso: ‘Ahora todavía no puedo contigo, ya veremos dentro de

dos o tres años. Y entonces a todos..., al general, a la baronesa y al hidalgo... Digo: "Señor, ¿qué quiere usted? Unos alborotadores, eso es lo que son ustedes". Digo: "Señor, no hace falta que se asuste, no hace falta, no voy a tocarle la cartera. No voy a concederle el honor, señor barón, de darme un florín y medio para ayudarme con mis libros, no voy a concederle ese honor". Así que aun hoy soy..., aun hoy soy capaz de decir la hora que es. Y entonces le fui a contar..., le conté lo que veía allí y cómo era la sociedad. Digo: 'Por mucho que usted esté aquí sentado para oír algo sobre el otro lado y para escuchar a los maestros, señor, usted no le concede un valor ni de cinco centavos'.

Sí. Sí, y esa es la verdad. Vendemos nuestro yo por soberbia, altanería. Estas preguntas las saca usted, señor, de 'Las máscaras y los seres humanos'. Y en ese 'Las máscaras y los seres humanos', en esa trilogía, allí hay algo para la sencillez, la diversión. Frederik pasó por allí y por la vida como una apisonadora. Vamos, lean 'Las máscaras y los seres humanos', son los libros más poderosos; el maestro Zelanus escribe, al final de la parte 3 de 'Jeus', dice: "Y entonces llevé a Frederik van Eeden a Jeus y entraron en contacto". Son los libros más poderosos que se nos ha concedido escribir como novelas". Porque la vida entera del ser humano es una novela. ¿Y qué contiene de auténtico? ¿Y qué está mal? ¿Y qué es esto? Desfóguense, pero deben saber lo que hagan, y pónganlo en armonía. Hagan siempre comparaciones, y eso yo también lo tengo que hacer.

Pero no piensen que vayan a verme aquí cubierto con una sábana blanca, porque la hago jirones y me la quito. Prefiero con mucho venir aquí con harapos. ¿Es así? He experimentado lo que quieren los señores. Y si piensa usted, señor, que no es así, pues pruebe usted mismo. Aprenda a escuchar, aprenda a pensar y si hay algo de que reírse, exprímanlo a fondo, porque es relajación. Pero déjense de risitas por algo que no posee ninguna risita, porque entonces se es bobo, se es pobre. ¿No es así? Señor, eso me ha dicho la sociedad.

Lo primero con lo que comenzó el maestro Alcar, era esto que decía aquí: "Sigan siendo jóvenes, dejen siempre que Jeus hable en su interior. Pero no se rían nunca cuando haya dolor o tristeza en el ser humano, en la palabra". Y a nosotros no hay nada que nos detenga, ni los muertos, es lo que hace la sociedad.

Así que primero hay que llegar a conocer los sistemas. Si quieren desarrollarse, tienen que conocer primero los sistemas: ¿Por qué vivo aquí? Y ¿qué hago ahora en realidad? ¿Qué soy como madre? ¿Qué soy como padre? ¿Qué hago en la sociedad? Entonces aprendes a ver la desnudez de la sociedad, el engaño, porque se nos engaña a la izquierda, por delante, a la derecha y a nuestro lado y por encima, muy por encima, a la luz del día y en la oscuridad. ¿Pensaba usted que no es así? Esa sociedad aún no tiene una justicia espiritual. Y todo eso lo tienen que llegar a conocer. Y entonces se liberarán

y se reirán exactamente cuando deban, y puedan, hacerlo, y entonces la vida es hermosa, aunque cruja su organismo. Pero la juventud en usted sigue alimentándolo; y usted seguirá sonriéndose. Y entonces dirá usted: “La vida es hermosa y la vida es preciosa”, y aunque se pongan de cabeza. ¿No es así?

Quieren ustedes aprender de mí cosmología, quieren oírla, pero está en cada cosa. Mil veces me he partido el cuello por este trabajo, y me he caído, y allí estaban otra vez Jozef y André. Pero volvimos a levantarnos. ¿Pensaban que todo eso me lo habían dado a cambio de nada? Eso es imposible.

Pero con diversión y felicidad... pero pensando tremendamente, pensar, pensar, y entonces a base de seriedad, a base de azotes, a base de palos, así no hace falta pegar a nadie más si empezamos por nosotros mismos, y una y otra vez por nosotros mismos y otra vez por nosotros mismos... La caída, una voltereta desde allí un poco hacia abajo, y entonces deberían ver lo hermoso que es saber cuando llega la segunda voltereta; porque hay que repetirla siete veces, ni siquiera eso alcanzamos. Una caída del ser humano, cuando el ser humano asesina... ¿Cuántos asesinatos no ha cometido ya antes de que se aseste el golpe real, no? Y después vuelve a continuar. Y por eso digo: eso nunca más, porque ahora tengo pesadillas de noche, pero empezaron siendo pesadillas de día. Dicho de otro modo: ese hombre ya estaba asesinando y asesinando y asesinando, y al final, sí, atraes, y entonces vamos a alguna parte y somos víctimas. Dicho de otro modo: entonces puedes estar bajo la influencia de esto y lo otro, de tal y cual, y puede entrar en juego la magia negra. No, señor, entonces aún no es magia negra, sino una personalidad astral en una tinieblas que se desfoga por medio de usted. ¿No es así?

Y así es todo el otro lado. Hagan el bien y se elevarán. Y hagan el mal y llegarán a estar allí hasta el cuello en esas tinieblas, en esas desgracias, en esos harapos, pobres y raquíticos. ¿No es así? Ya hemos hablado de ello, así que ya pueden saberlo: el cuerpo ha empezado a dilatarse para la desintegración. No se hagan imaginaciones de que tenemos algo, aún no tenemos nada. Porque este espacio solo es muy pequeño, eso lo oirán más adelante del maestro Zelanus cuando haya llegado a ese punto. Entonces este espacio en el que vivimos no es más que una manchita, una chispita de Dios en nosotros. Y esas conferencias sí que pintan algo, ¿no?

Voy a continuar un rato más: “¿Es posible que los sistemas materiales puedan dominar la personalidad y que estas no tengan nada que decir?

Sí, esto también se refiere a la maternidad. ¿No es así? De esto hemos hablado la semana pasada: ¿Es posible que las partes materiales del cuerpo, los sistemas, dominen la personalidad? Se lo conté hace poco. A los veinte, los seres humanos aún no tenemos personalidad. ¿Pueden determinar eso para ustedes mismos? El psicólogo, el escritor, el conocedor del carácter, el desarrollador de la tierra aquí, la sociedad, hay cien mil, el hombre que dice:

“A usted la puedo desarrollar”, empieza entonces, y deberían oírlo cuando tiene a una chica de veintiún años delante de él.

Si usted viniera a verme y tuviera veintiún años, y dice usted: “Señor, quiero hacer algo con mi vida, me parece una maravilla”, pues entonces ya debería detenerme, no hay necesidad de empezar con nada. Porque sé: el ser humano no es adulto hasta los treinta y ocho años. Entonces me pongo a hacerle algunas preguntas: esto, esto y esto, eso se puede ver, ¿no? Y nos ponemos a sondar un poco sus sentimientos: ¿qué tiene usted para estas y aquellas leyes? ¿Cuántos gramos de sentimientos? Y entonces el psicólogo puede... Eso todavía no lo sabe, porque no conoce al ser humano, primero este tiene que empezar a hablar y entonces tiene que decir: “Soy así”. Es cuando ponen a prueba un carácter; y eso se puede ver claramente. Solo hace falta que pregunten: “¿Les gusta esto?”. Sí. “¿De verdad que le gusta?”. Entonces dice: “Pues, no lo sé”, y desaparece la personalidad entera. Pero entonces no hago preguntas con las que tenga que ver ese ser humano. Le hago preguntas que no le interesan en absoluto, pero es que tiene que interesarse, porque esa es la fuente. Y entonces el psicólogo se pone a buscar. Pero el ser humano solo empieza a ser consciente entre los treinta y cuatro y los treinta y ocho.

Así que todo, señor —esa es su pregunta, y entonces ya pueden volver a seguir ‘Las máscaras y los seres humanos’—, o sea, todo lo que haga antes de los treinta, señor, sigue sin ser un carácter consciente.

Cuando luego empiecen las escuelas universales aquí en la tierra, esa escuela será muy distinta, entonces ya no tendremos que ver con geografía ni con todos esos líos con los que atiborramos a los niños. Porque es horrible lo que les enseñan ahora; y no les dejan tocar lo divinamente correcto, porque eso no van con la iglesia. Pues, sí, allí estamos. Eso lo sabrán las profesoras que estén aquí. ¿Por qué se lo ponen tan difícil a esa gente? Pero a ver cómo se van a coscar los niños de todas esas cosas. Entonces la cosa va de: “Hermana, cuente algo más, vamos”.

Con que la profesora en nuestra escuela solo empezara a hablar de un cerdo o una gallina nosotros ya estábamos con los ojos abiertos y los oídos aguzados. Y entonces yo me lo sabía todo. Digo: “¿Es que no sabes de dónde venimos?”. Pero no, había que hablar de Piet Hein y de la Flota de Indias y de Michiel Adriaensz de Ruyter, hasta que te volvías loco de cómo te daba vueltas la cabeza. (Es una referencia a las personas de la historia de Holanda que se enseña en las escuelas). Mejor que esa gente se encargue de sí misma. Que me cuenten algo, ¿no? Y eso ocurre sobre la base de la creación y todas esas cosas más. No, pero eso no nos lo dan.

Pero formar el carácter, fraguarlo, hacer que despierte... Miren, el carácter, podemos ir hasta aquí, puedo convertir esto en una conferencia cósmica, el carácter va hasta allí... A los veinte años, a los veintiuno, empezamos a

ennoviarnos, ¿verdad?, empezamos a tener relaciones, amamos, y después es: pumba, nos casamos. Entonces el ser humano dice: “Estoy casado”. “Me he casado”. Y eso ustedes lo han dicho. Pero, ¿sabían...? ¿Quién, pues, está casado? ¿Quién? ¿Quién se nos ha adelantado? De eso hablé hace poco, con la voz y todo, de eso trata esta pregunta. ¿Quién está casado? ¿Lo ven? ¿Se conocen a sí mismos? Y después, cuatro meses después, de pronto somos viejos, porque entonces conocemos la naturaleza y la creación, ¿verdad?, entonces de repente somos viejos. Ella está vieja y él está viejo. Andamos con más serenidad. Ya no nos miramos tanto. Empezamos a tener tiempo de verdad para pensar. ¿No es así? ¿Lo han vivido de otra manera? Bueno, entonces los habrá aquí, ¿no?

Pero ahora deberían imaginarse y ahora nos ponemos a pensar... ¿Y qué tenemos que decirnos ahora? ¿Qué tenemos ahora que decirnos? Ahora nos conocemos —eso creemos—, ahora nos conocemos. Pues, es cuando tiene que venir ese carácter, ¿verdad?, esa personalidad. ¿Han oído el zumbido de esos mosquitos? Entonces vuelven a tener un mosquito humano de esos. Señor, no valemos nada, porque no nos conocemos. Señora, es verdad que sabe usted cocinar, y todo está listo, pero no tenemos una conversación, estamos vacíos. Nuestra habitación está vacía, nuestra vida está vacía, y allí estamos y va pasando toda esa hermosa vida juvenil, y entonces los seres humanos, o la iglesia católica y el protestantismo, tenemos algo que decir, que un ser tan joven, como hombre y mujer... Vayan a jugar al fútbol, hagan deporte. Si ambos hacen deporte al menos tienen todavía un fundamento. Y nosotros los domingos también decimos alguna vez: “Nuestro Señor los castigará”, los domingos; si eres de la corriente protestante tan reformada eso tampoco está permitido. Y ahora vamos a ver lo que queda de eso. Claro, claro, pues entonces a hablar con los vecinos, a hablar con la familia, hacer visitas. Pero en casa quienes mandamos somos nosotros y tenemos que generar nuestra vida.

¿Y cómo era usted, señor Götte? ¿Cómo era usted en esos tiempos? ¿Qué le quedó después de los veintidós, de los veintitrés años? Claro, claro, ahora no se le ve el pelo, ¿verdad?

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—No estaba casado todavía.

—Ah, todavía tenía que empezar con eso.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Mire, pero de eso no se trata ahora. Pues ya puede estar contento.

(Risas).

Porque, mire, ¿qué dice el ser humano? Y eso lo vivirán ahora, señoras y señores, solo después de cuarenta, después de cuarenta... Y los hay incluso de veinte años, de quince y de diecisiete, tienen sentimiento, tienen espacio, dan espacio a una cosa, a un carácter, a una cosa, a un carácter, a una cosa, a un paseo, al sol, a nadar. Pero empieza después de los treinta y entonces volvemos a mirarnos. Pero no empezamos a mirar otras cosas, es solo entonces cuando nos ponemos a mirar, de lo que dirán y de qué expansiones y qué explosiones irán apareciendo en ese rostro. Empieza a haber pequeños rasgos, aparecen risitas en esos ojos, risitas de antes. Eso es lo que he contemplado yo. Y entonces la vida se hizo hermosa, porque entonces empezó a hablar el carácter.

Y cuando el maestro Alcar empezó conmigo, cuando empezó con resolución, a partir de ese instante, no sé lo que ha vivido usted, pero desde ese momento vivíamos en un paraíso. Todo el tiempo hasta que... Si ella dice: “Ya, pero ¿de verdad que es así?”, digo: “Sí, uá uá uá” y empezaba yo de nuevo. Y entonces empezábamos a hablar, empezábamos a pensar y empezábamos a vivir. Esto es lo que nos ha dado vida y conciencia.

Y señor, ahora le doy la respuesta: a la edad de veinte años, a los veintidós, a los veintitrés, a los veinticuatro, a los veinticinco, no estamos más que dominados por la maternidad, su ser madre, señora; y nosotros, como padres, esos arrullos viven para nosotros. No lo oímos, sí lo oímos, no, en el fondo ni siquiera lo oímos, andamos detrás de esos arrullos. Pero lo que predomina nuestro carácter es la ley de la naturaleza que se llama nacimiento y reencarnación. Señor, solo después de los cuarenta, en el espíritu solo después de los cuarenta, es cuando el ser humano empieza a pensar libre del organismo. Y entonces se manifiesta otra psicología espacial cósmica que se llama: cuando su cuerpo se haya dilatado y lo haya dado todo, entonces la personalidad será la protagonista. ¿No es así? Y entonces tiene que empezar la personalidad a llevarse el organismo consigo. Y si esa personalidad no tiene nada, entonces allí reina la pobreza, ¿no es así? Si quieren cambiarlo, pues no tienen más que intentarlo. En la naturaleza no ven otra cosa. Esa, pues, es mi respuesta a su pregunta: ¿Es posible que los sistemas materiales puedan dominar la personalidad?

Señor, antes de los veinticinco no pintamos nada como vida interior. Y todo lo que usted asimile en la sociedad, por mucho que sea un velocista y sepa hacer bien esto, sepa pintar, sepa tocar el piano, sepa sumar y restar bien, señor, no significa nada, porque no es ningún amor, ahora se trata de comprenderse unos a otros según las leyes de la madre naturaleza y llevarlas al análisis para nuestra alimentación, nuestro sueño, nuestras conversaciones cotidianos. ¿No es eso el hermoso matrimonio?

Y si usted va a contracorriente de eso y tiene ahora religión, esto, y el otro

que no quiere aquello, y ella no lo quiere, entonces ya comprenderá usted que hay un abismo que ya es insalvable. Y detrás del ataúd, a esa gente la he visto allí... Digo: “¿Qué clase de gritería es eso, maestro Alcar?”.

“¿Esos? Esos ya llevan veinte mil años lamentándose: ‘¿Qué he hecho con mi vida?’. Y ‘¿Qué he hecho con mi vida?’”.

Mejor paren y entren en las tinieblas, hagan como ese Gerhard, aquel cochero, desciendan e intenten encontrar al ser humano.

“Ojalá se fuera esa gente”, dice el maestro Alcar, “a otro ser humano y preguntara: ‘¿Por qué vienen ustedes aquí? ¿Por qué están sentados allí? ¿Me permite que se lo pregunte? ¿Saben qué es lo que los hace evolucionar?’”.

Esa gente llega a despertarse y solos, señor, señora: “¿Me permite preguntarle por qué vive usted aquí?”. Y entonces se quedan mirando y hay que tener cuidado que no se tiren a la yugular si baja usted un poquito. Porque eso es lo mismo que si usted llegara aquí a algún sitio y dijera: “Señor, ¿por qué se está divirtiendo?”.

Dice: “¿Qué tengo que ver yo con usted?”.

Aquí usted pregunta..., en medio de la ciudad, entra a algún sitio, señor, y llega allí, pero entonces hay que ponerse muy serio, entra a la estación Central y le pregunta a un señor, con unas señoras: “¿Señor, ¿por qué está usted aquí? ¿Me permite saberlo?”.

Entonces ese señor dirá: “Traigan un momento al jefe y que manden encerrar a ese hombre. Un loco, un loco, señor”.

O lo atacarán a usted, o ese señor dirá: “Oye, ¿por qué no me dejas en paz? ¡Fuera!”.

Miren, el peligro ya está allí, porque el ser humano no se cree que ahora usted esté trabajando en sí mismo o sí misma para aprender por medio del ser humano. Y entonces el otro lado ya está. Y entonces tiene que despertar el ser humano y eso solo puede hacerlo allí, en esa esfera, solo es posible —y en la primera esfera va por sí solo, pero entonces ya no les hará falta—: “¿Cómo fue que vive aquí? ¿Me permite saberlo?”. Y si entonces las miran a los ojos y ellas las sienten a ustedes, señora, y les dan la mano, y esa señora, esa mujer, es una madre —ya no hay nada de “señora”, porque todo eso de “señora” habrá desaparecido—, pero esa mujer, esa maternidad la tiene usted enfrente como ser humano, la toma de la mano y dice: “Venga conmigo, tranquila”, es posible que hará usted un viaje de diez mil siglos, con un solo ser humano. Y cuando usted haya vivido a ese ser humano aún podrá empezar con cien billones de eras para vivir a todos esos seres humanos, porque solo entonces sabrán ustedes por qué están ellos allí. Y entonces despertarán ustedes. ¿No es sencillo?

Pero ¿no tenemos que hacer eso también en la sociedad? Si otra persona les da una bofetada, ¿la devolverán o se preguntarán: ‘¿Por qué me ha dado

ese hombre una bofetada?'' Señora, ¿sabía usted que quiero mucho más a la gente que lo deja todo hecho trizas que a la gente a la que jamás puedes sacar de esa pequeña vereda hermosa, inmaculada, pura? De todas formas no llegarás a ver más que un dioscito dominguero. A mí me da igual lo que haga una madre, una mujer, no estamos hablando de las cosas de la calle ni de la ciudad, se trata de la corrección. Pero esa vereda, esa pequeña vereda solitaria, cuando no hay interés por la luna, por el sol, por ninguno de los planetas ni ninguna de las estrellas... Pueden darle mil vueltas, pero vayan a ver alguna vez a un pato, un pato salvaje, hablen alguna vez sobre una paloma y hablen alguna vez sobre un cuervo y de esa cigüeña suya, señor. Y si entonces no hay interés, señor, es que ya estamos en el ataúd. ¿No es así?

(Señor en la sala):

—Otro ejemplo así es el del funcionario que desde el primer momento en que está empleado está cavilando sobre su jubilación”.

—Señor, ¿le cuento una bonita historia? He vivido miles de tomos de libros. Si entra en contacto con la gente, sobre todo cuando tiene que ver con el espíritu, porque con eso tiene que ver, entonces todos los sentimientos quedaban abiertos para mí, al instante. Que viene a verme alguien: un tratamiento, un tratamiento. Ay, ay, ay, si lo único que quería esa mujer era hacerse jefa en la oficina, ¿entienden? Y ese subjefe era un demonio. Y venía cada sábado por la tarde: “Mmm, escuche, señor Rulof”.

Digo: “Señora, pero allí hay más gente todavía”. Pienso: ‘Claro, tiene que volver a descargar’.

Y entonces el tema era todo el tiempo ese subjefe, ese subjefe. Y una y otra vez: “Ay, señor Rulof, qué hermoso es esto y qué hermoso es lo otro”.

Digo: “Sí, señora, es bonito este”. Una acuarelita bonita, una vista en perspectiva de esas. Y entonces: a hablar sobre el subjefe y ese cuadrado. Y yo pensando: ‘Esto tiene que acabar, ¿no?’. Que viene el sábado y le digo: “Señora, no, ya no lo tengo colgado aquí, señora, está listo para usted, se lo han dado usted”.

“Ay, pero bueno, ¿quieres darle las gracias a los maestros?”.

Digo: “Sí, señora, eso va directamente al otro lado”. Digo: “Pero ahora cállese la boca y no hable más sobre el subjefe porque tengo que hacer el tratamiento”. Y ella dale que dale. Digo: “Señora, o se calla o no digo”. Y la callé; el tratamiento y adiós. “Oh, qué contenta estoy”. El sábado que vuelve a la carga. “Oh, qué contenta estoy”. Me había quitado de encima esa matraca. Que si el cuadro, siempre el cuadro. Pues: el subjefe, el subjefe. Logro tranquilizar los nervios un poco, pero que vuelve con lo del subjefe, señor, y se quiebra, rota, los nervios, rotos, rotos. Encima un golpecito, y al ataúd.

Su hermana no quería tener que ver nada con este follón y arroja todo a la calle. ¿Sabe usted cuánto dejó? Unos cincuenta mil florines. Pero era dema-

siado agarrada como para concederse ese cacharro. Pienso: vamos a ver un poco. Está libre, esa seguro que aparece con los libros en el otro lado. Yo esperando. Y había dicho en su lecho de muerte: “Ese cuadro es para ella, para ella”. De acuerdo, adelante. Y ese cuadro... Esas otras cosas fueron a parar al trapero, más tarde pude volver a comprarlas en el barrio judío, estaban allí con los judíos, da igual, pero allí estaban. Digo: “Aquí, unas cuantas más”. Por fin tranquilidad. Resulta que ese mismo cuadrito llega a parar a manos de la amiga de la señora; y esta que fallece, llega al otro lado, se hace consciente...

Un buen día la mira a los ojos por la mañana. Pienso: ‘Esta no tiene paz. Sigue atada al subjeфе’. Pienso: ‘No, no es así’. No podía llegar a donde yo estaba. Así es como estaba. “Señor Rulof, ¿lo siente?”

Digo: “Sí, lo siento”. Digo: “Hágalo”. Pienso: ‘Ahora le daré una prueba de lo fuerte que es usted detrás del ataúd si alberga usted de verdad sentimientos’. Si se está más abajo allá... Era una buena persona, pero amargó, destrozó, su vida entera por ese subjeфе. Y así uno puede seguir y seguir.

Esa cuadro va a su amiga y ese mismo día, esa misma noche, esa amiga oye: “Por el amor de Dios, devuelve ese cuadro”. Que viene a verme por la tarde y dice: “Señor Rulof, no puedo tenerlo. No sé, jamás he sido clarividente, pero ahora es como si ella me estuviera diciendo: ‘Devuelve ese cuadro’”.

Digo: “Sí, señora, así es”. Pero ella me lo había dicho, ya la había visto yo.

El maestro Alcar dice: “Mejor déjala. Yo la llevaré allí, mejor la dejamos trabajar un poco”. Y entonces el maestro Alcar la volvió a llevar a su amiga: “Por el amor de Dios, no te quedes con ese cuadro, porque tenía dinero de sobra para comprarlo”.

Con su dolor y sus líos y ese subjeфе, digo: “Toma”, y otro y otro, “y ahora largo de aquí”. Ella está en esas fuerzas.

Digo: “Sí, señora”. Y esa señora que viene a devolver aquel cuadrito, una acuarela. La señora se va. Digo: “Bien, señora. Quédeselo sin ningún problema, se lo deseo de corazón”.

Digo: “¿Lo conseguirá?”.

Entonces me dice ella: “¿Lo vende, señor Rulof?”, no la amiga, la que falleció.

Digo: “Si es usted tan fuerte, le tendré respeto”.

Al día siguiente viene una señora de (la localidad de) Wassenaar y me dice: “Ese cuadro lo he visto, ¿me lo da?”. Digo: “Sí, señora. ¿Cómo lo ha visto?”. Y me dice: “Sí, creo que mientras dormía”.

Sí que recuperó ese sosiego, el subjeфе ya no estaba, porque ella estaba viviendo en el otro lado, pero al fin y al cabo el maestro Alcar le había dado la oportunidad de influir en otra persona, con la que solo ella tenía que ver —pero, claro, de otra manera no vemos a esa persona en esta vida—, y de

pedirle: “Por el amor de Dios, compra esa cuadrito”. Ella le dio la visión del aspecto que tenía el cuadro. Y esa dama dijo: “Eso es lo que he visto”.

“Sí, señora, el cuadro la está esperando a usted”.

No era yo, no era el maestro Zelanus, pero, mira por dónde, la que pudo preparar el subjefe detrás del ataúd, aunque entonces ella lo perdió a él. Pero quince años, veinte años amargaron esa alma, solo porque quería hacerse jefa. Y eso no era necesario por el dinero, y no lo era por lo que poseía, lo tenía todo, había heredado y todo eso, dinero de sobra, poseía cosas de sobra, pero estar atada a algo para ser aquello en la sociedad: ¿a cambio de qué? ¿A cambio de qué?

Y ¿qué más da, señor, si mañana es usted alcalde de La Haya? Y ¿aun así, señor? Si mañana se hace usted juez y está subido encima de una silla de montar muy grande, señor, ¿qué más da si puede mirar hacia abajo y me ve como un gusanito diminuto? Y ¿qué importa, señor? Me reiré en plena cara suya. Si lleva condecoraciones en el pecho me reiré de usted, porque en este mundo no le darán condecoraciones por el amor, las de Nuestro Señor no las recibirá, señor. Todo lo que vea de medallas, señor... Sí, entonces tiene que aparecer una hermanita y tiene que llevar una crucecita encima. Pero aun así miro entonces a los ojitos: ¿no será que te lo has ganado un poco con esos gruñidos? Porque de esos también hay. Así es como se pondrá usted a mirar las preguntas que se han hecho aquí esta noche. Y entonces uno llega a ver la vida. Añado de todo para mostrárselo: está en todo. Y si uno aprieta de esta manera allí, señor, si uno hace así, saldrá volando un diablito y este le mostrará cómo es la máscara.

Pero ¿no sabían ustedes todo eso aquí en La Haya? Y encima dicen, señor, que aquí estamos locos, que hacemos magia negra, señor, ¿se entera ahora? ¿Lo barro un momento del mapa de un soplo?

(Señor en la sala):

—Eso es justo lo que más bonito me parece.

(Jozef continúa leyendo):

—“Un joven de estos”, prosigue el señor, “¿lo tendrá menos complicado en unos miles de años, no solo material sino también espiritualmente? Quiero decir: ¿se le entenderá mejor si se descarrilara?”

Mire. Ya se lo acabo de decir, señor: hay gente que tiene una sola veredita, se ríe justo cuando tiene que reírse. Todo en su momento, en armonía con todo y todo y todo, pero ya no cabe ni una brizna más, nada, y están muertos en vida. Señor, loquee, adelante, tan a gusto. Marido, deje que su mujer... Prefiero con mucho que se me diga: “Ay, bobo”.

Oye, que esta tarde, hoy, he vuelto a preparar algo. Ay, señor, se reirá a carcajada limpia cuando lo oiga. Eso me divierte, señor, me parecía una mar-avilla. Bueno, me zurraban un poco. La radio está detenida. Voy con mis

gafas, sí, ahora estoy un poco atontado, pero, miro, el número del hombre de la radio, digo, lo anoto, tan a gusto, ¿verdad?, así, por acá una bonita notita, cuadra a la perfección. Y a llamar y llamar. “No, señor, ¿qué pasa con ese número?”.

“Pues, no lo entiendo”.

“Allí está este otra vez, enseña cosas a la gente”.

Sí, tiene toda la razón, ¿no? Señor, ¿sabe lo que les había dado? El número de cuenta. Y yo escuchando, nada más, pienso: ‘Pues, sí, qué bueno, ¿no?’. Pero yo no había visto para nada ese numerito en la parte de arriba. Digo: “Pero, señora, ¿y qué más da? Déjeme que cometa un delicioso error, uno que dé gusto. Ni que fuera yo un santo, maldita sea, no soy un cura, ¿no?”. Miraba con mis gafas, con mi resfriado, andaba por allí, no veía nada. Miraba detrás del aparato y veía unos numeritos, eran esos, ¿no? Resulta que eché a la buena criatura... Veintiséis llamadas y el número de cuenta que no contesta.

(Risas).

Digo: “Sí, señora, he cometido un error, y que haya más errores. Pero entonces vamos a verlos, vamos a hablar un poco, así conseguiremos espacio, así llegamos a tener alas. ¿No es así? Quieren ver en mí un ser humano extraordinariamente extraño, pero no soy más que una persona normal. Y si lo soy, señor, he visto el otro lado y a los maestros que están trabajando... He recibido ahora en cuatro meses cien platillos, señoras y señores. Hay unas revelaciones increíbles entre ellos, aún no les puedo ofrecer la exposición, porque todavía dicen: “No”. Y cuando eso haya acabado, te quedas así y piensas: ‘Dios mío, Dios mío, cómo es posible. Si el ser humano es capaz de hacer eso...’

Mis libros más sagrados, más poderosos, ‘La cosmología’, los he recibido desde el Omnigrado, señor, cuando yo era Jeus de madre Crisje. Cuando André comenzó con Jeus, dice: “André, vamos, vete... Yo también sé hablar dialecto”. Entonces hemos vivido la cosmología con acento de Güeldres, de Güeldres, señor, no de La Haya, sino de (la región de) la Achterhoek. Porque no nos atrevíamos a hablar ni una palabra de holandés, porque entonces estaríamos demasiado alejados de la madre naturaleza. Y cuando estábamos ocupándonos allí de los soles, los planetas y las estrellas, Jeus dijo (en dialecto): “Qué aspecto tan bonito tiene el sol, ¿verdad?, cuando lo conoces”. Digo: “Jeus, ¿te das cuenta?”. Porque, señoras y señores, ¿pensaban ustedes que un campesino no sería capaz de hablar un idioma divino en su dialecto?

Bueno, bueno, bueno, ladren, adelante, ladren un poco. Sí, míranos aquí. Si logro que todos ustedes vuelvan a la escuela como párvulos, con alegría, y nos damos unos golpes en la testa, los unos a los otros, con los zuecos, entonces podré decir que luego iré al ataúd... Yo ni siquiera iré al ataúd...

La semana pasada andaba pensando un poco, hablábamos de morir. Qué contento estoy, quería decir, por aquella primera cosa.

Tengo unas cuantas cartas más, señora, pero ya serán para la semana que viene.

Hablábamos de los lechos de muerte en la tierra.

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Aún tengo un minuto?

(El señor dice):

—Un minuto.

—Un minuto.

... los lechos de muerte en la tierra. De eso estuvimos hablando la otra vez. Ah, sí. “¿Ya sabes cuándo te irás, Jozef?”.

Digo: “El maestro Alcar lo sabe, pero no me lo tiene que contar, porque entonces lo echo”. Digo: “Si empieza sabiéndolo todo... Yo tampoco me lo sé todo”. Digo: “Pero...”. Entonces alguien dijo... Digo: “Mira, tenía esa gente conmigo allí el jueves por la noche, eso es lo que tendría que haber contado”.

¿Creen ustedes, señoras y señores, que tal vez debería morirme más adelante en mi cama? ¿Y usted? ¿Ha pensado alguna vez, señor, que podría caerle un trozo de sus máquinas, usted que anda con ellas, y que se quede tirado allí? Pero si voy así y así bien podría ser que hoy o mañana me adentre en las aguas y diga: Adiós muy buenas. Ni siquiera vas a llegar detrás de mi ataúd, porque se lo dejaré hacer al lucio, a la solla o al arenque”. Y es un ataúd hermoso, señoras y señores, porque este tiene espacio.

Pero es cierto. Porque hablábamos de los lechos de muerte, ¿no? Decíamos, sin embargo: “Dios no conoce los lechos de muerte”. Señor, no crea que ese ataúd suyo esté encima de su cama, a veces puede estar en la calle, porque entonces uno se cae por la ventana o de la escalera. ¿No es así? Si se pone a pensar —he olvidado una cosa, lo más hermoso de todo—, si se pone a pensar: ‘Voy a morirme, entonces siempre pensamos en una camita mullida’. Pero libérense, es lo que quiero decirle esta noche, y es parte de lo de la semana pasada: libérense de esa cama y tomen el lecho de muerte espacial. Entonces puede ser que lleguen a estar tumbados encima de una..., cómo se llama una bandera de esas, un asta de esas, de espaldas y que en un bandazo experimenten la muerte. Dicho de otro modo: alguna vez es posible que vivan “alas” por su muerte. No tienen que empezar a pensar: ‘Luego estaré en el hospital y entonces me moriré tan pancho. Tan pancho.

(La gente se ríe).

Bueno, bueno, tan pancho me voy a morir’. Puede ser que fuera estén saludando y que tengan que ir a hacer un viaje y que quieran irse todavía rápidamente a Utrecht o a Zwolle, y todavía voy a visitar a esta persona, y que den su último suspiro delante de la puerta del tren y digan: “Sí, se acabó,

me voy, adiós muy buenas”.

Eso es lo que quise decirles en la conferencia de la semana pasada, y se me olvidó. Porque un lecho de muerte, si quieren preguntarme sobre eso alguna otra vez, tendrán una noche maravillosa. Un lecho de muerte, señor, es universalmente profundo.

¿Han recibido esta noche alguna cosita?

Solo he borrado mi resfriado a base de hablar, nada más.

Muchas gracias, señoras y señores, les deseo un feliz descanso.

(La gente aplaude).